

Nudos

NURUDDIN FARAH



Lectulandia

Cambara, una mujer fuerte y moderna que nació en Somalia pero se crió en Estados Unidos, regresa a la ciudad de Mogadiscio para escapar de un matrimonio fracasado y de una madre dominante. El viaje a su país natal es un intento desesperado por reconciliarse consigo misma según sus propios criterios, aunque, irónicamente, lo haga en un país en el que las mujeres deben ocultar el rostro tras un velo. Y se ha propuesto una misión: arrebatarse la casa de su familia al caudillo que se ha apropiado de ella. Sin embargo, debido a la devastación física y psicológica de los años de guerra civil y de anarquía violenta hasta la ascensión del islamismo conservador, Mogadiscio le parece ajena y Cambara se siente una intrusa. Aun así, no está sola y halla refugio emocional y respaldo práctico en un grupo de mujeres somalíes, activistas que trabajan para fomentar la paz en un país ferozmente despedazado por hombres embotados por las drogas y sedientos de poder. Y, a medida que conquista ciertas comodidades e intima con esta urbe sumamente peligrosa, algunas de sus ambiciones más descabelladas le empiezan a parecer factibles.

Lectulandia

Nuruddin Farah

Nudos

Trilogía Regreso a Somalia - 2

ePub r1.0

turolero 08.09.15

Título original: *Knots*
Nuruddin Farah, 2007
Traducción: Eugenia Vázquez Nacarino

Editor digital: turolero
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Abyan, mi hija,
y a Kaahiye, mi hijo, con todo mi amor*

Uno

—¿De quién crees que es la culpa? —pregunta Zaak a Cambara.

—¿La culpa? —repite Cambara con irritación, apretando el paso y tomando la delantera, aunque no tiene idea de adónde va. Ha llegado a Mogadiscio ese mismo día tras una larga ausencia y no consigue ubicarse: los puntos de referencia de la ciudad han quedado destruidos ferozmente en el transcurso de la guerra civil por la que atraviesa el país, a tal punto que, a juzgar por lo que ha visto hasta el momento, duda que llegue a reconocer nada.

Cambara ha procurado mantener una distancia segura y cortés para evitar el mal aliento de Zaak, que padece gingivitis crónica. De niños crecieron en la misma casa y recuerda que el dentista le prescribía un dentífrico con propiedades antisépticas y aromáticas, además de un enjuague medicinal y un cepillo muy suave para la higiene dental. Cambara también recuerda que las encías le sangraban muchísimo y retrocedían a un ritmo trepidante; la inflamación, unida a la irritación provocada por las bolsas de sarro, le causó la pérdida de varios dientes. También recuerda los problemas digestivos que lo acompañaron siempre desde que Arda, madre de Cambara y tía materna de Zaak, trajo al chico con poco más de diez años del poblado nómada y lo acogió a su cargo para que pudiera acceder a una escolarización adecuada en Mogadiscio.

Cambara espera a que Zaak cierre la puerta, que chirría, y lo ve accionar el picaporte un par de veces, en un intento inútil por comprobar que lo ha ajustado bien, a pesar de que a todas luces está roto. Cambara recuerda que han pasado años desde la última vez que lo vio o mantuvo contacto directo con él. Arda se ha encargado de llevar y traer los mensajes entre ambos y ha convencido a su hija de que tenga paciencia y pase con él por lo menos los primeros días, desde que Cambara le comunicó su intención de ir a Mogadiscio. Engatusada por su madre, Cambara accedió a quedarse unos días con alguien «de su sangre», como ella dice, hasta ponerse en contacto con la amiga íntima de una amiga suya de Toronto. Por descontado Cambara sabe que no puede pedir que su madre recuerde el aliento pestilente de su sobrino, ni es justo suponer que esta razón baste para justificar que su hija no quiera compartir con él un mismo espacio, pero ¿cómo iba ella misma a olvidar lo espantoso que era, si le repugnaba hasta la náusea? Tampoco sabía que ahora fuera un fumador empedernido ni que mascara constantemente *qaat*, el narcótico suave al que muchos somalíes de la urbe son adictos.

—Desde luego hay un culpable, ¿no? —insiste Zaak.

—¿Quién?

Zaak la deja pasar y que sea ella quien decida el rumbo al salir por la puerta

lateral; ella mide más de uno ochenta, mientras que él apenas alcanza el metro setenta. Apenas han abandonado el recinto y han caminado cien metros cuando ella afloja el paso, se cubre la cabeza de manera más apropiada con un pañuelo liso, como dicta la tradición islámica, y luego camina a diez o veinte metros por detrás de Zaak. Humillando la mirada —una vez más, como se espera que caminen las mujeres en Mogadiscio en estos tiempos—, Cambara hurga en uno de los bolsillos interiores de su caftán hecho a medida para asegurarse de que lleva consigo el cuchillo, el arma que prefiere en caso de tener que defenderse. A ojos de cualquiera salta a la vista que ha hecho acopio de valor y está preparada para enfrentarse a una de esas sorpresas desagradables a las que cualquiera se expone en una ciudad asolada por una guerra civil. Aun así Cambara no quita ojo a la distancia que va desde la ruinoso carretera asfaltada hasta Zaak y desempuña el mango del cuchillo. A continuación tensa los labios y se los humedece; su cabeza emite dos mensajes contradictorios: uno la advierte de mantener la cautela, al tiempo que el otro se niega a depositar toda su confianza en Zaak, según le aconsejó su madre, porque él tiene conocimiento de primera mano de cómo son allí las cosas. Adoptando una pose de indiferencia al escrutar a Zaak un instante, estudia sus expresiones, o la falta de ellas, y observa con sorpresa que no parece preocupado por que ocurra ningún suceso lamentable: el advenimiento de una señal que anuncie la escena de jóvenes armados decididos a desatar un espiral de violencia en el que cualquiera de los dos pudiese acabar con una bala en el cuerpo o asesinado. Cambara procura relajarse sin abandonar el estado de extrema alerta, si tal cosa es posible, y de pronto advierte el acre olor corporal de Zaak, la desidia y la roña que acompañan la mala vida de un mascarador de *qaat*. El hedor la golpea con fuerza y se siente al borde de un vahído.

A modo de respuesta tardía a su pregunta sobre quién cree que es la culpa, Zaak musita un comentario ininteligible que ella no alcanza a descifrar. Con el enfado dibujado en el rostro, Cambara escruta el horizonte con nerviosismo y, al doblar una esquina, se encuentran de frente con varios jóvenes de *sarong* y chanclas armados con fusiles de asalto AK-47. El instinto le dice que se ponga en guardia, una vez más lleva la mano con brusquedad hasta el cuchillo, aunque dos de los jóvenes parecen no reparar en ella, siguen mascando *qaat* religiosamente y discuten a grito limpio por el partido del día anterior entre el Arsenal y el Manchester United, aunque coinciden en que el árbitro calentó el partido al sacarle una tarjeta roja injusta al capitán de los Artilleros. Cambara mantiene la cautela hasta que se alejan del peligro.

—*Et tu?* —pregunta Zaak.

Ella no está de humor para contestar a esa pregunta tan pronto, nada más llegar, por lo menos hasta hacerse una idea cabal de lo que le depara este viaje. De hecho, se alegra de haberse abstenido de entablar con Zaak una conversación seria hasta ese momento, porque si hubieran hablado, le habría dado pie a inmiscuirse en los motivos de una visita que ella misma no sabe bien a qué obedece, más allá de la posibilidad de reencontrarse con su país natal y acaso recuperar también la propiedad de la familia,

ahora en manos de un caudillo menor. La duda la corroe y no cesa de preguntarse si esa proeza podrá llevarse a cabo sin contar con la ayuda de mucha gente. Desde luego tiene claro que el caudillo no le dará ni tregua ni cuartel, puesto que no forma parte de la naturaleza de esos salvajes mostrar clemencia con nadie. ¿Y qué hay de Zaak, su primo y ahora anfitrión? ¿Le tenderá una mano protectora si toma la decisión de plantar cara al caudillo? ¿Cómo reaccionará en caso de que ponga a prueba su lealtad hacia ella?

Al margen de lo que haga, no debe dejar a Zaak que sepa de los asuntos que la traen a Mogadiscio, por lo menos hasta afianzar su situación y protegerse de sus propias debilidades, que de otro modo podrían salir a la luz una vez iniciado el enfrentamiento con el caudillo menor y sus secuaces armados. En cualquier caso, no debe permitir que Zaak le interrogue sobre los motivos de su visita, sobre qué la ha empujado a abandonar su vida apacible, a su marido y su trabajo en Toronto, donde ha residido tres cuartas partes de su vida, e ir a un país asolado por la guerra. Cambara pudo ver cómo las preguntas iban formulándose en la cabeza de Zaak cuando fue a recogerla al aeropuerto, y se percata de que quiere saber si se propone dejar su casa y trasladarse a Somalia. ¿Por qué ha traído semejantes maletones con todas sus pertenencias portátiles?

Que su matrimonio con Wardi ha sido desdichado no es ningún secreto, hace tiempo que todo el mundo se ha dado cuenta, pero además Zaak, por ser el anterior «marido» de Cambara, aunque sólo sobre el papel, y haber «convivido» con ella en espacios reducidos (primero de niños, porque se criaron juntos, y luego como pareja, cuando iniciaron los trámites para algo así como un matrimonio de conveniencia), ve las cosas a su manera. La tiene por una mujer capaz de una generosidad ejemplar, que debe su lealtad por encima de todo a su madre y siente devoción por sus amigos, en especial por Raxma. Sin embargo, responde también al arquetipo de la mujer impulsiva, difícil de contentar y más difícil aún de encasillar, y de la que se dice que últimamente anda un poco ida, como es comprensible, tras la muerte de su hijo. Cambara culpa a Wardi, su marido, y a la amante canadiense con la que estaba, de que su hijo se ahogara. Y, aunque él no se ha atrevido a preguntarle por temor a que monte en cólera, creyendo que tocaría un asunto espinoso, Zaak supone que viene por una temporada larga, a juzgar por el peso y la cantidad de maletas que ha traído. Quizá le atraiga la idea de afincarse aquí en un intento desesperado por poner un océano entre Wardi y ella, pero ha dicho a todo el mundo, salvo a su madre y sus amigos íntimos, que viene a pasar el duelo por su difunto y único hijo. Sin embargo, Cambara no se ha demorado en dolerse de su enorme pérdida, ni siquiera cuando Zaak le ha dado el pésame, más allá de reconocer su muestra de afecto con un somero «Gracias». Tampoco ha dejado que el nombre de su marido salga de sus labios, ni ha mencionado qué ha sido de su matrimonio. Se ha propuesto dar respuestas breves a las preguntas de su primo, ora asintiendo con la cabeza sin añadir nada, ora negando sin tampoco abundar en la cuestión. Por lo último que supo Zaak, a Wardi las cosas le

van muy bien: finalmente es socio accionista del bufete en el que trabaja. Por su parte, Zaak ha tomado el camino sensato, evitando en apariencia los escollos más llamativos y los menos también, y ha optado por no presionarla. Y en los momentos en que se han quedado sin temas de interés, su conversación se ha desviado hacia la madre de Cambara, por la que ambos sienten un gran cariño.

Aun así, si hay una cuestión que ninguno de los dos desea abordar es el pasado común de su presunto matrimonio. Incómodos, han optado por no volver a visitarlo, por temor a que hablar sin trabas acabe llevándolos al umbral de un asunto que más vale no remover: los dos años que pasaron juntos bajo el mismo techo, en el apartamento que Cambara tenía en Toronto, en condición de marido y mujer —«Sólo sobre el papel, que quede claro», matiza ella una y otra vez—, que habían sido un completo desastre. Tal vez ella no piense dar pie a ningún tipo de conversación íntima.

—¿Se han producido enfrentamientos aquí últimamente? —pregunta Cambara, alcanzándolo. Luego, con el cansancio dibujado en el rostro, mira el sol vespertino entrecerrando los ojos, dudando antes de articular la mandíbula en el ademán de bostezo que hace un pasajero en un avión para aliviar la presión de los oídos. El sol cae con un rigor que derrite los contornos de todos los volúmenes visibles. Cambara ve por doquier los indicios que delatan la devastación de la guerra civil: edificios que se desmoronan en absoluto desorden, muchos sin tejado, otros clausurados con tablones y aspecto de haber sido pasto del vandalismo, abandonados. La carretera, antes asfaltada y en condiciones para la circulación de vehículos motorizados, se halla en un estado deplorable; la fachada de la casa que da a la calle está llena de agujeros de bala, como si un tirador pésimo se hubiese dedicado a practicar allí con fusiles de asalto.

—Escaramuzas —dice él, como al hilo de un comentario anterior.

—¿Cuántos milicianos murieron?

—Sólo civiles desarmados.

Como en atención a Cambara, Zaak aparta el cigarrillo de ella y lo sostiene con la mano izquierda, al tiempo que mantiene los dedos de la mano derecha cerca de la boca, casi tapándola. Además tuerce la cabeza, Cambara no tiene claro si se aparta para protegerla del tufo de la nicotina o si se ha dado cuenta del mal efecto que provoca en ella su apestoso aliento.

De repente, sin embargo, la sorprende al plantearle un desafío con la voz estridente de un hombre lleno de contradicciones, que un instante es cortés y acto seguido es cruel.

—No me digas que tienes miedo.

Por cómo ella da un paso atrás, podría pensarse que se prepara para cruzarle la cara de una bofetada. No lo hace. Sólo quiere dedicarle, desde su más de metro ochenta de altura, una mirada cargada de desprecio. También piensa que su provocación pone de manifiesto una fanfarronería infantil, pero no por eso la irrita

menos. Recuerda los años de juventud que pasaron juntos en la misma casa, la casa de los padres de Cambara, para ser precisos, cuando ella era capaz de cualquier cosa ante un desafío. Zaak no: él no era rebelde por naturaleza ni acostumbraba actuar tan impulsivamente. A fin de cuentas, Cambara era la hija adorada de la casa y él sólo un pariente pobre.

Ella le lanzaba siempre toda suerte de retos, pero él no recogía el guante. Molesta, Cambara lo aguijoneaba: «Tres desafíos por uno tuyo». Y se mojaba el índice, que es el modo en que los niños miden el tiempo de réplica del adversario: si el dedo se seca antes de que contesten, el rival pierde y el desafío expira, y entonces ella se declaraba vencedora. Él no quería meterse en problemas, prefería seguir viviendo y yendo a la escuela en Mogadiscio a volver a la miseria de la casa de sus padres, en el interior, cerca de Galkayo, en Mudug. Siempre consciente de la diferencia de altura entre ambos, lo irritaba que ella se la restregara por las narices.

Ahora opta por una táctica distinta. Habla en tono sentencioso, subrayando la validez de su razonamiento.

—Sólo los estúpidos no temen nada.

—No te lo tomes así, por favor —se disculpa él.

Zaak se dispone a reemprender la marcha cuando Cambara repara en que están cerca de un mercado al aire libre. De hecho se cruzan con quienes vienen de la compra, los semblantes tristes de las mujeres envueltas de pies a cabeza en velos baratos, que a veces dejan a la vista los ojos y las manos nada más. Las mujeres llevan sus pequeñas adquisiciones en bolsas negras de plástico. El abatimiento de estas mujeres entristece a Cambara. Aunque los hombres parecen igual de adustos y frustrados, por lo menos se los ve relajados. Tal vez sea porque los hombres lleven oculto bajo el brazo el preciado haz de *qaat* recién cortado, el estimulante que algunos de ellos han empezado a mascar a esa hora de la mañana. En cambio, las mujeres no pueden esperar nada de importancia, salvo más penurias relacionadas con la guerra y violaciones e hijos enfermos a los que cuidar, maridos inútiles a los que sirven como esclavas mientras ellos mascan a placer y hablan de política.

Cambara se tiene ya por una víctima de este hábito, pues al fin y al cabo Zaak la ha sacado de la cama y la ha obligado a sobreponerse al letargo del desfase horario para acompañarlo a comprar su ración diaria. Ha encontrado restos de *qaat* en la habitación del altillo donde se aloja, el suelo está sembrado de los tallos resecaos que se descartan de la planta. Para alguien que no masca ni fuma, la habitación del altillo que le ha asignado le parece un lugar horrible y hediondo, con las paredes manchadas por el verdín de los escupitajos de los masticadores y tallos metidos en las grietas.

Cuando Cambara aprieta el paso con idea de alcanzarlo, tropieza, pierde el equilibrio y por poco cae al suelo. Zaak lanza una mirada acusadora a los pies calzados con sandalias, ahora cubiertos de arena fina, ocre.

—La próxima vez me pondré zapatos de caminar —dice ella.

—Si fuera tú, también me pondría velo.

«¡Las libertades que se toma!», piensa Cambara para sí, al sopesar lo que acaba de decirle. Evidentemente ha venido preparada, no es tonta: compró un par de velos, uno en Dearborn, Michigan, y el otro en Nairobi. Aun así, se pondrá la condenada prenda porque a ella se le antoja, no porque él le haya aconsejado que lo haga. Necesita recordarse que va vestida distinta de las demás mujeres con las que se han encontrado por el momento, cuya gran mayoría lleva velo, algunas con las tradicionales túnicas guntiino, otras envueltas en poco menos que harapos. Ella viste un caftán y sólo por eso ya destaca entre todas las demás. Se lo puso, razona para sí, porque lo tenía a mano y no ha tenido tiempo de abrir las maletas y revolverlas en busca de un velo. Además, ese caftán hecho a medida le permite llevar un cuchillo discretamente.

—¿Te llevo a un puesto de difuntos, para que puedas comprarte uno? —le pregunta Zaak. Ella advierte la malicia en sus ojos e interpreta la expresión como el reto del varón a que la mujer desafíe la reciente imposición que decreta que las mujeres deben llevar velo. Cuando era joven, la prenda era inusual entre las mujeres somalíes; las mujeres árabes y unas pocas aborígenes de la ciudad la usaban.

—¿Puestos de difuntos? ¿Por qué se llaman así?

—Son puestos donde se compran velos de segunda mano.

Entonces Zaak explica con detenimiento que en los últimos años ha habido una avalancha de ropa de segunda mano para abastecer a los países pobres del mundo, puesto que muchos de los que residen en estas regiones no están en condiciones de pagar los precios astronómicos que se piden por la ropa nueva.

—Entiendo —dice ella y asiente con la cabeza.

Zaak está en su elemento, así que continúa.

—Los puestos de difuntos están a cargo de empresarios locales, que compran contenedores llenos de ropa usada por prácticamente nada a una casa de mercancías de saldo y luego las traen aquí importadas. Según los importadores y los minoristas, parecería que es una bicoca para todo el mundo. La verdad, por desgracia, es muy otra.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque esta práctica ha destruido las industrias textiles locales, que ya no pueden competir con los bajísimos costes del sector. La gente ha apodado este nuevo uso con un cinismo cargado de sabiduría: ¡ropas de difuntos de los puestos de difuntos!

A continuación una pena enorme desciende sobre Cambara, al recordar que llevó una maleta con la ropa de su hijo muerto y la donó a la beneficencia, para que se repartiese entre los pobres de Toronto. Desde luego no sabe dónde habrán ido a parar las prendas de su hijo muerto. Hace años, cuando vivía aquí, era tradición entre la gente acomodada ofrecer la ropa de sus difuntos a una mezquita. Ahora, a la acerada luz de lo que acaba de conocer, se da cuenta de que no bastará con ignorarlo. No le quedará más remedio que pensar que es mucho mejor y juicioso deshacerse de las

prendas que tan gratos recuerdos le traen, al evocar a su hijo vestido con ellas, lleno de vida. Esperará unos días antes de decidir qué hacer y a quién regalarlas.

—¿Qué me dices? —insiste Zaak—. ¿Te llevo a un puesto de difuntos para que te compres un velo?

Cambara elude la cuestión, planteándole a su vez una pregunta.

—¿No habías dejado de fumar muchos años antes de marcharte de Toronto? —lo interroga.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿por qué has vuelto?

—Un vicio lleva al otro —contesta él con una sonrisa pícaro.

—¿Qué quieres decir?

—Mascar *qaat* es el primer vicio que adquiriré a mi regreso —dice, agitando el cigarrillo entre dos dedos—. Entretiene.

—¿Qué, fumar?

—Mascar *qaat* me ayuda a soportar la soledad del día a día —contesta él—. Verás que Mogadiscio es una metrópolis sin ninguno de los atractivos propios de las grandes ciudades. Aquí no se hace nada: no hay clubes nocturnos, no hay actividades de ocio y no hay bares donde ahogar las penas, porque ni siquiera en las tabernas se sirve alcohol. Sólo en los restaurantes.

—¿No hay salas de cine?

—Ni una sola que merezca ese nombre.

—¿Ni teatros?

—Ninguno —dice él.

—¿Qué ha sido del Teatro Nacional?

—El Teatro Nacional está en manos de un señor de la guerra, y sus milicianos han desmantelado el escenario y toda la utilería para alimentar el fuego, así como los escritorios, las puertas, la viguería del techo y hasta el último pedazo de madera. El tejado se ha venido abajo y todo lo demás, incluso las cisternas, los lavabos y las bañeras de los servicios, por no mencionar las verjas de forja o los ordenadores, ha sido arrancado, saqueado o vendido.

—¿Y si alguien quisiera montar un espectáculo?

—Sería un éxito garantizado, pero eso no va a suceder.

—Supongo que los señores de la guerra que controlan la ciudad no lo permitirían —se aventura Cambara.

—O intervendrían los tribunales islámicos para impedir que saliese adelante —dice Zaak.

—¿Con qué argumentos?

—Con argumentos morales o teológicos.

—Pero ¿crees que la gente corriente iría a verlo?

—Yo creo que sí —responde él.

Cambara no oculta su entusiasmo.

—¿Cómo se divierten los jóvenes armados cuando tienen tiempo y sueltan los fusiles?

—Ven en vídeo películas hindis, coreanas, italianas o inglesas.

—No irás a decirme que saben todos esos idiomas.

—Las películas están dobladas al somalí.

—¿Dobladas? ¿Y quién las dobla?

Salta a la vista el contento de Zaak, satisfecho de haber impresionado por una vez a Cambara por saber algo de lo que ella no tiene la menor idea.

—Existe una pujante industria de doblaje en Mogadiscio —dice—. También se producen películas de kung-fu, rodadas íntegramente aquí.

—¿Y dónde se exhiben?

—En los antiguos edificios gubernamentales, que tras la caída del aparato estatal son terreno de nadie, el espejo de la decadencia, ocupados por los sin techo de la ciudad. El Ministerio de Asuntos Exteriores, los institutos politécnicos, las escuelas de secundaria...

—¿Cómo se distribuyen las películas?

—Los habitantes de Zanzíbar que huyeron de la lucha de su país y se instalaron aquí —le informa Zaak—, han acaparado ese sector de la industria. Ejercen un control absoluto, al estilo de la mafia.

—¿Has visto alguna de esas películas dobladas?

—No, yo no.

Quizá sólo tiene tiempo para el *qaat*, piensa Cambara, antes de lanzarle una nueva pregunta.

—¿Conoces a alguien que las haya visto?

Zaak niega con la cabeza.

—No.

Cambara ha de ponerse en contacto con Kiin, la directora del Hotel Maanta, que según Raxma, su amiga íntima de Toronto, mantiene muchos contactos y podría contribuir al propósito de Cambara, aún incipiente, de obtener información acerca de las cintas de vídeo, así como a establecer vínculos en la ciudad, entre ellos con la Red de Mujeres, donde podrían prestarle ayuda en toda suerte de asuntos.

Cambara reconoce que ha dado un paso en falso llegando a Mogadiscio tan a la ligera, sin más direcciones ni números de teléfono que los de Zaak, ni haber entablado contactos personales previamente. Quizá es demasiado tarde para lamentar la precipitación con que se decidió, aunque por descontado hacía tiempo que barajaba la posibilidad de hacer esa visita. Sea como fuera, se propone no hablar seriamente con Zaak hasta que lleve un tiempo en el país.

No sabe qué estará pensando Zaak, pero no puede evitar imaginar que será más sarcástico que su madre, que se quedó perpleja cuando Cambara le comunicó que viajaba a Somalia. Al preguntarle para qué, Cambara abordó sin rodeos la cuestión y, con cierto aire desafiante, le dijo que se proponía recuperar la propiedad de la familia,

arrebatársela al caudillo de las manos. Al instante Arda montó en cólera y tachó el plan de su hija de «descabellado».

—Es una locura de principio a fin —había comentado Arda.

Luego las dos mujeres, ambas tozudas, discutieron la cuestión hasta el final; Cambara recalcó que los señores de la guerra son cobardes y estúpidos, así que no sería difícil actuar con más inteligencia que ellos y arrebatárles la hacienda de la familia.

—Es un suicidio en toda regla —reiteró Arda.

Tras discutirlo durante días y noches, Arda dio su consentimiento al «plan abocado al fracaso» de Cambara, con una condición: que involucrara a Raxma, quien disponía de fantásticos contactos en Mogadiscio, y que mientras las cosas se ponían en marcha Cambara esperara en Toronto o, en caso de adelantarse, se alojara con Zaak. Maquinadora sin igual, se puso manos a la obra para organizar clandestinamente una red de seguridad que protegiese a su hija y, al tiempo, pudiese mantenerla al corriente de los disparates que a esta se le ocurriesen. Sólo entonces Arda accedió a «darle su bendición, por si sirve de algo, para un plan tan abocado al desastre como la carta de un suicida».

Zaak se sobresalta al ver que un carro de combate se precipita directo hacia ellos, calle abajo en medio de una polvareda, y agarra a Cambara del brazo derecho y la empuja a los arbustos de la acera, a los matorrales bajos. El vehículo lleva a un grupo variopinto de jóvenes armados hasta los dientes corroídos por el *qaat*. Cambara se pone en pie, se sacude el polvo del caftán y apenas tiene tiempo de verles la nuca antes de que el carro de combate se desvanezca en el remolino de arena que ha levantado a su paso.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —pregunta Zaak.

Cambara ha echado a andar de nuevo.

—¿Saben al menos los señores de la guerra por qué continúan luchando? —pregunta.

—No te sigo —dice Zaak.

—¿Acaso ellos y sus respectivos clanes están en una mejor situación económica que cuando empezó la guerra? ¿Han afianzado sus posiciones? ¿Por qué no paran de destruir lo que han obtenido por medios ilícitos?

Zaak se toma su tiempo antes de responder a estas preguntas, pero cuando lo hace, adopta el tono de quien cita a otro.

—Los señores de la guerra —dice— actúan con tanta lógica como un ejército de calvos luchando por adueñarse del mayor número de peines posible, sabiendo que para ellos carecen de utilidad.

—Entonces, ¿quiénes son los señores de la guerra?

—La escoria de la tierra.

Deseosa de plantar batalla a la idea de «suciedad» al hablar de guerra civil, Cambara siente renacer en ella la repulsión ante el recuerdo del desorden y la mugre

en que vive Zaak. Se horroriza al constatar cómo ha aumentado su nivel de tolerancia desde que compartieron una vivienda, cómo soporta que el suelo de su cuarto de aseo esté mojado de Dios sabe qué inmundicia y las bañeras renegridas como si las embadurnara con el hollín de una chimenea, mientras por la cocina reptan cucarachas y otros bichos y se revuelve en sábanas parduzcas de tanto usarlas. Quizá la guerra civil guarde alguna relación con el hecho de que Zaak haya bajado tanto el rasero de su tolerancia, aunque tal vez ella no puede afirmar que lo conociese íntimamente cuando lo ayudó para obtener el permiso de residencia en Canadá. Incluso recién llegado, Zaak pecaba de sucio, en especial por su costumbre de salpicar el asiento del inodoro, que hizo de la convivencia bajo el mismo techo una molestia diaria. Y antes que tragar quina o resignarse a soportarlo, prefería buscar un alojamiento alternativo.

No olvidará nunca la impresión de encontrarse con él en el aeropuerto: detectó el cinismo y la hostilidad tanto en su rostro como en sus comentarios, mientras arrastraba la media docena de bultos de equipaje que llevaba Cambara hasta el cuatro por cuatro. Enseguida.

—¿Has traído unos grandes almacenes? —le preguntó.

Sin reaccionar a su comentario, Cambara le contestó:

—Ya sabes cómo soy.

—Sé cómo son las mujeres —dijo él con tono censor.

En un arrebato de despecho, a punto estuvo de pedirle que la llevase a un hotel, y al infierno con lo que dijera su madre. Ha traído dinero suficiente en efectivo para alojarse en una habitación de cualquiera de los mejores hoteles, por larga que vaya a ser su estancia, pero una vez más se obliga a recordarse que actuará según su propio criterio: no se dejará empujar hacia decisiones precipitadas que luego pueda lamentar. Cuando ponen a prueba su paciencia, Zaak sabe de lo que Cambara es capaz, al igual que sabe que, ante la ofensa de un hombre, deja que su rabia actúe con independencia de sí misma.

Tan pronto llegaron a su vivienda, una vez le mostró su habitación y le señaló el aseo y el cuarto de baño contiguos, que serán sólo para ella, Cambara sintió una flojera recorriéndole todo el cuerpo y tuvo que contener un bostezo. Zaak le propuso dejarla a solas para que se diera una ducha, se instalara y, si podía, durmiera un poco para recuperarse del desfase horario. Le explicó que debía acudir a una reunión urgente donde se trataría el conflicto entre dos milicias pertenecientes a la misma rama del clan que estaban enfrentadas, algo que ocurría con cierta frecuencia, pero después volvería y la llevaría a su primera expedición al mercado al aire libre, donde compraba su ración diaria de *qaat*. Cambara oyó el ruido de sus pasos bajando la escalera, una puerta que se abría y se cerraba de golpe. Decidió echar una cabezada sin ponerse el camisón. Recuerda haber oído ruidos incesantes y próximos, que le hicieron pensar que Zaak estaba rondando fuera de su cuarto, tan cerca que creyó sentir incluso su respiración agitada.

De pronto lo oyó gritar con tono impertinente.

—Vamos, arriba, a levantarse, espabilando.

Todavía somnolienta, no creyó haber dormido más de cinco minutos.

Quizá habría sido mejor seguir durmiendo y ahorrarse una larga caminata hasta el mercado callejero para colmar las ansias de Zaak por conseguir *qaat*. Tan exhausta está que le cuesta mantener los ojos abiertos, el cansancio acumulado le hace sentir la cabeza pesada como un colchón empapado, la lengua inerte como un punto suelto en un edredón. Maldice entre dientes en su francés de Quebec, con la tranquilidad que él no entenderá una sola palabra.

Entonces, de repente, percibe una mezcla de fragancias que emanan de especias antiguas: se encuentra delante de un puesto de especias del mercado al aire libre y la vendedora trata de venderle una selección variada. De tan apabullantes que son, los fuertes olores de un batiburrillo de mentas casi la tumban hacia un costado. Bastante cerca de donde está, como paralizada por un maleficio, una mujer le hace señas. La otra mujer anima a Cambara a comprar las plantas y raíces comestibles de su tenderete.

—No he traído dinero —dice Cambara excusándose con la mujer, que le ofrece canela en rama recién cortada, semillas de comino, raíz de jengibre y cabezas de ajo.

La mujer le insiste con vehemencia y Cambara se irrita aún más consigo misma por no haber cogido algo de dinero. Un dólar es una fortuna para cualquiera de estas mujeres. Cuando Cambara se aleja un par de pasos del puesto, avergonzada, la mujer la sigue.

—Llévate todo lo que hay en la estera por un dólar. Es una ganga.

¿Cómo ha averiguado esta mujer que Cambara viene de otro lugar, de un país donde se manejan en dólares? Asombroso.

Finalmente, la mujer se lanza a un último recurso.

—Puesto que hoy no traes dinero, ¿por qué no te lo llevas y me pagas mañana?

Cambara no quiere ni hablar del tema: no soporta la idea de estar en deuda con alguien, por pequeña que sea la suma. De hecho, se lo explica con detalle y lo más llanamente que puede, pero la mujer no está dispuesta a dejarla en paz.

—¿Cómo es posible que no tengas nada de dinero? —la desafía la mujer—. Dime de dónde vienes, para que me entere. ¿Amírika? ¿Inglalatterra? ¿Suicia? ¿Fillandia? Anda, mete la mano en ese bolsillo y saca el dólar. Por favor, no me hagas perder el tiempo.

Mecánicamente, Cambara mete la mano en los fondos del bolsillo, como le ha ordenado la mujer, y sus dedos se encuentran con el cuchillo. Saca la mano vacía y la frota contra la otra mano.

—Hoy no tengo dinero. Ni un centavo.

—Aceptaré lo que hay en tu bolsillo a cambio de toda mi mercancía —dice la mujer.

Cuando Cambara repite que no hay ningún dinero en su bolsillo, los ojos acusadores de la mujer cuestionan sus palabras y ambas se sostienen la mirada.

—Llévate todas las especias y verduras de mi puesto —dice la mujer— a cambio del objeto que hay en el bolsillo del que has sacado la mano.

Cambara busca a Zaak, en vano. Curiosamente, sin embargo, no se siente ni abandonada ni amenazada, porque está entre mujeres. Goza viendo a tantas mujeres comerciando con productos locales, vestidas con las túnicas guntiino de vivos colores, el atuendo tradicional, y la complace el hecho de que dominen todo un sector del mercado. Muchas han dejado atrás la flor de la edad y no parecen preocupadas por llevar los pechos al descubierto; a Cambara le da la impresión de que no se andan con remilgos, tanto por su porte como por la actitud que mantienen unas con otras.

Se sacude de encima a la vendedora de especias y se adentra más y más en el lodo que inunda esa zona del mercado; mientras avanza, una parte de su conciencia desea encontrar a Zaak y la otra se pregunta qué va a hacer si no logra localizarlo. Entonces ve a un niño sentado en una estera de esparto junto a una mujer, a la que supone su madre. Cambara se aflige al evocar una imagen. Atribulada, ahogada en la súbita pena que renace en su interior por su reciente pérdida, se serena un poco cuando advierte que la criatura es una niña. Junto a ella, sentada con semblante contenido, la mujer ofrece tomates, un montón de cebollas y unas pocas patatas casi secas y con poca enjundia.

Zaak ha vuelto.

—*Touché* —dice.

Cambara no le presta atención. Mira a la niña hasta que capta los tiernos movimientos adultos de la pequeña. La expresión de la chiquilla le recuerda a Dalmar, el hijo al que tanto echa de menos y al que ha empezado a ver en todos los niños de cualquier sexo o edad. Y eso no es todo: la pequeña sólo tiene una pierna y la que le falta ha sido sustituida por una de palo, toscamente tallada en una madera vetada. Además, a medida que los recuerdos fragmentarios de Cambara se reúnen en torno a la pierna de madera de la chiquilla, ve a Dalmar, que disfrutaba mucho construyendo marionetas. La sonrisa dulce que la niña le dedica con coquetería, del mismo modo que una mujer sonreiría a un hombre, retrotrae a Cambara al último día que Dalmar pasó en este mundo, cuando se subió al asiento trasero del coche de su padre y le sonrió con gestos tiernos, diciéndole adiós con la mano. Una sonrisa tan dulce y cargada de sabiduría en una niña de tan corta edad, que sonrío con la actitud despreocupada de quien ha sufrido lo indecible para sus pocos años. La niña mece en brazos una muñeca de farfolla de maíz vestida con recato.

Cambara se obliga a mirar a la chiquilla a los ojos y halla el espejo de su propia pérdida. Siente que a pesar de todo a la niña la arropa cierto consuelo, el que le procura ser niña y madre al mismo tiempo, el que le permite esbozar una mueca ante la turbación de lo que entraña ser tan joven y haber padecido tanto. Cambara se inclina hacia la niña y se agacha hasta estar muy cerca de ella.

—Dime, ¿cuál es tu precioso nombre, cielo bonito? —pregunta Cambara.

Escruta los ojos grandes y oscuros de la niña como si se asomase al insondable

pozo negro que tan a menudo frecuenta desde la muerte de su hijo.

Aunque la niña repite su nombre varias veces, Cambara no logra desenmarañar las consonantes guturales y las vocales mudas de la niña. Su mirada va entonces de la niña a la mujer y al caos circundante, antes de volver una vez más a la chiquilla, que le canta a la muñeca de farfolla de maíz una nana acerca de una madre que ha sido violada, un padre asesinado, un tío desposeído de su hacienda y una hermana desaparecida de la que no se ha vuelto a tener noticia.

—¿Cuántos años tienes, cielo bonito?

—No lo sé.

Cambara permanece en cuclillas torpemente, sintiendo crujir todos los huesos, forzando todas las articulaciones y con los muslos hinchados y doloridos. Sabe que Zaak está cerca de allí, fumando un cigarrillo tras otro y desenvolviendo el haz de *qaat* para arrancar las hojas brillantes, ásperas, y mascarlas con aire meditabundo, similar al rumiar de una vaca. Los ojos se le inyectan en sangre y el carrillo derecho se va llenando poco a poco, como los de una ardilla.

Va hasta él.

—¿Puedes prestarme algo de dinero? —le pide.

—¿Cuánto necesitas?

—Un par de dólares, en chelines.

—Tengo menos de un dólar —le dice él.

A Cambara se le revuelve el estómago al pensar que con lo que Zaak ha gastado en *qaat* pueden vivir varias familias una semana. ¡Qué despilfarro! Tan disgustada está que de pronto no soporta la idea de recibir dinero de él.

—Por favor, dales ese dinero a ellas —dice.

Y tiende ambas manos para sujetar la bolsa de plástico en la que la mujer ha metido la mercancía por la que Zaak ha pagado.

Caminando de vuelta a casa, Cambara no deja de arrepentirse por haber aceptado la condición que le impuso su madre de alojarse con su primo. En el trayecto, Zaak se para de vez en cuando, escoge los brotes más jóvenes y jugosos de su preciado haz de *qaat* y los masca ávidamente.

Ella, con repugnancia, aparta la mirada.

Dos

Hecha un manojo de nervios, Cambara está en el cuarto de baño del altillo de la vivienda, preparándose para ducharse con un barreño de agua fría por primera vez en muchos años. Sólo de pensarlo se le pone la piel de gallina. Se arma de valor para recibir la primera gota apretando los dientes, con los ojos cerrados, y allí de pie, tesa, esperando a que el agua le caiga desde la cabeza, se echa a temblar. Contempla la posibilidad de cambiar de idea y buscarse un hotel con agua corriente y caliente y todas las comodidades a las que está acostumbrada, pero lo piensa mejor y se niega a darse por vencida tan pronto, apenas recién llegada, consciente de que la aguardan mayores esfuerzos relacionados con la guerra civil y que va siendo hora de afrontar ese pequeño desafío.

Le viene a la mente la conversación que ha mantenido con Zaak hace un rato y no logra apartar el recuerdo de su expresión burlona mientras le informaba, casi con regocijo, de que el calentador de agua del baño de arriba no funciona, pero que si quería podía darse una ducha caliente abajo. A decir verdad, ha rehusado su invitación de utilizar el cuarto de baño porque no quiere repetir la experiencia que tuvo hace unos años en Nairobi, cuando compartían un apartamento y le pareció que sus hábitos dejaban mucho que desear. Se pregunta si la sonrisa de menosprecio de hace un rato significaba que no ha olvidado lo mucho que a Cambara le desagradan las duchas frías. De todos modos, le ha dado las gracias y le ha dicho que prefería ir acostumbrándose a las condiciones que imperan desde ahora mismo a postergar lo inevitable, pues tarde o temprano habrá de encarar situaciones similares y peores. Cambara sigue dándole vueltas a la cuestión de compartir un espacio reducido y vivir en estrecha proximidad con Zaak durante unos días. ¿Puede soportarlo? ¿Hasta cuándo? ¿El roce hará que las cosas tomen un mal rumbo entre ellos?

Aunque no cree que Zaak llame a la puerta con cualquier pretexto ni vaya a entrar como si tal cosa, por si acaso echa el pestillo. Abre la ventana de par en par y siente la brisa del mar, que de pronto tiene la capacidad de minar su decisión de darse una ducha fría. La caricia del viento contribuye a estimular sus poderes de evocación y, antes de darse cuenta, ha vuelto a los años previos a la adolescencia, cuando se descubría pícaramente los pechos incipientes en presencia de Zaak y lo desafiaba a tocarlos. Como no se atrevía, lo tachaba de cobarde y le decía que no tenía valor. Desnuda y en chanclas, la mano izquierda apoyada lánguidamente sobre la cadera, posa una mirada de admiración en su cintura, demasiado estrecha para una mujer de su edad y más aún para una que ha dado a luz. Cambara se pregunta hasta qué punto la actitud de Zaak ante la vida ha cambiado por haber estado expuesto a los horrores de una guerra civil y, en caso de que así sea, de qué modo.

Como si pidiese, ora a su perfil derecho, ora al izquierdo, que revelaran las confidencias de su rostro una por una, ofrece ambos al espejo. Oye el goteo de un grifo, una cisterna que se vacía, una ventana herrumbrosa crujiendo temblorosamente sobre sus bisagras. Y de pronto, cuando menos lo espera, distingue con absoluta claridad el trino de un pájaro que canta por la pérdida de su compañera. Contempla el rostro que la mira largamente desde las profundidades del espejo con aprensión renacida y atribuye su incapacidad para recobrar la compostura al hecho de que, al igual que el pájaro, ella también está de duelo.

En los ojos se le agolpan las lágrimas no derramadas y siente un torrente súbito, casi cegador, de sangre inundándole la cabeza; aun así, consigue agarrarse antes de perder el equilibrio y desplomarse en el suelo, inconsciente. Se yergue y respira hondo, inhalando el aire con fuerza, reteniéndolo, y sólo espacia las respiraciones cuando se cerciora de que el mundo no desaparecerá bajo sus pies. Una vez recuperada, sin miedo ya a tambalearse, respira hondo un poco más el aire del mar y, cuando cree que es suficiente, recupera su postura normal. A continuación se agacha lenta y deliberadamente y luego levanta el cazo y lo hunde en el barreño, lleno de agua hasta el borde. Temiendo perder la calma, se aferra al cazo como si se apropiase de un elemento que, por pura necesidad, deviene una extensión de uno mismo. Levanta el cazo en suspenso, sin derramar aún el agua, pero, antes de que una sola gota de líquido alcance cualquier parte de su cuerpo, la expresión de su rostro es expectante, tensa. Y entonces... preparados, listos, ya. La primera vez es insufrible y se le pone la carne de gallina en todo el cuerpo; la segunda ya no le parece tan insoportable. Una vez ha vertido varios cazos de agua sobre su cabeza siente que se ha acostumbrado a la temperatura inclemente y no tiene la piel de gallina. Al darse cuenta de que ha dejado de sufrir el frío, se felicita por esa pequeña victoria, la primera desde que llegó.

Tras envolverse en una toalla, regresar a la privacidad de su cuarto cerrado con pestillo y decidir lo que se va a poner —un vestido discreto y recatado, que en modo alguno incitará a Zaak ni le hará lamentar que no hubiesen sido amantes—, vuelve sobre una escena que permanece grabada en la pantalla de su memoria. En ella está con su madre, paseando por un parque al caer la tarde, en el barrio de las afueras de Ottawa donde sus padres se reasentaron un par de décadas antes de que Somalia se sumiera en una anarquía sin aparato de estado y donde a su padre, diabético, le habían amputado las dos piernas en cuestión de seis meses y llevaba cerca de dos años postrado. En aquel momento a Cambara no le iba tan bien como habría deseado en la profesión con la que siempre había soñado, la interpretación. No conseguía nada salvo papeles secundarios, menores, que ni siquiera merecían que su nombre apareciese en las marquesinas. Nunca le habían dado el espaldarazo hacia la fama. Los anuncios para televisión en los que había participado no llegaban a la pantalla y ninguna de sus otras apariciones fugaces se emitía en las horas de mayor audiencia. Para colmo, aquel mismo mes Cambara había intentado en vano que le hicieran una

prueba para el papel de una mujer somalí joven y ambiciosa en pugna con sus parientes políticos por la ablación de su hija de siete años, una historia que, según le hizo creer su agente, estaba escrita para ella. No era de extrañar que tuviera el ánimo por los suelos.

—Qué lástima que mi admiradora número uno no esté en condiciones de darme un papel protagonista —solía decir Cambara en broma a su madre y amigos.

Arda era una consumada entusiasta del potencial de su hija, se regodeaba hablando de su talento y encumbrándola; por encima de cualquier otro elogio, la describía como una actriz que algún día sorprendería al mundo, si se le daba la oportunidad. Cuando los parientes o los amigos de la familia comentaban que los años iban pasando y Cambara todavía no había dado el gran paso, que no se había casado ni le había dado nietos, Arda, en su réplica, hablaba de que la prioridad era su carrera, que ella anteponía al matrimonio y a la maternidad. Añadía que Cambara pensaría en esos asuntos sólo cuando como actriz consiguiese un contrato que mereciese la espera. Entretanto, Cambara trabajaba de maquilladora para una compañía llamada The Studio y era muy popular entre la gente del teatro. Asimismo ocurría entre la comunidad somalí, donde la buscaban para arreglar a la novia la víspera de la boda.

A decir verdad, Cambara era más realista de lo que su madre la hacía parecer. A veces se avergonzaba de que alardeara con tanta grandilocuencia, consciente de que se levantaba a diario animada por la ilusión de que un día su hija alcanzaría el éxito, que llevaría una sonrisa a los labios de todo el mundo y llenaría de orgullo sus ojos y su corazón. Arda soñaba con un plan fructífero que precipitara de una vez el éxito de su hija. Desde que se reasentaron en Canadá, varios años antes de que estallaran los combates en Mogadiscio que usurparon el poder de la férrea mano del dictador, Cambara adoptó un papel fundamental en la vida de sus padres. Los llamaba con frecuencia y los visitaba siempre que podía. Al caer su padre enfermo, le tocó a Cambara ir en coche hasta su casa, pasar con él los fines de semana y las vacaciones. Y cuando el hombre quedó postrado en cama y precisó cuidados las veinticuatro horas del día, para lo que su madre confió en una anciana filipina, Cambara ayudó en todo lo que pudo. La muerte de su padre las unió aún más y madre e hija disfrutaban hablando largamente e intercambiando cumplidos: la una por admiración; la otra, contenida, sin querer regodearse en ellos, como un gatito hambriento que apura hasta la última gota de leche del plato. Sin embargo, rara vez ninguna de las dos permitía que la conversación derivase hacia los asuntos más íntimos: el matrimonio o los bebés. Discreta, Arda reiteraba que, en las cuestiones del corazón, confiaba en que Cambara tomaría tarde o temprano la decisión acertada.

Cuando había transcurrido medio año de la muerte del padre de Cambara, un día Arda la invitó a visitarla, con el pretexto de que haber descubierto, según dijo, un elixir para sus problemas profesionales. Cambara fue a Ottawa por darle el gusto a su madre, suponiendo que seguramente la llamada guardaría alguna relación con las

revueltas que empezaban a estallar en Mogadiscio y el resto del país, nada más. Acaso podía haber un pariente en apuros que necesitase una mano o quizá el gobierno canadiense estuviese creando una comisión que ayudase a elaborar un protocolo para hacer frente a la crisis somalí y era posible que, tras alguna mediación, quisieran pedirle a Cambara que se uniese a los expertos. Fuera lo que fuese, aunque no consiguió que entrara en detalles, su madre sonaba contenta. Cambara dudaba que la visita tuviese nada que ver con sus ambiciones profesionales o que de veras su madre hubiese descubierto una panacea, pero dado que, según su experiencia, el historial de las intervenciones de Arda se había caracterizado invariablemente por el éxito, Cambara se dijo que no perdía nada con ir a Ottawa y saber qué tramaba su madre.

Abordaron la charla después de un baño caliente y una deliciosa comida, preparada y servida con cariño y esmero maternales. En la fase inicial de la conversación se desbrozó el terreno y todo fue bien: Arda dedicó un buen rato a los prolegómenos y Cambara escuchó con la debida paciencia y deferencia filiales, mientras su madre desenredaba la lana del ovillo de sus especulaciones. Sin embargo, cuando Cambara entendió al fin los derroteros que tomaba el plan de su madre y prestó más atención a los matices, se dio cuenta de que no podía contener las oleadas de náusea que la recorrían y que poco a poco la abatieron hasta que el letargo se apoderó de todo su ser. En resumidas cuentas, Arda le proponía tomar un camino que perjudicaría la privacidad de Cambara, una invasión en toda regla de su vida íntima.

Cambara estaba turbada. No sólo el plan, tal y como lo había ideado su madre, era impracticable, sino que además rompía, desde su punto de vista, un acuerdo que mediaba entre ellas hacía mucho, desde los años de su adolescencia, por el cual en ningún momento y bajo ninguna circunstancia ni su padre ni su madre tomarían por ella una decisión que pudiera afectarla, sin haberlo hablado y dejado claro antes con ella. Cambara siempre había velado por su independencia, manteniendo la guardia alta sobre su privacidad, y no permitía que nadie se inmiscuyera ni que nadie, fuese de la familia o no, traspasase ese umbral, a menos que contara con su beneplácito. Así pues, se irritó hasta lo indecible al ver que, a pesar de lo mucho que su madre y ella hablaban y se veían, sobre todo después de la muerte de su padre, la anciana había concebido una idea tan absurda sin tener en cuenta los sentimientos de Cambara, adentrándose en territorios sensibles donde sabía que no debía aventurarse. ¡Ojalá Arda no hubiese irrumpido en su vida privada destruyendo el respeto que el tiempo había consagrado! Y, no obstante, eso era precisamente lo que Arda había hecho. Cambara no conseguía entender la conducta de su madre, tan impropia de ella. Por decirlo de otro modo, lo que proponía su madre no cuadraba en absoluto con las cosas que le había mencionado cuando, hacía un par de días, la había invitado a ir a verla y hablar de una panacea para el éxito profesional de su hija.

La languidez que en ese momento se apoderó de su cuerpo la obligó a sentarse en el primer banco libre del parque por el que paseaban. Por la expresión de su rostro, daba la impresión que la hubiesen adormilado con un frasco de éter: jadeaba como si

le faltara el aire y la recorría un sudor frío. A Cambara le dolía en el alma reconocer, ella que siempre se enorgullecía de leer la mente de su madre igual que un adivino es capaz de interpretar las necesidades particulares de un cliente desesperado, que se había equivocado. Era evidente que esa vez una de las dos no estaba a la altura de las expectativas de la otra y ambas tendrían que revisar sus posiciones, que en aquel momento a ella se le antojaban hirientes por igual. Y cuando, poco después, Arda se sentó a escasa distancia de ella, a Cambara le salió del pecho un sonido a medias entre la risa ahogada y el gemido.

Envalentonada, Arda lo interpretó como un signo de que podía seguir hablando.

—En resumidas cuentas, me gustaría que mi sobrino Zaak viniese a vivir a Canadá, con todas las de la ley.

Cambara estaba lo bastante alerta para advertir la trampa y al instante sintió el aguijonazo de las últimas palabras, «con todas las de la ley».

Ironías de la vida, hordas de somalíes llegaban ilegalmente a los principales puertos y aeropuertos de cualquier rincón del mundo, entre ellos Toronto, y prácticamente todos se declaraban apátridas y nadie los expulsaba, por lo menos en Canadá. Sin embargo, Arda no quería que su sobrino se embarcase en un avión desde Nairobi, adonde había llegado tras huir de los enfrentamientos que se sucedían en Mogadiscio, al igual que decenas de miles de somalíes, en condición de refugiado. Arda, en cambio, se proponía tenderle la alfombra de bienvenida desde Nairobi mismo, con la idea de que se marchase de allí, a ser posible, en un vuelo con destino a Toronto, y no como refugiado, sino casado legalmente. Deseaba protegerlo, asegurándose por todos los medios de que no quedase a merced del acoso de las autoridades a cargo del control de migraciones, dados a sacar sobornos exorbitantes a los somalíes que viajaban a Europa o Norteamérica para ser realojados. No quería que lo detuvieran en algún punto a medio camino entre África y Canadá y lo devolvieran a Nairobi. Para empeorar aún más la horrible situación, por tercera o cuarta vez Arda desgranó todo su plan desde el principio, como si Cambara fuese corta de entendederas: que tendría que viajar a Kenia, diciendo que visitaba el país por motivos de trabajo, se pondría en contacto con Zaak, que esperaba el auspicio de un tercer país, y luego lo traería con ella en condición de cónyuge.

Sin honrar con una reacción lo que a su juicio eran dislates de su madre, Cambara miró a Arda fijamente intentando averiguar a qué se refería cuando mencionaba una «visita por motivos de trabajo» a Nairobi. ¿Qué clase de «trabajo» tenía en mente? Aun así, prefirió abordar primero la cuestión principal.

—¿Por qué iba yo a querer ser la mujer de un hombre en el que nunca he pensado en ese sentido ni he visto en muchos años? —preguntó.

—Con ello me harás un gran favor.

Mientras buscaba un asidero en el largo silencio, sopesando el contenido implícito en la respuesta, Cambara distinguió trazas del olor de su madre en forma de fragancia de olíbano, con las que las mujeres somalíes tradicionalmente dan la

bienvenida a sus maridos tras una larga ausencia.

—Madre, eres de lo que no hay.

—Serás su mujer sólo sobre el papel.

—Y a los ojos de los demás, ¿qué seré?

—Puedes actuar como una mujer casada, ¿no? —dice Arda.

—No quiero actuar como una mujer casada con Zaak.

—En la compañía de teatro que has estado —dijo Arda— te he visto hacer de delincuente y te he visto en el papel de una mujer con un hombre que no es tu marido. ¿Por qué no puedes fingir ser la mujer de Zaak? ¡Fingir! ¿Es que no sueñas con ganarte la vida actuando?

Al ver a Cambara en ese instante, se hubiese podido pensar que se trataba de una mujer fuerte por fuera y débil por dentro. ¿Era posible que su madre fuese al fin a quebrantarle el espíritu y que ella dejase de oponer resistencia? Ciertamente, había desperdiciado la oportunidad de ponerla en su sitio, tal vez ya era demasiado tarde para esquivarla.

—Tómalo como un favor, algo que harías por mí, ya te lo he dicho.

—Ojalá no me hubieras pedido algo así.

—No puedo pedírselo a nadie más.

—Es injusto.

—Pensemos en ello como un reto.

—No es propio de ti ponerme en un aprieto como este.

—Un reto para una actriz. Ser esposa sólo sobre el papel. Piénsalo.

Se querían con locura y rara vez un no salía de los labios de una de ellas cuando la otra pedía un favor, así que Arda confió en que el arte de la persuasión la ayudara a ablandar las barreras interiores del despecho de su hija, no con autoritarismo, sino con súplicas. ¡Hazme un favor, hija mía, te lo ruego! Una pena inconmensurable empezó a asentarse en el corazón de Cambara, hasta convertirse en una nueva inquilina de pleno derecho. Se sentía tan exánime como una marioneta con las extremidades rotas y sin hilos con que seguir moviéndose. Aun así, no sabía si actuar de esposa de Zaak, aunque fingiendo y «sólo sobre el papel», como decía su madre, supondría realmente un reto mayor a sus aptitudes interpretativas o, cuando menos, las puliría. Conociéndose, podía aceptarlo a modo de desafío, aunque sólo fuese para ponerse a prueba y convertirlo en un triunfo en el que deleitarse. Deseó que la idea hubiese sido suya, pues en tal caso ella misma habría establecido los parámetros de la relación y la habría abandonado cuando sus ánimos languidecieran. Si la idea original se le hubiese ocurrido a ella, podría haber experimentado una emoción verdadera desde la perspectiva de su creatividad. En cambio, las cosas estaban en un punto en que tenía que pensar qué diría Arda antes de zanjar la cuestión. Zaak no era digno de la vela que su madre había encendido.

—Repito: no tendrás que casarte con él.

Cambara sonrió abatida, exhausta de intentar capear el temporal que era su

madre.

—Dame todos los detalles —dijo, con la cabeza entre las manos—. Cuéntame qué te traes entre manos, la panacea de la que me hablaste.

Como Arda lo explicó, parecía sencillo. Tendría que viajar a Nairobi por encargo de la CBS para entrevistar a los somalíes a medida que fueran llegando, trabajando en colaboración con un equipo de rodaje local. Mientras estuviese allí, iría a ver a un abogado del Alto Comisionado canadiense, que facilitaría el trámite de la solicitud de Zaak, para que pudiese reunirse con ellas en Toronto medio año después.

—¿Está todo arreglado? —preguntó Cambara.

—Todo.

—Aun así, no entiendo por qué no puedo conseguirle un visado con la ayuda de esa persona a la que debo ver. ¿Por qué no lo acoges tú y le consigues un visado temporal? ¿Qué necesidad hay de casarse? —dijo Cambara.

—El problema, cariño —dijo Arda—, es que la mayoría de los visados que se expiden allí tienen una limitación temporal. Tres meses, medio año, dos años a lo sumo. Con la complicación añadida de que los visados que se expiden fuera de Canadá no se pueden renovar. El solicitante tendría que salir del país y volver a iniciar los trámites de admisión.

—Maldigo el día en que te convertiste en tía suya.

—Cielo mío —dijo Arda, tomándola de la mano—, por fuentes autorizadas sé que los somalíes que quieren venir a Canadá van a tener muchas complicaciones en Nairobi para conseguir visados, sean temporales o a largo plazo. Mantengo lazos estrechos en los departamentos competentes, algunos de ellos son vecinos míos aquí en Ottawa.

—¿Y casarse es la mejor opción?

—Dos vecinos míos trabajan en nuestro caso en este preciso momento: una de ellas será la responsable del reportaje para la CBS, el otro actuará de enlace con el vicedelegado del Alto Comisionado de Canadá en Kenia, con quien casualmente estudió la secundaria en Montreal, para asegurarnos de que tus papeles y los de Zaak lleguen con prontitud al despacho indicado.

—Vaya, veo que lo has pensado hasta el último detalle. Dime, ¿por qué no aparece en el aeropuerto? En cuanto pusiera un pie en suelo canadiense, siendo somalí le concederían automáticamente la condición de refugiado. ¿Por qué no viene igual, siguiendo la vía que eligen muchos otros? No estamos hablando de falsificar dinero ni de contrabando.

Se hizo un silencio.

—Un favor. A mí, tu madre —dice Arda, al cabo.

—En cualquier caso, ¿dónde está ahora ese condenado de Zaak?

—Zaak está viviendo en el centro de Nairobi, en un apartamento que he pagado con mi tarjeta de crédito a través de una agencia inmobiliaria local. Puesto que irás en el papel de futura cónyuge, te alojarás allí con él.

El cielo de Ottawa se oscureció y Cambara se detuvo a mirarlo, como si lo desafiara a llover. Sabía que una vez su madre tomaba una decisión y elaboraba los detalles de un plan, las posibilidades de que se retractase o aceptara críticas de cualquier tipo eran mínimas.

—¿Sabes qué, mamá?

—¿Qué?

—No harías esto si papá viviera.

—Anda, no vayamos por ahí.

—¿Acaso lo harías?

—Me las ingeniaría de alguna manera —dijo Arda.

—No lo creo —dijo Cambara.

En el silencio que siguió, Arda dedicó toda su atención a quitarse la suciedad de las uñas y ese gesto hizo a Cambara pensar en una mona despiojando a su cría, mordiendo y masticando los piojos.

—Mamá, ¿has previsto cómo vamos a organizarnos Zaak y yo para dormir, primero en Nairobi y luego aquí, suponiendo que le concedan el permiso para reunirse conmigo?

—Desde luego que sí —dijo Arda al instante.

—Muy bien. Pues vamos, cuéntame.

—La imaginación de muchos somalíes tiende a alborotarse en cuanto piensan en una situación en la que un hombre y una mujer comparten a solas un espacio íntimo, sin nadie que los custodie. Muchos dan por hecho que habrá sexo —dijo Arda.

—¿Y no crees que entre nosotros vaya a haberlo?

—Sé que eres una mujer dueña de ti misma.

—¿Y eso qué significa, si puede saberse?

—Que confío en tu buen juicio.

Qué decir de la imaginación de los somalíes que pierden el norte cuando se trata de sexo, al igual que ocurre en todas las sociedades mojigatas. Y, más concretamente, de si Cambara podría compartir un espacio íntimo con un hombre que podía abalanzarse sobre ella al verla recién duchada, después de ponerse su crema de noche favorita, entrando en la habitación y tumbándose en su lado de la cama con la única intención de leer. ¿Respetaría ese hombre sus deseos o la atosigaría hasta conseguir que perdiera los estribos y tuviera que recordarle cuál era la responsabilidad que se debía a sí mismo, que todo se hacía «por su propio bien»? O tal vez, tentada, ¿no sería ella la que diera el primer paso? Y el mal aliento de Zaak, ¿cómo iba a soportarlo?

Antes de caer la noche, madre e hija volvieron de su largo paseo y su larga charla, la una satisfecha, la otra exhausta, acalorada, molesta y, sin bajar la guardia del curso de los acontecimientos, inquieta como una chiquilla con un mal sueño.

Después de ducharse, antes de cenar juntas, Arda le tendió un sobre y Cambara, al abrirlo, vio que contenía un billete de avión a Nairobi con la vuelta abierta, una suma

de dinero considerable en dólares estadounidenses, en billetes pequeños y grandes, una póliza de seguro anual renovable para dos años, donde una de los asegurados caía bajo el calificativo genérico de «cónyuge».

—¿Tienes ya las fechas de viaje?

—Esperaremos la carta de la directora de contenidos de la CBS que se encargará de contratar al equipo. Por lo que le ha dicho a mi vecina, ya la ha echado al correo. Mientras, te he reservado el viaje de ida, ventanilla todo el trayecto. Dejaré que tú misma decidas la fecha de regreso.

—¡Qué considerada!

—Tú sabrás qué es lo mejor, puesto que serás tú quien esté allí.

—¿Algo más?

—Caray. Me había olvidado completamente.

—¿De qué?

Arda alcanzó un sobre de lo alto del aparador, se sentó y se lo tendió a Cambara.

—El certificado de la fiebre amarilla y el cólera.

—Pero si no me han puesto estas vacunas.

—Todo está arreglado.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Sé cuánto detestas las inyecciones.

—¿Tuviste que sobornar a alguien?

—Hay maneras de sortear esta clase de problemas.

—No has dejado nada al azar, ¿eh?

Cambara partió a Nairobi según lo acordado. Cogió un taxi en el aeropuerto y fue directamente a la vivienda donde iba a convivir con Zaak. La irritó llegar tan agotada del largo viaje, prácticamente sin pegar ojo, porque el pasajero que le tocó al lado estuvo hablando sin parar. Al llegar a la puerta de Zaak, lo encontró tan profundamente dormido que tuvo que llamar a dos vigilantes del complejo de apartamentos y entre los tres tardaron casi media hora en despertarlo. Se irritó aún más al ver que no esperaba su llegada. Su irascibilidad no era un buen augurio, lo supo desde el primer momento.

Una hora más tarde, después de una ducha, Cambara se reunió con él en la cocina y enseguida advirtió los quebrantos reveladores del cuerpo y del alma que había padecido Zaak y que volvería a ver una y otra vez en todos los somalíes recién llegados de Mogadiscio: los traumas que nacen de la desolación. No pudo precisar por qué se sentía tan incómoda en compañía de Zaak, pero quizá percibía que le estaba transmitiendo una corriente de vibraciones nocivas, aunque probablemente sin darse cuenta siquiera. Se contuvo, con la clara intención de no acercarse a él, por temor a que hubiese arrastrado consigo una suerte de enfermedad contagiosa de la guerra de la que había huido. Para disponer de la vivienda a sus anchas, lo mandó a hacer un recado al almacén de abastos, con dinero para que trajese provisiones básicas, entre ellas café, té y leche fresca. Así ella pudo dormir un par de horas. La

despertaron unas voces somalíes y enseguida se dio cuenta de que se trataba del boletín de noticias vespertinas del Servicio Somalí de la BBC.

Aquella primera noche que pasaron juntos fueron a cenar a un restaurante indio que había un par de puertas más abajo del complejo de apartamentos, dispuestos a sacarle provecho. Por muchos intentos que hicieron por conocerse o, cuando menos, por conversar, fueron inútiles: se comportaban como una pareja de casados que se reunieran tras un distanciamiento reciente y no hallaran el modo de superar su hostilidad. Al fin Cambara decidió que seguir allí sentados frente a frente, cuando ninguno de los dos decía apenas nada y con lo cansada que estaba, no valía el esfuerzo. Pidió la cuenta, que pagó ella, y se fueron. Cuando llegaron al apartamento, se retiró a su habitación directamente, deseándole buenas noches.

A partir de la mañana siguiente dejó al margen cualquier otra preocupación, decidida a meterse en faena cuanto antes. Se levantó temprano y fresca, y no perdió tiempo para ponerse en contacto con la coordinadora del equipo keniano, una joven cámara que hacía las veces de chófer y que le pidió que esperara a que saliera con una compañera que hablaba somalí, la cual había concertado las entrevistas, en la puerta principal.

Media hora después, Cambara, discretamente vestida e impaciente por empezar, estaba apostada en la entrada principal, con las carpetas de sus notas en una vieja bolsa de cuero, que prefirió a un maletín de trabajo, pues hubiese resultado demasiado llamativo. Se presentó a las dos mujeres, que llegaron en un Toyota destartalado. Comparada con la que iba al volante, que era más joven, más briosa y, por su nombre, Ngai, de origen kikuyu, la mujer que hablaba somalí, arrellanada en el asiento trasero del vehículo, parecía pesada y ancha como un ropero. Fue ella la que se dirigió primero a Cambara, en un somalí entrecortado que parecía aprendido en clases para adultos fuera de las horas de trabajo, porque su lengua era incapaz de articular con fluidez los muchos sonidos guturales del somalí. A su lado, al alcance de la mano, estaba el equipo de filmación, incluida una videocámara y otros instrumentos. Cambara no lograba adivinar la procedencia de la mujer corpulenta, que no llevaba consigo más que un bolso rosa chabacano, a juego con el vestido y los zapatos, también de polipiel. En cuanto la vio repantingada en la parte trasera del vehículo, Cambara supo que poca ayuda podía esperar de ella.

Ngai era una mujer vital y delgada, muy amable y habladora, de veintitantos años. Iba vestida con vaqueros y camiseta, tenía pecho de paloma, quizá por un problema de raquitismo en la infancia, la cabeza recién afeitada y los ojos tan enormes como un par de OVNIS avistados al amanecer sobre la cima de una montaña. Ngai era de trato fácil y rebosaba ganas de vivir: Cambara congenió con ella al instante, no dejaban de hacerse cumplidos una a la otra. Resultó ser, sin embargo, una conductora espantosa y tomaba las curvas con un ángulo sumamente peligroso, a menudo acelerando cuando no era prudente y hablando sin parar, sobre todo de los somalíes, que, según ella, estaban por todas partes, especialmente en el centro de la ciudad y, por lo visto,

eran gente adinerada. Natural que a Cambara le gustara esa muchacha al instante.

—No dejaba de repetirle a mi paisana del asiento de atrás que empiezo a pensar que a lo mejor Somalia es más rico que nuestro país, Kenia —dijo Ngai, cuando llevaban unos minutos en carretera.

—¿Y eso por qué?

—Todos los hoteles de cinco estrellas que hay en Nairobi están completos para varios meses, no hay habitaciones libres —dijo la joven—. Siempre creímos que vuestro país era mucho más pobre que Kenia, una especie de desierto. No tenéis petróleo, como Libia o Arabia Saudí, ¿verdad?

No pudo por menos que asombrarse de cuán poco saben los africanos acerca de los países vecinos debido al sesgo particular de, ironías de la vida, sus herencias coloniales. A fin de cuentas, ¿qué sabía ella misma de Kenia o los territorios circundantes? Menos de lo que sabía de Europa o Norteamérica, desde luego. En su empeño por afianzar una buena relación de trabajo, explicó las diferencias de clase entre los somalíes que iban a Nairobi en avión y se instalaban en hoteles de cinco estrellas, y los que llegaban hacinados en pateras y barcos que atracaban en Mombasa y, por ser pobres, eran considerados apátridas y, en consecuencia, refugiados. Situó a los dos tipos de somalíes en el contexto de la guerra civil.

—Conoceremos más detalles si hablamos con el mayor número posible de somalíes —prometió Cambara.

Empezaron entonces las rondas de entrevistas, que Cambara encaró trabajando desde primera hora de la mañana hasta bien tarde algunos días, por lo que cada vez veía menos a Zaak durante el día y más por la noche, junto con Ngai, que solía ir a cenar con ellos. Cambara lo presentó como su marido a algunos de los somalíes a los que conocían y los dos representaban el papel de pareja, por el bien de Ngai y el suyo propio. En privado, en cambio, Cambara mantenía las distancias con Zaak, cosa que a él no parecía importarle mucho.

Por el curso que los acontecimientos tomaron en Somalia, varios reportajes de Cambara se emitieron en Toronto a horas de máxima audiencia, incluida una serie de entrevistas realizadas al personal de los Altos Comisionados de Canadá y Gran Bretaña, así como de las embajadas de un puñado de países árabes y europeos, adonde derivaban a los somalíes. Los medios de Toronto alabaron su trabajo: uno de ellos, *The Globe and Mail*, afirmó que sus reportajes eran «impresionantes, obra de una verdadera profesional». Apareció incluso una fotografía de Cambara en la prensa, de un tamaño apropiado para que su madre pudiera colgarla de recuerdo en un lugar de honor de la pared de su dormitorio.

Los medios locales entraron también en liza gracias a una llamada anónima y un fax mandado desde Ottawa avisando a un par de directores de periódicos de que el trabajo de Cambara «hecho en Kenia» se recibía en Canadá. Cuando uno de los periodistas del *Daily Nation* llamó pidiendo una entrevista, Cambara pensó que se trataba de una de las teclas que habría tocado Arda. La idea era que la visita de

Cambara a Kenia y las entrevistas que estaba llevando a cabo allí tomaran forma en un artículo digno de la primera página de un periódico keniano de amplia difusión. Una redactora especializada en escribir sobre la situación de las mujeres en el continente escribió un artículo sobre ella para el periódico, con fotografías y demás.

El Alto Comisionado de Canadá en Kenia se subió al carro después de que apareciera el artículo en el *Daily Nation* y el vicedelegado de la embajada, que hasta entonces no se había decidido a recibirla ni sabía qué categoría dar a la cita, la invitó en primer lugar a tomar el té, pero finalmente la elevó a un almuerzo, porque varios colegas destacados allí quisieron sumarse a ese encuentro. El Alto Comisionado, que llegó tarde, se mostró cálido en elogios y la acompañó en los postres y el café mientras charlaban. Cuando las formalidades del almuerzo concluyeron, Cambara fue a la planta baja del edificio, donde se encontró con una mujer a quien Arda le había recomendado ver, porque era quien podía agilizar el trámite de los papeles de Zaak. La mujer, que no figuraba en la lista de invitados del vicedelegado, dijo que Cambara era en esos momentos la envidia del gremio de periodistas, por su primicia. Ella misma, sin embargo, consideraba que había sido un éxito excepcional, tanto como lo era el favor que le hacía a Arda de ayudar a Zaak a entrar en Canadá. Ni tenía intención de convertirse en reportera de la CBS ni de ser la mujer que compartiera el lecho con Zaak.

En aquellas semanas de estrecha convivencia con él había prevalecido una calma anodina. Su madre la llamaba con frecuencia y, en algún punto de la conversación, siempre soltaba lo de: «¿Ves como no es tan malo ser una mujer casada? Sobre todo cuando no te someten a la tiranía de cocinar, lavar los platos y hacer la colada, planchar los pantalones o zurcir los calcetines de otro, y qué decir de tener criaturas y cuidarlas sin ayuda de nadie, sin que tu marido levante siquiera un dedo». Tres meses después, Arda seguía preguntándose qué le parecía a Cambara ser «la mujer» de Zaak.

Cambara quiso ver el lado cómico de las cosas y contestó:

—Es como elegir una falda hecha jirones en un mercado de pulgas.

En Nairobi, seguían viviendo según el acuerdo inicial. Ella no daba pie a la cercanía en privado y, por tanto, cada uno permanecía en su parcela del espacio compartido, pero cuando estaban en presencia de los funcionarios consulares, solía emplear las expresiones de cariño que suele prodigarse una pareja de recién casados. Si ella no hubiese sido una actriz nata, pensaba, esos arrumacos intermitentes se le habrían hecho una montaña. Requería mucho temple empaparse en los jugos de un amor floreciente y luego cortarlos en seco. Zaak estaba a todas luces desconcertado.

—Porque las mujeres tienen más control sobre el propio cuerpo que los hombres —le explicó Arda.

La vida despreocupada que Zaak llevaba, que no cumpliera con su parte del trato ni ayudase nunca a limpiar los baños o a hacer las camas, ni en la cocina ni a ir a comprar comida, enfurecía a Cambara y en esas ocasiones odiaba la vida falsa que

llevaban. Sabía que en Toronto correría riesgos mucho mayores: Toronto era su territorio y tenía muchos amigos a los que no les guardaba secretos. La cuestión era cómo se las apañaría entonces.

Se alegró de haber podido demostrar su valía en la meta que se había fijado y la satisfizo que los documentales tuviesen una enorme trascendencia política y cultural para todos los canadienses y, en especial, para los somalíes-canadienses. Se le atribuía haber dado impulso a la creencia, hasta entonces no generalizada entre los somalíes, de que podían convertir en un triunfo su presencia en Canadá, pero aun así Cambara no se sentía del todo realizada. Quería dar lo mejor de sí con su trabajo interpretativo o tal vez montando una obra de marionetas, pues ser titiritera era una pasión que descubrió tiempo atrás en un curso de verano.

Dos reporteros de la CBS fueron a recibirla al aeropuerto a su regreso y le hicieron una entrevista, como si quisieran dar realce a su figura. Con una sonrisa ancha como el cosmos, Arda, con una guirnalda de flores, llevaba un ramo en una mano y en la otra una pancarta con dos uves trazadas con rotulador negro y las palabras: «Enhorabuena: dos victorias», tan grande como los misterios que no revelaba. El noticiario de la noche comentó su matrimonio, sin mencionar el nombre del cónyuge, pues madre e hija no lo divulgarían a amigos ni parientes hasta que «el joven afortunado» llegase.

Mientras se peina la maraña impenetrable de ondas y la jungla de rizos tan secos como árida es Somalia y mientras se debate por deshacerlos y soltarlos, Cambara recuerda la silenciosa llegada de Zaak a Toronto. Sólo una persona fue a recogerlo al aeropuerto, la propia Cambara, que acudió discretamente vestida para la ocasión, con el rostro enmarcado en un velo. Esperaba en una esquina, lejos de los taxistas y los conductores de limusina con carteles donde se leían los nombres de los desconocidos a los que debían trasladar, también lejos de las demás personas que esperaban a familiares y parientes. No había periodistas. Ni siquiera estaba Arda. Por recomendación de su madre, accedió a darle un abrazo, seguido de un rápido par de besos en las mejillas, por si alguien los espiaba, nunca se sabe.

Le enseñó su habitación en el apartamento y, al igual que ella había hecho en Nairobi, Zaak comentó:

—Estaré bien.

Pero ella quiso saber qué quería decir.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Pondré de mi parte —se explicó él.

Cambara pensó en decirle «Te dejo solo» y salir de la habitación, y que se quedara a solas imaginando a qué se refería, o en poner en entredicho la viabilidad de sus intenciones.

—No tienes que poner más parte que la tuya —le dijo al final.

Esperaba que le contestara con alguna ocurrencia, pero su respuesta la sorprendió.

—No voy a darte ningún motivo de queja.

Aun así, en su cabeza la afirmación sonó diferente y su vena insumisa imaginó una conversación entre un maltratador y su victimizada mujer, en la cual el maltratador juraba no volver a ponerle la mano encima, para darle una paliza más fuerte al día siguiente. Sin embargo, la parte más complaciente de su pensamiento arrojó la idea al espíritu generoso de una optimista incorregible, aun sabiendo perfectamente que Zaak la decepcionaría.

—Valen las mismas condiciones que pusimos en Nairobi —le informó—. Aquí sólo cambia el hecho de que tengo un empleo y muchos amigos. Así que prepárate.

Lo acompañó a la primera entrevista obligatoria de trabajo con un funcionario de migraciones, que salió a pedir de boca. Luego le enseñó el camino de ida y vuelta a la escuela de idiomas, un día en autobús y al siguiente en metro. También le indicó dónde podía comprar comida para llevar. Las primeras semanas Zaak estaba eufórico, hacía los ejercicios y, al llegar a casa, cuando ella no estaba, cocinaba espaguetis con una salsa que sabía a boloñesa. Ella volvía cada vez más tarde, mucho después de la hora de la cena. A veces llegaba silenciosamente pasada la medianoche, tras compartir la velada con Raxma u otros amigos, sólo para dormir, y se levantaba antes que él y volvía a salir con sigilo. Ella se encargaba de preparar la comida cuando estaban juntos, porque no soportaba la idea de comer lo que él cocinaba.

En público, de vez en cuando, hacían teatro: cuando acudían juntos a las bodas de otros somalíes, se les podía ver intercambiando una caricia, cogidos de la mano y ella lo llamaba «cariño». Y firmaban las tarjetas de felicitación como un matrimonio. Cuando invitaban a amigos o conocidos, ella solía mantener una discusión de verdad con él, dejándose llevar por su estado de ánimo, pero a sabiendas de que los demás verían a una mujer dándole la lata a su marido. A ella se le daba mejor fingir y se sentía más cómoda en el papel que él. Si su madre le preguntaba cómo lo llevaba, Cambara se quejaba de que coartaba la libertad de su día a día, de que desplazaba a sus amigos varones, que habían dejado de llamarla o de invitarla a las fiestas a las que antes iba. Arda sabía adónde llamarla si quería hablar con ella, a casa de Raxma, pero eso nunca se molestó en explicárselo a Zaak.

Cambara siguió al pie del cañón. Solo en casa y sin amigos, después de que Arda lo convenciera de no frecuentar las casas de té donde los somalíes de Toronto se reunían e intercambiaban comentarios sobre política, Zaak vio algunas películas de alquiler donde se revelaba el modo en que los funcionarios de migraciones suizos y norteamericanos figoneaban en las vidas privadas de los extranjeros que pedían la ciudadanía en sus países. Para mejorar sus aptitudes lingüísticas, debió de ver tantas veces la italiana *Pan y chocolate*, en versión original con subtítulos en francés, y *Matrimonio de conveniencia*, en el original inglés, que podía recitar los diálogos.

Siete, ocho meses pasaron sin que hubiera ningún hecho preocupante y entonces Zaak se dio por satisfecho, no tanto por sus propios méritos como por no haberse metido con Cambara ni haber provocado su rechazo. Cuando ella se dignaba ir a casa, cocinar y comer con él, le preguntaba cómo le iban las cosas. No sólo eso, sino que

no hablaba mucho de sí misma, ni de su trabajo ni de dónde había estado o con quién. Zaak se sentía más solo día tras día, cada vez más hastiado y deprimido.

Una noche, después de que le confirmasen que sus papeles estaban en regla, Arda llamó por teléfono para darle la enhorabuena y decirle de paso que recogiera un billete, pagado por ella, en el mostrador del aeropuerto y fuera a Ottawa a pasar unos días juntos. Debió de meter el dedo en la llaga, porque Zaak empezó a despotricar de lo solo que estaba; de que, aunque lo tentaba la idea, no había estado en contacto ni se había mezclado con otros somalíes, temeroso de hablar más de la cuenta cuando lo sondearan y meterse en un lío al dejar entrever su verdadera situación.

Por alguna razón, acaso porque compartió estas confidencias con su tía y hubiese deseado no hacerlo, Zaak no viajó. Cambara volvió a casa temprano, creyendo que ya no estaría y se sorprendió no sólo al encontrarlo allí sino también de ver que estaba dispuesto a arremeter contra ella. Ahora ya tenía sus papeles en regla, había hecho su curso de lengua y sabía que podía probar suerte con otra mujer, encontrar un trabajo. Cambara se dio cuenta de que sabía adónde iba a llevarlo su ira, aunque tal vez se tratara de un estallido excepcional, un arrebato, un desvío de la normalidad.

—Este es tu mundo —dijo Zaak, temblando de rabia— y yo tengo que creerme privilegiado por vivir como un pariente pobre vive en la casa de los familiares acomodados.

Cambara imaginó cómo sería la situación unos meses después, cuando fuera capaz de recurrir a la violencia y de darle una paliza porque no podía salirse con la suya y someterla. En su comportamiento injustificado creyó ver los conos rojos de tráfico en mitad del trayecto que hacían juntos, advirtiéndole del peligro que la aguardaba, de que debía actuar sin pérdida de tiempo.

Tanto se indignó que se marchó del apartamento sin siquiera un bolso de mano para pasar la noche; cogió un vuelo a Ottawa a última hora y le informó a su madre de que quería que Zaak se fuera. Puesto que había cumplido su deseo de facilitarle a su sobrino la nacionalidad canadiense, Arda estuvo de acuerdo en que había llegado la hora de que Zaak buscara su propio camino para poder ser dueño de sí mismo, vivir su vida, casarse si lo deseaba.

Zaak se mudó a otro apartamento en el barrio más alejado del de Cambara. Empezó a trabajar de asesor en una ONG con sede en Toronto, que se ocupaba de resolver conflictos que nacen de las discrepancias entre los clanes en Somalia y destinó su primer sueldo a alquilar una vivienda más apropiada. Pocos meses después dio la entrada para un apartamento de dos habitaciones, con un préstamo del banco y el aval de Arda, que también lo ayudó a cubrir los pagos mensuales de la hipoteca. Cuando consiguió un puesto decente que le permitió asumir todos los gastos, Arda anunció que había llegado el momento de que Cambara presentara los papeles del divorcio. Dos semanas después de que concluyeran los trámites, Zaak sorprendió a todo el mundo, incluida su tía, al casarse con otra mujer. Arda se sintió dolida, porque habría esperado que le comunicase su decisión y le consultara. Varios años y tres

hijas después, todo el mundo salvo Cambara se llevó otra sorpresa: Zaak tuvo que comparecer ante un tribunal, acusado de tratar cruelmente a su esposa y sus tres hijas, a las que había dado palizas de muerte.

Poco grato entre sus familiares y amigos, Zaak volvió a Mogadiscio con el cargo de representante de la ONG para la que trabajaba, donde se ocupó de coordinar las políticas de paz y, según todos los rumores, se enmendó, por lo menos durante los primeros años.

Duchada y vestida, ya lista para bajar y, si se da el caso, para preparar la comida para los dos, porque sigue sin concebir la idea de comer lo que él haga, Cambara se dice que Zaak es un caso perdido en una ciudad en ruinas. En Nairobi, el tiempo que ella trabajó para la CBS no trató de sacar provecho para sus documentales de las experiencias de Zaak con los somalíes refugiados, sobre los que también él habría tenido mucho que decir. Más bien fue él quien se benefició de su visita al casarse con ella e irse a vivir a Canadá. Por desgracia, ahora era una piltrafa humana, había destruido todas las oportunidades que se le habían presentado en la vida. Era un maltratador de mujeres y niñas, además de un estúpido desagradecido. Cambara supone que, por ser la cuarta vez que el azar une sus destinos —la primera de niños, luego en Nairobi, después en Toronto y ahora en Mogadiscio—, tratará por todos los medios de no cometer el mismo error, fuese el que fuese.

¿Sabrá aprovechar su estancia en Mogadiscio para hacer algo que valga la pena, o desperdiciará la oportunidad y volverá a Toronto con las manos vacías? Si ha preferido no darle detalles a Arda del plan que está tomando forma en su cabeza, es porque quiere moverse con libertad, no convertirse en una marioneta a la que su madre pueda controlar desde una ciudad tan remota como Ottawa. Únicamente hay otra persona que conoce los rudimentos de su proyecto y es su mejor amiga, Raxma.

Cambara oye que llaman a la puerta. Los golpecitos se cuelan en el intersticio del proverbial ulular del búho, que la advierte de ser cauta, y el instante en que Cambara recuerda lo sucedido con Wardi, el que ahora es su marido.

—¿Vas a bajar? —pregunta Zaak.

Ella lo interpreta como «¿Vas a cocinar?».

—En media hora estoy abajo —dice.

Tres

Cambara entra en el salón, la mitad del cual está bañado por una luz ambarina, la otra mitad oculta tras la lobreguez de una tela negra, similar en color y textura a un chador de diario.

Al entrar, se lleva la mano instintivamente a la cabeza, que se ha cubierto con el velo. Sabe que no ha logrado domar los enredos de su pelo apelmazado, porque no ha conseguido pasarse el peine a través de la tupida maraña de cabello antes de bajar. Una sonrisa le asoma en el rostro, aunque no acierta a decidir si lo que le hace gracia es el recuerdo de Arda, que de niña la reñía siempre que se iba a la cama sin arreglarse bien el pelo y luego la peinaba con esmero, o porque tiene la impresión de haberse cubierto la cabeza como si entrase en un lugar de culto. De todos modos, se adentra en esa hora que invita a la calma sumergiéndose en la penumbra enigmática de un mundo con el que no está familiarizada.

Tarda unos instantes en captar dónde está Zaak: lo huele, igual que un tiburón detecta la sangre en sus proximidades, identifica su presencia con suma precisión por su olor corporal, antes de verlo. Es la figura de torso descubierto y barriga hinchada que transpira copiosamente bajo la tela de un *sarong*, reclinado en una estera, con las piernas estiradas y la mandíbula en movimiento. Los ojos, que más bien parecen estrechos ojales por los que pasan los cordones de los zapatos, parecen empañados por una neblina. Yace lánguidamente, con el codo derecho descansando en un cojín y la cabeza, vencida hacia atrás, en otro que se apoya contra la pared.

Está mascando, con los carrillos llenos a reventar. La expresión de embriaguez del semblante recuerda a la de cualquier alcohólico sin techo que de vez en cuando se muerde la lengua hinchada, al confundirla con comida. Cambara mira los haces de *qaat* que restan por abrir, envueltos con delicadeza en paños de cocina humedecidos para mantener las hojas frescas. El suelo está sembrado de envases: dos botellas de coca-cola vacías y tumbadas y una tercera abierta de la que Zaak toma un sorbo de vez en cuando; hay dos frascos más, Cambara cree que uno de ellos contiene té negro dulce y el otro té con leche; también ve varias botellas de agua mineral de importación.

Zaak hace ademán de levantarse, en un gesto de cortesía hacia ella, pero el intento de ponerse de pie para la ocasión queda en nada cuando vuelve a caer torpemente hacia atrás, derrumbándose como un artefacto al que un niño ha dado cuerda y que se para de golpe; en la caída deja a la vista el trasero desnudo y los testículos, antes de recuperar el poco sentido del decoro que le queda. Se tumba de costado visiblemente azorado, con la parte de la barriga que queda visible para Cambara distendida y derramándose. La imagen de Zaak relajado y soportando al mismo tiempo una

tensión expectante le recuerda a Cambara la postura torturada de un paciente de hospital encogido y casi a cuatro patas, a quien una enfermera introduce un supositorio por el recto.

Turbado, saca el bocado de *qaat* que ha estado mascando con la lengua, que, por un instante fugaz, aparece en todo su esplendor, torpe, acariciante, agitada y babosa. Cambara imagina un babuino hundiendo los dedos en un plátano podrido recién pelado, atracándose de todo lo que tiene a su alcance. No es de extrañar que, a pesar de que ha guardado una buena distancia, en un estado de desorientación, el cúmulo de olores le nublen los sentidos y Cambara sufra un trastorno momentáneo. Se apodera de ella la extraña sensación de encontrarse en la entrada de un establo que apesta a excrementos de ganado mojado y estiércol de caballo. ¿Qué está haciendo aquí?

—¿Quieres acompañarme? —pregunta Zaak.

—¿Para hacer qué? —dice ella.

Espera a que diga algo antes de que sus pensamientos se pierdan en el recuerdo, que, una vez ha aflorado, la conduce rápidamente a la opacidad del tiempo en que vivieron juntos. Surca esa época hasta el periodo que vino después de su divorcio, cuando Zaak se casó con una mujer prácticamente analfabeta, recién llegada de Mogadiscio, sin familia con la que hablar ni nadie que la aconsejara. Zaak alimentó la rumorología de los somalíes afincados en Toronto con historias terribles, convirtiendo a Cambara en objeto de burla. Cuando le preguntaban por qué su matrimonio con Cambara no había prosperado, contaba que la había sorprendido una noche a altas horas, retozando desnuda con tal o cual amiga suya; si lo importunaban con insistencia para que contara toda la historia, mencionaba el nombre de Raxma. Cuando los mascadores de *qaat* con los que se reunía le preguntaban cómo era en la cama, Zaak contestaba que apenas se acostaban juntos, «una vez cada seis meses, como mucho». Alguien de su selecta audiencia, compuesta en su totalidad por miembros de su mismo clan, siempre quería saber más y Zaak siempre acababa cediendo. Cuando le decían si no habría sido culpa suya por haberla defraudado o que tal vez a ella no le interesaba mucho el sexo, se quedaba tan fresco al contestar con descaro: «Porque es una mujer que está a gusto con mujeres, no con hombres». No es que a Cambara le molestara lo que los amigos de Zaak imaginaran, en un sentido o en otro, pero al pensar que Arda, y ella misma por complacerla, le habían puesto en bandeja las cosas, facilitándole la residencia en Canadá tan pronto tocó tierra, a decir verdad esperaba que Zaak se comportase de otro modo y, cuando menos, fuese agradecido con ellas. Porque, en su intento por mancillar la imagen de Cambara, al parecer Zaak llegó a insinuar que Arda había sido la amante del diplomático canadiense que, durante su destino en Nairobi, se encargaba de contratar al personal del departamento somalí del Alto Comisionado, el mismo diplomático que, destinado entonces en Ottawa, aceleró la tramitación de su permiso de residencia. Sus insinuaciones se fundaban en algo que Cambara pudo haber dicho y que él había oído mal o había malinterpretado sin más, pues ella sólo dijo que su madre y el

diplomático mantenían una relación «estrecha». Por supuesto, nunca dijo ni insinuó siquiera una sola palabra sobre eso a su madre. ¿Para qué? Quizá sea natural que a quienes se les niega el sexo o no practican el suficiente les preocupe tanto que ven todo lo demás a través de esa lente deformante.

—¿Qué me dices? —pregunta Zaak en voz alta, mascando.

—¿Sobre qué? —contesta, con la voz de los que despiertan de un sueño profundo.

Cambara recuerda de pronto dónde está y con quién, vuelve a tomar conciencia del hediondo miasma procedente del rincón donde yace Zaak. «No puedo soportarlo, esto me matará en poco tiempo —se dice Cambara—. Es una tortura».

—Mira, los amigos con los que masco *qaat*, todos hombres, no han querido venir al enterarse de que tengo una invitada —le explica—. Igual ya estás al corriente, pero has de saber que mascar sólo es una maldición.

—No, gracias.

—Mira, tengo mucho *qaat*. Por favor.

La idea de acompañarlo la deja más helada que la idea de volver a ducharse con agua fría. Empieza a rascarse la cabeza con furia, siente que la sangre fluye más rápidamente en su interior, el pulso se le acelera y los oídos se le inundan con el sonido del latido ensordecedor de su corazón. Se mira el brazo, en el que se clava las uñas hasta sentir que se abre las carnes, y luego mira a Zaak. Desde allí, contempla el haz de *qaat* con el cordón desatado, esparcido en el suelo, a la espera de que Cambara lo consuma. Hubo un tiempo en que sólo los somalíes del antiguo protectorado británico de Somalia y los hablantes de somalí del Ogaden etíope lo mascaban, pero no era costumbre en las regiones del sur de la península. Cuando Cambara vivía en Somalia, ni sus padres, ni ninguno de sus amigos o conocidos la practicaban, de hecho ella no conocía a nadie que siquiera tocara el *qaat*. Más tarde, sin embargo, la costumbre se extendió hasta el punto de que incluso cuando se celebraban los consejos de los clanes, a los que acuden también miembros de las comunidades de pastores, son los propios organizadores quienes lo distribuyen, para asegurarse de que nadie cuestione los razonamientos descabellados de los asistentes, menos aún los despropósitos del caudillo y sus esbirros. Al ver ahora a Zaak, Cambara observa el torpor inquietante de su mirada y recuerda de pronto los ojos de colocado con que su profesor de inglés, oriundo de Hargeisa, acudía a darles clase en la escuela primaria de Mogadiscio, después de pasarse la noche entera mascando.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta.

—Perfectamente.

—Pues no lo pareces —dice ella, envalentonándose.

—¿Qué te hace decir eso?

—El modo enfermizo en que sudas —comenta Cambara.

—¿Qué pasa, no te gusta la sauna, en plan tropical? —dice Zaak.

—No estamos en un baño turco y tú lo sabes —dice ella.

—Yo me monto la sauna a mi manera —contesta.

—Qué mal camino llevas —sentencia ella.

Zaak se queda en silencio. Un hombre a solas con su fiebre.

Ella trata de medir cuán profundo ha caído Zaak desde que se encontraron por última vez en Toronto, hace unos años, cuando pasó un par de noches en comisaría por pegar a su mujer y maltratar a sus hijas. Ella hizo colecta y pagó la fianza, a petición de Arda. Fumaba como un carretero, mascaba *qaat* con regularidad y vivía en habitaciones que no se ventilaban y apestaban a zorrera: la receta para que se produzca la más absoluta disonancia entre lo que se espera de alguien a quien crees conocer de toda la vida y el comportamiento impropio de esa persona cuando su situación ha cambiado.

Quizá todo se resumía en el triste hecho de que Zaak no merecía toda la ayuda que Arda y Cambara le habían prestado desde el momento en que fue a vivir con ellas, cuando apenas era un muchacho, porque no era capaz de apreciarla. Estaba segura de que Zaak se encontraba en condiciones de volar desde Nairobi e iniciar el contrato de aquel matrimonio atípico poco después de que ellos dos cancelaran el suyo a raíz de la acritud que se instaló entre ambos. Por los comentarios que se le atribuían, podría pensarse que Arda y Cambara habían cometido una injusticia con Zaak y que debían disculparse con él y no al revés. El recuerdo de cómo se portó con ellas había calado más hondo de lo que Cambara hubiese imaginado y esperaba que Zaak deseara con todas sus fuerzas recuperarse, del mismo modo que ella estaba tratando de canalizar su dolor y adoptar una actitud positiva, precisamente la razón que la había impulsado a viajar a Mogadiscio.

Cambara le sostiene la mirada hasta que los ojos de Zaak se nublan aún más y vuelve la cara. No siente pena ni deseos de ponerse en su lugar, porque su manera de actuar en estos momentos la disgusta tanto como el trato injustificado que dio a su mujer y a sus hijas. Los matones se lanzan a la yugular de los débiles y Xadiitha reunía las condiciones ideales para ser su víctima: una joven divorciada, prácticamente analfabeta y hasta entonces sin papeles ni familia que la ayudase, que en menos de cinco años dio a luz a las tres niñas. Tiempo después Cambara tuvo noticia de que Arda había mediado discretamente en esa boda; según los rumores, Arda había hecho la primera llamada a la familia con la que Xadiitha vivía, que pertenecía a la misma rama de su clan y que la tenía más por una criada que por un miembro valioso de la casa, y después se las ingenió para mantenerse en un segundo plano hasta el día de la boda, a la que contribuyó también con dinero. Que su madre hubiese hecho esas cosas no molestó a Cambara más de lo que la irritó saber que Zaak había mostrado su verdadero rostro de hombre violento. Sin embargo, si un velo de indiferencia ocultó el vil maltrato que Zaak había dado a Xadiitha, no bastó para que Cambara se encarase con él o hablara de ello con Arda; si Arda intervenía juiciosamente y recibía la visita de Xadiitha y las niñas durante varias semanas, era por egoísmo, tanto el de su madre como el suyo propio. (Cambara se lo explicó a

Raxma en estos términos: «Me da un gran alivio saber que ese hombre no me incordia a mí sino a Xadiitha»). No se detenía a explicar que no sólo Xadiitha era prescindible sino que además no justificaba la preocupación de Cambara y Arda. La pobre mujer no merecía siquiera una discusión. En todo caso, Xadiitha fue oportuna, ya que las ayudó a librarse de Zaak y no había ningún medio mejor para conseguirlo. Desde luego a Cambara la sorprendió que su madre nunca creyera que Zaak había maltratado a su esposa o se hubiese ensañado con sus hijas. Aquello fue una vergüenza: los funcionarios de asistencia social intervinieron para poner a las crías en lugar seguro, en un centro de protección de menores. Mirando hacia atrás con esta perspectiva, Cambara se consideraba afortunada, al imaginar que ella podría haber corrido la misma suerte si hubiesen formado una verdadera pareja.

—¿No querías ir a cenar? —le pregunta a Zaak.

—Aquí tengo mi ambrosía, así que no me apetece comer nada más —le dice, mirándola con maldad, pestañeando.

—Parece que el *qaat* te ha embotado el sentido del gusto.

Cambara piensa en lo poco que conocemos a alguien cuando cambia y se alteran sus circunstancias, especialmente si esas transformaciones son concomitantes. En cualquier caso, no le queda otra que adaptarse a su nueva situación. No es fácil estar en una ciudad que apenas reconoce, donde la guerra civil sigue viva después de más de una década y después de su larga ausencia de la metrópolis. No tiene la certeza de que Zaak vaya a romper una lanza en su defensa si esos jóvenes que controlan la ciudad, apenas adolescentes, leales al caudillo que ha ocupado la propiedad de la familia, se ponen peligrosos. Menos probabilidades hay de que le ofrezca ayuda si el caudillo se niega a desalojar la finca. Tal vez los individuos como Zaak suelen comportarse de manera anómala en circunstancias atípicas.

—Nunca fuiste muy amigo de la comida —dice Cambara—, a menos que fuese otro el que se prestara a cocinar. Recuerdo que no te importaba comer lo mismo todos los días o corrías al restaurante más próximo en cuanto veías unas cebollas sin pelar. Me daba la impresión de que huías de la carne cruda como algunos echaríamos a correr si viésemos un león.

—He sobrevivido, como puedes ver.

—¿En qué condiciones?

—No me quejo.

Cuando Cambara no puede mantener la atención en esos pensamientos por más tiempo, pregunta:

—¿Dónde está la cena que voy a tener que comerme sola?

—Al lado de la nevera —dice Zaak.

—¿No será dentro de la nevera?

—Estamos sin luz desde antes de la medianoche de ayer —explica él—, así que la nevera no funciona. No tiene sentido mantenerla enchufada, ni tampoco meter la comida dentro.

Cambara mira la bombilla que cuelga del techo, encendida.

Zaak sigue su mirada, asiente varias veces, y luego le da una explicación.

—El suministro eléctrico para esto, la segunda fase, procede de un hotelito de dos estrellas que genera electricidad para abastecerse, porque el director tiene además una pequeña fábrica de hielo. Tengo la luz pinchada a esa acometida.

—¿Cómo lo haces?

—Pago bajo mano a sus empleados —dice Zaak, satisfecho de su chanchullo—. El calentador, mi dormitorio y esta parte del salón están conectados a esa acometida. Les doy cinco dólares al mes por engancharme.

—¿Y para cocinar?

—No cocino —dice, como si se enorgulleciese de ello.

Un poco desconcertada ante la rotundidad de su respuesta, Cambara hace ademán de adularlo.

—Pero habrás preparado esa cena que me has ofrecido, ¿no? Si me ofreces ahora mismo tu boloñesa, tengo tanta hambre que no le haría ascos.

—Querida, no podría soportar que me pusieras en el punto de mira que pones a cualquiera que se digna agasajarte cocinando para ti —dice Zaak—. Una vez dijiste que la salsa que había preparado parecía mierda de pájaro y que sabía a comida en lata para perros.

No recuerda habérselo dicho a la cara, pero suena a uno de los comentarios que podría haberle hecho a su madre por teléfono y que él pudo haber escuchado a escondidas en cualquiera de las llamadas de larga distancia que mantenían. No sería un gesto impropio de él. De todos modos, sus críticas no provocan el resultado que Zaak tal vez esperaba, a pesar de ser mordaces y que las suelta con frialdad, como si las hubiese ensayado con la intención de herirla. Sus observaciones aceradas parecen resbalar sobre la piel de Cambara, que, indiferente a la acritud maliciosa que encierran, lo mira largamente y con dureza, acaso en un intento de zaherirlo con una burla igual de incisiva. Muy a su pesar, no se le ocurre nada.

—Eres el terror de los cocineros —insiste Zaak.

—¿De qué estás hablando?

—¿Acaso no te he visto despreciar buena comida, servida con cariño y humildad?

—No recuerdo haber hecho nunca comentarios malsonantes sobre tu forma de cocinar —dice Cambara—. Por lo menos en tu presencia.

—Ahora lo has dicho.

La mira en silencio: los ojos se le inyectan en sangre y el esbozo de sonrisa se acentúa en una mueca más pronunciada. No hace falta que añada ningún comentario, su mirada lo dice todo; más, de hecho, de lo que ella es capaz de soportar en ese momento o de lo que se atreve a encarar. Es lo más cerca que han estado ellos dos de discutir abiertamente. Si esa vez han optado por entablar un juego de poder, cosa que hasta entonces no han hecho, uno de los dos deberá darse por vencido. Había días en que Zaak rehuía los enfrentamientos y se encerraba en una hosquedad muda llena de

evasivas, preocupado por lo que Arda pudiese decirle o hacer de él. Sabía cuáles eran sus comienzos: que, de no ser por Arda, las probabilidades de ampararse en Cambara tantas veces como había hecho o no existirían o serían mínimas. Quizá ahora que está colgando del peldaño más bajo de la escalera le da lo mismo.

Igual que un perro que ha probado la sangre y acecha para la matanza, dice:

—Ya era hora de que crecieras, ya era hora de que empezases a vivir en el mundo real...

Cambara siente que se le hincha la laringe hasta que sus cuerdas vocales no pueden articular sonido alguno, sí es capaz de procesar los pensamientos que transmite su memoria. Piensa que cuando la relación entre dos personas que en el pasado creyeron ser íntimas cambia por la presencia o la ausencia de sexo, sea por ambas partes o por una sola, si uno de los dos se siente herido ataca al otro con un encono sin tapujos. Cambara ya ha sido víctima de esa clase de ataques anteriormente: primero Wardi y ahora Zaak. Se mantiene alerta a las contradicciones y la injusticia de esa clase de reacciones. Sin embargo, entiende de dónde nace el encono de Zaak. Entonces se imagina a sí misma en el cuerpo de un elefante e introduce la incomparable fuerza del animal en la ecuación o, aún mejor, por su imponente fortaleza, se compara a un luchador de sumo que levanta a un contrincante y lo deja caer con estilo consumado. (Cambara está en deuda con Arda, a quien le gusta comparar la fuerza de una mujer con la de un elefante, el cual rara vez hace pleno uso de ella, sea porque no sabe hasta dónde puede llegar y lo que puede conseguir empleándola, sea porque su corazón generoso hace que esté dispuesto a dar más de lo que recibirá a cambio).

Zaak vuelve al ataque.

—Ya era hora de que te diera la bienvenida al mundo real.

—Hablas como si viviera en un mundo que yo misma he creado.

—Te mientes a ti misma, ese es tu problema.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono?

El silencio de Zaak es como sal en su herida abierta.

—Dime, ¿por qué nunca me has dicho nada al respecto?

—Porque no he tenido ocasión.

—¿Y por qué lo haces hoy?

Zaak guarda silencio.

—¿Por qué escoges el día en que llego a la ciudad? ¿Será porque sabes que confío totalmente en ti para que me orientes y me protejas? ¿Así es como tratas a tu huésped?

—Yo he sido un huésped toda la vida —dice él.

—En nuestra casa no lo eras.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Se siente tan herida que le duelen las entrañas.

—Mi madre te crio como si fueses de su propia sangre.

—¡Tú misma lo estás diciendo!

—¿El qué? ¿Qué es lo que he dicho?

—Como si fuese de su propia sangre, cuando no lo era. Tú lo sabías y lo explotaste de todas las formas posibles; ella lo sabía y se encargaba de recordármelo siempre que la desobedecía en algo —le lanza las palabras como dardos a una diana.

—Naciste cobarde y siempre serás un cobarde —le dice.

Intenta recordar una sola vez en todo el tiempo que convivieron, tanto cuando crecieron juntos en la misma casa o, luego, fingiendo ser marido y mujer, en que se comportara con él tan descortésmente como él lo hacía ahora. No se sorprende al constatar que no puede rescatar ninguno.

Desde luego lo mantuvo a raya y se negó a compartir «intimidaciones» con él, pero en tal caso la culpa era de Arda, por haber puesto las condiciones. Cambara está convencida de que mantuvo con él un trato impecable, siempre dentro de los parámetros del acuerdo que fijó primero con Arda y luego con él. En cuanto a la época que de niños pasaron juntos, reconoce que se portaba mal. Su madre intentó sin éxito dominar sus excesos o hacer que se comportara como cabe esperar de una chica criada como ella se crio. Zaak era un burro, sólo podía ganar los premios que daban a los peores alumnos de la escuela; Cambara sabía que no iba a llegar lejos.

—Me marcho de aquí —grita—, ahora mismo.

—Adelante, vete —dice Zaak—, ¿quién te lo impide?

En silencio, pero sin dar muestras de arrepentimiento, Cambara lo mira detenidamente, con rabia.

—¿Adónde vas a ir si te marchas?

—A un hotel.

—¿Conoces alguno?

—Desde luego.

El Hotel Maanta, que dirige Kiin, la amiga de Raxma.

—¿Sabes cómo llegar?

La pregunta es una burla a su tono triunfal, los dos lo saben. No le contesta, no sólo porque no tiene ni idea de dónde está el Hotel Maanta en relación con el lugar donde está ella sino también porque se detiene a contemplar el desagradable rostro de la derrota. Sus ojos escrutan el fondo de los ojos de Zaak: cómo lo odia. Cuando Cambara topa con la realidad concreta del desprecio implacable en la lascivia que le insinúan esos ojos, le replica con una voz que hace pensar en un boxeador agotado que no devuelve los golpes que le caen.

—De todos modos, yo no quiero quedarme aquí.

—Ten cabeza, mujer —dice él.

—No me hables con esos humos.

—Hablaré como me dé la gana cuando me dé la gana —contesta él.

—Debería haberlo sabido —repite ella varias veces. Luego se sume en el silencio desalentado de los vencidos, sintiendo que de pronto el cansancio se apodera de todo

su cuerpo, que los ojos se le empañan, que los rasgos se le contraen en una mueca. Aun así, se consuela pensando que al día siguiente se defenderá, una vez reconozca el terreno donde pisa y haga acopio de determinación para recuperar su dignidad.

—No querrás ir a ningún lado ni con nadie que no sea yo, si sabes lo que te conviene.

—Creí que vivía en un mundo que yo misma he creado.

—Así es.

—Un mundo en el que me miento a mí misma, ¿no?

—Así es.

—En ese caso, yo sé lo que me conviene.

—Entonces, ¿qué o quién te conviene?

—Ni tú ni esta casa, desde luego.

—Eso no lo voy a consentir —advierte Zaak con tono autoritario.

—¿El qué?

—No permitiré que pongas en riesgo tu seguridad.

—¿Por qué iba a importarte a ti mi seguridad?

—A tu madre le importa —dice.

—¿Y qué te importa a ti mi madre?

—Tu madre me tiene por su huésped.

—¿Y?

—No quiero defraudarla.

—Mi seguridad, ¡anda ya!

Zaak ignora su indignación encogiéndose de hombros.

—Si tienes cabeza, no te embarcarás en la insensata aventura de adentrarte en plena noche en los peligros de Mogadiscio. No querrás arriesgar tu vida sólo para salirte con la tuya por una tontería. Quédate bajo mi techo, sé mi huésped, trata de sentirte lo más cómoda posible, a pesar de las circunstancias adversas. Piensa en tu seguridad. Si fuera tú, soportaría las molestias si estás sana y salva. Mañana te llevaré con mucho gusto a donde quieras, hasta que encuentres un hotel bueno y limpio, donde te sirvan buena comida y al que le des el visto bueno. Y sabe Dios que no hay un lugar así en esta ciudad.

Cambara no está segura de si Zaak se propone reparar su comportamiento anterior cuando la aconseja no precipitarse o si, por el contrario, quiere humillarla aún más. ¿Quién hubiese creído que Zaak albergaba tanto resentimiento, que podía guardar en su interior tanta ponzoña durante todos estos años? ¿Quién hubiese imaginado que la derramara toda sobre ella en el momento en que menos lo esperaba? Tal vez fue una ingenuidad pensar que Zaak estaría en deuda para siempre con la familia de Cambara. Ella confía en ser capaz, a la hora de la verdad, de saldar las cuentas con él y darle su merecido y se recrea en la idea de demostrar su valía como mujer de voluntad firme, como actriz dotada de un potencial tremendo. No puede decidir, sin embargo, el precio que tendrá que pagar.

—Promete que algún día me dirás por qué haces esto. Para mi propia edificación —le dice a Zaak.

—He tenido noticias de Wardi —le contesta.

—Eso no es asunto mío —dice ella.

—Yo creo que sí —le asegura él.

—¿Qué puede importarme?

—He oído su versión de la historia.

—¿Y a mí qué más me da?

—¿Cuál es tu versión?

Zaak se mueve como si fuese a lanzarse en otra de sus escaramuzas, pero Cambara, sin perder la calma, levanta el brazo derecho a tiempo de impedirle que diga nada más. Cuando cree que ha logrado traerlo a su terreno, se lleva los dedos a los labios, como si quisiera sellar de este modo el pacto con el silencio que va a convertirse en su destino. Permanece inmóvil, con el rostro crispado, los brazos en jarras, guarda cierto parecido con un ave a punto de emprender el vuelo. Hace ademán de marcharse.

—Que tengas un buen día —dice.

—Espera, no te vayas aún —dice Zaak.

Cambara sube a su cuarto del altillo a pensar.

Cuatro

¿Cómo va a aliviar el dolor bañado con los condimentos salobres de sus lágrimas si la rabia que siente hacia Zaak y, por ende, su grosería, supuestamente un mal menor, es tanta que convierte su enfado previo por lo que ha hecho Wardi en una nimiedad? La verdad es que en ningún momento piensa cuestionar si su viaje a Mogadiscio ha sido la decisión más acertada, ni piensa lamentar haberla tomado. Aun así, ¿qué medidas tendrá que tomar para reparar la fechoría de Zaak?

Cree que, haga lo que haga, no debe permitir que la rabia la domine y eche por tierra sus posibilidades de éxito, empujándola a las redes del remordimiento. Tampoco tiene sentido admitir la derrota precipitadamente, sobre todo con perdedores como Zaak y Wardi, o levantar las manos en alto a la desesperada. Está decidida a no consentir que el encono declarado de Zaak cale en el aplomo que ella ha redescubierto en su interior, que en parte es resultado de haber derrotado a Wardi en su juego ruin y en parte de su decisión de volver a su país, con la idea, entre otras cosas, de reclamar la propiedad de su familia.

Ojalá Raxma estuviese cerca o tuviese la oportunidad de llamarla por teléfono ahora mismo para ponerla al corriente enseguida del comportamiento de Zaak, tan fuera de lugar. De toda la gente que conoce y con la que podría hablar de un tema tan delicado, Raxma es la única en la que confía plenamente y que cree que podría aconsejarla mejor sobre la actitud que debe tomar para salir de la enmarañada red de relaciones, tan intrincadas que acaban por ser destructivas, en la que Zaak la ha metido sin que se haya dado cuenta. Cambara recrea en su mente las emotivas palabras de despedida que Raxma le dijo mientras se abrazaban en el aeropuerto de Toronto, al que su amiga la acompañó en coche. Raxma había prometido que seguiría intentando localizar a alguien que dispusiera de los números de teléfono operativos del Hotel Maanta, del que su buena amiga Kiin es dueña y gerente, pero cuando Cambara la llamó desde Nairobi, Raxma le contó que lamentablemente los dos números en los que solía encontrar a Kiin al parecer ya no funcionaban, porque comunicaban todo el rato. Aun así le rogó que descansase y le dijo que esperaba poder llamarla en un par de días con las coordenadas de Kiin y, de paso, intentar hablar con algunos de sus contactos en Abu Dhabí, que tal vez pudiesen serle de ayuda. Si entretanto Cambara conseguía una tarjeta SIM para poder usar el móvil allí, ella misma podría ir probando los números. Raxma, que estaba más familiarizada con los asuntos de Somalia porque seguía el curso de los acontecimientos políticos del país, del que se había marchado hacía sólo una década (Cambara llevaba ya dos décadas de ausencia), le explicó que había varios proveedores de telefonía en Mogadiscio sin conexión internacional. Si no, Cambara podía llamarla cuando

tuviese línea y su propio número, a cobro revertido si era necesario, y Raxma le devolvería la llamada inmediatamente.

Entonces recuerda, con emoción contenida, las palabras con que Raxma se despidió: «Aquí estamos para lo que haga falta, cariño, cuenta con nosotros —le aseguró—. Si quieres irte a toda prisa en avión a Nairobi o a cualquier otra parte, sólo tienes que avisarme con medio día de antelación. Mantenme al tanto, eso es muy importante».

Cambara se considera afortunada por muchas razones. Afortunada porque, hasta la fecha, el mundo la ha tratado bien, ofreciéndole una fuente inagotable de posibilidades. Afortunada por contar con Raxma, que ha sido para ella más que una hermana mayor, asumiendo un sinfín de tareas y ayudándola como su aliada más fiel cuando las cosas con Zaak o Wardi se ponían difíciles. Afortunada porque Arda, a pesar de que de vez en cuando se empeñaba en ser desconsiderada al interferir en las relaciones enrevesadas y lastradas por las crisis de su hija, mantiene siempre incólume un amor a toda prueba y la preocupación incansable de una madre. Y, si ha habido un momento en la vida en que Cambara ha precisado el apoyo de alguien capaz de aconsejarla en asuntos sumamente personales, un amigo que la oriente, es precisamente hoy.

A Cambara siempre la ha impresionado que el modo en que Raxma abordaba los asuntos del corazón se debía, en buena medida, al sentido práctico de una madre que ha tenido que criar sola a sus mellizos, después de que un marido irresponsable la dejara por una mujer más joven. Raxma sabía escuchar con paciencia y ver más allá de lo inmediato; tenía un curioso don para intuir el momento oportuno de intervenir y cómo hacerlo, con qué palabras y qué sugerir, cediendo rara vez a la vertiente sensiblera de una discusión. Hasta su manera de actuar era deliberada, calculada para mejorar lo que ya hubiera antes de que ella entrase en escena, y sus consejos se adaptaban para ser de provecho en el caso de que se plantearan situaciones similares en el futuro. Raxma, que estudió medicina en Odessa, fue rechazada por el Colegio de Médicos cuando pidió la licencia para ejercer en Canadá. La única solución era volver a la universidad y pasar allí al menos tres años estudiando, por lo que su marido y ella acordaron que renunciara a su profesión y se ocupara de los mellizos, ya en edad escolar, por más que a Raxma le pesara.

El que fue su marido sí cumplía con los requisitos que le abrieron las puertas al mercado laboral: había estudiado ginecología y había hecho un posgrado en una especialidad afín en Alemania. Fue uno de los primeros somalíes a los que el Colegio de Médicos concedió una licencia para ejercer en Canadá y su especialidad estaba tan solicitada que pasaba consulta en dos hospitales. Tan bien remunerado estaba y tanta era su popularidad que poco después varios organismos con respaldo de la ONU, entre ellos la OMS, lo contrataron para llevar a cabo misiones en tal o cual país, hasta que finalmente lo nombraron representante en el subcontinente asiático. Para entonces el éxito profesional del hombre y la aparente falta de realización de la mujer

se convirtieron en una tercera presencia en su vida en común, de la que el marido fue alejándose progresivamente. Empezó a tener aventuras, primero con las mujeres que trabajaban con él en la consulta, hasta que eligió a una de ellas por amante fija.

Cuando se enteró de sus enredos, Raxma encaró el asunto con madurez, sin revelar que estaba al corriente de su infidelidad ni mostrar indicios de tensión o incomodidad en su trato cotidiano. Metió a los dos niños en un internado y luego, con la ayuda de un abogado, apretó las tuercas a su díscolo marido, consiguiendo que accediera a desembolsar una gran suma única en concepto de pensión alimenticia y acordando que el domicilio familiar, una casa de cinco habitaciones, fuese para ella. Luego, con el dinero en el banco, pidió un pequeño préstamo y montó un negocio de importación y exportación que llevaba desde casa y, cuando era necesario, viajaba de acá para allá entre las ciudades con las que comerciaba, la mayoría en el golfo Pérsico, aunque rara vez pasaba más de dos fines de semana consecutivos fuera de Toronto, para no descuidar a sus dos hijos, sobre todo cuando eran más pequeños. Trajo a su anciana madre y a una hermanastra más joven, prácticamente de la edad de Cambara, para que ocupasen su lugar por si ella se retrasaba en alguna ocasión. Ahora que los dos muchachos estaban en la universidad, uno en Guelph y el otro en McGill, la responsabilidad de cuidar de su madre y ocuparse de la casa recaía en la hermana menor. Además de desempeñar un papel importante en la familia, Raxma sigue siendo la piedra angular de la comunidad de las mujeres somalíes, a la que Cambara se enorgullece de pertenecer.

Las dos mujeres se conocieron apenas un mes después de que Cambara inaugurase un estudio de maquillaje que puso en marcha con dinero de su madre, tras los dos años que dedicó a aprender el oficio y otro que, aunque similar en el concepto, la puso en contacto con una clientela distinta. Cambara quiso atraer a las profesionales jóvenes de raza negra y futuro prometedor, en particular a las mujeres que suelen preocuparse por su aspecto y querían «dar realce» a la caída y la textura de su pelo. Aunque muchas de ellas, por ser mujeres que valoraban muchísimo su independencia, eran solteras, veían difícil cruzarse con hombres capaces de reconstruirse a sí mismos, con los que poder compartir la vida y fundar un hogar. Se trataba de mujeres de cierta posición social que se permitían gastar dinero en ponerse guapas.

La pintura de las paredes todavía estaba húmeda, los clientes escaseaban, el negocio aún no había levantado vuelo, cuando una tarde entró Raxma en el local, no tanto con la intención de pagar por los servicios de una maquilladora como de hablar. Y habló, como si se accionase un botón en su interior, de los planes que tenía en cuanto Cambara la hizo sentarse en una silla y, tras colocarle una cinta de tela blanca en la frente, preguntó:

—A ver, ¿qué tenemos aquí?

Por una parte, Cambara no esperaba que Raxma contestase a la pregunta, que formuló con la intención de saber qué servicio quería que le prestara, pero se sintió

intrigada en la misma medida cuando su nueva clienta derramó una cascada de palabras con emoción contenida, se presentó con su nombre y mencionó a una amiga común, que en ese momento Cambara no pudo ubicar. Raxma no demostró tristeza ni rabia ante su reacción y habló como si lo hiciera con un dictáfono del que alguien transcribiría luego su cháchara y la convertiría en un texto inteligible. Aun así no desperdició la oportunidad de contarle a Cambara sus tribulaciones sin pelos en la lengua, como si fuesen viejas amigas. Raxma le explicó que acababa de enterarse de que su marido, con el que llevaba muchos años casada, la había estado engañando con una de sus ayudantes del hospital donde trabajaba. La expresión del rostro de Raxma, mientras hablaba, pareció contraerse en una maraña de emociones indefinibles. Los aspavientos de sus gestos, ahora que Cambara había retirado la tela de la frente y las manos de Raxma podían moverse con libertad, delataban una herida profunda, así que Cambara se propuso hacer lo que estuviera en su mano por levantar el ánimo de aquella mujer y, por lo menos, alegrarle el día.

Se quedaron en el local y, sin correr las cortinas, Cambara puso el cartel de «cerrado» y despidió con la mano a un par de posibles clientes. Cara a cara con Raxma, escuchó a su nueva amiga entrar en detalles y articular la agonía de su sufrimiento. Media hora después, se marcharon juntas del estudio, mientras Raxma seguía hablando sin parar y Cambara la escuchaba con atención, a la cafetería donde era clienta habitual; se sentaron en un rincón, apartadas del resto, pidieron té, café con crema de leche y charlaron. Y allí siguieron hasta que se encendieron las luces, pidieron una cena ligera y luego fueron en sus respectivos coches al apartamento de Cambara, donde tomaron unas copas.

Raxma llamó por teléfono a sus hijos y Cambara oyó que les dedicaba motes cariñosos en los que ponía todo el afecto que cabía en sus sílabas, por lo que se dio cuenta de que los dos chicos lo eran todo para ella, que no haría nada que pudiera perjudicarlos, ni siquiera les negaría el derecho filial de vivir con sus dos progenitores. Antes de colgar les dijo que, puesto que iba a volver tarde, podían pedirse una *pizza* y pagarla con el dinero del bote donde guardaban las monedas y a ellos les pareció una idea estupenda. Raxma sabía que si podían se pasarían toda la noche delante de la televisión, en lugar de hacer sus deberes como habían prometido.

—¡A tomar viento! —dijo Raxma cuando volvió de hablar por teléfono, con la actitud improvisada de una actriz que ensaya un papel por primera vez.

Sin decidirse a preguntarle a qué se refería, Cambara apartó la mirada, simulando no haber oído nada. Raxma inclinó la cabeza y se quedó unos instantes en silencio, pensativa, con los ojos entrecerrados, plenamente concentrada. Al parecer, entre el momento en que propuso a sus hijos pedir una *pizza* y el momento en que volvió al salón, se le ocurrió mandar a los chicos a un internado y compartió su impulsiva decisión con Cambara.

—¿Y qué harás con el tiempo y la libertad que consigas? —preguntó Cambara.

—¿Conoces a un abogado? —dijo Raxma.

Quiso el azar que Cambara tuviese una amiga abogada, una vecina a la que conocía desde hacía años. Mauritana de nacimiento, Maimouna era una feminista convencida con experiencia en litigar por la causa de las mujeres en los tribunales canadienses. Maimouna, un torbellino leal a la sabiduría atribuida a Simone Weil, según la cual si hay un crimen atroz en la sociedad moderna es la represión de género, se consideraba ante todo una luchadora por el derecho de las mujeres, en especial las musulmanas casadas, que en Canadá pasaban por situaciones sumamente difíciles. Maimouna era clienta habitual del estudio de Cambara, pero se conocían desde hacía mucho, por lo que a menudo pasaba también por su casa.

—¿Cuándo querrías reunirte con un abogado?

—Cuanto antes.

—¿Quieres que te presente a alguien?

—Cuando quieras, y preferentemente que sea mujer.

—Dalo por hecho —dijo Cambara.

—Voy a desplumarlo de lo lindo.

—¿Y después?

—Si lo consigo, trataré de asentarme en el plano laboral —dijo Raxma—. La idea de meterme en el sector de la importación y exportación me atrae. Tendré que ver cuánto dinero consigo después de dejar limpio a uno que yo me sé.

A Cambara no le pareció curioso ni le molestó que Raxma nunca llamase a su marido por su nombre, porque sabía que cuando las somalíes se disgustan con sus cónyuges marcan de ese modo las distancias y sólo aluden a ellos en tercera persona, sin permitir que el nombre vuelva a cruzar, o más bien mancillar, sus labios.

Una llamada de teléfono media hora después bastó para que Maimouna acudiera a la vivienda de Cambara a charlar y comer un poco de ensalada y antes de la medianoche la abogada ya había accedido a representar a Raxma. Pasaron nueve meses hasta que se fijó la fecha de la vista preliminar y la pareja tardó menos de un año en llegar a un acuerdo extrajudicial. En el ínterin, Cambara veía mucho a Raxma y a sus dos hijos y pasaba muchos ratos libres con ellos. Algunos fines de semana largos, los cuatro iban a Ottawa en un solo coche a visitar a Arda. Por eso Raxma fue la única persona aparte de Arda que sabía lo que Cambara pensaba realmente acerca de casarse con Zaak. Cuando Cambara la puso al corriente de la situación, poco después de conocerse, Raxma decidió protegerla desde un segundo plano, reservándose el derecho a ser cauta hasta que Zaak llegase a Toronto. Demostró una lealtad a toda prueba y la llevó de la mano en los momentos difíciles. Cuando la vida de Cambara estaba patas arriba y necesitó ayuda de verdad, ahí estuvo Raxma haciéndole compañía y animándola para que se recuperara cuanto antes. Volvió a pronunciar su frase lapidaria («¡A tomar viento!») el día que Cambara puso a Zaak de patitas en la calle. A continuación llenó de agua un jarrón de cerámica de diseño y, acompañándola con alaridos y sonoros tambores, le pidió a Cambara que lo rompiera con un palo para que el agua manase y fluyese, con la idea de recrear simbólicamente

la liberación de una mujer del cautiverio eterno. Los festejos duraron todo un fin de semana, en el que celebraron juntas su nueva situación, dos mujeres que recuperaban su autonomía. Raxma se alegró de conmemorar su libertad, aunque fuese con efecto retroactivo, consciente de que el tiempo transcurrido redoblaba la dicha acumulada.

No pasó mucho tiempo antes de que Cambara precisara las sabias admoniciones de Raxma: Cambara había conocido a un hombre encantador, Wardi, y le aseguró que era la primera vez que se enamoraba hasta los huesos. Mientras Cambara babeaba hablando de él en una llamada a medianoche desde Ginebra (no llamó a su madre para compartir la noticia hasta varias horas después), el consejo de su amiga tomó la forma de una advertencia envuelta, con mucho arte, en un ofrecimiento que Cambara no pudo rechazar. Raxma no se limitó a reprenderla y decirle que se mantuviera lejos del hombre que la había hechizado: se comprometió además, si al final seguía el dictado de su corazón y desoía su consejo, a no enfadarse, garantizándole que seguiría estando a su lado por encima de todo.

—No te dejes engañar por la miel de su lengua —concluyó—. Aun así, si eres tan tonta que te enamoras, cuenta conmigo, corazón.

Arda, por el contrario, no fue muy halagüeña en sus primeros comentarios acerca de la elección amorosa de Cambara. Su reacción inmediata fue negativa, visceral, insidiosa y tan insalubre como una ciudad rodeada de ciénagas infestadas de desgracias. Cuando los ruegos de Cambara para hablar con sensatez del tema toparon una y otra vez con el rechazo condescendiente de Arda, que recurrió a amenazarla con no volver a saber nada más de ninguno de los dos si aquella locura seguía adelante, Cambara encontró la manera de zanjar la discusión sin ser demasiado grosera, aunque no antes de que Arda dijese la última palabra:

—¿Cómo vas a estar perdidamente enamorada de él, si apenas hace una semana que lo conoces? Tengo otros planes para ti, cariño mío, y lamentablemente en esos planes no hay lugar para un perdedor como él. Que quede claro de una vez.

—Es mi vida, madre, y haré lo que me parezca, con tu consentimiento o sin él —contestó Cambara, y luego colgó el teléfono.

Raxma fue a recibir a Cambara al aeropuerto y le dio la bienvenida a su regreso de Ginebra con flores y cálidos abrazos. Esa misma noche la invitó a cenar y, por primera vez, Cambara empezó a trazar un plan que cambiaría su vida para siempre sin concederle a Arda ningún protagonismo. Raxma tuvo el privilegio de brindarle la ayuda que Cambara precisó para trazar los pasos que habría de seguir si quería que Wardi se casase con ella para poder reunirse en Toronto. Los detalles legales se los facilitó Maimouna poco después. Mientras, convencida de que con el océano que la separaba de su enamorado Cambara entraría en razón, Arda se negó a ceder un milímetro en su postura y optó en cambio por enquistarse más en ella, decidida a ver quién acababa mordiendo el polvo. La situación quedó en un punto muerto —con Arda prestando ayuda económica y Raxma haciendo de eslabón entre madre e hija— hasta mucho después de que llegara Wardi y casi tres meses después de la visita de

Cambara a la clínica de obstetricia, cuando se enteró de que estaba embarazada. Fue entonces cuando Arda le pidió que la visitara, sola, y, dejando de lado sus diferencias, Arda y Cambara se pusieron manos a la obra. Fueron de compras, cogidas del brazo, y Arda colmó de regalos a Cambara y al bebé que aún no había nacido y cuyo sexo desconocían. Dichosa por la tregua con su madre, Cambara volvió en avión a Toronto. Un par de semanas después, Arda pidió a Wardi que fuera a Ottawa, también solo, para valorar su honradez. Al insistirle en que le diera su opinión, Arda le dijo a Cambara que le había parecido «astuto, un tipo con un montón de argucias en la recámara que se dejarán sentir durante mucho tiempo». Nadie se atrevió a contarle que Cambara había puesto a nombre de los dos el apartamento en el que vivían. Con el nacimiento de Dalmar, Arda se puso al corriente de las novedades.

Probablemente Cambara se habría relajado pensando que las cosas iban a pedir de boca, sobre todo después de ser madre y de que Wardi encontrara trabajo en un bufete de abogados, gracias a Maimouna, si no le hubiese tocado en suerte cargar con la cruz de que su marido no pudiera resistirse a otras mujeres y se perdiera en camas ajenas. Evitó enfrentarse con él, a veces con el argumento de que ninguno de los dos ganaría nada y, en última instancia Dalmar, su hijo, saldría perdiendo, y otras veces previendo cuál sería la respuesta de Arda. Tiempo después dejó a su hijo, un niño de nueve años vital y atolondrado, al cuidado de Wardi y seis horas después, aquella misma tarde, supo que Dalmar se había ahogado en la piscina de Susannah, una compañera del bufete, mientras su padre se daba un revolcón con ella.

Cuando supo de la muerte de Dalmar, Cambara se quedó paralizada, al principio negándose a aceptarla, ni siquiera después de reconocer el cadáver de su hijo en la morgue. Se le paró el corazón ante la gravedad de lo ocurrido, al darse cuenta de que Dalmar no volvería a aparecer en sus sueños lleno de vida y exultante como son los niños, cariñoso, y viéndola a su vez en sus sueños infantiles. Wardi tenía la culpa y, a decir verdad, ella también. Las rodillas le fallaron y cayó al suelo gritando obscenidades, sobre todo contra sí misma, por haber dejado a Dalmar en las irresponsables manos de su padre. Tan incapacitada estaba que sintió que se desintegraba, completamente paralizada. No hubo ningún «ya te lo dije» por parte de Arda, que se contuvo admirablemente, ni tampoco comentarios de suficiencia.

No transcurrió mucho tiempo antes de que Wardi llevase su astucia a los tribunales: aprovechándose de que constaba legalmente como copropietario del apartamento de Cambara en las escrituras, propuso venderlo. A partir de entonces, sólo inspiró en ella desprecio y ya no pudo mostrar más que rechazo hacia él, tanto en público como en privado. Cuando Wardi recurrió a la violencia física y la golpeó y se alejó de ella con aire arrogante, ella le golpeó con más furia, pagándole con la misma moneda de su agresión y atizándole donde más le duele a un hombre.

El golpe de efecto con que Zaak acaba de sorprenderla sólo alimenta su rabia, que recorre todas sus articulaciones y afecta incluso a la coordinación de sus músculos. Por momentos con instinto asesino, al pensar en Wardi, y por momentos ofendida a

más no poder, cuando recuerda lo que Zaak le ha dicho, su cuerpo se tensa ante la idea de recurrir a la violencia. Ella lo ha hecho una sola vez, el día en que Wardi la golpeó en la cara. Siente que le sube la temperatura y que su cuerpo adopta la postura de un maestro del kung-fu apretando los puños, preparándose para devolver el golpe. Justo cuando logra convencerse de que lo mejor es calmarse, la idea de darle una paliza a Zaak se apodera de su mente. Recrea en su memoria la única vez en que se defendió y devolvió el golpe, furiosa. La inquieta imaginar lo que podría ser de ella si reaccionase con esa clase de represalias cada vez que alguien la saca de sus casillas. ¿Cómo va a conciliar sus ansias de saldar las discusiones por medio de la violencia y el propósito que la ha traído a Somalia, que entre otras cosas es alejarse de Wardi? Y guardar su duelo en paz, en una ciudad arrasada por la guerra.

Volviendo la vista atrás, Cambara llega a la conclusión de que el mayor error de Wardi fue dar por hecho que, simplemente porque era una mujer, Cambara tenía las de perder si la emprendían a puñetazos. Sin embargo descubrió, muy a su pesar, que la furia se introduce en los puños de una mujer despechada y golpea en el rostro, con la adrenalina de toda la cólera acumulada convertida en fuerza bruta. Y, al liberarse la ira contenida, la parte desdeñada es capaz de transformar la bilis que colma el pozo de su despecho en músculos tan poderosos como los de un elefante enajenado.

Recuerda que, desde que se casó con Zaak, durante años practicó artes marciales en secreto, porque erróneamente pensaba que una noche irrumpiría en la privacidad de su dormitorio queriendo imponerle su apetito sexual. Resultó que nunca lo hizo, porque le faltaban agallas y se echaba atrás justo antes de tentar la suerte con ella o porque temía cómo pudiese reaccionar Arda si la importunaba. A pesar de que había mucha agresividad implícita en el comportamiento de Zaak, no la descargaba con ella y sólo lo hizo después de que se separaran, cuando se casó con una pobre mujer a la que pudo maltratar impunemente. Que Cambara acabase por dar rienda suelta a la furia animal de la rabia contenida durante una década con Wardi no sorprendió a quienes conocían su historia. El hecho de que lo agarrara y le diese una paliza que lo dejó medio muerto era el testimonio de cómo la furia de una mujer despechada puede convertir la ira en fuerza.

Wardi le pegó primero, le encajó un puñetazo en la nariz y la cara, haciéndole un corte en el labio que empezó a sangrar copiosamente. Al notar el sabor de su propia sangre, Cambara se puso como una fiera y empezó a golpearle sin tregua, con furia y con saña. Perdió la cabeza, no cabe duda, y se comportó como si la poseyera una locura pasajera, con la mirada perdida de los enajenados. No podría definir qué le ocurrió ni qué le atenazó la garganta, por así decirlo, cuando Wardi la golpeó y ella se apartó y notó el sabor de su propia sangre manando del labio inferior. Apenas había tomado consciencia de que su marido acababa de cruzar una línea más al abofetearla, cuando percibió lo que le parecieron dos hormigas, una recorriéndole la columna, la otra deslizándose por la parte baja de la espalda, y que en realidad eran dos gotas de sudor. El cosquilleo hizo que se llevase los dedos a la espalda y, al notar la humedad,

entendió que había confundido un elemento inanimado con un ser vivo.

Mientras ella se concentraba en parar la hemorragia del labio inferior, Wardi le asestó un nuevo golpe en la nuca, que la derribó, y por último le dio una patada en la boca. Tirada en el suelo, oyó que Wardi le decía que pasaría el fin de semana fuera y que cuando volviese no quería encontrarla allí, en el apartamento que ella había comprado con el dinero de su madre, porque iba a venderlo y a quedarse con la parte que a él le correspondía. Para colmo, Cambara sabía dónde iría y con quién. Se sintió frustrada al ver que Wardi se proponía arrebatarse suciamente lo que en buena lid era suyo, ¿eso era lo que recibía por confiar en él?

Recuerda haberse tocado el corte del labio y ver el dedo índice y corazón bañados en sangre. Tras pensarlo un instante, reaccionó, al reconocer en esa sangre no sólo su propio fracaso sino también el de tantas otras mujeres. Y no se gustó un ápice. No estaba celosa de que se fuera de fin de semana con su amante canadiense. Estaba enfadada. Y, aunque sabe que hay una diferencia entre estar celosa y estar enfadada, en ese momento no le quedaban ánimos para expresar sus sentimientos. Aquel imbécil podría haber ido donde le viniera en gana, solo o con quien quisiera, a ella no le importaba. A fin de cuentas era un ser despreciable. Más disgustada estaba consigo misma que con él, por haber soportado esa y otras humillaciones espantosas o por haber dejado que las cosas degeneraran hasta sentirse sumamente denigrada. Por encima de todo, le pareció intolerable que su hijo se hubiera ahogado en la piscina de la amante de su marido, mientras los dos echaban un polvo en el dormitorio, en la otra punta de una casa enorme.

El recuerdo de golpear a Wardi irrumpe de pronto en su consciencia. Recuerda haberle pegado con un encarnizamiento que contenía una rabia vengativa envuelta en desprecio, fruto de un resquemor atroz largo tiempo contenido. ¿Acaso había practicado en secreto las artes marciales durante varios años para, el día en que su amarga relación tocase fondo, poder asestarle a Wardi el golpe que lo derribaría sin previo aviso? Desde luego quería que supiera que no era ninguna pacata y qué mejor manera de demostrárselo que hacerle probar su propia medicina, humillarlo por haber denigrado su unión y no ocuparse de su hijo vigilándolo mientras estaba en la piscina. En el instante en que arremetió contra él, la imagen del entierro de Dalmar y luego la del encuentro con la amante de Wardi, primero en el cementerio y luego en su propia casa, acudieron a su mente como tormentas y sintió que la ira se desbordaba nublándole el entendimiento, antes de explotar en un colapso absoluto. Quizá así se explique por qué perdió la razón, por qué permitió que la bestia que lleva dentro se enseñorease de la situación.

Disecionando los desechos de su ira de entonces con la lucidez de ahora, razona que tal vez castigó a Wardi con creces. Lo habría matado de no ser porque cambió de opinión en el último momento y se detuvo justo a tiempo, consciente de que un cuchillo, por pequeño o romo que fuera, es un arma letal si uno lo pone en la mano de una madre cuyo único hijo se ha ahogado en la piscina de la amante de su marido.

Cree que su rabia respondía a un motivo que habría justificado el golpe fatal. Finalmente, le hizo mucho daño. Wardi yacía inmóvil boca arriba, con el cuerpo cosido en un abrir y cerrar de ojos por un bosquecillo de magulladuras, algunas de las cuales eran moradas y grandes como uvas, mientras que otras asumían la consistencia de los cactus y aún otras que enseguida empezaron a ramificarse como pústulas malignas y otras más tornándose tan nudosas como los frutos de un baobab.

Tras derribarlo con golpes de kárate, al principio Cambara notó que la invadía una sensación de desamparo, no por arrepentimiento sino por indecisión. Y luego la euforia, la excitación de haber llevado a cabo una proeza con la que inconscientemente había soñado muchas veces desde hacía mucho tiempo. Cuando la rondó el remordimiento, se recordó que siempre había querido dejarlo inconsciente de un golpe. A decir verdad, una parte de ella lamentaba que la amante de Wardi no estuviese ahí en ese momento para ver a su enamorado de rodillas, suplicando. La idea despertó en Cambara una considerable sensación de júbilo.

En ese momento fue consciente de que su matrimonio estaba acabado, supo que ya no se podían arreglar las cosas ni había salvación posible y que nada se ganaba con mostrar algún resto de cariño por un imbécil noqueado ni con reprenderse por haber hecho lo que había hecho, del mismo modo que tampoco le serviría de mucho tomar decisiones precipitadas que acabaran por perjudicarla. Toma nota: nada de guardar las apariencias, por favor. El momento de prescindir completamente de Wardi había llegado. Sólo que Cambara debía hacerlo con las condiciones que ella misma pusiera. ¿Y Zaak? ¿Cómo va a arreglárselas con él? Cambara tendría que esperar, verlo desde varios ángulos, y luego decidir y para eso aún hay tiempo, mucho tiempo.

En su recuerdo, el rostro deformado de Wardi delata los ojos hinchados, llorosos en las comisuras, como una taza de polietileno que alguien ha pisoteado sin darse cuenta. No se atreve a mostrar su cara magullada e inflamada a nadie y protege su ego y sus heridas físicas con expresión hosca, en silencio, mientras ella va en coche hasta las urgencias de un hospital del vecindario, con los labios tan gruesos como neumáticos Dunlop. La enfermera que la atiende le recomienda que denuncie al agresor, pero Cambara miente, le dice que ha sido víctima de un atraco. Le ponen media docena de puntos y los médicos le dan el alta con la advertencia de que, a juzgar por la ferocidad de los cortes, se ande con cuidado y llame a la policía si el hombre peligroso que la ha atacado vuelve a amenazarla.

Al final Wardi no sale de fin de semana con su amante, como había planeado, por miedo a que le pregunte cómo se ha hecho esos feos cardenales. Wardi y Cambara comparten el mismo espacio unos días sin apenas comunicarse. En ese lapso comen y cocinan por separado, evitándose. A ella esa manera de vivir le trae a la memoria el acuerdo que mantuvo con Zaak, por el cual ambos se ceñían a sus espacios respectivos del apartamento. Se reunían por guardar las apariencias cuando los visitaba uno de sus parientes o amigos o cuando había que cumplir con un amigo que se casaba. Tampoco habló Cambara de la pelea: quién la empezó, quién sangró más,

quién ganó y quién perdió qué. En su fuero interno, sentía que ella había recibido la peor parte en lo ocurrido, especialmente después de la muerte de su hijo.

Entonces, una mañana Cambara se levanta como una gata acorralada y, con las tripas revueltas, la mente alterada y el corazón tan resentido que le duele horrores, decide poner la mayor distancia posible entre ella y Wardi. Mantiene largas discusiones con Arda y Raxma, primero a solas, luego con las dos. La seguridad es la principal preocupación. Arda es de la opinión de que hoy en día no hay ninguna propiedad en Mogadiscio que merezca el riesgo de intentar recuperarla. Raxma tiende a pensar que una visita en ese momento le haría bien, puede que incluso resultase terapéutica. Pero ¿dónde se alojará? Quedan en sopesar a conciencia todas las cuestiones, además de pensar dónde podría alojarse y con quién, y volver a reunirse.

Cambara compra un billete de ida a Mogadiscio después de tener noticias de Arda y de Raxma. Mientras que su madre insiste en que dará el beneplácito al viaje con la condición de que se instale con Zaak y jure volver inmediatamente si se ve expuesta al menor peligro, Raxma promete ponerse en contacto con Kiin, que tiene un hotel y que podrá ofrecerle alojamiento y medidas de seguridad adicionales.

Entreabriendo los ojos empañados por el cansancio, Cambara toma conciencia del sonido de la tetera, que desde la planta baja llama con un silbido al dueño de la casa, alertándolo en el lenguaje de las teteras: «Ven, Zaak, a preparar el té de la mañana». Cambara yace inmóvil en la cama, recordando los días que pasó con Wardi en Ginebra, cuando se amaron con la pasión y la entrega de un hombre y una mujer que no se saciaban uno del otro.

Wardi y Cambara se conocieron por azar, en una cafetería. A los dos les había dado plantón la persona con la que habían quedado: ella tenía una cita con el guionista del documental sobre un refugiado somalí al que deportaban de Suiza y Wardi debía encontrarse con un abogado especialista en inmigración para que presentase su caso ante las autoridades de asilo del cantón de Ginebra. Se atraieron como dos almas perdidas que buscasen en el otro una salvación. Cambara disfrutaba de unos días de vacaciones, después de haber trabajado en un rodaje de dos semanas con un equipo suizo-canadiense. Wardi, en cambio, era un somalí sin blanca ansioso por conseguir los papeles de los que dependía que le concediesen la condición de refugiado en Suiza. La fascinación de Cambara fue inmediata: sintió que los unía un lazo indestructible, que estaban hechos el uno para el otro.

Salieron de la cafetería rozándose, tocándose, cogidos de la mano. Ella no paraba de reírse, porque Wardi le parecía gracioso y alegre y porque su compañía la excitaba de un modo que no creía posible. Horas después, ese mismo día, lo invitó a comer a un restaurante exquisito, el primero de categoría al que él había ido desde que llegó a Suiza. Luego él la acompañó al hotel y estuvieron hablando en el vestíbulo hasta altas horas de la madrugada. Justo antes de que amaneciera, cambió su habitación individual por una doble, para poder seguir charlando y conocerse mejor. Wardi se quedó dormido con la ropa puesta. A las nueve de la mañana, sin haber pegado ojo en

toda la noche, Cambara salió de compras y volvió con ropa para él.

Lo encontró despierto, acababa de darse una larga ducha y le pareció muy atractivo y deseable con una toalla envuelta en la cintura. Cambara le dio el kit de afeitado que le había comprado, además de unos pantalones y un par de camisas, que le quedaban perfectas. Se comportó como suelen hacer los hombres mantenidos, presuponiendo la fidelidad y el amor de sus amantes, sin corresponder con lo uno ni lo otro. Cambara debería haber oído señales de alarma, pero no lo hizo. Enamorada por primera vez a sus treinta y cinco años, no quería oír nada más que el latido de su corazón al compás del corazón de aquel hombre.

Cuando él le dijo que Raxma y su madre habían llamado desde Ottawa en su ausencia, Cambara hizo un mohín divertido, con la reserva propia de una chica en su primera cita. No mostró interés en saber qué impresión había sacado su madre de hablar con él, ¿para qué? La conocía muy bien, a Raxma también, y sabía que podían ser duras e intransigentes con los hombres que Cambara elegía, sobre todo después de lo que había vivido con Zaak. Todos los hombres en los que Cambara había mostrado interés, según Arda fallaban por el carácter, las filiaciones del clan al que pertenecieran, la educación o cualquier otra cosa, pero siempre tenían algún punto flaco.

En un momento dado, Wardi salió del hotel, porque Cambara le pidió que fuera a buscar *Le Monde*, y aprovechó para llamar a Arda. No le sorprendió que entonara una cantinela en la que la palabra «amor» no sonaba con el brillo de las estrellas más brillantes sino con la idea de trampa. En resumidas cuentas, a Arda no le había gustado la voz de Wardi, conque cómo sería el resto. «Astuto cabrón» fue una expresión que empleó más de una vez, ¡y sin conocerlo! El consejo de Arda: «Vuelve a casa sin él».

Raxma, por su parte, pensó que ya era hora de que Cambara se lo pasara bien y por eso no se atrevió a insinuarle a su amiga, que estaba degustando las mieles de su enamoramiento, que se olvidara de Wardi, por lo menos hasta que ella misma pudiera conocerlo en persona. Cuando supo que Arda había despotricado contra él y se había formado una idea de su carácter con una única y breve conversación telefónica, Raxma reiteró que se reservaba su opinión hasta que Cambara le diera los pormenores de la historia. Concluyó diciendo que, por no saber lo suficiente, se inclinaba más a la prudencia y le advirtió que ni se le ocurriese casarse de prisa y corriendo.

Tumbada ahora en la cama, en Mogadiscio, Cambara recuerda, no sin reprochárselo, que no siguió el consejo de su madre. Volvió a Toronto unas semanas después, sin Wardi, pero la cosa no quedaba ahí, porque se había casado con él en uno de los registros de la ciudad, sin el conocimiento de su madre, ni de Raxma, ni del resto de sus seres queridos, convencida de haber encontrado el amor verdadero. No pareció importarle lo que dijeran los demás ni si aprobarían su unión. La ceremonia se celebró en secreto, en presencia de dos de sus compañeros canadienses

de rodaje, que ejercieron de testigos. Antes de que la tinta de sus firmas en los papeles se secara, Wardi la apremió a presentar copias del certificado de matrimonio en el consulado canadiense, «para pedir la reagrupación familiar», le explicó.

Aunque no le pareció ninguna barbaridad que Wardi quisiera cumplimentar los papeles el mismo día de la boda, a Raxma le incomodó saberlo, si bien tampoco se decidió a decir que le parecía un gesto de escaso gusto. Comparada con la reacción de Raxma, la de Arda fue exagerada.

—¿Qué te dije? —exclamó—. Es un estafador, no es de fiar.

En adelante Cambara obró con mayor cautela, como es lógico, y optó por no revelar que Wardi insistía en que redactara un documento donde quedase claro, en jerga legal, que lo que era suyo también era de él. Se propuso complacerle y seguirle la corriente lo mejor que sabía y eso fue todo, simplemente. Tampoco sonaron señales de alarma en sus oídos, ¡qué sordos nos hace el amor!

De vuelta a Toronto, su madre dejó muy clara su postura: no quería tener nada que ver con todo aquello y no prestaría su apoyo ni alentaría los esfuerzos que su hija hiciera para traerlo a Canadá. Entretanto, las autoridades de inmigración canadienses se tomaron su tiempo, puesto que estaban al corriente de que ya había estado casada antes con un somalí y le habían concedido la reagrupación familiar en una ocasión. La espera pasó factura a Cambara, que rellenó copias múltiples de más formularios y papeles con la ayuda de Maimouna, que le prestó sus servicios de abogada. Cambara llamaba a Wardi prácticamente a diario o si no la llamaba él a cobro revertido, de manera que sus facturas aumentaron en igual medida que su ansiedad. A pesar de que no le complacía en lo más mínimo ver a su hija sufrir, Arda esperaba que el entusiasmo de Cambara por Wardi languideciera, del mismo modo que un árbol se marchita en un clima desapacible, cuanto más tiempo tuviera que esperar a que la situación se resolviera.

Cambara no pudo dar una respuesta convincente cuando, de pasada, Maimouna le preguntó por qué le estaba concediendo a Wardi todas las exigencias que le planteaba, ofreciéndole más de lo que un hombre como él jamás habría soñado. Más desesperada de lo que deseaba admitir, pensó en trasladarse a Ginebra para estar con él. Arda creyó que estaba loca y no dijo nada, pero Raxma no quiso ni oír hablar del tema.

—Veamos: una pareja sin trabajo, ella una maquilladora en paro y el otro un somalí sin papeles de asilo, no podría vivir de las escasas prestaciones sociales que da cada mes el estado suizo...

Finalmente Cambara confesó todo, incluido el hecho de que había incluido a Wardi como copropietario de su vivienda en Toronto. Ahora que se sintió implicada directamente, Arda hizo lo que mejor sabía hacer. Especialista en amaños, intervino y llamó a alguien con autoridad. Al cabo de un mes, la solicitud de Wardi avanzó rápidamente de los escritorios de los subalternos hasta aterrizar en despachos mucho más amplios donde tras una llamada de teléfono se aprueban decisiones que se firman

con unas iniciales. Sin embargo, Arda se mantuvo firme en sus planteamientos, en vista de la influencia malsana que Wardi ejercía en su hija. Utilizó a Raxma de mensajera y mandó decir que siempre mantendría sus reservas con aquel hombre y, si de ella dependía, no le permitiría traspasar los límites de su territorio.

Arreglado el papeleo, Cambara fue a recibir a Wardi al aeropuerto sola. Con el poco cariño que había entre Wardi y Arda, Cambara ni siquiera sabía si su madre querría por lo menos conocerlo, pero la anciana no consintió que lo llevase a su casa cuando su hija se lo pidió. El pulso se prolongó varios meses, hasta que Cambara quedó embarazada y sólo por el feliz acontecimiento Arda cedió y la llamó por teléfono para darle la enhorabuena. Fue entonces cuando le pidió que la visitara y madre e hija tuvieron la oportunidad de hablar largo y tendido, aunque no necesariamente de su distanciamiento.

Arda se instaló con ellos un par de semanas antes de que Cambara saliera de cuentas, aceptando al fin el hecho consumado e ineludible: que Wardi, un hombre al que ella consideraba un granuja, era el padre de su futuro nieto. Raxma resultó ser una bendición del cielo, llevaba a Cambara a dar largos paseos y la acompañaba en los momentos más duros. Arda hizo lo que tenía que hacer, morderse la lengua cuando tocaba y aprender a convivir con un hombre en quien no confiaba durante la cuarentena, que pasó allí para ayudar en los cuidados de la parturienta y el recién nacido. Wardi se ausentó con frecuencia en ese periodo: salía de casa temprano a sus prácticas en el bufete, llegaba tarde a las horas más intempestivas y ocupaba la habitación más alejada de su mujer y su suegra. Más de una noche ni siquiera volvió a casa.

Que allí se respiraba un hondo malestar era evidente, todo el mundo se dio cuenta. Mientras que la mayoría de los amigos de Cambara evitaron hablar de la relación, Raxma fue la única que tuvo la valentía de abordar el tema: que su marido tenía un lío en toda regla con Susannah, la socia principal del bufete en el que estaba haciendo la pasantía de un año. Cambara, mientras tanto, concentró sus energías en dar a luz a un hijo sano, convencida de que transmitir emociones negativas al bebé antes de nacer podía perjudicarlo de alguna manera. Cuando nació el niño, Wardi empezó a pasar cada vez más tiempo fuera de casa, era de imaginar que con Susannah, en la oficina. Los ánimos de Cambara, su madre y Dalmar a menudo se componían a partes iguales de la alegría de estar acompañados y una mezcla de culpabilidad y rabia por la ausencia de Wardi, aunque no lo mencionasen.

Ahora, cuando oye que la puerta de la vivienda se cierra, probablemente porque Zaak se ha ido a trabajar, la imagen de Wardi —tumbado boca arriba en una postura retorcida, con la nariz ensangrentada, los ojos llorosos y supurando una asquerosa secreción ambarina, los labios con cortes abiertos e hinchados— acude a su mente. No puede evitar preguntarse si su relación habría sido distinta si no se hubiese casado con él en la clandestinidad. Entonces una rabia mezclada con dolor renace en su interior y no sabe qué hacer, aparte de seguir odiándose por la flaqueza de su carácter.

Después de que su hijo se ahogara y de que su matrimonio con Wardi quedara prácticamente deshecho, Cambara está en Somalia, donde tiene más tiempo para reflexionar. ¿Acaso ha venido a Mogadiscio porque quiere erradicar a ese hombre de su vida?

Cinco

A la mañana siguiente, muy temprano, Cambara está despierta y su cuerpo, que acusa los trastornos del desfase horario, le pide que salga de la cama. Baja las escaleras y empieza a moverse por la vivienda con el sigilo de un ladrón, cautelosa, en silencio, mirando a un lado y a otro. Finalmente entra de puntillas en la zona de la cocina con la certeza de que no hay nadie, de que ningún olor masculino enturbia el aire, con la idea de prepararse un té y algo para comer, si lo hay. Se topa cara a cara con Zaak, quien, con una expresión de suficiencia, está escondido en un rincón, a la espera, como preparado para una emboscada.

—¿Cómo estás, querida mía? —dice.

Habla con un tono pagado de sí mismo, parece encantado al ver la sorpresa de Cambara y su evidente turbación.

Desconcertada, ella se refugia en el silencio reinante, procurando no hacer ningún comentario mordaz que luego pueda lamentar. Tras unos instantes, consigue reunir el valor de mirarlo a los ojos con dureza y, entretanto, se concede el tiempo necesario para repasar los años de juventud que vivieron juntos. No logra imaginar haberse sentido nunca atraída por él.

En aquellos tiempos, la lectura favorita de Cambara era un *fotoromanzo* mensual italiano que se llamaba *Intimità*. Para ella y sus amigas, los asuntos del corazón iban por delante de todo lo demás. Sus amigas, chicas que se reían por nada, en su mayoría niñas consentidas de clase acomodada, tampoco le prestaban a Zaak ni un segundo de atención. Cuando Cambara intentó, en un par de ocasiones distintas, que dos de sus amigas bailasen con él en su fiesta de cumpleaños, una de las chicas dijo que ni loca bailarían con «semejante desharrapado». Cambara fingió no entender a qué se refería su amiga, cuando lo sabía perfectamente, y salió en su defensa:

—Sólo es inseguro, el pobre, pero cuando lo conoces es majó.

Algunas de sus amigas empezaron a fastidiarla, incluso hubo una que predijo que cualquiera que se enamorara de Zaak acabaría viviendo en «Ninguna Parte». Ahora se da cuenta de que precisamente es ahí donde está ella ahora.

—¿Has dormido bien? —le pregunta Zaak.

—Sí, la verdad es que no he dormido mal.

—¿Vas a algún sitio?

—Tengo un largo día por delante —dice ella.

—¿Qué planes tienes?

Cuando se dispone a contestarle, aunque con evasivas, se sobresalta con un ruido repentino que la desorienta. Mira en dirección a la cocina, después al techo, con la esperanza de identificar el origen del correteo que ha oído, no sabe si de ratas o de

otros roedores, procedente de algún lugar del techo o del fregadero. Finalmente, la atrae un rumor que es capaz de identificar: la llegada de un todoterreno diésel, cuyas puertas se abren y se cierran, se apean varios jóvenes y se oye el rumor de voces que se acercan.

—Vienen a recogerme —explica Zaak. Guarda silencio un momento y luego añade, dándose importancia—: El todoterreno lleva una escolta armada, seis chavales y el jefe de la unidad de seguridad, un antiguo sargento del Ejército Nacional, ya disuelto.

Hace ademán de levantarse, aunque tarda lo suyo antes de ponerse en pie. Cuando por fin lo consigue, echa a andar como si tuviera metal en las rodillas, se atranca a cada paso que da y parece incapaz de coordinar sus movimientos. Se detiene a enderezar la espalda y se frota primero la columna vertebral y luego los ojos empañados.

—Llego tarde al trabajo —dice.

—¿Tu chófer puede llevarme también? —le pregunta Cambara.

—¿Adónde?

—A la casa de mi familia —dice.

Zaak niega con la cabeza, sin dar crédito a lo que oye. Esboza una sonrisa forzada antes de apartar la mirada y fingir preocupación.

—¿Estás loca? —le dice.

—No entraré en la propiedad —asegura ella.

—¿Qué quiere decir que no entrarás?

—En realidad no sólo me abstendré de entrar en la propiedad sino que también me aseguraré de que no me vea el caudillo menor que la ocupa.

—Exactamente, ¿qué te propones?

—Sólo quiero ver la propiedad de mi familia.

—En la que tú nunca has vivido.

—Porque la alquilaban a diplomáticos extranjeros.

—Una propiedad que hace años que no has visto.

—Pues ahora me gustaría verla de cerca —dice— y situarla respecto a donde estamos, respecto a tu casa.

—No te iría mal un poco de ayuda, ¿no crees?

—La verdad es que no me iría mal.

—Cuéntame más.

—¿Qué quieres que te cuente?

Zaak se explica.

—No esperarás que la familia que ocupa la casa te entregue las llaves y se disculpe a la primera de cambio, ¿verdad?

—¿Me tomas por estúpida?

—Pues te comportarás como tal si no tienes en cuenta que vas tentando el peligro —le advierte Zaak—. Acceder a la propiedad no será dar un paseo por el parque y

mucho menos sacar a ese tipo de ahí —guarda silencio, sonrío ostensiblemente, y añade—: No se rendirá sin pelear.

—Sé que no será tarea fácil.

—He tenido noticia de varios propietarios que sufrieron daños graves al tratar de recuperar sus fincas —dice exultante.

Sonriendo a su pesar, Cambara está decidida a cambiar de tema, así que se aleja un paso de Zaak en dirección a la puerta, con intención de abrirla y dejar pasar al joven que está dando vueltas al otro lado, dudando si llamar o no.

—¿A qué otro lugar irías si dispusieras de un medio de transporte?

—A uno de los hoteles grandes.

—No pensarás marcharte ya, ¿verdad? —pregunta Zaak.

—No, por el momento —contesta ella.

—Entonces, ¿por qué ir a uno de esos hoteles?

Cambara lo mira en silencio, inquieta por no saber si es preferible darle información errónea a propósito o no contárselo todo con detalle.

—He de buscar a una amiga de una amiga mía, que es directora de uno de los hoteles —dice.

—¿Cómo se llama tu amiga?

—Es amiga de una amiga —dice con tono tajante y seguidamente guarda un silencio obstinado, satisfecha por haberle dado a Zaak datos tan vagos.

A esa hora de la mañana sopla una brisa agradable, el aire transporta la humedad salina del mar. Con paciencia, una parte de Cambara está esperando a que Zaak empiece a divagar sobre los peligros de la ciudad y los asaltos letales y se regodee sádicamente unos instantes en la gran cantidad de mujeres violadas, hombres mutilados, estadísticas del horror que se componen para que gente como ella no salga de casa. Al mismo tiempo espera oír los comentarios insidiosos acerca de su ingenuidad, que le diga que vive en un mundo de fantasía. Está decidida a no permitir que le meta miedo, a dejar de ser su huésped y a no depender de él. Aun así, prestará atención a los sentidos ocultos en todo lo que le diga e interpretará sus palabras a la luz de la información que le faciliten otras personas y, entonces, confrontará unos con otros para compararlos, con la esperanza de sortear los peligros por una senda segura.

—Estoy pensando que tal vez deba ir yo también —dice Zaak.

Ella prefiere no ir con él cuando intente colarse furtivamente en la propiedad familiar. Prefiere que él no sepa nada de sus planes, ni conozca los recursos que piensa utilizar, mintiendo si es necesario, para entrar. Zaak se empeñará en rechazar sus métodos y muy probablemente saboteará su campaña.

—Preferiría que me prestaras a tu chófer y el coche.

—Las cosas son más complicadas de lo que crees.

—¿Qué hay de complicado en lo que te pido?

A la espera de que se lo explique, Cambara tiene la impresión de que la mirada ausente de Zaak es la de alguien que corre para dar alcance a una idea que le lleva

ventaja, pero en la dirección equivocada.

—Debemos prepararlo hasta el último detalle —dice Zaak.

—¿A qué te refieres?

—Te hará falta una escolta armada.

—¿Por qué?

Al ver que se regodea en sus aires de suficiencia, Cambara se abochorna inmediatamente al recordar, por los retazos de información que ha recabado sobre cómo funcionan las cosas en Mogadiscio, que como elemento de disuasión ha pasado a ser imperativo para los dueños de coches y camiones que se echan a la carretera contratar los servicios de escoltas armados, que no necesariamente garantizan la seguridad de los ocupantes, sino del vehículo, por los frecuentes asaltos con robo de vehículos que tienen lugar. Se obliga a recordar que, en un escenario de guerra civil, debe atenerse forzosamente a una instancia más amplia a la que recurrir si surgen complicaciones que pongan su vida en peligro. Resulta más que evidente que, en su condición de mujer sola, las posibilidades que tiene de sobrevivir a cualquiera de los suplicios a los que se recurre en una guerra civil son nulas a menos y hasta que se adhiera a un grupo, sea armado y por tanto dependiente de un clan, sea de origen civil y por tanto ideológico. De ahí la necesidad de localizar a Kiin, miembro activo de la Red de Mujeres.

—Yo me encargaré de la escolta armada y el todoterreno.

—Ni se me ocurriría ser una molestia.

—Será un placer, no un inconveniente.

—Por favor. Tienes pendiente trabajo importante.

—Insisto en acompañarte —dice Zaak.

Tras un instante solemne en el que Cambara sopesa las opciones que tiene, se da cuenta de que, le guste o no, está vinculada al grupo al que Zaak pertenece, sea cual sea, y que puede sacar provecho de su relación por el momento, hasta que pueda desvincularse de su camarilla y pase a formar parte de la red de Kiin.

—Vendrás con la condición de que yo tengo la última palabra —dice al fin—. Nos acercamos a la casa en coche, no paramos en ningún sitio y la escolta armada se queda dentro del vehículo. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos a tu servicio —dice Zaak.

—No sabes cuánto te lo agradezco —contesta ella.

Zaak está contento. Cambara reconoce un escalofrío de alegría en sus ojos y ve que la adrenalina de la emoción le ilumina todo el rostro. Como dejan traslucir los movimientos de su cuerpo, está tan encantado que hace incluso el gesto de ir a abrazarla, pero lo piensa mejor y se contiene a tiempo de delatarse del todo. Por añadidura, Cambara capta una mirada furtiva cargada de lascivia, pero no la dirige tanto a las partes superiores de su cuerpo como a los pies calzados con sandalias, como un adolescente que se ruboriza al ver aparecer de repente a la chica de la que está enamorado. Cambara le resulta perversamente atractiva. Ella sabe lo que Zaak

piensa de ella, cuánto ha adorado siempre su cuerpo. Además, no se le escapa el hecho de que lo intimida su encanto natural y probablemente por eso se muestre con ella tan provocador y haya sido tan malicioso desde siempre: porque nunca ha conseguido a Cambara y nunca la conseguirá.

—¿Por qué tú pareces descansada y yo no? —le pregunta.

—Porque yo no masqué *qaat*, por eso.

—Se te ve descansada y hermosa —dice Zaak.

Ella aparta la mirada, sonriendo. Lleva un fresco atuendo informal de algodón: unos pantalones elásticos, cómodos para estar por casa, sobre todo para relajarse, y una blusa de cuello en uve que deja entrever apenas, de manera tentadora, su escote. No puede evitar preguntarse si Zaak desea aprovecharse de su situación, que pende de un hilo. Las circunstancias de ahora son justo las contrarias a las de hace unos años, cuando él era el huésped necesitado y ella la anfitriona en posición de ser amable o desagradable.

En aquella ocasión Zaak conocía los límites y se comportó lo mejor que pudo. Algunos anfitriones son poco hospitalarios por naturaleza cuando se interfiere en su espacio privado, y mezquinos cuando les toca compartirlo.

—Tendrás que cambiarte si quieres salir de casa —le dice—. No querrás llamar la atención sobre tu persona y, desde luego, lo harás si vas así vestida.

—¿Me recomiendas llevar velo?

—Entonces has traído. Sí, desde luego.

—En realidad, resulta que he traído dos.

—Ponte un velo encima de lo que llevas.

—Me asfixiaré de calor.

Con la indignación a flor de piel, Zaak le da la espalda y le lanza su sentencia:

—Es lo que te toca.

Cambara advierte una mancha reseca en la comisura de los labios de Zaak y lo imagina comiendo, muy cerca del plato, como un campesino chino apresando los trozos de comida con los palillos, metiéndoselos ávidamente en la boca, sin acertar a veces. Siempre ha sido sucio para comer. Cambara cree que se trata de restos de alimentos crudos, eso es lo que le parece en ese momento.

Zaak puede leerle el pensamiento.

—¿Quieres desayunar? —le pregunta.

La idea de comer lo que haya preparado él, en su casa, le choca tanto que lo único que puede hacer es negar con la cabeza. La verdad es que piensa parar a comprar algo en algún sitio, aunque no sabe qué ni dónde. Un hotel con restaurante no estaría mal: de paso preguntará si alguien sabe cómo ponerse en contacto con Kiin, prima y amiga de su amiga Raxma.

Lo que atrae su atención no es el estado de la cocina, donde no tendría inconveniente en cocinar, ni los platos amontonados sin lavar, que podría lavar ella misma, sino el dedo índice de Zaak, que en la yema tiene algo pegado: la textura

parduzca de un residuo que Cambara al final reconoce: moco. Debe de haberse hurgado la nariz con la uña del dedo índice, la uña más larga y sucia que ha visto en su vida. Cuando sonrío, Cambara se fija también en su dentadura espantosa.

Tan fuerte es la sensación que recorre su cuerpo que el vello reacciona erizándose y la piel se le llena de un sarpullido, del tamaño de pústulas. Cuando está a punto de expresar en voz alta su irritación, siente la lengua torpe, áspera como la de un camello, abotargada hasta lo inimaginable.

—Veamos —dice, hablando para sí.

Al alejarse de él, se mueve con el coraje de una mujer impulsada a la acción por la rabia, una mujer que no soporta oír el latido atronador de su corazón, porque su amargura es superior a ella.

—Puedo prepararme el té yo misma —dice—. Te recomiendo que te vayas, porque no creo que debas dejar a todo el mundo esperándote aquí en casa, cuando llevas escoltas armados, ni en la oficina, donde los ancianos de las ramas de los distintos clanes con rencillas por resolver quieren verte.

Empieza a lavar una tetera, frotándola con un estropajo metálico hasta que reluce como un espejo, antes incluso de darle a Zaak la oportunidad de replicar. Por alguna razón, de repente parece descacharrado y le recuerda a un mueble que ya no le sirve a nadie.

Cambara hierve agua para el té y lo prepara en silencio. Sin leche, porque imagina que se habrá agriado con los cortes de luz, ni azúcar, porque ha decidido dejar de tomar a partir de hoy, gracias. Durante esta larga pausa en su conversación vacilante, ella recuerda los comentarios groseros de la noche anterior, que la impulsaron a irse del salón y buscar refugio en la reclusión del cuarto del altillo.

Al parecer Zaak ha resuelto en detalle cómo quiere planificar su jornada y la de ella. Cambara se da cuenta porque ve que ha recuperado la capacidad de decisión.

—Dame un minuto, por favor —dice Zaak al fin.

Le explica que va a salir a hablar con el conductor y los guardias armados que lo escoltan en el trayecto de ida y vuelta al trabajo, va a pedirle al chófer las llaves del todoterreno y que vuelva en taxi a la central.

—¿Y los jóvenes armados?

—Vendrán en el todoterreno, para custodiar tanto el vehículo como a nosotros —le informa Zaak.

—¿No será una forma de mandarle precisamente la señal equivocada al caudillo que ocupa la casa de mi familia, si por casualidad nos viese reconociendo el terreno? No nos conviene levantar sospechas, ni siquiera que tenga noticia de mi presencia en el país, mucho menos en los alrededores de la vivienda —dice.

—Confía en mí —le pide Zaak—. Sé lo que hago.

Luego sale por la puerta trasera a cambiar unas palabras con el conductor y los escoltas armados.

—Me traerás aquí y luego te irás a trabajar —dice Cambara—, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asiente Zaak—. Pero ¿por qué no esperar un par de días más, para que nos organicemos mejor y nos preparemos para cualquier contratiempo?

—Quiero quitarme este asunto de encima —le dice ella.

—Prepara el té, hablemos un poco más.

Mientras lo prepara, en el aislamiento de la cocina, ahora que Zaak ha salido a hablar con el conductor y los escoltas armados, acuden a ella recuerdos menos inoportunos que la sorprenden con la guardia baja, recuerdos de sus años de juventud. Para espantar la nostalgia, adopta la postura de una adolescente imposible de complacer y difícil de conseguir, relajada, displicente, con agallas. Un poco dada a la afectación, con una expresión indecisa que se frunce en un ceño tan concentrado como una tormenta, estira el cuerpo y se cruza de brazos. Respira despacio y acompasadamente, meciéndose para recobrar la necesaria compostura. Se dice que primero tiene que dejar de lado sus dudas, volver a ser dueña de sí misma y desterrar todas las reservas de las preocupaciones que en este momento la requieren.

Inclina la cabeza hacia un lado y recuerda entonces el curioso comentario que le había hecho Zaak al recogerla en el aeropuerto, comparando los parentescos de sangre con los ríos en los que las corrientes se mueven en direcciones distintas, que a veces avanzan en paralelo, pero raramente se mezclan.

—Y sin embargo todos esos flujos de agua pertenecen al mismo río, al igual que los miembros de una comunidad de sangre —dijo—. Existe la posibilidad de elección al decidir a qué vera del río arrimarse. ¿Has pensado en esto antes de que se te ocurriera venir a Somalia?

Cambara creyó que la indagaba tratando de averiguar algo y le pareció prudente no contarle gran cosa, por lo menos hasta que tuviera los pies firmemente clavados al suelo, dispusiera de su propia habitación en un hotel y se hubiese reconciliado con su nueva situación. No se dejaría atosigar con los apremios de Zaak, por mucho que insistiese. Ella esperaba a que el tiempo hiciese su labor y fuese abriendo la puerta de sus secretos con suavidad, sin compunción. Entretanto permanecería hermética, impenetrable, inmune a los impulsos que el odio dictase a su corazón. Al fin y al cabo, no deseaba sobresaltarse ni embarcarse en acciones que luego pudiese lamentar.

Cambara sabe que Zaak se acuesta temprano, le gusta levantarse al rayar el alba. Mientras da el primer sorbo al té aguado, le vienen recuerdos borrosos de una escena que no sabe si ha soñado o ha presenciado realmente, por aturdida que la dejase el desfase horario. Recuerda ver a Zaak desde la ventana del altillo, que da a la galería semicubierta, rodeado de cuadernos de notas en el suelo desnivelado, acaso trabajando. Tal vez se había levantado temprano y se preparaba para encarar la jornada, antes de que el sol iluminase con su rostro refulgente el resto del mundo. Cambara es nocturna, siempre está despierta hasta tarde.

Cambara medita sobre los acontecimientos del día y por la noche el dolor le corroe el corazón hasta que no queda nada para seguir bombeándole la sangre. Cambara y Zaak saben cuándo el otro se levanta, cuándo se acuesta y los horarios de

otros hábitos fisiológicos, qué les gusta y qué no les gusta, porque han vivido juntos, primero de jóvenes y después, cuando fingieron ser marido y mujer en Toronto. Ahora que no han de andarse con formalismos, Cambara se pregunta si Zaak soportará todas las tensiones que vivirán en la nueva etapa que se abre para los dos.

* * *

Cambara tuvo una infancia más feliz, su padre y su madre la adoraban, sobre todo el primero, más que contento con una hija única que era la niña de sus ojos. Arda, a pesar de ser más fuerte de carácter, la adoró también desde el momento en que la entregó a un mundo presto a colmarla de alabanzas.

Formaban una pareja somalí sumamente atípica, sus padres, agraciados con una hija brillantísima y muy atractiva. Hombres como su padre, entregado a su única esposa, Arda, eran casos raros, y más teniendo en cuenta que le guardaba fidelidad. Cuando Cambara tuvo uso de razón para sentir el peso de la soledad y necesitar un compañero de juegos, sus padres «invitaron» a Zaak, el sobrino de Arda, el mayor de seis hermanos y el más listo de todos, a vivir con ellos, para que a Cambara no le diera por hacer travesuras y también con la idea de que ayudara a su hija en las materias de ciencias, en las que estaba un poco floja. Puesto que los padres de Zaak a menudo lo trataban con mano dura en vista de su torpeza, Arda se encargó de no estar muy encima del chico ni siquiera cuando, por tener las manos de trapo, hacía verdaderas chapuzas. Lo llevó a su casa imaginando que sería provechoso para Cambara vivir en estrecho contacto con un chico tan distinto y confiando en que en el futuro el muchacho también a ella le sería de provecho.

Zaak, en compensación, disfrutó de comodidades materiales así como de respaldo intelectual, elementos que eran ya de suyo parte del hogar de Cambara. Cultivó su mente apuntando a más altos fines, cualesquiera que fuesen, y entretanto mantenía a Cambara entretenida y la alejaba de malos comportamientos. Para mantener la cabeza ocupada en algo que mereciese la pena, Zaak se marcaba desafíos inalcanzables, que iban desde memorizar un diccionario de principio a fin a adquirir los rudimentos de un nuevo idioma en cuestión de días. Ella a menudo se sorprendía preguntándole por qué lo hacía y él le contestaba que sólo por diversión y se pasaba luego casi todo el fin de semana leyendo a Tolstói en árabe, para volver a leer la misma novela la semana siguiente en inglés.

Años más tarde, sólo después de haber pasado dos mil días en prisión, de los cuales mil uno transcurrieron en aislamiento, Cambara entendió a qué se refería cuando hablaba de cultivar la mente para más altos fines. Todo el mundo creyó, hasta una década más tarde, después de que se casara, primero con Cambara y luego con Xadiitha, y aún después de que se asentara en Mogadiscio, que la pena que cumplió lo había dejado indemne. Al parecer no era así. Cambara cree que quizá su estado físico y mental en esos momentos sea sintomático del hundimiento del país, una metáfora del mismo.

De jóvenes, ella era la más segura de los dos, la que mejor porte tenía, la que

contaba con todos los atributos que pueden pedirse en un niño. Zaak era corto de vista y llevaba unas gafas gruesas como el trasero de un elefante. Tenía el corazón débil y era dado a sufrir palpitaciones súbitas. A menudo se agarraba el pecho, encorvándose de dolor, o tosía sin parar. A pesar de sus numerosas deficiencias físicas, su mente era poderosa. La madre de Cambara admiraba su fortaleza mental, pero a veces su salud la preocupaba hasta el punto de consultar a los médicos y, en ocasiones, incluso a otro tipo de curanderos, entre los cuales hubo algún que otro charlatán y otros de los que buscaban panaceas para las dolencias en la palabra sagrada.

Cambara fue consciente de las fronteras que los separaban el día en que encontró a Zaak desnudo y vio su pubis cubierto de pelo, mientras que el suyo no lo estaba. Se estaba acariciando. A día de hoy aún no sabe si la vio o la oyó alejarse de puntillas. Ella tendría nueve años, él quince. Había ido a su cuarto a pedirle que la ayudara con un problema de matemáticas y tuvo que dar media vuelta sigilosamente. Quizá fue el primer secreto que no dio a conocer a su madre. Si les hubiese contado a sus padres lo que había visto, estaba segura de que no se habrían contentado con reprender a Zaak y que uno de los dos lo habría castigado. Años después, cuando eran un presunto matrimonio y compartían el espacio pero no la intimidad, a menudo Cambara se preguntaba cuánto habría cambiado el cuerpo de Zaak desde su juventud hasta convertirse en un hombre en la flor de la edad. No puede negar que más de una vez tuvo la tentación de mirar por el ojo de la cerradura. Ahora está convencida de que en su estado actual, con esa barriga hinchada y el consumo continuo de *qaat*, que según se dice afecta a la potencia sexual, la hombría de Zaak es tan inerte como un tegumento.

Recuerda que aquella misma mañana, mientras estaba sola dándole vueltas a lo ocurrido, se cruzó con un pavo real que se excitó al verla y que se alborotaba cuando Cambara no le prestaba atención. El pavo lucía el ojo de sus plumas en abanico, jactándose de su porte con andar majestuoso, y de pronto aventó su cola magnífica hacia Cambara o eso creyó la muchacha pubescente. Un harén cercano de pavas se mantenían a una distancia segura, sobre todo cuando las plumas de la cola del pavo empezaron a sacudirse y se movió en dirección a Cambara, ávido de roce. Ella se fijó en el lustre de las plumas del pavo real escuchando su arrullo susurrante, enardecido. Había oído decir que las jovencitas o las mujeres ávidas de deseo sexual atraen a los pavos, que detectan los olores que su cuerpo, sin que ellas sean conscientes, desprende a la biosfera. Ese día, en su vago recuerdo, Cambara volvió corriendo, hecha un mar de lágrimas, en busca de su madre. A punto estuvo de contarle a quién había visto, dónde y qué hacía; a punto estuvo de hablarle de cómo se había excitado al ver al pavo real en pleno esplendor libidinoso. Se preguntaba si fue entonces cuando Arda empezó a pensar que su hija y su sobrino acaso estuvieran destinados a ser uno para el otro.

La relación de Cambara y Zaak perdió su inocencia infantil poco después y,

durante un tiempo, ella no se atrevió a mirarlo sin recordar esos dos incidentes, en su memoria aparecían siempre relacionados. Aunque pensó en pedirle que le enseñara sus partes íntimas otra vez, no fue capaz de reunir el valor de hacerlo, por temor a que se negara. Al mismo tiempo Zaak empezó a mostrarse más vergonzoso en su presencia, a menudo delatándose de haber descubierto su propio cuerpo. Menos locuaz que antes, se refugiaba en silencios taciturnos.

Mientras lava los platos en el fregadero con detergente en polvo para la ropa, se pregunta cuál sería la reacción de Zaak si ella hubiese sacado el tema a colación. Nunca se atrevió a mencionar el incidente en Toronto. Duda mucho que tenga sentido hacerlo ahora.

—Dime, ¿cómo está Wardi? —pregunta Zaak.

Cambara no halla palabras elegantes para expresarse, aunque desea no caer en un ánimo grosero en el que su furia pueda desatarse y desquiciarla, entregándola a un mundo de rabia, remordimiento o pesar. No le parece bien echar a correr tras su propia rabia, porque tiene la certeza de que jamás logrará darle alcance. Es una lástima, razona, que por su deseo de contenerse no pueda expresar tampoco plenamente el alcance y el origen de sus sentimientos. Su madre se niega a permanecer cerca de su hija cuando estalla con una rabia que considera más furibunda y peligrosa que el Etna. Por añadidura, obviamente Zaak sabe que, tal y como educaron a Cambara sus padres, no puede ceñirse al molde tradicional de la mujer somalí y duda si, de haber sabido, podría decir que su rabia se debe a un acontecimiento reciente, relacionado con su relación conyugal. A su modo de ver, Cambara estaba bien, hasta que de pronto parece corta de entendederas, ilusa y muy poco práctica.

La mira, guardando un silencio expectante, mientras Cambara habla con tanta cautela que parece que no quiera que sus palabras se agolpen, como garabatos de rotulador en papel secante. Cómo desea Cambara poder apoyarse en la rabia que la paraliza, cómo desearía poder extraer de ella algún sustento. Las palabras, sin embargo, salen más chirriantes de lo que le gustaría y su voz, aunque la levante, sigue siendo suave en las periferias y dura en el centro, igual que cuando se raspan los callos con papel de lija. Se da cuenta de que hablará de un hombre al que odia a otro hombre al que desprecia por igual: dos hombres, ambos perdedores, con los que ha mantenido una suerte de intimidad, impuesta en un caso, en el otro elegida. No le cabe duda de que están en contacto, o lo estarán. Que Zaak repita lo que le venga en gana, a ella le trae sin cuidado.

—Se me hace una montaña explicar lo que ha pasado —dice y, haciendo una pausa, lo mira a los ojos hasta que él desvía la mirada—. Durante años he vivido con una rabia que no he sabido expresar con palabras, hasta que ha acabado formando parte de mí, y esa rabia ha alcanzado proporciones asesinas después de que mi hijo Dalmar se ahogase. Me di cuenta de que el origen de la rabia y de la lamentable muerte de Dalmar está en Wardi.

Cambara tiene los ojos anegados en lágrimas, pero, decidida a no derramar ni una sola, tiembla. Cambara es una enemiga recalcitrante de la lástima inmerecida de los demás.

Zaak desvía el curso de su conversación para llevarlo a tierra firme y le pregunta si se propone vivir en la propiedad, en caso de que consiga arrebatársela de las manos del hombre que ilegalmente la ocupa.

—Ya te he dicho que dudo mucho que te la entregue sin presentar batalla —añade a modo de coletilla.

—No tengo ni idea de lo que haré cuando la propiedad esté en mi poder —contesta ella—. Estoy convencida en lo más profundo de mi ser de que conseguiré arrancársela de las garras.

—Pues debes de saber algo que yo desconozco —dice Zaak.

—Sí.

—¿Vas a compartirlo conmigo? Tengo curiosidad.

Cambara no repite lo que le dijo a su madre acerca de los cobardes que son los señores de la guerra y cosas por el estilo; prefiere no hacerlo, para no darle un argumento con que rebatirla.

—Soy una mujer decidida y las mujeres decididas siempre se salen con la suya —dice.

Una risita. Y a continuación:

—¿Vas a alquilarla o a venderla?

—No he pensado qué haré con ella —contesta.

A Cambara le llama la atención la pena que le nubla el semblante a Zaak, acaso la añoranza de un hombre que presencia el fin de una época. Cita unos versos de un poeta árabe y ella imagina a una tórtola derribada en pleno vuelo por un disparo y, en el instante mismo en que contempla su nido destruido, la tórtola muere. Pensar en que Cambara pueda acabar en un final triste hace que Zaak niegue con la cabeza en señal de desaprobación, pero, a pesar de todo, no habla de la ruina que prevé para cualquiera que intente desalojar a un caudillo, sea menor o no, de la casa que ocupa.

—¿Por qué arrebatarse la propiedad a los que viven allí si no tienes ni idea de lo que harás con ella? —pregunta.

—Porque me pertenece —dice Cambara.

—¿Y quieres recuperarla, sin importarte el riesgo?

—¿Qué riesgos puedo correr?

Zaak ha oído que a más de un propietario lo han matado a tiros al tratar de recuperar lo que por ley les pertenecía. A algunos los han maltratado y luego los han echado de la ciudad; otros han soportado humillaciones y sus mujeres han sido violadas para que aprendieran la lección. Ya no sabe si tiene sentido expresar sus advertencias en voz alta, se pregunta si la resolución de Cambara de seguir adelante con un plan tramado en Toronto, llevada por la rabia y sin estar familiarizada con la situación sobre el terreno, en realidad responde a un deseo de encontrar la muerte.

Cuanto más lo piensa, más le sorprende que Arda no le haya mencionado para nada las intenciones de Cambara. ¿Es posible que no tenga ni idea de que su hija está loca de atar? Wardi había sido en otro tiempo la causa de que madre e hija se distanciaran y ni siquiera se saludaran. ¿Podía ser que ahora apenas se hablaran y que Arda lo hubiera llamado para que alojase a Cambara, preocupada nada más que por su seguridad?

—¿Sabes quién es el ocupante? —le pregunta.

—Dime lo que tengas que decirme, de todos modos —le pide ella.

—Su nombre es Gudcur —dice Zaak— y es el cabecilla de una milicia del clan que se caracteriza por su crueldad, reclutada de las filas de uno de los salvajes señores de la guerra que campan por Mogadiscio.

—Ninguno de esos señores de la guerra me intimidan.

—¿Has pensado en las cuestiones prácticas?

—¿Como cuáles?

—Cómo vas a ir allí y todo eso.

—Esperaba que me indicaras la dirección, porque yo no podría reconocer el lugar en el estado en que está todo el vecindario —dice ella, tomando un sorbo del té, ya frío—. Te agradecería que me llevaras hasta allí y me enseñaras los alrededores. El resto puedes dejarlo de mi cuenta.

—¿Tienes algún plan de emergencia si resultas herida?

—Te escucho —contesta Cambara, impaciente.

—Quiero que sepas que no voy a participar en esto.

—Eso ya lo veo.

Los ojos de Zaak delatan una frialdad repentina y ella le sostiene la mirada con dureza. Tal vez espera avergonzarlo para que retire su negativa a participar en esta locura. Zaak asimila su mirada de reproche con la ecuanimidad de una esponja que absorbe más agua de la que puede contener y, sin nada mejor que hacer, empieza a separar el grano de la paja para el guiso de arroz que piensa preparar para la cena.

Extremadamente inquieta, Cambara se yergue cuan larga es y entonces, como si lo pensara mejor, se inclina a recoger los cacharros del té. Mientras lo hace, Zaak le mira a sus anchas el escote y se remueve en la silla. Los dos están visiblemente azorados y Zaak, el primero en moverse, da dos zancadas hacia el cuarto de aseo y se encierra allí, tal vez porque sea la única puerta cercana y abierta, tal vez porque necesita un lugar donde ocultar su turbación. Cambara, por su parte, estira los labios en una sonrisa pensando para sí: «Además de ser un perdedor, se mata a pajas».

Cuando, al cabo de unos minutos, Zaak vuelve a la cocina, Cambara se está secando las manos después de haber fregado la pila de platos sucios. Imperiosa delante del fregadero, le da la espalda, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, el cuerpo alto como un poste, inmóvil y concentrada. Zaak no acierta a descifrar lo que le pasa por la mente, en parte por su estudiada dureza y también porque está resuelta a esforzarse en recuperar la calma interior que perdió por primera vez el día

en que murió su hijo y que pensó que jamás recuperaría la mañana en que le pegó a Wardi aquella paliza. Luego se preparará para las batallas definitivas. Se propone renegar de la muerte, quiere celebrar la vida y sólo puede hacerlo lejos de Zaak, no con él. Ruega que Kiin sea una amiga diligente y leal en quien poder confiar.

Mientras seca los platos, se vuelve. Zaak, como en un acto reflejo, recompone el rostro, adornando sus labios gruesos con una hermosa sonrisa.

—¿Qué tienes en mente? —pregunta.

—A lo mejor para ti no tenga sentido, pero estoy pensando que mi vida se nutre de satisfacciones sencillas —dice ella—. Quiero recuperar mi propiedad y quiero recomponer mi vida para vivirla del mejor modo posible, según mis principios y por mis propios medios.

—¿Wardi figura en alguna parte de eso, por pequeña que sea?

—No tengo ningún deseo de contar con él —responde.

—Tal vez ese sea el problema.

—¿A qué te refieres?

La palabra «problema» adquiere en boca de Zaak un matiz erótico; posee cierta territorialidad de elementos ocultos, si se quiere, de un atracón de dulces, de mentiras dichas y no reconocidas, de la muerte de un niño por la que no se ha guardado el merecido duelo. ¿Y ella? Se siente completamente desvinculada del modo en que utiliza la palabra en su sentido erótico. Quizá a él le excitan esa clase de «problemas».

—¿Puedo sugerirte algo? —dice Zaak.

—Adelante.

—Piensa en el peligro que corres antes de hacer algo precipitado —dice. Suena a consejo sabio, al menos eso le parece a él, y sonrío de oreja a oreja, fuera de sí—. Entretanto, tú y yo buscaremos la manera de llegar a un acuerdo para vivir juntos que nos convenga a los dos.

Ella se mueve por la cocina como si se hubiese desprendido de todo lo que pudiera anclarla, con los ojos brillantes de una burla cómplice, iluminados con el centelleo de la picardía.

—Correrá de tu cuenta y riesgo si decides visitar la propiedad —dice Zaak—. Quiero dejarlo claro por última vez. No iré más allá de las inmediaciones del lugar.

—Pararemos a medio kilómetro y no bajaremos del todoterreno. Me señalas la dirección de la casa, para poder familiarizarme con las referencias de los alrededores.

—Trato hecho —dice él.

—Espera un momento.

Cambara va a su cuarto del altillo y vuelve rápidamente, con un enorme velo de color caqui, gafas oscuras de espejo y, sobre la cabeza, aunque no lo necesita, un pañuelo con el que encubrirse aún más.

Luego salen a reconocer el terreno en el vehículo.

Seis

Cambara, recordándose que tiene que pedirle a Zaak un juego de llaves, monta en el cuatro por cuatro y se engancha torpemente los bajos del velo hasta recuperar la punta que ha quedado prendida en el ángulo de la puerta del vehículo. Con esfuerzo logra acomodarse en el asiento del copiloto, apoyándose primero en las palmas de las manos e izando el cuerpo hacia delante, para a continuación darse impulso y ocupar el lugar, ¡ya está! Se desplaza un poco antes de volver a acomodarse intentando mantenerse lo más lejos de Zaak posible.

Zaak se guarda las llaves de casa en el bolsillo, inspira y expira con ansiedad, las palabras se le atascan en la garganta cuando empieza a decir algo. Mira a Cambara con el enojo visible en su expresión. Le vuelve la cara, prefiriendo esperar a que la mujer se haya acomodado antes de hablar, y ella se da cuenta de que está más pendiente de hablar con su oyente cautiva que de arrancar el coche y ponerse en marcha.

—Te estás precipitando —le dice Zaak en tono de reproche.

—Y eso ¿por qué? —pregunta ella.

Zaak le sostiene la mirada antes de contestar.

—¿A qué tanta prisa?

Al no hallar una respuesta oportuna, Cambara guarda silencio.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para preparar un plan —dice Zaak— y poner las cosas a nuestro favor.

—¿Que lo tenemos? —repite Cambara, reparando sobre todo en esa primera persona del plural. La sorprende el falso entusiasmo con que Zaak se incluye, al recordar cómo ha recalcado que no quiere dejarse arrastrar por su insensatez.

Zaak escruta su rostro en busca de alguna respuesta y, al no hallarla, sigue hablando.

—Encarar así el asunto, yendo a visitar al hombre que ocupa la propiedad con su familia, sin tener ni la menor idea de lo que haremos después, es de locos.

Ella no responde ni reacciona a lo que le está diciendo, como si de repente se diese cuenta de que tal vez tenga sentido replantearlo y batirse en retirada rápidamente para salvar el honor. Nerviosa, de repente asustada y con el corazón palpitándole con fuerza y a toda velocidad, se pregunta si Zaak podrá oír el galope de sus latidos sentado al volante del vehículo. Aunque está aturullada, consigue mantener una actitud flemática, sin que apenas trasluzca su incomodidad. La verdad es que en su fuero interno se siente como una nadadora que apenas puede mantenerse a flote en una piscina mediana y se ve de repente lanzada a un océano. Percibe la irritación aflorando de nuevo en su piel, cuando Zaak suelta el freno de mano y, al

llevarse la mano al regazo de nuevo, donde la ha puesto desde que han subido al vehículo, roza la suya. Cambara sabe que forma parte de los problemas de compartir la cabina delantera de un coche, que a fin de cuentas da lugar a posturas corporales impredecibles, igual que ocupar la misma cama con alguien a quien no quieres tocar: turbador.

Zaak agita las manos de un lado a otro con gestos nerviosos cuyo significado Cambara no alcanza a descifrar.

—Preferiría que preparásemos juntos, tú y yo —dice él—, varios escenarios posibles antes de visitar la propiedad y encontrarnos cara a cara con la nueva realidad de un Mogadiscio en guerra que apenas conoces, porque llegaste ayer. Es lo único que digo.

Cambara apenas puede dar crédito a lo que oye. Aunque cree que Zaak puede albergar buenas intenciones, no sabe si puede confiar en los motivos que tiene para hablarle así. ¿Cómo se supone que debe reaccionar ante un mundo en el que su mirada es distinta a raíz de las alteraciones que ha vivido, una mirada empañada por su larga historia de desconfianza hacia los hombres?

—Aquí la gente es sensible a los matices que perciben en las palabras de los demás —añade Zaak—, a los sentidos ocultos y superficiales de lo que se dice. Cada acción y cada palabra dicha deben tener en cuenta esa premisa. Si no queremos que se desentierre el hacha de guerra, después de la vergonzosa marcha de los marines estadounidenses, no nos queda más remedio que velar por no herir esas susceptibilidades.

Cambara cree entender lo que quiere decirle sólo en parte y reacciona en la medida de lo que alcanza a comprender.

—Me cuesta pensar que esa gente pueda ser sensible o sensata —dice, apretando los dientes con furia callada—. A mí me parecen asesinos sedientos de sangre, fanáticos de sus clanes. Al menos así es como los imagino, aunque puede que me equivoque en mi juicio. Claro que muchos otros, tanto somalíes como no somalíes, han descrito de otra manera a los señores de la guerra, asegurando que son los ancianos del clan, lo cual desde luego no es cierto. Esos enfoques no han valido para nada ni han llevado a este país a ninguna parte, sobre todo no lo han llevado a la paz. No entiendo cómo puedes decir que son personas sensibles y sensatas.

—Confía en mí —dice Zaak—, trabajo en la resolución de conflictos y paso buena parte de mi tiempo mediando entre grupos enfrentados. La ofensa está a la orden del día, porque aquí la gente tiene un ego más grandioso del que hayas visto en cualquier otro lugar. El resultado es que todo el mundo reacciona en cualquier situación mirándose el ombligo. De eso hablo cuando digo que son sensibles.

Cambara aguarda en vano más aclaraciones.

—¿A qué estamos esperando? —pregunta, al ver que no va a haberlas.

—A los escoltas armados.

—¿Dónde están?

—Por ahí, en el jardín trasero.

—¿Qué hacen?

—Mascar un par de puñados de *qaat*.

—¿Incluso los dos que aún no son ni adolescentes?

—Todos y cada uno de ellos consume.

Bien podría estar hablando de adictos a la heroína que necesitan su dosis diaria. Cambara acerca instintivamente la mano a la bocina, pero no la toca, al darse cuenta de que Zaak ha echado el cuerpo hacia delante para impedirsele.

—Dime una cosa.

—¿Qué?

Con aprensión, Cambara se decide a preguntarle:

—¿Por casualidad temes lo que puedan hacer esos muchachos armados si les das órdenes?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por favor, corrígeme si me equivoco.

—Somos rehenes de sus armas, eso es cierto.

—¿Acaso te apuntan a la cabeza cuando quieren chantajearte para que les hagas más concesiones de las que puedes ofrecerles?

Zaak asiente con la cabeza.

—Cumplimos con sus dictados —añade—, los sobornamos con *qaat*, les pagamos bajo mano sumas exageradas y les seguimos la corriente lo mejor que podemos. Con la muerte rondando, tan cerca como sus dedos rondan el gatillo, valoramos nuestra vida y apreciamos cada segundo.

—Qué triste espectáculo —dice ella.

Al ver que no reacciona a ese comentario indeseado, sus pensamientos avanzan y se refugian unos instantes en su tragedia personal. Se dice que cuando un anciano muere, el hecho se acepta con el consuelo de que le ha llegado su hora. No sucede lo mismo si un chaval de nueve años lleno de vida y risas se ahoga, porque se siente muy adentro que la hora del niño no ha llegado pero la calamidad ha llamado a la puerta. No es de extrañar que al principio pensase en suicidarse y luego en asesinar el día que se enteró de la muerte de Dalmar.

Sus penas, por la trágica pérdida con la que ha vivido hasta ahora, caen en un momento de profunda temeridad.

—¿No podemos ir nosotros solos? —le pregunta a Zaak.

—Sin escolta armada, no.

—¿Por qué?

—Porque no se hace así.

—¿Y estamos muy lejos de la casa?

—Bastante.

—¿Y del Hotel Shamac?

—Más todavía.

Se aleja de lo que sucede en el interior del todoterreno, que sigue con el motor apagado porque Zaak no le ha dado al contacto, así como de la conversación que no lleva a ninguna parte, y dice:

—¡Qué farsa!

—¿De qué farsa hablas? —pregunta Zaak, tras un silencio azorado.

—Que apreciemos tanto nuestra vida como para llevar a un par de muchachos preadolescentes con armas para protegernos, ¿no te parece? —calla y, al cabo, añade —: ¿Sabes que podría quitarles esas armas con la misma facilidad que si quisiera espantar a un pollo del grano en el que picotea?

—Son duros, esos chavales.

—¿Los has visto en acción?

—No querría tener que verlos.

—Apuesto a que te mojarías los pantalones.

—Nuestras vidas valen menos que una pistola o que el vehículo que conducimos —asegura Zaak—. Si contratamos escolta es porque no queremos morir a manos de otras bandas armadas más interesadas en el todoterreno que en quiénes somos o cuáles son nuestras filiaciones con un clan. Para los tipos a los que contratamos, pagamos un sueldo, seguimos la corriente y sobornamos, así que valemos más vivos que muertos, pero para los matones armados, valemos más muertos que vivos. Dime qué te parece tan perverso en ese razonamiento.

Ella lo mira fijamente, con la barbilla en alto, las mandíbulas apretadas, los ojos centelleantes de una rabia sin objeto. Ni un ápice de empatía penetra la dureza de sus ojos; en ningún caso desea admitir que Zaak pueda tener razón. En la mirada furtiva que le lanza pretende expresar la intrepidez que, a pesar de estar alterada, despierta en ella la crueldad absoluta con que se ha comportado, tanto cuando pusieron fin a su presunto matrimonio como desde que ha llegado aquí en calidad de huésped. Por el modo en que lo mira, podría pensarse que le está lanzando una advertencia: que en última instancia acabará con él, con sus engaños y sus ambigüedades, como si pretendiese darle un escarmiento que sirva para todos los que traicionan la confianza que se deposita en ellos. En los momentos de serenidad, cuando no cede a su rabia colosal o a su rechazo de cualquier forma de pasividad, sabe que no es sabio precipitarse y que nada se saca de planteamientos apurados que difícilmente la ayudarán en su deseo de controlar las cosas o a garantizarle a la larga una victoria.

—Por favor, vámonos —dice.

Zaak mira expectante en la dirección por la que espera ver llegar a los jóvenes armados, pero se limita a negar con la cabeza, sin decir nada.

Cambara se dice que debe mantenerse fuera del alcance de su maldad si quiere seguir con vida y salir indemne, pero aun así no puede evitar preguntarse de nuevo si su genuino retraimiento traerá consigo una estela de miedos más funestos que acaso apresen su imaginación. En otras palabras, qué ocurrirá cuando, al igual que un niño a quien los temores empiezan a acosar, en su sueño afloren sus trastornos emocionales

y a cada paso terminen dominándola las pesadillas y pase la noche en vela. Se sorprende dando la orden para la que ella misma no está preparada:

—¿Podemos irnos? Ya hemos esperado suficiente.

Zaak responde aferrándose al volante. Parece perdido y su nerviosismo hace pensar más bien en alguien que no sabe conducir. Se mueve inquieto, maldiciendo entre dientes, y se echa atrás restregando las nalgas contra el asiento, tal y como deben de hacer los zarrapastrosos para limpiarse las partes bajas cuando no tienen papel higiénico o agua para lavarse. Su incomodidad visible hace pensar a Cambara en la actitud de los traidores después de que los delaten. Lo imagina hablando como si ella pudiese librarlo de toda culpa. Y, de hecho, eso es lo que hace, más o menos.

—Huelga repetir que eres muy bienvenida a quedarte aquí. Huelga reiterar también que no hay ni una maldita posibilidad de que recuperes la propiedad de tu familia que está en poder del caudillo sin pelear y que no sería aconsejable que fuésemos allí sin haber previsto las cosas como es debido —le dice.

—Sólo quiero conocer la zona de la ciudad en la que se encuentra la propiedad de alto *standing* de mi familia, eso es todo —contesta ella.

—He advertido que no has mencionado una sola vez la otra propiedad, la de Vía de Roma, en la que vivimos juntos y en la que tú y yo crecimos. ¿A qué se debe?

—Porque mi madre dice que todos los edificios de la Vía de Roma quedaron arrasados en los feroces combates entre el Cacique del Norte y el Cacique del Sur en los primeros años de la guerra civil —explica Cambara—. ¿Tienes conocimiento de que sea así o lo has visto con tus propios ojos?

—¿Qué haremos cuando aparquemos a unos cien metros del lugar, para que la familia que reside en la propiedad no nos vea ni nos relacione con algún tipo de conspiración? —pregunta Zaak.

—No tengo ninguna intención de anunciar mi presencia.

—Hablo de la necesidad de que lo planeemos juntos, tú y yo.

—Tomo nota —dice ella, sabiendo que no piensa hacerle partícipe de sus actividades hasta que dilucide todas las posibilidades de cómo, dónde y cuándo llevar a cabo su plan.

—Insisto en ese punto.

—¿Podemos ponernos en marcha, por favor? —contesta ella con impaciencia. Entonces se sorprende tanto como sobresalta a Zaak al tocar el claxon, accionándolo una vez suavemente y luego más fuerte una y otra vez, hasta que los jóvenes acuden corriendo y jadeantes, sin resuello. Llegan con las escopetas en alto, un par de ellos prácticamente desnudos y un tercero trastabillando porque tropieza con el *sarong*, que lleva suelto y se le enreda en los tobillos. Listos para la acción, avanzan enarbolando sus armas, aunque sólo uno de ellos repta por el suelo imitando alguna película que ha visto, encañonando sus fusiles hacia uno y otro lado, sin decidirse a qué apuntar o a quién disparar. Incluso aparece el conductor, con los carrillos tan llenos como los de un camello rumiando y los labios teñidos con espuma verdosa, protegiéndose los ojos

del sol implacable. Zaak lo despide con un gesto de la mano, indicándole que no precisa sus servicios, y la expresión del conductor se ilumina. Se hurga la nariz a placer y se aleja con andar pesado pero impaciente a la vez.

—¿Por qué no quieres que sea él quien nos lleve y nos traiga de vuelta, pasando por el hotel? —pregunta Cambara a Zaak—. Sería mucho más fácil, rápido y puede que incluso más seguro para todos.

—¿Qué importancia tiene?

—A mí me importa.

Finalmente, Zaak se acomoda, dispuesto a conducir, con la espalda erguida y los labios temblorosos. Tal vez está recitando una breve oración antes de darle al contacto, meter la marcha y arrancar. A Cambara le parece que respira agitadamente y su postura se le antoja tan rígida como la de un alumno haciendo un examen que sabe que va a suspender. Sólo entonces recuerda que es un conductor pésimo, que tuvo que repetir varias veces la teórica y las prácticas de conducción y que aprobó en la sexta convocatoria. Al volante va con el cuidado de un granjero que guía la erección de un toro para montar a una vaca que aún no está en celo. Grita «*Bismillah*»^[1] dos veces, antes de dar instrucciones a los jóvenes escoltas para que suban al vehículo, con sus armas, el *qaat* y todo lo demás.

Entonces Zaak gira la llave del contacto unas cuantas veces antes de que el motor se ponga en marcha, tosiendo, aventando pedos, esputando viento frío y escupiendo una humareda blanca por el tubo de escape. Aprieta el acelerador más de la cuenta y Cambara se crispa, irritada. Una vez más, necesita varios intentos para encontrar el embrague, pero calcula mal al pisarlo y, al soltar el pie del freno, el coche se cala. Zaak masculla entre dientes, enciende el motor de nuevo, pisa el acelerador con fuerza antes de embragar y el vehículo da un salto descontrolado.

Cambara se endereza en el asiento, al igual que los jóvenes armados. Todos recuperan la postura con cara de preocupación, impotentes, sin saber qué hacer o qué decirle a Zaak, que, en su deseo de demostrar su valía, hace todo lo que puede para impresionar a Cambara, sin ni mucho menos conseguirlo.

Todo el mundo oye la voz de un hombre.

—¿Quieres que vaya con vosotros y conduzca, Zaak? —dice. Se trata del conductor—: No me importa, de verdad.

Cambara mira por la ventana con curiosidad y posa la mirada en el conductor, que se remanga el *sarong* con la mano izquierda y tiene los ojos inyectados en sangre, a punto de reventarle de cansancio, a buen seguro por falta de descanso. En su memoria, Cambara conserva el sueño que tuvo la noche anterior, en las pocas horas de tregua que le dio el desfase horario, y recuerda la lluvia recia y correr desnuda y libre entre chicas briosas en una playa de arena, el cielo azul tropical, el cosquilleo en sus pies descalzos y reír como ríen los felices y los jóvenes. Al cabo, Cambara despierta de su ensoñación, vuelve a la ruidosa realidad y oye a Zaak despedir bruscamente al conductor.

—Vete a mascar y nos veremos aquí en menos de una hora.

Cambara se guarda para sí los pensamientos que le acuden a la cabeza, espera y observa a Zaak dar una vez más al contacto. Esa vez, sin embargo, con la suavidad de un mecanismo recién engrasado, pisa el embrague y mete la marcha sin que el motor se cale o el coche dé sacudidas desgobernadas. Se dice que estar junto a Zaak, sufriendo humillaciones y ridículo, puede llevarla a la muerte antes que una bala perdida. Desde luego no desea exponerse al peligro, ni tampoco quiere divertirse yendo en coche con chicos preadolescentes armados con AK-47.

Es al reclinarsse en el asiento y empezar a recobrar la calma cuando se da cuenta de que el pedal de freno no puede efectuar la función que Zaak le ha asignado y de que el embrague en realidad no es un acelerador, porque está confundiendo los pedales. Así que nuevamente las palancas de los pies fallan igual que antes y el coche está a punto de ahogarse, porque apenas le llega combustible al motor o quizá porque le llega demasiado, pero finalmente avanza encabritado. Cuando Zaak confunde el pedal de freno con el acelerador, la velocidad del vehículo no encaja con la de la carretera y, al meter una marcha y luego otra, se embala tanto que Zaak, que no tiene ni idea de qué debe hacer, frena de golpe hasta que embarrancan en una zanja y sólo entonces se detienen. Uno de los dos chavales que va sentado hacia delante lleva el AK-47 sin seguro, involuntariamente aprieta el gatillo y el arma escupe una ráfaga de balas sobre el techo del vehículo. El estallido, en el espacio acotado del todoterreno, es tan cercano que parece que haya detonado una granada. Cambara se repone y, al mirar alrededor, ve a Zaak con la boca abierta de la impresión, agarrotado del susto; a ella no se le escapa el peligro inminente, en la forma de un par de jóvenes armados que aparecen en escena de la nada y observan protegidos tras un muro. Cambara conserva la calma necesaria para preguntar si hay algún herido. Ninguno de los hombres logra articular palabra, todo está en silencio. Cambara se vuelve para comprobarlo por sí misma y llega a la conclusión de que, a pesar del sobresalto general, nadie ha sufrido daños visibles.

Es entonces cuando un olor fétido que procede del interior mismo del vehículo se hace presente en el silencio inmenso. Cambara logra aislar inmediatamente el origen de la hediondez e identificar al causante: un chaval en la fila de atrás que, por vergüenza, ha agachado la cabeza y la mece entre las manos. Al parecer, el chico se ha cagado de miedo. Por una vez no se decide a hacer nada, ni sabe qué es lo que se puede decir. Está demasiado lejos para tenderle una mano al chico, tocarlo y asegurarle que no hay nada de lo que avergonzarse; demasiado aparatoso bajar del todoterreno, ir a la parte de atrás y abrazar al muchacho. Aparta la mirada cuando su sentido de la discreción acaba por imponerse. Y, del mismo modo, los jóvenes armados de mayor edad se tapan la boca y la nariz con la mano y también callan, para sorpresa de Cambara. En cambio, los inoportunos chavales de la misma edad del muchacho empiezan a desternillarse de risa, señalando con el dedo a su desafortunado compañero y uno de ellos lo llama *Xaar Fakay*, el Mierda Floja.

Cambara espera que Zaak haga un movimiento antes de ceder al impulso de intervenir e interceder con los muchachos más grandes para que dejen de hostigar al desventurado al que, después de mirarlo detenidamente, apoda con el nombre de *Tima Xariir*, por su pelo negro, sedoso y peinado con brillantina. Sin embargo, Cambara se siente impotente ante ese nuevo desafío, porque una cosa es tolerar los excrementos de un hijo propio y otra muy distinta es limpiar la suciedad de un preadolescente armado, rebelde en potencia, que con toda probabilidad más tarde le planteará un problema.

Zaak, por su parte, no reacciona ante el apuro de Pelo Sedoso como sería de esperar en un adulto. Enfadado y sin dar ninguna muestra de comprensión, arruga la cara, indicando que el olor le afecta más a él que a una mujer acostumbrada a lidiar con las cacas de un crío. Cambara no puede evitar relacionar ese incidente con la escena del día anterior cuando, en un alarde de crueldad, le dijo: «Crece de una vez, mujer». Ahora le dan ganas de decirle lo mismo, que se comporte como lo haría una mujer adulta.

—Sal del coche y ve andando —le dice Zaak al muchacho.

El chico levanta la cabeza, con los ojos desencajados, como un chivo a punto de ser sacrificado. Nadie dice nada mientras Pelo Sedoso piensa cómo salir del vehículo sin que sus compañeros hagan más escarnio de él, sabiendo que los excrementos le habrán resbalado por los faldones del *sarong* y se habrá ensuciado también las partes pudendas.

Cambara habla y sorprende a todo el mundo.

—No hay nada contrario a la naturaleza en lo que ha hecho el chico y quiero que se quede en el coche.

—Nadie quiere que se quede —dice Zaak.

—Pues yo sí —replica ella. Zaak está incómodo, sin saber cómo reaccionar. Y Cambara añade—: O de lo contrario me bajo con él.

—¿Adónde vas a ir?

—¿Adónde va a ir él?

En el silencio que sigue, ella se percata de que ha dejado de sentir el hedor, como si la tensión y la ira requirieran todos sus sentidos.

Zaak se echa atrás.

—Volvamos a mi casa y planeemos mejor las cosas. Puesto que tendremos que limpiar el interior del vehículo, supongo que el conductor lo hará mejor que nosotros. Además, no tiene sentido seguir adelante.

Cambara no comparte sus pensamientos con Zaak, pero está segura de que él sabe que convertirá a Pelo Sedoso en una causa personal: lo vestirá, le prodigará los mimos y el cariño que tiene a espueñas. Imagina que en su interior anida tanto amor como leche hay en los pechos de una madre que ha perdido a la criatura que lleva en el vientre. Cree que ese pobre chiquillo probablemente lleva la única prenda de la que dispone y, si vuelven a casa de Zaak, no tendrá nada para cambiarse. Claro, ella

puede darle alguna de la ropa que ha sobrevivido a la muerte de Dalmar, que prefirió llevarse a Mogadiscio en lugar de mandarla a la sede del Ejército de Salvación de su barrio en Toronto. Seguro que la ropa de Dalmar le irá de perlas a Pelo Sedoso. Y no sólo eso: ella se encargará de cuidarlo, de desarmarlo, de escolarizarlo y pulirlo para que sea bondadoso y ame la paz.

Siete

Cambara baja del vehículo con el gesto decidido de quien sabe adónde se dirige y lo que va a hacer. Antes de adelantarse se detiene un momento, afloja el paso y enseguida se da cuenta de que Pelo Sedoso está a su lado, aguardando con expectación. Sonríe dulcemente y tiende una mano hacia ella, como si le propusiera que le dé la suya, incluso asiente con la cabeza para animarla a que lo haga, por si no se decide. Cambara se convence de que el jovencito ha llegado a una conclusión parecida a la suya: quiere acompañarla, caminar a su lado, estar junto a ella adondequiera que se dirija. Aunque sin necesidad de tantas palabras: una simple mirada le da la medida de la alegría del muchacho por la proximidad física con ella, como si diera a entender que tienen más en común de lo que ninguno de los dos había advertido hasta ese instante.

La mano del chico penetra delicadamente en el relieve suave de su pelo rebelde con estudiada afectación y Cambara desea poder ayudarlo, pasarle los dedos por el pelo y acicalarlo. Pasea la mirada alrededor y registra cuanto abarca, desde el conductor y los demás jóvenes hasta las armas y, más a la derecha, el lugar donde Zaak se aleja con paso rápido, enojado. A medio camino de un pensamiento que aún no ha madurado, Cambara no sabe qué ha podido ser del incisivo superior que al chico le falta; tiene otro diente de color marrón, probablemente cariado de raíz, una infección no tratada a tiempo. ¿O acaso la mella se debería a un traumatismo súbito? Cambara le preguntará qué le ha pasado y le pagará un dentista para que se lo arregle. Desde luego es posible que lo haya perdido no hace mucho en una pelea o jugando a lo bruto. Hay muchas cosas que quiere saber de él y pronto.

—Ven conmigo —le dice a Pelo Sedoso.

Hace un gesto con la cabeza para que la siga y él obedece de mil amores, aunque antes duda una fracción de segundo, preguntándose si llevarse el arma o, en caso contrario, qué hacer con ella. Por último, la coge con gesto decidido, la apoya contra la pared más cercana y, tras quitarle el cargador, descubre que contiene tres balas. Mira cortésmente a Cambara y asiente con gesto de disculpa antes de guardarlas en un bolsillo. Entonces le indica que está listo. Esos movimientos concienzudos no dejan a Cambara indiferente y le confirman aún más la buena impresión que ha dejado en ella el muchacho, que le parece un chaval responsable y cree que la complacerá permitiéndole que se ocupe de él. No imagina a Dalmar, su hijo, comportándose así en ningún caso. No hay duda de que la situación de Pelo Sedoso y la de Dalmar son distintas: uno se crio en Toronto, en un hogar lleno de afecto; el otro nació en un inmenso páramo donde reinaba la oscuridad de una guerra civil.

—Vamos —le dice, y echa a andar como si de pronto se hubiese liberado de

cualquier impedimento en su camino. Sube la escalera hasta su cuarto, a sabiendas de que Zaak se habrá retirado a alimentar su rencor. A Cambara no le viene de nuevas, sabe que es propio de Zaak recluírse en silencios taciturnos o dejar a cualquiera perplejo por algo que le ha molestado o desairarlo en un momento de susceptibilidad. Recuerda que solía ponerse como un perro aquejado de diarreas y se refugiaba en su malhumor. Por el contrario, a Cambara la gente la admira o la teme por hacer frente a los problemas inmediatamente. Tampoco le cuesta admitir sus errores, sean cuales sean. Sólo se queda tranquila después de haber resuelto una situación espinosa; después de una pelea se le levanta el ánimo y es dada a declarar treguas con sus contendientes. Los resquemores, las intrigas o emponzoñarse dando vueltas a las cosas no van con ella; Zaak, en cambio, se dedica a decir pestes de los demás. Cambara se propone demostrarle a Zaak y a los niños soldados que tiene más temple que todos ellos juntos. Decidida a precipitar el curso de los acontecimientos, se encamina a la casa con Pelo Sedoso tras ella, ante la mirada del conductor y los jóvenes.

Cuando están a solas los dos en el interior la vivienda, Cambara reúne el valor de tomarle la mano a Pelo Sedoso y suben juntos la escalera, ella con la determinación de quien se ha propuesto un objetivo, él con la tranquilidad creciente de un chaval que deposita su confianza en alguien después de pasar por una experiencia terrible. Al llegar a la puerta de sus habitaciones, se detiene.

—Espera un momento —musita, dándole la espalda al muchacho.

Con cautela, despacio, vuelve a meter una mano entre los pliegues del velo y tantea en busca de la llave donde se la guardó antes, dentro del sujetador. Apresándola y acariciándola entre el índice y el pulgar, la llave está templada por la cercanía de sus pechos.

Nuevamente está indecisa, no se decide entre llevar al chico abajo, al cuarto de baño de Zaak, donde debería ducharse, pero como no puede detenerse en contemplaciones pensando si a Zaak le importará, Cambara opta por tomar el camino más fácil.

—Espera aquí —le dice al muchacho.

Y, moviéndose más rápido que en mucho tiempo, entra en su cuarto a toda prisa, como si la persiguieran, y vuelve en un instante con una toalla en la mano derecha, mientras que con la izquierda cierra la puerta de nuevo tras de ella.

Le señala dónde está el cuarto de baño. El chico entra, pero se detiene con cierta reserva, como si de pronto tomara conciencia de estar traspasando un límite. Guarda distancia mientras ella abre el grifo, sosteniendo la toalla ahora con la mano izquierda. Llena un cubo y mete la mano. Aunque está fresca, cree que a Pelo Sedoso no le importará darse una ducha fría. Más bien cree que no le importará un comino o, por lo menos, no tanto como a ella, supone, porque tal vez ni sabe lo que es una ducha caliente.

Cara a cara con él, un poco más cerca uno del otro, el corazón se le rompe al

observar al chico y no puede evitar el deseo de tocarlo, pero lo piensa mejor y le parece que sería un exceso de atrevimiento, así que, como si borrara sus huellas, se aparta. Va hasta la estantería desvencijada que hay empotrada en una esquina, que apenas se usa, y deja la toalla encima. Le dice al chico que se duche.

—Encontrarás una muda de recambio que te dejaré aquí fuera, en la puerta. Quiero que te la pongas y luego bajas con nosotros, limpio y vestido —le dice antes de salir del cuarto de baño.

En su cuarto, revuelve el contenido de una maleta que lleva la etiqueta «Ropa de Dalmar: para la beneficencia» y elige dos pares de pantalones, varios calzoncillos, media docena de camisetas y, tras comprobar que funciona, un reproductor portátil de CD. Confía en que al menos algunas de las prendas le vayan bien a Pelo Sedoso. Deja la ropa apilada frente a la puerta del cuarto de baño antes de bajar, decidida a agitar la casa de Zaak hasta tal punto que, cuando acabe, las cosas hayan cambiado.

Cambara baja las escaleras a la carrera, como si quisiera presentar batalla cuanto antes y va hasta el cobertizo del patio trasero, convertido en el retiro de los mascadores de *qaat*. Allí el conductor y varios jóvenes mascan a dos carrillos y sorben té muy dulce y coca-cola. Apenas a unos metros de la puerta del cobertizo, Cambara no puede evitar oír su conversación: hablan tediosamente de la política salvaje de la guerra civil y discuten también cuál de los señores de la guerra controla los accesos más lucrativos de la ciudad y cuánto dinero recauda al cabo del día con los peajes e incautaciones que organiza. Especulando, pasan a otro tema relacionado y mencionan el nombre de un arribista que pertenece al mismo clan que ese mismo caudillo y antes había sido su mano derecha, y que probablemente lo derrocará con vistas a meter sus manos en el próspero negocio.

Tras haber oído suficiente acerca de señores de la guerra y de su palabrería presuntuosa y hueca, Cambara cree llegada la hora de entrar en el cobertizo sin anunciar su presencia ni sus motivos. Primero toma posiciones en el umbral, bloqueando el paso con los brazos en jarras y los pies en aspa, visiblemente contrariada ante las conjeturas políticas y la actitud desaliñada de esos hombres. Algunos parecen horrorizarse de su presencia, mientras que a otros se les queda expresión de curiosidad y aún otros niegan con la cabeza en señal de sorpresa, pero todos sin excepción miran hacia ella y luego se miran unos a otros. Como un solo hombre dejan lo que estaban haciendo, tal vez porque no saben cómo reaccionar a su irrupción.

Están consternados porque no aciertan a saber bajo qué autoridad actúa ella, ni si Zaak tiene algo que ver o hasta qué punto desempeña algún papel. Uno de ellos le susurra a su compañero que Cambara es la directora de un colegio de monjas que está imponiendo la disciplina a los niños que tiene a su cargo. El amigo, en respuesta, la compara con una madre que levanta de la cama a sus hijos adolescentes que faltan a la escuela porque se han ido a dormir a las tantas y los zarandea hasta despertarlos. Cuando un par de los hombres presentes siguen hablando en el tono normal y algunos

vuelven a mascar o a dar un sorbo al té, Cambara acomete una tarea más sorprendente aún: les confisca el *qaat*.

—¡Qué temeraria, es increíble! —dice ahora el que habla en susurros.

Su compañero comenta que la temeridad no basta para irrumpir allí como si fuese dueña del lugar: tendrá que demostrarnos que es la que manda. Otro se pregunta adónde irá a parar todo eso.

Como si quisiera darle la razón al que susurra, Cambara recoge delante de sus narices los montones de *qaat* que aún no han consumido, porque el estupor les impide reaccionar, y a continuación mete todo el haz de ramas en una papelera llena de nocivos gusanos. Al volverse y ver la sorpresa dibujada en sus rostros, no se acobarda.

—Vaya estampa, es peor de lo que jamás había imaginado. ¿Cómo podéis soportar el olor pútrido de esa papelera, sin que ninguno de vosotros se moleste en vaciarla durante tanto tiempo? —y, antes de que el conductor o alguno de los jóvenes se recupere del revés, les dice—: Es hora de levantarse.

Nadie habla. Son todo ojos, fijados en ella. Tras una breve pausa, sin embargo, el conductor recoge sus cosas y se une a ella, algunos más siguen su ejemplo. Cabría preguntarse por qué el conductor o los jóvenes deciden actuar y se muestran poco enérgicos y sumisos cuando es muy común en hombres de la calaña a la que pertenecen los vigilantes armados y el conductor recurrir a las armas a la mínima provocación. Cambara atribuye esa docilidad al hecho de que su comportamiento los ha pillado por sorpresa y a que muchos de los milicianos armados no saben cómo reaccionar a las instrucciones cuando las da una mujer.

Cambara ordena al conductor que supervise a los dos muchachos que antes han hostigado a Pelo Sedoso, tras pedirles que limpien el todoterreno por dentro y por fuera, lo aspiren y se aseguren de eliminar el mal olor. Cuando el conductor le contesta que no tiene aspiradora ni ninguno de los artículos de limpieza de los que habla, ella le sugiere que utilicen un desinfectante doméstico. Aun así, cuando todos salvo el conductor recogen su fusil, porque parece que se sienten desnudos si no lo llevan, se ponen de pie y se quedan rígidos, como si no supieran qué hacer con las manos, y dicen que no saben dónde encontrar desodorizantes, Cambara los mira sin un ápice de simpatía. Entonces agarra a uno de ellos de la mano y tira de él hasta la cocina, donde lo surte de una gama de productos de una estantería de artículos del hogar, en su mayoría de limpieza, que es de imaginar que Zaak compró y guardó a buen recaudo en uno de los armarios. Cambara vuelve con el joven cargado con esas cosas, jadeando. Los pone a trabajar, de vez en cuando soltándoles alguna imprecación entre dientes. Además de divertirse, los observa unos minutos con auténtico interés. Por el amor de Dios, qué torpes parecen sin sus armas, armas que con los años se han convertido en extensiones de su propio cuerpo; sin ellas no son nadie. A los movimientos de su cuerpo les falta coordinación, se le antojan tan desgarrados como los zurdos al utilizar la mano derecha para levantar algo del suelo.

También las armas transmiten una impresión de desamparo, pues a efectos prácticos no son ahora más que pedazos de metal engarzados a pedazos de madera, ni resultan más amenazantes que el juguete de un niño.

Cuando el conductor y los jóvenes han limpiado el vehículo por dentro y por fuera, Cambara los pone a trabajar en el salón: barrer, limpiar el polvo y fregar. Observándolos apartar los sofás y otros muebles, se pregunta si habrán levantado alguna vez un objeto más pesado que sus AK-47. Para que pasen un rato agradable mientras trabajan, conecta el reproductor de CD, del que sale con estridencia música somalí, en realidad una canción que ella misma compuso, de un disco autoeditado que grabó en un pequeño estudio en Toronto. La letra y la voz son suyas, mientras que la música la compuso un amigo jamaicano de Maimouna. Acaso reconocen su voz, porque todos dejan de trabajar y la miran embelesados con ojos cándidos y oscuros, hasta que ella siente el pudor de escuchar su voz y su composición por vez primera en un CD. En el contexto, cree que tal vez necesite trabajarlas más, ajustarse aquí y allá, reforzando sus puntos flacos, en resumen: volver a grabar todo antes de lanzarlo al mercado. Pensando que aun así no está del todo mal, deja que los muchachos escuchen la grabación varias veces.

En la canción, un niño dice: «¿Cuándo es hombre un hombre?». Y es la voz de Dalmar.

La voz de una mujer, Cambara, contesta: «Un hombre es hombre cuando puede trabajar como un hombre, con fuerza y dedicación, sabedor de que emplea su fuerza para servir al bien de la comunidad».

De un modo inquietante, el corazón se le desacompa a creer que ha visto la imagen nítida de un niño vestido con prendas que le son conocidas, un niño que le recuerda a su hijo y que ahora está en el umbral del salón, vestido con unos pantalones y una camiseta que fueron suyos. Por un instante Cambara siente que se desliga de cuanto la rodea y entonces recuerda que ha sido ella misma la que le ha regalado la ropa a Pelo Sedoso, una ropa que le queda perfecta. De pronto cae en la cuenta de que la canción ya no le gusta y apaga el CD y luego se acerca a Pelo Sedoso, sonriendo con alegría.

—Bien hecho —le dice.

Y en ese momento las cosas se tuercen.

Llámesele como se quiera, celos, porque uno de ellos, el más joven, a quien podían hostigar con impunidad hasta ese mismo día, ha tenido más suerte que ellos por cautivar a la Mujer; llámesele una típica vuelta al punto de partida, porque no puede esperarse que esos jóvenes actúen normalmente, como otros podrían. Sea como fuera, a uno de los jóvenes, al que apodan Orejas Largas, que antes se ha burlado de Pelo Sedoso, se le suelta la lengua. Habla para que todo el mundo pueda oírlo, ahora que la música está apagada y que miran con envidia cómo Cambara abraza y da la bienvenida a Pelo Sedoso.

—No somos criados —anuncia Orejas Largas—. Somos de Seguridad —

pronuncia mal la palabra, en lugar de la *g* pone una *c*. Continúa—: No cargamos sofás, no limpiamos suelos, nosotros somos de *Seguridad*. No sólo eso, somos hombres, y limpiar es trabajo para una mujer, nosotros no lo hacemos.

En el silencio incómodo que sigue, Cambara y Pelo Sedoso se mantienen aparte, observando, esperando con cautela. Ella mira a su alrededor, sin saber cómo actuar ni si decir algo para poder ver las cosas en su justa dimensión. Cree que están a tiempo de que alguien intervenga y devuelva la calma. También tiene la impresión de que si los demás muchachos deciden hablar en defensa de Orejas Largas, sin duda los amotinados ganarán la partida. Reza para que alguien de más edad y con más autoridad, que sólo puede ser el conductor, se arriesgue a respaldar sus planes y los refrende con sus propias palabras de apoyo. Lo mira esperanzada, pero el conductor no sólo permanece callado sino también evasivo con su lenguaje corporal. Se dispone a echar a andar y apartarse de todo cuando el conductor carraspea para atraer la atención e intervenir.

Dirige sus palabras a Orejas Largas, con voz firme, serena, despojada de temor.

—Soy mayor que vosotros —dice— y recuerdo los años en que todo el mundo tenía trabajo. Yo era conductor, otro hacía tareas de limpieza, otro trabajaba en una oficina, otro era jefe de departamento. Estuviera o no cualificado para el cargo, había un presidente en este país y teníamos un gobierno. Por encima de todo, vivíamos en paz. Vosotros no recordáis nada de eso, yo sí. Vosotros no sois de Seguridad y lo sabéis igual que lo sé yo. Pertenece a una nación de perdedores, de clanes enfrentados, de jóvenes sin escolarizar, de mujeres constantemente asediadas. Somos gente que vive tiempos anómalos.

En el silencio que cae como un manto tras sus palabras, Cambara, con el corazón reconfortado, ve de repente el sol fuerte que inunda la estancia. Pelo Sedoso y casi todos los demás jóvenes se han quedado inmóviles, escuchando las palabras del conductor con más atención de la que ellos mismos hayan podido imaginar. Orejas Largas parece solo, tan inerte como la lengua de un mudo.

—Si pensáis como yo, os daréis cuenta de que esta señora es una enviada del cielo —continúa el conductor—. Ha estado con nosotros un par de horas y mirad lo que ha conseguido. En menos de un día. Mirad a Agoon —dice, y todos se vuelven hacia Pelo Sedoso; varios muchachos asienten a las palabras del conductor—. Si esta señora es capaz de obrar un cambio tan positivo en el poco tiempo que lleva con nosotros, imaginad qué podrá hacer si se queda con nosotros. Hermanos míos, volvamos todos al trabajo, porque aún estamos a tiempo de salvarnos. Todavía hay esperanzas de que volvamos a conquistar la paz.

Un chico al que todos conocen por ser aliado de Orejas Largas tiene algo que decir. El conductor lo anima a que lo saque de su pecho.

—Pero este siempre ha sido trabajo de mujeres, no de hombres.

El conductor tiene una respuesta.

—Porque las mujeres están haciendo el trabajo de los hombres, por eso. Están

criando a los menores de la familia, ocupándose de la casa y manteniéndola unida, protegida del hambre y de la muerte. Y puesto que las mujeres hacen nuestro trabajo, es lógico que nosotros hagamos el suyo, ¿no te parece?

Cambara oye varios aplausos y ve las cabezas de varios jóvenes dirigidas hacia ella y luego al conductor. Orejas Largas sale de la casa como un vendaval, furioso. Cambara se pregunta si irá a unir fuerzas con Zaak. ¿Y qué andaré tramando Zaak, si puede saberse?

Para dar ejemplo, el conductor es el primero que vuelve a arrodillarse y se pone a restregar el suelo y a ayudar a otro joven. Ella empieza a rascar con Pelo Sedoso la suciedad acumulada de un rincón donde alguien ha vertido un líquido azucarado. Menos mal, piensa para sí, que de paso han desmantelado un hormiguero que debía de haberse instalado allí hacía meses. Todos comienzan a compartir bromas y se provocan unos a otros con cordialidad. Cambara aprovecha la oportunidad para recordarles que, aunque tienen la mitad de años que ella, no pueden mover los muebles de un lado a otro sin ruido ni quejas. Anima a los otros dos muchachos bravucones que se metieron con Pelo Sedoso a ayudarla a transportar el par de sofás de dos plazas. Se da cuenta de que ninguno es capaz de levantar el extremo del asiento que les corresponde sin castigarse la espalda, así que les dice que lo dejen y le pide a Pelo Sedoso que la ayude, después de explicarle la postura que hay que adoptar.

Todos los ojos la siguen, como si fuese una abeja poco después de que las flores de la estación den el polen para las esperadas semillas. Gracias al conductor, Cambara los ha agujoneado a todos: no los fascina ella tanto como la idea que se forman de ella o la idea de lo que creen que puede hacer por ellos. Espera que el conductor haya contribuido a que acometan con tranquilidad lo que hacen y la tarea les resulte gratificante. Con todo el vello erizado, su cuerpo es un radar que capta la admiración de los ojos de los chavales cuando se desvían del trabajo que los ocupa y se fijan en ella. Ha sido un gran alivio que el conductor haya hablado, salvándola de ceder a la presión de tomar decisiones difíciles. Ahora cuenta con dos aliados, Pelo Sedoso y el conductor. El primero porque ella se ha jugado el cuello por él y luego le ha regalado ropa; el otro porque ha salido de un limbo para ella y ha sentado un precedente.

Cree que los jóvenes la conocen ya mucho mejor que a Zaak, con quien mascan y a quien consideran un jefe porque nunca se mancha las manos, nunca se preocupa de la limpieza de la casa o de cocinar. Piensa que, puesto que su implicación con los hombres individualmente ha resultado un fracaso, desea construir un puente de alguna clase para relacionarse con muchos hombres a la vez y espera que se le dé bien, ser tan buena como una artista. No hay mayor placer que ver al público disfrutando de ser partícipe de los sentimientos más íntimos y sinceros de una actriz en su mejor momento, cuando los espectadores confunden quién es ella en la vida real y qué la irrita, qué la conmueve, qué es lo que ama y odia con el personaje al que

tan sólo interpreta.

Cambara cree que Pelo Sedoso parece más maduro que antes de salir del cuarto de baño. Despojado de sus andrajos, sin oler mal ni ir cubierto de suciedad, se ha convertido en la envidia de todos los jóvenes que hay en la casa. Cambara cree ver que las miradas de los chicos la ensalzan, especialmente después de que el conductor haya sumado su palabra para apoyar su actuación. Espera que ahora sientan deseos de que sea su amiga y no la tomen por una nueva matona del vecindario. El arrojito de esa toma de conciencia le concede un paso saltarín y orgulloso y una sonrisa le desfigura apenas la comisura de los labios.

—¿Dónde está Zaak? —pregunta alguien.

A Cambara le trae sin cuidado dónde está y no quiere hablar de él, así que opta por rodear a Pelo Sedoso con los brazos y se acercan juntos al lugar donde el conductor da los últimos retoques a la zona que acaba de limpiar.

—¿Y qué hay de la comida? —pregunta Cambara.

—Pollo —anuncia Pelo Sedoso. Ella se da cuenta de que adopta poses de entendido y le hace gracia.

—Buena idea —comenta el conductor.

Cambara se ilumina. Se hurga los bolsillos de los pantalones y saca cinco dólares en billetes sueltos, se los entrega al conductor y le pide que se lleve a dos o tres chicos, entre ellos a Pelo Sedoso, al mercado al aire libre y compren pollo y verduras para que todos puedan comer. Los ojos de Pelo Sedoso anclan su nueva mirada en la bahía de la confianza en sí mismo que ha renacido en él.

El conductor capta el indicio de preocupación que atraviesa el ceño de Cambara cuando se percata de que la cocina no está en condiciones, así que se lleva aparte a tres de los muchachos, que al parecer mantienen con él vínculos más estrechos, y hablan en voz baja. Los chavales se ofrecen a terminar la faena, fregar el suelo, limpiar los armarios y las superficies útiles, mientras Cambara sube a darse una ducha.

Luego, el conductor dice:

—Vamos a por comida.

Después de otra ducha fría, que tolera mejor, Cambara baja con la idea de dejar la cocina lista para el inminente regreso de los chicos de hacer sus recados en el mercado. En su empeño, abre los armarios inferiores y superiores, la despensa, la alacena y todos los cajones corredizos y, para su consternación, ve que las estanterías no están tan limpias como sería de su agrado. Además, ve que aunque los muchachos han fregado los utensilios de cocina, no los han aclarado con agua caliente ni como es debido. Bien es cierto que ni los cubiertos ni la vajilla son de buena calidad. La madera de los armarios está agrietada, dañada o combada; el jabón, demasiado reseco para ser de utilidad o mohoso. Cuando más advierte el mal estado de la cocina y las pésimas condiciones que imperan, a pesar de que los jóvenes intenten limpiarla, más claro ve su papel de colonizadora que acude a rescatar a estos hombres del

primitivismo en que viven, pero decide mantener su promesa a los chicos y cocinar para ellos en reconocimiento a su colaboración, segura de que dejará huella en su pensamiento. Quiere que el escenario de su encuentro acabe en mejores condiciones de las que lo ha hallado. Puede que su tríada de la sociedad (trabajo, honestidad y paz) cale en los corazones y las mentes de los chavales. Sabe que, desde el punto de vista de personas como Zaak, se está comportando con ingenuidad. Que así sea.

Igual que un roedor que descubre un pedacito de comida en un lugar de difícil acceso, registra todos los rincones recónditos de los armarios, los cajones y los aparadores para comprobar qué hay en ellos. Por encima de todo, advierte una carencia fundamental: de aceite de cocina, de cuchillos afilados y afiladores, de tablas para cortar los alimentos, de mantequilla que no esté rancia, de coladores y trapos, de detergentes, desinfectantes y estropajos que puedan usarse; de fregonas que conserven flecos suficientes enganchados al palo. Tampoco hay instrumentos para lavar, como pueden ser paños limpios y papel de cocina, ni cucharas de madera y otros utensilios con que preparar una comida decente para una docena de personas. Las cazuelas y sartenes son de un tamaño desmesurado o minúsculos, demasiado pequeños para sus propósitos. Los pocos cubiertos que quedan delatan la diversidad de inquilinos que han pasado por allí durante años, como en las casas donde se reúnen los cacharros de matrimonios dispares, en los que los platos no van a juego, ni tampoco los tenedores ni las cucharas.

Así pues, intenta apañarse con lo que hay. Mezcla polvos detergentes con agua hasta hacer espuma y al final decide utilizar toallas de mano a modo de paño de cocina y bayeta. Le cuesta un buen rato lavar y secar el escurridero, donde piensa secar las ollas y los platos.

Apenas termina, cree oír el sonido chirriante de una puerta de bisagras herrumbrosas que alguien empuja y abre por la fuerza y espera ver aparecer a Zaak de un momento a otro, pero de pronto se da cuenta de que se trata del cloqueo de una gallina. Asoma la cabeza para echar un vistazo a la escena y ve a Pelo Sedoso cargado con tres pollos vivos agarrados por las patas, atadas con un cordel, y los pescuezos estirados de los animales debatiéndose para soltarse, aleteando. Detrás lo siguen los otros dos jóvenes, con los nervios en tensión. Cargan cestas sobre la cabeza, con paso titubeante, lento y cansado.

Ella piensa que será un desastre, en su vida ha matado a un pollo. Ni antes de marcharse del país, cuando había sirvientes que se encargaban de esas tareas, ni en Toronto, donde los compraba listos para meterlos en el horno. Se pregunta qué va a hacer si los hombres son tan ineptos como ella en el arte de matar pollos. Al fin y al cabo matar para comer requiere cierto aprendizaje o, por lo menos, agallas. Escaldarlos y desplumarlos antes de echarlos a la cazuela no será ningún problema, si alguien se los da muertos. Las ideas se le agolpan al pensar en estos y los demás inconvenientes, cuando Pelo Sedoso se reúne con ella en la cocina. Deja los pollos en el suelo, en un rincón, y pide a los otros que depositen al lado el contenido de los

cestos. Tan pronto los otros chavales desaparecen, probablemente para volver a mascar *qaat*, Pelo Sedoso corona su sentido del deber cumplido consultando un trozo de papel, recorriendo con la lengua el precio de las patatas, los tomates, el ajo, las zanahorias, los pollos vivos, el lavavajillas líquido, estropajo metálico y demás, primero expresándolo en chelines somalíes, luego en su equivalente en dólares. Por último, le da el cambio en un fajo de moneda local.

—Bien hecho —dice Cambara—, estoy impresionada.

Enternecida, le alborota el pelo sedoso y por poco se toma la libertad de abrazarlo y besarlo. Una gran alegría ilumina los ojos del muchacho y, al fijarlos en los suyos, las pupilas de Cambara se encienden con recuerdos de su hijo. Aparta la cabeza, como obedeciendo a una orden secreta que le exige no llorar, sino disfrutar de la dicha.

Entonces sucede algo para lo que nadie está preparado. Una de las aves se libera una pata y, cuando Pelo Sedoso se abalanza a atraparla, se debate hasta soltar la otra pata y salta lejos de él, cloqueando, chillando y lamentándose como hacen los pollos que saben que su hora ha llegado. Cambara observa, decidida a no intervenir ni ayudar al chico, porque quiere saber de qué material está hecho, hasta dónde llegan su paciencia y sus recursos, si se cansará fácilmente y se rendirá, levantando las manos en alto.

Pelo Sedoso hace un movimiento sabio. Se coloca en el umbral de la puerta bloqueando la salida, se inclina, casi en cuclillas, chasqueando la lengua ante los intentos de fuga del ave, reprendiéndola por ponerle en evidencia, ora chasqueando los dedos para acercarse, ora con los brazos estirados hacia delante, listo para atraparla con las manos o, como último remedio, abalanzarse sobre ella con todo el cuerpo. El chico guarda silencio; todo está en calma, todo se hace con solemnidad. Cambara observa a Pelo Sedoso acechando al animal y el chasquido que hace el muchacho le recuerda al de los aguadores que transportan sus bidones de plástico a lomos de un burro, en parte para alentar a las bestias de carga a que caminen más rápido. En el instante en que el chico se vuelve en busca de la aprobación de Cambara, la gallina se le escabulle de las manos y sale de la cocina pasándole entre las piernas.

Así que empieza a perseguir al ave por el salón, de vuelta a la cocina, mientras el animal medio revolotea, medio corretea, con el cuerpo ladeado por las alas a medio desplegar. De pronto la gallina se detiene a mirar atrás, con los ojos alerta, y el chaval la acorrala en un rincón para apresarla. El ave alza su cuerpo escuálido justo a tiempo de pasarle por encima de la cabeza y sigue cloqueando con picardía, una vez se asegura de que vuelve a estar a salvo.

El ave suelta y el alboroto de la cocina, unido al barullo de los jóvenes que se unen a Pelo Sedoso en la persecución, atraen al conductor, que está en el cobertizo, y sacan a Zaak de su enfurruñamiento... ¿o acaso estaba echando una cabezada? Cambara no está segura cuando lo ve.

—¿Te has vuelto loca? —le pregunta Zaak.

Ella pasa de largo junto a él y no se molesta en contestarle. Se dice que ver a los muchachos acosando al pollo que se van a comer es para ella más un alivio que la idea de imaginarlos corriendo tras víctimas humanas para dispararles o matarlas. Excitado por la persecución, Pelo Sedoso grita cada vez más fuerte, sin cejar en su empeño. Cuando la algarabía llega al patio trasero, Orejas Largas sale del cobertizo, mascando a dos carrillos y con el fusil a punto. Cambara conserva la calma necesaria para percatarse de lo que se propone el muchacho.

—¡No dispaes! —le grita.

Las palabras apenas han atravesado la distancia que la separa de Pelo Sedoso y la gallina que persigue con fervor y que está a punto de atrapar, ya agazapado para echarle el guante, cuando Cambara oye el disparo, dos tiros seguidos, el segundo de los cuales alcanza su objetivo, hiriéndolo, a la vez que una nubecilla de plumas cae en zigzag al suelo. Un grito amargo sale de las entrañas de Pelo Sedoso. Cambara se hace una vaga idea de lo que es la impotencia ante la fuerza bruta. Se queda inmóvil, con la sensación de quien abre los ojos y se asoma a la oscuridad envolvente para ver una traición indescriptible en los actos de los que le rodean. Va donde Pelo Sedoso sigue arrodillado, llorando de rabia, como lamentando la muerte de una mascota querida. Le dice que deje la gallina donde ha caído y pasan junto a Zaak y los jóvenes, que contemplan la escena, hasta la cocina, a preparar los otros pollos.

A solas con Pelo Sedoso, Cambara le sugiere que balanceen las aves restantes como si fuesen lanzadores de disco, dándoles varias vueltas completas. Cuando consiguen que la primera se quede desorientada y el chico se dispone a colocarla en el escurridero de la cocina, Orejas Largas acude a ofrecerse para matar las dos gallinas y lo hace con la eficacia de un ayudante de cocina experimentado en esa tarea. Un golpe seco y el ave está muerta, de manera que Cambara está preparada para escaldarla con agua hirviendo y desplumarla. Utiliza su navaja suiza para aplacar el escándalo del segundo pollo, que se debate con desesperación. El resto es coser y cantar.

La comida está lista y Zaak se digna comer con ellos. Cambara le pide que en cuanto acaben de comer le pregunte al conductor si puede llevarlos en el todoterreno, para que Zaak pueda mostrarle la finca usurpada a su familia. Con gran alivio constata que Zaak accede a su petición.

Ocho

Sintiéndose una persona distinta con una identidad totalmente renovada, por así decir, Cambara sale de la vivienda de Zaak a la mañana siguiente vestida con un velo de los pies a la cabeza, una envoltura que la oculta de cuerpo entero. Remata su indumentaria una tela de muselina, que sujeta entre los dientes como el bocado de un caballo, a fin de que se mantenga firme y le cubra el rostro. Lleva el velo integral por primera y única vez en su vida, con la esperanza de evitar así que puedan reconocerla. Camina con la cautela y la deliberación de un astronauta que da sus primeros pasos en el espacio exterior. Avanza con movimiento pesado, pues el acto mismo de andar exige arrastrar dolorosamente los pies, y camina con la lentitud de un camello con las patas atadas. De lejos parece un *aqal*, una de las cabañas de los nómadas somalíes, sobre ruedas.

Cambara va de camino a la finca usurpada a su familia, consultando discretamente de vez en cuando el mapa que ha dibujado de memoria; la tarde anterior Zaak, acompañado del conductor, la llevó a una manzana de distancia de la casa. El velo integral le dificulta enormemente el mero hecho de moverse o mirar a su alrededor. Siente los pies atrapados, el pecho comprimido y la torpeza de sus gestos. Tiene calor, se está asfixiando de cuello para abajo, igual que un viajero cargado de un equipaje excesivo con el que no sabe qué hacer. Se irrita por no volver a casa de Zaak a ponerse una ropa más cómoda y un *nicab*, un velo que sólo tape el rostro.

Camina con la pesadez y la lentitud de una caravana con los amortiguadores echados a perder, que se bambolea hacia uno y otro lado en completa desarmonía; incómoda hasta lo indecible, sudando copiosamente en el interior del molesto velo, se remanga los pantalones de algodón que lleva debajo con la esperanza de que pase un poco de aire. A pesar de todo sigue adelante, convencida de que descollará sobre posibles agresores que aparezcan en forma de jóvenes armados, si la atacan desde una distancia corta, gracias a que lleva su arma predilecta, el cuchillo, guardada en el bolsillo. Cambara siempre ha fantaseado con la idea de pertenecer a una hermandad de guerreras encapuchadas y cree que un cuchillo es práctico en caso de que un asaltante ataque por sorpresa creyendo que su víctima no va armada.

Camina erguida y con porte recio, imponente y majestuosa, arrastrando el paso sin temor. Frunce las cejas en un gesto de concentración, poniendo en orden en su cabeza los pensamientos que acuden a ella en oleadas. Piensa en la cantidad de códigos que ha roto, tanto antes de su llegada a Somalia como a partir de entonces. A pesar de que oficialmente está casada con Wardi, está viviendo a solas en una casa con Zaak, que no es su marido. Ya lo ha hecho antes, en un contexto distinto pero engañoso. Claro que esto no es Arabia Saudí, donde se puede acceder a una casa por

dos entradas distintas: una portezuela pequeña lateral, poco menos que secreta, para las mujeres, y otra, más grande y visible, para los hombres. Se asombra al recordar cuántas veces una somalí que residía en esas regiones dio un paso en falso y a varias de ellas que recibieron cincuenta latigazos por acudir a la puerta equivocada y escandalizar a quienes allí vivían, con las mujeres atisbando por la mirilla, riéndose por lo bajo y luego informando a alguna vieja bruja que custodia a la prole femenina. Atolondradamente, sin perder un instante, la arpía podía llamar al dueño de la casa, que a su vez telefonaría a la policía para que se ocupasen de aquella amenaza.

Sólo ahora se pregunta si necesita ir a la propiedad disfrazada con semejante atuendo, teniendo en cuenta que Gudcur, el caudillo, no tiene ni idea de quién es ni conoce su verdadera identidad. Sin duda tanto él como su familia podrían sospechar los motivos de su visita y por eso, pese a su camuflaje, Cambara debe preparar excusas verosímiles que le granjeen el acceso, desde ahora hasta que esté preparada para arriesgarse a pedir que la dejen pasar. Para entonces habrá cruzado y vuelto a cruzar numerosos límites y habrá llegado al momento de acometer la acción que le depare el éxito o el fracaso. Espera sobrevivir al peligroso rumbo que la guía ahora, sin temor. La han advertido de los riesgos que aguardan a cualquier hombre o mujer que esté de visita o viva en Mogadiscio, una ciudad donde proliferan los fantasmas de sus muertos inocentes.

Con los ojos enrojecidos como las cuentas del collar de las preocupaciones, aparta de sí por un instante sus pensamientos y centra su atención en las casas que flanquean la calle que transita. Nada hermoso retiene su interés: las calles muestran el aspecto destruido de un túnel que las bombas han derrumbado y las casas parecen moldes vacíos y aplastados que yacen abandonados al borde de una carretera. Cambara sigue caminando sintiéndose ajena a cuanto la rodea, no sólo por el velo que la aísla sino también porque va atenta de no topar con jóvenes que tengan más arrojo que los eunucos y traten de hostigarla al suponer que va sola y sin protección.

Gris como las dudas sobre sí misma, su sangre fría se niega a reconocer el miedo y recurre a su fuerza interior en busca de buenos consejos. A pesar de su ambivalencia respecto a los velos, piensa cuánto le gustaría que alguien fotografiase su cuerpo oculto bajo la envoltura. Imagina el prodigioso aspecto que sin duda luce, un torbellino de maravillas envuelto en el halo de misterio de un velo holgado, tan firme en la intensidad de sus respuestas corporales a los peligros que puedan surgir, como serena en la seguridad de que puede defenderse. Se detiene para observar a dos mujeres que pasan por su lado con velos menos elaborados. A lo lejos, avanzando a su encuentro por la misma calle, hay aún una tercera, única en su especie, que le hace pensar en un derviche levantando una estela sagrada de polvo al ejecutar la danza de culto sufí.

Reemprende la marcha consciente, en la medida que los intuye, de los peligros indetectables que acechan a cada esquina, en esa misma calle, por la avenida y en los callejones. ¿Por qué? Evidentemente, por miedo. Aun así, pone todo su empeño en no

mostrar ese miedo, acortando sus pasos como los de un mosquito con la barriga llena que trepa para salir de una grieta profunda en la penumbra del alba, controlándose para no dejarse abrumar por las dudas. Tampoco quiere que sus preocupaciones alcancen la cúspide desde la que empezar a hacerse reproches. Además de sus temores, se encoleriza al pensar en la traición de Wardi, que condujo a la muerte de Dalmar.

El peso del cuchillo en el bolsillo del caftán holgado que lleva bajo la envoltura que le cubre el cuerpo le recuerda dónde está y para qué. Recuerda también haber comprado el velo en una tienda de segunda mano en Dearborn, Michigan, donde hay arraigada una nutrida comunidad yemení que llegó a esa región de Estados Unidos en los años treinta. La tienda está especializada en toda clase de prendas raras que puedan imaginarse procedentes de un país islámico. Cambara cruzó en coche la frontera hasta Detroit y, de ahí, a Dearborn. No hay mejor camuflaje que ocultarse bajo una envoltura a la medida del propio cuerpo, no sólo por sus virtudes teatrales, sino porque permite que una mujer camine contoneándose sin que nadie se escandalice. Probablemente la gente piense que la irregularidad del suelo afecta sus andares. Cambara observa el mundo con la ventaja de saber que, por ahora, hasta cierto punto, la suerte le ha sonreído. Zaak fue a buscarla al aeropuerto y la llevó en coche a casa. Que se haya portado mal con ella ha sido también positivo, ya que la ha empujado a actuar con rapidez sin contar con él. Y luego está el niño soldado, Pelo Sedoso.

La ansiedad se apodera de ella cuando se encuentra cara a cara con la mujer del velo que ha visto antes de lejos. Cambara teme que se dé cuenta de que oculta su identidad; sabe que no pertenece al mismo orden de las mujeres que se cruzan en su camino, mujeres tapadas con ropas usadas, muy distintas de las suyas, que, según le explicó el vendedor de Dearborn, son prendas de primera calidad hechas en Afganistán a medida para la esposa de un distinguido dignatario, un traje para ocasiones especiales. ¿Será evidente no sólo que viene de otro lugar sino que no es una mujer del barrio que va a hacer un recado a la tienda de la esquina, a comprar una libra de azúcar y un refresco?

Aquí, en el cruce, el tráfico va en aumento y de vez en cuando pasa un coche destartado traqueteando y despidiendo una humareda blanca. En dos ocasiones siente la mirada penetrante de la mujer y, con la impresión de que es capaz de atravesar su impostura, se estremece aterrorizada. No quiere pensar en lo que le ocurriría si alguien descubriese su deslealtad y está tan consternada ante la idea de que la desenmascaren que, cuando tres mujeres se detienen a mirarla fijamente y una de ellas comenta que, por su porte, seguramente se trate de «una extranjera» que no tiene costumbre de usar velo, las rodillas le fallan y camina tambaleándose. Aun así, el velo concede una ventaja innegable: ningún hombre dirige su lujuria predadora a una mujer que lo lleva.

Cambara deduce que está a unos quinientos metros de su destino, que se hace más

largo por su andar rastrero, camaleónico. El problema es que Zaak no le mostró la ubicación de la casa de la familia respecto a su vivienda. Ciñéndose a su voto de no mezclarse en esa locura, la distrajo a tal punto de impedir que se concentrara en trazar el recorrido más viable y corto para llegar allí. Insistía una y otra vez en que habría que comprar la buena voluntad de Gudcur con una cifra espléndida, por adelantado y en metálico. Cambara no quiere ni contemplar la posibilidad de tener que comprar su propia casa de nuevo.

—No pienso pagar un solo céntimo a esos asesinos —dice—. Mis padres trabajaron duro para adquirir sus propiedades.

Durante años, su padre trabajó de periodista, hasta que la mala situación se puso aún peor y se le hizo difícil seguir ejerciendo su profesión dignamente. Entonces fundó una imprenta, que Arda se encargó de administrar. La imprenta, que se especializó en tarjetas de visita e invitaciones de boda, llegó a contar con diez empleados, aparte del personal de limpieza, recaderos y varios parásitos que eran parientes pobres lejanos. Su padre trabajaba con diligencia, salía de casa muy temprano para abrir el negocio y volvía tarde, molido de cansancio. Sin embargo, a pesar de que se le daba bien ganar dinero, tenía un enorme defecto: era un derrochador redomado y no sabía ahorrar ni invertir con sabiduría. Así que le correspondía a Arda poner remedio a ese mal. Astuta como era, tenía la habilidad de hacer con la gente y con el dinero su voluntad: prosperar a pasos de gigante, como sucede con los planes y los animales en las condiciones adecuadas. Gestionaba el dinero del mismo modo que dirigía el corazón de las personas, que lo daban todo por ella y más aún. Poco después, varias embajadas firmaron contratos lucrativos para imprimir allí las tarjetas de invitación a los actos e instituciones como la Oficina de Enlace de Canadá le pidieron incluso que fuese su agente en la región y entregase en mano las cartas en nombre del organismo.

La familia de Cambara tenía dos viviendas de propiedad y, gracias al instinto previsor y la buena mano de Arda para rentabilizar los proyectos, invirtió los beneficios en el extranjero, en Canadá, cuando entre los habitantes de Mogadiscio aquello aún no era una costumbre extendida. Sus padres, Zaak y ella vivían en la casa más modesta de las dos, una vivienda de una planta con seis habitaciones, dos cuartos de baño y una pequeña construcción exterior con sanitarios propios, donde la familia alojaba a los huéspedes que pasaban temporadas largas. La propiedad que se ha propuesto recuperar es, sin embargo, la más grande, que su padre compró siguiendo el consejo de su madre y describió, usando la jerga inmobiliaria, como una inversión que merecía la pena. Por ser una finca de categoría, contaba con el lujo de un acceso directo a la playa privada, sin mencionar además el inmenso jardín, pensado para dar cabida a ceremonias con muchos invitados. Cambara recuerda que, durante su juventud en Mogadiscio, cuando los somalíes estaban en paz con las ideas que tenían sobre sí mismos y orgullosos de la idiosincrasia de su nación, sus padres obtenían unos sustanciosos ingresos mensuales alquilando su lujosa finca a los canadienses,

que la utilizaban para alojar a los funcionarios de la embajada, con sede en Kenia, durante sus breves visitas a Somalia.

La imprenta de su padre cubría prácticamente todos los gastos de la familia, incluido el colegio privado de Cambara y el internado de Zaak. Con el dinero del alquiler de la propiedad se pagaban los viajes al extranjero ocasionales y, gracias al eterno mérito y la habilidad para la gestión de su madre, la familia conservó los ahorros, que sirvieron para costear los estudios universitarios de Cambara en Canadá hasta que consiguió una beca y, más tarde, la ayudaron a comprarse un apartamento en Toronto en el que vivir. Lamentablemente, Cambara no pudo volver a su país a tiempo antes del hundimiento, pero sus padres consiguieron salir del país, primero en avión hasta Nairobi, para a continuación reunirse con ella en Toronto y pasar un tiempo alojados en su casa. Medio año más tarde se trasladaron a Ottawa y adquirieron una vivienda para ellos, un apartamento grande en un complejo residencial de las afueras, al este de Ottawa, cerca de los amigos diplomáticos canadienses de Arda, con los que había tratado a menudo cuando visitaban Somalia y a los que solía invitar a cenar cuando estaban en Mogadiscio por algún asunto de trabajo.

No hubo mayor placer para la pareja después de su traslado que asistir al debut de su hija sobre un escenario. Aparecieron críticas elogiosas en casi todos los periódicos importantes, uno de los cuales la ensalzó como la más brillante joven promesa que se había revelado en Canadá en años. Esas reseñas, sumadas al hecho de que sus padres disfrutaron del espectáculo, agitaron la sangre de Cambara a tal punto que creyó que era una oportunidad magnífica para dedicarse en exclusiva a la interpretación. Con la idea de complementar sus ingresos, estudió maquillaje artístico y apostó por ello como un negocio hasta que le llegara el espaldarazo definitivo.

De pronto afloja el paso hasta casi detenerse al ver la casa familiar al fondo. El corazón se le acelera, el cerebro bulle funcionando a toda máquina y, aún no ha decidido qué hacer a continuación cuando, acercándose a la cancela de la propiedad, la encuentra entreabierta y advierte que una piedra sirve de tope e impide que se cierre. Ve indicios de vida en esa puerta medio abierta, pero no puede determinar quién la ha dejado así ni por qué. Era bastante común que la gente dejase la puerta abierta día y noche cuando ella vivía en Mogadiscio y la paz no se cuestionaba. Más tarde, cuando los sobornos y otras formas de corrupción crearon millonarios de la noche a la mañana, la ciudad se inundó de desempleados, de pobres y de gentes que emigraron de la hambruna del interior y se levantaron vallas a un ritmo superior del que llevaba anotar los índices de defunción y natalidad. Y, un tiempo después, los residentes perfeccionaron esas vallas coronándolas de cristales rotos, cuchillas de afeitar y alambrado eléctrico para disuadir a los ladrones. Imagínese una cancela abierta, ¿qué puede significar?

Mientras espera, la ansiedad se apodera de Cambara y el pecho empieza a agitarse con convulsiones similares a las de un ataque de asma súbito que llega sin previo

aviso, y empieza a sudar copiosamente. Entonces la actriz que lleva dentro toma las riendas de la situación y consigue calmarse, se enjuga el sudor de la frente y decide interpretar su papel, improvisando, inventando. Después de todo, ella sabe lo que quiere, pero la mujer menuda y en avanzado estado de gestación que hay en la cancela no. Mala suerte sería que Gudcur esté en casa durmiendo, recuperándose de una orgía de *qaat* hasta altas horas de la noche. Espera que lo que va a hacer entrañe más recompensas que riesgos.

Cambara echa un último y largo vistazo a la cancela entornada; más allá de temores y sospechas, el mero hecho de contemplarla le dispara la imaginación. Asiente con la cabeza, como reafirmando en que toma la decisión correcta, y reúne el valor suficiente para dirigirse rápidamente hacia la mujer de la cancela antes de cuestionar su propia cordura.

Cambara se apoya en una tapia al resguardo de posibles miradas, sintiendo el corazón latiéndole con fuerza en el pecho y la sangre circulando angustiosamente más rápido de lo conveniente. Toda la zona, tras tomarse un instante para inspeccionarla, le parece más deteriorada de lo que había esperado: una ruinoso muralla construida para defender una ciudad próxima a caer. Atenazada por los nudos que le oprimen las entrañas, se detiene a observar a su alrededor, en busca de algo o alguien que despierte su interés.

Se halla enfrascada en sus pensamientos, no sin cierto desánimo, cuando por un curioso azar la mujer encinta sale por la cancela con andar pesado, cargando un cubo. La mujer, vestida prácticamente con harapos, vacía el contenido inmundo del cubo en una alcantarilla abierta, a unos veinte metros a la izquierda de la cancela. Las palabras que Cambara se proponía emplear, palabras ensayadas en su cabeza infinidad de veces para explicar qué la trae aquí, se atorán en su garganta y amenazan con asfixiarla, negándose a salir. Sólo cuando la actriz que lleva dentro reaparece y retoma las riendas, permitiéndole respirar con mayor libertad, aparta el velo de muselina que le cubre el rostro, para que el aire corra normalmente. Entonces la mujer advierte la presencia imponente de Cambara y, sorprendida, deja caer el cubo y cobija la cabeza entre los brazos en un impulso para protegerse, a la espera de un golpe, y empieza a jadear, visiblemente aterrorizada.

Cambara, sintiendo que le recorre la piel un hormigueo de vergüenza, pronuncia su discurso. Dice una sola palabra, «agua», como atribuyéndole las propiedades mágicas de un espejismo y confiriéndole todas las virtudes paradisíacas que la vida eterna depara al ser humano. La mujer se restriega los ojos con la palma sucia de las manos y, a continuación, se seca las mejillas con el dobladillo de su velo, mostrando su avanzado estado de gestación y su ombligo, más protuberante de lo normal.

Cuando tiene la certeza de que ha captado plenamente la atención de la mujer, Cambara habla con titubeos, tratando que la mujer crea que se ha perdido de camino al complejo comercial y que necesita desesperadamente beber agua. Finge tener la garganta seca y que le falta el aire para respirar, por la sed, y dice «agua» sin cesar

hasta que la mujer asiente un par de veces, indicándole que la ha oído.

—Mis anfitriones —añade Cambara— me han dicho que hay un pequeño complejo comercial en este barrio donde puedo encontrar agua embotellada, pero debo de haberme desviado, ¿verdad?

La mujer levanta la vista y en sus ojos se refleja la alegría del alivio que siente.

—Se ha desviado, sí. Está un par de calles más abajo —dice, señalando el camino con uñas rematadas en una línea de mugre negra como el carbón—. Luego gire a la izquierda y allí verá el pequeño edificio del complejo comercial, no tiene pérdida —le explica.

—¿Hay una tienda?

—Hay una tienda de comestibles y unas pocas paradas de verdura. Lo que no encontrará es carne —le informa la mujer—. Pero sus anfitriones no deberían mandarla allí sin compañía. No es seguro para una mujer ir sola por esta parte de la ciudad.

La mujer recoge el cubo antes de indicarle que la siga y guía con su andar torpe a Cambara hacia la casa. Una sonrisa adorna los labios de la mujer. Aguanta la cancela y, con una ligera reverencia, deja pasar a Cambara, que entra con cautela y se vuelve con cierta incomodidad, esperando a que la mujer cierre la cancela tras ellas. Entonces se estremece ante la idea de hacer daño a esa mujer o a la criatura que lleva dentro en un acto reflejo, para defenderse, o en su deseo de recuperar la propiedad de su familia en algún momento futuro. Espera poder estar de parte de esa mujer, por lo menos hasta saber qué la une al caudillo menor que vive en la casa. Decide ahuyentar la podre de la imagen que se ha construido en la cabeza para poder fiarse de la mujer.

—Permíteme traerte un poco de agua —dice la mujer.

Cambara la espera en el patio delantero de la casa, con la cochera desierta a la izquierda y la gran cancela, asegurada ahora con una cadena. Interioriza los detalles a una velocidad asombrosa. Calcula a ojo la enormidad de la ruina que la rodea y llega a la conclusión de que se necesitará un buen montón de dinero para reparar los daños que ha sufrido la propiedad. Supone que lo más rentable de cara a hacerla habitable será derribar todo y volver a construir de cero. Adondequiera que mira sólo ve decadencia: las paredes llenas de grandes desconchones, la madera de los techos, carcomida; del aseo que tiene enfrente, con la puerta abierta, sale una fetidez que da una idea de su estado de abandono; las ventanas no tienen cristales; las alfombras están enrolladas y apiladas en un rincón contra el muro exterior. A Cambara le produce arcadas ver tanta dejadez y se pone una mano delante de la boca, como a punto de vomitar.

Mira hacia la derecha y ve a la mujer tendiéndole un vaso de agua turbia, marrón. Acepta el vaso, advirtiéndole que el vidrio está manchado, acaso por los dedos húmedos de la mujer, y da las gracias con un hilo de voz. Para ganarse la confianza de la mujer, Cambara se lleva el vaso a la boca, aunque apenas se humedece los labios.

—¿Quieres sentarte? —pregunta la mujer.

—Sí, me gustaría —dice Cambara.

—Entonces traeré una silla decente.

La mujer entra en la casa con entusiasmo renovado, sube por una escalera jadeando, con pasos lentos y pesados, como un escarabajo pelotero remontando sus víveres cuesta arriba. Cambara contempla de pronto una idea temeraria, descabellada, y la lleva a término sin tardanza ni la menor vacilación. Tras haber visto el ruinoso estado del exterior de la casa, quiere saber cómo están las habitaciones dentro. ¿Quién las ocupa? ¿Qué clase de muebles hay? Sin embargo, antes de dar el primer paso se cubre la cara con el velo, apretando la banda de muselina entre los dientes, con nerviosismo, y succionándola hasta el punto de humedecerla. Consciente de que ni su intuición ni su sentido de desesperación general han podido prepararla para esa proeza, entra en la habitación que tiene delante. Por la puerta entreabierta ve indicios de la presencia de niños, por las ropas que hay esparcidas encima de los colchones y la litera. Cambara intuye que no se trata de los hijos de esa mujer, así que ¿de quién serán? ¿Cuántas familias comparten la casa?

De todos modos, no se detiene ni retrocede, sino que responde a una atracción más fuerte, por así decir, porque conoce la casa como la palma de su mano: jugaba allí mientras la estaban construyendo y acompañó a su madre, Arda, cuando se la mostró al agente inmobiliario que luego alquilaría la propiedad. Por supuesto es consciente de que embarcarse en una misión tan peligrosa es, como mínimo, una insensatez y, a pesar de todo, se lanza hacia delante, recordándose que no habría cedido a un impulso tan repentino o a un comportamiento tan inconsciente de no ser porque la propiedad le pertenece y se propone recuperarla. ¿Podría ser que la muerte de su hijo, la pelea salvaje con Wardi y la paliza que le propinó la hayan hecho imprudente, una mujer que no conoce el miedo ni se inmuta ante el peligro? Qué demonios, piensa, y abre la puerta, entra y la cierra de nuevo tras de sí.

Las cortinas corridas sumen la habitación en la penumbra y Cambara apenas distingue nada hasta que se quita el velo del rostro. Además percibe una mezcla rara y asfixiante de olores, sobre todo a cuerpos sucios. Su negativa a expresar el miedo que siente la ayuda a recorrer sin prisas la estancia con la mirada, hasta que detecta las siluetas humanas, figuras durmientes tendidas en el suelo sobre esteras. Adivina el contorno de un par de Kaláshnikovs al alcance de dos de los hombres y una ametralladora cerca de otro que yace apartado de los demás. El hombre, con el torso desnudo y joven, se incorpora de golpe y, entrecerrando los ojos, finalmente mira a Cambara. Aturdido, la mirada somnolienta del hombre se detiene en la figura alta e inmóvil, oscura de pies a cabeza, y se nota que no sabe si atribuirle a su imaginación o creer que es tan real como que él la está mirando. Incapaz de decidir cómo interpretar la presencia velada, niega con la cabeza incrédulo, escucha uno de los sonoros ronquidos de su compañero y retoma el sueño interrumpido. Cambara espera lo necesario para que la respiración del hombre se acompase, sin apartar en ningún

momento la mano de la navaja suiza. Por último sale con sigilo de la habitación, cerrando la puerta suavemente.

Una vez fuera se encuentra cara a cara a la mujer, que la mira con gesto tan hostil y molesto que a punto está Cambara de reaccionar con violencia.

—¿Qué hacías en la habitación? —pregunta la mujer.

—Necesitaba un aseo —dice Cambara con mansedumbre.

—Pues deberías haberme esperado —dice la mujer.

—No lo sabía —contesta Cambara.

La irritación endurece el tono de la mujer.

—¿Qué es lo que quieres de verdad? —dice.

—Un aseo, por favor —repite Cambara.

—Primero agua, luego un aseo. Y luego ¿qué será?

—Es urgente —dice Cambara—. El aseo.

—Sígueme, entonces, y no te apartes de mí, óyeme bien.

El olor fétido, húmedo, la golpea con la fuerza de una venganza y no consigue ni siquiera cerrar la puerta, la peste es tan penetrante y concentrada que Cambara por poco echa los recuerdos avinagrados de la ensalada de hace un par de días. Forcejea con la ventana para abrirla, por poco que sea, pero no logra desatascarla ni apoyándose en ella y empujando con todo el peso de su cuerpo.

Cambara sale del aseo mareada, como un gato que no sabe si tiene una arcada o tose. Por la mirada de la mujer, Cambara concluye que se hace una idea de las monstruosidades que ha visto: los concentrados acumulados con aspecto de bizcocho de chocolate, flotando en la taza del váter hasta el borde, prácticamente rebosando. Al salir respira una buena dosis de aire fresco y luego topa con la sonrisa de la mujer.

—Son peores que animales —le dice, dándole la espalda a Cambara.

Cambara no se molesta en pedirle mayores explicaciones. Cree entender las palabras de la mujer y lo importante es que esa afirmación ayuda a romper el hielo.

Además, el agotamiento empieza a hacer mella en la mujer, salta a la vista en las muchas tareas sin terminar que la aguardan aún: ropa adulta en remojo, por lavar; uniformes escolares infantiles, ya lavados, por planchar y doblar; la comida está por preparar y el suelo por barrer. ¿Cómo va a acabar todo eso una mujer en su avanzado estado de gestación? Cambara piensa que, desde que ha llegado a Mogadiscio, su vida se ciñe a un propósito elemental, consistente en intervenir en la vida de otras personas para dotarlas de cierto orden. Si algo positivo tiene eso, es que le deja menos tiempo para revolcarse en su pérdida, llorarla, lamentarse y morir de pena.

Cambara no sabe si quitarse el velo que le cubre el rostro. Tras titubear, se despoja de la envoltura que oculta todo su cuerpo y, expuesta al aire, siente más ligeros los huesos y la sangre misma. Mientras dobla metódicamente el velo, de modo que más tarde pueda volver a ponérselo con facilidad, examina un instante la ropa que lleva, sin duda preguntándose si es buena idea despojarse de su disfraz, desvelar su treta. Se encoge de hombros: ¡qué demonios! Se remanga el caftán (sólo entonces

repara en el peso de la navaja que lleva en el bolsillo) y le propone a la mujer un descanso; la mujer, por puro cansancio, acepta. Nada más ponerse manos a la obra con el trabajo doméstico, se hace a la idea del agotamiento que sin duda sufre.

—Me llamo Xulbo —dice, dándole un nombre falso—. ¿Y tú?

La mujer guarda silencio unos instantes. Se sienta con dificultad, frotándose la espalda, luego las caderas y mira asombrada lo que está ocurriendo: ¡una ayuda, qué amabilidad! La mujer cobra un aspecto tenso mientras, preocupada, se estruja una espinilla. Tal vez esté decidiendo si aceptar el ofrecimiento de Cambara a ayudarla con las tareas de la casa; tal vez la idea de darle su nombre a una desconocida no encaja con ella o con los hombres que duermen la resaca de toda una noche mascando *qaat*.

—Mi nombre es Jiijo —dice, por fin.

Cambara sabe que es la abreviatura de Khadija, un nombre común entre las mujeres de la comunidad xamari, los residentes cosmopolitas de Mogadiscio, a los que se tiene por una mezcla entre persas, árabes y somalíes.

Cambara, la niña de los ojos de sus padres, que jamás levantó un dedo en todos los años que esa casa ha pertenecido a su familia, se pone manos a la obra y empieza a lavar los platos, la ropa y a fregar el suelo. Se sorprende al comprobar el placer que siente al llevar a cabo trabajos manuales y cómo con unos minutos de trabajo ha abierto puertas que hubiesen permanecido cerradas para ella.

—¿De cuántos meses? —pregunta, cuando cree que ha hecho bastante.

—Ocho y medio.

—¿Tu primer hijo?

La mujer asiente débilmente.

Cambara se deja la piel, decidida a terminar todo el trabajo que pueda antes de que los niños de la casa vuelvan. Ha visto ropa, juguetes de plástico rotos y muñecas al entrar subrepticamente a la habitación que tiene los colchones esparcidos por el suelo.

Cambara hace lo que puede, habida cuenta de la premura con que trabaja. No se despide de Jiijo ni de la casa sin antes dejarla tumbada en un sofá. De hecho sale de puntillas, porque Jiijo, exhausta, ha empezado a respirar profundamente.

Nueve

Cambara da un rodeo. Decide que, en lugar de volver a casa de Zaak directamente, irá caminando hasta el complejo comercial del barrio para comprar varios artículos necesarios. De ese modo conocerá mejor la zona, tendrá más elementos de juicio.

Ve en la tienda de alimentación un recurso que tal vez la ayude a abrirse camino más fácilmente en la vida de quienes ha conocido hasta ahora: Jiijo, los jóvenes armados, y también el conductor de Zaak, un puñado de personas hambrientas y necesitadas cuya lealtad cree que merece la pena cultivar. Si se hacen cosas horribles unos a otros, si masacran a víctimas que no conocen, es porque son unos desgraciados nacidos en tiempos trágicos que vierten su desesperación en otras presas tan poco afortunadas como ellos mismos.

Quiere comprar agua potable embotellada en el país, una tabla y un cuchillo de cocina y un par de cosas más para la vivienda de Zaak. También quiere conseguir verdura, huevos y aceite de sésamo de las mercaderías que ofrezcan los puestos de productos frescos cercanos para los jóvenes armados y, de paso, le gustaría comprarle un pequeño obsequio o dos a Jiijo, en señal de aprecio. Aunque no desea hacerse ilusiones que luego no se cumplan, Cambara parte con la idea de conseguir un taxi que la lleve primero al Hotel Shamac y, de allí, al Hotel Maanta, para ponerse en contacto con Kiin, la amiga de su amiga.

Es primera hora de la tarde. El sol avanza sin tregua hacia su rutina tropical, acercándose más a cada instante que pasa, más tórrido por momentos, como si quisiera vengarse de cualquiera que no esté puertas adentro disfrutando del agradable fresco de la hora de la siesta. Los ojos de Cambara segregan un líquido claro, le pican y se los frota. A eso se le suma la incomodidad de ir de nuevo embozada de pies a cabeza en la envoltura. Pensó cargar con la prenda pero finalmente cambió de idea, para ser coherente.

Se levanta un viento que forma un remolino súbito de una arena clara, finísima, casi polvorienta, y se alza con tal furia que vierte sobre Cambara una cascada de recuerdos. En una de esas imágenes se ve a sí misma fuerte en cuerpo y alma, una joven atlética y hermosa, la más deseada, la más adorada, la que saca las mejores notas de su clase; en otra, es la preferida de todos sus compañeros de estudios, chicos y chicas, a la que todos prodigan su cariño. Al recordar tiempos más recientes no se ve como la dueña de su destino sino más bien como una mujer en cautiverio. Si su matrimonio con Zaak puede tacharse de aberración y su unión con Wardi de anomalía, ¿cómo describir, entonces, su impulsiva decisión de ir a Mogadiscio y enfrentarse con un caudillo para recuperar la propiedad de su familia?

En el largo recorrido hasta su destino, Cambara no encuentra ni un alma por la

calle, ni un vehículo circulando hasta que está a cien metros de una hilera de edificios que dan al semicírculo sin pavimentar que compone el complejo comercial. Evita mirar a los ojos a un par de mujeres con chador. Volviendo el rostro, se dice que debe poner remedio a su atuendo, que la delata y la distingue del resto de las mujeres, identificándola a ojos de los demás con una extraña entre ellos. No le preocupan tanto las mujeres como los hombres, que reaccionarán a su alteridad, de sí y por sí sola, hostilmente. Maldita la falta que le hace la animadversión ajena, bien lo sabe Dios, y más teniendo en cuenta los obstáculos formidables que debe vencer.

Al enfilear por la calle polvorienta que lleva al solar comercial, caminando con la cautela y el cuidado de una mujer que sostuviese el cosmos en equilibrio sobre la cabeza, una pena súbita la abate. Piensa en el clima de esa región del mundo, hostil desde hace décadas: la sequía interminable, el suelo y el medioambiente deteriorados, el mar depredado. Esas condiciones han golpeado a los seres humanos y los animales, empujando a los pastores, pobres y apremiados por la escasez de comida, a las zonas urbanas. Sin un gobierno que ponga un poco de orden en la vida de esas personas. Y sin ayuda internacional que acuda en su auxilio.

En ese momento se fija en varios puestos techados cubiertos con esteras, apartados del edificio. A la izquierda, en la dirección a donde encamina sus pasos, hay unas casetas bajas y desastradas que debieron de poner allí por error en un principio y luego, pensándolo mejor, fueron ensambladas por un albañil tuerto, a juzgar por la geometría desigual de las formas y lo torcidas que están unas respecto a otras. A la par que otro remolino, cargado de más polvo y otros residuos, se enrosca en las botas de Cambara con violencia, llega a la conclusión de que la naturaleza de sus circunstancias ha sufrido cambios notables desde que decidió hacer gestos de cordialidad hacia los jóvenes armados, atendiendo a sus estómagos, y a Jiijo, tratándola de mujer a mujer. Confía en que ambas iniciativas la compensen con creces.

Incapaz de llevar más adelante sus pensamientos en cualquier dirección, vuelve la cara del complejo de casuchas y fija la mirada en el resplandor del sol de la tarde, como si la omnipresencia de la luz pudiese ofrecerle una idea inspiradora. En ese momento, cuando se dispone a echar a andar de nuevo, la sobresalta el ruido súbito de un lagarto que sale arrastrándose de un macizo de cactus. Contempla fascinada al animal flexionando sus extremidades, lo que le recuerda que hace ya tiempo que no practica con regularidad sus ejercicios físicos rutinarios, pero sabe que aun así cree que no tardará en perder peso, de tantos alimentos que no se pueden conseguir en el país.

Finalmente sigue adelante, consciente de la presencia de reptiles y otros pequeños moradores de los matorrales, captando sus apariciones repentinas y ruidosas en escena, o entre sus pies, con lo que su estado de alerta cobra preeminencia y le hace perder la calma. En cierto momento se detiene a averiguar de dónde sale el ruido que oye y sus ojos se posan en unos pies humanos, con la piel de los talones reseca y

cuarteada. Tarda en comprender que los pies, torpemente calzados en unas sandalias con plataforma de fabricación china, los zapatos más horribles que ha visto nunca, pertenecen a un hombre, probablemente un indigente sin hogar, que yace cuan largo es, dormido entre los matorrales. Le da la impresión de que está muerto. Consternada, echa a andar más rápido y con decisión.

Al llegar a la linde del complejo comercial se detiene, no tanto a estudiar los alrededores como a decidir qué hacer a continuación y hacia dónde dirigirse. Al fin pasa junto al puesto de productos frescos, echa un vistazo y decide que volverá si hay necesidad, y a continuación se encamina en línea recta hacia la tienda de comestibles, que promete, según un cartel escrito a mano, que allí «hay de todo». Por ser la segunda vez que va a un mercado en el Mogadiscio de la guerra civil, le parece curioso que los cambistas, los jóvenes armados, las mujeres que atienden los puestos de verdura y los vendedores de haces de *qaat* se mezclen libremente y, se diría, con cordialidad. Incluso podría llegar a creerse que todo es normal. Hay quienes sostienen la idea de que la economía es la chispa que enciende el combustible con que se alimenta el motor de la guerra civil. Se compra, se vende: todo el mundo y todo está bien. Al mirar a su alrededor, Cambara piensa que allí no hay más que somalíes de pura cepa, que le taladran el oído con un acento áspero y le crispan los sentidos. Asimismo observa que en ese lugar son menos las mujeres que llevan velo. Quizá porque todos se conocen, las mujeres se sienten a salvo entre los hombres de su propia comunidad.

Se detiene a una veintena de metros de la tienda de comestibles. Busca con la mirada indicios reveladores de problemas, en la posible presencia de una pandilla de jóvenes armados holgazaneando en la entrada o en las inmediaciones y, al no hallar ninguno, cree que es seguro entrar en el establecimiento.

El hombre que regenta el establecimiento, alto y con barba, se yergue al otro lado del mostrador, el que corresponde al dueño. Le sonrío al entrar, franqueado por dos jóvenes que lo ayudan a llevar el negocio y que a primera vista no guardan con él ningún parecido familiar. De hecho, a Cambara le da la impresión de que son de esa clase de chicos que se ganan la vida honradamente la mayor parte del tiempo, pero que en su tiempo libre incurren en actividades ilícitas. Cambara ve que el hombre, que ha pedido a los jóvenes que atiendan a otros clientes, se vuelve hacia ella y, solícito, le pregunta en qué puede ayudarla. Alentada, ella se aparta el velo del rostro para captar mejor la atención de su interlocutor.

Cambara se fija en su mirada ágil, que toma la medida de cada cliente que entra. Para los que juzga peligrosos, acaso tenga armas listas y a mano; para los clientes con dinero, debe mostrarse encantador. Sospecha que a ella la ha clasificado en la segunda categoría. El hombre reserva aún otra clasificación para los mendigos que piden limosnas, la gente buena que atraviesa por momentos duros, y la gente mala, que huele y se comporta mal.

Cierta sensación de alivio le relaja los hombros al concluir, sin apenas pruebas,

que el hombre le ha asignado una categoría propia, ha visto que es una mujer distinta. Cambara se queda inmóvil, encorvada en el gesto de quien da vueltas a asuntos serios en la cabeza. Hace señas al hombre para que se acerque y, cuando lo hace, le dice que no lleva moneda local, sólo billetes grandes de dólar, y que necesita cambio para poder comprar cualquier cosa. El hombre sonríe y asiente.

—No hay problema, no hay problema —dice—. Veamos, ¿qué desea?

Cambara es mala compradora, tiene la costumbre de entrar en los supermercados, incluso cuando está en Toronto, para comprar sólo un par de cosas, siempre acaba olvidando la lista y termina metiendo en la cesta o colocando ante la caja registradora un número de artículos que no coinciden con lo que en principio había previsto. Sin medio de transporte a su disposición, sin saber tampoco si volverá a encontrar un establecimiento tan bien abastecido, Cambara recopila la lista que ha hecho en su cabeza y se concede el tiempo de improvisar mientras va mirando lo que hay en los estantes antes de decirlo en voz alta. El tendero aguarda, lápiz y papel en mano, listo para anotar.

—Tómese el tiempo que necesite —le dice—. Estoy aquí todo el día.

Cambara deja en suspenso por el momento un par de ideas sobre esa clase de establecimientos, aunque no puede evitar preguntarse qué mayoristas corren los riesgos de importar al país los productos que aquí se venden y quiénes son sus socios en el extranjero. Se sabe que la guerra civil ha sido la responsable de la destrucción de la exigua base industrial de Somalia, que los señores de la guerra se han aprovechado del desmantelamiento de las infraestructuras, vendiéndolas prácticamente a precio de chatarra a Abu Dhabí y China, según corre el rumor entre los somalíes de Toronto.

—Estoy esperando —la apremia ahora el tono del hombre.

Cambara entiende que con eso quiere decirle que se ha cansado de esperar e inmediatamente la lista provisional y los añadidos manan con fluidez de su lengua: un kilo de azúcar, uno de harina y uno de arroz; una tabla y un cuchillo de cocina; dos, tres paños; un paquete de jabón en polvo; té, a ser posible en bolsitas de infusión; café instantáneo; hierbas aromáticas secas, *curry* y especias; concentrado de tomate en lata; espaguetis; agua embotellada; varias botellas de refrescos; platos y vasos de papel; cuchillos y tenedores de plástico, y servilletas. Unos paquetes de caramelos, barras de chocolate, champú, jabón.

—¿Es todo? —pregunta el hombre.

La voz del tendero la reconforta: tiene el mismo timbre que la de muchos amigos de sus padres a los que de niña llamaba, sin distinción, «tíos». La voz le parece tan tranquilizadora que recela de confiar en él completamente. Aun así, está contemplando la posibilidad de soltarse la parte de la prenda que le cubre la cabeza cuando otra mujer con un velo ceñido a sus curvas entra en la tienda a comprar una botella de soda. Cambara sigue a la mujer con la mirada y se percata de que lleva el velo por guardar las formas, pero sin sentirse a disgusto con su identidad. Cambara se

promete que al día siguiente se pondrá un velo yemení menos riguroso, de algodón, para que su piel transpire. La próxima vez.

—¿Algo más? —le pregunta el tendero.

—No tiene verdura, ¿verdad? —Cambara sabe que el establecimiento no las comercializa, pero también que puede aprovechar la situación, hacer su pedido y que el hombre lo resuelva de alguna manera. Supone que tratará de complacerla y mandará a sus ayudantes a buscar lo que necesita, porque el tendero la ha tomado por una mujer respetable y adinerada, recién llegada de los Emiratos Árabes o Arabia Saudí, donde las mujeres de buena posición rara vez se mezclan con el lumpen, aunque por descontado le cobrará un suplemento por el servicio.

—Podemos conseguírsela, si quiere —le ofrece el hombre.

Ella desgrana la lista.

—En ese caso, un kilo de quingombó, otro de patatas y zanahorias, medio de cebollas, medio de tomates, tres o cuatro cabezas de ajo y un poco de limón o lima.

El hombre manda a uno de sus chicos traer «sólo lo mejor de lo mejor» y volver «rápido, rápido, rápido» y al otro le pide que le ofrezca una silla «a la señora», de modo que todos los clientes que hay en la tienda se percatan de su presencia y más de una docena de ojos envidiosos se vuelven hacia ella. Cambara no delata incomodidad alguna, recordándose cuántas veces se ha recreado en su actuación sobre un escenario.

Cuando el tendero y sus ayudantes han reunido todo y lo han distribuido con mucha maña en las bolsas de la compra apiladas sobre el mostrador, algunas encima de otras, como a la espera de que ella misma las organice a su manera, el hombre le informa de que la cuenta está lista. Cambara le hace una petición más, que supone que acabará de enaltecerla a ojos del tendero, distinguiéndola como miembro de una clase aparte.

—Un taxi, por favor. ¿Puede pedirme uno?

Vuelve a sentarse, con el gesto de una mujer acostumbrada a dar órdenes y a que sean obedecidas.

El hombre asiente con flema y luego susurra algo al oído a uno de los jóvenes a los que ha mandado a por verdura antes. Aunque le pone algún reparo al tendero, el joven sale por una puerta trasera tan aprisa que Cambara cree que volverá con un taxi en menos de un minuto.

Luego saca un billete de cincuenta dólares, doblado hasta alcanzar el tamaño de un sello, lo desdobla y lo deja extendido sobre el regazo para alisarlo con la palma de la mano antes de entregárselo al joven, que a su vez se lo da al tendero.

El tendero lo sostiene discretamente al trasluz, sin dejar de hablar, es de suponer que para comprobar la autenticidad de la marca de agua y descartar que sea una falsificación. Asiente, como para sí, abre un cajón, levanta una bandeja que hay dentro y luego coloca el billete de cincuenta dólares en un doble fondo. A continuación, se vuelve a hablarle.

—Nuestros corazones se solazan cuando vemos a señoras como usted visitando la ciudad de nuevo —dice el hombre, y cada palabra rezuma esa clase de deferencia que resulta irritante. La piel de Cambara se eriza al oír el sentimiento que tan torpemente formula el hombre, con la sensación de que la recorren ciempiés de vello—. Demuestra, para quien precise pruebas, que nuestra ciudad ya no es tan peligrosa como antes.

A Cambara la invade de pronto el deseo de que su madre pudiese oír las palabras del tendero. Recuerda el último encuentro con Arda y recrea la conversación que mantuvieron. Ese día su madre tenía un invitado, un antiguo diplomático canadiense cuyas mediaciones, además de la amable intervención sus padres, sirvieron para que tanto Zaak como Wardi pudieran emigrar a Canadá. Arda, dada a censurar a Cambara en público y siempre en tercera persona, aunque esté presente, le habla al señor Winthrop de la falta de humildad de su hija, de su incapacidad para apreciar los aspectos simples de la vida, algo que a ella le preocupa por encima de todo. «Imagínate —añade Arda— que está tratando de superar la pérdida de su único hijo, mi único nieto, y antes de que termine el luto complica las cosas aún más. La serenidad exige actuar humildemente y simplificar, pero eso no va con mi hija». «¿Qué se propone?», pregunta el señor Winthrop, fingiendo interés. «Se marcha a Mogadiscio —contesta Arda, como si ir a Somalia fuese lo mismo que cometer un crimen en un barrio residencial de Ottawa donde nunca hay asesinatos—. Se marcha, por decirlo con sus propias palabras, para recuperar la propiedad de nuestra familia. ¿Te acuerdas de la casa que conociste, la que te enamoró y luego alquilaste? Quiere arrebatarle esa propiedad a un caudillo con las manos manchadas de la sangre de mucha gente. Nadie le pide que se meta en problemas ni que vaya buscándose una muerte más que posible. Yo no, desde luego. Si escuchara mi consejo, le sugeriría que se deshiciera de ese marido del que de hecho ya está separada, se divorciara de él y no se preocupara por la propiedad. Lamentablemente no me escucha. Es que le gusta embrollarlo todo, quizá porque mi hija se cansa de las cosas sencillas, se vuelve loca. Tiene que irse a ese malogrado país y arriesgarse por nada. Porque estoy segura de que la propiedad, que tú y yo conocemos bien, y gracias a la cual entablamos una amistad que nos ha unido hasta ahora, está en ruinas y es irrecuperable. No paro de preguntarme: ¿qué sentido tiene? No dejo de decirme: ¿de qué servirá?».

Un alboroto repentino en la calle devuelve a Cambara al presente, alertándola de que no sólo está en Mogadiscio, reconociendo el terreno bajo un velo, disfrazada, sino que ahora mismo, como parte de esa expedición, asiste desde la tienda donde se encuentra a la disputa entre dos jóvenes preadolescentes que se pelean a patadas, puñetazos, estirándose de los *sarongs*. Una mujer robusta, enfundada en una túnica cruzada guntiino, sale de una de las casas blandiendo un garrote del tamaño de una trompa de los Alpes y pasa de largo junto a la multitud de mirones que se está congregando, limitándose a observar. Silenciosa y con gesto grave, deja el palo en el suelo, cerca de sus pies, desde donde poder cogerlo, antes de agarrar a uno de los

chicos por los pelos. Apartándolo de un empujón como si fuese un trapo grasiento, se interpone entre los dos muchachos con toda su imponente enormidad. Entonces los observa, ora a uno, ora al otro, sin decir palabra pero avasallándolos con la mirada.

—Ahí tiene usted otra prueba, si la precisaba —dice el tendero, con cierto orgullo.

—¿Otra prueba de qué?

—Antes —le explica el hombre—, dos chicos de esa edad pertenecientes a clanes distintos habrían saldado una riña insignificante a tiros, ahora no. Y no habrían permitido a la mujer que los separara, la habrían matado, a bocajarro. Vea usted que los chicos se alejan en direcciones opuestas, lamiéndose sus heridas, humillados y en silencio.

Cambara observa, fascinada, que la amazona que ha separado hace un instante a los chicos se mantiene inmóvil, con los brazos en jarras, y espera a que la multitud se disgregue, antes de volver a su casa.

—¿Qué relación la une a los niños? —pregunta Cambara al tendero.

—Ninguna —explica el tendero—. No es la madre ni la tía de ninguno de ellos, ni siquiera una pariente lejana.

—Entonces, ¿por qué interviene?

—Pertenece a la Red de Mujeres por la Paz.

—Por favor, deme más detalles —le ruega Cambara.

El tendero lo hace con gusto.

—En algunos barrios de la ciudad, las mujeres se han organizado para combatir la violencia armada. La violencia armada ha dado pie a numerosas violaciones y muertes. El fracaso de la clase política para acabar con la guerra civil ha inducido a las mujeres a fundar una ONG, Mujeres por la Paz, financiada por Estados Unidos.

—¿Cómo sabe todo eso? —pregunta ella.

—Porque mi mujer está en la junta directiva.

Cambara se da cuenta de que el hombre mira hacia la puerta trasera, por la que presumiblemente se accede a su casa, donde a buen seguro su esposa está atendiendo una u otra tarea. Cuando se dispone a preguntarle si su mujer está en casa, un individuo joven entra en la tienda por la misma puerta trasera para decirle que la conducirá hasta el taxi, que ya la espera.

El hombre repasa las cuentas de la compra por segunda vez y Cambara recoge el cambio, en fajos de chelines somalíes tan abultados que no sabe dónde guardarlos. El tendero acude en su ayuda, ofreciéndole un bolso de mano, casi nuevo. Ella no se decide a aceptarlo, le dice que no sabe cuándo se lo va a devolver, ni cómo, pero él la anima.

—Seguro que nos veremos de nuevo y estaremos muy gustosos. Cójalo y tráigalo cuando vuelva por aquí.

Pensando que ha pasado el momento de pedirle al tendero el nombre de su mujer o preguntarle el origen de los artículos de las estanterías, Cambara sigue a uno de los

ayudantes, que sale por la puerta principal cargado con sus compras, cubiertas por un material afelpado. El joven gira bruscamente a la derecha y luego a la izquierda. El taxi, un Lada antiguo fabricado en los años de la guerra fría, cuando los soviéticos controlaban el tinglado en Mogadiscio, exhibe unos neumáticos pelados, muchísimas manchas de óxido, desconchones y a saber cuántas cosas hay que no funcionan en el vehículo. Cambara se pregunta si es sensato o siquiera seguro montarse y que la lleven, primero al Hotel Shamac, donde acaso pueda localizar la pista de Kiin, y luego tal vez al Hotel Maanta, para volver por último a casa de Zaak.

—¿Adónde va? —pregunta el conductor, tras forcejear con la puerta del maletero para que el joven pueda colocar las compras y lograr que quepan. Cambara ve la ventanilla abierta, sin cristal, y se da cuenta de que el asiento se hunde antes siquiera de subir al coche y dejarse caer en él. Desde donde está ve también que el lugar donde deben ir sus pies es un agujero, una abertura que parece una boca. Si algún consuelo le procura subirse al taxi es que no habrá nadie con una pistola, puesto que a primera vista el conductor va desarmado, y siente un alivio inmenso. Aun así quiere asegurarse.

—¿No hay escolta armada? —pregunta, después de que el conductor cierre el maletero.

—Mi taxi es tan viejo que es seguro —contesta él, mostrándole las cavidades de su boca, como si ella fuese un dentista que le pidiese examinarle las encías.

—Al Hotel Shamac, por favor.

—Suba, por favor.

Diez

Una pequeña preocupación gana terreno en la mente de Cambara. Se debate entre afianzar su identidad inventada de mujer con velo o recuperar la suya, ahora que va a alejarse de la zona en un taxi a punto de ponerse en marcha. Los requisitos que necesita su identidad velada no sólo se le antojan demasiado exigentes sino también agotadores y farragosos, porque la prenda es harto calurosa y entorpece sus movimientos.

Recuerda haber salido de la tienda eufórica, convencida de haber llevado a cabo una hazaña que supera con mucho sus propias expectativas. Saborea el instante en que ha salido al resplandor de la tarde, majestuosamente envuelta en la holgada tela, con movimientos lentos y captando las miradas con su figura imponente y, aun haciendo lo posible por no atraer atención innecesaria sobre su persona, precisamente eso es lo que ha hecho, a juzgar por el modo en que docenas de merodeadores que echan el rato en la entrada del establecimiento fijan de pronto su mirada en ella, como si fuesen *paparazzi* y ella una celebridad. Antes que subir al taxi y tomar asiento enseguida, ha preferido asegurarse de que el joven metía todas las bolsas de la compra.

Para empeorar las cosas, el joven que sacó el carrito cargado con las bolsas se tomó su tiempo para descargarlas, colocándolas una por una en el maletero lleno de agujeros del taxi y, de vez en cuando, incluso hurgando en ellas. Cambara no tiene ni idea de por qué lo ha hecho y no se ha atrevido a preguntarle para no molestar al muchacho, ¿quién sabe lo que podría hacer o si reaccionaría con violencia?

Ahora, con el motor del taxi en marcha, Cambara mantiene los ojos atentos sobre el taxista, que la mira boquiabierto, y el corrillo que se ha formado para contemplar la escena. El conductor, por su parte, aprieta el freno con el pie a la vez que agarra firmemente el freno de mano con la derecha, tal vez porque no se fía de su eficacia.

Cuando Cambara le da al joven que la ha ayudado a descargar la compra una propina con un fajo de chelines cuyo valor real no sabe, monta en el coche y le dice al taxista que pueden ponerse en marcha.

El taxi está de mal talante y se cala cuando el conductor pone segunda para arrancar, quizá porque la primera no funciona, no está segura. Gira la llave en el contacto dos o tres veces antes de volver a arrancar. Cambara recuerda la horrible experiencia en el todoterreno, con Zaak, pero una vez deja de preocuparse, el vehículo avanza sin interrupciones. Va ahora inútilmente absorta en sus pensamientos, no sólo porque es la primera vez que se ha puesto un velo, sino porque también es la primera vez desde su llegada a Mogadiscio que se encuentra en una situación de uno contra uno, sola en un coche con un desconocido. Es importante que

se decida por una identidad que concilie su vestimenta con sus acciones. ¿Puede estar a la altura de las circunstancias en el papel de impostora?

Dos opciones se abren ante ella. Por un lado, puede actuar como si estar sola en compañía de un varón desconocido la asuste, la paralice por completo, mantener el rostro oculto tras el velo para causar efecto y negarse a intercambiar una sola palabra con el conductor durante todo el viaje. Sabe que eso precisará mantenerse fuera del campo de visión del espejo retrovisor, aunque duda si será capaz, por la incomodidad del asiento trasero, que la obliga a moverse y reacomodarse para evitar los muelles y no hundirse. Además tiene que asegurarse de que en ningún momento del viaje pueda discernir su rostro, ni mantener contacto visual con él. No debe actuar de un modo que el hombre pueda confundir, aún remotamente, con coquetería. Por otra parte puede comportarse con arreglo a la verdad y asumir la identidad que Dios le dio, en lugar de llevar el velo. De poder elegir, optaría por la identidad en la que sabe desenvolverse mejor, la de una mujer cómoda en compañía de hombres. ¿Qué hacer con el boato de su impostura? Cambara decide no precipitarse y esperar el momento oportuno.

—¿Se aloja en el Hotel Shamac? —pregunta el conductor.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque puedo subir el precio del trayecto.

—¿Cree que eso es justo?

—Me temo —contesta él— que la palabra «justo» ya no forma parte de nuestro vocabulario.

—Me parece desconcertante lo que me dice.

—¿Sabe lo que me dice eso de usted?

—¿Qué?

—Que es de fuera.

—¿Porque he usado la palabra «justo»?

—Y también porque lleva velo.

—¿Qué ocurre con mi velo?

—Salta a la vista que no tiene costumbre de usarlo —dice él, y amaña una sonrisa.

—¿Cómo puede saberlo?

—Antes de la guerra civil, era el jefe de la unidad de transporte del Ministerio de Asuntos Exteriores y me correspondía ser el chófer de dignatarios importantes y embajadores destinados en Somalia. Recuerdo cuán a menudo muchos de ellos se quitaban la corbata, como si fuesen máscaras de disfraces, en el momento mismo que entraban en el coche y estaban entre amigos. Y cómo la mayoría de ellos respiraban aliviados.

Cambara se siente expuesta y, de pronto, nuevos vendavales de duda empiezan a azotarla desde todas las direcciones. Los movimientos que debe hacer con el cuerpo para cambiar de postura le resultan extenuantes, se le agita la respiración, mientras

una parte de su mente la apremia a despojarse de uno de sus disfraces, el velo que le cubre el rostro; al menos se sentirá más cómoda. Sin embargo, antes de que sus contradicciones internas trasluzcan, sopesa si ceder a la sugerencia de un desconocido podría echar por tierra sus propósitos y convertirla en una presa de las maquinaciones del hombre, cualesquiera que sean sus motivos. Un recuerdo inquietante, en el que Wardi cobra preeminencia, la visita y la ancla al asiento trasero del vehículo con la sensiblería a flor de piel de un borracho que se resiste con todas sus fuerzas a sucumbir al mar de fondo de dolor, que asalta en ráfagas furiosas.

Decide no entregarse a la opción más fácil y sus pensamientos se evaden, al igual que sus ojos. Allá donde mira sólo ve ruina, casas sin techo, farolas con los cables arrancados, ventanas sin cristal: un Mogadiscio saqueado y destruido. A su alrededor, ve mujeres con chadores baratos, hombres con *sarong* y chanclas y las armas colgadas del hombro en bandolera. Llega a la conclusión de que la ciudad, por la idea que extrae a partir del encuentro con la mayor parte de sus habitantes, parece desposeída de su identidad cosmopolita y da la impresión de que en su lugar hubieran arraigado la zafiedad de los clanes, los hábitos desaliñados de los campesinos andrajosos. Aunque apenas puede contener la desesperación, no desea detenerse en las consecuencias de la guerra civil que padece el conjunto de la sociedad, ella quiere hablar de la cara positiva de la situación. Así pues, decide centrarse en el tendero y su mujer, que, según él mismo ha dicho, es un miembro activo de la Red de Mujeres por la Paz de la que Raxma le ha hablado.

—¿Hace mucho que conoce al señor que regenta el establecimiento donde usted me ha recogido? —pregunta Cambara.

—Lo conozco tanto a él como a su familia hace mucho tiempo.

—Hábleme un poco de ellos.

—¿Qué le gustaría saber?

—Su nombre, para empezar —dice ella.

—¿Por qué le interesa conocer detalles sobre él? —pregunta el conductor. Por la expresión de su rostro, Cambara no puede precisar si su conversación entretiene al hombre o lo inquieta.

—Me ha parecido muy amable, un caballero que no se espera encontrar en una ciudad que, según se dice, está en manos de señores de la guerra que sólo velan por sus intereses y los de sus esbirros. Ha sido muy grato tratar con él.

—¿En qué clase de tratos anda usted?

Cambara no quiere entrar en detalles personales, desde luego, pero ¿cómo va esperar entonces que el hombre satisfaga su curiosidad sobre un tercero si ella no está dispuesta a hablar de sí misma? Pone un acento distinto en la respuesta a una pregunta que el hombre no ha formulado, al tiempo que procura enderezarlo.

—Me refiero a que ha sido un placer comprar en su tienda —le explica—. Además me ha prestado un bolso y quiero devolvérselo en cuanto deje de precisarlo, así que me iría bien saber su nombre. Eso es todo.

—Todo el mundo lo llama por su apodo, Odeywaa —le dice el conductor—. Es un comerciante íntegro, de los que hay pocos. Es honesto, es justo, es muy franco con todo el que trata con él, incluidos los miembros de la cooperativa que gestiona, una cooperativa atípica, la única de su clase.

—¿Qué la hace tan singular?

—Odeywaa sirve a la comunidad en general de un modo que no lo hace ninguna otra cooperativa. De los cerca de dos millones de somalíes en la diáspora, hay decenas de miles en zonas del mundo desde las que no pueden enviar remesas de dinero a los parientes necesitados que siguen aquí en monedas sólidas convertibles, como el dólar estadounidense, el euro y la libra esterlina. Odeywaa creó la cooperativa con la intención de ofrecer a los somalíes que residen aquí un lugar donde recibir sus remesas en ropas y otros artículos para que puedan venderlos casi a precio de coste. Es una iniciativa muy insólita, en una ciudad donde todo el mundo se congrega en torno a las viviendas de los señores de la guerra, con la cabeza gacha guardando pleitesía a su autoridad, presentándoles sus respetos y comportándose como vasallos en presencia de sus superiores.

El conductor se queda absorto en sus pensamientos y, por la expresión de su cara en el retrovisor, Cambara deduce que está en su propio mundo; lo deja estar guardando silencio, a la espera.

—En esta guerra civil de baja intensidad —continúa el hombre—, cada vez somos más los que nos damos cuenta de que no abrigamos más que desdén por las actividades de los señores de la guerra, un desprecio sólo equiparable al que sentimos por los llamados ancianos del clan, que aprueban el reclutamiento de los jóvenes para su milicia en lucha —interrumpe sus palabras el tiempo necesario para que Cambara se eche hacia delante, deseosa de escucharlas—. Veo lo que son los señores de la guerra: son travestidos, todos y cada uno de ellos.

—¿Travestidos? Vaya, esa es nueva.

—No se crea —continúa el conductor—. Uno de ellos, conocido con el sobrenombre de El Carnicero, cuando perdió el control de la ciudad de Kismayo, en el sur, huyó vestido de mujer.

—¿Qué piensa usted de los líderes religiosos?

—Por desgracia, ellos también han mostrado su verdadero pelaje.

—¿A qué se refiere?

—Nada de lo que han hecho desde que estalló la guerra civil ayuda a congraciarnos con nuestros líderes religiosos, muchos de los cuales, llevados por la desesperación, no declararon su fidelidad a Alá, el Supremo, sino a las comunidades de parentesco que por nacimiento les tocaron en suerte, todos barriendo para su casa, por así decirlo.

Avanzan nuevamente en silencio, en dirección suroeste, sorteando baches que obligan a tomar desvíos frecuentes y bruscos, incluso a parar de vez en cuando en seco y evitar así las zanjas que se abren a la vera de las carreteras o las pilas de

escombros que obstaculizan el camino. Dejan atrás muros salpicados de agujeros de bala y edificios que se inclinan en precario equilibrio hacia el lado opuesto del que caerán cuando al fin se desplomen.

Cambara pregunta si, ahora que la ciudad ya no está dividida en la zona norte y la zona sur, controladas por sus respectivos caciques, sino que se halla en manos de media docena de señores de la guerra o caudillos menos poderosos, que gobiernan cada uno a su antojo en su desmandado feudo, la aprensión de la gente atezada por la sensación de inseguridad acaso conceda cierta ventaja a los islamistas, que podrían apelar a la identidad religiosa de los somalíes, ahora que la lealtad a los clanes ha demostrado que deja mucho que desear. Los señores de la guerra son una fuerza agotada; los islamistas aún no.

De un edificio salen, como a propósito, jóvenes armados con uniformes de faena que han conocido tiempos mejores y más limpios, y cuando se acercan, uno de ellos levanta la mano para que se detengan. El esbozo de sonrisa que la ha acompañado la mayor parte del trayecto, el gesto de quien sabe algo que su interlocutor desconoce, desciende hasta el mentón de Cambara antes de desaparecer completamente. Cuando el conductor frena con una brusquedad inusitada, ella imagina que el vehículo se descacharra allí mismo, al tiempo que los neumáticos delanteros y traseros toman caminos distintos y la carcasa aterriza sobre los bajos del vehículo, estremeciéndose hasta quedar inerte.

Uno de los muchachos se acerca, marchando a paso de ganso, hasta el lado del conductor, sin dejar de mascar *qaat*. Con la mano extendida más allá de lo que sus ojos adormilados pueden ver con nitidez y la lengua pesada como una espuma empapada de agua, cuando habla, sus palabras parecen atropellarse unas a otras.

—¿Qué tienes para nosotros? —pregunta.

—Volvemos a encontrarnos —dice el conductor.

—La otra vez fuiste muy mezquino —tercia con sarcasmo un joven mucho más alto, que se ha detenido tras el chico de mirada turbia—. Te advierto ahora que tú y tu pasajera lo pagaréis caro si esta vez no eres más generoso.

Los ojos del conductor escrutan los de Cambara por el espejo retrovisor y, al ver que la sonrisa que ha mostrado todo el rato se ha desvanecido, cree que está asustada. La mano con la que estaba hurgando hasta entonces en la guantera aparece con un gran fajo de billetes, que el hombre tiende al joven que tiene más cerca. Cuando el joven se abanica con el fajo en señal de disconformidad, el conductor le lanza dos haces de *qaat*.

—Ahora nos entendemos —dice el más alto de los jóvenes, que al parecer es el jefe de la pandilla, y con un gesto de la mano le dice que se marche, cosa que el conductor no duda en hacer.

Al percatarse de que Cambara ha recuperado su mirada ausente, el conductor siente un grato alivio.

—Si le parece oportuno, no dude en sumar el peaje del joven armado a mi cuenta

y lo pagaré con gusto.

El hombre recuerda los tiempos en que servía como chófer de los dignatarios de visita en misiones al país y asiente con deferencia, en agradecido reconocimiento de su generosidad.

—¡Sí, señora! —dice.

Apenas unos cientos de metros más adelante, cuando oyen el rumor distante de un enorme generador, el conductor le informa de que están a menos de medio kilómetro de su destino. Por vez primera desde su llegada, Cambara se sobrecoge ante la enormidad de su compromiso: llegar a Mogadiscio y contribuir a que el mundo que aquí encuentre sea un lugar mejor, en memoria a su hijo, cuya vida ha quedado segada.

—Ya estamos —anuncia el taxista—. ¡El Hotel Shamac, señora!

Once

Apenas se hacen visibles desde la cancela, un guardia armado y de uniforme, que Cambara supone que es el del hotel, sale de un pequeño cobertizo que parece haberse improvisado a toda prisa con planchas de zinc descartadas, y su aparición la sorprende tanto a ella como al conductor. El hombre es de altura mediana y rostro ancho, mandíbulas prominentes y una nariz tan chata que apenas se le ven los orificios. Nariz Chata hace señas para que paren y las ruedas del coche chirrían hasta que se detiene, impulsando a Cambara hacia delante. Aunque está inquieta, finge calma absoluta, incluso después de que aparezca en escena otro hombre. El segundo centinela armado tiene el tronco largo y los pies diminutos de un enano. Pies Diminutos ordena al conductor del taxi que se baje; da varios rodeos al vehículo, con un dedo en el gatillo de la ametralladora en todo momento y sin apartar la vista de Cambara, acaso a la espera de que baje su ventanilla y le muestre el rostro.

Ella se yergue en el asiento trasero, con el velo impecable y los ojos cerrados, como tratando de calmarse y confiando en que pronto todo habrá pasado. Apenas ha decidido explicarles que desea alojarse en el hotel si hay habitaciones libres, cuando Pies Diminutos abre de un tirón la puerta del coche y le ordena apearse porque van a cachearla.

Una agria disputa estalla entre el taxista y Nariz Chata cuando el conductor cierra la puerta del vehículo y alienta a Cambara a quedarse donde está.

—¿Quién eres tú para cerrar la puerta que yo he abierto? —lo desafía Pies Diminutos, furioso y con los ojos inyectados en sangre, antes de apartar al conductor de un empujón.

Cambara le pide al conductor encarecidamente, en voz baja, que no siga provocando a los guardias armados. El conductor guarda silencio ante sus ruegos, aunque ella se da cuenta de que está dispuesto a rebelarse, listo para oponer resistencia y, si es necesario, pelear. Entonces, recalcitrante y audaz, el taxista vuelve a la carga.

—¿Es que no te das cuenta? —le dice a Pies Diminutos—. No es apropiado que tú cachees a una mujer. No se hace. Si acaso es otra mujer la que debe ocuparse de esa clase de trabajo, no los hombres. Por lo menos, no vosotros —y al cabo de un silencio solemne, añade—: ¿Consentirías que tu esposa o tu hermana fuese humillada de este modo por un hombre, armado o no?

El altercado toma entonces un mal giro y Nariz Chata se suma al griterío, ahora a tres voces, las de dos estúpidos armados atacando a su defensor, que va desarmado: una injusticia. Cambara escucha y siente la bilis acumulándose en las tripas mientras contempla la posibilidad de intervenir. Nariz Chata habla fuerte y con tono

amenazante, pero ella no alcanza a entenderlo, por la voz gangosa y la rabia que encharca sus palabras. Además tiene un acento muy cerrado, utiliza palabras que delatan su habla tosca, de origen campesino, y Cambara, que es de la ciudad y lleva años fuera del país, es incapaz de seguirlo.

Pies Diminutos se mete y, por suerte para ella, interpreta lo que ha dicho su compañero.

—Déjanos advertirte —dice—. Dispararemos primero a los neumáticos de tu coche y luego a la pasajera si no das marcha atrás inmediatamente o la mujer se apea. Elige y date prisa.

—Seamos sensatos —ruega el conductor.

—¿Nos estás acusando de abusar de las mujeres?

—No estoy haciendo tal cosa, en absoluto —insiste el conductor.

—Nos estás insultando. Sé muy bien lo que estás haciendo —dice Pies Diminutos.

La falsa compostura de Cambara se resquebraja por completo; se encoge ante la inquietante idea de que violen su virtud. Que me lleven los demonios si permito que me pongan la mano encima, se dice en su fuero interno. Vuelve a meter la mano en los pliegues interiores de la envoltura que la cubre y empuñar el cuchillo la reconforta.

En su deseo de aplacar a los guardias armados, el conductor baja la voz.

—Por favor —implora a Pies Diminutos, casi en un susurro—. Doy fe de ella. No os causará ningún problema si le permitís entrar sin registrarla. ¡Si viene a echar un vistazo al hotel porque quiere alojarse aquí! Así que, ¿por qué no la escoltamos hasta dentro? Una recepcionista podrá cachearla, si es preciso. Yo volveré al coche, echaré marcha atrás y la esperaré aquí. Si no, os sugiero entonces que hagáis salir a una mujer, porque no es propio que ni vosotros ni ningún hombre la toque. Es una señora y, como tal, hay que tratarla.

Cuando los acontecimientos le crispan un punto más los nervios, Cambara decide precipitar un desenlace y, sin previo aviso, se apea del taxi trabajosamente y, una vez fuera del vehículo, irguiendo su imponente figura bajo el velo, estira los brazos, endereza la espalda, masajeándose las lumbares, y golpea repetidamente el suelo con las botas, a la manera de un elefante espantando a sus atacantes. Además de quitarse el polvo del calzado, espera ser capaz de conjurar con sus gestos a los guardias armados. Desearía poder forjar un sortilegio para que obraran a su antojo. Mira con aire majestuoso: los hombres parecen hechizados, fascinados, y fijan toda su atención en la enigmática figura de una mujer con velo, de más de metro ochenta de altura, con las manos enjaretadas entre los pliegues de su envoltura, sabe Dios con qué intenciones. Quizá porque no están acostumbrados a que las mujeres actúen, la presencia imperiosa de Cambara los desconcierta.

Tal vez desde fuera parezca que sabe lo que hace, pero no así en su interior. Acosada por el temor de no salir airoso, sus vísceras no dejan de agitar cantidades

ingentes de vómito, pero la actriz que lleva dentro se hace con el control absoluto de la situación.

—Puesto que no dejáis entrar a mi taxi —dice—, permitid por favor que el conductor saque del maletero mis compras. Podéis examinarlas. De hecho, os agradecería que uno de vosotros me ayudase a entrarlas en el edificio, ya que no hay botones a la vista.

Dándoles la espalda, echa a andar con porte desgarbado y un esfuerzo colosal a cada paso, consciente de que nadie va a tocarla tras esa actuación consumada. No hay modo de saber si le dispararán por la espalda, pero lo duda. Cuando ha dado unos pasos y los guardias no le ordenan que se detenga para registrarla, vuelve la vista y los sorprende susurrando entre ellos, asintiendo con la cabeza; sus miradas de conformidad acaban cuando Pies Diminutos asume la retirada y Nariz Chata lo sigue.

A instancias de Pies Diminutos, el conductor aparca en un recodo de la carretera polvorienta, donde retira las bolsas de la compra de Cambara y la sigue, sonriendo de oreja a oreja, mientras sus ojos inquietos topan con la cara de pocos amigos de los centinelas. Ninguno de los dos se ofrece a cargar con las bolsas, antes bien, Nariz Chata le hace un gesto de advertencia con el dedo al taxista. Cuando se reúne con ella en la recepción, el conductor, deseoso de volver a su vehículo, deja las bolsas en el suelo y le pregunta a Cambara si quiere que la espere.

—No será necesario —dice ella.

Se quita el velo del rostro y advierte que varios hombres la miran, desde distintos ángulos, sin que ninguno de ellos haga ademán de acercarse a ella. La asalta la curiosa sensación, ciertamente irreverente, de estar haciendo un *striptease* barato.

Avergonzada, saca del bolso un puñado de billetes de mil enrollados con una goma. A ojo, le da al conductor varios fajos de la devaluada moneda somalí.

—¿Basta con esto? —le pregunta.

El hombre sopesa los fajos, calculando al parecer su valor a peso, y los agita delante de su cara, como si no fueran útiles más que para abanicarse con ellos. Aun así, parece complacido.

—Bastará —dice—. Gracias.

Cambara se acerca al mostrador de la recepción, liberada ya del misterio que alberga tras el velo, imponente, con la cabeza alta. Avanza a pasos cortos con elegancia felina difícil de reproducir, sin inmutarse ante la media docena de ojos que siguen cada uno de sus movimientos. Con expresión triunfal, se pavonea confiada.

Uno de los hombres tras el mostrador llama a algunos de los botones y les pide que aguarden. Así lo hacen, con las manos cruzadas a la espalda, a la espera de instrucciones. Cambara tiene la certeza de que cumplirán diligentemente con su cometido; imagina cómo será ocupar una habitación en ese hotel de cuatro estrellas, un mundo que conoce bien por haberse alojado en muchos otros de la misma categoría. La diferencia es que allí, en el Mogadiscio de la guerra civil, la decadencia salta a la vista. A pesar de todo, se le antoja irreal después de haber estado en la

vivienda de Zaak. Recupera su sangre fría a medida que se acerca al letrero de «Recepción». Disfruta del ambiente del lugar, de su limpieza. Se pregunta si la dirección del hotel está al corriente de lo que sucede a la entrada del recinto. No sabe si merece la pena mencionar el detalle.

A corta distancia lee un letrero que reza «Subdirector», al que le faltan la *u* y la *e*. El hombre que al parecer ostenta el cargo la observa con los ojos cómplices de un conocido.

—¿Puedo ayudarla? —le pregunta.

—Seguro que sí —dice ella.

El hombre baja la vista a la pantalla de su ordenador, pulsa varias teclas y se toma el tiempo necesario para verificar los datos que lee. Carraspea antes de disculparse y, a continuación, la sorprende preguntándole si, por casualidad, su nombre es Cambara.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque hemos recibido llamadas reiteradas y otras solicitudes de la directora del Hotel Maanta, que quiere saber si una señora con ese nombre se cuenta entre nuestros huéspedes. Ha telefoneado aquí varias veces. Casualmente, la última hace apenas cinco minutos.

La garganta de Cambara no logra articular ningún sonido audible para el subdirector del hotel. Tan contenta se pone con la noticia que no acierta a contestar: la idea y la alegría de saber que pronto va a hablar con Kiin le ha puesto nerviosa.

El subdirector se percata de su desasosiego.

—Le ruego que me perdone por ser tan directo. Verá, la descripción de Kiin encaja exactamente con usted.

Confiada, acaso porque le conviene creerlo así, de haber hecho lo correcto acudiendo allí justo ese día, se afianza ahora en esa extraña convicción, no sólo por la extraordinaria coincidencia de haber dado con alguien que sabe cómo localizar a Kiin, sino también por el modo en que el movimiento de la cabeza del subdirector del hotel le recuerda a una marioneta que cobrase vida. El silencio se rompe de vez en cuando, con cada inesperado cambio de postura que hacen los botones o el conductor, que sigue por allí como si fueran a precisarse sus servicios.

—Sea bienvenida, en ese caso —dice el subdirector, efusivamente.

El rostro de Cambara se tensa.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con Kiin? —pregunta.

—La llamaré inmediatamente.

—Es usted muy amable —dice ella.

El subdirector consulta la pantalla del ordenador por segunda vez y anota un número en el papel con el membrete del hotel. Cambara percibe la sensación tranquilizadora en el plexo solar, anticipando el próximo movimiento del hombre y su reacción.

—¿En qué más puedo serle de ayuda, entretanto? —le pregunta, solícito.

—¿Tienen restaurante?

—Uno de los mejores de la ciudad.

—¿Puedo dejar estas compras a su cuidado mientras almuerzo? —dice Cambara, inclinándose para levantar una o dos de las bolsas. Su gesto provoca un revuelo instantáneo entre los botones, que se enjambran a su alrededor, prestos a ayudarla—. Las recogeré al terminar, si no hay inconveniente —dice Cambara, cuando los botones retroceden, concediéndole más espacio.

—Por supuesto.

A instancias del subdirector del hotel, dos botones ponen sus compras en la consigna de equipajes, a la derecha de la recepción. Un tercero se ofrece a conducirla al restaurante, situado en la cuarta planta. Mientras sigue al joven por la escalera enmoquetada, apenas puede contener las ganas de despojarse de su envoltura, liberándose al fin del calor de una prenda que apenas la deja moverse y le resulta una carga cada vez más pesada. Piensa que podrá relajarse porque se siente entre amigos y ya no hay necesidad de seguir fingiendo.

Pronto llega a una sala con aire acondicionado, donde un camarero la acompaña hasta una mesa junto a la ventana más alejada del generador, que está encendido. Se acerca otro camarero, vestido con camisa blanca y pantalones oscuros, con el cuaderno de comandas abierto y bolígrafo en ristre, que le informa de que la cocina va a cerrar. Cambara le dice lo que quiere para comer: filete de atún, bien hecho, y arroz, con guarnición de ensalada. A continuación, pide que le indique dónde está el lavabo.

Al levantarse, piensa con una sonrisa que por ahora la suerte la ha favorecido y se pregunta si tiene sentido pagar la tarifa diaria de una habitación en la que relajarse tras un día largo y agotador, pero antes de llegar a la puerta del lavabo descarta esa opción, porque sólo sería un obstáculo que complicaría o retrasaría su traslado posterior al Hotel Maanta de Kiin.

Nada más entrar en el cuarto de aseo se libera del opresivo atuendo, primero quitándose el velo y el pañuelo de colores con gestos teatrales y pasándose luego los dedos extendidos por la larga melena, como si quisiera darle a sus rasgos una forma nueva. El espejo refleja una identidad antigua con la que se alegra de reencontrarse. Con vigor renovado, tararea una de sus melodías favoritas mientras se lava la cara.

Se dice que ha conseguido una suerte de triunfo, en apenas medio día, afortunadamente sin necesidad de exponerse a ningún peligro ni recibir la menor ayuda de Zaak. Se deleita sobre todo en haber visitado la propiedad de su familia, haber conocido a Jiijo, haber llegado por su propio pie al complejo comercial del barrio, donde ha hecho las compras necesarias, además de haber cambiado dólares por chelines somalíes y negociado luego el viaje en taxi hasta el Hotel Shamac. No duda en reconocer que ponerse en contacto con Kiin será fruto de un golpe de suerte y de haber llegado en el momento oportuno, más que de un mérito propio. Considera una revelación ver que no se justifican todas sus preocupaciones ni la inquietud de su madre por la seguridad; que, en guerras civiles de baja intensidad, se puede salir ileso

si se toman las precauciones necesarias y, aún preparándose para lo peor, hay que saber que se desatan desastres y se cortejan peligros por errores que no siempre comete uno mismo.

Desde donde está, en el aseo de la cuarta planta, la brisa marina le acaricia el rostro y reaviva sus recuerdos, estimulando asociaciones agradables del pasado en las que visita de nuevo los días de su juventud en Mogadiscio, cuando los somalíes vivían en paz con su identidad, contentos con un mundo a su medida. El problema ahora es cómo navegar por las sendas peligrosas, infestadas de milicianos descerebrados que hacen que cualquier lugar sea inseguro, ocupando los hogares de otras personas, saqueando, arrancando y usando para cualquier fin las puertas, las cancelas de los garajes, los motores y los tejados de la mayoría de esas propiedades.

Nunca ha imaginado que llegaría el día en que apreciaría cuestiones esenciales que daba por hechas: un cuarto de baño limpio, un inodoro que funciona como es debido, el suelo del aseo immaculado, toallas en las barras. Se reconforta al pensar que está en un lavabo impecable por primera vez desde su llegada y no cabe en sí de alegría, porque demuestra que sólo una sociedad corrupta tolera vivir en semejante inmundicia, en especial los hombres que se refocilan en su propia mugre, como si la porquería se creara sola y se reprodujese por sí misma. Ninguna mujer que puede poner remedio a eso soporta tanta suciedad. Siempre le ha oído decir a su madre que uno es tan limpio por fuera como lo es por dentro.

En el restaurante, Cambara se sienta a la mesa con un brío exagerado, deseosa de que llegue la comida y también alguna noticia de Kiin. Un camarero distinto del que antes la ha acompañado a la mesa recoge su envoltura y la coloca en un perchero. Le dice que es el jefe de comedor, lleva una camisa blanca de manga larga recién planchada, pantalones de sastre caqui y zapatos negros de cordones perfectamente lustrados. Le trae noticias del subdirector del hotel: Kiin está de camino y no tardará en llegar.

—Ah, qué maravilla —dice ella, radiante.

—Y el almuerzo corre de nuestra cuenta.

—Gracias.

Sonríe con la serenidad natural de una mujer que acaba de ganar la lotería. Cuando el hombre se aleja, tal vez para traer el primer plato, Cambara recuerda el espanto de preparar la comida en la cocina de Zaak, utilizando lo que tenía a mano. Cree que nunca olvidará haber decapitado a un pollo con el cuchillo más romo que ha visto jamás, vaciarlo luego de vísceras, limpiar la sangre de las aves que ha sacrificado para los jóvenes armados y prepararlas para comer.

El camarero trae agua con hielo y pocos segundos más tarde un entrante, ensalada de tomate y *mozzarella*, y antes de marcharse a buscar el segundo plato, le alcanza también la botella de aceite de oliva, la sal y la pimienta. Vuelve enseguida, esa vez con el plato de pescado, dorado al punto y aliñado con perejil y una rodaja de limón.

Cambara ataca la comida con fruición inusitada, disfrutando de cada bocado.

Justo cuando se debate pensando si coger una habitación en el hotel por la buena cocina y la limpieza reinante, su mirada inquieta se clava en una mujer que se acerca a ella con cierta urgencia y paso grácil. El corazón de Cambara se acelera, latiendo expectante por conocer a Kiin. Cambara confía que le abrirá más de una puerta que hasta ahora le está vedada. A Cambara le da la impresión de que la mujer, que va muy arreglada, camina con la dignidad de quien está acostumbrado a llevar el mundo sobre la cabeza y se enorgullece de ello. Nerviosa como una chiquilla, Cambara reza para que Kiin y ella compartan la clase de amistad que sólo se fragua entre mujeres. Dios sabe cuánto necesita una mujer la amistad de otras mujeres en una ciudad azotada por la guerra civil, una ciudad repugnante por la degeneración de unos milicianos que disparan a la menor oportunidad.

—Soy Kiin —dice la mujer con chador negro y pañuelo blanco—. Vengo a darte la bienvenida a Mogadiscio.

Silencio. Entonces una sonrisa exquisita se dibuja en el rostro de Kiin, ensanchándole los ojos con el gesto radiante de su boca.

Cambara, que desearía atreverse a abrazar a Kiin en el instante mismo en que se da cuenta de que van a ser amigas del alma, empuja atrás su silla, pensando en conformarse con estrecharle las manos, cuando Kiin la mira a los ojos y la estrecha en un abrazo. Luego la besa en una mejilla, después en la otra. Un pensamiento espontáneo —que Kiin es una mujer con una iniciativa formidable, de carácter fuerte y convicciones profundas— coincide con una idea discordante en el mismo momento en que una sensación cuasimística desciende sobre Cambara, al imaginarse como una muñeca de trapo abandonada a la que salvan del fuego justo a tiempo y le sacuden un poco el polvo. ¿Por qué esas ideas enfrentadas, ora la de la muñeca olvidada por la niña, que tanto cariño le tenía, y no espera más que seguir recibiendo afecto, ora la de la imperiosa Kiin, acuden a ella al mismo tiempo? El velo de Kiin, típico de los Emiratos Árabes, es de un material fino, agradable al tacto, e insinúa unos pechos caídos que delatan una maternidad temprana.

—Bienvenida —dice Kiin—. Siéntate y come.

La adoración instantánea que Cambara siente por Kiin tiene la consistencia de un intenso capricho que llega en condiciones propicias. Propensa a tomar decisiones repentinas, decide hospedarse en el hotel de Kiin, convencida de que será de su agrado y de que usarlo como su base de operaciones y vivir allí contribuirá a la cercanía de ambas, que se irá estrechando con el paso del tiempo. Una relación con personas afines, que suelen compartir la misma comunidad de genios, o *jinn*, como los llaman los somalíes, sólo puede acabar bien.

—¿Cuándo llegaste a la ciudad? ¿Por qué no viniste al hotel o me buscaste? Raxma, amiga y prima mía, ha estado llamando desde Toronto dos veces al día, reprochándome no haberte localizado ni ofrecido una habitación en el hotel. Cada vez que llama pregunta si me he comunicado con todos los hoteles para saber si estás en uno de ellos. Me alegro de que nuestros esfuerzos hayan dado fruto y de encontrarte

sana y salva. No quiero ser indiscreta y, por favor, no me malentiendas, ¿estás a gusto donde te alojas? Y, lo que es más importante, ¿te sientes segura para ocuparte de tus asuntos, cualesquiera que sean? ¿Qué clase de servicios tienes? ¿Hay agua corriente? ¿Dispones de electricidad la mayor parte del día, especialmente a las horas de mucho calor y por la noche, por tu bienestar y seguridad?

Cambara mira de nuevo a Kiin, una mujer de muy buen ver, preciosa y dotada de sabiduría práctica. Por un instante siente el vértigo de la alegría, como una niña que vive en un mundo de luz y de pronto accede a un lugar desde donde domina un espacio mucho más vasto que nunca habría imaginado posible. Un instante después es una adulta con la memoria de una cría, que ha habitado en un territorio luminoso del que un canalla la ha desterrado. Con el corazón latiéndole cada vez más aprisa y sintiendo la conocida escalada de la ansiedad, Cambara dice:

—He estado viviendo en condiciones muy primitivas, si te soy sincera.

—Trasládate a mi hotel. Iremos a buscar tus cosas ahora mismo —propone Kiin—. En el Maanta hay agua corriente, los aseos están limpios, la cocina funciona las veinticuatro horas y tenemos electricidad día y noche. Además es muy seguro. Te facilitaremos desplazamientos desde y a cualquier parte de la ciudad a la que precises llegar, te haremos la compra y la colada y te mantendremos comunicada, por correo electrónico, móvil o lo que desees.

—¿Qué no daría yo por una habitación y un aseo limpios!

Kiin, conmovida, toma a Cambara del brazo y la mira a los ojos con emoción.

—Cuando tú lo digas y me expliques dónde están tus cosas, mandaré que mi conductor y alguien del personal vayan en mi coche a recogerlas.

Cambara sopesa la posibilidad en silencio. Nada de precipitarse, piensa, recordando con qué prisa se enamoró de Wardi y se casó con él. Mira dónde ha terminado: en Mogadiscio, sin hijos, amargada, arriesgando su vida para ganar la batalla a su pérdida.

Kiin interpreta a su manera el silencio de Cambara y le pregunta si hay algún problema.

—¿Problema?

—¿Me permites ser indiscreta? —dice Kiin.

—Adelante, por favor.

—¿Has venido a visitar a algún hombre del que no desees separarte? Por decirlo de otro modo, ¿tienes un problema masculino? —pregunta Kiin y, después, adopta una pose desgarbada, como una habitación revuelta y luego abandonada apresuradamente.

—Es una manera interesante de plantearlo: «un problema masculino». — Cambara parece divertida, asiente con la cabeza y repite la expresión un par de veces, sonriendo.

—Dime en qué te has metido y podremos solucionar cualquier problema, masculino o de cualquier clase, por difícil que sea. Se lo debo a Raxma y te lo debo a

ti como mujer. Resolvemos fácilmente los problemas masculinos en el Mogadiscio de la guerra civil.

Hablando de entender las cosas al revés, aunque con el enfoque de Kiin, no deja de tener sentido. No es de extrañar que Kiin haya malinterpretado la historia de Cambara a partir de lo que Raxma le habrá contado y haya exagerado el problema masculino, dando por hecho que Wardi es el culpable. Sin advertir que Cambara sopesaba si aceptar su oferta de una habitación y un aseo limpios inmediatamente, Kiin ha construido un decorado distinto, confundiendo Toronto, donde tuvo lugar el problema de Cambara con un hombre, por Mogadiscio, donde las cuestiones que se dirimen son otras.

—Te diré qué haremos —Kiin sigue al pie del cañón, decidida a ayudar—. Dame una lista con las cosas que necesitas y las iré a buscar y haré lo que esté a mi alcance por conseguírtelas.

Cambara se sorprende a sí misma cuando las palabras parten de sus labios, porque no ha elaborado realmente una lista tan clara como la que ahora desgrana ante Kiin. Tiene la sensación de ser la médium de otra mujer cuyo cuerpo la aloja en este momento.

—Debo ocuparme de tareas que requieren los servicios de un electricista, un carpintero y un fontanero —dice Cambara—. Me gustaría que me ayudases a encontrar trabajadores cualificados para que empezasen con los trabajos que tengo en mente. No cabe duda, me trasladaré al Maanta antes de lo que crees.

—¿Significa eso que has comprado una propiedad?

—No es eso lo que significa.

—¿Significa entonces que has recuperado la propiedad de tu familia, ocupada por vándalos andrajosos que pasan el día mascando *qaat* y la han dejado reducida a un estado inhabitable? ¿Estás viviendo allí ahora y quieres trasladarte al Maanta mientras se llevan a cabo las reformas? —aventura Kiin.

—No es eso lo que significa.

—¿Qué significa entonces? ¿Por qué necesitas a un carpintero, un fontanero y un electricista?

—Es muy complicado de explicar —contesta Cambara.

—¿Serás tan amable de ir desovillando la naturaleza de tus dificultades, explicando cuáles son, para así estar en posición de ayudarte?

—Concédeme uno o dos días y lo haré —dice Cambara.

Kiin reacciona de un modo extraño. Sus ojos se nublan y apartan la mirada, para evitar que Cambara lea el significado de su comportamiento. ¿Acaso Kiin siente que le ha vuelto la espalda? Da la impresión de que su entusiasmo se desinfla como un globo que, al pincharse con un objeto afilado y explotar, cae al suelo arrugado e inmóvil.

Kiin es la primera en romper el silencio incómodo y buscar a un camarero, quizá para pedir la cuenta y marcharse. Salta a la vista, por el modo en que se mueve en la

silla, que está poniendo fin a la conversación.

—¿Dispones de transporte propio o quieres que me encargue de que te lleven de vuelta al lugar donde te alojas? —le pregunta a Cambara.

Cambara se percata de que su silencio ha molestado a Kiin y ha despertado en ella la suspicacia y se dice que nada de lo que haga o diga ahora aplacará la dureza que se ha instalado en la voz o la mirada de Kiin. Se da cuenta de que es ella la culpable, no Kiin. Tal vez sea demasiado tarde para volver sobre el asunto, pero de todos modos necesita tiempo para tomar decisiones sin precipitación, conocer mejor a Kiin. No habrá más decisiones impulsivas: necesita tiempo e insistirá en tomárselo.

—Apreciaría mucho que me llevasen en coche, gracias.

—¿Dónde estás instalada?

—En casa de mi primo.

—¿Dónde vive?

—Cerca de la antigua fábrica de cigarrillos.

Kiin capta la atención del camarero y le pide que mande llamar a su conductor. El chófer, un hombre atractivo y muy esbelto, de veintipocos años, al llegar se detiene a cierta distancia, poco menos que de espaldas a ellas, mientras escucha a Kiin, que le dice que elija a tres miembros del personal (como en la jerga de Mogadiscio se denomina a los guardias armados) y lleven a Cambara, que para en una casa cerca de la antigua fábrica de cigarrillos.

—¿Vengo luego a recogerla?

—No hace falta —dice Kiin—. Esta es mi ciudad.

Cambara interviene por educación.

—¿Estás segura?

—Tomaré prestado uno de los coches de este hotel.

Al despedirse, después de que Kiin abrace a Cambara y Cambara le diga que ha sido un inmenso placer conocerla, Kiin le da un trozo de papel de un cuaderno en el que ha anotado todas sus coordenadas.

—Tendrás noticias mías antes de que acabe mañana —promete Kiin.

—Descuida, me propongo verte pronto —le asegura Cambara.

Doce

Cambara, liberada ya de impedimentos de ninguna clase, baja con andar ligero y fresca tras una ducha fría. Carga con las bolsas de las compras que ha hecho en el complejo comercial y las deja en el suelo cuando se encuentra con la desagradable presencia de Zaak. Va con el torso descubierto, tambaleándose, lleva un *sarong* precariamente sujeto a la cintura y tiene la frente perlada de sudor. Camina de un lado a otro del salón. Se detiene cuando Cambara está apenas a un metro de él. Olisquea el rastro de la colonia que ella se ha puesto y por alguna razón se enfurece, como un marido celoso que husmea en busca de olores extraños que su pareja trae consigo del exterior.

Tras una pausa calculada, una sonrisa maliciosa adorna su rostro.

—¿Has salido? Y, en ese caso, ¿adónde? —la interroga.

Perpleja, Cambara se entrega a las emociones encontradas e inoportunas que llaman a las puertas de su cerebro. Porque, entre otras cosas, se pregunta si merece la pena recordarle que no tiene ningún derecho a interrogarla con ese tono, que le resulta impertinente, falto de tacto, ofensivo, y que espera que retire la pregunta, puesto que no piensa contestarla. Se siente con derecho a ignorarlo y calla largo rato, asegurándose de que no va a perder los nervios. ¿Qué le importa a él adónde ha ido? ¿Cómo se atreve a creer que puede hacerle preguntas como esas?

—Sí, he salido —dice.

—¿Dónde has estado?

Zaak habla con un tono que la retrotrae a un par de recuerdos desagradables que suele asociar con los años posteriores a su separación, cuando mostró su peor cara.

—Por ahí —dice Cambara.

La cara de Zaak, hinchada por la falta de sueño, adopta una expresión porcina y de su garganta sale una especie de gruñido.

—¿Ahí, dónde?

—En ningún sitio concreto.

—¿Y qué has hecho?

—Nada en particular.

—Has estado tomando el pulso a la ciudad de la que tanto tiempo has estado ausente, ¿verdad? —Zaak habla ahora con más cordialidad de la que siente en realidad o así lo cree Cambara.

—Es una manera de decirlo.

—Concretamente, ¿dónde has estado por ahí?

Cambara mira al vacío, reflexionando con desánimo. Al cabo de unos segundos, sus pensamientos se dispersan en retazos sueltos, que resultan en un torrente de

palabras iracundas que bastarían para ahogarla, que claman ser dichas. Hace un intento comedido de dar cuerpo a sus ideas sin ceder a la rabia. Para su sorpresa, por la confusión de frases incoherentes que se atascan en su garganta, inquietándola, la frustración la lleva a maldecir en silencio, para sí. Tras varios intentos articula un sonido, que no es un gemido ni una burla, sino más bien el intento de una chica mala por contestar con un ataque de risa que le sale mal. Continúa vertiendo insultos entre dientes, pero se las arregla para contener la furia, convencida de que cualquier cosa que diga ahora parecerá inapropiada, aunque eche los restos en respuesta a la reprimenda ligeramente hostil de Zaak, un reproche bajo la máscara de una pregunta.

Tal vez sea hora de cambiar de tema, sobre todo porque no quiere que los hostigamientos la lleven a mentir, como si fuera una esposa culpable que dice pequeñas falsedades para encubrir las enormes lagunas que saltan a la vista en la historia de uno o del otro. Tampoco se arrepiente de lo que ha hecho; todo lo contrario, se siente enormemente satisfecha de los avances del día, contenta. Además, quiere reservarse sus emociones para sí. ¿Qué sentido tiene compartir sus alegrías con Zaak? No ve ningún bien en ganarse su camaradería y, desde luego, no quiere dejarse embaucar fácilmente creyendo que va a prestarle ayuda; hasta el momento no lo ha hecho, desde luego. Recuerda de pronto que su madre comparó una vez la reticencia de su hija, cuando se lo proponía, con una casa capaz de guardar celosamente sus secretos. Cambara trasladará la conversación con un paso tan natural como un caballo que no necesita que el jinete use la espuela para trotar más rápido.

Recoge sus compras. Le apetece cocinar, dar de comer a todo el mundo que esté por allí. Piensa que a su estado de ánimo le vendrá a las mil maravillas.

—¿Qué tal si cenamos? —pregunta.

—Yo ya he comido suficiente por hoy.

Que es un aguafiestas no le pasa por alto a Cambara, pero intenta encontrar el mejor modo de cosechar los frutos de haberse desviado para aprovisionar la vivienda de Zaak de utensilios y alimentos. Hasta ahora ha creído que sus compras a la larga resultarán útiles, es probable que le concedan una ventaja para influir en la mentalidad de los jóvenes de manera inequívoca, el mejor modo de cultivar su amistad. Tiene la sensación de que puede labrar el terreno inculto de sus cerebros sólo si lo riega con gestos afectuosos. ¿Qué va a hacer, reprender a Zaak con dureza o llegar directamente a los jóvenes a través del estómago, alimentándolos con la esperanza de ponerlos de su parte?

—¿Qué hay de los jóvenes y el conductor? —dice Cambara—. Si cocino, a lo mejor quieren comer, ¿qué te parece?

Zaak da unos pasos cortos, se aparta con aire meditabundo, como si ella le hubiese pedido que se alejara. Va hasta el rincón donde suele refugiarse a mascar *qaat* y ordena sus cosas, alisando el catre aquí y allá, levantando el cojín y arrimando la estera y la almohada a la pared, mientras tararea una melodía que Cambara no acierta a descifrar.

—¿Qué interés tienes en los jóvenes armados? —dice Zaak.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué son para ti, por qué te estás preocupando por ellos?

A Cambara se le muda fugazmente el rostro y piensa que será una pena capitular a las insinuaciones de Zaak sólo porque se muestra reacio a hacer los cambios necesarios de actitud hacia los jóvenes. No la sorprenderá lo más mínimo que intente frustrar sus movimientos o se oponga a cualquier propuesta suya, celoso de que esté creando una nueva historia en la que ella y los jóvenes se relacionan de un modo distinto, así como por el hecho de verse expulsado a la jungla indómita, aislado en su propio hogar. Desde luego Cambara es consciente de que su compenetración con los jóvenes estará, como poco, erizada de toda clase de dificultades, sobre todo si al desplegar sus dotes de persuasión pacífica intenta modelar una relación fluida con uno o dos de ellos. Por el momento se hace a la idea de que nada de lo que Zaak haga ni los ataques de mal genio por parte de cualquiera de los jóvenes impedirán que persiga una meta fundamental: establecer con ellos una tregua, por así decir, al tiempo que lucha por todos los medios a su alcance para recuperar la propiedad familiar. Bien se sabe que las grandes oportunidades se pierden por la falta de pericia con los pequeños mecanismos de un artefacto, hasta que acaban obligando a desistir de utilizarlo.

—Estaré encantada de cocinar para todos —se ofrece.

—Me la traen al paio los jóvenes y su comida —contesta Zaak, irascible, mientras se dispone a sentarse, doblándose por la cintura, levantando el culo, con la barriga hinchada y, apoyándose en las manos, tantea el jergón tratando de encontrar una postura cómoda para ponerse en cuclillas primero y luego sentarse. Sudando copiosamente, respira jadeante, con dificultad.

Carece de sentido decirle que ella sirve a sus propios fines cuando da de comer a los jóvenes. No así en su propósito de cuidar de Pelo Sedoso: él es especial. En cualquier caso duda que Zaak la entienda.

Sentado, con la respiración acompasada ya, Zaak se regodea.

—Ya les he suministrado su ración diaria de *qaat* fresco y ahora están mascando, dudo que la comida cocinada vaya a interesarles. En cuanto a mí, estoy listo para ponerme a mascar tranquilamente y eres bienvenida si quieres acompañarme.

El tono de Cambara, aun siendo descaradamente cordial, niega la intención de lo que dice, con una media sonrisa.

—Gracias, pero no.

—Por cierto, ¿qué vas a cocinar, teniendo en cuenta que en la casa no hay comida y que yo no he traído nada? —pregunta Zaak.

—He ido a comprar.

—¿Ah, sí?

—Además de comida —dice ella, sorprendiéndolo—, traigo un par de utensilios de cocina y otras cosas que me irán bien cuando esté en la cocina.

La noche cae antes de tiempo, penetra en los ojos de Zaak y se instala en ellos, de manera que la oscuridad de la hora hace difícil para Cambara interpretar su expresión incierta. No sabría decir si está contento de que haya ido a hacer recados y vuelto con las compras o si está molesto. De una cosa está segura: que al no saber, puesto que no le ha informado con sinceridad de sus movimientos y los contactos que ha hecho, Zaak está más ofendido que preocupado. Confirma sus sospechas al hablar.

—Dime —le pide—, ¿no te habrás lanzado, en tu locura, a uno u otro de los territorios peligrosos de la ciudad, en tu descabellado propósito de visitar la propiedad de tu familia?

—Peligroso o no, descabellado o no, como puedes ver sigo aquí, ilesa —contesta ella—. Gracias por tu ayuda. No lo olvidaré.

Zaak levanta el mentón, airado.

—¿Qué estás diciendo?

—Nada nuevo, por ahora.

—¿Me estás amenazando en algún sentido?

Indignado, se levanta, perdiendo los modales, al principio sin saber adónde va y qué se propone hacer; va de un lado a otro, como si buscara un objeto irrecuperable. Parece una fiera, está más enfadado consigo mismo que con Cambara. La mira fijamente, con furia, y cuando aparta la vista, no sabe qué hacer. Al fin logra calmar sus nervios, antes de acomodarse en lo posible para ponerse a masticar un buen rato a placer, con los haces de *qaat* esparcidos a su alrededor. Cambara se percata de que arrastra la pierna derecha al ir a sentarse, no sabe si porque tiene el pie entumecido o quizá esté impedido, en vista de que nunca camina ni hace ejercicio. Tan en baja forma y con mala salud se encuentra que cualquier actividad física o gesto subraya su decrepitud, que en definitiva acaso sea la dolencia de su falta de ambición.

Despotricando, se pone a gatas, arrodillado, poco menos que arrastrándose torpemente, apoyando su falta de agilidad en ambas manos, que tiemblan a punto de flaquear, y hace un esfuerzo descomunal para dar un giro de ciento ochenta grados antes de desplomarse, sudando. Está hinchado, molesto por su falta de aliento, resoplando, antes de lograr arrellanarse por fin en una postura cómoda. Entonces exhala, aliviado.

Cuando ha descansado lo necesario para recuperar la compostura, pregunta:

—¿Cómo hiciste para ir de un sitio a otro?

—Fui caminando.

—¿Fuiste caminando a todas partes?

—He vuelto en taxi.

—¿Desde dónde? Sé concreta.

Cambara sopesa la pregunta y la orden de ser concreta, sintiendo la presencia de una trampa invisible, como un control de velocidad, en la que uno cae sin darse cuenta. No hay modo de saber si el conductor o los jóvenes la han visto en el taxi que la llevó del complejo comercial o del hotel a la casa. Y, puesto que Zaak no tiene el

carisma ni la astucia para sonsacarle ninguna información, lo mejor será que evite la emboscada.

Habla sin decir nada.

—¿Sabes que puedo caminar millas y millas si me lo propongo? ¿Recuerdas que solía ir a correr de vez en cuando y trotaba diez millas de un tirón, sin descansar ni un momento?

—¿Ningún problema?

—Ni uno solo.

Zaak coge un haz de *qaat*, elige un par de brotes verdes, arranca las hojas tiernas con el brío de un verdugo decapitando a un criminal y se las mete en la boca. Cuando endurece la mirada, Cambara supone que por los malos auspicios del comportamiento de una loca que corteja el peligro saliendo sola, a pie, cuando él le ha ofrecido llevarla en un todoterreno, con conductor y escolta armada. Eso es lo que él dirá, aunque no sea cierto.

—Tú no estás bien de la cabeza —le suelta Zaak.

—Quizá tengas razón.

—Es muy raro comportarse como tú lo haces.

Cambara no reacciona frente a sus comentarios indecorosos, sino que consulta el reloj y estudia la esfera y las manecillas como una semianalfabeta intentaría apresar el sentido esquivo de la secuencia de letras que tiene delante. Interpreta ese «Tú no estás bien de la cabeza» como «Tú no te estás comportando como una mujer». Recuerda episodios del pasado en que otros hombres emplearon palabras similares para rebajarla.

—Todo debe de parecerte una aventura increíble, ¿verdad? Ir en busca del peligro —salta Zaak, con voz casi quebrada y mirada imprecisa. Conociéndolo, Cambara imagina que estará más irritado consigo mismo por parecer indefenso que con ella por haber agotado su caballerosidad y poner a prueba su paciencia.

—Eso no voy a negártelo —contesta Cambara.

—¿Cortejar el peligro tiene algún atractivo?

—Para alguna gente, sí.

—¿A ti te atrae?

—No lo había pensado desde ese punto de vista.

Quizá Zaak ve en las actividades de Cambara el comportamiento de una mujer ávida de sexo que no llora tanto la muerte de su único hijo como el haberse quedado sin marido. ¿Será por eso que se repliega en los contornos imprecisos de la indulgencia, tratándola de loca y negándose a tener nada que ver con su conducta impetuosa, para un segundo después mostrarse preocupado y advertirle que no siga adelante? Por su parte, a Cambara le ronda una y otra vez un pensamiento, que analiza desde todos los ángulos posibles. ¿Obedece un mandato superior al querer dejar todo lugar por el que pasa en mejores condiciones que lo encontró? ¿Es por eso que ha comprado la comida, con la misma soltura que le ha pedido a Kiin que le

consiga a un fontanero y un electricista? Tal vez debería preparar a Zaak para los cambios que piensa llevar a cabo. Sabe que no aprobará las reformas sin presentar batalla. A fin de cuentas, un cerdo está más a gusto revolcándose en su miseria que en una cama con colchón, cobertor y sábanas recién lavadas.

—¿Por qué? —pregunta Zaak de repente.

Y a continuación junta las palmas en el gesto de un orador rezando el Salat ul Khauf, que se representa en tiempos de guerra cuando resulta difícil acogerse a otras oraciones por temor a la hostilidad reinante. Zaak la mira fijamente y el rostro se le ensombrece. Cambara cree que está enojado, aunque le pese; sospecha que cree que está loca de atar, por venir a Mogadiscio como lo ha hecho e ir por ahí sola.

No se molesta en contestarle.

—¿Por qué? —repite Zaak, separando las palmas de las manos y juntándolas de nuevo, en el ademán de quien se dispone a rezar y se prepara para recibir una bendición.

—¿Qué quieres decir con ese porqué?

—¿Por qué me estás haciendo esto?

—No te estoy haciendo nada.

—Desde luego que sí —dice—. Y lo sabes.

Zaak está bañado en sudor y murmura blasfemias. Cambara cree que no puede apaciguar su frustración, por no saber de dónde nace. ¿Acaso padece una especie de calentura súbita, temiendo que la impaciencia incontrolada de Cambara la aboque a un desastre seguro? ¿O es porque le molesta no poder doblegarla a que haga su voluntad y porque, cuando ella zozobre y él intervenga para ayudarla, no estará en condición de poder hacer nada? En cualquier caso, no puede eludir la sensación de culpa.

—Hoy he llamado a tu madre por teléfono —dice.

Un gran malestar se apodera del estado de ánimo de Cambara. Siente la sacudida de la rabia, que repentinamente le sube a la cabeza hasta prácticamente cegarla.

—¿Cuándo has llamado a mi madre? —pregunta.

—Llegué a casa de improviso a mediodía y vi que te habías ido —dice Zaak—, sin dejar una nota ni ninguna indicación de dónde podías estar. Estaba preocupado. En calidad de anfitrión, primo y antiguo cónyuge, no dejaba de pensar: «¿Qué voy a decirle a Arda si algo te sucede?». Fue entonces cuando la llamé.

—¿Pensaste que ella sabría dónde estaba?

—Pensé que podría ponerme al corriente.

—¿De qué? ¿Ponerte al corriente de qué?

—De las cosas que tú no me cuentas.

—Ya veo —contesta ella, con sarcasmo.

—¿Qué es lo que ves?

—Seguro que pensaste que era tu obligación conmigo, ¿no?

—¿En qué sentido?

—Como primo varón, te sientes responsable.

—No te voy a negar que así es —admite Zaak.

—No me quitas de encima tus ojos de hombre para vigilarme y vigilar lo que hago y quieres asegurarte de que, aun cuando ponga mi vida en peligro con un acto de locura del que harás todo lo que esté en tu poder por disuadirme, no debo deshonrar tu nombre ni el nombre de la familia.

—Siento que es mi deber, es cierto.

—¿Acaso te piensas que estamos en Arabia Saudí? —pregunta Cambara.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Ella lo mira fijamente a los ojos y topa con su expresión incómoda, que es más de sorpresa que de indignación. Desde luego sabe a qué se refiere Cambara: está acusándole de comportarse como un obtuso.

Se demora reflexionando su respuesta, antes de negar con la cabeza en señal de desaprobación.

—No seas ridícula —dice al fin.

Luego guarda silencio y frunce el ceño, acaso para añadir una condición a su reproche, y da la impresión de que una preocupación le oscurece el rostro. Cuando la sombra que envuelve su aspecto se disipa, musita las palabras «No seas ridícula» una segunda, una tercera vez, y Cambara recuerda la cita de un autor cuyo nombre ha olvidado, que dice que no es el niño, sino el muchacho el que por lo general sobrevive en el hombre.

—¡Eres insoportable! —exclama Zaak.

Cambara recuerda que cuando los dos eran jóvenes él solía describirla o censurar sus actitudes con varias expresiones predilectas, entre las que descollaba la palabra «insoportable». O la tachaba de «incorregible». El primer exabrupto se lo dedicaba siempre directamente a ella y el segundo a menudo lo empleaba al hablar de ella con terceros. Eran tiempos en que esos apelativos los hacía en un tono de voz amistoso, sin un ápice de rabia. Quizá la consideraba descarada en su forma de mirar o de hacer guasa con amenazas de tocarlo así o asá, aunque nunca se atreviese por temor a una reprimenda de su madre. Zaak era vulnerable cuando lo provocaban y su tendencia era ceder. Ella solía acusarlo de mentir y él no se molestaba en reñirla, a menos que se avergonzara, como a menudo le ocurría si estaba delante de sus amigos. Cambara recuerda lo impresionado que se quedó la primera vez que usó pintalabios, de su madre, a los nueve años. Y de la divertida cara de asombro que puso cuando la vio ponerse un sujetador para cubrirse las aureolas de piel oscura que pasaban por pezones.

Cambara está meditando qué hacer o qué decir cuando advierte la proximidad de un cambio y oye pasos silenciosos, que sugieren la presencia de alguien caminando de puntillas, con intenciones desconocidas. Al volverse ve una silueta recortada contra la luz de la entrada, que no avanza ni retrocede. Cuando se da cuenta de que es Pelo Sedoso, una sonrisa de alivio le ensancha el rostro.

—¿Quieres venir y ayudarme a preparar la cena? —le dice al muchacho.

—Sí —contesta.

Le dice a Pelo Sedoso que vaya a la cocina y empiece a cortar cebollas, tomates y ajo en la nueva tabla que ha traído.

Entonces, cuando se dispone a despedirse educadamente de Zaak, él habla despacio, desgranando las palabras con letargo, quizá por efecto del *qaat*.

—¿Sabes por qué no es un buen augurio que los que vienen de fuera, sin entender lo que está pasando en Somalia ni qué ha hecho estallar la guerra civil, se entrometan?

A Cambara no le gusta la intención, el tono ni lo que insinúa su pregunta, pero se da cuenta de que no tiene ningún deseo de hacer más burlas a su costa y ataja la cuestión.

—Dímelo.

—Porque cuando los somalíes nos estamos desangrando unos a otros, preferimos resolver nuestras diferencias sin que intervengan de fuera.

A Cambara le impresiona los grandes progresos de Pelo Sedoso, cuyas habilidades en la cocina mejoran con una rapidez asombrosa. Encuentra las cebollas cortadas, el ajo machacado, los tomates cortados en cuartos, las patatas y las zanahorias lavadas y peladas en remojo.

Por su comportamiento, su lenguaje corporal y los giros de su habla, se convence de que probablemente el muchacho viene de una familia de clase media: un niño de diez años arrastrado por las complicaciones de la guerra civil, tal vez sus padres murieran y no le quedase ningún pariente que cuidase de él. Aun así Cambara opta por no hacerle preguntas, temiendo que se cierre en banda. La apertura gradual del chico, que ha iniciado el diálogo por voluntad propia y luego le ha puesto punto final, remite a Cambara a dos imágenes simultáneas: una tortuga que esconde la cabeza por instinto de conservación y un lagarto que se escabulle a la menor amenaza.

Una vez preparado el *curry* de verduras y el arroz, Cambara le pide que lleve comida a los jóvenes al cobertizo, donde están acampados. Le hace prometer que traerá los recipientes de vuelta, los lavará, los colocará en la escurridera y tirará los platos de cartón y los cuchillos de plástico. Cuando le pregunta a Zaak si ha cambiado de opinión y quiere comer, él rechaza el ofrecimiento con un «Buenas noches».

Ella se retira a su cuarto a leer y dormir.

Trece

Sintiéndose joven de corazón y fuerte de cuerpo, sabiendo que su juicio es cuestionable pero aun así firme en su obstinación de poner las cosas en movimiento, Cambara sale de la casa de Zaak a la mañana siguiente envuelta en un velo gris holgado, hecho a medida, con cremalleras en los costados para poder quitárselo fácilmente y con rapidez en caso de tener que emprenderla a patadas de kárate con un posible agresor. Es un velo más cómodo y agradable de llevar, ligero y transpirable y, por añadidura, de color claro. Echa a andar, una vez ha cerrado la cancela con llave y se ha asegurado de que nadie la sigue. La decisión con que camina sugiere un apremio secreto que sólo ella conoce; sus pasos tienen un propósito. Un observador accidental podría pensar que huye de la escena de un crimen, tensa por el temor de que puedan atraparla antes de escapar.

Une las cejas en un gesto de concentración, frunciendo el ceño y mirando al suelo en prueba de su determinación. Lleva consigo varios objetos comprados el día anterior en la tienda y que ha escondido en un rincón de su cuarto hasta esa misma mañana. Quiere ofrecer en señal de paz las cajas de caramelos y unas cuantas barritas de chocolate a los niños a cargo de Jiijo, la crema y la loción corporal, el champú, los jabones y otros artículos de higiene femenina a la propia Jiijo, también lleva un poco de arroz. Devolverá el bolso al tendero, si dispone de tiempo. Ligeramente preocupada ante la posibilidad de demorarse más de lo necesario, por no saber cuándo vuelven los niños de la escuela, espera presentarse ante Jiijo, ver a los pequeños y acabar de conocer los pormenores de la mujer antes de que el caudillo menor y sus secuaces se levanten de sus noches hasta las tantas. Entre otras cosas, Cambara se propone averiguar algunos datos esenciales sobre su principal enemigo, que le bastarán para saber qué hacer y decidir si comparte la información que recabe con Kiin y cuantos puedan echarle una mano para desalojarlo. Necesita exprimir al máximo la conversación de hoy con Jiijo y los niños a su cargo, cualquier cosa que pueda concederle una ventaja en sus planes futuros. El expropiador de la casa y sus adláteres, por lo que ha averiguado hasta el momento, parecen totalmente ajenos al mundo real, pasan todas las horas de vigilia mascando *qaat* y luego duermen la mona hasta primera hora de la tarde. Cambara reza para que se atengan a ese horario sin alterar sus costumbres.

Mientras avanza con aplomo, Cambara se da cuenta de que no pasará mucho tiempo antes de que sus visitas recurrentes levanten las sospechas de Jiijo y le pida explicaciones de los motivos que de verdad la mueven. Trata de dar con un modo de precisar quiénes serán los rivales contra los que tendrá que enfrentarse, qué relaciones guardan unos con otros y, más concretamente, respecto a la propiedad: dónde reside

cada cual, cuántos duermen en cada habitación y qué papel juegan los niños en esa ecuación. Los acercamientos amistosos y los obsequios pueden contribuir a disipar las sospechas tanto como a despertar la desconfianza latente de una persona. Ella misma no sabe si mantendrá la entereza ante la adversidad; si sus primeras tentativas para conseguir la información que busca no dan resultados fiables y las condiciones se vuelven en su contra, no le quedará más opción que tratar de esquivar las consecuencias inevitables que puedan desembocar en violencia. A pesar de los avances que ha logrado aquí y allá, de haber descubierto que hay ternura en el interior de chavales curtidos por fuera así como en personas como Jiijo, Cambara está segura de que dar un gran paso en firme llevará días.

Si hay una preocupación que hace sombra a todas las inquietudes que la asedian, es que le parece oportuno variar el recorrido hasta la propiedad de la familia, desviándose del camino del día anterior. Porque los problemas surgen en cualquier territorio por el que se pasa dos veces. Alguien puede pasar desapercibido la primera vez, pero si toma la misma ruta de nuevo, brinda la oportunidad de que le tiendan una emboscada. Los milicianos armados montan puestos de control en cuestión de segundos y detienen a los peatones y los vehículos que transitan, hostigándolos para imponerles un peaje, robarles. Así es como van las cosas, le han advertido con frecuencia. Zaak ha comentado en más de una ocasión que los puestos de vigilancia ni se molestan en distinguir entre las mercaderías que un oficial de aduanas en un punto de entrada al país podría gravar con impuestos y una mujer que está haciendo sus recados y pasa por uno de esos controles. Sin embargo, Cambara no se atreve a cambiar mucho el recorrido por miedo a perderse y no saber llegar a la propiedad.

Apenas ha emprendido un trayecto que sabe que va a ser arduo, Cambara se adentra con paso decidido en una ráfaga de viento que se arremolina con violencia. Una tormenta de arena se levanta ante ella poderosamente en un remolino impetuoso que azota a su paso, desatando su furia infame. El torbellino de arena empuja a Cambara hacia un lado, tropieza, se tambalea y, con un precario equilibrio, se lanza adelante, casi sin poder mantenerse erguida y sujetar las bolsas de la compra que les lleva a Jiijo y los niños a los que la joven cuida. Avanza con paso inseguro, tratando de ver si hay algo a lo que asirse con la mano que tiene libre, para no caer en una zanja o tropezar en una cloaca. La ráfaga de arena le azota en los ojos, lastimándola y cegándola. Se detiene en seco, se vuelve de espaldas al viento y, recuperando el equilibrio, empieza a avanzar hacia atrás con los ojos cerrados.

La ventisca cesa por un breve instante dándole un respiro y Cambara divisa a los lejos un halcón imperturbable posado en un poste de la luz: envidia la firmeza con que está allí plantado y admira la agilidad con que el ave se balancea ahora ligeramente hacia delante y hacia atrás. El halcón, ejecutando una especie de danza, siempre se las arregla para recuperar el equilibrio, las plumas de sus alas se ahuecan, abriéndose apenas, mientras que las garras siguen aferrándose al cable; mantiene la cabeza inclinada hacia delante, como rindiendo homenaje a un dios del viento.

Cambara sigue sus movimientos con suma atención cuando su pie topa con un taco de papeles. Se agacha a recogerlo y, al ver que se trata de un cuaderno, decide que lo examinará a sus anchas más tarde.

Enseguida ve aparecer ante sus ojos tres figuras misteriosas, a pesar de que no consigue distinguirlas en relación con el mundo de confusión en que la ha sumido la tormenta de arena. Por añadidura ve que tendrá que sortear un camino de obstáculos, puesto que el suelo está salpicado de placas de zinc que deben de haberse desprendido de los clavos que las sujetaban a los techos de chapa, así como de pedazos pequeños y grandes de contrachapado que ha volteado la repentina ráfaga de arena y han aterrizado por doquier. Cambara se pregunta si el cuaderno que acaba de recoger y ahora sostiene entre las manos tiene algo que ver con las figuras, ya materializadas en siluetas humanas reconocibles. Sin temor, porque no conoce ninguna razón para temerlas, deja las bolsas en el suelo y aguarda a las figuras que se acercan, aprovechando para poner el taco de papeles en una de las bolsas de la compra y trasladar el peso a su mano izquierda, para disponer de una mano libre y defenderse si es el caso.

Desata su memoria al galope, recordándose que lleva un cuchillo y que tiene muchas posibilidades de ganarse un enfrentamiento con jóvenes de cualquier calaña, aunque sabe que el factor sorpresa puede ser una ventaja para ella. No tiene ni idea de quiénes son los hombres jóvenes que se acercan, bien pueden estar pisándole los talones desde que salió de casa de Zaak o querer tenderle una trampa porque la vieran haciendo el mismo camino el día anterior. En su fuero interno cree que los rufianes que zascandilean por las calles son mequetrefes a los que les tiemblan las rodillas y son incapaces de reaccionar cuando ven a una mujer que, cuchillo en mano, los desafía para pelear. Y eso es lo que va a hacer, desde luego. No es que la hayan asaltado o violado nunca, salvo actuando. Ha oído decir que violar a mujeres es el principal pasatiempo de los jóvenes de Mogadiscio.

En ese momento, como a propósito, al modo en que un árbitro detendría un combate de boxeo, una nueva ventisca de arena se levanta con tanta furia que de pronto Cambara no distingue las siluetas. De hecho, desaparecen tras la cortina de polvo y, cuando vuelve a verlas, aparecen en su campo de visión en una sucesión de volteretas, al principio de manera periférica, y ya más cerca cobran una prominencia física que ella asocia con un peligro inminente, hasta que realmente los percibe como una amenaza del todo inoportuna.

Los espera. Al acercarse, su incomodidad la despoja de toda la valentía y se siente flaquear precisamente en un aspecto en que se creía fuerte: sus convicciones. Para empezar, porque no sabe qué se proponen o si el taco de papeles que ha recogido y ha puesto en una de sus bolsas tiene alguna relación con sus intenciones. ¿Qué pueden querer de ella? Para más seguridad, oculta los papeles bajo el velo, cerca del pecho, sintiendo que el corazón le late más aprisa de lo normal. No ha sido su intención provocar a nadie ni atraer la atención sobre su persona, pero en caso de que así haya

sucedido, tendrá que zanjar la cuestión. No va a temerlos ni a huir de ellos, pues sabe que al menor indicio de pánico se le echarán encima como perros. Ahora se ciernen sobre ella igual que una manada de leones arrinconando a su presa. Cambara abre las cremalleras de los costados de su velo para tener libertad de movimientos y poder defenderse mejor.

Son cuatro jóvenes: sólo uno lleva un arma de fuego a la vista y otro un bate grueso. Cambara se dice que podrá derribar a la vez al que va armado y al del bate, no le cabe duda. Le preocupan los otros dos: uno es un muchacho de edad incierta que más bien parece enano, porque a pesar de su corta estatura luce músculos plenamente desarrollados; el otro es flaco como un junco, apenas una amenaza para ella. Con el cuchillo en la mano izquierda, oculto tras una bolsa de la compra, Cambara se aparta de ellos con la lentitud de una cazadora en territorio conocido, convenciéndose de que es ella la que los persigue y no al revés. Se detiene de repente y se encara con ellos; las ansias de golpear al que lleva el arma la obligan a debatirse bajo el peso de su conciencia, preocupada por la posibilidad de matarlo a él, así como al del bate.

Entonces habla, con la voz rezumando el malhumor de un hombre. Se dirige al más alto de todos. Lo elige a él porque se está acercando amenazadoramente, mientras los demás se quedan atrás, como ateniéndose a los límites que deben respetarse con una mujer que lleva velo, a la que un hombre no debe aproximarse de un modo irreverente.

—¿Qué es lo que quieres?

Él endurece la voz y, lanzando el bate hacia la derecha, estudia el rostro de Cambara, quizá para averiguar si tiene miedo.

—Es una lástima que tengas que ir tapada —dice—. ¿Por qué esconder la belleza con la que Dios te ha bendecido?

El joven es adicto al *qaat*, a juzgar por sus dientes cariados y los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño. Una vez empieza, se comporta con un desdén absoluto. Seguro que también es un exhibicionista; Cambara ha visto esa misma actitud hacia el sexo y esa mirada lasciva en otros hombres con mentes igual de enfermas. No va a dejarse amilanar ni someterse fácilmente. Ojos Lascivos se abarca la entrepierna con ambas manos y empieza a sobarse, sin apartar la mirada de ella.

—¿No te apetece? —le pregunta.

Para jugar con ventaja, Cambara da un paso atrás y gana distancia mientras sopesa sus opciones y piensa qué debe hacer frente a un comportamiento tan soez, a la par que trata de prever cuál será la reacción de su rival. Desde luego ella es novata en el campo de la violencia física: esa es la primera vez que va a enfrentarse con un desconocido en esos términos. Se dice que una cosa es intercambiar golpes con Wardi, que en cualquier caso no era ningún extraño, y otra es desafiar a los rufianes de la ciudad. Cambara siente que la temperatura de su cuerpo aumenta hasta alcanzar la de un armario para caldear la ropa; se queda sin aliento, con los pulmones vacíos

de oxígeno y la sensación de haberse secado por dentro. Si el miedo no la paraliza es porque sabe que puede darle una patada de kárate en los testículos y luego, de propina, patearle también el culo.

Ojos Lascivos se sorprende de que Cambara lo mire fijamente, sin miedo, a través de la malla del velo, con una sonrisa de odio, tratándolo como si ambos entablasen un duelo con la mirada; ella lo contempla casi divertida, mientras que él parece molesto, incluso un poco tembloroso. Se propone llevar ese desafío mental a su terreno: quiere irritarlo para que actúe precipitadamente. Sin embargo, él tiene su propio plan y empieza a gesticular como si se masturbara. Cuando Cambara se burla de él, Ojos Lascivos se desconcierta. Para mayor vergüenza, piensa qué impresión tendrán de él sus tres compañeros, que lo observan con gran interés.

En un intento por imponerse, Ojos Lascivos hace una seña a su otro compañero armado, quizá sugiriéndole que intervenga. Cambara concentra ahora su mirada pétrea en él. Los movimientos de su mano bajo el velo suscitan expresiones de preocupación en Compañero Armado, que da un paso atrás. Se mantiene alejado de los demás, en actitud vigilante, y aunque parece preparado para disparar, actúa como si la cosa no fuera con él. Cambara se comporta como si nada de todo eso la inmutara. Espera a que uno de los jóvenes haga un movimiento, mientras taladra con sus ojos apenas visibles el punto débil que identifica en el más joven de los muchachos, quizá porque cree que es un chico dulce en una edad vulnerable que tal vez viva en circunstancias distintas, pero está expuesto a la influencia de sus compinches. Se da cuenta de que el chico no está tan loco como para desafiar a Ojos Lascivos o a Compañero Armado ni impedirles que dejen de incordiarla.

A él se dirige con el tono de una mujer mayor, con voz trémula que imposta sin esfuerzo aparente.

—¿Es que tus amigos —le dice— no tienen respeto por una mujer que podría ser su madre, que va camino de ayudar a una nieta de su edad?

Crío se inquieta. Pasea la mirada de Ojos Lascivos a Compañero Armado, luego al compañero que guarda silencio y por último a Cambara, con una expresión marcada por la incertidumbre. Tan increíble situación y la mirada suplicante de Crío la inducen a hacer acopio en su interior del aplomo que las circunstancias exigen. Es consciente de que Crío no supone ningún desafío para los demás: lo sabe y sabe que ellos también lo saben. Por añadidura, el chico no encuentra palabras con las que desmarcarse de ellos y, aunque Cambara percibe que desearía poder distanciarse de sus compañeros, es evidente que carece de la corpulencia física o la experiencia para plantar cara a Ojos Lascivos y Compañero Armado y poder salir airoso. La angustia de Cambara se aplaca un poco ante la idea de que Crío pueda ponerse de su lado. En tal caso, se limitará a enfrentarse con los dos que buscan pelea y tal vez con el tercero que permanece callado todo el rato. Sin saber cómo reaccionará su posible aliado o si querrá involucrarse, se prepara para emprenderla a golpes de kárate con cualquiera que haga el menor movimiento amenazador.

Cuando Cambara desplaza la mano hacia el lugar donde guarda el arma blanca y el taco de papeles oculto, Ojos Lascivos cambia de actitud con la velocidad de un semáforo que se pone en ámbar. Cambara lo mira, antes de posar la vista en Compañero Armado y, por último, en Crío.

—Entrégamelo —le ordena el joven de los ojos inyectados en sangre.

Cambara vuelve a mirarlos a los tres, fingiéndose atemorizada. Consigue su propósito.

—¿Por qué no dejas a la señora en paz? —intercede Crío con Ojos Lascivos—. Mira cómo se está poniendo. La estás asustando.

—¿Darte lo que llevo aquí? —le dice Cambara al joven de la mirada libidinosa.

Ojos Lascivos se mantiene cerca de Compañero Armado, que tiene la expresión inmutable de un boxeador profesional al que un portero de discoteca borracho desafía a pelear.

Mientras tanto, Crío sigue hablando.

—Mi madre va al mercado a comprar, con su velo. Por favor, deja a esta mujer en paz. ¿No ves que va respetablemente vestida?

Ojos Lascivos susurra algo al oído de Compañero Armado antes de contestar a Crío.

—Te daré una patada en los dientes si no cierras la boca. Ella no es como tu madre o la mía. Es una puta de ciudad.

—Las putas no se cubren como esta buena mujer —replica Crío—. Así que déjala reemprender su camino, por favor.

Ojos Lascivos contesta a Crío, a punto de perder la paciencia.

—Pídele que dé un par de pasos adelante y un par de pasos atrás y verás a qué me refiero.

—¿Qué es lo que voy a ver?

—Acuérdate, idiota —le dice el matón—, que yo fui quien la vio ayer y la siguió un buen rato. Y te digo que no camina como una mujer respetable.

—¿Pero qué importa eso?

Compañero Armado empieza a pavonearse con andares de modelo sobre la pasarela.

—No es tan bella como Iman.

—Apuesto a que sí. Bajo el velo.

—Hagamos que se quite el velo —dice Ojos Lascivos.

—¿Mirarás lo que esconde en el pecho?

—Venga —acercándose a ella, el joven de la mirada lasciva le dice al que va armado—: Cúbreme, que allá voy.

Extiende una mano hacia ella.

—No me toques —le dice Cambara.

—¿Y si lo hago?

—Quedas avisado.

El joven se vuelve a sus compañeros.

—Me está amenazando.

—Demuéstrale que eres hombre —dice Compañero Armado.

El otro, mirando de nuevo a Cambara, le pregunta:

—¿Me estás retando?

Al acercarse a ella, con la mano en alto para tocar la textura del velo, Cambara huele su mal aliento y siente la misma repugnancia que si le estuviera proponiendo mantener relaciones contra su voluntad. La indigna vivamente la idea de que pueda mancillarla y por fin se permite apartarse del decoro y emplear la violencia. Los muchachos ven atónitos cómo agarra a Ojos Lascivos de la mano y le retuerce el brazo hasta que por poco se lo descoyunta. Entonces, con un movimiento tan feroz que a ella misma le sorprende, actúa como la versión enajenada de un perro al que no han vacunado contra la rabia y, antes de que Compañero Armado sepa qué está sucediendo, le propina una patada voladora con furia inesperada y acto seguido otra a Ojos Lascivos en la entrepierna. El fusil de Compañero Armado cae a los pies de Cambara, mientras Ojos Lascivos rueda por el suelo gimiendo de dolor y sujetándose la hombría herida. Cambara no se ocupa de Crío, que, con los ojos como platos por el miedo, contempla lo que les ha hecho a sus dos compinches bravucones, paseando la mirada de Cambara a Ojos Lascivos y Compañero Armado, que yacen poco menos que exánimes en el suelo, uno agarrándose la garganta entre quejidos, el otro con las manos en la entrepierna y llorando de dolor, y por último a su compañero silencioso, que posiblemente sea sordo o mudo o algo así, piensa Cambara. Por un momento, Crío no sabe si poner las manos en alto en señal de rendición ante su autoridad o reiterar su postura de que en todo momento ha creído que debían dejarla en paz. Optando por quedarse, Crío comenta no sólo que no será necesario que lo trate con la misma animosidad que a sus compañeros sino también que lleva unas botas muy bonitas. Bajo el velo, que no es un velo corriente porque tiene cremalleras a los lados, sus piernas pueden moverse con libertad.

Tras apartar el fusil del alcance de los jóvenes con una patada, oye que un coche se acerca, se detiene y varios hombres bajan del vehículo. Cambara está decidida a no ceder terreno ni huir, pase lo que pase. Empuña su arma blanca por si precisa utilizarla, en principio para asustarlos, y como último recurso defenderse con ella. Los hombres, sin embargo, se toman su tiempo, ajenos a las prisas; el que camina con la espalda erguida como un palo de escoba se dirige hacia ella con la autoridad de quien se cree el dueño de las carreteras y todo y todos cuanto le rodean; el otro, con las manos ocultas a la vista, valora la situación con la profesionalidad de un soldado. Se inclina, sin permitir que sus ojos se aparten un solo instante de los dos muchachos tendidos en el suelo, da un puntapié al fusil como hacen en las películas y luego hace un gesto de conformidad con la cabeza al hombre de la espalda tiesa como un palo.

Cuanto más observa al hombre de porte erguido, más atraída hacia él se siente Cambara, convencida de que su vida dará un vuelco entre el momento en que ambos

intercambien unas palabras y el momento en que se separen. El hombre enigmático parece reunir todos los rasgos de un destino que se le ofrece a Cambara, un destino que ella no sólo está dispuesta a agradecer sino también a aceptar con la impotencia de una mujer subyugada por la fascinación. La pregunta es si está preparada para recibirlo.

—¿Hay problemas, podemos serle de ayuda? —pregunta el hombre de la espalda erguida al que tiene aspecto de soldado.

Cambara recupera un estado en el que no cabe el miedo. Más aún, siente que pocos actos de valentía hay ahora mismo que no fuese capaz de acometer. Se distrae al recordar un dicho atribuido a un cobarde de Mogadiscio: cualquier hombre que puede matar una rata con las manos sin temor también puede asesinar a un ser humano.

Trata de ocultar en su voz la magnitud de su desazón.

—No hay problemas de los que yo tenga conocimiento, a menos que vosotros los traigáis.

—Traemos paz.

La mirada se le nubla al observar al hombre, que se presenta y dice llamarse Bile, y seguidamente al tipo de aspecto militar, al que le presenta como Dajaal. Bile hace las presentaciones entrecerrando los ojos para protegerse del sol, mientras que Dajaal se mueve a sus anchas, como si inspeccionase una zona disputada en un conflicto, garantizando que sea segura para los vencedores que acaban de conquistarla. En primer lugar recupera el arma de fuego y el bate, antes de decirle a Crío que se largue de allí. Luego se acerca al coche y saca cables elásticos con los que ata las manos a Ojos Lascivos y Compañero Armado a la espalda.

—¿Por qué hace eso? —pregunta Cambara a Bile.

—Para inmovilizarlos hasta que nos vayamos.

—Desde aquí, ¿adónde nos dirigimos? —se pregunta Dajaal en voz alta.

—Preguntémoselo a la señora —propone Bile.

—Llévame, por favor.

—¿Dónde vive? —pregunta Dajaal.

Cambara tensa los músculos.

—Te llevaremos a donde quieras ir —dice Bile para convencerla de sus buenas intenciones.

Dajaal no parece muy conforme.

—Venga, de todos modos.

Cuando por fin abandonan el lugar, flota en el aire una sensación generalizada de triunfo. El alivio se graba en el rostro de Cambara mientras, a instancias de Bile, Dajaal la escolta del «escenario de la batalla de una mujer virtuosa contra las fuerzas del mal que asedian la ciudad» hasta el vehículo, rozando apenas con la yema de los dedos la vaporosa manga de su velo. Dajaal les dice a Ojos Lascivos y sus compinches que se larguen de allí y los echa a patadas, prometiéndoles peores

represalias si vuelve a verlos por el barrio. Inspiradas esperanzas se alzan ante Cambara una vez se acomoda en el asiento trasero detrás de Bile, que cuando guarda silencio da la impresión de vivir en su propio mundo.

Cambara se llama a la prudencia, diciéndose que deberá ir con cuidado de no rendirse al encanto hechicero de Bile, un hombre atractivo con una mirada distante muy particular, que da la impresión de que difícilmente se fijará en otros ojos, a pesar de los discretos requerimientos de Dajaal. El único esfuerzo físico que hace es quitarse las gafas, echar vaho primero en un cristal y luego en el otro y, a continuación, limpiarlas con un pañuelo limpio, que después vuelve a guardarse en el bolsillo del pantalón. Luego se frota los ojos y una sonrisa le ensancha los rasgos. Bile hace a Cambara pensar en un niño que no quiere despertar de un sueño profundo.

—¿Adónde? —pregunta Dajaal. No obtiene respuesta—. Le he preguntado dónde vive.

Ella aparta la mirada de Dajaal y la posa en Bile, quien, para el ojo avezado de una mujer a la que le gusta interpretar las expresiones del rostro, parece cansado de batallar. Aunque no puede explicar por qué le interesa, no acierta a precisar cuál es la relación que une a los dos hombres: Dajaal toma la iniciativa, mientras Bile permanece en silencio, absorto en sus pensamientos, en el asiento delantero, sin prácticamente expresar su parecer. Cambara advierte que sostiene un libro con gesto delicado, utilizando el dedo índice de punto; desvía la mirada con impaciencia, como ansioso por retomar la lectura interrumpida. Por mucho que lo intenta, Cambara no consigue averiguar el título del libro que Bile tiene en el regazo. Convencida de que es un hombre más interesante que Dajaal, desea ser testigo de sus pensamientos íntimos.

Inquieta, su mirada ágil topa con la de Dajaal y sonrío. Aunque no quiere admitirlo, lo cierto es que no conoce los nombres de las calles por las que transitan. Tampoco sabe cómo guiarlo hasta la propiedad familiar. Al fin y al cabo, ir a pie a un sitio es distinto de ir en un coche que conduce otra persona.

—¿Puedo guiarte hasta el lugar al que quiero que me lleves?

—Tenga la bondad —dice Dajaal.

El hombre sigue sus indicaciones, haciendo un esfuerzo deliberado por no mirar a Cambara ni a Bile. Con la vista puesta en el frente gira a la izquierda, tuerce a la derecha y luego continúa hasta llegar al complejo comercial, donde ella le pide que se detenga. Se baja del vehículo y les da las gracias a ambos. Se demora en la ventanilla del copiloto, cerca de donde Bile está anotando números de teléfono en un trozo de papel, que le entrega sin mediar palabra.

Al alejarse un par de pasos del vehículo, Cambara toma conciencia de que, más allá de toda duda, su vida en Mogadiscio y su destino acaban de dar un vuelco decisivo. Espera que su encuentro con los dos hombres, sobre todo con Bile, resulte propicio.

Catorce

Acompañada por un escolta hasta la propiedad de su familia, Cambara se alegra de que el tendero, al que agradecidamente ha devuelto el bolso que le dejó, ha demostrado ser digno de su confianza y su admiración, prestándole verdadera ayuda. Lástima que no se haya acordado de preguntarle por su mujer, de la que no había señal alguna, por lo que Cambara ha podido ver. Ha salido del complejo comercial cargada con un surtido de comestibles, algunos de los cuales le ha comprado a él, otros con su ayuda, pues ha tenido la amabilidad de mandar a uno de sus ayudantes a buscar lo que precisaba, ora a otras tiendas, ora a los puestos de productos frescos. Al ver que sus compras eran demasiado pesadas para cargarlas sola, el sobrino del tendero, un muchacho adolescente, se ha ofrecido a llevarlas en la carretilla, de manera que los dos caminan ahora sin apenas romper el silencio durante el trayecto. Cambara se pregunta cómo dispensar al chico antes de llegar al destino, sin levantar las sospechas del muchacho ni ir en perjuicio suyo, dada la cantidad de bolsas que tendrá que llevar auestas. En cualquier caso, no quiere que el chico esté al corriente de sus asuntos, ni tampoco tiene ganas de que conozca a Jijio ni a individuos de mala calaña. Si la suerte le sonríe, llegarán a la meta sin que haya nadie cerca de la cancela de la propiedad ni por los alrededores y sin que ronde gente por la calle. Cambara cree que se detendrá dos puertas más abajo o más arriba de la de la propiedad, depende, y le dará al chico una propina generosa antes de despedirlo, diciéndole: «Gracias, has sido un cielo. Ahora me las apaño sola». Un par de minutos después de que se vaya, ella llamará a la cancela, ya sin escolta.

Quiere la fortuna favorecerla una vez más, se dice. Al acercarse a la casa, informa al chico de que han llegado al final de su viaje y le da las gracias.

—Mi tío... —balbucea el muchacho.

—Lo sé —lo ataja ella, y guarda silencio.

—¿Qué voy a decirle si me separo de usted aquí?

—Que me has acompañado hasta la puerta de casa.

El chico se demora, dudando si obedecer su orden o quedarse donde está, como a la espera de oír una confirmación. Parece angustiado, con la expresión de alguien duro de oído que no sabe con certeza si ha leído bien los labios de su interlocutor. Cambara desea que deje de titubear y se vaya. Los movimientos del muchacho indican que no quiere marcharse antes de cerciorarse de que la mujer llega sana y salva al lugar que va a visitar, a buen seguro porque el tendero espera esa confirmación.

—Por favor, emprende el regreso —le dice al chico, ahuyentándolo con un gesto de las manos. Liberado de la carga, el adolescente se demora con pose desgarbada,

torcido, bizqueando con nerviosismo.

El chico cede a la curiosidad de saber cuál va a ser el próximo paso de la mujer y echa a caminar hacia atrás, deteniéndose sólo después de tropezar patosamente. Recupera el equilibrio enseguida y, antes de dar media vuelta, sonríe de oreja a oreja. Luego se toma su tiempo para observar el montículo de tierra que ha impedido su avance y sobre él vierte una cascada de insultos. Cambara le dice adiós con la mano en el mismo instante en que siente un ardor impetuoso recorriéndole el cuerpo. Aunque el origen de la euforia es un misterio para ella, no puede contener la gratitud por la buena suerte que la acompaña, porque hasta ahora no ha encontrado obstáculos hostiles a sus acciones. Por fortuna para ella el trato amistoso con el tendero y su sobrino ha dado un paso más, aunque sólo sea por la diligencia con que se prestarán a ayudarla cuando decida los medios y el momento de poner en práctica su plan y dar el paso de desalojar al caudillo menor y sus esbirros de la casa familiar.

Apenas un minuto después de asegurarse de que se ha desprendido de su escolta, Cambara mira a su alrededor con cautela. Al no advertir ninguna señal de alerta, carga con las bolsas de la compra al otro lado de la calle para trasladarlas al lado de la cancela de la propiedad, por lo que tiene que hacer dos o tres viajes. Deja las bolsas en el suelo, jadeando, y reúne el valor de tocar a la cancela, primero suavemente, una y otra vez, y después con firmeza. Espera, con el corazón martilleándole los oídos.

Mientras aguarda en suspenso, se siente mal al preguntarse si podrían acusarla, con toda razón, de ser artera, puesto que hasta ahora ha malinformado a la gente o se ha reservado los datos pertinentes de Zaak y todas las personas que se han cruzado en su camino. Se exculpa diciéndose que no se propone engañar a nadie, sólo alcanzar sus objetivos. Su objetivo último, a fin de cuentas, es recuperar la propiedad de su familia corriendo los menores riesgos posibles. Cree que cuanto menos sepan los demás de lo que se trae entre manos, por lo menos mientras sienta las bases de su plan, mayores serán sus posibilidades de éxito. Por encima de todo quiere que Jiijo baje la guardia, confíe en ella y, con el tiempo, merecer su aprobación.

Cambara se siente una persona distinta de la que, hace apenas una hora, peleó a patadas con los jóvenes y los obligó a someterse a los dictados de su voluntad, tanto en el plano físico como mental. En ese momento su actitud discrepa de su tendencia a las ideas dispersas y además está en desacuerdo con la actitud que ella misma adoptó en la misión de reconocimiento de esa misma zona hace un par de días. No le cabe duda de que ha dado grandes pasos desde entonces, gracias a la loable y serena convicción en los frutos que darán sus acercamientos a Jiijo. Se siente más segura de su propia capacidad para encarar las condiciones impuestas por la guerra civil de lo que creyó que podría soportar.

Permanece a un lado, con las compras esparcidas alrededor de la entrada. Su nerviosismo la empuja a sentir menos miedo, a pesar de que la invade una extraña sensación de *déjà vu*, porque está segura de que ha vivido un instante similar a ese en el pasado, una situación en la que, al negarle lo que le pertenecía por derecho, ella

recogía el guante, luchaba y ganaba la batalla. Le da la impresión de ser un mero testigo, no la protagonista de su historia, como si el desarrollo de los acontecimientos no fuese de su incumbencia. Entonces el corazón empieza a latirle apresuradamente contra las costillas, siente que le falta el aire en los pulmones y se pregunta si se habrá perdido en una trama urdida por alguien que no es ella. La luz que iluminaba su mirada se torna opaca.

Cierra los ojos y, a punto de celebrar su triunfo, oye unos pasos ligeros acercarse y, sin que sea preciso llamar de nuevo, la puerta se abre, con la cautela de un invitado que bosteza en presencia de un anfitrión hospitalario. Por la mitad del rostro que alcanza a ver, Cambara se desplaza ligeramente a la derecha para ponerse a la vista de Jiijo.

—Soy yo, Jiijo. Por favor, déjame entrar —dice.

Cambara se queda inmóvil al recordar, aunque tarde, que en su intento por anteponer el secretismo y la taciturnidad, le había dado a Jiijo un nombre falso, que lamentablemente ahora no recuerda. Espera no pagar caro ese error y que no deje una mancha en la naturaleza y el carácter de la relación entre ambas.

Jiijo abre la cancela. El cansancio se delata en su mirada, demacrada por las ojeras hinchadas y apenas sin brillo. Los movimientos de su cuerpo revelan que no puede con la fatiga. Al erguirse, sus facciones se contraen por la turbación y las dos mujeres se miran perplejas, sin moverse ni decir nada durante unos instantes.

—Vamos adentro, déjame ayudarte —le dice Cambara con amabilidad—. Yo llevaré estas cosas. Me haré cargo de todo.

Jiijo suelta la cancela con un gesto de dolor por las punzadas que le atacan el costado derecho y se masajea mientras echa a andar hacia el patio, abierto al cielo. Cambara no la sigue inmediatamente. Inspecciona con ojos escrutadores el espacio que se abre tras la cancela y espera a hacerse una idea de la situación, valorando con cautela si es seguro entrar. Al fin y al cabo, no basta con suponer a las bravas que el caudillo y sus esbirros están durmiendo a pierna suelta después de pasar la noche mascando *qaat*. Cuando se convence de que no hay nadie vagando por allí y de que todas las puertas que dan al patio están cerradas, entra, ayuda a Jiijo, que sigue sujetándose un costado, frotándose, y la lleva al mismo catre de la otra vez. Después vuelve para entrar sus compras y las pone a buen recaudo.

—¿Te traigo algo? —le pregunta Cambara.

Aunque con rotundidad, Jiijo expresa su alivio de manera inadecuada, con una actitud que da pie a la indiferencia. Luego, de repente, la expresión de dolor de su cara la lleva a rendirse totalmente a la realidad, así como al recuerdo de otros dolores, algunos de cosecha reciente.

Cambara se contiene, dudando si aliviar las molestias físicas que a todas luces sufre Jiijo con un masaje localizado, un gesto bondadoso de entrega humilde al recuerdo de cuando llevó a Dalmar en su vientre. Tiene la impresión de que no se equivoca al suponer que, al igual que Wardi, Gudcur no ayuda a Jiijo en su estado

actual.

Sin embargo Cambara se distrae en el momento en que siente el peso de los papeles que ha rescatado de los jóvenes. Fugazmente la asalta el recuerdo del desagradable encuentro que ha tenido con ellos y advierte con inquietud que los papeles le resbalan y se alojan cerca de su ombligo, con la consiguiente incomodidad y el picor que le producen, pero nada puede hacer, más que desear estar sola en una habitación donde desvestirse y despojarse de esos papeles antes de rascarse a sus anchas.

Contrariada por no recordar el alias que ella misma se atribuyó, se recuerda que mientras que a Jiijo no le dio más que hechos distorsionados que se acomodan con su disfraz, a Dajaal y Bile les ha dicho la verdad. Como es lógico, recela de Jiijo, pero no es capaz de articular por qué ha decidido confiar en Dajaal y Bile, a pesar de no conocer ni a uno ni a otro. Pase lo que pase, debe evitar que su mente se pierda por derroteros inciertos, pues ahí es donde están los escollos.

La respiración fatigosa de Jiijo preocupa a Cambara, porque no ha previsto ninguna eventualidad que la obligue a ir en busca de ayuda al exterior, de alguien que le diga dónde conseguir una ambulancia o un médico, no sabe a qué o a quién podría recurrir. No tiene intención de confiar en Zaak, así que no le quedará más opción que depender de los extraños a los que acaba de conocer, como Kiin, Dajaal, Bile o el tendero, para que le echen una mano. Cambara oye entonces que Jiijo habla dócilmente, indecisa, espaciando las palabras innecesariamente, como en los mensajes generados por ordenador. Tras poner todo su empeño en descifrar lo que dice Jiijo, llega a la conclusión de que se culpa por no recordar su nombre.

—Mi nombre no importa —dice Cambara con voz firme, decididamente intrépida, a pesar de las circunstancias. Pudiera ser que Jiijo esté ocultando que ha averiguado la verdad sobre Cambara, con la idea de poner en entredicho su historia más adelante. Procurando no caer en actos contraproducentes basados en sospechas infundadas, añade—: Dime qué te sucede, dónde te duele. Puedo ir a buscar un taxi y llevarte a un hospital, si es necesario.

El nudo de preocupación que oprimía a Cambara, constriñéndole la garganta, se deshace. Le invade de pronto, en cambio, una sensación de alivio y se tranquiliza en medio del silencio prolongado, interrumpido tan sólo por la respiración dificultosa de Jiijo.

Jiijo se incorpora en el catre, visiblemente incómoda, con el gesto transido de dolor, estirando las piernas en una postura desmañada. Su piel, seca como el siroco y descamada, da muestras de descuido. Es posible que el malestar físico de Jiijo por su embarazo se iniciara en su mente antes de dejarse notar en el resto del cuerpo.

—¿Vas a decirme qué te ocurre para saber qué debo hacer? —le pregunta Cambara.

—Anoche me pegó —dice Jiijo con un hilo de voz.

Cambara apuesta su intuición a que sabe quién es el hombre que ha pegado a

Jiijo. Recuerda haberse cernido sobre él mientras yacía boca abajo, roncando, rodeado de media docena de almohadones y cojines, un hombre en un mundo separado de los demás, que no tenían ni almohadones ni cojines. Disgustada, piensa en entrar ahora en el dormitorio, donde sabe que encontrará a ese hombre y a sus compinches durmiendo tras pasar la noche entera mascando *qaat*, y vapulearlo, aunque no sea por otra razón que recordar cómo se ocupó de Wardi. Cambara duda si plantearle a Jiijo las preguntas que se le ocurren en ese momento y traspasar así el umbral de su intimidad. Quiere saber quién es ese hombre para Jiijo, cuál es la naturaleza de su relación, antes de decidir qué camino tomar. Habrá de procurar no añadir más humillación a la que la mujer ha padecido ya, pues acaso la paralizaría y la recluiría en el ostracismo. Un instante después, sin embargo, Cambara está contemplando la situación de Jiijo desde una perspectiva en la que ambas ya no habitan esferas nítidamente autónomas, delimitadas por las consabidas diferencias de clase, procedencia y experiencia que las separan ni por cualquier frontera invisible de desconfianza. En ese contexto advierte que, como mujeres que son, comparten el hecho de haber vivido en carne propia la violencia masculina, puesto que ambas han sufrido a su manera a manos de sus compañeros.

—¿Dónde está?

—No está aquí.

—¿Y qué hay de sus hombres?

—Todos se han ido.

—¿Adónde?

—Van a participar en una escaramuza por el control de una cabeza de puente cercana a la aldea de Jowhar, que da acceso a Mogadiscio —explica Jiijo, enjugándose las mejillas, ahora que ha dejado de llorar.

—¿Cuándo crees que estarán de vuelta?

—Ni idea.

La rapidez mental de Cambara entra en acción.

—Te diré qué vamos a hacer.

El miedo cala en la mirada de Jiijo, también en su voz.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta.

El hecho de que Jiijo se incluya en la propuesta al principio desconcierta a Cambara, pero, considerándolo un instante, se entusiasma al punto de que patalea despreocupada.

—Vamos a prepararte algo de comer —dice.

—No sé si voy a poder comer nada.

—Mientras ve a darte una ducha —dice Cambara, convencida de que logrará persuadirla para que coma algo—. Hablaremos cuando termines.

Jiijo la complace.

En pago de su cortesía, Cambara va a ver a Jiijo cada momento que se lo permite su quehacer, ora apartando las manos del cuerpo, porque ha estado cortando cebolla o

ajo, ora lavándose las y tocándole la frente con el dorso de la mano. En una ocasión, la fiebre de la mirada de Jiijo flota en el delirio de la calentura, las pupilas se velan con el frenesí de la ansiedad, los labios se endurecen, parecen cubiertos en una costra de barro reseco por la que cae la saliva, mientras la lengua asoma inmóvil como un caimán tomando el sol.

Entre las idas y venidas de la cocina y atender las necesidades de Jiijo, Cambara aprovecha la oportunidad para estudiar el trazado del lugar. Pasa revista al estado en que se encuentra la propiedad, por ser la primera vez que la tiene a su entera disposición, con la libertad de moverse a sus anchas. Salta a la vista que la casa está sumamente deteriorada, no sólo venida a menos por la zafiedad y la dejadez de sus inquilinos, que antes de ocuparla probablemente nunca habían puesto un pie en una vivienda similar, pero también a causa de los saqueos, que en algunas de las habitaciones no han perdonado nada. Aun así se maravilla al comprobar que el salón, utilizado para las recepciones y las fiestas, está immaculado. Por lo demás, la casa requerirá arreglos pormenorizados, la clase de cuidados expertos que precisa una obra de arte mal conservada.

Con la comida preparada y la inspección concluida, Cambara lleva dos platos rebosantes, uno para ella y el otro para Jiijo.

—Alimenta tu fiebre —le dice, alentándola a comer— y estarás en pie en un abrir y cerrar de ojos.

Jiijo se pone a comer, aunque no sin antes regalarse la vista y deleitándose en la atención que Cambara le ha prodigado hasta el momento. Cuando las dos han comido y ha retirado los platos, Cambara vuelve y le dice a Jiijo:

—Oigamos tu historia.

—¿Por dónde empezar? —pregunta Jiijo.

Disponiéndose a escucharla, Cambara imagina que por las arterias de Jiijo corre la sangre bautismal del sacrificio. Observa también que su porte es hoy muy distinto, la pobre mujer parece aún más desvalida que antes, ni siquiera se la ve una mujer capaz de nada. Cuando se conocieron, Jiijo le dio la impresión de ser una mujer decidida a seguir adelante, fuerte, se comportó con la actitud que corresponde a una señora de alcurnia.

—No sé quién eres —dice la mujer con voz grave— ni por qué te abro mi corazón. Podría decirse que «desgracia» es mi apellido. Si me dispongo a hablar sin reservas es porque sé que nada puede causarme más daño del que ya he sufrido.

Entonces guarda silencio largamente para dar forma al relato en su cabeza antes de hacer partícipe a Cambara y con la encallecida mano derecha se agarra el muslo, que, al igual que el resto del cuerpo, está tan reseco por el rigor de los elementos que la vida parece haberlo abandonado. Cambara se propone acordarse de elegirle una de sus cremas hidratantes, segura de que devolverá el lustre a la piel de Jiijo. La mujer se masajea el muslo de arriba abajo para aliviar el dolor de huesos a la par que su angustia mental.

—Soy hija de un sastre —se presenta Jiijo—. Mi padre llevaba un pequeño negocio de confección junto con dos de sus hermanos menores. Estábamos bien, teníamos lo suficiente, siempre había comida en nuestra mesa y nos sentíamos afortunados con nuestra suerte. Para ganar más dinero, mi padre hacía además de cerrajero, regentaba uno de los dos talleres de la zona de la ciudad en la que vivíamos. Dado que él y yo estábamos muy unidos, pasaba mucho tiempo con él en la sastrería, cosa que mis tíos no aprobaban, o lo ayudaba haciendo llaves. Desde muy pronto me sentí más sensata que los niños de mi edad, muchos de los cuales eran cortos de miras o inmaduros. Mi padre no quiso casarme con uno de mis primos, como es tradición entre los xamaris, sino que me permitió continuar en la escuela. Podría decirse que soy la única de todos mis primos que tengo algunos estudios. Me estaba preparando para los exámenes finales de la secundaria cuando quedé embarazada fuera del matrimonio. No tuve más alternativa que casarme, no con el padre de la criatura, sino con un primo lejano de la parentela más rica de mi nutrida familia. Entonces tuvo lugar el hundimiento.

Luego silencio, tratando al parecer de contener la tormenta de furia que en forma de rabia se agolpa en su interior. Los músculos del rostro se le tensan, como si la mera idea de lo sucedido le causara un dolor inmenso. Cambara, alerta a cuanto la rodea, se percata de que el plato que Jiijo ha limpiado casi con avaricia, está a punto de caer de la mesa. Lo coge a tiempo y lo deja en el suelo, junto a sus pies.

Jiijo continúa.

—He conocido la violación en grupo en carne propia, con tanta frecuencia que parecía una amiga que me visitara a diario. Desde que se hundió el estado, yo he vivido cautiva, encerrada en un pequeño cuarto de una casa grande la mayor parte de los últimos años, un pequeño cuarto sin luz donde me volví tan temerosa como un gatito ciego. Sufrí la humillación diaria de no saber cuál de los muchos jóvenes acudían a mi cuarto y me tomaban. Me asombra no haber perdido completamente la razón o haberme aferrado al filo de la vida como una cría se agarra al costado de su madre. Mi suplicio duró hasta que Gudcur se erigió en mi dueño. Por mucho que me cueste admitirlo ahora, reconozco que vi en él un protector que aparecía en escena para liberarme de nuevos temores. Una vez a todos les quedó claro que yo era su mujer, opté por asumir serenamente mi condición y aceptarla. Mi buen carácter aparecía siempre que él demostraba lo tierno que podía ser cuando quería.

Hablar de su mísero pasado y tocar los horribles episodios que había vivido parece procurar a Jiijo cierto consuelo pasajero de sus agonías. Logra adoptar el semblante grave de una mujer herida, al tiempo que subraya la fuerza de su personalidad.

Cabizbaja, Jiijo prosigue.

—Hay momentos en que mi situación me ofrece una extraña satisfacción, si te detienes a pensarlo. Al ser analfabetos, los hombres acuden a mí para que los ayude a manejar sus vidas de un modo curiosamente gratificante. Además, leo y escribo sus

cartas y les preparo todas las comidas. Hasta hace uno o dos años, que volvieron a abrir las escuelas, solía enseñar a los hijos de Gudcur.

Jiijo sabe contar historias. Resulta turbador verla, mientras habla, arrancándose el vello de los sobacos medio despoblados. A Cambara le parece que Jiijo es otra actriz, aunque sin pulir, en estado puro, carente de formación. Es por cómo habla, el modo en que pronuncia sus frases con una soltura desconcertante, como si explicara un relato, que es a un tiempo el suyo y el de toda la nación. No hay duda de que la mujer ha tenido una vida difícil, pero, por su forma de narrar su historia, da la impresión de que Jiijo se desnuda ante Cambara con la franqueza con que se comunican quienes se saben víctimas por igual. Cambara aguza el oído, atenta a las modulaciones de su voz, y milagrosamente se las arregla para conjurar cualquier presagio de temor, con la convicción de que nadie podrá herir a Jiijo más de lo que ya la han herido.

Hay también orden en la narración de la historia de Jiijo. Hay también disciplina en la elección de las palabras con las que describe su estado de ánimo presente. A Cambara le da por pensar que Jiijo, a pesar de su semblante adusto, halla placer en el relato de su historia y le resulta fascinante verla improvisar sus frases, desgranando una idea por vez. Cautivada, observa a Jiijo reinventarse en ese mismo instante, frente a sus ojos. Cambara, gracias a un cúmulo de circunstancias, cree vislumbrar la fortaleza interior de aquella mujer.

—¿Qué ayuda puede esperar una nación condenada como la nuestra? —dice Jiijo de pronto, y ella lucha por no dejar traslucir su sobresalto.

Deseando que Jiijo retome su historia, Cambara responde con una pregunta.

—¿Qué se siente al estar casada, no con el padre de tu hijo sino con otro hombre, por más que sea un primo carnal, que tus padres eligieron para ti, es de suponer que para mantener la fachada del honor de la familia? —le dice.

Jiijo manipula con total concentración un callo del dedo pequeño de su pie derecho, arrancándose la piel muerta y tirándola lejos.

—No fui capaz de engañar al hombre con quien iba a casarme. Preferí engañar a mi familia y por eso acudí a una «enfermera de medianoche», como las llaman en estos pagos, y aborté sin que lo supiera nadie, salvo una amiga de la escuela. Caí enferma, estuve muy grave. Mi madre fue la primera en saber la razón y convenció a mi padre, sin hacerlo partícipe de nuestro secreto, de que aplazara la boda hasta que me recuperase. Me aflige que él muriera, apenas dos semanas después de que estallara la guerra civil, sin enterarse de lo que yo había hecho.

—Háblame de tu marido.

Entonces Jiijo acomete su discurso con la solemnidad tácita de lo que se propone expresar.

—Los negocios le iban muy bien y, curiosamente, fuimos felices el uno con el otro durante mucho tiempo, los dos juntos —dice—. Era el marido más tierno, me cuidaba a las mil maravillas y colmaba todas mis necesidades, complacía todos mis deseos y aún muchos más. Sin embargo, yo no era feliz en mi matrimonio porque no

teníamos hijos. Después de intentarlo durante varios años sin éxito, me mandó a Europa, sin reparar en gastos, a consultar con médicos, algunos de los cuales me visitaron. Los médicos me hicieron muchas pruebas, me sometieron a varios tratamientos, pero todo fue en vano. Deseaba tanto llevar un hijo en mis entrañas, quizá por haber abortado antes, quizá por la culpa de saber que él era un hombre bueno y yo una mala mujer a la que algún día le sucedería algo terrible, no tengo ni idea. Sí sé que sentía la necesidad de que mi cuerpo pasase por un embarazo y quería que mi marido compartiese conmigo la experiencia, las tribulaciones y las alegrías de la maternidad. Pensé que eso nos uniría, por ser un goce para él tanto como lo sería para mí.

La historia conmueve a Cambara, que, al recordar cuánta dicha fue para ella dar a luz, comprende muy bien el dilema de la mujer.

—No fui capaz de decidirme a confesar que me había sometido a un aborto antes —prosigue Jijjo—, por no saber qué bien podía hacer, pero los médicos, que leían mi cuerpo como un ciego lee Braille, tuvieron sus propias razones para no mencionárselo a mi marido.

Jijjo se halla ahora en un estado de visible desasosiego; un instante habla con brío, para sumirse a continuación en un silencio sombrío de pesadumbre o hablar con abandono indolente, la voz preñada de las lágrimas contenidas a la espera de ser liberadas.

—Cuando pienso en cómo me ha tratado Gudcur, el que ha sido el padre de mis hijos, y reflexiono sobre mi cautiverio —dice Jijjo—, me resulta difícil conciliar la ternura que ha demostrado hacia mí, su elegida, con la crueldad que otros ven en él. No negaré haber padecido su dureza de corazón. He sido testigo de ella cuando elabora estratagemas, más crueles que el dolor físico que los milicianos a sus órdenes infligen a sus víctimas: palizas, violaciones, saqueos, vandalismo... Y desde luego anoche me pegó, eso no lo niego.

Suena un móvil en algún lugar de la casa, probablemente en la habitación que hay enfrente de la suya. Jijjo se yergue, primero frunciendo el ceño y luego guardando silencio, acaso en actitud de reproche. Varios timbrazos más del teléfono, a los que ni Jijjo ni Cambara contestan, coinciden con unos golpes en la cancela de entrada a la casa. Al oír el alboroto de las voces familiares de sus hijos, Jijjo pide a Cambara que vaya a abrirles y Cambara lo hace con gusto.

Agotada de tanto hablar, demasiado cansada tras contarle a Cambara su historia y sin fuerzas para atender la indigencia interminable en la que viven, Jijjo busca un refugio alejado del alboroto de los niños. Desaparece de la escena escabulléndose con sigilo y cerrando la puerta tras de sí.

A solas con los cuatro niños recién llegados de la escuela coránica, de edades comprendidas entre los seis y los doce años, Cambara les pregunta cómo les ha ido el día, sin escuchar sus respuestas, les da de comer y luego les obsequia con golosinas y chocolates, que comen para contento de sus corazones. Después los entretiene con

una fábula india, que les relata de memoria.

He aquí una vez que las sendas de azores y grajos se cruzan con la de una zorra herida que yace indefensa bajo un árbol. Los azores y los grajos acuerdan compartir los despojos a partes iguales, de manera que la mitad superior de la zorra será para los grajos y la mitad inferior para los azores.

La zorra se burla de sus opciones por parecerle un reparto equivocado, esgrimiendo el argumento de que, dada la naturaleza de las cosas y según el orden de la creación, los azores son superiores a los grajos, de manera que es desconcertante que su mitad superior vaya a parar a carroñeros de la más baja estofa como son los grajos. En opinión de la zorra, la cabeza, los sesos y otras exquisiteces deberían corresponderles a los azores.

Puesto que no logran ponerse de acuerdo, entre los azores y los grajos se desencadena una guerra, a raíz de la cual hay muchas muertes en ambos bandos, y los pocos supervivientes huyen a duras penas del campo de batalla. Entretanto la zorra se da un festín de varios días con los azores y los grajos muertos y abandona el lugar con la salud recobrada, observando cómo se benefician los débiles de las discrepancias de los poderosos.

Cuando el más pequeño de los niños le suplica que les cuente otra historia, Cambara consulta el reloj y se da cuenta de que lleva allí más de tres horas. Sopesa el mejor modo de devolver la responsabilidad de cuidar de los niños a su madre, confiando en el menor de ellos para que la despierte y así poder marcharse. Jijjo se reúne con ellos al levantarse y, aunque tenga los ojos somnolientos, parece repuesta. Y Cambara se retira al cuarto de baño a leer las hojas de papel azotadas por la tormenta. Resultan ser páginas arrancadas de un documento de una compañía petrolera norteamericana, donde se detallan pagos a un conocido caudillo de Mogadiscio. Lamentablemente, lo olvida allí al salir.

Cambara se despide, prometiéndole a Jijjo y los niños que volverá tan pronto como pueda. Sale por la puerta a toda prisa.

Quince

Cambara, siguiendo una regla básica en una guerra civil, toma una ruta distinta de la que antes la llevó al complejo comercial, con la idea de buscar un taxi para ir al Hotel Maanta. Se mueve con la cautela y la determinación de un lagarto, sin que se le escape nada, lista para encararse con los jóvenes que zanganean en las esquinas o frente a los edificios que ocupan, a la espera de que pasen posibles víctimas. Hay quien cree que ir en grupo es más seguro, Cambara no. Prefiere hacer las cosas a su manera, convencida de que la clave del éxito de sus empeños estriba en actuar en solitario.

Es optimista por naturaleza. Si le preguntasen por qué se ha embarcado en esa aventura, tal vez respondería que quiere tentar la suerte. Aun así es partidaria de mantener a las distintas partes con quien trata por separado, para que ninguna de ellas esté al corriente de sus planes, sobre todo a la hora de hacer incursiones en el terreno vedado de otra de las partes. Por lo poco que lo ha tratado, Cambara cree que Bile es un hombre de espíritu noble y acude una y otra vez a sus pensamientos. Dajaal parece actuar con una especie de señorío y un don innato que se le antojan formidables. Sería una ventaja para ella poder contar con la complicidad y la camaradería de Dajaal, cumpliendo además con las condiciones de Bile y que él, a su vez, cumpla con las suyas. Kiin, una mujer excepcional, no ha capitulado ante las restricciones de la vida en la ciudad, algo admirable teniendo en cuenta los peligros que acechan. En cuanto a Jiijo, Cambara ve cada vez más claro que se la ha ganado, aunque una sombra de melancolía oscurece su figura y se entristece al pensar que Jiijo pueda traicionar a Gudcur, el hombre que, a pesar de ser un caudillo y un salvaje, ha engendrado a los niños de Jiijo. Se columbran un sinfín de complicaciones.

Cambara camina ahora con brío, a zancadas cada vez más rápidas, con el corazón latiéndole de ansiedad, como el de una muchacha camino a la primera cita de su vida. La razón es que arde en deseos de volver a encontrarse con Kiin, conocerla mejor. Se da perfecta cuenta de que no ha hecho una sola cosa que la lleve a alcanzar una de las metas que se ha propuesto: dedicar más tiempo que hasta ahora a la construcción de «la paz», a fin de dejar «el lugar» en una situación mejor de la que lo halló.

Para impulsar su compromiso de embarcar en la causa a algunos de los jóvenes y promover la idea de paz, confía en encauzarlos en una vida normal. A Pelo Sedoso, que está en edad de ir a la escuela, le comprará todos los libros de ejercicios y cuadernos de dibujo que necesite para ingresar en uno u otro de los centros de educación compensatoria. Cambara da un traspies y consigue recuperar el equilibrio justo a tiempo de evitar la caída. Irguiéndose de nuevo y recobrando la compostura, su mirada cae sobre un puñado de hombres reunidos en un recodo de la carretera

polvorienta, justo antes del complejo comercial. Los hombres la miran fijamente, con ojos como puñales, y siente que uno de ellos consigue atravesar su aplomo, que empieza a ceder. Cambara se afianza en su determinación para combatir el hostigamiento que se avecina y los hombres, que parecen percibirlo, retroceden cuando se acerca.

Odeywaa, el tendero, le encuentra un taxi, que no la conduce al Hotel Maanta, su destino, sino de nuevo al Hotel Shamac, a modo de señuelo. Allí el subdirector la recibe efusivamente, la acompaña hasta su despacho, que cuenta con aire acondicionado, y la colma de refrescos. Telefonea a Kiin para avisarla de la llegada de Cambara y le dicen que la espera allí.

—Mi conductor la llevará al Hotel Maanta —le dice el subdirector a Cambara—, donde un mensaje de Kiin aguarda su llegada.

Minutos después, el conductor del vehículo que el subdirector del Shamac le ha prestado toca la bocina del sedán con aire acondicionado. Dos centinelas de uniforme azul abren la cancela del Hotel Maanta y, al reconocer al hombre del volante, lo saludan al unísono con aire campechano a modo de bienvenida, contentos y locuaces. Cuando Cambara desciende del vehículo, un hombre fornido con camisa blanca de manga larga, pantalón beis y zapatos negros de vestir se acerca a ella, bajando los escalones de dos en dos, a punto de caerse. Tiende la mano hacia ella con una sonrisa cruzándole el ancho rostro y se aproxima resuelto a no permitir que los guardias se le adelanten para recibir a una clienta honorable. Cambara inspecciona el escenario que tiene ante sí, dedicándole un rápido escrutinio, decide que le gusta lo que ha visto hasta el momento y cree que cuanto más tiempo pase allí, más se preñará del lugar. Por otra parte, quiere estar en deuda con Kiin, hacerse amiga suya, recibir sus valiosos consejos; quiere que Kiin la familiarice con los pormenores de Mogadiscio que ella aún desconoce. Desea vivamente que Kiin le presente a las demás mujeres de las que Raxma le ha hablado, legiones de activistas por la paz. Volviéndose, Cambara se despide con la mano del conductor, que maniobra hábilmente el vehículo en la estrechura del espacio y se marcha, mientras ella articula un «gracias» con los labios y él acusa recibo con un saludo.

Sonriendo de oreja a oreja, el hombre corpulento se presenta.

—Mi nombre es Mohammed. Soy el ayudante de Kiin, la directora, y tengo un mensaje para usted.

—¿Cuál es el mensaje?

Mohammed mete la mano en un bolsillo del pantalón, vuelve a sacarla de vacío y la estudia, como si pudiese revelarle un misterio. Mete luego la mano en el otro bolsillo, hundiéndola hasta el fondo, mientras Cambara aguarda, suponiendo que va a sacar un pedazo de papel con un mensaje escrito, a un tiempo ansiosa y paciente. Al cabo de un instante, a pesar de su expectación, el hombre está observando una llave y, por alguna razón que no alcanza a comprender, parece primero perplejo, luego descorazonado. Agacha la cabeza hacia un lado, como un contraamaestre que navega

misteriosamente a la deriva. Mohammed le ofrece la llave.

—Aquí tiene —dice.

Cambara la toma entre ambas manos, musitando un agradecimiento que a sus oídos suena falso y desviando la mirada, porque hay algo que no entiende. Contempla la llave largamente, con expresión divertida. Dentro de su cabeza, Cambara sustituye la palabra «mensaje» por la palabra «llave», pero no basta. En lugar de preguntar qué se supone que debe hacer con la llave o identificar a qué habitación corresponde, puesto que no hay inscrito ningún número y nada indica qué puede abrir, pregunta:

—¿Y el mensaje?

Al contestar, Mohammed pone el empeño de quien trata por todos los medios de encubrir un defecto del habla. Articula sus frases a ráfagas, deteniéndose cada dos palabras. Cambara se esfuerza en hilarlas para entender el sentido de lo que dice.

—Kiin ha dicho que le demos una llave de la habitación que ha reservado para usted.

Cambara da vueltas a la llave que le han dado hacia uno y otro lado. El viento que corre entre los árboles, la dulzura de su sombra, el hecho de que el aire allí sea fresco y en la brisa no corra olor a cigarrillo... son cosas que, espera, la ayudarán a que el tiempo que pase en el hotel sea muy agradable y harán de su estancia un goce duradero. Inundada por una sensación de júbilo, y al mismo tiempo turbada al ver que todo supera sus expectativas, se despista un momento y de pronto siente que va a perder el equilibrio. Con la mirada borrosa alarga la vista hasta una distancia imprecisa y coloca el pie izquierdo detrás del derecho, apoyando el dedo gordo del primero contra el talón del segundo hasta sentir un dolor insoportable; así recupera el equilibrio.

Pide a Mohammed que la conduzca a su habitación y lo sigue manteniendo la distancia, mientras evoca imágenes de las situaciones cotidianas a las que hará frente durante su estadía en el Hotel Maanta. Tras subir un tramo de escaleras que discurren junto al pozo a su izquierda, las células de su cuerpo perciben la proximidad del agua. El generador está encendido para suministrar electricidad. Siente temblar el suelo bajo sus pies y reza para que su habitación se encuentre lo más lejos posible del infame estruendo del aparato.

—¿El generador está encendido día y noche?

—No, cuando podemos conectarnos a la acometida de una fábrica de hielo de las proximidades —contesta Mohammed—. Lo encendemos cuando los dueños de la fábrica cortan el suministro para no sobrecargar la red, cosa que hacen sin previo aviso.

Cambara recuerda la época en que la electricidad la suministraba el ayuntamiento de la ciudad a un precio insignificante y nadie había oído hablar jamás de cortes en el suministro. Al darse cuenta de que se está rezagando de Mohammed, lo alcanza y suben otro tramo de escaleras, bajan por un sendero asfaltado, con árboles y arbustos a ambos lados; luego pasan por una puerta metálica, enfilan por la escalera al primer

piso y siguen por el pasillo.

Finalmente, Mohammed detiene su andar pesado y le señala la puerta metálica sin número. Ella inserta la llave en la cerradura, a tientas, y tras varios intentos la gira con gesto decidido. Le da las gracias de nuevo y entra, asegurando con un pestillo la puerta por dentro.

* * *

El espacio, dividido en dos habitaciones —ordenado, de un tamaño decente, con dos camas, ambas arrimadas a la pared—, da al lado opuesto de los generadores, uno de los cuales está encendido, quizá por un corte del suministro mínimo diurno que provee la compañía eléctrica privada. Que el aire acondicionado esté funcionando y que apenas se oiga el ruido del generador le hacen sentir aún más segura de que estará a gusto.

Recorriendo las dos habitaciones para explorar la espaciosidad del conjunto, Cambara cuenta en pasos la distancia entre ambos cuartos y luego la que hay entre una cama y la otra. Luego se concentra en medir su proximidad con el cuarto de baño. Igual que una chiquilla malcriada eligiéndolas a su capricho, señalando una primero y la otra después, hasta que al fin se acomoda en la cama de la derecha convencida de que disfrutará más durmiendo allí. Cambara se estira y comprueba que es cómoda. Luego abre un armario tras otro hasta que descubre, discretamente empotrada en una de las paredes, una caja fuerte, con instrucciones en somalí, árabe, italiano e inglés. Cuando tira del pomo hacia fuera con el propósito de elegir un número para la combinación de la caja fuerte que luego vaya a recordar, se alegra al constatar que la suerte le sonrío: hay una nota de Kiin en un *post-it* informándole de que le ha dejado un teléfono móvil debajo del colchón de la derecha y le pide que haga «el favor» de llamarla para confirmarle que todo marcha bien. Hace lo que Kiin le sugiere, pulsando la tecla del menú y hablando sin demoras con su amable anfitriona. Kiin le dice que también ha hecho las gestiones oportunas para que un fontanero vaya a visitar a Cambara en cuestión de una hora y le dice que lo espere y lo lleve para indicarle qué trabajos quiere que haga. Mohammed, con el consentimiento de Cambara, se ocupará de preparar un vehículo y guardaespaldas para ella.

Cuando Cambara cuelga el teléfono, se extiende en su interior una dicha ilimitada y la conmueve tan profundamente que la pone al borde de las lágrimas. Decide que nadie que esté en contacto con la infinita bondad de Kiin puede quedar inmune. Haya o no haya guerras civiles, existen personas como Kiin que por naturaleza son generosas en extremo, bienintencionadas y excesivamente pródigas. En contraste con el cicatero Zaak, quien además de ser su primo fue su «marido» y ha sido su anfitrión hasta ahora, Kiin se ha preocupado de atender todas las necesidades inmediatas de Cambara, a pesar de que no mantienen ningún vínculo de sangre. Cambara cree que eso demuestra que no todos los somalíes están obsesionados con los parentescos entre los clanes y que mucha gente se comporta con normalidad aun cuando las

condiciones en las que operan son anómalas en sí mismas.

El optimismo que se trasluce en el rostro de Cambara gracias a la generosidad de Kiin pasa de pronto cuando advierte el estado de decadencia que reina en el complejo de viviendas frente al hotel. El feo paisaje ante sus ojos ahonda en sus penas. Se demora justo detrás de la ventana, contemplando e inspeccionando un descampado de una fealdad desoladora: árboles que no han crecido hasta su altura natural, astillas de madera y trozos de chatarra tirados, niños rebuscando en la árida basura por doquier, como si esperaran encontrar algo precioso que vender. Ver hombres adultos acuclillarse y defecar a la vista de cualquiera que pase por la calle, apenas a cincuenta metros a sus espaldas, la violenta lo indecible. Entonces su mirada inquieta se detiene unos instantes en un hombre que blande un hacha y hace pedazos una enorme tubería metálica de tamaño industrial para reducirla a fragmentos que puedan caber en una carretilla. Imagina que los que se entregaron a la codicia insaciable emplearon métodos destructivos similares para desmantelar los monumentos nacionales y hacerlos luego añicos, antes de venderlos por casi nada a alguno de los países del golfo.

Al volver la espalda a la desolación del exterior y entrar otra vez en el cuarto de baño, se sorprende de lo limpio que está el suelo. Incluso se olvida de sus impresiones desconsoladas por un momento y se le vuelven a iluminar los ojos. Por fin se quita las botas y se desviste, prenda a prenda, dejándolas caer en el suelo y pisoteándolas, como hacía su hijo cuando le daba por poner a prueba la paciencia de Wardi, su padre. Wardi montaba en cólera y parecía dispuesto a pegarle por su terquedad, pero ella, velando por el bienestar de su hijo con cautela maternal, intervenía y recogía las cosas desperdigadas a su paso. «Quiero que te tranquilices — le decía a Wardi— y, por favor, que la paz reine en esta casa». Recordando las luchas intestinas por la crianza de su único hijo, al que había perdido por no ser capaz de protegerlo de los impulsos parricidas de Wardi, siente que no puede contener la ira. Desearía haber actuado como una gallina clueca, velando desesperadamente por sus polluelos, protegiéndolos de todo mal.

Tan colérica está que descarga una tremenda patada de kárate en la puerta; por suerte no la parte en dos, pero se le escapa un grito tan espantoso que acuden pasos a la carrera y alguien golpea suavemente a su puerta, tras la debida espera, para saber si la señora está bien.

—Todo bien, gracias —contesta Cambara.

Entonces se encoge, hecha un ovillo, apretando los puños y los dientes, el cuerpo entero convulso en un temblor, como si estuviese reuniendo fuerzas para el combate definitivo con sus demonios interiores.

Cuando su intento desesperado por calmar los nervios desemboca en una retahíla de imprecaciones y reproches hacia sí misma, en los que culpa a Wardi de sus propias carencias, la parte activa de su mente se retira, con la creencia racional de que ese camino es autodestructivo. ¿No ha ido a Mogadiscio con la esperanza de encontrar un

modo noble de llorar su pérdida, no a través de la ira sino, al tiempo que recupera la propiedad de la familia, entregándose al servicio de la paz?

Entonces, por vez primera desde su llegada a Mogadiscio, Cambara disfruta del placer de entrar descalza en un cuarto de baño, con los ojos cerrados, y deslizar las manos gozosamente por su cuerpo desnudo, con la apreciación táctil de un ciego al bañarse.

Se pregunta si instalándose en una habitación en el Maanta pondría a prueba su compromiso de independizarse de Zaak. También serviría para demostrar, en caso de necesidad, que es dueña de sus acciones y que nada la esclaviza a nadie, menos aún a un hombre, sea Zaak o Wardi. A buen seguro mantendrá ciertos aspectos de su vida en privado y la habitación será para ella un refugio que mantendrá en secreto, como se custodia un asunto íntimo. Se le ocurre pensar que nunca tuvo la tentación de involucrarse en una aventura amorosa en todos los años que pasó triste y amargamente casada con Wardi.

Cambara sale de sus habitaciones tras una ducha caliente, la primera. Se siente fresca, camina con un aire más juvenil al descender a saltos los escalones y pasar junto al cubículo que sirve de recepción a esta ala del hotel, donde el subdirector está sentado, leyendo. Da por hecho que Mohammed tiene entre las manos un libro de texto, porque subraya párrafos con un rotulador amarillo fluorescente. Además, musita algo entre dientes, a la manera en que los semianalfabetos vocalizan las letras del abecedario recién aprendidas. Cambara recibe su cálida sonrisa con un leve gesto de la cabeza.

Sale a pleno sol, sube un par de escalones de piedra y, para no chocar con una pequeña estructura construida alrededor del pozo que sobresale abruptamente, hace un quiebro hacia la izquierda. Por último, ve a una mujer en el rincón más alejado y advierte que agita los brazos, en un gesto que más recuerda a alguien que se ahoga que a un saludo. Al acercarse reconoce a Kiin, esbozando una enorme sonrisa que le ilumina el rostro. Cambara apura el paso hacia el café-restaurant, donde Kiin está sola sentada a una mesa. La zona de cafetería, bajo una techumbre de paja, se ve todavía inacabada, sostenida por pesadas vigas a un lado y un andamio metálico al otro.

Kiin se ha levantado cuando Cambara se une a su mesa, con los brazos abiertos. Las dos mujeres se abrazan y luego se besan en las mejillas, como si fuesen dos amigas de la escuela que se encuentran de año en año, sobre todo ahora que son mujeres adultas, para compartir los recuerdos que atesoran de una época olvidada. Finalmente, Cambara se sienta en la silla en diagonal con la de Kiin, las rodillas de ambas rozándose; la cercanía y la carga emocional que se ha gestado en tan poco tiempo le genera un atisbo de inquietud. Aun así, el cosquilleo que le recorre todo el cuerpo despierta el recuerdo de sus años adolescentes, cuando por primera vez sintió el fin de la inocencia, poco después de empezar a asimilar los cambios evidentes por los que pasaba y percatándose de que los chicos y los hombres la miraban con otros

ojos. Un recuerdo de estar sola en el cuarto de baño, desnuda, tocándose los pechos que empezaban a despuntar, acude a su memoria. Asimismo recuerda otros dos incidentes: el encuentro con Zaak en plena erección y el episodio con el pavo real. Recuerda que al ver al pavo real se excitó. Siente que la proximidad de Kiin no tiene nada de insinuación. A lo sumo, sería la insinuación de una mujer que ha llevado una vida de enclaustramiento demostrando cuánto aprecia una amistad inocente que significará mucho para ella.

—¿Qué te parecen tus habitaciones? —pregunta Kiin al tiempo que toma a Cambara de la mano, se la acaricia y juguetea con ella.

—Me encantan.

Cambara se esfuerza por no mirar a Kiin a los ojos, que perforan los suyos, e intenta recuperar su mano, que Kiin aprieta con firmeza.

—¿Almorzamos? —pregunta Kiin.

—Me muero de hambre.

—¿Qué te apetecería?

—¿Qué puede ser?

Kiin llama al camarero, un hombre atractivo, de baja estatura y piel muy oscura de veintimuchos años, con un pelo que empieza a ralear y una hermosa sonrisa. Se acerca y, tras recibir instrucciones de explicarle a la invitada de honor qué hay a su disposición, el camarero recita el menú, dirigiéndose con deferencia a Cambara, a quien al principio le cuesta concentrarse, porque habla muy rápido. Tras desgranar una vez más el menú, Cambara pide: ensalada, sin más, de primer plato, y de segundo, pescado, lenguado con un toque de ajo y mucho limón; de postre, fruta, y café. Cuando el camarero le dice que la cafetera exprés no funciona, pide té. Sin saber si Kiin ha pedido ya su comida y espera a que llegue o si comerá en otra parte, Cambara mira al camarero y luego a Kiin, la cual le indica con un gesto que se ocupe de la comida de Cambara.

—Cuéntame tu historia —le pide Cambara a Kiin—. Por qué te quedaste en una ciudad de la que muchos otros han huido y cómo acabaste dirigiendo un hotel.

Mientras Kiin se detiene a formular sus ideas, Cambara trata de requisar su mano con la misma ternura que emplearía una madre para reclamar su dedo, sin molestia ni falta de delicadeza, del niño que lo agarra, ya dormido.

—El país estalló en luchas intestinas mientras yo permanecía ingresada casi un mes en la unidad de cuidados intensivos del hospital, bajo supervisión médica —dice Kiin—. Llevaba casada menos de un año cuando empecé a tener pérdidas y me preocupaba la salud del bebé que llevaba dentro, temía sufrir un aborto. En cualquier caso, no estaba en condiciones físicas ni mentales para que me dieran de alta, con todos los tubos y goteros que llevaba puestos. Me sentía pesada, en mi abatimiento me odiaba a mí misma, estaba enferma: en pocas palabras, era todo lo que nunca había querido ser. Dada mi situación, no tenía sentido que ni yo ni el que entonces era mi marido nos uniésemos a los que huían de la ciudad en guerra.

A la mención del antiguo marido, Cambara se percató de que a Kiin se le nubla fugazmente el semblante.

—Pero a pesar de todo, ¿tuviste a tu bebé, verdad? —pregunta entonces Cambara.

—Una niña, que nació prematura.

—¿Y sobrevivió?

—Luego tuve también otra hija.

—¿Cuántos años tienen?

—Diez y doce.

—Eso es maravilloso... maravilloso.

—Me encantaría que las conocieras.

—¿Dónde están?

—Aquí, conmigo —contesta Kiin.

—¿Viven aquí, en el hotel?

—No, en nuestra casa —dice Kiin, señalando a un agujero en la pared, donde Cambara al fin deduce que hay una puerta encastrada—. De hecho, esa es la razón de que no coma aquí. Después de hacerte compañía, pasaré la tarde con ellas, ahora que por hoy ya han terminado la escuela.

—¿Dónde van al colegio?

El camarero trae la ensalada, que Cambara empieza de inmediato a aderezar, ahora que sabe que Kiin no va a comer con ella. Kiin le explica que, por la ausencia de un gobierno central y la falta de un sistema escolar que funcione en el país, muchas familias de clase media residentes en la ciudad han organizado comunidades educativas en los barrios, reuniendo un fondo común con los recursos económicos y gestionando servicios escolares en casa para sus hijos, formando aulas más pequeñas y manejables. Para impartir las clases, las familias que residen en la ciudad porque han preferido quedarse a convertirse en refugiados o inmigrantes en el extranjero, han contratado a profesores bien capacitados de Tanzania, Uganda y Kenia, a veces con titulaciones que exceden las que requiere un maestro de primaria. Sobre todo hombres solteros en busca de un golpe de suerte, teniendo en cuenta la situación de guerra civil en la que viven, estos profesores extranjeros reciben un salario más alto del que obtendrían en sus países de origen y, además, en dólares estadounidenses.

—¿Estáis satisfechos con la educación que les dan?

—Sí, dentro de lo que cabe, sí lo estamos.

—¿Qué hacen las familias pobres para escolarizar a sus hijos?

—Lamentablemente, puesto que el estado no existe, la única forma de educación alternativa es coránica.

Kiin, entretanto, da muestras de un comportamiento un tanto infantil, rompiendo a reír en los momentos más inopinados de la conversación. Además, vuelve a tomar la mano de Cambara o simplemente sigue tocándola, buscando y manteniendo el contacto físico con ella.

—Podrás decirme qué opinión te merece la educación que reciben cuando

conozcas a mis dos hijas, nacidas y criadas aquí —dice Kiin. Guarda silencio cuando el camarero trae el pescado bien hecho y el plato de espinacas de guarnición que ha pedido Cambara.

—¿Y el padre de las niñas?

—Seguimos siendo marido y mujer —dice Kiin—, pero estamos separados. Al igual que yo, también él ha continuado viviendo en esta ciudad a pesar de la guerra civil, antes que marcharse y rehacer su vida en otro lugar como refugiado y luego tramitar los papeles de la nacionalidad de otro país. Somos felices aquí, no importa que otros digan que somos asesinos de las familias del clan que huyen de la urbe u ocupantes de sus propiedades o ladrones, saqueadores, desvalijadores de la riqueza de la ciudad.

—¿Cómo habéis estado?

—Uno se acostumbra a situaciones de toda índole, por terribles que sean, a tal punto que se hace lo que se puede meramente para sobrevivir. Cuando hace falta, se desarrolla la inventiva, el ingenio, y se llega a soluciones acomodaticias, a veces contradictorias, hasta que las cosas vuelven a irle a uno relativamente bien, aun en las condiciones más espantosas. Nos las apañamos, como puedes ver. Entretanto, sigo criando a mis dos hijas, que gracias a Dios están creciendo con buenos modales.

A Cambara no le parece el momento oportuno para hacerle una pregunta tendenciosa y Kiin guarda silencio; ambas mujeres quedan absortas en sus pensamientos.

—Has pasado mucho tiempo fuera del país, ¿verdad? —pregunta Kiin.

Cambara tiene la sensación de que Kiin sabe mucho más de lo que deja traslucir, posiblemente porque la amiga común que la avisó de su llegada a la ciudad la habrá puesto al corriente de la historia de su vida. Su amiga común habrá dicho que Cambara es una actriz célebre, una mujer traicionada por un hombre, una madre que llora la pérdida de su único hijo. Por ser una mujer bien educada, Kiin ni siquiera ha aludido a nada de todo eso, pero aún hay tiempo, aún hay tiempo. El camarero retira el plato de Cambara con la mitad de la comida intacta y le trae medio mango, del tamaño de una pelota de fútbol, cortado en cubos. La impresiona tanto la dulzura del primer bocado que incluso a Kiin se le hace agua la boca y pide que le traigan la otra mitad. Comen el mango a cucharadas antes de que Kiin se decida a romper el silencio.

—Ahora mismo —prosigue entonces— la sociedad somalí está más desmembrada que nunca. Existen tantas líneas de falla que no hay dos somalíes que piensen igual, ni es posible siquiera que compartan una preocupación común por el bienestar de la nación. Los hombres prefieren emprender guerras a arreglar las cosas hablando; prefieren ir cada uno por su camino a unirse y solucionar sus diferencias; contribuyen a provocar más refriegas y a iniciar tiroteos, a pesar de que sus desacuerdos suelen ser cuestiones de escasa o ninguna importancia. Los hombres tienden a echar leña a todas las pequeñas diferencias hasta convertirlas en

enfrentamientos armados en los que se pierden muchas vidas, pues cada escaramuza termina en una sucesión imparable de batallas, las cuales explotan a su vez en nuevas guerras. Sospecho que mi marido y yo tal vez no habríamos permitido que nuestras discrepancias degeneraran en una pelea seria de no ser por las condiciones de incivildad en las que nos encontramos. Nos queremos, mi marido y yo, pero no sabemos ceder un ápice de las posturas que adoptamos. Soy mujer y para mí la paz debe preservarse a toda costa; él no cree que la paz deba preservarse a toda costa. Vivir bajo esta tensión, día tras día durante años, ha pasado factura al modo en que nos relacionamos.

Entonces, inesperadamente, sin que nada lo anunciase ni permitiese anticiparlo, Kiin guarda silencio largo rato. Sacude la cabeza, turbada por el recuerdo del hogar deshecho de Cambara y del suyo propio. De pronto exhala un hondo suspiro y, tan de repente como se desata la furia de una tormenta, rompe en llanto y las lágrimas de sus emociones desbordadas corren por sus mejillas.

Tras una pausa, Kiin se explica.

—Los tiempos que vivimos e historias como la tuya y el sinnúmero de tragedias de otras muchas mujeres descorazonan con sólo escucharlas, por las cosas terribles que los hombres han hecho siempre a las mujeres impunemente. Me entristeció mucho conocer la noticia de tu trágica pérdida y ahora me rompe el corazón recordar de qué modo descuidó Wardi a tu hijo.

Ninguna de las dos habla; el camarero retira los platos.

—Lamento haberte echado encima el peso de mis emociones como lo he hecho —dice Kiin—, relacionando lacrimosamente tu pérdida a la mía y la de todas las mujeres que conozco —guarda silencio, mirando a su alrededor, y añade—: Los hombres son una calamidad para nosotras, pues engendran las guerras, que son nuestras peores desgracias.

Incómoda en su silencio e incapaz de pensar en algo que decir, Cambara se mueve inquieta en su asiento, tapándose la boca con una mano, inevitablemente cargada con un barril de emociones, y reza para poder sofocarlas antes de que exploten, como han explotado las de Kiin. ¡Qué delicado! ¡Y qué tempestuosa mujer!

—Es en nombre de la otra comunidad de mujeres y porque ambas tenemos en Raxma una amiga en común que te estoy tendiendo una mano amiga. Quizá te invitemos a unirte a nosotras.

Al principio Cambara no sabe ni cómo reaccionar ante lo que ha presenciado ni cómo responder a la propuesta de unirse a la comunidad de mujeres que trabajan por la paz.

—Pues... claro que sí —acierta a decir al fin.

—Me alegro tanto, ¡tanto! —dice Kiin con un entusiasmo desconcertante, se pone de pie y levanta a Cambara, abrazándola y besándola, como impulsada por la adrenalina que le infunde la euforia de que Cambara se una a la causa de las mujeres, y luego continúa hablando—: Mañana por la noche celebramos nuestra fiesta

semestral, a la que sólo asistimos mujeres, aquí mismo, en el hotel. Estoy muy, muy contenta de que puedas acompañarnos. Así que diviértete: sólo mujeres, buena comida, excelente música y mucho baile.

Cambara, por su parte, que vuelve a tomar asiento y actúa con serenidad, piensa que los días de llevar velo han tocado a su fin y que, ahora que puede prescindir de la necesidad de ir enmascarada, pasará por casa de Zaak a recoger un par de maletas. Para la fiesta de la noche siguiente tiene en mente el vestido escotado y se dispone a hacerle a Kiin algunas preguntas sobre las otras mujeres cuando la puerta de entrada se abre y un hombre es conducido al interior. Poco después Kiin recibe al fontanero, que ha acudido con sus herramientas, y dispone un coche con guardaespaldas.

—Ve con el fontanero, acompáñalo a donde precisas y muéstrale los arreglos que quieres que haga —dice Kiin—. Confío en que llevas el móvil, así que llámame si hay necesidad. O, mejor, llámame aunque no haya necesidad, para charlar un poco. Además mando contigo a un conductor y al jefe de seguridad del hotel, ambos parientes míos, que te tratarán bien y harán lo que les pidas. Tenme al corriente de cualquier problema que surja. Entretanto estaré en casa, con mis hijas. Ve con cuidado hasta que volvamos a encontrarnos, para la cena.

Cambara se pregunta si el mundo que Kiin le ha confiado será un lugar mejor cuando disponga del tiempo de darle una forma en la que sentirse a gusto.

Dieciséis

Kiin le presta a Cambara el coche donde, de nuevo con el velo que llevaba, espera a que el conductor, los jóvenes escoltas armados que custodiarán el vehículo y el fontanero, a quien han mandado llamar para que le dé un presupuesto, acaben de rezar. Los escoltas han apoyado las armas contra la pared que tienen enfrente y el fontanero ha dejado sus herramientas cerca, para no perderlas de vista. Todos se han descalzado para hacer sus abluciones y han dejado los zapatos detrás. Mediadas las oraciones, mientras el anciano que conduce el ritual recita con fervor los versículos, un par de camareros uniformados se unen a ellos y se postran apresuradamente, en señal de respeto, para sumarse al veloz ritmo que han alcanzado. Como si no quisiera quedarse al margen, el jefe de cocina del restaurante, con el gorro blanco aún puesto, es el último en sumarse a los oradores.

Cambara recuerda que al presentárselos uno por uno, recitándole sus nombres y estrechándole la mano, ha pensado que todos parecían tan despreocupados como un marinero de permiso, tipos de trato fácil y, por el modo en que bromeaban unos con otros, curtidos. Los más jóvenes se pellizcan las mejillas o se retan a combates amistosos de lucha libre. Jóvenes o viejos, Cambara tiene la impresión de que llevan juntos mucho tiempo y acaso sea así y hayan compartido experiencias de vida y de muerte. Además está convencida de que estarían dispuestos a jugarse el pellejo unos por otros y que, más allá de la camaradería de haber luchado en las mismas batallas, los unen también sus obligaciones hacia el mismo linaje sanguíneo. Por lo que ha visto hasta ahora, Cambara prefiere su compañía a la de la gente de Zaak, a excepción de Pelo Sedoso, a quien echa ya de menos. Cree que se debe, en parte, a que los gerentes del Maanta no permiten a ninguno de sus empleados mascar *qaat* en las instalaciones ni mientras trabajan. Animada por lo que considera un clima más sano, conmovida tras la intensa charla con Kiin y con la conciencia de su propia persona fortalecida, se siente llena de energía y se percata de que acomete las decisiones y las acciones que nacen de ellas con un brío renovado.

La oración se alarga inexplicablemente, el anciano que la conduce recita los versículos más largos. A Cambara sólo se le ocurre que tal vez sea porque cree que la misión en la que van a embarcarse los escoltas armados, el conductor, el fontanero y ella misma es peligrosa. Y, quién sabe, tal vez lo sea. Entretanto Cambara se prepara mentalmente para el trayecto de regreso a casa de Zaak y la visita a la propiedad, que será la primera que haga acompañada y, por añadidura, de escoltas armados. También prepara su cuerpo para el próximo desafío que intuye, en el que no precisará llevar velo si no quiere.

Ahora que considera el velo una suerte de trampa, aprovecha un momento en que

nadie mira para quitarse el pañuelo que le cubre la cabeza. Cuando sus ojos se encuentran con los del conductor, en cuyos labios bulle aún la letanía de nuevos versículos coránicos, ella le sonríe y la invade una sensación de triunfo cuando el hombre asiente en señal de aprobación. Cambara se debate para desanudar las cintas del velo. Baja la ventanilla del vehículo para que circule la brisa y se deleita en las olas de viento fresco que le acarician las mejillas y las orejas. Envalentonada, juguetea otra vez con los nudos del velo, que de pronto ceden con misteriosa facilidad. Permite que su pelo asome bajo la tela, se acomoda en el asiento y, al apoyar la espalda, se descubre completamente. Sólo el conductor mantiene un ojo vigilante sobre sus movimientos; todos los demás le dan la espalda y prestan atención a la recitación coránica. Despojada del velo, se ve mentalmente de cuerpo entero, con una camisa que compró en una tienda de saldo paquistaní de Toronto y unos pantalones de lino holgados hechos a medida.

Cuando al fin termina la oración, todos estrechan la mano del anciano que ha conducido el culto, dándole las gracias, a la par que él da su bendición a los escoltas armados, que recuperan sus armas y se ponen los zapatos, así como al fontanero, que recoge sus herramientas. Les advierte que vayan con cuidado. Luego se despide del cocinero y los camareros, que vuelven a sus respectivas tareas. El conductor es el primero en subir al coche, luego los escoltas armados se acomodan a ambos extremos del vehículo y el fontanero, que monta el último, deja las herramientas a sus pies y se desploma en la parte de atrás. El conductor abre la guantera, saca una pistola y se la guarda en el bolsillo de la camisa. Dos de los escoltas se incordian con preguntas personales que ninguno de los dos tiene ganas de contestar.

Cambara se sienta delante, con la mirada fija en el frente, consciente de su proximidad con el conductor y de que las manos de ambos chocan cada vez que él cambia de marcha. No sabe si el hombre lo hace para provocar una reacción de alguna clase o si se trata de una coincidencia. Alimentando sus propias dudas al recordar con qué interés la miraba mientras se quitaba el pañuelo y luego se descubría la cabeza, piensa que tal vez crea que es una mujer moderna y que por ello entienda que es partidaria de esa clase de insinuaciones. Se echa hacia atrás y se refugia en el silencio de sus pensamientos. Imagina el encuentro con Zaak y con Gudcur en sus respectivas viviendas, repantingados y mascando su dosis habitual de mediodía.

Supone que convencer a Zaak de sus buenas intenciones, si resulta estar en casa cuando llegue con un fontanero que se pasea a sus anchas por la cocina y de un cuarto de baño a otro, acaso sea más fácil que lidiar con la ira de Gudcur. No osa imaginar lo que puede llegar a hacer cuando se dé por agraviado. Al fin y al cabo, topar con Gudcur acompañada de un fontanero, un conductor y escoltas armados a la zaga la pondrá en una tesitura sumamente violenta, la primera situación peligrosa a la que va a enfrentarse. Será interesante ver cómo se mantiene firme contra el caudillo menor, que sin duda hará todo lo posible por minar sus resistencias para averiguar sus intenciones. Por no haber conocido al individuo en persona, despierto, y sin haber

recabado la información necesaria sobre su carácter o sus flaquezas, Cambara sólo puede contemplar el peor de los escenarios posibles: tiroteos, muertes y más sangre. Imagina los fluidos asesinos de Gudcur recorriéndolo por dentro, subiéndole a la cabeza, manando a chorros, desbordándose y arrasando a todos y todo cuanto le rodea. Seguro que al enfadarse y volverse más letal, echará los restos en cuanto se dé cuenta de que Cambara ha estado en la casa varias veces visitando a Jijjo y a sus hijos, a los que ha colmado de caramelos. Entonces le pedirá explicaciones de sus visitas, querrá conocer su identidad, por qué les lleva regalos a su mujer y sus hijos, por qué acude con un fontanero a «su» casa y por qué ha venido con escoltas armados de otro clan. Gudcur insistirá en que Cambara le diga qué quiere de su familia y «su» casa.

El conductor precisa varios intentos para dar la vuelta con el vehículo y salir de un espacio tan angosto. Maniobra hacia delante y hacia atrás desde el volante sin dirección asistida y el cambio de marchas reluciente, como un profesional, rápido. Pero cuando los dos jóvenes escoltas comparten una broma privada y empiezan a desternillarse de risa en sus asientos, el conductor pierde la serenidad y frena justo a tiempo para no chocar con un árbol y detenerse en seco antes de que el morro del vehículo colisione con el muro que hay detrás. El fontanero guarda silencio, meditabundo.

Después de alcanzar una velocidad moderada en dirección al norte y desembocar en una de las carreteras secundarias más concurridas, Cambara se dispone a dar varias indicaciones para llegar a la vivienda de Zaak y observa la repentina falta de aplomo del conductor, que no cobra sentido para ella hasta que uno de los escoltas armados habla de la última visita que el conductor y él hicieron a los barrios del norte de la ciudad. En su relato, el joven le dice que la visita data de hace una década, cuando ambos participaron en las feroces refriegas entre los antiguos señores de la guerra, el Cacique del Norte y el Cacique del Sur.

Para desterrar el pánico, Cambara le hace preguntas al conductor, intentando no perder su sangre fría y haciendo lo que está en su mano por parecer convincente y serena.

—¿En qué bando luchasteis? —dice antes de apartar la mirada, casi temblando de justa contrariedad.

—Luchamos junto a los hombres del clan del Cacique del Sur, que eran aliados de los nuestros —contesta uno de los escoltas armados en la trasera del vehículo.

Al comprobar que su intento de limitarse a escuchar la conversación sin hacer comentarios es infructuoso, decidida a plegarse a la curiosidad, Cambara frunce el gesto para mostrar su desacuerdo con esa respuesta. Se ve como una mujer con escaso conocimiento de lo que todo el mundo llama «la cuestión de los clanes», cuyas malas gestiones e indisciplinas han llevado al país a la ruina. Estar compartiendo el espacio cerrado de un vehículo con cuatro hombres, de los que tres tienen las manos manchadas de sangre, le hace cuestionarse las credenciales de personas como Kiin,

que les dan trabajo. Se pregunta si lamentará haber sido tan corta de miras y haber aceptado el ofrecimiento de Kiin al prestarle un coche con conductor y escoltas armados, además de llamar a un fontanero que la ayude con sus propósitos, sean los que sean, puesto que no ha insistido en que Cambara se los explique. Finalmente decide no ir por esos derroteros, porque en una guerra civil nadie es inocente: hombres, mujeres, jóvenes, sacerdotes, todo el mundo es cómplice del asesinato y la mutilación de otros, conocidos o desconocidos. Mientras el vehículo avanza a toda velocidad, ella se vuelve hacia el conductor y le pregunta cuál era su profesión antes de que el país se viniera abajo.

—Me alisté en el Ejército Nacional, hoy desaparecido, antes de los exámenes finales de secundaria, y me destinaron con una beca de estudios a la Unión Soviética, a Odessa, para formarme como mecánico de carros de combate.

—¿Por casualidad recuerdas —le pregunta Cambara— dónde estabas o más bien qué hacías cuando Siyad Barreh, el tirano, huyó de la ciudad en un tanque del ejército?

—Fui uno de los pocos oficiales veteranos que se negaron a unirse a la milicia que se propuso tomar Mogadiscio cuando estuvo en bandeja para ser tomada —contesta el conductor—. Enseguida supimos, sobre todo después de que el dictador huyera y el palacio presidencial cayera en manos de los nativistas, que los que luchábamos por los ideales del Ejército Nacional formábamos una minoría muy pequeña y, además, librábamos una batalla perdida.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Junto con un par de oficiales de ideas afines —responde el conductor—, monté una pequeña unidad, de poco más que una docena de hombres, que representaba el espectro de los clanes de este país. Reclutamos esa unidad con vistas a proteger a los miembros de las distintas ramas familiares de los «expulsados», gente cuyas propiedades fueron declaradas blanco legítimo y, por ende, ocupadas y saqueadas, y cuyos inquilinos se hallaban bajo la amenaza constante de «Os vais o habrá una masacre». Muchos se marcharon en contra de su voluntad y se convirtieron en desplazados o acudieron a campos de refugiados en uno u otro de los países limítrofes.

—¿Qué fue de los otros miembros de la unidad?

—Estás viendo al único superviviente.

El fontanero habla por primera vez.

—Toma siete —dice—, sólo tienes tres.

Cambara guarda silencio. En el esfuerzo por concentrarse, como si temiera que la hora de su fracaso está próxima, la frente se le llena de surcos y sus rasgos se enmarañan. Desde luego le entristece admitir que un destino similar podría estar aguardando para emboscarse sobre sus buenas intenciones. Cambara coincidiría, si se lo preguntaran, en que es prácticamente imposible no defraudar los más altos principios en circunstancias tan adversas, pero reza para no cejar en su empeño y que

sus propósitos no se malogren. Porque se propone construir una vida distinta, fundada en unos pocos individuos, concretamente Kiin, tal vez Bile y Dajaal, a los que ha adjudicado el papel de aliados de confianza.

Cuando el conductor aparca el vehículo enfrente de la casa de Zaak sin precisar más indicaciones, Cambara exhala y se relaja como si la hubiesen apartado de una visión inquietante. Los dos escoltas armados se apean, uno de ellos abre la cancela mientras el otro se prepara para cualquier imprevisto, incluso un tiroteo. El conductor mira a ambos lados de la calle antes de soltar el pie del freno y poner una marcha. Aparca a la sombra de un árbol, lejos de miradas curiosas de posibles merodeadores que pudieran avistar el vehículo por casualidad.

Cambara conduce al fontanero al interior de la casa y le muestra todo cuanto precisa ver: la cocina, los aseos, los cuartos de baño de la planta baja y la planta superior. Mientras se hace una idea general, después de echar un vistazo a la llave del agua, las tuberías oxidadas y las que necesitan repararse, y empieza a garabatear profusas notas, ella lo deja hacer y le propone encontrarse en el coche cuando termine.

Luego sube a su habitación a preparar dos grandes maletas. Llena una con varias prendas de diario, además de un par de vestidos para ocasiones especiales y cinco mil dólares estadounidenses, una cuarta parte de la suma que ha traído consigo, en efectivo. En la maleta más rígida mete libros sobre el teatro de marionetas y el arte de las máscaras, varios de gran formato. Abre uno y a continuación echa un vistazo a sus bocetos, sus notas y otros materiales que piensa que le serán de utilidad cuando algún día produzca su propia obra, un proyecto muy querido en el que lleva trabajando de manera intermitente desde hace años, aunque en privado. Cuando llega el momento de decidir qué ponerse, cambia de opinión varias veces y se prueba distintas prendas, combinándolas y conjuntando estilos antes de decidirse por la comodidad de una camisa holgada de algodón y unos pantalones anchos. Se siente capaz de arreglárselas sin el velo y el chador, así que se peina y se deja el pelo suelo, como para revivir sus días de juventud en Mogadiscio. Para mayor efecto lucirá un chal, un *garbasaar* de pura seda.

Decide no pedir a ninguno de los jóvenes que la ayuden a bajar las maletas hasta el vehículo, lo hace sola. El fontanero, que está a punto de terminar con sus notas y comprobaciones, oye las pisadas de alguien que lleva a tirones o levantando a duras penas una voluminosa maleta con ruedas, escaleras abajo. Precisa unos segundos y una mirada más concentrada a la figura que acarrea el pesado armatoste para darse cuenta de que esa mujer elegantemente vestida es Cambara. Asombrado por la transformación, atenúa el impacto que le causa ofreciéndose a llevarla hasta el coche, pero al intentarlo resulta que no puede levantarla siquiera del suelo y menos todavía arrastrarla como ha hecho ella. Así que, como si quisiera demostrar algo, Cambara la acarrea sola hasta el vehículo, mientras el fontanero entra de nuevo en la casa a recoger sus herramientas, mediciones y croquis. Al percatarse de que los escoltas

armados observan la escena con mirada divertida, Cambara llama al conductor y le pide que tenga la bondad de abrirle el maletero.

Al reincorporarse al grupo, el fontanero, para zanjar las burlas de sus compañeros, le pregunta a Cambara qué contiene la maleta. A modo de respuesta, ella señala la etiqueta de la compañía aérea, que muestra a un mozo encorvado frotándose la espalda, en la que se lee «Muy pesado». El fontanero hace ademán de reformular la cuestión, pero el conductor lo ataja:

—Es de mala educación preguntarle a una dama lo que lleva en su maleta.

Cambara pasea la mirada del conductor a los escoltas y, por último, al fontanero, preguntándose en voz alta si uno de ellos tendrá la amabilidad de echarle una mano para bajar una segunda maleta. Los hombres intercambian miradas equívocas, sin que ninguno se ofrezca a acompañarla, porque todos imaginan que la segunda maleta será más grande que la primera. Ni siquiera el comentario cargado de desprecio y desafío en una sola palabra, «Hombres», que Cambara arroja al pasar con la cabeza alta y una elocuente mirada llena de audacia, logra que ninguno de ellos la siga.

Cuando regresa balanceando la maleta, demostrando que es mucho más ligera de lo que han pensado, los cuatro hombres parecen abochornados, aunque ninguno dice nada durante un buen rato. Suben al vehículo y el conductor pone el motor en marcha, enciende la radio, maniobra para salir del recinto y se detiene en el primer cruce. Quiere saber adónde se dirigen. Ella le da indicaciones poco sistemáticas, diciéndole dónde girar a la izquierda justo antes de llegar a una curva, sugiriéndole que aminore antes de doblar a la derecha. Ni uno solo de los cuatro hombres tiene la menor idea de que, sin saberlo, van a ser sus ayudantes, de que los cuatro van a colaborar con una mujer a alcanzar uno de sus objetivos. Tampoco intuyen siquiera que van a verse involucrados en el dudoso y arriesgado intento de esa mujer por recuperar la propiedad de su familia.

Van camino de la casa de la familia de Cambara cuando por la radio, que sigue encendida, atrae la atención de todos la noticia de una batalla por el territorio que se está librando calle a calle entre los hombres de Gudcur y otra milicia. Se hace un silencio absoluto en el interior del vehículo mientras escuchan los teletipos de última hora que envían los periodistas destinados en el Cuerno de África más próximos al escenario de la batalla: Gudcur y sus milicianos han sufrido muchas bajas, han retrocedido un par de calles y han tenido que improvisar un búnker en el que ahora se atrincheran. Según testigos oculares, Gudcur y los suyos se las están viendo negras, porque al parecer por el sur empieza a presionarlos otra facción, a la que desplazaron el año anterior, que ha unido sus fuerzas a los oponentes y los ataca por la retaguardia.

Al terminar el boletín de noticias Cambara le pregunta al conductor, ahogando la música con la potencia de su voz, si conoce a Gudcur.

El conductor apaga la radio antes de contestar.

—No lo conozco personalmente, pero tengo entendido que se las trae, que es un

individuo censurable se mire por donde se mire y merece el castigo que le están dando.

—Ponme en antecedentes —dice ella, fingiendo ignorar completamente cualquier dato sobre el hombre, su pasado y sus actividades actuales—. ¿A qué se deben estos enfrentamientos y por qué se libran ahora?

—Son enfrentamientos —contesta el conductor— por el control de un puesto estratégico próximo al cruce principal que lleva a un puente y que consideran un medio lucrativo de exigir peajes a los usuarios de la carretera.

Sabe que la pregunta parecerá una ingenuidad incluso antes de formularla, pero de todos modos la hace.

—¿Tan lucrativo como para cubrir las necesidades económicas de Gudcur? —dice.

—No lucharía si no fuera así.

—¿Cuántos de esos controles tendría que tener bajo su mando un hombre como él para poder alimentar a sus milicianos y vivir a lo grande? —pregunta.

—Gudcur es un señor de la guerra de categoría media —explica el conductor—, subordinado a los caciques de las altas jerarquías, que se han ganado el derecho a ocupar la primera línea de la política del país y que asisten a todas las conferencias de Reconciliación Nacional donde se pretende dotar a nuestro maltrecho estado de un gobierno central. Gudcur es un aliado del intendente a cargo del centro de operaciones del Cacique del Sur.

Interviene entonces uno de los escoltas armados, lanzando palabras de desprecio como si el objeto de escarnio, Gudcur, estuviera con ellos en el vehículo, sentado entre Cambara y el conductor.

—Nos alegramos de saber que le están dando una buena paliza, atrapado como un pez en la red —dice.

El otro escolta armado asiente enérgicamente a las palabras de su compañero. En cambio, la postura del fontanero, que no abre la boca, inquieta a Cambara, porque no sabe cómo tomarse su reticencia ni la razón de su silencio. Le parece raro que un profesional que resida en Mogadiscio no sienta ni frío ni calor ante las actividades de un señor de la guerra, especialmente tratándose de una batalla calle a calle por la toma de un puesto de control desde el que se podrá imponer un peaje a cada vehículo motorizado o gravar toda mercadería que pase por allí.

—No me había dado cuenta —dice Cambara.

—¿De qué? ¿De qué no te habías dado cuenta?

La respiración fatigosa de Cambara se oye en los confines del vehículo, al tiempo que una sonrisa pícara riñe en su frente con una maraña de surcos de preocupación, fruto de su temor a que, sin que los cuatro hombres sepan nada, los está conduciendo a la guarida de Gudcur.

Apenas empieza a columbrar su profunda implicación en la vida de Jiijo y las complejísimas relaciones que mantiene con Gudcur, cuando se da cuenta de que falta

poco para llegar. Consolándose con las pocas posibilidades que hay de encontrarse allí con Gudcur, Cambara sigue adelante y le dice al conductor que pare al otro lado de la calle, a cierta distancia de la cancela. Entonces se apea con el fontanero, dejando al conductor y los escoltas armados en el vehículo para cubrirles en caso de problemas.

Golpea la puerta varias veces con fuerza antes de que alguien atienda.

—Soy yo —contesta Cambara al aprensivo «¿Quién es?» de Jijio.

Cambara comprueba aliviada que Jijio está sola.

Cuando le pregunta por su marido y sus compinches adictos al *qaat*, Jijio le dice que han salido a ocuparse de un asunto importante, sin precisar cuál. Cambara escruta con ojos vigilantes ora a Jijio, tratando de averiguar si le dice la verdad, ora al fontanero, para descubrir si sabe que Jijio es la mujer de Gudcur. Tras esa somera y rápida inspección, deduce que ninguno de los dos tiene conocimiento de los secretos o la identidad del otro.

Al preguntarle dónde están los niños, Jijio le explica que «alguien ha pasado a buscarlos» y, aunque Cambara se percata de que no entra en detalles, no la pone en un apuro preguntándole quién los ha pasado a buscar ni si sabe en qué lugar han ocultado a los niños por razones de seguridad. Ni por qué ese alguien la ha dejado a su suerte, pese a su avanzado estado de gestación. ¿Significa que, por lo que concierne a Gudcur, es prescindible? Cambara deja pasar la respuesta de Jijio sin comentarios ni más preguntas.

—¿Quién es este hombre? —dice entonces Jijio, midiendo al fontanero con la mirada para decidir si es amigo o enemigo—. ¿Por qué lo has traído?

La respuesta de Cambara calma los nervios de Jijio.

—Este señor es fontanero y me ha acompañado para ver si puede solucionar los problemas de cañerías que hay en la casa antes de que des a luz. Pagaré sus horas de trabajo y todas las reformas y los gastos, sólo para asegurarnos de que tu bebé nazca en una casa con agua limpia y unos alrededores salubres. Está aquí hoy para valorar el estado de las instalaciones, hacer números y darme un presupuesto. Me dirá qué arreglos se precisan.

Las dos mujeres siguen al fontanero a un cuarto, luego a otro y a otro más, con lo que Cambara recorre toda la vivienda por segunda vez, aunque con mayor detenimiento y sin necesidad de apurarse.

Media hora después, todo el personal del Maanta le ofrece a Cambara una mano para ayudarle a llevar sus dos maletas hasta la habitación. Requiere el esfuerzo decidido de seis hombres acarrearlas por las escaleras, pasar por el entresuelo, donde se detienen a descansar, y llegar finalmente a las dependencias donde se hospeda. Con el aire acondicionado a tope, se da una larguísima ducha, que disfruta inmensamente.

Diecisiete

Cambara estira todos los músculos tras darse una buena paliza en sus habitaciones, la primera sesión de ejercicios que hace en serio desde su llegada. Al pensar en ello, jadeando y sudando copiosamente, no puede perdonarse haber descuidado la tonificación de su cuerpo para estar en forma, en caso de que tuviera que enfrentarse en un combate físico a vida o muerte, derribando a patadas de kárate a un par de matones armados, o los que hubiere, y, en resumen, salvar el pellejo. Últimamente algunos de los milicianos, tras quedarse sin víctimas con posibilidades de pagar grandes sumas de dinero, han recurrido a hacerse piratas en alta mar o a tomar rehenes y llevarlos a tierra y pedir grandes rescates, mientras mantienen a sus presas incomunicadas. En una situación así es conveniente estar en plena forma. Cambara ha conocido a los milicianos suficientes para saber que ellos no lo están. Aunque se siente satisfecha de cómo han ido las cosas hasta ahora, la invaden inquietudes lógicas, muchas de las cuales tienen que ver con su temor a no ser capaz de soportar las presiones que crecen dentro y fuera de ella o tambalearse y venirse abajo en el momento menos oportuno. Cree que es prudente prepararse mentalmente y, de paso, poner su cuerpo a punto para el día en que se desmorone o la abandone la suerte que por ahora la acompaña, porque entonces, ¿qué? Siente que podrá salir victoriosa si, además de ser fuerte de cuerpo y de mente, consigue imponer algún orden en sus actividades.

En su empeño por volver a una rutina saludable, suda hasta la extenuación. A falta de una cinta de gimnasio y demás máquinas de las instalaciones deportivas a las que está acostumbrada y en vista de que no se imagina saliendo a correr por las carreteras polvorientas de la ciudad llenas de baches sin convertirse en un blanco para algún joven descerebrado y loco por las armas, estira la musculatura hasta que el dolor se hace insoportable. Además, para mantenerse al corriente del curso de los acontecimientos tiene la radio encendida, dispuesta a oír la peor de las noticias: que Gudcur se ha impuesto en su campaña contra los rivales a los que se enfrenta. Por el momento todo apunta a que triunfará sobre sus oponentes, que se baten ya en retirada, abandonando territorios que habían conquistado y reivindicando que eso forma parte de su retirada estratégica.

Bañada en sudor, a Cambara le preocupa involucrar a un hombre inocente, el fontanero, e inculpar al chófer y a los guardias de seguridad de Kiin, que hasta ahora no han mostrado con ella más que amabilidad. Le inquieta la posibilidad de implicar en sus dudosos asuntos a Kiin, una amiga a la que acaba de descubrir, sin haber puesto antes las cartas sobre la mesa. Siente un pánico desconocido cuando, en un momento de calma, imagina lo que supondría para todas las partes implicadas que en

uno o dos días Gudcur venciese a sus adversarios, que por añadidura pertenecen a su mismo clan y en otros tiempos fueron estrechos aliados, luchando hombro con hombro y viviendo todos a costa de los botines de sus robos. Sin duda una victoria decisiva levantará la moral de Gudcur y se crecerá, de modo que aumentarán sus posibilidades de conquistar más territorios y extender su reino más allá de sus actuales dominios. A Cambara, por consiguiente, sólo la sumiría en la catástrofe.

Una fuerte sacudida, tan descorazonadora como extenuante, recorre su cuerpo en el instante mismo en que toma conciencia de lo que entrañaría la victoria de Gudcur. Tratando de combatir la negrura que está a punto de engullirla y para asegurarse de que no la arrastra hacia abajo o la sume en la consternación, Cambara decide que lo mejor será darle a Kiin una versión de los acontecimientos que en líneas generales se acerque mucho a la verdad. Al menos hará todo cuanto esté en su mano y, si es preciso, contará el relato del modo que mejor sabe, ajustándolo aquí y extendiéndolo allá, sobre todo en los puntos donde sea maleable, y naturalmente recortando la historia cuando no dé más de sí, porque el material original carezca de flexibilidad.

A pesar del aire acondicionado que refresca la habitación, sigue sudando copiosamente. Cansada, con la camiseta pegada a la piel, camina de puntillas hasta la otra punta del dormitorio. Se mira en el espejo que hay detrás de la puerta del cuarto de baño. Se ve alta. Contempla su imagen: un cuerpo con curvas, cintura bien moldeada, pechos firmes para una mujer de su edad.

Con la adrenalina corriéndole por las venas, piensa qué triste sería para ella que, sin haberle contado sus planes por desconfianza, Kiin no sólo no crea la versión que Cambara la dé sino que además descubra que la ha engañado. Al mismo tiempo, se ve intentando abrirse camino en una ciudad poblada por bellacos malnacidos en el mismo momento que la empatía que Kiin haya podido sentir hacia ella se zanje de pronto por el recelo. ¿Adónde irá entonces? ¿A quién pedirá ayuda? A Zaak no, desde luego, porque probablemente también le volverá la espalda; tampoco a Bile y Dajaal, dos hombres a los que apenas conoce. Su única esperanza es Kiin, con quien cree compartir un entendimiento especial, aunque esa afinidad siga siendo imprecisa. Tal vez se trate de cierta química que una reconoce en la otra. Cambara siente un hondo malestar al imaginar el espantoso escenario en el que, tras haber descubierto las falsedades de Cambara, Kiin la destierra, del hotel, de su vida, cortando todas las conexiones. Qué débiles son las extremidades de la falsedad y qué recias en cambio las de la verdad, cuánto más rápidas corren que la mentira, que nunca consigue darle alcance. El panorama que ve la lleva a la decisión de confiar en Kiin, contarle sus propósitos, por qué está en el país, por qué contrata a fontaneros y todo lo demás. Una mujer que cuenta con otra mujer, una mujer fascinada por otra mujer, una mujer que confía en otra mujer, una mujer que opta por ser sincera con otra mujer al servicio de un ideal superior: de paz, de armonía común.

¿Qué debería decirle al fontanero, que tiene más cartas que nadie, incluso más que ella misma, de convertirse en una víctima, si a Gudcur le da por matar en un

arrebato de ira? ¿Qué explicación debería darle a Zaak si pregunta por qué, aunque ya no tenga que convivir con él, continúa entrometiéndose en su vida? Seguramente le recordará que fue ella quien puso su armario patas arriba y le cambió su forma de vestir, haciéndole llevar ropas con mayor porcentaje de algodón que de poliéster. Antes de separarse y formalizar el divorcio, Zaak se quejará de que ella lo obligó a cambiar su austeridad por una vida de altos vuelos, de veladas hasta altas horas, de mañanas durmiendo, de afrontar los gastos con caballerosidad, preocupándose rara vez, como si cada día trajera un don especial. Si va por esos derroteros, ella le recordará que ya no es la misma mujer que conoció, desde el instante mismo en que se libró de él, y que bajo su nueva piel se preocupa menos por lo que él lleva y más de sus propios problemas.

Llevar al fontanero a la propiedad de su familia sin pensar seriamente en las consecuencias de su acción ha hecho del compromiso de Cambara un asunto más peligroso. No hay manera de eludirlo, ni marcha atrás posible. Se enfrasca en la cuestión durante unos segundos inmóviles, al tiempo que sus manos inquietas hurgan en una espinilla. Luego empieza a arrancarse los pelos de la axila con la concentración de una mujer pintándose la raya de los ojos.

Alguien pone en marcha el motor de un coche, da gas y lo saca marcha atrás por la cancela. El rugido estridente crispera los nervios de Cambara, que mira el reloj y, decidiendo que es hora de elegir lo que va a ponerse esa noche, saca la maleta en la que ha colocado varias mudas de ropa. No tiene dificultad en decidirse: un precioso vestido de lino largo sin mangas que le regaló su madre, comprado en un centro comercial de productos principalmente africanos que hay en Toronto, durante su última visita antes de que Cambara partiera. Contempla el vestido, acariciando la tela a contrahío, luego al bies, y finalmente colocando la parte superior de la prenda en la cama para observar el *denkyem*, el símbolo ashanti bordado, que añade un equilibrio natural y gran belleza al tejido, de un color similar al de su piel.

Recuerda la sabiduría que entraña el símbolo, recuerda a su madre hablándole del proverbio ashanti inspirado en ese organismo. Según su madre, el dicho da a entender que, aunque el cocodrilo vive en el agua y posee la envidiable capacidad de permanecer también en la tierra, en realidad respira agua y respira aire. Cambara interpreta en ese símbolo que, al igual que el cocodrilo, que mora tanto en la munificencia del agua como en la tierra que la rodea, ella habita dos estados de conciencia dispares: vive en paz, aunque la cercanía amenazante de la atrición que define a Somalia la envuelve. O, lo que es lo mismo, debe adaptarse a las condiciones que imperan en la ciudad donde está ahora y encarar las situaciones que surgen a su paso con resignada fortaleza, preparada para escenarios peores, incluso para la muerte. Se felicita por ser capaz de conciliarse con unas circunstancias que cambian continuamente, tan vertiginosas como llenas de peligro. Así que piensa ponerse el vestido por deferencia a su agudo sentido de la adaptación.

Apenas le ha dado tiempo a ducharse cuando tocan suavemente a la puerta.

Cambara se queda inmóvil y sólo contesta cuando la persona insiste varias veces, siempre con la misma mansedumbre.

—¿Quién es? —pregunta.

—Soy Kiin —dice una voz.

Inunda la mente de Cambara un torrente de preguntas en relación con el lugar a donde ha llevado al conductor, los guardaespaldas y el fontanero que Kiin le presentó. Esas preguntas, que acuden en forma de diluvio, cada una de un afluyente desbordado que desemboca en un turbulento río de dudas sobre su propia conducta, la abruman y le hacen perder la calma. Reza para que todos los que han ido con ella en ese vehículo estén bien.

—Dame un instante, por favor —contesta Cambara con voz trémula.

—No hace falta que abras —dice Kiin—. He venido para saber cómo estás y decirte que es la hora del té y que estoy en la cafetería. Reúnete conmigo cuando estés lista.

Cambara abre la puerta, ataviada con el vestido de lino que lleva bordado el símbolo del *denkyem*.

Tras hacer pasar a Kiin, Cambara observa como por vez primera que sus habitaciones alojan el inevitable desorden de los viajeros, con un abanico de planes que por una razón u otra no tienen continuidad, cuando hay muchas maletas y escaso sentido para encontrar el modo y el momento oportunos para deshacerlas. Esparcidos por el suelo de ambos cuartos y sobre las camas hay libros de gran formato y parafernalia que da muestra de la profunda pasión que el huésped siente por el teatro y las máscaras, entre ellas dos miniaturas de madera. Kiin muestra un gran interés por los libros y abre un tomo ilustrado donde se dan las claves para llevar una obra a escena, antes de centrar su atención en las máscaras, que levanta y acaricia, visiblemente emocionada, y luego en un libro delgado, del tamaño de un panfleto, titulado *El águila y las gallinas*.

Por la expresión de su rostro, boquiabierta ante un panorama de posibilidades desconocidas, Kiin parece entusiasmada con el teatro de marionetas y todo el material de Cambara.

—Espero que me hables de todo esto... Si tienes proyectos de los que yo pueda estar al corriente y echarte una mano. Mejor dicho todas nosotras, la Red de Mujeres. ¿Por qué no montas una obra? La organización podría financiarla. ¿Qué me dices? ¿Qué tal algo sobre la paz, pensado para mujeres?

—Nada me complacería más —dice Cambara—, de contar con la oportunidad y siempre y cuando se cumplieran esos requisitos.

Kiin levanta la mano para chocarla en alto con la de Cambara.

—Estupendo —dice.

—Gracias —dice Cambara entrecortadamente. No cabe en sí de dicha: es el proyecto de sus sueños.

En el silencio que sigue, Cambara frunce el ceño y los surcos llaman la atención

de Kiin a los restos de sudor fruto del agotador ejercicio físico que ha hecho hace unos minutos.

—Vamos, cuéntamelo todo —dice Kiin, con la voz cansada de quien no ha dormido la siesta—. ¿Dónde has estado? Y, dime, ¿has alcanzado tus objetivos?

Cambara contesta con sangre fría, sin que se adivine que ha ensayado estas respuestas para las preguntas que Kiin pudiera plantearle a la primera oportunidad. Le cuenta todo con la astucia comedida de un culpable a un paso del delito, sin insistir en la primacía de su inocencia.

—¿Qué te une a Jijjo? —pregunta Kiin.

Cambara siente crecer su inquietud antes de contestar.

—¿Conoces a Jijjo?

Kiin responde que no, así que Cambara no acierta a comprender adónde quiere ir a parar. Ninguna de las dos dice nada durante un rato.

—Tus escoltas han estado charlando con ella —aventura Cambara al fin. No le consta que Jijjo haya cruzado una sola palabra con ellos. Tal vez entraron sigilosamente mientras ella acompañaba al fontanero a los aseos y cuartos de baño de la planta superior—. ¿Qué les ha dicho?

Cuando la esperanza de recibir una respuesta a su pregunta se desvanece, Cambara se da cuenta de que acaso Kiin le está demostrando que también es capaz de reservarse información valiosa, tanta como ella le ha ocultado. ¿Será un desafío de los tiempos que corren, en los que nadie se fía del prójimo lo suficiente como para confiar cuestiones que conciernen a ambas partes?

—¿Y qué hay de Gudcur? —pregunta Kiin.

—¿Qué pasa con él?

—Dime por qué estás interesada en la propiedad que ocupó hace tanto tiempo y que sirve de hogar a su «familia» —le pide Kiin—. Aparte del hecho de que es tuya, huelga decirlo.

Luego escruta con dureza los ojos de Cambara, penetrando hasta honduras que nadie había alcanzado jamás. La mirada de Kiin parece de otro mundo y hace aflorar en ella el temor al demonio, que, sumado al silencio expectante y a su propia desazón, sobresalta a Cambara. Cuando Kiin la hostiga con más preguntas, formuladas de manera distinta pero en esencia con el mismo patrón, Cambara se yergue como si la punzaran con un objeto metálico afilado; su expresión de dolor es la de alguien que no tiene ni idea de lo que le está ocurriendo.

Entonces se lo cuenta todo a Kiin, empezando por la muerte de su hijo, la separación irreconciliable entre Wardi y ella y cómo esa brecha fue lo que la impulsó a ir a Mogadiscio, con la convicción de que llorar su pérdida sólo cobraría un sentido benigno si se involucraba al mismo tiempo en restaurar su propia relación con el país, a cuyo bienestar nunca ha contribuido de manera directa.

—¿Y cómo te propones restaurar esa relación? —pregunta Kiin.

Cambara responde que su propósito tiene dos caras, ambas personales. Aunque

espera salirse con la suya y recuperar la propiedad de su familia, que ha planeado llevar a cabo por su cuenta y sin implicar directamente a terceros, la verdad es que ha acabado arrastrando a otras personas.

—Refréscame la memoria, por favor —le pide Kiin, subiéndose el pañuelo que le cubre la cabeza y remetiéndole un mechón de pelo que se ha soltado—. ¿Cuán avanzado está el embarazo de Jiijo?

—Está de más de ocho meses.

—A ver si lo he entendido bien —continúa Kiin—. Dices que han mandado a los niños a otro lugar para que estén seguros y que Jiijo está sola en la casa, en este mismo momento, porque Gudcur anda metido en refriegas donde se disputan calle a calle el territorio que ha perdido, ¿es así?

—Por lo que conozco de la situación, así es.

Alentada, observa que Kiin da vueltas a una idea, en silencio. Cambara sospecha que trama un plan audaz y se pregunta cuándo su nueva amiga, si así lo decide, compartirá sus conclusiones con ella.

—¿Qué tienes en mente? —le dice Cambara.

Kiin fija la mirada en el techo, como si los listones de madera pudiesen revelar un mensaje secreto. Después, asintiendo con el gesto de quien por fin ha desentrañado un misterio, saca el móvil, teclea un número y aguarda. Alguien con voz aguda contesta.

—Farxia, ¿dónde estás, querida? —pregunta Kiin.

Gracias al manos libres del teléfono, Cambara puede escuchar la conversación. Kiin le explica en susurros que ha llamado a Farxia, que es médico en una clínica donde acaban de terminar la jornada. Farxia le pregunta a Kiin si hay alguna emergencia y alguien requiere su presencia inmediata en el hotel. Kiin le contesta que tanto ella como Cambara están bien. Luego titubea, como si hubiera cambiado de parecer sobre compartir lo que le ronda en la cabeza y, sin mucha convicción, trata de tranquilizar a Farxia diciéndole que «en realidad, todo va perfectamente».

—Dudo que lo que te ha impulsado a llamarme por la línea de emergencia pueda esperar, aunque «en realidad, todo vaya perfectamente» —dice Farxia, subiendo aún más el tono de voz que antes.

—Hablaré contigo mañana por la noche —dice Kiin.

—Te ruego que no pospongas esta charla hasta mañana —dice Farxia—. Así que habla conmigo y ahora mismo.

Ante la insistencia de Farxia y casi pensando en voz alta, probablemente por deferencia hacia Cambara, Kiin se pregunta si su apreciada doctora querría contemplar una idea temeraria. Kiin no quiere precipitarse para hablar de lo que tiene en mente, aunque Cambara cree que, sea lo que sea, nadie va a pensar que Kiin ha perdido el juicio.

—No te hagas de rogar, Kiin.

—No es eso.

—Entonces desembucha, rápido —ordena Farxia.

Kiin la complace.

—Me pregunto si tú, o alguna de tus colegas más jóvenes de la clínica, disponéis de tiempo para hacer una visita a domicilio.

—¿Ahora?

—Mejor aún —dice Kiin, con el tono de quien piensa sobre la marcha, rápido, y es capaz de superar las ideas más audaces—. ¿Tenéis una ambulancia y personal para ir a buscar a una mujer a punto de parir y llevarla a vuestra clínica?

—¿Dónde está la parturienta?

Kiin propone entonces que Farxia espere en la clínica a que llegue su chófer con una nota de su parte, con el nombre y los datos de la mujer. El chófer guiará a la ambulancia hasta la casa de dicha mujer.

—Servirá —dice Farxia.

Cambara está impresionada de la velocidad con que Kiin ha determinado el futuro de su vida y su plan con el paso más decisivo de todos: desalojar de la casa de la familia el único vestigio de la ocupación de Gudcur. Cuando piensa cuánto le debe a Kiin por lo que acaba de hacer, no halla palabras para expresar su gratitud. Tampoco las manchas de humedad que se dibujan en el techo, de las que Kiin ha recibido inspiración, le revelan qué debe decir.

—Asunto arreglado —dice Kiin—, pasemos a otra cosa.

Cambara se pierde en sus pensamientos y, anticipándose, imagina qué triste sería que las cosas se torcieran. A fin de cuentas, ha puesto en peligro la vida de Kiin y de sus hijas, por no hablar del negocio del hotel, así como a la doctora a la que todavía no conoce y sus colegas, el personal y la clínica. Con el temblor que nace de la preocupación se estremece como una hoja movida por la brisa marina.

—Mi segundo propósito guarda relación con las mujeres, el teatro y un compromiso duradero con la paz —dice Cambara—. Permíteme afirmar que estoy convencida de que, con tu ayuda, no tendré ninguna dificultad en alcanzar las metas que me he propuesto.

—Sé concreta —le pide Kiin—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Cambara se instala en la agradable sensación de que Kiin puede solucionar todos sus problemas. Se aboca a las dificultades que saldrán a su paso cuando empiece con el montaje de una obra teatral en un país donde se ha perdido la tradición de esa clase de espectáculos.

—De hecho —continúa—, por eso quería conocer a un artesano que me ayude a construir un escenario y a elaborar las máscaras que he diseñado. Preciso a alguien con talento que pueda trabajar también como carpintero y sea audaz a la hora de interpretar mis bocetos.

Kiin adopta una postura encantadora, visiblemente complacida.

—Tengo a la persona adecuada —dice.

—¿Aquí, en la ciudad?

—Es un irlandés, al que conozco bien.

—¿Y vive en Mogadiscio?

—Vive aquí desde hace años, ha adoptado Somalia como si fuera su propio país y, para colmo, ha sobrevivido.

—¿Qué hace un irlandés viviendo aquí?

—Es una larga historia.

—¿Cómo se llama?

—Seamus.

Dieciocho

A la mañana siguiente, temprano, a las ocho, Cambara se sienta sola a una mesa del restaurante del hotel frente a un gran cuaderno, estudiando sus notas y revisándolas, añadiendo aquí y borrando allá. Actúa con la desgana con que un profesor que no está interesado en lo que lee se enfrasca en el texto de un estudiante. Pasa las páginas del cuaderno, donde aparecen garabatos que sólo ella puede descifrar, entre ellos un boceto en forma de diagrama para una obra en la que ha trabajado intermitentemente desde hace varios años. Cree que montar la obra ahí será ideal. Espera que organizar un teatro de marionetas no sólo aumentará sus posibilidades de éxito como artista sino que la liberará también del malestar que supone no haber conseguido estrenar una pieza propia.

Le gustaría saber qué es lo que ha inducido a Kiin a hablar con tan buena disposición, complicidad y convicción sobre la pasión de Cambara para montar una obra por la paz en Mogadiscio. Supone que Raxma, su amiga común, ha estado en contacto con ella y habrá dejado traslucir el entusiasmo de Cambara, una pasión que según Arda «nace de una obsesión por hacerse un nombre como actriz y dramaturga a un tiempo». Hasta ahora ha mantenido vivo su sueño, pero con escasos frutos, aparte de unos pocos logros en el teatro *amateur* de los que no puede enorgullecerse. Aun así poco importan por el momento sus aspiraciones artísticas, porque pueden esperar a que coseche éxitos en otros frentes: Cambara está convencida que entonces montar una obra de teatro será una sinecura, no le supondrá ningún esfuerzo.

Imagina qué descanso sería que Gudcur volviera gravemente herido de los enfrentamientos y muriera: eso le facilitaría mucho las cosas, desde luego. Siguiendo con su costumbre, empieza a contar los polluelos antes de que rompan el huevo y se traslada al día en que el salón de banquetes de la propiedad de su familia pueda ser el local de ensayo. Una vez Gudcur desaparezca, sus esbirros dejen de ser una amenaza para sus planes y Jiijo deje el camino libre y dé a luz en el hospital (un asunto que ya está encaminado, gracias a Kiin y Farxia), Cambara está convencida de que avanzará con rapidez. Interpreta que el sueño que ha tenido al amanecer, en el que ha visto varios halcones imponiéndose sobre las hienas contra las que peleaban, significa que ella va a burlar a sus oponentes, sean quienes sean, y alcanzar la meta que se proponga.

Se recuerda que, según el despacho de un corresponsal en el Cuerno de África emitido por radio a las siete de la mañana, los hombres de Gudcur van de capa caída y se batan en retirada tras haber perdido varios puestos estratégicos. Además, boletines más recientes aún sin confirmar atribuidos a otras agencias de noticias aluden al gran número de muertos y heridos entre sus hombres. Sin embargo, dado

que ningún reportero dice haber visto a Gudcur en persona, el rumor de que ha muerto o está herido de gravedad va ganando credibilidad, alimentado por los testimonios que aseguran que su mano derecha parece haber tomado el control de sus tropas. En cierto momento de la entrevista, el número dos de Gudcur ha dado a entender que está dirigiendo la ofensiva, que se tambalea ahora por problemas en la jerarquía de mando. Cambara ve en el cuestionamiento de la autoridad de Gudcur no tanto el anticipo de una humillante derrota como una prueba indiscutible de su impotencia.

Se yergue inquieta en la silla y recibe al camarero con una sonrisa sincera de bienvenida cuando se acerca a servirle dos rodajas de mango, preparadas al gusto de los habitantes de Mogadiscio. La boca se le hace agua al contemplar la dulce fruta dorada partida en dos mitades iguales, deshuesada, la pulpa cortada en cubos, lista para comer. Al ver que el camarero no se mueve, como si esperase a que diga algo, Cambara le pide que no se moleste en traerle el segundo plato del desayuno, hígado con injera, el delicioso pan de la región, uno de los platos preferidos de los habitantes de clase media de la ciudad. En respuesta a su amable intento por hacerla cambiar de opinión —«El hígado con injera es nuestra especialidad», le dice—, ella le explica que duda que su estómago lo acepte.

—Esta mañana no —añade.

El camarero asiente y se marcha. En el instante de tomar la primera cucharada, la desconcierta un inesperado carnaval de voces, tan erráticas como locuaces. Una cuadrilla de hombres jóvenes transporta frenéticamente piezas de mobiliario, levantándolas y arrastrándolas con la torpeza propia de personal sin experiencia en trasladar muebles pesados de muchas patas. Reconoce a uno o dos jóvenes y empieza a preocuparse por si, además de estropear o romper una mesa, una silla o un sofá, cosa que sin duda retrasaría a Kiin un poco, puedan lastimarse la espalda. Los observa con una mezcla de inquietud y curiosidad, mientras ellos sufren y titubean para meter a ojo una mesa de diez patas, por una puerta demasiado estrecha. Además, la torpeza de estos chavales, que levantan la mesa por encima de sus cabezas, a riesgo de romperla, en lugar de inclinarla hacia un lado o pasar las patas por el umbral una por una, le causa tal malestar que se pregunta si serán lo bastante buenos para participar en su obra. De hecho, advierte que sus temores se han hecho realidad: las dos patas delanteras de la mesa tiemblan y los jóvenes están empapados en sudor y jadeantes. Pasado el pozo, viran a la izquierda, tropezando desgarradamente con un escalón de piedra a la derecha de Cambara, en dirección a la edificación anexa con techo de paja y ventanas que se abren hacia afuera en peligrosos ángulos.

Sin dejar de observarlos, su mirada se posa finalmente en esa edificación de aspecto provisorio, un añadido, una idea de último momento para subsanar no sólo la falta de espacio sino la necesidad de algo parecido a un vestíbulo. Entiende que es allí donde se dan las fiestas del hotel. Cambara, dejándose llevar por la imaginación,

piensa en un futuro de paz suprema en que las hijas preadolescentes de Kiin puedan usar esa edificación como apartamento de solteras. Qué curioso percatarse, sólo después de observar a los muchachos dejándose la piel, levantando y acarreando muebles, de que esa ala del hotel cuenta con un salón en la planta de arriba y un comedor en la de abajo, con una docena de mesas y sillas tapizadas en telas coloridas, dispuestas todas al parecer para una recepción formal. Cambara tiene muchas esperanzas puestas en disfrutar de la fiesta para mujeres a la que Kiin la ha invitado, donde se propone que una o dos de las asistentes la ayuden con sus proyectos, dar las gracias a Farxia por lo que ha hecho e incluso tal vez conocer finalmente a la esposa de Odeywaa, el tendero.

Levanta la mirada, sorprendida, pues las dudas empiezan a corroerle las entrañas. Luego, de nuevo, la consume una incertidumbre abrumadora en el instante en que es consciente del ritmo vertiginoso con que se desarrollan los acontecimientos, ahora que Kiin se ha convertido en el pedestal donde descansan los pilares de Cambara, mientras que Zaak y Wardi prácticamente han desaparecido de vista y casi no piensa en ellos. Sigue evitando, contra toda razón, confiar completamente en Kiin, pero siente que debe cultivar la amistad de otras personas a las que poder recurrir; de otro modo, Kiin será la única de la que dependa, por afortunada que haya sido o vaya a ser de haber topado con ella. Por desgracia, cuando tiene una buena razón para celebrar un momento de triunfo, Cambara tiende a sufrir un ataque de ansiedad, por temor a las consecuencias de fracasos futuros, en lugar de envolverse en la túnica del éxito. ¡Basta ya!

Pelo Sedoso. ¿Qué intenciones abriga en él, en el caso de que ella se comprometa cada vez más a garantizar su bienestar? ¿Llegará el día en que decida adoptarlo legalmente? Es una de sus preocupaciones. La idea de hacerse cargo de Pelo Sedoso, aunque no sea necesariamente previsible, le atrae en cierto modo, pues tendrá una razón de peso a la que agarrarse cuando decida volver a Toronto. «Ya sabes, Mogadiscio no es un buen lugar para criar a un chico inteligente y con ambiciones, porque no hay ninguna escuela, ni en realidad nada, recomendable para él», se imagina contestándoles a los amigos que le pregunten por qué regresa tan pronto. No hay forma de saber qué rumbo tomarán las cosas ni si Pelo Sedoso estará dispuesto a acompañarla en sus planes, porque, teniendo en cuenta su edad y sus orígenes, es de esos chicos que tiene claro lo que quiere hacer con su vida. Y, lo más importante, duda si puede ser una buena madre para un chaval bajo esas condiciones sociales. ¿Su fortaleza es comparable a la de Seamus, de quien Kiin dice que ha adoptado al país entero y ha sobrevivido?

Preocupada, se pellizca los labios y los frunce, sin dejar de dar vueltas a la cuestión de que, al invitar a otra persona a entrar en su vida, abrirá la puerta a complicaciones que perfectamente podría ahorrarse. ¿Por qué sigue haciéndolo, entonces? ¿Será porque se siente siempre sola y necesita la compañía de los demás, igual que hay quien tiene mascotas o matrimonios en dificultades invitan a terceras o

cuartas personas porque no pueden verse cara a cara a solas? ¿Por qué, aun antes de tener la certeza de que con Pelo Sedoso las cosas saldrán bien, piensa en Bile? A lo mejor cree que, a su manera, Bile no sólo la complementaría y la haría sentirse más plena sino que además la enriquecería. Le guste o no, la pregunta que le acude a la mente ahora es si no estará cambiando a Wardi, el marido del que se ha distanciado y al que ha desterrado de su vida, por Bile, y si admitir a Pelo Sedoso dentro de los límites de su autonomía, recién reconstruida, la dotaría de mayor solidez.

La cara se le ilumina con una sonrisa al pensar no sólo en que va a conocer al tal Seamus sino que además le pondrá delante los bocetos de sus proyectos y le pedirá que talle las máscaras y, a ser posible, se ocupe también del escenario y los decorados. Contenta ante la perspectiva de llevar a cabo su propósito, Cambara da un sorbo lento de la botella de agua mineral.

Toma un bocado de mango. Y piensa «¡Qué delicia, esto sí es un mango!». Entonces se pregunta qué forma tomará su nuevo ser si se le permite desarrollar todo su potencial. Para que las cosas funcionen, tendrá que averiguar qué clase de enseñanza en casa ha dispuesto Kiin para sus hijas y dilucidar qué posibilidades existen para Pelo Sedoso. La cuestión es buscar el mejor modo de organizar la vida de un chico en estos tiempos difíciles, de manera que sea posible de cumplir con sus obligaciones. Por otra parte, ¿sobrevivirá ella a adentrarse en una nueva iniciativa, cuando el viejo afán al que entregó su capacidad de concentración durante muchos días, semanas, meses y años no le llena ya el corazón de entusiasmo y emoción?

Oye de pronto una voz de mujer, a un tiempo familiar y llena de brío, dando instrucciones y gritando a varias personas a la vez. El tono de voz de Kiin que le es familiar posee un encanto irresistible, pero le resulta desconocido el tono alzado, las palabras atolondradas, tensas hasta el punto de parecer acosada: la voz de una mujer atribulada, asediada por los problemas y que además actúa mecánicamente. Finalmente ve aparecer a Kiin, deslizándose por las olas de su andar elegante. Conmovida hasta los tuétanos, la emoción atenaza la garganta de Cambara, que sólo alcanza a hacerle señas con la mano. Cuando al fin Kiin advierte sus reclamos, le indica con un gesto que irá enseñuida.

Kiin se reúne con ella, aunque su inquietud salta a la vista, tal vez porque no dispone de mucho tiempo para charlar, dada la cantidad de cosas que debe atender antes de la fiesta de la noche. Las dos amigas se abrazan, tocándose las mejillas, se dan besos y una a otra se preguntan cómo están. Contestan al unísono «Bien, muy bien» y, por parecerles gracioso, rompen a reír.

—¿Has sabido algo de él? Ha prometido que iba a llamarte —dice Kiin, segundos después de separarse.

Al corazón de Cambara no le hace bien esa alusión a un «él» genérico y recordar que se ha olvidado el teléfono móvil en la habitación, por no saber qué clase de noticias traerá «él», ni si son buenas o malas. ¿Quién se supone que la ha llamado? ¿Bile, a lo mejor? ¿Zaak, a lo peor? ¿Gudcur, Dios no lo quiera?

—¿De quién se supone que he de tener noticias?

—De Seamus.

—Ay, qué tonta soy —dice Cambara.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me he dejado el teléfono en la habitación.

—Seamus me ha llamado.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que llegará pronto.

Cambara aparta a un lado las cosas del desayuno y, nada más hacerlo, su inquietud va en aumento mientras pasea la mirada de los platos a Kiin y finalmente al cuaderno de bocetos, a su derecha, lleno de croquis y diseños que resultan fascinantes, por lo menos para Kiin.

Kiin, entretanto, da instrucciones al camarero de que vaya a la cocina y pida un café exprés doble con desayuno —hígado, poco hecho, acompañado de injeras— para Seamus, y lo traiga a la mesa de Cambara.

—Me gustaría que almuerces conmigo y con mis hijas —dice Kiin cuando el camarero se va y se quedan a solas.

—Con mucho gusto —dice Cambara.

—Comida para dos a la una y media.

Cambara hace ademán de levantarse y darle a Kiin las gracias por todo, al mismo tiempo que piensa, con un punto de envidia, que es una mujer que lleva las riendas de su vida.

—Hasta luego, entonces —dice Kiin antes de marcharse.

El primer indicio, al menos por lo que a Cambara respecta, de que ocurre algo fuera de lo común llega en forma de un silencio inquietante cuando uno de los centinelas apaga una radio. A partir de ese instante, Cambara presta atención a los movimientos inexorables, aunque poco ortodoxos, de varios jóvenes guardias armados que se entretienen mirando a hurtadillas, por turnos, por la mirilla de la puerta de entrada peatonal. Luego intercambian miradas burlonas, consultándose unos a otros y debatiendo la conveniencia de tomar alguna medida, antes de mirar avergonzados hacia un hombre que parece ajeno a ellos, tal vez dormido.

Con un simple vistazo Cambara confirma sus sospechas: que el hombre que dormita en la silla, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas estiradas, a quien los guardias no se han atrevido a molestar es, en efecto, el anciano que condujo las oraciones de la tarde anterior. Al parecer es el jefe de seguridad y, de repente, se acuerda de que es el mismo que dirigió el cotarro en el coche. Kiin le ha dicho que confía plenamente en él.

Al fin se despierta por sí solo, tal vez porque, ahora que la radio está apagada, la curiosa ausencia de cualquier ruido le alerta de que se han producido cambios, que no le pasan inadvertidos. Abre los ojos con la lentitud de un gallo que emite un cacareo cansado desde la profundidad de su modorra y luego estira los brazos para

desperezarse, antes de ponerse en pie con gesto tambaleante. Se restriega los ojos somnolientos, se recuesta en la pared en busca de apoyo y pregunta qué sucede. Al no recibir respuesta de los demás, que se limitan a mirarlo sin decir palabra, pone el ojo en la mirilla. Ve a un hombre blanco desgarrado con la expresión cansina de quien no pinta nada en ese lugar, un hombre con barriga cervecera que se tira de la barba y se lleva mechones de pelo canoso a la boca, que mordisquea incesantemente.

El jefe de seguridad echa una ojeada a lo que puede ver del hombre blanco y luego grita instrucciones a uno de los jóvenes para que deje «entrar al caballero».

Entonces entra Seamus con las manos cerradas en un puño, los rasgos articulando una sonrisa afable y caminando con andar acompasado, sin temor ni preocupación. Al ver su rostro hirsuto desde la distancia que la separa de él, Cambara no acierta a decidir la naturaleza de su cordialidad, ni a quién la dirige, ni si se convertirá en una sonrisa de burla, pero aun así se dice «Tierra firme» y, al observarlo, piensa «Qué presencia», con la ventaja que le concede adivinar quién es antes de que él la vea. Para darle la bienvenida se levanta y poco le falta para atreverse a llamarlo por su nombre de pila, pero se contiene y se sienta de nuevo, alisándose con nerviosismo el pelo con las manos y soltándose para que le caiga sobre el rostro, sin importarle lo que pueda pensar quien la vea.

Seamus da un rodeo estrechando la mano de todos los que encuentra a su paso, empezando por el jefe de seguridad, cuya mano sostiene entre las suyas unos instantes, y finalmente se dirige hacia ella con pasos cortos, la barriga más prominente de lo que él desearía que fuera y la mano derecha tendida, como si fuese a ofrecérsela a modo de obsequio. Se le ocurre que Seamus se da cierto aire a una bestia de carga agotada que lleva el doble de su peso a cuestas y trata de mantenerse erguida a pesar de haber menguado de altura, con las rodillas curvadas y doloridas por la excesiva carga y la boca en un mohín que parece de enfado. Ahí va, deseoso de estrechar la mano a todo el mundo; ahí va, subiéndose el cinturón a cada momento y de paso tocándose disimuladamente las partes pudendas, como para asegurarse de que siguen en su sitio. ¿Puede saberse cómo va de un lado a otro? ¿En qué medio de transporte se desplaza, si es que tiene alguno?

—Soy amigo de Bile —dice Seamus en voz alta, para que puedan oírlo todos los presentes, definiendo así una suerte de parentesco que espera cobre sentido para los jóvenes armados y los desarmados: un icono de Bile, un icono de amistad. Cambara hace un esfuerzo cómplice por no devolver la mirada desconcertada de los jóvenes, que a su juicio expresa meramente su curiosidad, por ser la primera vez, quizá, que ven a una mujer somalí sin velo recibiendo a un europeo a la vista de tanta gente. A plena luz del día. Sin custodia de nadie.

—Seamus, supongo —dice estrechándole la mano con la calidez de quien podría llegar a darle un abrazo, pero se queda en puertas de hacerlo.

—Bienvenida a nuestra ciudad, Cambara —dice él, pronunciando a la perfección el sonido gutural con que empieza su nombre—. Bile te manda saludos, Dajaal

también, puesto que ambos tuvieron el placer de conocerte en condiciones poco gratas. Me parece que el afortunado soy yo, que te conozco con aspecto de estar descansada, serena y lista para recibirme en tu hotel.

—El placer de conocerte en esta situación, mucho más cordial, es todo mío, Seamus —contesta ella, jactándose más de lo que pretendía al pronunciar perfectamente su nombre bisílabo.

Cuando el camarero llega para servirle el café doble a Seamus, Cambara le indica una silla, que él ocupa dándoles la espalda a los jóvenes que en ese instante los desnudan a ambos con miradas lascivas.

—Gracias —dice Seamus instintivamente, sin dirigirse en concreto a ninguno de los dos. Le da al camarero el tiempo necesario para que se aleje, moviéndose en el asiento, y luego toma el primer sorbo de café, sin prisa y con aire pensativo, aunque se guarda de decirle a Cambara si está o no a su gusto.

Se tira de los pelos de la barba, sacando de vez en cuando alguno que se le queda prendido en la curva de sus dedos gruesos, con la actitud concienzuda de un granjero que arranca malas hierbas de entre las matas. Algo en su postura le revela que Seamus se ha adaptado a Somalia del mismo modo que la vegetación foránea se adapta para echar raíces en el suelo al que la trasplantan.

—Cuéntame —dice Seamus para dar pie a la conversación.

—¿Por dónde empezar? —dice ella, dejando traslucir su embeleso, con una alegría tan espontánea como la primera sonrisa de un bebé.

—Empieza por donde quieras —le sonrío él, alentador—. Cualquier cosa valdrá.

—Seguro que conoces a John Coltrane, ¿verdad?

—No tanto como tú, intuyo.

—Mi disco favorito de Coltrane es *A Love Supreme*.

—¿Y es por ahí por donde quieres empezar?

—Del mismo modo que podría empezar con un momento de justa tristeza, cuando alguien descubre que su pareja se regodea en degradarla y disfruta con eso, ¿no? —aparta la mirada, como avergonzada, quizá porque no está segura de si él sigue el significado de sus palabras.

La mano de Cambara asciende hasta su pómulo; una mujer que no ha decidido si enjugarse las lágrimas o limpiarse un rastro de kohl con un pañuelo de papel. Recuerda que ella, una maquilladora, hace meses que no se pinta los ojos, desde que perdió a su querido y dulce hijo.

—Mi hijo murió —dice—. Ahogado.

—Lo siento mucho —dice Seamus, apartando la mirada.

—En la piscina de la amante de mi marido.

En los labios de Seamus vuelve a leerse «Lo siento», aunque no articula ningún sonido. Una vez más mira hacia otro lado y luego se revisa las uñas de las manos; Cambara advierte que las tiene mordidas hasta sangrar o largas y sucias.

—Podría decirse que he venido aquí a llorar mi pérdida.

Seamus traga saliva, como si tuviese una espina clavada en la garganta, y carraspea. Es la imagen de un hombre que quisiera ayudar pero no sabe cómo, que quisiera decir algo pero no da con las palabras que expresen lo que piensa.

Al cabo de un largo silencio, cuando Cambara se queda también sin palabras, al fin habla.

—Y mientras llores tu pérdida, mientras dure el luto...

—He jurado que recuperaría la propiedad de mi familia.

—Kiin no me ha mencionado nada de eso.

—¿De qué te ha hablado?

—De luto, paz y máscaras —contesta él, breve en la elección de sus palabras, como si expresara su pensamiento en clave morse.

—Espero ser de alguna ayuda a la comunidad de mujeres, a la que pertenezco —explica Cambara—. Me hace mucha ilusión que Kiin me haya pedido que contribuya en ese sentido.

Seamus se comporta como si no estuviera preparado para lo que está a punto de decir y eso lo inquietara, mientras la mirada centelleante se demora en sus uñas, que a fuerza de morderlas han llegado a la carne y sangran un poco. Con el desasosiego que suele acompañar a la distracción, se lleva un dedo a la boca y, al notar el sabor de la sangre, frunce el ceño.

—Dicho sin rodeos, necesitas nuestra ayuda.

—Así es.

Cuando el camarero vuelve, esta vez a servirle el desayuno de hígado con injera, Seamus sonríe con despreocupación y Cambara ve que levanta la mano derecha y saluda con entusiasmo. Cambara, curiosa por saber a quién saluda, ve a Kiin gesticulando y llevándose finalmente la palma de la mano a los labios para mandarles unos besos apresurados, antes de alejarse del balcón de la planta superior de la edificación anexa.

—¿Cómo está Bile? —pregunta Cambara a Seamus.

—No se encuentra muy bien.

—¿Qué le ocurre? ¿Está deprimido?

—Podría decirse que sí —concede Seamus.

Luego hace una seña al camarero, que aguarda apoyado contra la pared. En un somalí con marcado acento, le pide otro café, sin azúcar.

—Dime lisa y llanamente en qué necesitas ayuda —le dice Seamus a Cambara—, así veré lo que puedo hacer y te diré en lo que puedo o no puedo ser de utilidad.

Ella habla con franqueza y va al grano, empezando por el principio, ahora que ya no se siente nerviosa en su presencia y no necesita tratar de impresionarle. Charla animadamente de sus proyectos y le dice que agradecerá cualquier ayuda que pueda prestarle, sobre todo en la talla de máscaras. Luego le explica que ha hecho dibujos de todo y comparte con él los bocetos a lápiz del cuaderno.

—¿Y el texto? —pregunta él.

Cambara le hace un resumen del argumento en el que piensa basar la obra.

—La versión que tengo en mente para el montaje —continúa está inspirada en una parábola oral de Ghana, que interpretó por primera vez Kwegyir Aggrey, conocido como Aggrey de África.

A Seamus le entusiasma la idea y promete echar una mano, ofrecerle su apoyo y ayudar en todo lo que pueda, aunque, negando con la cabeza, añade:

—No sé si soy la persona adecuada o, mejor dicho, no sé si seré capaz de tallar máscaras, puesto que carezco de cualquier experiencia en ese arte y, a decir verdad, en todo lo relacionado con el teatro.

—He traído justo lo que necesitas: un sinfín de bocetos, maquetas y guías para iniciarse en el arte del teatro de marionetas.

—Entonces, trato hecho —dice Seamus e, incorporándose a medias, le tiende la mano. Cambara se distrae un instante en su barriga cervecera al descubierto y sus rasgos hirsutos, antes de sellarlo con un apretón de manos.

—Nos divertiremos mucho preparándola —dice Seamus cuando sus nalgas carnosas se instalan de nuevo en el asiento— y será un gran aprendizaje para todos si logramos llevarla a escena.

Cambara le tiende los bocetos. Seamus empieza a estudiar el cuaderno y, a medida que pasa las páginas, asiente en señal de aprobación. De pronto oyen un claxon discreto y Seamus levanta la vista, mira hacia la puerta y observa a uno de los centinelas armados asomándose por la mirilla. El centinela abre la cancela y entra un vehículo. Seamus reconoce el coche y, mientras se dispone a dar fin a la conversación, consulta el reloj y asiente, como si los tiempos estuvieran perfectamente calculados. Es entonces cuando Cambara reconoce al conductor, Dajaal, que sale del coche y saluda a los escoltas armados y al personal que se congrega en la puerta, llamándolos a todos por su nombre.

Dajaal se reúne con Cambara y Seamus, y la saluda con una inclinación de cabeza en respuesta a su cálido recibimiento, aunque se mantiene apartado, rígido, un poco demasiado formal a su gusto, distante. Aun así lo invita a sentarse, le ofrece té, café, un vaso de agua, tal vez, alguna cosa. Dajaal rehúsa dándose unos golpecitos en el reloj de pulsera para indicar que no tiene tiempo y mira a Seamus con una sonrisa cargada de significado.

—Bile está esperando —le dice Dajaal en italiano, al ver que el irlandés no hace ademán de levantarse. Ni siquiera entonces hace Seamus ningún movimiento—. Hemos de ponernos en marcha —dice Dajaal.

Cambara se dirige a Seamus.

—Llévate el cuaderno de los bocetos y en un par de días nos volvemos a encontrar y seguimos hablando. Te tendré preparada una fotocopia del texto de la obra.

—Hasta entonces —dice Seamus.

Dajaal apremia a Seamus, tomándolo del codo, como si lo ayudara a levantarse.

Aunque no le gusta la insinuación de Dajaal, Seamus se abstiene de hacer ningún comentario. Por nada del mundo Cambara podría explicar lo que hay en esos tres hombres, cada uno encantador y sumamente agradable a su manera, que le recuerda a personajes de película. Walter Matthau y sus adláteres en las comedias, entre ellos Jack Lemmon y otros cuyo nombre no recuerda. Y por supuesto a Frank Sinatra, Dean Martin y Sammy Davies Jr. Cuando se piensa en uno de ellos, los otros aparecen inmediatamente asociados a él.

—Recuerdos a Bile —dice Cambara.

Con la sensación de que la parte de ella que ha caído en el hechizo se va con ellos cuando se montan en el coche, que Dajaal pone en marcha enérgicamente, piensa cuánto le gustaría acompañarlos... Poco falta para que le haga a Dajaal un gesto con la mano, le grite que detenga el vehículo y vaya a sus habitaciones a prepararse un pequeño equipaje básico, en el que esta vez incluiría un estuche de maquillaje, y luego salte en la trasera del vehículo, sin otra razón quizá que ver a Bile. Aun así no puede precisar de dónde nace ese afán, ni señalar la fuente exacta de este deseo vehemente, porque sólo ha visto una vez a ese hombre y no precisamente en las mejores circunstancias.

En ese preciso instante su memoria le agua la fiesta trayéndole una escena espantosa de los primeros encuentros desagradables con Zaak, el día de su llegada. No olvida, claro está, la advertencia que le hizo: «Mujer, crece de una vez». Ya sin saludar con la mano ni sonreír, su mano cae a la velocidad de una rueda pinchada.

Maldiciendo el día en que conoció a Zaak, se repliega dentro de sí misma, ahondando en las profundidades donde se sabe fuerte; se refugia en sus reflexiones con la decisión de una mujer decidida a recomponerse. Y, aunque va a sus habitaciones a retocarse el maquillaje antes de reunirse con Kiin y sus hijas para almorzar, está tan inquieta que no soporta la idea de quedarse allí a solas.

En la cafetería, con un libro entre las manos, Cambara tiene el teléfono móvil sobre el regazo, en un silencio turbador. Observa los movimientos que tienen lugar alrededor de la cancela, donde se han reunido los guardias armados y personal desarmado, enfrascados en algún tipo de riña amistosa. Sus pensamientos errabundos la llevan de nuevo a su conversación con Seamus, a quien le ha revelado más de su lado triste de lo que pensaba que sería capaz. Quizá lo haya hecho con la intención de desterrar cualquier halo de sofisticación que Bile pueda haberle atribuido: quién mejor para filtrarlo que un tercero, en este caso Seamus, que con toda seguridad lo compartirá con él. Y, qué demonios, también Seamus ha dejado entrever que Bile es depresivo.

¡Todo está en orden siempre y cuanto antes se sepa mejor!

Diecinueve

En cuanto Cambara se sienta a la sombra y localiza la página donde dejó la novela de suspense, ve al conductor saludándola con la mano. Se dispone a devolverle el saludo cuando, volviéndose, repara en un niño que atrae su atención de todos y todo cuanto la rodea. Se pregunta si sufre alucinaciones o se trata de una aparición, porque de pronto hay ahí un niño, anónimo y desconocido para ella pero que de alguna manera le resulta familiar, porque le recuerda a Dalmar, su hijo. Es como si hubiese surgido de la nada y el misterio crece a su alrededor cuanto más lo mira.

Casualmente el camarero ha vuelto a la cafetería a limpiar las mesas con un trapo húmedo y prepararlas para el almuerzo. Cambara lo llama.

—¿Por casualidad conoces al niño o sabes cómo se llama? —le pregunta.

—Gacal, se llama.

—¿De quién es hijo?

—No es hijo de nadie —contesta el camarero.

—¿Hijo de nadie?

—Exacto. No es hijo de nadie —el camarero habla con la expresión grave de quien no se da cuenta de lo concisos que son sus comentarios y en ningún momento advierte lo exaltada que está Cambara mientras repite para sí sus palabras, paladeando la inspirada naturaleza de las mismas—. No es hijo de nadie —reitera el camarero.

Eso sí que es nuevo, piensa ella. La observación se le antoja muy apropiada, fuera de lo corriente: un niño, calcula que de menos de diez años, que da muestras de tener mucha personalidad pero que al parecer no es hijo de nadie. Más bien recuerda a un personaje mítico: sin progenitores, como Adán, ni padre biológico conocido, como Jesús. ¿Acaso ese Gacal llevará a cabo actos heroicos, al estilo de Krishna? ¿Comparte alguno de los rasgos de Sundiata, que nació, según el mito mandinga, no de la vagina de una mujer, por la que se arrojan toda clase de flujos, sino a través de un dedo, sin mancillar?

Da la impresión de que el niño se ha acercado a ella, avergonzado de los harapos que lleva puestos. Al decir de sus posturas y sus gestos, parece que estuviera haciendo una representación; quizá de pequeño le hacían fotografías, tenía una madre que lo abrazaba y un padre cerca que lo adoraba. Por cómo pestañea, se diría que está recordando los destellos del *flash* de la cámara, el sol nublándole la vista. ¿Qué clase de afectación es la suya? Gacal tiene ese don que se asocia a la gente de alta cuna. Una elegancia innata. No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de que pertenece a una clase distinta, percibe físicamente su lugar en relación con el lugar que ocupan los demás. No sólo se reserva un amplio espacio corporal sino que

también cuida de no invadir el del otro. ¿Acaso su comportamiento delata una educación burguesa? Tampoco lleva zapatos y Cambara observa que tiene la costumbre de ponerse de puntillas, estirando el cuello, como si se hallase entre una multitud de personas más altas viendo un espectáculo callejero.

El niño está ahí, ¿qué debe hacer? ¿Cómo se supone que debe lidiar con la presencia del chico o abordar las cosas, preocupada como está por la casa de su familia y la suerte que correrá, ahora que Jijio la ha desocupado? ¿Y si recibe al niño, *dolce far niente*, sin necesidad de explicación o justificación?

Sonriendo, Gacal sigue muy cerca, en silencio, con las manos enlazadas en la espalda en actitud respetuosa, la cara sucia y los harapos mugrientos. La boca describe una curva ascendente, como en una sonrisa con un deje de picardía y cierta insolencia, a la espera de que Cambara interprete su actitud como mejor le plazca. Cambara se concede el tiempo necesario para sopesar sus opciones, contrastando las ventajas posibles de no comprometerse en un sentido ni en otro a adoptar la postura indulgente de una figura materna. Supone que Gacal no ha estado en compañía de sus padres o de alguien que se ocupe de él desde hace tiempo. ¿Cuál es su historia? No se atreve a preguntarse si conoce a Pelo Sedoso y, en ese caso, los dos han hablado de esta mujer tierna a la que nadie puede tocar y que prodiga gestos de cariño que ningún niño de Mogadiscio ha conocido jamás. Cuidado con que la paranoia se apodere de tus pensamientos, se dice Cambara antes de tomarse un nuevo interés en Gacal.

Ha estado metido en una pelea, salta a la vista. De hecho, todos los indicios permiten suponer que ha sido una pelea salvaje: la sangre reseca de la frente y el labio inferior; varios rasguños descendentes en la barbilla se cruzan con otros ascendentes, uno de los cuales acaba cerca del ojo derecho; laceraciones en los brazos y el cuello, y cortes en el pecho. Además ha perdido una manga de la camisa, la cremallera de los pantalones está arrancada y tiene raspaduras diversas aquí y allá. Para colmo parece hambriento y Cambara cree que no ha pegado ojo en las últimas veinticuatro horas y que, por cómo pintan las cosas, comer y echarse un rato le devolverían el color a las mejillas y una sonrisa a sus labios reseca. Quizá no sea el momento de atosigarlo con preguntas. Eso puede esperar hasta que lo alimente y le busque un lugar donde dormir un poco.

Con una seña Cambara llama al camarero y le susurra al oído su petición: si, en vista de lo tarde que es, podría disponer una comida, una toalla limpia y una estera bajo un árbol para Gacal.

—Correrá de mi cuenta —dice Cambara, cuando el camarero asiente.

Luego el hombre se aleja, intencionadamente de puntillas, y a Cambara la escena le trae a la mente el pacto cuestionable de sus primeros tiempos con Wardi, cuando a pesar de los recelos que ella tenía de la conveniencia de involucrarse con él, la mujer que llevaba dentro no pudo evitar ceder a los dictados del corazón. Wardi se aprovechó de ella, de su ingenuidad, y al final sacó una buena tajada. Allí está, en

Toronto, con todas las comodidades. Y aquí está ella, en Mogadiscio, tratando de recomponer algo que se parezca a una vida. Y la malicia en los ojos del pobre Gacal parece una señal de que la interferencia de Cambara puede desembocar en una situación similar. Hay dos formas posibles de tratar con Gacal: que siga al camarero, coma y duerma hasta reponerse de su agotamiento, para reunirse con él más tarde, o entablar con él un diálogo desganado ahora mismo y fin de la historia. Al final lo invita a acercarse. El niño hace ademán de lanzarse en una explicación, pero ella no piensa consentirlo.

Levanta la mano para hacerlo callar.

—Ve con el camarero —le dice, tras una pausa—, él te dará algo de comer y una toalla limpia y te dirá dónde darte un baño con cubos.

No le dice, en cambio, que mientras tanto ella irá a buscarle unos pantalones y una camiseta, puesto que sus ropas están tan mugrientas como los cuartos traseros de una hiena o tan despedazadas como el ojo empitonado de un matador.

Gacal hace lo que le dice, volviéndose con la petulancia de un gato cuyas insinuaciones no han hallado lugar en el regazo de su dueña. Cambara se va directamente a sus habitaciones, sin saber si tiene derecho a estar satisfecha por el trato que le ha dado al muchacho, pero preguntándose si Gacal habrá aprendido dónde acaban los límites de su tolerancia y cuál es el marco de su relación. Desde luego arde en deseos de mantener una larga charla con él más tarde.

Por ahora revuelve la maleta en busca de las ropas de Dalmar, su hijo, tratando de encontrarle a Gacal un par de pantalones de algodón y una camiseta. Por fin sus manos nerviosas dan con prendas que cree que le quedarán perfectas. Luego llama a la recepción y pide que uno de los mozos vaya a recoger la ropa elegida y se la lleve al chico, el camarero sabrá dónde encontrarlo.

Aunque tarde, se le ocurre que se está comportando obsequiosamente: una mujer sin hijos haciendo lo posible por mimar a un chico sin padres y prodigarle cariño para congraciarse con él. Cuando el camarero pasa a recoger su recado y darle al chico la ropa después de que se duche, Cambara ha decidido llevar a Gacal a almorzar a casa de Kiin y no olvidar coger el videocasete de *Pinocho*.

Tres cuartos de hora más tarde Cambara está en su escritorio del cuarto que utiliza como taller, enfrascada a fondo en el trabajo, estudiando los apuntes de su cuaderno y admirando las máscaras de madera en miniatura, fáciles de transportar, que espera que lleve el chico que haga el papel del águila de la fábula en la que ha basado su obra. La que sostiene en la mano es una réplica de la original, que le esculpió por encargo un igbo residente en Toronto.

La máscara es de madera clara y suave, inspirada en una pieza de marfil decimonónica cuyos orígenes se remontan al reino de Benín, en la actual Nigeria, un recipiente de nuez de cola en forma de cabeza de antílope, con los cuernos labrados de dibujos en tonos más oscuros y motivos grabados, que se utilizaba con fines rituales. Alrededor de las orejas, concretamente por debajo del costado derecho de la

cabeza del antílope, hay un pez hueso con el ojo saltón en marcado relieve. Cambara vuelve a sus notas y hojea las fotocopias que ha hecho de la escultura original. La belleza de la pieza es tan abrumadora que por un instante la embelesa.

Pasea la mirada por varias copias de las otras máscaras que quiere que haga Seamus. Entre ellas destaca un tocado senufo del siglo xx, tallado en un pedazo rectangular de madera concebido para usarse como máscara. Absorbe su atención, deteniéndose en las figuras abstractas de animales que se despliegan a lo largo de dos perfiles bidimensionales, en cuatro amplias aberturas. Además de las figuras animales, se ordenan con cierta sistematización varias formas difíciles de identificar que exhiben motivos de contornos redondeados en el frente y el dorso de la tabla, rodeando el primer plano de la máscara. Una figura femenina descolla sobre la cabeza de antílope, y detrás, o más bien por encima, hay un ave semejante a un aguilucho, más abstracta que el resto de figuras del frente.

Cambara sigue consultando su archivo hasta que da con otra deslumbrante pieza de artesanía, que al parecer fue hallada entre la colección del etnólogo Leo Frobenius, adquirida en 1904 en la actual República Democrática del Congo. Se trata de una peineta, del siglo xix o principios del xx, en forma de una figura humana abstracta tallada en madera. Del diseño destaca una prominente nariz y un tocado similar a una cresta, siluetas trabajadas con impresionante maestría, cuyo relieve forma parte de la pequeña cabeza de la figura. Hombres de las altas jerarquías y jóvenes lucían estos ornamentos en los festejos con que concluía la ceremonia de iniciación. Cambara espera que Seamus se lance a tallar piezas parecidas, sostenidas con varillas, que los actores puedan manipular fácilmente al interpretar a sus personajes.

En ese instante llaman a la puerta y Cambara se pone en pie con la rapidez de quien espera una visita, pero al hacerlo se golpea el muslo con una esquina del escritorio y un dolor atroz acude al instante y le provoca un intenso escozor. Va cojeando hasta la puerta, con el rostro crispado, y cuando ya está abriendo sin saber quién hay detrás se pregunta si acaba de cometer una imprudencia. Al fin y al cabo, podría ser cualquiera: Gudcur o uno de sus esbirros que con premeditación y motivos vienen a hacerle daño; Zaak, dispuesto a desahogar su cólera, tan maloliente como enconada, o cualquier joven loco por las armas lo bastante trastornado como para disparar sin que nada le importe.

—Vaya, aquí estás —le dice a Gacal, plantado delante de ella. Suena contenta de verdad, encantada al ver que el niño, con la ropa que le ha mandado, está más elegante aún de lo que imaginaba.

—Aquí estoy —dice él con el tono de un seductor frustrado por no poder descubrirse ante la mujer a la que corteja. El pulgar y el índice están suspendidos en alto, como para levantarse el ala de un sombrero.

Cambara lo mide con la mirada y se afirma en su elección, porque cree que encajará a la perfección en el papel que quiere que interprete. Satisfecha de que vaya a servir a sus propósitos y divertida al comprobar que él responde a su rápido

escrutinio con descaro, guiñándole un ojo y sonriéndole, observa con curiosidad que Gacal se alisa las arrugas de los pantalones con las palmas de las manos. Le da un diez; él asiente con la cabeza, acaso confirmando su opinión. Mientras Cambara duda si hacerlo pasar a su habitación, advierte que va descalzo y recuerda por qué, incluso después de donar zapatos al Ejército de Salvación de Toronto, sintió la necesidad de disculparse con el oficial que los recibió. Dalmar decía que sus pies eran raros, porque había una diferencia de tamaño entre uno y otro: en el izquierdo usaba casi tres números más que en el derecho, un defecto por el que Wardi la culpaba, atribuyéndolo a una presunta degeneración materna. Cambara encargaba el calzado para su hijo a una tienda con sede en Gran Bretaña, Sole Mates, especializada en zapatos para quienes, como Dalmar, necesitan pares de distinto número. Ensimismada unos instantes más en la cuestión de los zapatos, invita a Gacal a pasar. Le da la mano antes de echar un vistazo a sus pies y decidir que por ahora puede usar sus sandalias abiertas de cuero, que calcula que son sólo un número más del que usa el niño.

Cuando se vuelve hacia Gacal ve que tiene toda su atención puesta en la réplica de una máscara de madera, confeccionada en cartón piedra y pintada de un color oscuro. Ella se queda embelesada observándolo, como bajo un hechizo. Está conmovida, el rapto de dicha que siente no conoce límites. Con los sentimientos a flor de piel, camina de nuevo hasta el niño y levanta el objeto de su fascinación.

—Pruébatela —le dice.

Gacal da un paso adelante para recibir la máscara con la serenidad respetuosa de quien recoge un premio de la realeza: con reverencia y tomándola con ambas manos. Se comporta con cierta rigidez, dando vueltas al objeto hacia uno y otro lado para mejor admirarlo. Se diría que el niño conoce el gran valor del objeto, aunque, por el asombro con que lo sostiene ahora, Cambara no está segura de que tenga la menor idea de para qué sirve.

Para evitarle el sonrojo, decide echarle una mano.

—Veamos si se ajusta a tu cabeza —dice y, cuando él la mira titubeante, a todas luces confundido y sin saber qué hacer, ella añade—: Dame.

Le arrebató la máscara con dulzura, sonriendo emocionada. Se la sostiene sobre la cabeza, con la solemne ceremonia que emplearía un vasallo colocando una corona a un noble, honrándolo. Hecho esto, retrocede para confirmar la decisión de darle a Gacal el papel de águila en la obra, que tomó en cuanto puso los ojos en él.

—¡Listo! —dice.

Las manos de Gacal se palpan a ciegas la cabeza, aunque con gran cuidado, casi sin atreverse a tocar la máscara, no vaya a desequilibrarse o hacerla caer. Entonces Cambara lo lleva de la mano al armario de cuerpo entero que hay en el cuarto de baño. Para que ambos puedan concentrarse, Cambara se aparta del chico y del marco del espejo. La escena se le antoja un instante de abrumadora belleza.

—Sin ninguna duda, sin ninguna duda —repite varias veces.

Cuando Gacal hace ademán de preguntar para qué sirve, le reclama la máscara y la sostiene como se sostiene un trombón.

—La ropa que te he dado quizá no sea perfecta —dice Cambara— y además no te he encontrado un par de zapatos, pero todo te queda de maravilla.

Una obra maestra de hermosura inigualable. Cambara casi se siente en paz con el mundo mientras graba la imagen del doble de Dalmar en su retina.

Suena el teléfono móvil y, al contestar, se le ilumina la mirada con las excelentes noticias que le da una voz de mujer al otro lado. Tras escuchar unos instantes más, pregunta:

—Kiin, ¿seguro que no te importa que mi joven invitado nos acompañe a almorzar? ¿Y que lleve la película de *Pinocho*, para que él y tus hijas, a las que tantas ganas de conocer tengo, la vean mientras nosotras charlamos sin que nos interrumpan?

—Claro que no.

Cambara nota un deje de preocupación en la voz de Kiin y sospecha que algo la inquieta, aunque no le diga nada. La irrita esa actitud, pero lo deja estar con la esperanza de enterarse más tarde de lo que intranquiliza a su amiga. Sería comprensible que a Kiin no le hiciera mucha gracia que un niño desconocido juegue a solas con sus hijas, sabedora de que está hecho de otra pasta. Nunca se sabe qué mala pasada puede ocurrírsele a un golfillo de esos si se le presenta la ocasión. Bien es cierto que ella estará cerca y mantendrá los ojos y los oídos alerta ante cualquier percance, pero aun así Gacal, con su posible pasado turbulento, ¿sería capaz de interrumpir la placidez que Kiin ha creado para sus hijas y ella misma?

—Vamos —dice Cambara—. Es hora de comer.

Gacal parece extasiado y ella lo imagina cómodo en el papel que está adoptando: un crío limpio y bien alimentado con ropa prácticamente nueva y un par de sandalias de cuero, no importa que no sean buenas para escabullirse a la carrera, y tomado de la mano de una mujer que le alimenta aspiraciones más elevadas. ¿Qué más puede pedir?

Para ir a casa de Kiin a pie, Cambara cruza la puerta encastrada clandestinamente en el muro que separa el recinto del hotel de la vivienda, llevando a Gacal de la mano. Con cristales verdes y cubierta por enredaderas que sirven para camuflarla, la puerta es visible sólo para quienes conocen su existencia. Se encuentra al fondo del puesto de guardia provisional de los centinelas, a la derecha de la entrada principal. Cambara utiliza la puerta, que es de uso exclusivo para la familia de Kiin, aliviada de ahorrarse la pequeña molestia de salir del hotel a la polvorienta calle principal y caminar un centenar de metros hasta la cancela del domicilio de Kiin.

La serenidad cala por debajo de sus nervios tirantes y le permite relajarse en el momento de entrar acompañada de Gacal en el jardín de la residencia de Kiin. El corazón le da un salto de alegría ante el idílico paisaje que se abre ante sus ojos: un refugio soleado de paz y armonía en medio de tanta oscuridad. Cambara suelta la

mano de Gacal, en parte porque las del niño están sudorosas y las suyas secas, en parte porque quiere que sea él quien lleve el videocasete de *Pinocho*. Deduce que su sonrisa de oreja a oreja sólo puede ser por ver un sueño cumplido: una figura materna que le confía una tarea importante. Camina con paso firme y su aplomo revela las ansias de probar su valía.

Topan con un hombre acucillado en una estera, a la sombra de un gran árbol de mango cargado de fruta. Cambara supone que es el jardinero, que hace una pausa para comer cerca del cobertizo. Desperdigadas a su alrededor, como en un orden deliberado, están sus herramientas: una carretilla, rastrillos, una azada y otros útiles. Más allá, por detrás de las orquídeas en flor, dos preciosas niñas se persiguen entusiasmadas alrededor de un árbol, con gritos llenos de vida y animando sus correteos con la espontaneidad de sus risas intrépidas. Unos columpios y un balancín forman el centro del patio de juegos; bastante cerca de allí, Cambara descubre una cabaña de madera entre los árboles con una escalerilla a la que le falta uno de los travesaños superiores. A su paso, Cambara está a punto de recoger un par de muñecas y unos juegos desparramados, como si los hubiera tirado un niño, con una pierna levantada, la cabeza torcida, juguetes abandonados a mitad del juego.

Es cierto que Kiin vive en una ciudad que no conoce la paz desde hace como poco diez años, razón de más para que el sinfín de comodidades que ha creado resulten notables en sí mismas: elementos que por un lado procuran placer y, por el otro, sorprende encontrarlos allí. Cambara no puede evitar llegar a la conclusión de que sólo alguien con mucha confianza en sí mismo y las alegrías de una vida acogedora, que se corresponden con la naturaleza vedada de su refugio, puede ser tan generosa y magnánima como Kiin lo ha sido con ella y, es de suponer, con muchos otros.

Sin importar lo que piense al respecto, Cambara se entristece de nuevo por estar depositando todas sus esperanzas de éxito en Kiin, a quien apenas conoce. ¿Qué hará, a quién recurrirá y pedirá ayuda si algo terrible le ocurre a la única cesta en la que ha puesto todos los huevos? Piensa que es una lástima que Zaak, en quien su madre pensaba que podría confiar, ha demostrado ser indolente e indigno de su respeto. Pueden apreciarse las diferencias entre el carácter de Kiin y el de Zaak en los hogares que ambos han creado y sus respectivas vidas. Kiin lleva una vida ordenada, un oasis con un manantial de plenitud en el que crecen y florecen un sinfín de frutos, flores y umbrosos árboles, un Shangri-La de pujanza incomparable.

Cuando Cambara y Gacal se acercan, las niñas se quedan en silencio; tras una pausa, la pequeña echa a correr y la mayor aguarda sonriendo con timidez. Todo en ella resulta encantador mientras sostiene su cuerpo delgado, y Cambara cree que también alto para su edad, sobre la punta del pie derecho, al modo de una bailarina de *ballet*: traviesa, coqueta, poniendo los ojos en blanco, da a entender un montón de cosas. Gacal mira a Cambara, como buscando consejo.

—Mi madre dice que llegará tarde, pero que tú y tu invitado paséis y nuestra ama

de llaves os servirá las bebidas hasta que ella pueda reunirse con vosotros —dice la niña, recuperando el resuello.

Cambara se presenta como una amiga de su madre y se echa atrás justo antes de presentar a Gacal, pues no está segura de cómo acabará todo aquello.

—Y tú, cielo, ¿cómo te llamas? —le pregunta, acercándose a ella.

—Me llamo Sumaya y mi hermana se llama Nuura —contesta la niña, y Cambara advierte, por el modo en que se comporta, que es mayor de lo que indican sus años. Sus ojos dicen «Sé mucho más de lo que imaginas».

Esa mirada le revela a Cambara la preocupación de Kiin, al suponer que la madre de una chica formidable criada en un ambiente tan protector no querría que trajeran a un Gacal que pudiera aprovecharse de ella. Puesto que no hay vuelta atrás, decide optar por la vía más segura.

—¿Por qué no nos enseñas el camino? —propone Cambara.

Sumaya los conduce a la galería y les indica unas butacas que dan al jardín. Antes de desvanecerse por un ala de la casa a espaldas de Cambara, llama al ama de llaves para informarla de que los invitados han llegado.

—Qué agradable —dice Gacal.

Cambara no está segura de lo que quiere decir con eso y espera que sea tan sólo que Sumaya es agradable, en el sentido de que da gusto verla, y que todo el conjunto, del que ella es una parte importante, acaso la fundamental, es encantador. Ruega que el comentario no vaya más allá y no despierte en el muchacho otra clase de deseos, ni permita que sus impulsos sexuales, aunque no hayan aflorado por el momento, gobiernen su relación con Sumaya o su hermana pequeña, porque eso inquietaría a Kiin como madre y, por ende, la molestaría como amiga.

Desearía haber tenido más tiempo para saber de qué madera está hecho Gacal. Qué clase de chico es en presencia de niñas «agradables» a las que empiezan a despuntarles los pechos y han crecido en hogares «agradables», niñas que ante él hacen cosas llamativas, como si coquetear con alguien distinto de ellas les gustara. Se da cuenta de que es demasiado tarde para deshacer lo que ha hecho o desear no haberse precipitado en su impulso de pasar unas horas con ese chico, agregándolo al almuerzo al que Kiin la había invitado. Es típico en ella complicar las cosas innecesariamente. ¿Por qué siempre tiene que tomar decisiones poco meditadas, abandonarse a los dictados de sus emociones y ponerse en un compromiso con posturas o personas por su atolondramiento, cuando lo que necesita es sopesar sus opciones, distinguir qué es viable y sensato de lo que es una locura y debe replantearse? Aun así odia retroceder y le cuesta horrores admitir cualquier atisbo de arrepentimiento. Cambara insiste siempre en que lamentarse no va con ella. Se angustia también por haberse impuesto sobre Kiin, obligándola a aceptar la presencia de Gacal, cuando era obvio que no quería que el chico viese *Pinocho* con las niñas. Tal vez Kiin prefiera otra clase de planes, pero por desgracia prácticamente no le ha dado la oportunidad de proponer una alternativa a la sugerencia de Cambara.

—¿Vas a portarte bien, verdad? —pregunta Cambara a Gacal.

—Sí —dice él, con un destello en la mirada y sonrisa pícara.

Cambara se detiene en seco, como replanteándose qué medidas tomar. Al percatarse de lo que ocurre, Gacal le toma la mano entre las suyas.

—Hasta luego —le dice.

Veinte

Cambara está profundamente concentrada tratando de dar con las palabras adecuadas, cuando Sumaya le quita el videocasete de las manos y les dice a Nuura y Gacal que la sigan al salón. Las dos niñas y Gacal salen a la carrera, entusiasmados; Sumaya va diciéndole a Gacal que le enseñará las habitaciones, los juguetes que tienen y la sala de visitas donde verán *Pinocho*.

—No te imaginas cuántas ganas teníamos Nuura y yo de ver esta película —dice la hija mayor de Kiin.

La picardía ilumina los ojos de Gacal que, con malicia, se vuelve hacia Cambara.

—Hasta lueeeego, cocodriiiiilo —le dice, alargando las vocales para llamar su atención.

Cambara se dispone a decirle que se vaya o, por lo menos, recordarle que se comporte, pero Nuura se lo lleva de la mano. Justo antes de que desaparezcan de vista por un pasillo, los sigue un poco y los observa en silencio, incapaz de decidir si ir tras ellos y llamar a Gacal o dejarle estar y esperar a otra ocasión. Decide rogarles que vuelvan.

—Esperad, esperad, voy a deciros lo que pienso... —pero los niños se escabullen a la carrera y una de las niñas cierra la puerta por dentro.

Volviéndose, sola en el pasillo, tras ver a las dos niñas desaparecer con Gacal a la zaga, Cambara se desespera de pronto al recrear su primer contratiempo con Kiin, que dudaba si acceder a que Gacal fuera a almorzar a su casa y ver *Pinocho* con sus hijas. A raíz de ese incidente, Cambara lo pensó mejor y estuvo a punto de cancelar la propuesta. Ahora atribuye su inquietud previa a no haber podido concretar la idea de llevarse de nuevo al chico al hotel para que comiera, no necesariamente en el restaurante, sino tal vez en la cocina, con los empleados. A fin de cuentas Sumaya, más atolondrada y rápida de la cuenta, le ha arrancado la cinta de vídeo de las manos y ha echado a correr, mientras los otros la perseguían con el entusiasmo propio de los niños. Tal vez se ha demorado demasiado buscando las palabras apropiadas con las que expresar su cambio de planes, que a todas luces hubiera definido una nueva trayectoria mucho más sensata y menos perniciosa para todos. Entretanto, Sumaya, espoleada por las ansias de ver la película, salía corriendo, y los otros niños tras ella, sin hacer caso a sus reiterados ruegos de que esperaran y la escucharan, al tiempo que desaparecía su única oportunidad para exponerles el nuevo plan.

Se pregunta si Gacal es Polilla, en el original italiano Lucignolo, similar en aspecto y comportamiento al personaje de *Pinocho*, un niño malo, malo. Según recuerda, el libro trata de las desventuras de un puñado de chicos, algunos de los cuales son malos pero con buen fondo, y otros sencillamente demasiado malos para

poder enderezarse. Lucignolo es uno de estos: malo, muy malo. Por lo que recuerda, Pinocho, aunque peca de crédulo, es un chico malo con buen fondo. Una pena que no conozca la historia de Gacal ni sepa gran cosa de sus orígenes, quiénes eran sus padres y por qué está donde está ahora. Al suponer que Gacal se parece más a Pinocho que Pelo Sedoso en cuestión de personalidad y modo de ser, en esencia porque intuye que se ha criado en un hogar de clase media, entonces tal vez Pelo Sedoso sea más como Lucignolo, dada su situación actual. Sería curioso no sólo llegar a conocer mejor a ambos sino además poder reunirlos. De los dos chicos, ¿cuál será Lucifer (pues es de suponer que de ahí le viene el nombre a Lucignolo) y cuál el alumno estelar, no ya una marioneta cuyos hilos están en manos de alguien que controla sus acciones?

Sin embargo, es otra la preocupación inmediata de Cambara. Se pregunta si, a solas con las niñas, Gacal podría convertirse en un maquinador de malas ideas y llevar por un mal camino a Sumaya y Nuura, niñas que sin duda han vivido muy protegidas. Se pregunta si Cambara ha comprometido su futura amistad con Kiin poniéndola en riesgo, haciendo peligrar una relación más profunda. Quizá Kiin sea más consciente de lo que hay en juego. Y eso es comprensible, dadas las circunstancias.

Cambara recuerda haber leído con deleite *Pinocho* en italiano de niña e incluso entonces haberle sacado mucho jugo. Más recientemente tuvo la oportunidad de reencontrarse con el libro, leyéndoselo esta vez a Dalmar, o con él, en inglés. El libro entonces le pareció un precursor de la literatura sobre el pueblerino que llega a la ciudad y allí lo embauca un timador con mucha labia. En su reciente relectura, tras ver además la cinta de Disney, se le ocurrió que *Pinocho* tal vez trata sobre chiquillos, la mayoría inocentes y sin padres, engañados para unirse a milicias armadas, donde tienen que luchar y se los lleva a cometer crímenes en nombre de ideales que ni siquiera alcanzan a comprender o apoyar del todo. Niños divirtiéndose, incluso cuando matan.

Mientras vuelve al salón, dolida por no haber seguido su primer instinto y temiendo pensar qué impresión sacarán Sumaya y Nuura viendo la película en compañía de Gacal, se debate entre ir con ellos, aunque sea para mediatizar una interpretación más instructiva que los ayude a entender la historia desde su propia perspectiva. Al final, sin embargo, decide esperar a Kiin y ver qué opina su amiga.

Kiin entra resueltamente en la casa, con la rapidez de un torbellino que acaba de levantarse por los aires. Cambara la observa detenerse, el pie derecho delante del izquierdo, el cuerpo en tensión y las rodillas dobladas; tiene el porte elegante de una atleta en sus marcas, una corredora a la escucha del «Preparados, listos, ya» y el disparo final antes de echar a correr. ¿Irá a quitarse los zapatos primero y luego las varias capas de ropa que la envuelven? Porque Kiin lleva el *hiyab* cubriéndole la cara, la cabeza y el pelo, y una *shuka*, una túnica tradicional, aunque Cambara no recuerda haberla visto con esas prendas antes. Se le ocurre que ni el velo del rostro ni la *shuka*

reflejan el carácter de Kiin, ni su idea de una atleta lista para una carrera. ¿Qué razón habrá para que Kiin vaya así vestida?

Kiin se quita impulsivamente el *hiyab* y la *shuka*, primero una prenda y luego la otra, como decidiendo despojarse de un estorbo que le impedía acceder a zonas más íntimas de sí misma, queriendo creer acaso que vuelve a ser la persona que ha sido la mayor parte de su vida: una mujer musulmana, también una mujer somalí. A fin de cuentas, las mujeres como ella no eran muy dadas hasta hace poco a llevar *hiyab* y *shuka*. Quizá Kiin necesita resignar su manera de vestir simplemente para estar cómoda en el exterior y eso es todo. Mientras, Cambara no puede dejar de seguir a Kiin con los ojos, boquiabierta y en silencio, como incitada a hacerlo. La devora con la vista, embelesada. Y Kiin, como si quisiera decir algo, está allí erguida e imponente bajo una túnica transparente, sin sujetador, la ropa interior con sus dibujos brillantes, su abundante figura expuesta sin tapujos, desafiando a Cambara a inspeccionarla a sus anchas. Merece la pena considerar una explicación más simple: que Kiin ha vuelto a casa tras un día duro en el trabajo y se está poniendo fresca, con una falda de gasa y un sofisticado corpiño. Nada malo hay en eso.

—¿Qué tal tus cosas? —le pregunta Kiin, y Cambara se vuelve hacia ella.

—Tienes un hogar precioso —dice Cambara.

—Malditos velos —musita Kiin furiosa, recogéndolos del sofá en el que los ha tirado y doblándolos con esmero para guardarlos, mientras decide si sentarse o seguir de pie. Cambara alcanza a oír las obscenidades que profiere Kiin entre dientes—. Qué fastidio. ¡Qué engorrosos son estos velos! —concluye, mirando las prendas apiladas, como por última vez.

Cambara coincide con el sentimiento de su amiga, al recordar que ha accedido a ponerse el velo no sólo para no atraer la atención indeseada de jóvenes armados sino también porque la idea de camuflarse no carece de atractivo. No logra recordar dónde ha leído o escuchado que el Islam hace del sexo una cuestión fascinante: tantas cosas veladas, ocultas, la búsqueda y la persecución de un atisbo fugaz de lo que se mantiene escondido; la mirada tímida de la mujer tapada; la coquetería y la insinuación con que se comporta. Que haya que evitar encontrarse con una mujer sola en una habitación, salvo que sea la esposa o la hermana, es algo que, aunque algunos lo juzguen un impedimento, dota de corporeidad a la idea del sexo, convirtiéndolo en algo difícil de conseguir y que por tanto merece la pena perseguir.

—Has conocido a mis hijas, ¿verdad? —pregunta Kiin. Yergue el torso y empieza a quitar pelusas y a alisar la pechera de la túnica con escurpulosidad. Al cabo de una pausa considerada, añade—: Dime, ¿cuál ha sido tu primera impresión?

—Sólo hemos tenido el placer de hablar con Sumaya, la pequeña no ha mostrado ningún interés en decirnos nada —explica Cambara. Luego continúa—: Me parece que los niños se relacionan con los adultos cada cual a su manera, no hay más vueltas que darle. Me preguntas cuál es mi primera impresión. Diría que Sumaya es una niña dueña de sí misma.

—Pero ¿te imaginas a Sumaya con velo?

Cambara mira a Kiin antes de clavar la vista en el techo y, antes de decidir una respuesta, en caso de que opte por contestar una pregunta retórica, se pregunta cuánto hay de Kiin en el comportamiento de Sumaya. Más aún si, tomando como medida la actuación que acaba de hacer Kiin, puede atribuirse la conducta previa de su hija al histrionismo de una preadolescente emulando a su madre sin ningún tipo de carga sexual. Pero como Cambara tiene pocos elementos de juicio, opta por guardar silencio sobre la cuestión, pues sospecha que podría herir los sentimientos de su nueva amiga y anfitriona. A Cambara aún le cuesta imaginar a las mujeres somalíes con velo y le causa tanta aprensión como temor la idea de que puedan infibular a una niña.

De pronto Kiin y ella ven a Gacal.

—Eh, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunta Cambara.

—Pues estar —dice Gacal, con descaro.

Kiin habla, con un deje de sorpresa en la voz.

—¿De dónde has salido, jovencito? —Se muestra cordial pero firme, apremiándolo a que le dé una respuesta enseguida. Al ver que el chico no lo hace, Kiin insiste—: Te estoy preguntando qué hace un chico encantador y con cara de felicidad en la zona de la casa reservada para la familia. Espero que tengas una explicación —dice, abarcando con su poderosa mirada también a Cambara, a la que le guiña el ojo derecho fugazmente, como haciéndole una señal.

Ni Cambara ni Gacal saben cómo interpretar ese guiño. ¿Ha sido accidental o en broma? O si no, ¿quiere comunicar algo que a los dos se les escapa? Además Gacal está desconcertado: no se queda quieto, tiene la mirada huidiza, abre y cierra la boca sin cesar, como un bebé al comer. Sin decir nada, ensancha la sonrisa de desdén y se toma tiempo antes de hacer algo por borrarla de su cara. Cambara, suponiendo que Kiin probablemente ha olvidado que le comentó que llevaría a un niño a almorzar, hace ademán de intervenir.

—Él puede hablar —le ataja Kiin—. Tiene lengua y apuesto a que bien afilada.

Gacal no dice nada, no hace nada.

—¿Qué contestas?

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Dónde estabas?

—He estado aquí y allá.

—¿Dónde es aquí y dónde es allá? —Kiin está enojada, de un humor de mil demonios.

Ni Cambara ni Gacal se mueven, se limitan a escuchar.

—Hoy he tenido el desagradable honor de ponerme un *hiyab* y una *shuka* para apaciguar los ánimos de una pandilla de hombres con túnicas angelicales: mi suegro y sus compadres, que se dignaron ordenarme que me presentara ante ellos. ¿Sabes cuál era el tema que debíamos tratar? La custodia de mis dos hijas. En otras palabras, si

soy una madre apta para criarlas según exige la tradición. Llevé el *hiyab* y la *shuka* no porque me guste sino porque no tengo las agallas de contrariarlos. ¿Quiénes son ellos para poner en tela de juicio mi capacidad para criar a mis hijas? Pues es una buena pregunta. Y si no me consideran capacitada para hacerlo, darán la custodia de mis hijas a la que sería su madrastra, la hermana mayor del que fue mi marido, una mujer estéril. Y bien, ¿por qué te cuento esto? Pues porque quiero que te acostumbres a hacer cosas que no te aporten el menor placer, pero que te ayudarán a conseguir lo que más necesitas: un lugar que puedas llamar hogar, comida, escuela, ropa y los afectos de alguien. Ahora somos caritativas contigo, pero si no quieres perder nuestro favor, tendrás que poner de tu parte, a veces haciendo cosas que te aburren o te parecen un incordio.

Kiin ha hablado y parece haberse quedado sin energía; Cambara, con la vista un poco nublada, permanece atenta a los silencios entre las palabras que no dice. Gacal no parece inmutarse, ni en un sentido ni en otro. Atento como un aficionado al teatro viendo una obra, mantiene los ojos fijos en Kiin, los oídos atentos.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta Kiin.

—Soy mayor —contesta el chico.

—¿Cómo de mayor?

—Tan mayor como quieras que sea.

Cambara interviene para explicar quién es Gacal.

—Recuerda, es el niño que te dije que traería a almorzar y, si era posible, a ver *Pinocho* con Sumaya y Nuura —dice. Luego, a él—: ¿Por qué has dejado de ver la película?

—Porque la he visto montones de veces —dice él.

—¿Dónde?

—En nuestra casa.

Cambara toma nota de eso, recordándose que Gacal acumula sufrimiento tras sufrimiento.

—¿Cuándo? —le pregunta Kiin al chico.

—En otra vida —replica él.

Kiin parece afligida y cansada, se le lee en la cara un «Me da igual». A Cambara le da la impresión de que no está segura de qué quiere ver, qué quiere oír, de qué quiere hablar. En cuanto a Gacal, Cambara cree que está lleno de mensajes contradictorios. Le hace pensar en un rosedal infestado de mala hierba. ¿Por dónde empezar? ¿Dónde acabar?

Cambara decide zanjar la conversación, que no va a ninguna parte, aunque sea sólo para que Kiin y ella puedan disponer de tiempo para almorzar y conversar.

—Por favor, ¿podríamos darle de comer? Estoy segura de que no le importará quedarse en la cocina.

Kiin toca un timbre y las dos aguardan expectantes.

Gacal, callado y expectante, hace una reverencia cortés.

Sigue un largo silencio, que se prolonga con la aparición de una mujer joven, tal vez una asistenta doméstica, a juzgar por la ropa raída que lleva. Todos los ojos se vuelven a la recién llegada. Kiin y Cambara observan su andar pesado y firme, mientras se acerca lentamente, como un camaleón.

Algo en la asistenta irrita a Kiin, que habla con crispación.

—Si vienes por nuestro almuerzo, espabila, vamos. Llévate a este jovencito y dadle de comer. En la cocina. Mi amiga y yo comeremos en la galería. Trae todo en bandejas. Acuérdate de traer servilletas de tela, no de papel, por favor. No me gustan las servilletas de papel y detesto que las sirvan a mí o mis invitados. Vamos, ya te lo he dicho, andando. Espabila. Tengo una invitada y tengo que organizar una fiesta esta noche en el restaurante. Así que andando. Deprisa.

La asistenta logra apurar un poco el paso, sacando las fuerzas que sin duda siempre han estado ahí. Lo mismo hace Gacal, que, animado, se pone en movimiento y se levanta como si le hubiese picado una hormiga negra en el trasero. Echa a correr tras la joven, es de suponer que hacia la cocina.

Kiin va delante y Cambara la sigue por un pasillo, pasando por el cuarto donde Sumaya y Nuura están viendo *Pinocho*. El volumen está tan alto que hace pensar en pensiones baratas en las que los inquilinos se pasan el día viendo películas para matar el tiempo. La espaciosa galería, cuidada con esmero en todos los sentidos, da al jardín trasero, cuyos muros están poblados de hiedra y las butacas tapizadas en vivos colores con telas de Baidoa.

Las bebidas llegan antes de que Kiin y Cambara hayan podido intercambiar una mirada y unas pocas palabras. Las sirve ni más ni menos que Gacal, que se ha puesto un delantal, y a Cambara el *lassi* frío le sabe a gloria. Minutos después, el almuerzo está servido en sendas bandejas, con servilletas de tela dobladas a la manera de los restaurantes elegantes.

Un almuerzo pausado es fundamental cuando uno quiere relajarse y la idea es poder hablar sin que las molesten, Kiin llevando el hilo de la conversación y Cambara sobre todo escuchando, mientras Sumaya y Nuura ven *Pinocho* y Gacal come en la cocina, probablemente solo. Cambara y Kiin quizá quieran echarse la siesta en sus respectivas habitaciones más tarde. Cambara piensa que Kiin es la clase de amiga que dispone de más tiempo para los demás que para sus propias preocupaciones. Por ahora no ha aludido en ningún momento a lo que la inquieta: la posibilidad de perder la custodia de sus dos hijas.

Al principio, lo que Kiin cuenta sobre quién ha dicho qué a quién no parece cobrar sentido, pero ella persevera, escuchando. Cambara conoce dos de los nombres que aparecen en la conversación, entre ellos el de Raxma. Por lo visto, Arda, la madre de Cambara, llamó a Raxma, presa de un pánico entendible, para pedirle que tuviera la amabilidad de averiguar a través de Kiin cuál es el paradero de Cambara y haga el favor de telefonarla con novedades cuanto antes. Por lo que Kiin ha deducido, Zaak llamó a Arda para avisarla de que ni él ni nadie de sus conocidos la había visto, ni

había recibido una nota o un mensaje de su hija desde hacía varios días y que cabía la posibilidad de que la hubieran secuestrado o hubiera sufrido algún daño, pero que no podía saberlo con certeza. La perorata de Zaaq queda en lo siguiente: tal y como están las cosas en Mogadiscio, con eso de que toman como rehenes a personas sólo porque creen que son ricas y luego obligan a las familias, que están en Europa o Norteamérica, a pagar enormes rescates, él no quiere que nadie lo culpe si Cambara sufre algún daño.

—¿Qué le has contado a Raxma? —pregunta Cambara.

Mortificada, Cambara se inquieta ante el largo silencio de Kiin, que hace aflorar sus peores temores: su disgusto salta a la vista, el corazón se le encoge y siente crecer la rabia, no hacia Zaaq sino hacia ella misma, mientras todo su cuerpo tiembla.

—No le he dicho nada —contesta Kiin.

—¿Por qué no?

Cambara sostiene el tenedor en suspenso, en actitud casi amenazadora, como un espadachín batiéndose con sus demonios interiores, no con su oponente.

—Porque quiero que seas tú quien hable con ella.

Cambara contempla el cielo con la mirada perdida, sus ojos se fijan en las nubes que han ocultado el sol. Aun así, la irritación sube en un remolino y se vierte en el fondo de su garganta. Siente el gusto salado de un agrio recuerdo.

—Puedes llamar a Raxma y a tu madre desde aquí —dice Kiin—. Será un buen momento para telefonar cuando acabemos de almorzar.

Acude a ella la imagen de su madre caminando de un lado a otro del salón de su apartamento, despotricando contra la insensatez de esas dos personas a las que ha criado, arrastrando la pierna mala tras la buena, con el cuerpo envuelto en la iridiscencia de su rabia y los ojos tan agitados como luciérnagas en la oscuridad del momento. La venganza que nace de la rabia se gesta en su mente, no el deseo anodino de desagraviar y dejar que prevalezca la paz, mientras el almuerzo continúa como si nada trascendental hubiera ocurrido. La verdad es, sin embargo, que una llamada telefónica sería lo indicado, pero ¿cómo va a explicar todo lo que ha tenido lugar hasta ahora? ¿Qué aspectos de la historia debe suprimir? ¿Y cuáles enfatizar?

—Es una ingenuidad por mi parte confiar en otro hombre que me ha decepcionado —dice Cambara—. ¿Cuándo aprenderé? Mejor dicho, ¿aprenderé algún día?

Por sus palabras, está claro que Kiin ha pasado página y quiere cambiar de tema para aconsejarla sobre la crisis.

—En la vida —dice—, se gana algo y se pierde algo.

Herida, con una rabia salvaje reptándole como un insecto por todas las partes invisibles de su cuerpo, Cambara estalla en arrebatos de indignación.

—Por más que pienso, no veo que en mi vida haya ganado nunca, sólo veo pérdidas.

Cuando Kiin se da cuenta de que su empecinado intento por alegrarle el humor a

Cambara y templararlo con expectativas moderadas no funciona, decide cambiar su enfoque.

—Tengo más noticias —dice.

—No me vendría mal que fueran buenas.

—Noticias sobre Jiijo, de parte de Farxia, su médico.

—Cuéntame.

—Jiijo ha dado a luz a un niño.

Cambara sabe que Kiin ha prestado mucha ayuda sin esperar nada a cambio y que al ayudarla no ha estado exenta de riesgos. Además, trasladar a Jiijo de la propiedad de su familia en ambulancia a una clínica privada no es barato. Está en deuda con Kiin, los posibles logros que ha conseguido en ese sentido se los debe al ingenio de Kiin. Aunque pedirá que le manden la factura del hospital y la pagará de buena gana, duda que la ginecóloga se moleste en hacerlo. Peor aún, Kiin o la red de mujeres amigas se harán cargo. Cambara debe insistir en ocuparse de los gastos, porque es ella quien sacará provecho de ese gesto de caridad.

—¿Cómo están, madre e hijo?

—Estupendamente los dos.

—¿Cuánto tiempo piensa Farxia tenerla internada? —pregunta Cambara.

—No hay muchas opciones —dice Kiin—. Jiijo tendrá que marcharse en secreto, preferiblemente antes de esta noche. El problema es adónde vamos a llevarla, una vez le den el alta. No queremos que vuelva a tu casa, ahora que hemos podido sacarla de allí. Farxia tampoco quiere que pase ni una hora más en su clínica. Recuerda que la sacó de tu propiedad sin que conste en ningún papel, así que ¿cómo va a explicarlo ahora? ¿Y qué diría del modo o por quién supo del estado de Jiijo, antes de decidirse a mandar una ambulancia que la llevara a la clínica? Preguntas delicadas sin respuestas fáciles.

—¿Sabe alguien dónde está Gudcur?

—Nosotras no.

—¿Qué significa que nadie mencione haberlo visto o haber hablado con él y que ninguna radio se refiera ya a los enfrentamientos? —pregunta Cambara, con expresión preocupada.

—Puede no significar nada o puede significarlo todo.

—Una perspectiva desalentadora —dice Cambara.

—Algunas mujeres de nuestra red han pasado por situaciones mucho peores que esta —dice Kiin para tranquilizarla—. No te preocupes, al final nosotras siempre salimos victoriosas.

—¡Cuántos problemas os he dado, a ti y a las demás mujeres de la red! Estoy agradecida con cada una de vosotras —dice Cambara—. Ahora pienso que ojalá os hubiera pedido consejo antes de embarcarme en esto.

—Nos complace ser de ayuda, como compañeras que somos.

Cambara sigue comiendo, mal sentada, demasiado echada hacia delante, con el

plato a punto de caer. Kiin observa la comida de su amiga y, aunque no dice nada, se ve que está lista para intervenir y hacerse cargo. Entretanto Cambara zozobra en el impulso repentino de hallar las palabras precisas con las que expresar su alegría consternada: consternada, porque piensa que Jijjo deberá asumir la trágica responsabilidad de criar al hijo de un hombre al que odia. Quizá sea el sino de muchas mujeres, criar a los vástagos de hombres a quienes no soportan y con los que a veces apenas pueden coexistir. ¿Cómo puede ser de ayuda? ¿Qué apoyo se puede prestar a mujeres como Jijjo, que están en tamaño apuro? Tratadas peor que mercaderías, golpeadas a diario y torturadas, si bien en su papel de madres de los hijos de esos monstruos su consanguinidad no está en duda, pues ahí está, a la vista de todos. Lo ideal sería ubicar a Jijjo y su bebé en un hogar seguro, lejos del peligro y fuera del alcance de Gudcur.

Cambara piensa en voz alta.

—¿Y si cuando salga del hospital la mandáramos a otro país en avión?

Apenas ha formulado la pregunta en su cabeza y de viva voz, se da cuenta de lo estúpida que es.

Kiin tiene la bondad de corazón y la indulgencia de tomar en consideración la propuesta de Cambara, antes de cortarla de raíz.

—¿Meterla en un avión, directo a Nairobi?

—Tal vez no funcionaría —titubea Cambara.

Kiin no cede con la misma facilidad.

—Funcionaría si Jijjo estuviese en condiciones que justificaran el traslado, para salvar su vida o la del bebé, pero lo cierto es que los dos están bien. Y ante el riesgo de ser descubiertas más vale aparcar la idea y sólo recurrir a ella si los demás planes en marcha fracasan.

—¿A qué planes te refieres?

—Estamos discutiendo planes cuyo éxito depende completamente de miembros de la red —explica Kiin—. Nadie más conocerá o tendrá noticias de los planes hasta que se ejecuten. Hemos hecho trabajos similares antes para ayudar a mujeres en apuros. Hemos perfeccionado nuestros métodos.

—Dame más detalles del plan.

—Ayudamos a que mujeres que necesiten alejarse de hombres que ponen su vida o la de sus hijos en grave peligro puedan desaparecer. Y entretanto nos ocupamos de los hombres en cuestión. Una vez a uno le pusimos veneno en la comida: fin del problema.

Por un instante Cambara trata de pensar una alternativa que sea más fácil de llevar a la práctica y tenga más posibilidades de éxito, pero lamentablemente se queda en blanco y ni una sola idea le acude a la cabeza. Después de dar vueltas en el cerebro a los acuciantes problemas, concluye que tal vez comprende ahora una proverbial desesperación, la angustia causada por los problemas que se agolpan dentro de su cabeza sin orden ni concierto.

—Ya puedes disponer de tu casa, ¿lo sabías? —le anuncia Kiin—. Hemos hecho cambiar las cerraduras y habilitado la entrada trasera, fuera de las miradas de vecinos y curiosos, para que preste servicio.

—Cuánto trabajo en tan poco tiempo —dice Cambara. Visiblemente impresionada y con las emociones a flor de piel, cierra los ojos y las cuencas se le llenan de lágrimas.

Kiin continúa.

—Además hemos contratado a un equipo armado de seguridad, para controlar de cerca los movimientos que se produzcan en el vecindario y organizar controles supervisados por una brigada de jóvenes por la paz, dirigida nada menos que por Qasiir, el sobrino de Dajaal. Muy pronto sabremos qué ha sido de Gudcur y valoraremos qué probabilidades hay de que él o sus hombres vuelvan. Si está vivo, estudiaremos la posibilidad de enfrentarnos frontalmente con él. Nos estamos preparando para el peor de los escenarios y confiamos en no perder la propiedad.

—¿Y no querrías que Jiijo viviese allí?

—¿A qué complicar las cosas? —replica Kiin.

—Sí, ya sé a qué te refieres.

—A ver, si lo he entendido bien, quieres convertir el salón de baile en un espacio para ensayar, una vez estés lista para empezar a trabajar en tu obra, ¿verdad? —pregunta Kiin, abriendo los ojos, alzando la voz con cierta irritación y sacudiendo la cabeza—. ¿No es eso lo que has tenido siempre en mente, recuperar la propiedad y darle un uso de nuevo?

—Exacto.

—¿Recuerdas por qué estás aquí?

Un destello del recuerdo que Cambara guarda de su ira hacia Wardi, que fue lo que la impulsó a actuar, se agita ahora en el fondo de sus ojos y la obliga a apartar la mirada. Su recuerdo desencadena un regreso precipitado de las muchas cosas terribles que le han hecho los hombres: Wardi, causando la muerte de Dalmar; Zaak frustrándola siempre, y así sucesivamente.

El andar tenue de Sumaya saca a Cambara de su ensueño justo antes de sobresaltar a Kiin, también absorta en sus pensamientos. La sonrisa de la pequeña es tan dulce y contagiosa que las dos mujeres la invitan a acercarse.

—Ven y dame un abrazo, cariño —dice su madre.

—Ven aquí, preciosa —dice Cambara, soplándole un beso.

Sumaya va con su madre, que la envuelve con su generoso cuerpo.

Kiin enseguida se percata del cambio de humor repentino que se produce en Cambara y, atribuyéndolo a que acaso esté reviviendo la penosa muerte de su Dalmar, decide levantarle el ánimo.

—¿Por qué no?

Cambara se incorpora y contempla a Kiin y Sumaya. Aun así, los pensamientos que acuden a su mente le impiden encontrar un punto de apoyo sólido desde el que

luchar contra sus demonios.

—Haz el favor de que alguien acompañe a Gacal al hotel cuando termine en la cocina —dice Cambara, preparándose para irse—. Puedes quedarte de momento la película para las niñas.

—Con mucho gusto —dice Kiin.

—Y si puedo abusar un poco más de tu generosidad... —dice Cambara, dejando la frase en suspenso.

—¿Sí?

—Es acerca del hospedaje de Gacal.

—¿Qué ocurre?

—¿Podrías buscarle un lugar donde dormir —dice Cambara—, tal vez con los demás jóvenes, hasta que encontremos una solución mejor para él?

—No hay problema.

—Muchas gracias.

—Nos vemos en la fiesta, si no antes.

—Un placer.

Veintiuno

Esperando a Gacal, después de que el subdirector del hotel le haya confirmado que Kiin le manda decir que se ha encargado de la manutención del chico, Cambara se estira en la cama, con los ojos cerrados, mientras sus pensamientos se alejan tras unos recuerdos que le son esquivos. Está relajada. Con el aire acondicionado encendido, el ruido del generador es un rumor distante, si bien las voces de algunos centinelas diurnos suenan demasiado cerca para su gusto.

Lleva ropa holgada, que se ha puesto nada más volver del almuerzo con Kiin. En lugar de almohada tiene las manos cruzadas debajo de la nuca; repasa los sucesos de los últimos días. Se incorpora tras esos fugaces e intensos momentos para recordarse que sabe menos de Gacal de lo necesario si van a entablar una relación sólida que sirva de base viable.

Aun así, qué extraño que la expresión de su cara se le agrie inesperadamente, a tal punto de que piensa si al helarse de ese modo cuajará como leche echada a perder. Se amarga por haberse precipitado comprometiéndose con Gacal contra lo que le dicta su instinto o, dicho de otro modo, su buen juicio, antes de averiguar más cosas sobre los orígenes del muchacho. No es de extrañar que Arda suela decir que los criterios de Cambara no son de primera categoría. «Te gobiernan las tripas —le dijo Arda en una ocasión— y entregas tus afectos demasiado rápido, no basándote en lo que sabes sino en la fuerza de tu pasión en ese momento».

Cambara libera las manos apresadas bajo la cabeza y abre y cierra los puños para que la sangre corra de nuevo por los dedos, que se le han quedado dormidos. Contempla el techo, convencida de que la senda que ha tomado dará sus frutos, gracias a que Kiin ha puesto en marcha sus diversos planes, algunos de los cuales han llegado a un punto muerto, mientras que otros siguen adelante. Siente que está justificado proteger las ganancias que ha hecho, provechos que le procurarán un sostén sólido como la roca en las realidades de la ciudad. En cierto modo se considera afortunada, porque se ha convertido en una pieza fundamental en la vida de varias personas cuya trayectoria se ha cruzado con la suya. Ahora le toca ir con cuidado, pues sabe que un solo paso en falso puede desencadenar resultados irreversibles.

Al oír un suave golpeteo en la puerta supone que se trata de Gacal, pero aguarda hasta escuchar la llamada por segunda vez antes de ir a abrir, porque quiere que se identifique, como si oírle decir su nombre pudiera ayudarla a formarse una opinión y decidir el modo de encarar luego su conversación con él. Sin embargo, al ver que quien llama sigue sin identificarse, al cuarto intento toma ella la iniciativa.

—¿Quién es? —pregunta.

—Has pedido que viniera y aquí estoy —dice Gacal.

Ella va hacia la puerta, relativamente confiada en que su reacción visceral hacia Gacal fue desde el principio acertada, ahora que está a punto de encontrarse con él. Esa intuición se debe a que el tipo de respuestas evasivas que el chico da, al decir por ejemplo que ella le ha pedido que vaya y por eso está ahí, en lugar de decir su nombre, como se le pedía, a Cambara le parecen encantadoras y tortuosas, desafiantes y originales. A pesar de cualquier otra opinión que se forme después de hablar con él, Cambara está segura de que Gacal rebosa una mezcla de confianza en sí mismo y audacia. No recuerda haber encontrado esas cualidades nunca en un niño de su edad, salvo tal vez en Dalmar. O, en menor medida, en Pelo Sedoso.

Finalmente al abrir la puerta se encuentra con su sonrisa petulante, es de imaginar que porque en la partida que él juega está anotando una buena puntuación. Tiene una mano tendida hacia ella, acaso desafiándola a ignorarla o estrechársela y abrazarlo. Por la actitud de Cambara, se diría que el chico ha ganado ese asalto.

No le da la mano, ni lo abraza. En lugar de eso, como si ella también quisiera demostrarse algo a sí misma, le da la espalda.

—Pasa —le dice.

El chico entra, ya sin esa complacencia petulante. Cierra la puerta con cuidado tras de sí, aplacando un poco su altanería. Avanza de puntillas por la habitación y aguarda con ansiedad y el cuerpo completamente tenso, como si se estuviera preparando para una reprimenda.

—Dime —le insta Cambara.

Preparándose para responder a esa orden, el chico hace lo que puede para sustituir lo que podría describirse como la conducta de un golfillo por un comportamiento capaz de conquistar a alguien como Cambara. Espontáneamente, se sienta.

—¿Quién eres? —pregunta Cambara.

—Depende.

Ella se resiste al pensamiento hostil que acude a su mente, un zarpazo poco amistoso del tipo «Piérdete», la clase de jactancia que merece su respuesta. Pensándolo mejor, opta por no hacerlo, en parte porque el niño le recuerda a Dalmar, que mantenía el motivo del diálogo vivo mucho después de que la conversación hubiera decaído. Revive la furia con la que Wardi solía recibir las réplicas de Dalmar y cómo lo amenazaba con usar la violencia si el chico no paraba de provocarle. Recuerda haberle pedido a Wardi que dejara de intimidar a su hijo para que fuese distinto: «Pedirle a Dalmar que no te replique es como querer enseñar a un pájaro a que no cante».

Otra razón por la que consiente el atrevimiento de Gacal acaso se deba a que lo ve perfectamente capaz de resistir la presión de los adultos, sobre todo si lo ponen contra las cuerdas, del mismo modo que sabe conformarse cuando se lo propone.

Con una sonrisa tan fina como una carrera en un par de medias viejas, Cambara decide minar la resistencia del muchacho dándole los datos esenciales de su propia historia, haciendo hincapié en la pérdida reciente de un hijo de más o menos su

misma edad. Cuando termina su relato, un recuerdo tristísimo ensombrece a Gacal. Guarda silencio largo rato, serio. Entonces habla.

Gacal dota a su relato de cierto aire elegíaco con que expresar la inimaginable tragedia que ha sido su infancia. Habla de una pérdida igual de grande: la muerte de su padre, con quien había llegado a Mogadiscio hacía dos años. Fue asesinado por los milicianos que los habían secuestrado a ambos, después de tenerlos incomunicados, de un tiro en la cabeza; le robaron el dinero y luego a Gacal lo soltaron. Cambara lo mira vivamente impresionada, observando qué maduro parece cuando interrumpe su historia para hallar una frase o buscar las palabras con las que describir su dolor. También advierte que tiene la costumbre de inclinar la cabeza hacia uno u otro lado, como si posara. Allí sentado, aguza el oído como tratando de anticipar la llegada de un peligro o una amenaza que pudiera acabar con el mundo que conoce. Es muy difícil recomponer su historia, hay muchas cosas que parecen no tener sentido. Un hombre se marcha de América y se lleva a su hijo con él para iniciarlo en el idioma y la cultura de su pueblo, por recomendación de su esposa, la madre del niño, que quiere que se vayan para poder acabar un proyecto. Milicianos armados los apresan a los dos poco después de que aterricen en uno de los aeropuertos de la ciudad controlados por los señores de la guerra y suban a un vehículo señalizado como «taxi». Hasta ahí todo es creíble. En cambio, cuando Gacal le cuenta la otra parte de su historia en América, Cambara empieza a preguntarse si es real o imaginaria.

—Nací en Duluth, hijo de padres somalíes a los que concedieron el permiso de residencia en Estados Unidos, después de vivir varios años en campos de refugiados de Kenia. Tras una primera parada en San Diego, se asentaron en Minnesota.

Cambara se percata del registro adulto del chico: el tono de voz, la elección de las palabras y el lenguaje gestual. La única parte de él que coincide con los años que tiene es la nariz, húmeda como la de un gatito. Puesto que los ojos no dejan de ir a un lado y a otro pícaramente, no puede determinar su edad con precisión.

—Hace muy poco que he sido capaz de desentrañar el desastre en que se ha convertido mi vida —continúa Gacal, con la voz adulta de un registro más filosófico — en estos casi dos años desde que llegué aquí con mi padre.

—¿Dónde está tu madre?

—En Estados Unidos.

—¿En Duluth?

—No tengo idea.

—Imagino que la llamaste, ¿verdad?

—El teléfono de nuestra casa fue dado de baja.

Cambara no es capaz de hacerse a la idea de lo que significa estar en semejante situación sin hacer suyo el horror del chico. Siente que le supera, porque no sabe lo suficiente de él. Es consciente de que las guerras civiles han separado a muchas familias, a maridos de sus mujeres, a hijos de sus padres. En el caso de Somalia, sabe de los esfuerzos que la Cruz Roja Internacional hace para reunir a algunas de las

familias desmembradas y también tiene noticia del programa *Personas desaparecidas* del Servicio Somalí de la BBC, que se emite casi a diario y da los nombres de familiares en paradero desconocido, cuándo y dónde fueron vistos por última vez, facilitando además las señas y los números de teléfono de los seres queridos que los reclaman con la esperanza de saber de ellos. ¿Y si consiguiese meter a Gacal en el programa?

—¿Has probado con tus amigos de la escuela o algún pariente, si recuerdas su número de teléfono? —se siente estúpida en cuanto las palabras salen de sus labios. ¿Cómo va a telefonar si no conoce a un alma ni tiene con qué hacer la llamada?

—Lo intenté.

Cambara tiene un nudo en la garganta que no le deja hablar, ni hacerle una pregunta indiscreta que durante largo rato le apresa también la lengua. Finalmente, sin embargo, la formula.

—¿Cómo conseguiste el dinero para hacer la llamada? —pregunta.

—No quieras saberlo.

—Quiero saberlo, de lo contrario no te preguntaría.

—Registré en los bolsillos de un cadáver y lo robé.

Su respuesta la impresiona tanto que el sobresalto la devuelve a las realidades de la guerra civil. A pesar de la crudeza de la contestación, Cambara sigue ahondando.

—¿Conseguiste dar con alguien?

—Todos los intentos que he hecho han fracasado.

Sumido en el silencio, frunce el ceño, como concentrándose en un pensamiento distante que aún no ha tomado forma. Cambara cree que el chico está recreando una escena del pasado y acaso piense también que las penalidades lo obligan a desnudar su alma ante una desconocida en Mogadiscio.

Ella quiere saber más, pero no se atreve a preguntarle por qué su padre y él cortaron lazos con la mujer que lo llevó en su vientre, porque es raro, casi una anomalía, que un niño de su edad viva sin su madre vigilándolo de cerca. Se mueve inquieta en su asiento, preparándose para hablar. No concibe que se pueda dar por perdida a una madre sin más, como si se pudiese prescindir de ella. Cree que es inconcebible no necesitar progenitores, menos aún madre.

—¡Tu madre...! —exclama, sin terminar la frase.

—No debimos venir aquí —dice Gacal.

A Cambara le embarga esa clase de impotencia que se siente cuando se encara un problema por el que nada puede hacerse. Al mirar al chico, le parece inmune a su congoja, como si dijera «Nada de lástima, por favor».

—¿Dónde figura tu madre en toda la historia?

A partir de lo que Gacal le dice, Cambara interpreta en lenguaje adulto lo que el chico no alcanza a improvisar. Entiende que su padre llegó a Nairobi en calidad de consultor privado, contratado para supervisar una serie de compañías de telecomunicaciones en el África oriental y hacerlas rentables. Padre e hijo eran

inseparables y, aprovechando que la estadía coincidía con las vacaciones de verano, se llevó a Gacal consigo. Fue idea de la madre que vivir en un lugar más seguro que Mogadiscio y mucho más urbanita que cualquier otra metrópolis de la península somalí, sería beneficioso para Gacal, porque podría aprender el idioma de sus padres. En ausencia de su marido y su hijo, la madre pretendía encerrarse a terminar tal o cual requisito de una universidad de otro estado, donde debía haberse matriculado para cursar estudios superiores.

—¿Discutían con frecuencia, tus padres?

—Los dos estaban demasiado ocupados para eso, ambos trabajaban y estaban satisfechos con sus empleos —dice Gacal—. Yo era su único hijo y estaban contentos así. A menudo me lo decían o escuchaba que se lo decían a otra gente.

—¿Tu padre viajaba mucho?

—Sí, y ella me cuidaba.

—¿Le dijo que ibais a venir aquí?

—No creo.

—¿Por qué lo dices?

—Mi padre quería que pasáramos aquí sólo cuatro días, un fin de semana largo —dice Gacal—. Yo siempre le estaba dando la lata, preguntándole cómo era el lugar del que ambos procedían, donde se habían criado y se habían casado, puesto que nunca había estado aquí. No dejaba de decirle que quería venir a conocerlo, incluso vivir en Somalia. Un día nos levantamos y, sin tener un vuelo reservado, fuimos a un aeropuerto apartado y nos montamos en un avión pequeño que transportaba un cargamento de *qaat*. El plan era pasar un fin de semana largo, nada más. Así era mi padre.

Difícil de imaginar... qué tragedia. Un día Gacal es un niño de clase media, conectado a un mundo que le prodiga atenciones y cuidados; al día siguiente, el único mundo que conoce se ha desvanecido y está sólo en una ciudad donde el hombre se come al perro. A la deriva.

—¿Cuál es el nombre completo de tu padre?

El chico se lo dice, a ella no le es familiar.

—¿Y el de tu madre?

Gacal se lo dice. Tampoco la conoce.

El siguiente paso lógico en la sociedad somalí tradicional es pedir otras referencias, como puedan ser los respectivos clanes de su padre y de su madre, que la ayudarían a identificarlos. Está segura de que habrá alguien, aquí en Mogadiscio o en algún lugar de Norteamérica, que los conozca, pero necesita armarse de valor para preguntarle a qué clan pertenecen. Los somalíes de ideas «progresistas» no inculcan a sus hijos esas doctrinas gregarias, algunos ni siquiera se permiten pronunciar el nombre de sus clanes. Quizá asignará la tarea de ahondar en este aspecto del problema a alguien como el viejo centinela de la puerta, al hombre no le importará ayudarla. A esas alturas es posible que tanto él como todo el mundo sepa a qué clan

pertenece Gacal. En su caso, Cambara siempre se preocupó de no alentar en Dalmar la curiosidad por sus filiaciones con los clanes. Muchos somalíes de la ciudad o nacidos en el extranjero no necesariamente conocen las suyas.

Hay muchas preguntas cuya respuesta le gustaría conocer, pero le está resultando difícil planteárselas al chico. ¿Cómo se las arregló para salir adelante los primeros días, meses o años tras la muerte de su padre? ¿Cómo superó la pérdida? ¿Cómo fueron esos primeros momentos entre su llegada y el día en que fue consciente de que sus circunstancias habían dado un vuelco?

—¿Recuerdas el nombre de la empresa para la que trabajaba tu padre en Duluth?
—pregunta.

—Trabajaba por su cuenta.

—¿Y el nombre de la empresa en Nairobi o de alguna persona que trabajara con tu padre? Si te acordaras de alguno de ellos, podríamos intentar llamar a información.

—Ha pasado tanto tiempo que no me acuerdo de nada.

—¿Y del nombre de alguno de los amigos de tu madre?

—Sólo los conocía por el nombre de pila.

—¿A qué escuela ibas en Duluth?

Gacal le da un nombre y ella lo anota. Cuando esté a solas llamará a Raxma y le pedirá que indague. Seguramente Raxma hará averiguaciones enseguida, aunque sea sólo por confirmar que todo sea cierto, y le dará sugerencias de lo que es posible hacer, tras asesorarse legalmente con Maimouna. Sin embargo, cuando Cambara llame a su madre no piensa mencionar a Gacal, su último encaprichamiento.

Cambara se pone de pie y, abriendo la puerta, sonrío dulcemente a Gacal, que se levanta y se acerca a ella, listo para marcharse. Sonríe, inclina la cabeza y dice:

—Hasta la vista.

Nada más cerrar la puerta, Cambara recuerda haber visto *Defensa*, una película de los setenta donde se relata el espantoso viaje en canoa de cuatro hombres por un río de Georgia, aunque no es que la historia de Gacal y la de la película sean idénticas, ni siquiera parecidas. Acaso la naturaleza traumática de los cambios repentinos en la vida de Gacal le ha traído a la mente la aflicción que sufren esos hombres, que padecen toda clase de horrores que quepa imaginar.

Apesadumbrada consulta el reloj y, decidiendo que es una hora decente para telefonar a América, llama a recepción y pide que le den línea exterior. Marca el número de Raxma de memoria. Al tercer timbre, Raxma contesta.

—Cambo, querida mía —dice—, Kiin ha llamado y me ha contado las buenas noticias.

Cambara no sabe qué respuesta darle y guarda silencio. Un par de segundos más tarde, cuando Raxma le pregunta si sigue ahí, recupera el habla.

—¿Y qué buenas noticias te ha contado? —dice.

—Que están en tratos contigo para llevar una obra a escena, financiada por la Red de Mujeres y montada por ti, el primer estreno de ese estilo que se hará en

Mogadiscio. Por la paz. Que por eso te ofrecen alojamiento y pensión gratuita todo el tiempo que precises y que han contratado a un irlandés afincado allí para que haga las máscaras de madera basadas en tus bocetos. Y que, siguiendo tus instrucciones, varios carpinteros construirán el escenario y, si no me equivoco, también electricistas y otros técnicos, todos pagados por la Red de Mujeres. Me alegro tanto por ti, cielo... También he sabido que Kiin y su círculo de amistades te están ayudando a recuperar la propiedad de tu familia. Si esas no son buenas noticias, no sé cómo llamarlas, Cambo.

Es la primera vez que Cambara escucha esas novedades en términos tan claros. También es la primera vez que alguien, y para colmo una comunidad de mujeres, ensalza así su talento artístico. Se pellizca, ¿no estará soñando?

—¿Qué otras noticias vas a darme? Espero que sean buenas. Vamos, cuéntame.

Cambara respira hondo, dudando si hablar, y sólo ante la insistencia de su amiga —«Tengo que irme a trabajar, cariño, así que empieza de una vez»— decide ponerla al corriente del resto de sus cosas, sin olvidar nada de importancia. Qué irónico: ¿qué podría ser más esencial que la confirmación de los hechos que acaba de darle Raxma? De todos modos, habla de la invitación de Kiin a almorzar en su casa, donde ha conocido a sus dos encantadoras hijas; de Jijjo y su estado; de Pelo Sedoso, cómo es y las incursiones que ella ha hecho en su vida; de Seamus y su buena predisposición para hacer las máscaras, y, por último, de la Red de Mujeres, a cuyas integrantes conocerá pronto en una fiesta. A continuación le da a Raxma los datos esenciales de la historia de Gacal.

—¿Quieres que haga algunas averiguaciones sobre el chico y te cuente lo que saque en limpio? —pregunta Raxma—. Déjalo de mi cuenta. Te llamaré en un día o dos, ¿de acuerdo? Tengo que irme ya si quiero evitar la hora punta.

—Eres un encanto.

Luego llama a Arda y hablan de todo un poco unos minutos antes de que Cambara le dé a la anciana una versión deslavazada de sus actividades, sin mencionar el encargo que le ha hecho Kiin para montar una obra de marionetas ni las historias de Gacal o Pelo Sedoso y dejando de lado también todos los asuntos polémicos que puedan provocar una discusión acalorada entre las dos.

Cambara está inquieta tras hablar con Raxma, la adrenalina le acelera el ritmo cardíaco. Aunque quiere moverse a toda costa, al principio no sabe cuál es el mejor modo de aprovechar semejante aluvión de energía hasta que consigue encauzarla. Se dice que es hora de ir a buscar el resto de sus pertenencias a casa de Zaak, hora de pensar seriamente en relegarlo a la posición de paria, ¡ni regalado lo quiere! O quizá mantenga la línea de comunicación abierta, pero sin activarla. Nunca se sabe con las guerras civiles: ella puede terminar necesitando que le eche una mano, así que para qué cortar totalmente la relación con él.

De todos modos, no puede evitar verlo como a un ser despreciable que disfruta difundiendo rumores maliciosos sobre la invitada a la que aloja en su casa. No se

respetar ni a sí mismo. Cambara atribuye su estrechez de miras a su origen provinciano y a que es un perdedor nato, por mucho empeño que haya puesto Arda toda la vida en hacer de él una persona distinta. Tras haberlo soportado sin protestar jamás, ahora Cambara ya no debe complicidad a nadie: ni a su madre, ni a sí misma, ni al insensato en cuestión. Su comportamiento es tan injustificado que no merece respuesta.

Antes que permitir que Zaak la desdeñe, se alegra de haberse trasladado a otro lugar y, sin su ayuda, haber conseguido explotar sus recursos con provecho. Pronto cosechará los frutos de la benevolencia de los amigos que ha hecho, se beneficiará de este ejercicio creativo y ¡al diablo con Zaak! Se sienta al escritorio para hacer una lista de las personas que espera que le ofrecerán ayuda o a las que solicitará su habilidad en una u otra cuestión para alcanzar sus fines: Kiin, la joya de sus hallazgos; Farxia, la doctora en medicina que ha hecho desvanecerse a Jiijo; Seamus, el anónimo, el genio; Dajaal, un hombre con tacto que será útil para encargarse de la seguridad en general; Bile, el hombre entre bastidores, que alentará a Seamus y Dajaal a ayudarla; Odeywaa, el tendero, y su mujer, y todavía no sabe si también el jefe de seguridad del Hotel Maanta. Además de Raxma, por descontado, ¿dónde estaría ella sin Raxma? En una columna distinta, anota los nombres de Gacal, Pelo Sedoso y Jiijo, subrayándolos y colocando un signo de interrogación tras esta última.

Una ansiedad abrumadora se apodera de ella, inundándola de una mezcla de contrición e impotencia: contrita porque sabe que no ha sido sincera con Jiijo; impotente porque, ahora que ha puesto las cosas en marcha, no queda más espacio de maniobra, ninguno en absoluto. Tampoco puede hacer nada por Jiijo hasta que la situación de Gudcur se aclare. Si está muerto y la propiedad está a su entera disposición, ella no tendría inconveniente en que Jiijo se instale en la casa, en calidad de ama de llaves. Pero si Gudcur está vivo y supone una amenaza, probablemente no sea sensato mantener ningún vínculo con ella. No es que quiera contar los polluelos antes de que rompan el cascarón, pero está segura de que cuando la propiedad vuelva a estar en sus manos, ensayar en el salón de fiestas será una gozada. Lo ideal será que la cocina funcione para alimentar a todo el mundo y quién mejor para eso que Jiijo, quizá con un poco de ayuda del chef de Kiin.

Si quiere alcanzar su osado propósito y que la producción de su obra sea un éxito, precisará algo más que una sala de fiestas y un elenco de chicos sin experiencia, aunque bien dispuestos, para cumplir sus deseos. Siente decaer sus ánimos ante la preocupación de encontrar a alguien que le procure los fundamentos intelectuales que necesita. De la gente que ha conocido hasta ahora, sólo se le ocurren cuatro personas que puedan aportar las ideas que precisa en este momento: Kiin, Bile, Seamus y, a su manera, Gacal. Todos ellos son indispensables. Seamus la socorrerá sobre todo en cuestiones técnicas, como la fabricación de máscaras, además de trabajos de carpintería, escenografía o iluminación. Además espera que Kiin, Bile y Gacal den lo mejor de sí mismos en la tarea que finalmente les encomiende a cada uno. Merece la

pena cultivar la amistad de Bile, así que le hará una visita en cuanto se le presente la primera oportunidad.

Cambara siente que sólo ahora se da cuenta de que ha habido muchos momentos decisivos desde su llegada de los que no ha sido consciente y que no ha aprovechado a fondo. Tiene la sensación también de que llegar allí y congeniar con Kiin ha sido un sendero plagado de situaciones cruciales, cada una de ellas tan importante como el hito que la precedía, y tan trascendente en las acciones de Cambara como la cota que alcanzaba a continuación. Ahora ha hecho una puesta al día, llamando a Raxma por teléfono y rescatando al resto de sus colaboradores. De pronto quiere afanarse para compensar el tiempo perdido, al igual que alguien corre tras su futuro antes de que forme parte del presente o el pasado.

Haber desperdiciado tanto tiempo y tantas oportunidades le pesa repentinamente y le inquieta tanto que parece que le hubiera picado una hormiga negra. Aguijoneada a actuar, saca el teléfono móvil y marca el número de Bile.

Dajaal contesta y le pasa a Seamus, que le dice que Bile está indispuesto y que le dará recuerdos de su parte cuando hable con él. También le dice que le alegra mucho que haya llamado, porque estaba pensando en telefonarla.

—Tengo algo que enseñarte —dice Seamus—. ¿Dónde y cuándo podemos vernos?

—¿Nos vemos en tu casa mañana, antes de mediodía? —pregunta Cambara.

—A las diez, si te va bien.

—A las diez, perfecto.

—Estupendo, hasta entonces.

—Mis recuerdos a Bile, por favor —dice Cambara antes de colgar.

—Descuida —dice él.

La tiente la posibilidad de visitar a Bile en ese mismo momento, pero contiene su entusiasmo por temor a que Seamus lo tome por atrevimiento. ¡Cómo le gustaría enlazar su cuerpo con el de Bile! Está convencida de que sería un bálsamo para sus propias penas y aliviaría el dolor de Bile.

Entonces recuerda las maletas que aguardan en casa de Zaak y, en ese empeño por agilizar las cosas, decide llamar a Kiin. Se interrumpe justo antes de mencionarle que ha hablado por teléfono con Raxma, porque sabe que a Kiin le parece imprudente implicar a nadie más.

—Quería pedirte un favor —dice.

—Dímelo y está hecho —dice Kiin.

¿Puede prestarle el cuatro por cuatro y a varios de sus jóvenes escoltas armados para ir a recoger el resto de sus pertenencias a casa de Zaak? Una vez más, hay cosas que no le revela a Kiin. No le habla de sus intenciones de llevarse a Pelo Sedoso, porque quiere alejarlo del equipo de Zaak. ¿A qué propósito le servirá Pelo Sedoso, un adolescente acostumbrado al uso de las armas? ¿Un posible compañero y amigo de juegos para Gacal?

Con el nombre de Gacal endulzando la misión con que se propone recuperar sus cosas y el más que probable tropiezo con Zaak, espera conservar las fuerzas y la valentía para volver a esa casa. No vacilará si la provoca, puede que incluso se dé el gusto de restregarle por las narices que las cosas le están yendo bien sin él en todos los frentes.

Cuando Kiin llama para confirmar que el todoterreno está repostado y listo para salir, con los escoltas montados y esperando en la puerta, Cambara le da las gracias.

—Bajo en un minuto —dice.

Al entregarle las llaves a la recepcionista, Cambara oye arrancar un motor de diésel frío y luego al jefe de seguridad del hotel llamar a los jóvenes y darles instrucciones de ponerse en marcha.

—Rápido, rápido. La señora está en camino.

Cuando aparece, se detiene a un metro escaso del vehículo al ver que el conductor, de pie junto a la puerta, le sostiene la puerta abierta y la saluda con una inclinación de cabeza. Hace pensar a Cambara en un hombre satisfecho de sus modales.

Le da las gracias en un susurro al subir al coche y asiente y vuelve a murmurar unas palabras cuando el hombre cierra la puerta. Qué ritual, piensa ella. Pondría la mano en el fuego a que Kiin ha dado órdenes a todo el mundo de ponerse al servicio de Cambara para lo que quiera, haciendo gala de una cortesía exquisita y adaptándose a ella en todo momento. El jefe del equipo de seguridad se sienta delante, junto al conductor, y desde la cabina amonesta a los cinco jóvenes, tres de los cuales van armados hasta los dientes, los otros dos no tanto. Los jóvenes, que esperaban ociosamente, reciben la orden de subir rápidamente al techo del vehículo y así lo hacen. Cambara está en deuda con Kiin por allanarle el terreno de dificultades para que sus asuntos salgan a pedir de boca.

Cambara le pregunta al jefe de seguridad si sabe cómo llegar a casa de Zaak, pues aquel hombre estaba con ella en el vehículo la primera vez. El hombre asiente y ella se acomoda en el asiento, anticipándose a que el todoterreno empiece a moverse, mentalmente preparada para cualquier contratiempo. Apenas se relaja y se complace con el buen rumbo que están tomando las cosas, cuando le asalta el presentimiento de que suceda algo terrible, no sólo a ella sino también a los hombres y el vehículo de Kiin. Reza para que los guardaespaldas armados de Zaak y los de Kiin no provoquen un enfrentamiento que se cobre vidas ni destruya bienes materiales. Qué trágico sería que se desencadenara un violento tiroteo por su afán de recuperar sus posesiones, entre ellas la maleta en la que guarda el vestido para la fiesta de la noche.

Hace acopio de su audacia, de su fuerza interior, de su fe y de la rectitud de sus acciones contra el cobarde proceder de un puñado de tipos como Gudcur, que han secuestrado a todo el país. Nada preocupa más a Cambara que enfrentarse cara a cara con Gudcur o los de su calaña en el momento y el lugar que se les antoje, pues entonces su integridad y su vida sí correrían peligro inminente. No es de extrañar la

satisfacción y la sorpresa de saber que Kiin y sus compañeros han asumido la tarea de devolverle la propiedad de su familia, a pesar de poner en riesgo sus vidas o sus negocios. Y ella mientras tanto preocupada porque no sabe cómo explicarle a Zaak su ausencia ni la razón de no haberle dado noticias. Ni siquiera tiene claro que deba disculparse, cuando a decir verdad no espera cortar de raíz todos los lazos que lo unen a él.

Se tranquiliza al palpar en el bolsillo interior del caftán la navaja suiza y la llave, que piensa utilizar para entrar en la vivienda si Zaak no está y llevarse todas sus pertenencias. Puede que ni siquiera le deje una nota. ¿Y si ha cambiado las cerraduras de la cancela, la puerta de entrada o las de sus habitaciones? Cambara, conociendo sus letárgicas sesiones mascando *qaat*, su pasividad, la desidia y la indiferencia que lo caracterizan, duda que haya recurrido a una decisión tan drástica.

El abatimiento se apodera de ella a medida que el vehículo avanza hacia el norte, mientras la luz diurna se debilita y el calor del sol disminuye, el jefe de seguridad charla con el conductor y los jóvenes armados que van en el techo del todoterreno se ponen cada vez más bulliciosos. La puerta de la mente de Cambara se abre, dejando paso a una veta de furia y recuerda su pelea con Wardi. Piensa que hay dos tipos de furia: la que persiste hasta el fin de los días, una rabia que le oprime el cerebro y la ahoga, y así describiría la ira que siente hacia Wardi. La otra clase de furia, la que siente ahora, camino a la vivienda de Zaak, es honda pero posiblemente pasajera. No es tanto rabia asesina como mera desilusión. Piensa que, aunque puede permitir que las dos clases de rabia corran parte del camino en paralelo, debe asegurarse de que ambas no interfieren y de no confundir la una con la otra. Si hace falta, en alguna ocasión pueden complementarse, pero bajo ningún concepto debería consentir que esas rabias se mezclen en un cóctel explosivo del que ella misma acabaría siendo víctima.

Es de suponer que un día la suerte la abandonará, pero no sabe cuándo. Entretanto sólo puede rezar para que sea sin perjuicio de Kiin o ninguna otra persona que le haya echado una mano para alcanzar sus propósitos. No es que le importe sufrir en carne propia las consecuencias de sus acciones, pero no se perdonaría que algo les ocurriera a cualquiera de las personas que sólo desean su bienestar. Y, aun así, ¿a qué viene creer que la fortuna la abandonará y más ahora que todo se está aclarando y algunos de sus planes empiezan a dar fruto? ¿Acaso imagina que al visitar a Zaak no sólo cosechará su displicencia sino que además él ahuyentará la suerte que por el momento le sonrío? Como si, sólo con verla, Zaak fuese a descargar sobre ella un sinfín de plagas que la harán retroceder hasta abocarla finalmente a la catástrofe.

Cambara sale del trance cuando el vehículo aminora la marcha hasta casi detenerse y el jefe de seguridad se vuelve a preguntarle, con un deje de incertidumbre, si deben tomar el segundo o el tercer desvío a la derecha. No es fácil para Cambara darle una respuesta, pues al principio da la impresión de que no tiene la menor idea de dónde está ni de quién es el hombre que le está hablando. Luego se

concentra, mira por la ventanilla y reconoce dónde están. En un abrir y cerrar de ojos se recupera y da las indicaciones al conductor. El vehículo se pone en marcha de nuevo y ella se endereza, llevándose la mano al pelo para alisarlo.

Ojalá pudiera echarse un vistazo rápido por el retrovisor, no ha traído espejo. A ninguna mujer le gusta que una antigua pareja la vea si no está espléndida. Se maldice por ser tan pusilánime. «¡Basta!», se increpa en silencio.

Zaak sale a abrir la cancela a medio vestir, exasperado por los pitidos insistentes del conductor. Va descalzo, mueve las mandíbulas y sus labios parecen teñidos por el rastro de saliva verdosa de quien ha estado mascando *qaat* sin parar la mayor parte del día. Lleva unos pantalones deshilachados, torcidos por habérselos puesto con prisa, que no abarcan el exceso de grasa de su barriga. Al verlo aparecer, Cambara envidia la falta de vergüenza de Zaak ante su propio desaliño, ella, que no dejaba de alisarse la melena con las manos porque no quería tener ni un solo pelo fuera de lugar. Se detiene un instante a observar a los presentes: sorprendidos, algunos ahogan la risa, otros se miran elocuentemente. Cuando Zaak repara en los jóvenes armados que bajan del techo del todoterreno, se aterroriza y se queda petrificado en una postura torpe, actuando como un hombre asustado que no sabe si poner las manos en alto en señal de rendición o hincarse de rodillas en el suelo a suplicar clemencia.

—Zaak, soy yo, Cambara —grita ella repetidamente, tratando de hacerse oír por encima del barullo que se ha levantado entre los dos como una polvareda.

Cuando al fin la reconoce, mira a los jóvenes armados, al conductor y al jefe de seguridad, escruta sus caras y sus gestos en busca de indicios de peligro y, al no encontrar nada preocupante, se vuelve a Cambara y la mira de hito en hito con una expresión que no es tanto de rabia como de sarcasmo. Por el modo en que se tambalea hacia los lados, Cambara no sabe si está bebido. La lengua torpe, la tez verdosa, el modo en que habla y la elongación de las vocales confirman que está ebrio.

—Me alegra ver que te presentas aquí en compañía de testigos armados, algo nada envidiable, por cierto. ¿De verdad te parecía necesario? Podrías haber venido sola. O quizá te han secuestrado y vienes a que pague un rescate por tu liberación, en cuyo caso me pillas sin efectivo.

Ella pasa por alto sus comentarios, palabras de borracho, y finge que su mordacidad no la hiera. Sonriendo, reúne valor para bajar del coche y dar un paso decisivo hacia él, tendiéndole la mano en señal de amistad. Zaak desdeña su saludo y se aparta con los brazos en jarras, se planta rotundamente frente a ella sin temor, con los pies firmes en el lugar donde quiere tenerlos.

—He venido a recoger mis cosas —dice ella, poco menos que asfixiada por la ira.

—¿Crees que iba a impedírtelo? ¿Qué necesidad tenías de venir en un vehículo con escoltas armados?

—Una amiga me ha prestado el vehículo.

—¿Y por qué tenían que venir armados? —pregunta Zaak.

—¿A qué viene eso? No lo entiendes.

—Sé reconocer la idea de un cerebro de mosquito cuando la oigo —dice, bloqueándole el paso con su voluminoso cuerpo, sin hablar y con mirada desafiante, como un rival midiendo a otro en un duelo. Cambara recuerda su pelea con Wardi, de la que surgió la idea de este viaje.

—Si me pones un solo dedo encima, lo lamentarás —le advierte, apenas en un susurro.

A continuación se vuelve al jefe de seguridad y le pide que la siga con tres jóvenes desarmados; ella irá delante. Mientras, el conductor recibe indicaciones de aparcar el vehículo a la sombra del árbol y los jóvenes armados de permanecer con él custodiando el todoterreno.

Acercándose a Zaak más de lo que le permite sentirse cómoda, dispuesta a pasar de largo junto a él, seguida del encargado de seguridad y los jóvenes, se detiene al oír su resuello, sin poder evitar la idea de que sufre problemas de corazón y que tal vez su final esté cerca. Quizá no merezca su rabia, ni malgastar tanta energía.

A la confusión de sus titubeos entre desafiarlo o ir a hablar con él y hacer las paces, se une el ruido de un nuevo todoterreno que llega a la puerta y el chirrido de los neumáticos en la grava, que hacen saltar piedrecitas y levantan una polvareda. Pelo Sedoso, el primero en reconocer a Cambara, baja del segundo vehículo y corre hacia ella.

—¡Tía, tía! —la llama, utilizando el tratamiento de respeto que los jóvenes otorgan a una mujer de mayor edad.

A continuación todos los jóvenes empleados de Zaak se ponen en fila y la saludan uno por uno, en señal de admiración y respeto. El último en estrecharle la mano es el conductor.

—Te hemos echado de menos. Espero que te halles bien allá donde estés —le dice.

Luego todo el mundo, salvo Zaak, echa una mano para cargar sus pertenencias en el todoterreno. Al ver la actividad que bulle a su alrededor, el movimiento incesante, hace lo que mejor se le da: refugiarse en su hosquedad, cruzado de brazos, siguiendo con los ojos las idas y venidas de quienes cargan maletas o ayudan a que todo quepa. Los jóvenes del vehículo recién llegado dejan los fusiles apoyados en un árbol, cerca del todoterreno aparcado de Zaak, mientras que los que han venido con Cambara amontonan sus armas frente a la cabina del otro vehículo. Los dos grupos de jóvenes celebran la camaradería intercambiando réplicas ingeniosas. Cambara prefiere mantenerse parca con todos ellos, porque en su fuero interno sabe que un desaire intrascendente por parte de uno u otro joven podría ser la chispa de un tiroteo.

Cuando ha terminado con el equipaje y se dispone a marcharse, Zaak hace esfuerzos incomparables por reconciliarse con ella, pero a ella le trae sin cuidado.

—Vamos —le dice al conductor, y llama a los muchachos de Zaak, entre los que reparte fajos de billetes locales de propina, antes de echar a caminar hacia el

todoterreno. Alguien sostiene la puerta abierta y le tienden una mano por si necesita ayuda.

Cambara da media vuelta para intercambiar unas palabras en paz con Pelo Sedoso, que la sigue de cerca. Lo atrae hacia sí en un abrazo y le mira a los ojos, tan de cerca que sus narices casi se rozan. En voz baja para que nadie pueda oírlo, Cambara le pregunta:

—¿Y tú qué, Pelo Sedoso?

—¿Yo qué? —dice él.

—¿Te gustaría venir conmigo?

Cuando, para sorpresa y alegría de Cambara, Pelo Sedoso anuncia públicamente que querría probar suerte a su lado, la deja sin palabras, aunque era justamente lo que anhelaba. Abraza al muchacho y, agarrándolo de la fina muñeca, lo apremia a subir al vehículo.

—Ya nos veremos —le dice Cambara a Zaak.

Veintidós

Vuelven al hotel sin contratiempos mientras oscurece y Kiin, por la quien siente aún más cariño después de lo que le ha dicho Raxma, se une a la pequeña multitud que a instancias suyas se apiña alrededor del vehículo para echar una mano. Cada vez que Cambara quiere levantar algo, Kiin o alguna otra persona la disuade.

—Eso déjanoslo a nosotros —le dice el jefe de seguridad—. Hemos nacido para ocuparnos de esta clase de trabajos, tú no. Quédate tranquila.

Al final se aparta para observar cómo los jóvenes, supervisados por él, descargan primero la maleta más pesada, luego la más ligera y por último las suben con paso tambaleante por las escaleras.

—¿Qué habrá dentro? Son enormes —comenta uno de los chavales.

Pelo Sedoso no puede contener su entusiasmo, como un cachorro juguetón en compañía de los de su especie.

—Ella es demasiado inteligente para andar acarreando piedras —bromea, con nadie en particular.

Gacal, por su parte, se siente atraído por Pelo Sedoso nada más poner los ojos en él, quizá porque, además de ser el único de su edad, son prácticamente de la misma altura y de complexión similar y llevan ropas de estilo y corte parecidos. O acaso porque reconozca en él ciertos rasgos infantiles evidentes: un chico de corta edad fuera de lugar, que trata a toda costa de encajar con los mayores. Aun así, Pelo Sedoso parece encajar mejor con los otros jóvenes, porque su manera de desenvolverse indica que lo han admitido en la pandilla de los muchachos que llevan armas. Observándolo, a Cambara le preocupa pensar que Pelo Sedoso posiblemente sienta mayor afinidad con los milicianos armados, que son almas gemelas, de la que pueda sentir por Gacal como compañero de juegos y amigo. Sabe que ese trabajo a ella le va como anillo al dedo y piensa en la época apasionante que se avecina, con los padecimientos y las alegrías que acompañan a una madre, aunque en su caso sea una madre adoptiva. Empezando a ejercer como tal, Cambara asigna a Gacal y Pelo Sedoso la responsabilidad de quedarse en las habitaciones y llevar la cuenta de las cosas.

Cuando han terminado de descargar el vehículo y recobra la calma para echar un vistazo alrededor, le sorprende un poco descubrir que Gacal se ha quedado arriba, como arrogándose el derecho de custodiar sus pertenencias, y ha mandado a Pelo Sedoso a informarle de que ya está todo trasladado y puede ir cuando quiera a dar el visto bueno. Al encaminarse hacia sus habitaciones, Cambara repara en que Pelo Sedoso, en lugar de acompañarla, va en dirección contraria, donde se juntan los centinelas armados, que han dejado las armas apiladas en desorden, intercambiando

chascarrillos groseros que podrían hacer sonrojar a una señora. Cambara mira por encima del hombro, porque la curiosidad la detiene en seco. No se sorprende al ver al chico en su elemento, participando de la procacidad de las bromas, y que se siente más a gusto en compañía de los jóvenes armados que con ella y Gacal. Tal vez tenga que replantearse las cosas; tal vez no sea buena idea tratar de imponerle al muchacho su voluntad.

Cabizbaja, deja a Pelo Sedoso a su aire por el momento y sube el tramo de escaleras que lleva a la habitación, absorta en sus pensamientos y deseosa de reunirse con Gacal. Al encontrar la puerta cerrada, lo llama por su nombre al tiempo que empuja, suavemente al principio y luego un poco más fuerte, decidida a abrirla. Gira el pomo, pero nada. Después de varios empujones infructuosos, sin saber qué sucede o qué trama Gacal, empieza a desesperarse. ¿Qué se propone al cerrar la puerta con llave por dentro? Cambara no sabe exactamente en qué estado ha dejado las maletas que contienen su dinero en efectivo o si el chico ha tenido todo el tiempo del mundo para servirse a placer de su pasaporte, sus notas, los cuadernos de los bocetos. ¿Por qué no contesta? Teme lo que dirá Arda cuando se entere de lo ingenua que ha sido por confiar en un niño sin conocer su historia. Te está bien empleado, le dirá. Las semillas de la sospecha empiezan a arraigar en ella, a tal punto que se le pasa por la cabeza la drástica solución de ir a buscar a Kiin y echar la puerta abajo, cuando de pronto oye un tintineo de llaves en los bolsillos del caftán, las saca a toda prisa y abre.

Entra en la habitación silenciosamente, de puntillas, sintiendo crecer la desesperación por momentos. No puede dejar de pensar en el futuro del niño tal como ella lo ha imaginado, la posibilidad de volver al buen camino, de ofrecerle una nueva vida. Al ver que no está en el cuarto que le sirve de dormitorio, Cambara se pregunta si serán los primeros indicios de la desgracia, si al fin se le ha terminado la suerte, si todo lo que ha construido con la ayuda de tanta gente va a quedar en nada. No sabe cómo controlará su ira si lo sorprende hurgando entre sus cosas, hurtando. Desbocada de impaciencia, entra corriendo a su santuario privado, el refugio donde se dedica a pensar, escribir, dibujar sus bocetos, y encuentra a Gacal dormido, con una pila de gruesos libros por almohada. Está tumbado boca arriba con los pies apoyados en una maleta, la cara en parte oculta a la vista y las manos juntas cerca de la barbilla, como en la postura de oración del *námaste*. A su derecha, en el suelo, un librito titulado *Vuela, águila, vuela* está abierto en la página siete. Pese a la alegría de pensar que el chico ha estado ojeando el texto en el que va a basarse su obra, no puede evitar cierto resquemor, porque, si es así, no le haya pedido permiso.

Exhausta, se desploma en la cama a pocos centímetros de él.

Apenas han pasado unos minutos cuando Kiin pasa a ver a Cambara, no sólo para ver qué tal se las arregla con todo el equipaje recién llegado sino para comprobar también si las habitaciones están demasiado abarrotadas o no ofrecen la comodidad necesaria. En el primer cuarto ha de caminar con cuidado y sortear las maletas que

hay por todas partes, algunas abiertas y con el contenido apilado en montones por doquier, otras arrinconadas y puestas una encima de la otra de cualquier manera. Antes de seguir adelante, Kiin sólo puede suponer que Cambara ha estado buscando una prenda de ropa concreta que no consigue encontrar o está reordenando sus pertenencias, a juzgar por los cuadernos, rotuladores, estuches de maquillaje, lápices de ojos y botellas llenas de sustancias inciertas de vivos colores, que Kiin imagina que habrá que guardar de nuevo o simplemente está aireando.

Kiin sostiene el pomo de la puerta como si fuese a cerrar, pero se lo piensa y se demora unos instantes.

—Como veo que estás poniendo orden y no quiero distraerte, será mejor que pase en otro momento. Luego hablamos.

Cambara, con las prisas por darle la bienvenida, aunque sea para poner a Kiin al corriente de sus planes, tropieza y por poco se cae. Se detiene a recuperar el aliento y al hablar las palabras le salen atropelladas.

—Todo esto puede esperar. Pasa, por favor.

Aparta las dos maletas que la han hecho tropezar, abriéndole un camino.

Kiin accede sin dificultad al primer cuarto, pero cuando Cambara la invita a pasar a su santuario y ve la figura de un joven durmiendo, se para en seco, casi como si hubiera topado con una pareja besándose. Cambara le ruega que entre.

—El pobre se ha quedado dormido —le explica.

Kiin entra vacilante, con el cuidado de quien no desea molestar, tan cautelosa es que parece le flaquearan las rodillas. Luego ocupa la silla que le indica Cambara, se vuelve y habla despacio.

—Antes de nada, ¿cómo fue con Zaak? —pregunta. Los rasgos de Kiin se ensanchan con una sonrisa cargada de calidez y preocupación a un tiempo, mientras sus ojos escrutan con ansiedad en busca de indicios de inquietud en Cambara. Siente curiosidad por el chico que duerme junto a la puerta. ¿Qué significa para Cambara, que acaba de comprometerse a cuidar de otro muchacho al que ha apodado Pelo Sedoso? Y se pregunta si las estará escuchando ahora. Cambara detecta la expresión impaciente de Kiin, aunque no acierta a identificar lo que la motiva—. ¿Contenta de haberte librado de Zaak? —pregunta Kiin.

—De Zaak y de su mentalidad provinciana —contesta Cambara.

—¿A qué te refieres?

—A la expresión de derrota de sus ojos todo el rato que estuvimos allí. Se portó de mala manera, desagradable a más no poder, mascando *qaat*, con la mirada distante, aletargado, con los brazos en jarras —entonces cambia el enfoque y, como si usurpara el papel de Kiin en el diálogo, se juega el todo por el todo ofreciendo lo que a su juicio es una descripción válida para toda una generación de hombres somalíes, una intervención más apropiada en boca de Kiin que en la suya, pero aun así, Cambara dice—: Zaak es un perdedor redomado, un rasgo típico entre los hombres a los que hemos confiado el destino de este país durante demasiado tiempo.

Descerebrados en su mayoría.

—Por lo que dices, lo has manejado de maravilla.

—Para ser sincera, no me ha complacido en absoluto —dice, y su voz languidece como si de repente le faltara convicción. Tras una pausa considerable en que la voz vuelve a cobrar la consistencia de una buena salsa, añade—: Me parece asombroso haber estado casada con él. No importa que el matrimonio no se consumara y fuese sólo un trámite sobre el papel para que Zaak emigrara a Canadá sin obstáculos.

—Imagino que ahora todo tu equipaje está aquí.

—Así es.

Al volver a hablar, Kiin levanta el tono de voz, cargada de adrenalina.

—Veo que has subido de categoría a tu nuevo amigo y lo tratas como si fuera tu propio hijo o quizá él se ha ascendido. Da gusto verlo dormir. Guapo y encima con cara de ángel.

Cambara no es dada a admitir que a veces es lenta de reflejos y, para colmo, ha sido un día agotador. Así que cree que no va a hacer la justicia que merece la pregunta, que en cualquier caso no le agrada demasiado, por la insinuación tácita en eso de haber «subido de categoría» a su nuevo amigo, sabiendo además (aunque Kiin no sepa que Cambara está al corriente, gracias a Raxma) que Kiin, o si se quiere la Red de Mujeres, corren con todos sus gastos. Cambara sopesa estas cuestiones, no en busca de una respuesta a la pregunta, sino para dilucidar si Raxma ha vuelto a comunicarse para dar detalles de la última tarea que Cambara le ha encomendado: rastrear el paradero de los padres de Gacal.

—¿A qué te refieres con eso de que he «subido de categoría» a mi nuevo amigo? —dice, infundiendo al diálogo la ilusión de que la pregunta va cargada de cuestiones sin resolver.

Inmediatamente, Kiin procura rebajar la tensión.

—Una boca más que alimentar no será un problema. Puedes estar segura de eso —dice, sonriendo.

En su cerrilidad, quizá alimentada por haber asumido demasiadas cosas y no haber parado desde que llegó, Cambara mira a su alrededor con perplejidad. Ni siquiera se molesta en preguntarse si la respuesta correcta está a la vista, al alcance de su mano para cuando quiera recogerla. Y, en lugar de concentrarse en el asunto que la ocupa, está tan angustiada que no sabe qué hacer ni qué decir.

—Una boca más... —repite, antes de guardar silencio—. Estoy dispuesta a correr con los gastos. Y muchas gracias.

Para restar importancia a un desafío que Cambara no está en condiciones de afrontar, Kiin se levanta y dice:

—Veo que ha sido un día largo para ti y nos espera una noche aún más larga, así que te sugiero que no te exijas tanto y te tomes un descanso. Incluso te vendría bien echar una cabezada y luego una buena ducha caliente para recargar energías. No te preocupes por el jovencito al que llamas Pelo Sedoso, me ocuparé de que no le falte

algo de comer y un lugar para dormir. Nos vemos en la fiesta.

Cambara se arrastra cojeando hasta la cama, con la mirada borrosa, la nariz ensanchándose al abrir la boca y liberar un bostezo. Abrumada de pronto por un recuerdo relacionado con los dolores de parto, le parece estar inhalando metanol: siente que le tiemblan las rodillas, le pican los ojos, la lengua se le vuelve pesada, sin responderle, y el suelo parece moverse bajo sus pies, como si se inclinara. El recuerdo del pinchazo de la epidural sumado al de la muerte de su hijo le causan un agotamiento fulminante que la sume en el sopor.

Antes de decidir qué hacer, una vez Kiin se ha ido y se ha quedado sola en sus habitaciones, con la puerta cerrada, las cortinas echadas y estirada en la cama, se dispone a caer en el profundo pozo del sueño, pero de repente se incorpora al detectar la presencia de otra persona respirando cerca en la misma habitación, la primera vez que le ocurre desde hace meses, desde la muerte de Dalmar, cuando abandonó el dormitorio que compartía con Wardi. Ha sido un día intenso y repleto de exigencias, unas más apremiantes que otras y, claro, no puede olvidarse de Gacal y debe tomar una difícil decisión: despertarlo y echarlo del cuarto o darle albergue, dada su edad y el cariño que le ha tomado. Escucha su ronquido ligero, similar al sonido de un caramillo. Cambara duda si dejarlo seguir durmiendo sin interrupciones, pero finalmente decide que quiere preservar su santuario para ella sola, sin nadie más alrededor. Llama por su nombre al niño, que se despierta sobresaltado y se restriega los ojos enrojecidos. Consciente y alerta, se disculpa.

—Lo siento. Lo siento. No era mi intención.

—No pasa nada. Estabas cansado.

—Hasta luego —dice, yéndose cabizbajo.

Sin embargo, nada de lamentarse. Habrá tiempo para conocer a Gacal después de que Raxma la ponga al tanto. Hasta entonces, actuará como si Arda estuviera a su lado, lista para saltar sobre ella por su insensatez, reprendiéndola por sus debilidades y recordándole, como siempre, sus defectos.

Cambara tarda mucho rato en conciliar el sueño.

Un par de horas más tarde se despierta alterada. Según su reloj son más de las nueve cuando termina de darse una ducha y está lista para buscar un atuendo, no necesariamente elegante. Quiere sumarse a la velada cuanto antes, ya llega tarde. Una lástima no haber tenido la calma necesaria para pedir en recepción que la despertaran con una llamada antes de que el sueño se apoderara de ella. Ahora tiene que salir sin dilación.

Buscando qué ponerse, encuentra un caftán liso y se viste apresuradamente. Con el pelo peinado hacia atrás, la cabeza descubierta, se cubre los hombros con un *garbasaar* de factura indonesia y estampado intrincado: pavos reales persiguiendo a las pavas, los unos exhibiéndose en todo su esplendor y ansiosos por aparearse, las otras actuando tímidamente y deleitándose en los largos prolegómenos del cortejo. Un par de pendientes en forma de lágrima le adornan las orejas. Se calza con unas

sandalias de cuero que compró en Roma hace un par de años. No lleva bolso, porque cree que le incordiará, y las manos se balancean libres al ritmo de sus largas zancadas. Por último, hace algo curioso: se contempla las uñas, pintadas con esmero en un suave tono lila.

Se aplica un maquillaje muy ligero, un bálsamo a la ansiedad que le provoca no ser una de las primeras en llegar a la fiesta. Hasta ahora apenas le había prestado atención a su cuerpo. Está contenta de los avances que ha logrado en otros flancos, sobre todo los pasos para recuperar la propiedad de su familia. Tiene la certeza de que una incursión provechosa en su faceta imaginativa, cuando empiece a dar forma y ensayar su obra, será la cura profunda que necesita. Reza para que la velada le procure inspiración con la que calibrar las virtudes que la distinguen de las demás mujeres de la fiesta, muchas de las cuales deben de residir allí y están muy involucradas en la política de la ciudad.

Baja la escalera y pasa junto a la recepción, donde no hay nadie para atender los dos teléfonos que suenan insistentemente. Cambara camina con la agitación propia de llevar un peso en el corazón, inquieta al no hallar qué ha podido provocarle la laguna en la memoria: ¿el cansancio, acaso? Absorta, poco le falta para chocar con dos mujeres, de voz jovial aunque edad imprecisa, que se ríen al compartir un chisme sobre una de sus amigas, sorprendida en la cama con su guardaespaldas, al que luego acusó de haberla violado a punta de pistola.

—Cuando está claro que fue voluntario... —añade una de ellas y, riéndose con disimulo, agarra a su amiga de la mano, la atrae y ambas rompen en carcajadas.

Cambara no ve la gracia a la historia de la violación que acaba de oír sin proponérselo. ¿Qué clase de mujeres son?

Aminorada el paso fingiendo escuchar la música somalí que suena a todo volumen en el salón de la primera planta, donde se celebra la fiesta, cuando en realidad lo que quiere es evitar que la vean Gacal y Pelo Sedoso, sentados en el suelo jugando a cartas bajo la luz de la lámpara. Rodea una columna y ocupa una de las sillas de la cafetería. Contempla la hermosa noche, rasa y estrellada. Una vez más le falla la memoria, porque no logra recordar dónde hay que mirar para localizar la constelación de la jirafa.

Echa de nuevo a andar intentando reconocer la canción somalí procedente del salón, pero lamentablemente tampoco puede, y se dice que Kiin le presentará a muchas de sus amigas, entre las cuales espera conocer a la ginecóloga, que no sólo asistió a Jijjo en el parto sino ayudó a buscarle un hogar en el que Gudcur no pueda encontrarla. Aun así no sabe si recordará los nombres de esas mujeres si coincide con ellas en otro lugar o caerán en un agujero negro y se perderán para siempre, al igual que le ha ocurrido hace un par de horas. A lo mejor no hay de qué preocuparse, tal vez haya sido un simple desmayo, aunque nunca antes los haya sufrido. En cualquier caso, no es razón para dar pie a preocupaciones injustificadas. No es manera de proceder, para eso mejor apaga y vámonos. La cuestión es si marcharse es una

opción. Ya se ha comprometido a cortar su relación con Zaak. ¿Tiene sentido ahora alejarse de Kiin y de todas las demás personas que han puesto su vida en riesgo? Ya es hora de que se relaje y se prepare para disfrutar de la fiesta.

Echa a caminar tranquilamente, sin prisas, mientras recuerda en cuántas ocasiones las mujeres somalíes residentes en Toronto la invitaban a tal o cual celebración: una hija que se graduaba de la universidad; un hijo, un sobrino o un nieto que se casaba; una mujer o un hombre joven al que se homenajeara por un éxito laboral o deportivo... No es de extrañar que Cambara, que acudía sólo a algunos de los festejos a los que indefectiblemente la invitaban, vaya ahora arrastrando los pies, sin ganas ya de llegar a la fiesta.

En ese momento se cruza con dos mujeres enfundadas en chadores negros, que pasan por su lado cuchicheando acerca de un hombre. Hablan en voz alta, sin que parezca importarles que puedan oírlos. Haciéndose a un lado, Cambara se sorprende al ver que, a pesar del riguroso velo, llevan tacones de aguja, que resuenan tan fuerte como para resultarle molestos. Además, cuando se remangan el velo para no ensuciarlo ni tropezar, Cambara alcanza a ver la ropa interior de una de ellas, de satén rosa. Las oye hablar ordinariamente sin parar, hasta que suben por la escalera de piedra que lleva al salón de baile.

La paciencia es fundamental, se dice Cambara. Le procura cierto consuelo pensar que es la primera vez que ve mujeres somalíes desinhibirse en público, recordando que más allá del recinto del hotel se extiende una tierra sin ley donde las mujeres no pueden romper las normas. Pues de lo contrario...

La fiesta está en su apogeo cuando la entrada de Cambara atrae miradas boquiabiertas de varias de las mujeres próximas a la puerta. Sin querer interferir en la corriente humana que entra y sale, presa de la excitación, contiene su entusiasmo y se queda a la izquierda de la entrada, observando. Se apoya en la pared, cerca de un perchero en el que las mujeres han colgado cascadas de tela oscura: cabe imaginar que son sus velos, pues ahora que se encuentran entre las de su sexo, a puerta cerrada, no se les exige llevarlos.

Muchas mujeres bailan animadamente en la pista, aun cuando los giros arrítmicos de sus cuerpos discrepan de sus intenciones. Cerca de ella hay varias mujeres gruesas de cadera que se rinden al ver que no pueden moverse al veloz ritmo de la música, pero otras del mismo corro las animan a adaptar el paso a la cadencia y acompasar sus movimientos como ellas, aunque sirve de poco. Observando la escena desde la posición privilegiada que ocupa, Cambara contempla la belleza de un mar suntuoso y multicolor lleno de efervescencia, con ecos de las pancartas al estilo soviético y chino que se colgaban en las festividades nacionales, con la pompa y ceremonia de los llamados estados socialistas. Decenas de miles de niños, expertos en acrobacia y en el arte de la adulación, serían adiestrados en la construcción de composiciones de colores, coordinados para representar todas las bondades del estado en nombre de su valeroso pueblo. Viendo de cerca la escena, no siente ninguna emoción estética,

porque la descoordinación de los tiempos y las equivocaciones en los pasos hacen tropezar a las bailarinas unas con otras.

En ese momento aparece Kiin. Abraza a Cambara, besándole primero una mejilla, luego la otra y, deshaciéndose en expresiones de cariño, por si no bastara, le rinde un tributo.

—Qué bien que por fin estés aquí —dice.

Cambara confirma su sensación de que no hay de qué preocuparse. Ni en cuanto a Kiin, ni por ella misma. ¿Qué le ha hecho pensar de otro modo?

Kiin la toma de la mano y se la lleva, poco menos que a rastras.

—Vamos, querida, ven conmigo —le dice, antes de presentarle al paso a varias mujeres y ofrecerle un vaso de cartón con una llamativa bebida amarilla, que Cambara prueba con recelo y expresión comedida, para no delatarse. La bebida es demasiado dulce para su gusto, así que la deja en la repisa de una ventana a la menor oportunidad, con el pretexto de estrechar la mano a una mujer que Kiin acaba de presentarle.

—¿Sabes a quién me gustaría conocer? —dice Cambara.

—¿A quién?

—A la mujer del tendero que vive en el barrio donde está la casa de mi familia —dice Cambara—. Casi tengo la sensación de conocerla. Sólo para saludarla, nada más.

—Me temo que está fuera.

—¿Está fuera del país?

—Pues la verdad es que sí —contesta Kiin—. Está en Nairobi, como representante de nuestra delegación de la Red de Mujeres en la Conferencia de Reconciliación Nacional.

—Otra vez será, quizá.

—Vamos.

Entonces Kiin y Cambara dan un paseo, charlando o trabando conversaciones intrascendentes con otras mujeres, cuyos nombres seguramente no recordará. Aun así disfruta de la camaradería táctil con que se tratan, el sentimiento compartido con mujeres cuyo nombre no le importa, porque no ha alcanzado a oírlos por encima del volumen de la música, y no recordará, porque tampoco se le ocurre una razón para ello. Por lo visto Kiin, que la lleva de la mano como un lazarillo, está intentando localizar a alguien, estirando el cuello y con los ojos bien abiertos. Siguen adelante y de vez en cuando se saludan con dos mujeres jóvenes con vaqueros que están grabando todo con una cámara de vídeo.

Kiin y ella se separan cuando Cambara tropieza con una de las sillas arrumbadas contra la pared. Se lastima la rodilla derecha y se detiene a frotarse el golpe. De pronto topa con dos mujeres jóvenes distintas del resto, no sólo por su modo de bailar, sino también por su indumentaria. Una de ellas lleva un par de bombachos y el torso desnudo, sin siquiera sujetador, mostrando la firmeza de sus pechos y del resto de su cuerpo. Baila la danza del vientre tan bien que se diría que es una bailarina

profesional. La otra lleva un vestido muy ceñido y una larga melena azabache; llama la atención su perfil prominente, se la mire por delante o por detrás. No es que Cambara se rinda fascinada al hechizo que las envuelve, pero le parece curioso que a nadie le ocurra. Todas las mujeres van a lo suyo.

Cambara siente que una mano cálida agarra la suya y, al volverse, se encuentra de frente con la mirada impaciente de Kiin, que le trae a la mente las turbulentas aguas de un río que va creciendo de caudal hasta que al fin se desborda en la temporada de lluvias. Cambara lucha por ocultar esa sensación y sonríe llena de reproche, porque no acierta a explicarse la inquietud que siente en el vacío del estómago. Nada que Kiin haya hecho o dicho puede explicar esa clase de reacciones.

—Ven conmigo —le pide Kiin, cogiéndola de la mano con firmeza y tirando de ella. A Cambara le da la impresión de que un estremecimiento apenas perceptible corre entre ambas, aunque no está segura de cuál de las dos es responsable del temblor.

—¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás.

* * *

Al bajar a la cafetería, Kiin le presenta a Farxia, la doctora que atendió a Jiijo cuando alumbró a su hijo y que se ha ocupado de ambos desde entonces, procurándole incluso un hogar provisional seguro para la madre «fugitiva». Farxia sostiene una taza entre las manos, de la que da pequeños sorbos. En algunos países musulmanes suelen disimular así los que beben alcohol, Cambara se pregunta si será el caso de esta mujer.

Farxia, sobriamente vestida con camisa y pantalón caquis, está sentada en una esquina poco iluminada, desde la que ve a la gente ir y venir. Lleva tres cordones al cuello, dos de ellos para teléfonos móviles y un tercero donde cuelga un lápiz de memoria. Por lo que Cambara distingue a la tenue luz que las envuelve, no lleva maquillaje ni joyas. Farxia, a la que Cambara echa entre treinta largos o cuarenta recién cumplidos, es una mujer esbelta y altura media, con voz suave, expresión adusta y la mirada ligeramente estrábica.

Al estrecharle la mano aprieta con firmeza y, una vez hechas las presentaciones, saluda con un gesto de la cabeza a Cambara, pero sin dedicarle una palabra. Sólo una mirada penetrante y fugaz, nada más. Apenas acaban de sentarse Cambara y Kiin, llega una muchacha con bandejas de aperitivos: alitas de pollo salteadas con miel, limón y ajo; brotes de zanahoria y palitos de apio casi secos; una variedad de salsas y un surtido de panes de barra y *sabaayad* al estilo *naan*, además de un festín de ensalada para compartir.

Farxia prescinde de todas las formalidades y se sirve una porción insignificante de comida; empieza a picar, observándose las uñas cortadas al rape y las manos restregadas y limpias a fuerza de muchos lavados. Se diría que pide consejo a esas manos, por la fijación con que las mira y porque no deja de mover los labios. Luego

habla, sin dirigirse a nadie en particular.

—Jiijo y el bebé están bien.

Farxia parece inquieta; probablemente su crispación se deba no tanto a lo que ha hecho por Jiijo, sino a los compromisos que le acarrearán mantener a salvo a la mujer y su recién nacido. No deja de vigilar la penumbra que las rodea, como si esperase ver aparecer a un atacante. Sin embargo, no hay miedo en sus ojos. Cambara cree identificar en ellos la determinación inquebrantable de una mujer fiel a un ideal.

—Tuvimos suerte de que el parto fuera tan bien y de que hasta la fecha no hayan surgido complicaciones de ningún tipo.

Cambara habla, aunque se nota que no está preparada, como si temiera que sus palabras pudieran ser ofensivas.

—¿Dónde están madre e hijo?

Farxia duda, salta a la vista que no quiere divulgar un pacto secreto. Mira a Cambara y luego a Kiin antes de contestar.

—Los he mandado trasladar de la clínica a un domicilio privado, un lugar donde estén a salvo. Hay una enfermera ocupándose de ellos. Estoy en contacto permanente con la enfermera, una mujer de confianza que trabajaba con Bile, a quien tengo entendido que conoces. Paso a verlos un par de veces al día, a primera hora y a última.

Al oír mencionar a Bile, Cambara se mueve avergonzada, aunque la tranquiliza que ninguna de las dos mujeres advierta su incomodidad. Tal vez a modo de reclamo para alejar a Farxia de la cuestión, Kiin interviene, en un tono tan confiado como cordial, del modo en que alguien plantea la pregunta relevante que está por venir.

—Nuestra red les lleva comida y cubre todas sus necesidades.

—Hace tiempo que quiero saber algo.

—¿Sí? —dice Farxia.

—¿Cómo puedo pagar tu consulta médica en la clínica —dice Cambara—, además de la ambulancia que trasladó a Jiijo de la propiedad de mi familia y los gastos de alojamiento, manutención y la escolta armada?

—Querida, eso tendrás que hablarlo con Kiin.

—Todo a su debido tiempo —ataja Kiin.

—Son gastos enormes y querría saldarlos cuanto antes, en efectivo y en dólares estadounidenses, pues es de lo que dispongo —dice Cambara, sintiéndose estúpida cuando las palabras salen de sus labios.

Kiin y Farxia cruzan fugazmente la mirada antes de fijar sus ojos en Cambara unos instantes, sin decir nada. Es obvio que no piensan compartir con ella sus pensamientos.

—Habla de los gastos a su debido tiempo —reitera Kiin.

Cambara siente que la aprensión se apodera de ella desde el fondo del estómago, al pensar en el gran dispendio que hacen por ella esas mujeres, al imaginar cuánto deben afectarles la vida sus intromisiones en los asuntos de otros. Aun así, parece no

poder separarse de la Cambara dada a complicar las cosas justo cuando todo va bien.

—¿Puedo visitar a Jiijo y al bebé? —pregunta de pronto.

—¿Para qué? —le replica Farxia.

Si Cambara no consigue dar forma al pensamiento que se le cruza por la cabeza, es porque se da cuenta de que decir que tal vez le convenga una reunión sensiblera con Jiijo y el bebé no va a bastar. Si no ha compartido su introspección con nadie es porque Farxia ha desviado la mirada con hostilidad, reduciendo a Cambara a un penoso silencio.

Una vez más, Kiin la rescata de la embarazosa situación.

—Aunque no es aconsejable visitar a Jiijo y su bebé en su escondite, te diré adónde puedes ir sin temor ni preocupación —le dice.

—¿Adónde?

—A la propiedad de tu familia.

Cambara siente que, antes de que siquiera las asimile, las buenas noticias de saber que al menos ya puede ir a la propiedad de su familia sin temor ni preocupación, gracias a Kiin y sus compañeras de la red, traerán consigo una balsámica sensación de haber cumplido con sus metas.

—¿Hay alguien de guardia? —pregunta.

—Dajaal, su sobrino y los hombres de este.

Cambara piensa que, por más lealtad que le debe a Kiin, también está agradecida con otras muchas personas que velan por ella, entre los que cuenta a Bile, pues probablemente él ha alentado a Dajaal a implicarse en la recuperación de la propiedad de su familia. Quién sabe, puede que Bile haya sido incluso un elemento decisivo para que Seamus se comprometiera a echarle una mano. Ella, en cambio, será la responsable de todo lo que va en detrimento del bienestar de la comunidad: poner en peligro a Kiin, Farxia y todas las demás mujeres; exponer a Dajaal, Qasiir, su sobrino, y sus adláteres a posibles peligros. Sólo reza para que nada terrible le ocurra a toda esta buena gente.

—¿Sabes cómo está Bile? —pregunta Cambara a Farxia.

—Ha estado pesaroso desde que Raasta se marchó —dice Farxia—. A solas con su melancolía, cae con frecuencia en sensaciones de depresión profunda, negándose a aceptar que las cosas son como son.

Cambara guarda silencio y su espalda se vence en un gesto de agotamiento.

Veintitrés

Cambara se despierta temprano a la mañana siguiente con un ruido que le resulta familiar por el sueño que ha tenido antes de que amanezca, un sueño donde predominaba el clamor de varias personas comiendo ruidosamente. Ahora, después de arriesgarse a echar otra breve cabezada, oye el entrechocar de cuchillos y tenedores, la cacofonía estridente de cubiertos y, de fondo, el ruido de platos y demás loza al lavarlos y apilarlos en caótico desorden.

En su sueño, Cambara ha preparado una cena especial: cócteles de gambas, una bandeja de marisco, donde hay berberechos frescos aliñados con limón y salsa picante, calamares fritos en mantequilla y condimentados con ajo y especias, y un plato de lenguado al limón con arroz y verduras. Hay tres personas más: Wardi, que ocupa la cabecera de una mesa donde bien pueden haber veinte comensales; Dalmar, sentado tan cerca de ella que sus cuerpos se tocan, y Arda, en la otra punta de la mesa. Apenas conversan y lo poco que hablan suena forzado: se nota que Dalmar y Arda mantienen viva la charla aunque sólo sea porque no soportan el silencio, pesado como una losa. Wardi disfruta haciendo comentarios envenenados, destinados no tanto a molestarla a ella como a insultarlos a los tres. Al mirar a Cambara, sus ojos sólo muestran desprecio; al mirar a Arda, mero desafío, y al mirar a Dalmar, una mezcla de traición y menosprecio. Visiblemente enojada, Cambara sólo desea que esa farsa de cena familiar termine. Entretanto le muestra a Wardi los puños apretados, jurando golpearle en cuanto Arda se vaya, Dalmar esté dormido en su cuarto y se queden a solas los dos.

Cambara no sólo se niega a poner buena cara y a entablar una conversación vana con su madre o su hijo sino que además ni siquiera toca su comida favorita, la primera vez que recuerda que le ocurra. Por el contrario, Wardi no abandona su cháchara nerviosa, cuenta tan fresco un chiste de mal gusto sobre media docena de italianos de un pueblo perdido de Sicilia que, al compartir una casa en la periferia de Milán, contratan los servicios de una prostituta. Arda lo llama al decoro, pero Wardi hace caso omiso de sus ruegos y, cuando se dispone a seguir contando la historieta, Arda habla con voz firme y sin guardar las formas.

—Basta ya. Se acabó contar esas cosas en presencia de Dalmar.

Wardi se vuelve hacia su suegra y hace además de desafiarla, pero apenas articula la primera sílaba sus labios empiezan a moverse sin ruido alguno, como los de un pez mordiendo el anzuelo, y sus ojos se dilatan hasta poco menos que salirse de las cuencas, se le cae la mandíbula y empieza a echar espumarajos por la boca. Todo apunta a que Wardi sufre un ataque, un acceso de epilepsia. Deja de respirar completamente y los músculos se ponen rígidos, duros como el respaldo de la silla

que ocupa. Arda lo mira y luego mira a Cambara, que se limita a asentir con la cabeza. A continuación, con una gran sonrisa cómplice iluminándole la cara, Dalmar hace la señal de la victoria.

—Mami, te quiero, te quiero pase lo que pase —le dice a Cambara.

Cuando Dalmar se levanta a abrazar a su madre, atrayéndola hacia sí, y luego a su abuela, resoplando con la fuerza que anuncia el llanto, un llanto teatral hasta el punto de parecer ensayado, Wardi se cae de la silla. Nadie se mueve, nadie dice nada durante largo rato, el silencio se propaga contagiosamente, a tal punto que ni siquiera Dalmar se atreve a romperlo. Dalmar es el primero en moverse, cambia su postura con el sigilo de quien sabe de otras presencias a las que debe respeto.

—¿Qué hacemos ahora? —dice Dalmar.

Cambara le toma la mano, como consolándole.

—¿Cómo te lo explicas? —le pregunta Arda a Cambara.

—Alergia.

Cambara empieza a dar grandes bocados a la comida por primera vez y anima a su hijo y a su madre a seguir comiendo.

—No tenía ni idea de que fuera alérgico al pescado —dice Arda.

Cambara no concede ni una sola mirada al lugar donde Wardi yace en el suelo, cobrando una rigidez cadavérica, tal es el odio que siente por él.

—Ha muerto sin saber que era alérgico al pescado, el muy estúpido.

—¿Cómo lo supiste? —pregunta Arda.

—Tengo mis métodos.

El remordimiento hace a Dalmar levantarse de la silla. Se agacha junto a Wardi y le toma el pulso.

—No late el corazón. Mamá, se ha quedado frío. Y mira su cuerpo: amarillo, como si no tuviera sangre.

—Dalmar está bien. ¿Qué hacemos ahora? —pregunta Arda.

Cambara, con una sonrisa contenida que le afina los labios y le tensa la cara, saca el teléfono móvil y marca un número.

—Susannah —le dice a la mujer al otro lado de la línea—, pasa a recoger a tu Wardi. Está en el suelo, con un ataque que parece fatal, y no sabemos qué hacer.

—En un minuto estoy ahí —dice la voz.

Cambara se dirige entonces a Arda y Dalmar.

—Bueno. Ya está.

Dalmar camina hasta donde yace el cadáver de Wardi, encogido en el suelo, y le da una patada, dos, tres, en rápida sucesión. Furiosa, Cambara le reprende.

—Debes tratar su cadáver con respecto. Es tu padre.

—Sí, pero él me pegaba, ¿o es que no te acuerdas? —contesta él.

Cambara aguanta el reproche de Arda:

—Es culpa tuya —le dice—. Todo. Las malas formas de Dalmar. Los maltratos que Wardi nos daba a todos.

Suena el timbre. Cambara se levanta y recobra la compostura.

—Es Susannah —dice, yendo hacia la puerta— que viene a recoger a su amado muerto.

Al abrir, el sol la deslumbra. Susannah no está, Cambara se vuelve a decir algo a Dalmar y Arda, pero tampoco están.

Cambara parpadea, ahuyentando ese sueño.

Se despierta en su habitación del Hotel Maanta, en Mogadiscio, empapada de sudor tras lo que ha hecho: matar por odio, por venganza. Angustiada, respira hondo, observa la habitación y, sumiéndose en un estado de somnolencia perpleja, se pregunta si un sueño como el que acaba de tener la habrá redimido de su deseo de cometer asesinato.

* * *

Media hora más tarde, al ver aparecer a Gacal y Pelo Sedoso enzarzados en una discusión amistosa, se afianza en su propósito de formar una familia para sustituir el núcleo disfuncional que acabó con su sueño. Los observa desde un lugar privilegiado, sentada en la cafetería, donde está tomando el primer plato del desayuno: dos rodajas de mango y café en abundancia. Con la mano libre hojea el texto de su obra, de la que quiere darle luego una copia a Gacal. No conoce lo suficiente a Pelo Sedoso, que todavía no le ha contado su historia. Hay tiempo también para tener noticias de Raxma, que está dando lo mejor de sí investigando, sondeando, recabando información. No hay prisa. Aun así, no cree que Pelo Sedoso sea un gran lector, probablemente nunca haya ido a una escuela.

—Ya veremos —dice Cambara para sí, pero en voz alta.

Observándolos con su mirada miope, sintiendo el corazón saltándole en el pecho y la respiración trabajosa, se incorpora, ansiosa por recibirlos. Poco le falta para llamarlos a gritos por sus nombres, pero aguarda, levantándose un poco del asiento, sosteniendo la taza de café cerca de la barbilla, aunque un poco inclinada y a punto de verterse. Piensa que Pelo Sedoso y Gacal serán el núcleo de la familia alternativa que quiere formar y con la que tal vez consiga reemplazar la que murió con Dalmar. Lágrimas de emoción le anegan los ojos al recordar los momentos maravillosos que pasó queriendo, criando, enseñando, protegiendo a Dalmar. Al volver sobre la cuestión, ahora sería capaz de admitir que aprendió tanto de Dalmar como él de ella. Y lo que es más, gracias a su trato con Gacal y Pelo Sedoso, Cambara está aprendiendo muchas cosas sobre sí misma, que son de gran ayuda para volver a evaluar su papel de madre tras haber perdido un hijo.

Los ánimos de Cambara se alzan con los vientos del optimismo, deslizándose de júbilo al imaginar el modo de alcanzar a la larga una de sus metas fundamentales: reparar algunos de los males a los que las sociedades patriarcales (en su caso, encarnadas en Wardi) han sometido a las mujeres durante siglos y siglos, gracias a la intervención de la Red de Mujeres, con Kiin a la cabeza, guiándola con decisión a logros que generen acciones. Duda si su buena voluntad y su fuerza interior podrían

llegar a hacer que se compungiera un Wardi de la misma manera en que harían que se compungieran los Dajaals, los Seamus y los Biles de este mundo. Le da la impresión de que ellos son hombres que se han dejado de mentiras y de perder el tiempo para empezar a afinar su conducta. ¿Será porque son hombres reconstruidos, capaces de expresar su lado humano de un modo que beneficia a todos? No, Wardi no: en él no hay un ápice de humanidad.

Pelo Sedoso, el primero en verla, le da un codazo a Gacal y, señalando a Cambara con un movimiento apenas visible de la cabeza, va hacia ella con la tosquedad de alguien poco dado a contener sus impulsos. Gacal, en cambio, se limita a quedarse donde está y saludarla con la mano. Cambara se pregunta si espera a que lo invite a acercarse o si está molesto por el modo en que ella lo echó de la habitación la noche anterior. Concluye que el hecho de quedarse atrás no significa que sea distante: desde donde está percibe el temblor de una sonrisa formándose en la cara del niño.

Entonces vuelve su atención hacia Pelo Sedoso, que se lanza hacia ella con la velocidad de un jugador de tenis deseoso de continuar con el juego. Se planta a su lado antes de que ella haya decidido qué va a decirle, pero ¿qué se supone que tiene que hacer, qué tiene que decir? ¿Abrir los brazos para darle un abrazo? ¿Preguntarle qué ha hecho desde que se vieron por última vez? El muchacho da un paso atrás, clava la vista en el desayuno de Cambara, mientras la nuez de Adán sube y baja en su cuello al tragar saliva, así que lo invita a pedir algo de comer. Al ver a Pelo Sedoso sentado y sirviéndose uno de los trozos de mango, Cambara llama a Gacal para que vaya. El chico se mete en el espacio desocupado que queda entre ella y Pelo Sedoso y se inclina hacia delante, como para recibir un beso. Cambara le da una palmadita en el muslo y le ofrece la otra rodaja de mango. Como un niño de su edad bien educado, se comporta como si acabara de comer y no le preocupase la siguiente comida.

—Gracias —dice—. Ya hemos desayunado.

Con las mejillas manchadas de mango y la barbilla chorreante con el jugo amarillo de la fruta madura, Pelo Sedoso cede a la gula: apresa la rodaja restante sin que Cambara le dé permiso y se lanza sobre ella con idéntico entusiasmo.

—¿Qué habéis tomado? —pregunta Cambara a Gacal.

—Gachas —contesta él.

—¿Qué tal estaban?

—Llenan.

—Y bien, ¿qué tal vuestra primera noche?

Gacal y Pelo Sedoso hablan al unísono, si bien la elección de sus palabras señala a Cambara sus distintas actitudes. Gacal dice que «pasable», en contraste con Pelo Sedoso, que describe su experiencia diciendo: «Por ahora, todo ha sido estupendo». Cambara cree que a esa hora del día es demasiado pronto para llegar a una conclusión sobre el carácter de cada uno, pero guarda esas observaciones en la memoria de cara al futuro.

Chasquea los dedos y el camarero se toma su tiempo, con actitud de visible

desgana, tal vez porque no le hace gracia servir a los dos chicos. Al llegar le sonrío, ladeando ligeramente la cabeza, pero al dirigirse a ellos su expresión delata una hostilidad distinta, su mirada se endurece, elige un registro áspero y mordaz.

Visiblemente ofendido, Gacal mira al camarero y luego a Cambara, aunque sea para dejar claro que tendrá la delicadeza de compartir su frustración con ella en un silencio sumiso, sin reaccionar. No es que Pelo Sedoso no se dé cuenta de lo que ocurre, pero no duda en vaciar su rostro de cualquier expresión que pueda dar lugar a interpretaciones, antes de pedir el desayuno: un vaso grande de zumo de naranja, hígado e injera. Es uno de esos chicos —«otra boca más que alimentar»— que sabe lo que es matar para comer. Gacal no quiere «nada de momento» y bien podría añadir «por parte de este camarero».

—¿Qué hicisteis anoche? —les pregunta Cambara.

Pelo Sedoso se lleva el dedo índice cerca de los labios, en la actitud de quien se avergüenza de hablar de algo, y rehúye su mirada. Cambara no puede evitar suponer que los chicos fueron a algún sitio o hicieron algo de lo que a la luz del día Pelo Sedoso no se enorgullece. En cambio, al tratar de descifrar la expresión de Gacal, este se muestra desafiante, sosteniéndole la mirada, como si la retara a fijarse en él.

—¿Fuisteis a algún sitio anoche?

—Fuimos a ver una película —dice Gacal.

—¿Qué película? ¿Adónde?

Gacal explica que fueron a un antiguo edificio estatal, el que fuera el Ministerio de Asuntos Exteriores, donde hay una sala con una pantalla en cada extremo y se proyectan vídeos. Pelo Sedoso vio una película hindi doblada al somalí en una de ellas, luego una coreana de kung-fu, también en somalí, aunque con un doblaje pésimo y barato, hecho de cualquier manera.

—Yo vi otra clase de película, en la otra pantalla —continúa Gacal.

—¿Y te gustó?

—Mucho.

—¿Cómo se llamaba la película que viste?

—No me acuerdo.

—¿De qué iba?

Pelo Sedoso parece tranquilizarse en cuanto el camarero le pone delante el desayuno, y lo despacha enseguida, no por hambre, cree Cambara, sino más bien porque no está acostumbrado a ese tipo de comida. A diferencia de Gacal, no se comporta con remilgos delante de ella, lo que la lleva a concluir que Gacal sabe más de lo que parece.

—Estoy esperando —Cambara le insiste a Gacal para que hable.

Gacal prolonga su curiosidad, alejando sutilmente la pregunta para la que no ha dado respuesta, como si fuera un cebo, hacia su disgusto y desaprobación a los sorbidos, los chasquidos y los ruidos que hace Pelo Sedoso con cada bocado, pero ella no piensa morder el anzuelo.

—Dime qué viste. Estoy esperando —dice Cambara.

Gacal, con mirada furtiva, no contesta.

Entre bocado y bocado, tan ruidoso como siempre, Pelo Sedoso no pierde el tiempo para ofrecerse voluntario.

—Bueno, como él no lo dice lo digo yo. Vio una película de sexo.

Cambara le lanza una mirada de reproche, como acusándolo de robar el protagonismo que por derecho merece Gacal. Tal vez porque es actriz, Cambara tiene debilidad por las personas capaces de crear un tempo al fraguar o contar una historia. Gacal domina perfectamente esa habilidad y ella ha disfrutado escuchándolo, viéndolo actuar. No soportaba que cuando contaba un cuento, Wardi interfiriese en su manera de relatar, aguándole la historia.

—¿Y te gustó? —le pregunta a Gacal.

—Sí.

Cambara guarda silencio, su cara se tensa al preguntarse cómo hubiera reaccionado si su hijo Dalmar se hubiera escabullido por la noche a ver una película X y le hubiera dicho sin pestañear siquiera que le había gustado. No importa, dice. Sabe lo que habría hecho Wardi: le habría dado una buena paliza y luego la habría culpado a ella por ser demasiado permisiva, porque a su entender no era modo de criar a un niño somalí en Norteamérica. ¿Acaso la afición de Gacal por esa clase de películas, que probablemente ha adquirido aquí, acabará afectando la relación entre los dos, a juzgar por su reacción impasible? Demasiado difícil de predecir, habrá que ver.

Entonces una parte de ella se estremece con emoción renovada. Se agita en su asiento con unas ansias incontenibles de descubrir si Gacal querrá leer su obra y le gustará. Hará la prueba en el momento apropiado, a solas con él en la habitación, sin la presencia de Pelo Sedoso, que por lo que ha visto le parece un chico competitivo, capaz de sacar la furia con que colma unos celos injustificados. ¿Se precipita al creer que merece la pena su apuesta por conocer a Gacal y ver si tiene lo que hace falta para participar en la obra?

Cree que lo mejor será actuar con mucha cautela de ahora en adelante, habida cuenta de los indicios de tensión que hay entre los dos chicos, que desde luego cabe atribuir a que son conscientes de que su interés por ellos ha nacido casi a la misma vez. Que ninguno de los dos sea de su propia sangre complica la cuestión, porque quizá los dos crean que han de competir para ganarse su confianza, su afecto. Además, no debe olvidar que una cosa es lidiar con los hijos propios, a los que una madre puede hablar como le plazca, contando con que comparte con el hijo un fondo de perdón mutuo, y otra muy distinta es tratar con jóvenes que no son tuyos, chicos que llegan con su propio bagaje y traen consigo su propia historia. Recuerda cuántas veces discutía con Dalmar y aun así siempre estaban unidos. Con estos dos muchachos no será igual, de eso está segura.

Justo antes de que el camarero vuelva a retirar los platos del desayuno, Cambara

llama a Kiin para pedirle un nuevo favor: que alguien acompañe a uno de «sus» chicos, que no tiene zapatos y le ayude a comprarse unas chanclas. Al cabo de un minuto, el camarero acude a informarle de que Kiin le ha pedido que recoja el dinero y a uno de «sus» chicos y vaya con él al mercado principal.

—¿Cuánto cuestan?

El camarero menciona una suma de algunos miles en moneda local. Cambara no se molesta en averiguar cuánto es en dólares, suponiendo que a lo sumo serán dos o tres. Le pide un bolígrafo al camarero y escribe una nota al subdirector del hotel autorizándolo a entregar dicha suma, más un par de miles, por si acaso, al portador.

El camarero le dice a Pelo Sedoso que lo espere a la salida; entusiasmado, el chico obedece de mil amores. A solas con Gacal, Cambara se pone nerviosa sin saber muy bien por qué. Quizá porque le oculta que, mientras a él le muestra su cara más dulce, a sus espaldas le ha pedido a Raxma que investigue cómo es, dónde está, cuál es su historia, quiénes pueden ser sus padres, preguntas que acaso no tengan una respuesta inmediata.

Para reconciliarse con él, lo lleva a su habitación.

Allí le da un refresco de la pequeña nevera del cuarto, una variedad de coca-cola fabricada en Arabia e importada a Mogadiscio, nada barata. Al parecer es una versión mucho más dulce y estimulante que la bebida estadounidense original. Está segura de que, cuando vuelva de comprar las chanclas, Pelo Sedoso querrá tomarse una también en cuanto se entere.

Cambara, que no tiene debilidad por lo dulce, toma pequeños sorbos de una botella de agua mineral, haciéndola durar. Se sienta en una alfombra en el suelo y, al ver que Gacal la mira como un hombre joven mira a una mujer que le gusta, siente de nuevo que una inquietud le recorre el cuerpo, recordando lo que ha dicho, que disfrutó viendo la película X. No hay modo de conocer sus intenciones, así que debe ir con cuidado. Para poner distancia entre los dos, le señala un sofá. Ninguno dice nada hasta que parece que logran relajarse en presencia del otro.

—Por cierto —dice Cambara—, ¿leíste el librito que había a tu lado cuando te quedaste dormido ayer? ¿Sabes al que me refiero?

—¿Se titulaba *Vuela, águila, vuela*, verdad?

—Exacto.

—Sí —dice él—, lo leí.

—¿Qué te pareció?

—Me gustó —dice Gacal—. Lo leí un par de veces y, mientras lo leía por tercera vez, hacia la mitad, debí de quedarme dormido.

Tentada de darle la obra de teatro que ha escrito basándose en el libro, dejarlo a solas para que la lea y luego intercambiar impresiones, Cambara siente cierta incomodidad, como si en la misma medida dudara de la conveniencia de hacerlo. No está segura de que el chico tenga la presencia de ánimo para una lectura en solitario sin la ayuda que podría prestarle, así que se queda junto a él. Claro que, aunque sabe

que el chico no ha podido ver ninguna obra desde que llegó a Mogadiscio, donde se exaltan las armas y la cultura no goza de prestigio alguno, supone que en Duluth tuvo que ver o participar en alguna representación. Cabe imaginar que conoce los rudimentos de la interpretación, por haber visto películas de una u otra clase, estadounidenses antes de vivir aquí, o indias, coreanas o egipcias desde su llegada, en las que siempre hay algo de diálogo. Sencillamente debería darle el condenado texto y ver cómo reacciona. ¡Basta de titubeos, mujer!

—Toma —le dice, dándole el texto paralelo, en inglés y somalí, impreso a doble espacio y elegantemente encuadernado.

—¿Qué es? —pregunta Gacal, sopesándolo, como si así fuese a determinar su valor.

—Ábrelo y verás.

El chico lo abre y lee el título en somalí, primero para sí, con la cautela de quien se sabe examinado y no quiere cometer un error precipitado. Luego lee el título por segunda vez, palabra por palabra y con porte formidable, acaso porque se ha dado cuenta de la clase de texto que tiene entre manos: *Gallayrro iyo Doorro*, «Águilas entre gallinas». Al pasar la página parece fascinado, como si se encontrara con una persona que le cae bien; Cambara supone que el texto lo invita a leer, pues se lo ve entusiasmado. Un instante después se enfrasca tanto en la lectura que, sin darse cuenta, vuelca la botella de coca-cola y la derrama. Disculpándose, se levanta para ayudar a limpiar la mancha, pero Cambara le dice que ella se ocupa y usa un trapo viejo que encuentra entre las cosas descartadas. Cuando se arrodilla en la alfombra del suelo, observa cómo la concentración se apodera del chico, haciéndolo parecer mayor de su edad, con toda su atención puesta en lo que está leyendo, sin mover un solo músculo a pesar de su respiración jadeante.

Cambara compara la fuerza de carácter terrena que atribuye a Gacal al barro: compacta cuando se la humedece y aun así maleable; blanda y aun así susceptible a endurecerse, si se la deja. Por supuesto que todavía le queda la duda de qué va a parecerle el texto cuando lo lea. Si le gusta, ¿qué será lo que le atraiga de la historia? Tiene razones para albergar optimismo con Gacal, que desde la muerte de su padre ha vivido como un ratón enjaulado. Y qué vida la suya, obligado a sufrir la violencia, teniendo que lidiar con la maldad de otras personas, muchas de ellas desconocidas y sin vínculo alguno con él. ¿Tendrá la capacidad de liberarse, aun con toda la ayuda de Cambara? Ella no puede menos que asombrarse ante la sospecha de lo que es capaz, viéndolo actuar como un adulto, maduro... y responsable.

Pero ¿sabe qué clase de relación plantear entre ellos dos? No debe precipitarse, ni cargar con más de lo que pueda sobrellevar. Piensa que Arda, su madre, con sus acostumbrados reproches provocadores, la acusará de querer «compensar» la «mala compra» que hizo con alguien tan poco apropiado como Wardi, que canjeó sus sentimientos por unos papeles para residir en Canadá, los gastos de los cursos de reciclaje en la universidad para conseguir un empleo a cambio de su amor. Las

insensateces de Cambara en el pasado... Esa vez debe intentar ser más prudente.

Al volverse, observa a Gacal leyendo y pasando las páginas con embeleso. Le recuerda a Dalmar, de quien esperaba hacer un lector entusiasta, que aprendiera muchas lenguas y las cosas útiles de la vida, un chico diametralmente opuesto a Wardi, que a menudo alardeaba de no haber abierto un libro desde que pasó los exámenes de la universidad. El muy idiota decía que leer un informe de cuatro páginas para un caso era tedioso, pero era incapaz de cambiar una bombilla, clavar un clavo o arreglar el mecanismo de la cisterna del inodoro. Gacal no ha salido tan mal parado, decide Cambara, para ser un niño en la desventurada situación en que lo ha encontrado.

—Ya está —dice.

—¿Lo has disfrutado tanto como la película que viste anoche? —pregunta Cambara.

—Esto lo he disfrutado mucho más.

—Cuéntame, vamos.

—Pero dime, ¿para qué es? —pregunta él.

—¿Para qué crees tú?

—¿Te gustaría que actuara en la obra? Me gustaría ser una de las águilas —contesta el chico.

—¿Cuál?

—La joven —dice Gacal—. Sería divertido, como hacer una película. Me gustaría mucho estar en la obra, como actor. Puedo hacerlo. Es fácil.

Antes de que le dé tiempo a reaccionar al desahogo de las emociones de Gacal, suena el teléfono y el subdirector del hotel le informa de que un hombre quiere hablar con ella.

—¿Cómo se llama?

—Dajaal.

—Pásamelo, por favor.

—Soy Dajaal —dice una profunda voz masculina al otro lado de la línea—. Estoy en la recepción y, si tiene un momento, me gustaría que bajara.

Cambara espera a que le dé una razón o le diga si ha venido con Seamus o Bile, pero no lo hace, simplemente cuelga.

Sin saber por qué, sorprendentemente Cambara encaja el comportamiento de Dajaal con muy buenos ojos, por pensar que alguien que economiza así las palabras no merece menos que respeto. Se levanta, dispuesta a bajar a su encuentro. Le dice a Gacal que se dé prisa también y, en un momento, están en la recepción.

—Vamos —le dice Dajaal.

—¿Adónde? —él no contesta de inmediato—. ¿Adónde, Dajaal?

—Primero vamos a la propiedad de su familia —dice él.

—¿Para qué?

—Ha habido un cambio de planes.

—¿A qué te refieres con «un cambio de planes»?

—Seamus está en la casa con un par de carpinteros, un electricista y varios trabajadores más. Me ha pedido que la lleve allí. Yo sólo soy el mensajero, hago lo que me ha pedido.

Cambara recuerda que ha quedado en verse con Seamus para hablar del tallado de las máscaras diseñadas por ella. Ahora resulta que Seamus se ha interesado por la propiedad de su familia y está tratando de arreglarla, de hacerla habitable. Cambara se abstiene de hacerle a Dajaal ninguna de las preguntas que le vienen a la cabeza, entre otras cosas sobre cómo pagarle sus servicios y los de los demás, amén de que le confirme que el lugar es seguro. No es el momento.

—¿Puedo llevarme a alguien? —pregunta Cambara en lugar de eso.

—¿Se refiere a este jovencito? —Dajaal señala con socarronería a Gacal.

—Eh, ¿y qué pasa conmigo?

Sorprendida, Cambara ve a Pelo Sedoso, que vuelve de comprarse un par de chanclas de un rosa chillón, interponerse entre Dajaal y Cambara, y empujando con envidia a Gacal a un lado.

—Así que ya has vuelto —dice Cambara, con aire complacido.

—Mira —Pelo Sedoso señala las chanclas—. ¿Te gustan?

—¿Cómo puedes ir con eso? —dice Gacal.

—¿Puede venir también él? —pregunta Cambara a Dajaal.

—¿Quién soy yo para decir que no si usted dice que sí? —contesta él.

Dajaal se comporta con cierto desenfado al unirse de buena gana en las pullas que le rodean, un hombre afable y paternal que desempeña el papel de conciliador entre Gacal y Pelo Sedoso. Va delante de ellos hacia el vehículo, Cambara lo sigue de cerca. Se pregunta si las cosas se están encaminando mejor de lo que hubiera imaginado: dos muchachos, un Dajaal paternal y, por fin, la propiedad de su familia de nuevo en sus manos. Quizá visitar a Bile sea la guinda del día.

—¿Cómo está Bile? —pregunta a Dajaal.

—¿Quiere visitarlo?

—¿Ya está mejor de ánimo?

Sin hablar, Dajaal mira a lo lejos. Tal vez no quiera pronunciarse, ni en un sentido ni en otro. Mientras tanto, abre la puerta del copiloto y le dice al hombre que ocupa el asiento que monte atrás, con los chicos. Dajaal no se molesta en presentar a Cambara. Que el hombre esté blandiendo un revólver y que vaya a compartir el asiento de atrás con Gacal y Pelo Sedoso no casa con los planes que Cambara tiene para ellos, una vida en la que no sean tan vulnerables a la fascinación por las armas, pero, bien mirado, ¿quién es ella para protestar por un pequeño revólver, cuando Pelo Sedoso ha manejado fusiles asalto AK-47 y metralletas?

Dajaal da un rodeo hasta ella y le pone la mano discretamente en un hombro, como si quisiera asegurarle que no hay nada de qué preocuparse y que todo irá bien, ya lo verá.

—Eso espero —dice Cambara. Y se monta en el vehículo junto a él.

Veinticuatro

Dajaal deja atrás el acceso del hotel, enfila a la izquierda por una carretera polvorienta y toma la curva rápido, con la irritación de un hombre que ha recibido un trato injusto. El vehículo se descontrola y poco le falta para chocar con un pedrusco que hay en el carril contrario, pero Dajaal aminora la marcha y sujeta el volante firmemente, hasta que los neumáticos vuelven a agarrarse al suelo y el coche recupera el equilibrio.

Gacal y Pelo Sedoso hablan sin parar, ajenos a todo, y entre bromas y tomaduras de pelo plantean acertijos para que el otro los resuelva. El hombre que va atrás vigila con mirada implacable los alrededores, sin sonreír y sin hablar: alerta, con el arma a punto, como si discerniera un peligro que sólo él es capaz de ver. A Cambara le parece además que Dajaal está incómodo a su lado: es la primera vez desde que lo conoce que ve una expresión tan avinagrada en su rostro. ¿Ha hecho algo ofensivo? ¿Le habrá molestado algo que ha dicho? ¿O será que ella está demasiado susceptible, como de costumbre?

—¿Va todo bien, Dajaal? —le pregunta.

Él asiente sin mirarla, pero no dice nada.

Cambara se resiste a preguntarle al hombre de atrás si espera un ataque sobre el vehículo, no sólo porque no está segura de si su alerta guarda alguna relación con la de Dajaal, sino también porque recuerda que a menudo ha topado con somalíes que, al preguntarles cómo han vivido la guerra civil, abusan de su generosidad relatándole traumas relacionados con el conflicto. Muchos insisten en lo afortunada que ha sido de no haberlo experimentado en carne propia. Ha leído lo suficiente sobre esos hombres y mujeres y ha conocido a bastantes veteranos como para saber que algunos relatan sus penurias como si fuesen medallas que lucir en una reunión de los que han vivido ese mismo infierno; disfrutaban excluyendo a quienes, como ella, no han soportado el dolor físico y psíquico de los enfrentamientos.

El mohín aniñado del hombre y sus gestos, no tan metódicos como cuando era más joven y servía en el ejército, la devuelven a un lenguaje corporal con el que se ha familiarizado desde que conoció a Zaak y Wardi. Se ha cruzado con otros somalíes que han salido de Mogadiscio tras la desintegración del país y que un instante están de excelente humor, son cordiales y charlan con jovialidad, pero acto seguido, cuando se cree que todo marcha bien, hay algo así como un error de sincronización y de repente se ponen intratables. Cuántas veces veía compungida a Wardi cayendo más y más, desbarrando, hasta convertirse en un hombre sin un ápice de energía. Su vida, o lo que quedaba de su vida cuando caía en ese abatimiento, se partía en pedazos ante los ojos de Cambara, mientras lo veía, literalmente, desintegrarse. ¡Qué trágico! Lo

triste es que Wardi sólo la culpaba a ella de su confusión, aunque precisamente ella no había tenido nada que ver. Un individuo sometido a la presión de una guerra civil, tarde o temprano, está condenado a sucumbir al acceso de locura que subyace a la política de los clanes, aunque la mayoría diga que lo que mantiene vivo el fuego del conflicto es la base económica sobre la que se sustenta la lucha armada. Ella misma ha visto a Wardi oscilar entre la lealtad a los principios de la justicia y la fidelidad a su comunidad de sangre. Puede apostarse a que cualquiera que haya vivido los peores años de la guerra en Somalia tiene un semblante tan espantoso como el hombre que va sentado atrás. Wardi no conoce rival en su paranoia injustificada, ¿acaso igual que ese hombre? No así Dajaal. Tiene que preguntarle por qué.

Cree que, por poco que sepa acerca de Dajaal, su carácter se beneficia de la cercanía de Bile y Seamus, una alianza que mantiene a raya la posibilidad del caos continuo, del jaque constante. Cualquiera en la compañía de esos hombres contendría su impulsividad. Una mirada de reojo a Dajaal refuerza su fe, indirectamente, en el lazo que imagina que se estrecha entre ella y Bile gracias a los vínculos que está tendiendo con Dajaal y Seamus.

En el cuarto oscuro de su imaginación, revela la fotografía de una mujer con un rostro similar al suyo y con la que comparte semejanzas significativas. Al parecer esa mujer ocupa el asiento del copiloto, junto a un hombre que responde al nombre de Dajaal; ella tiene la expresión abatida y trata de dilucidar cuánto tardaría en borrarla y sustituirla por una sonrisa, pero ¿será capaz del desafío, no sólo de borrar la pena de sus rasgos sino de además entablar una conversación trivial? Al fin y al cabo, Dajaal ha sido muy complaciente con ella y ha aceptado el temerario reto de salvaguardar la propiedad de su familia, hacia donde ahora la está conduciendo.

—¿Bile ha intervenido en la recuperación de la propiedad? —pregunta—. ¿Hasta dónde lo has involucrado?

—¿En qué sentido? —dice él, con voz inescrutable.

Ella baja la voz, hasta convertirla en poco más que un susurro.

—¿Te ha pedido que tomes cartas en el asunto o la idea partió de ti? Por otra parte, ¿has obligado a tu sobrino a que te ayude a organizar los controles en las calles de acceso y ocuparse de la seguridad?

Sin contestar ninguna de las preguntas, Dajaal reduce la marcha antes de detener el vehículo, sube el freno de mano y pone las luces de emergencia. Se queda muy quieto, aguzando el oído en busca de sonidos extraños que requieran su atención o la del hombre sentado atrás, con el arma a punto. Gacal y Pelo Sedoso guardan silencio, el primero mira hacia atrás, curioso; el segundo se agacha, listo para tumbarse en el suelo del vehículo en cuanto oiga un disparo.

Cambara mira a Dajaal, en busca de una explicación.

—Señora, estamos en uno de los puntos de acceso a la propiedad de su familia, el primero de los tres controles destinados a dominar las entradas y salidas de las calles que llevan hasta allí. Estamos a dos minutos escasos en coche de la vivienda.

Escuche.

Cambara percibe el cambio del ambiente en la tensión que apresa sus entrañas y el silencio se hace más sobrecogedor. De pronto oye el rumor distante de un generador de tamaño medio, algo inusual en esa zona de la ciudad a esta hora del día. Entonces sus ojos detectan, como por accidente, una barrera automática a unos cincuenta metros más adelante, en la carretera polvorienta, junto a la que hay una señal con la palabra *JoOgSo* garabateada como por la mano de un disléxico y, debajo, la palabra «sToP».

Mira alrededor y repara en dónde están. Recorriendo una manzana más, girando a la derecha, desembocarán frente a la entrada de la casa. ¿Tiene sentido trasladar su base de operaciones a la propiedad? Sin duda será menos costoso que las facturas del hotel, pero ¿será un lugar seguro para desarrollar allí su proyecto teatral? Además, si lo que ha oído es un generador y procede de la casa, ¿de quién es? Gradualmente toma conciencia de movimientos decididos tanto dentro como fuera del vehículo. El hombre del asiento trasero sale con el sigilo de una abuela al marcharse de la habitación donde su hija, que acaba de dar a luz, se ha quedado dormida, y cierra la puerta con gesto brioso. Gacal y Pelo Sedoso parecen asustados, no paran de moverse, sin saber qué hacer. Cambara les dice que se queden quietos y ellos obedecen.

Entretanto Dajaal lleva la mano a la guantera y saca un arma de fuego, que guarda para ocultarla a la vista. Observa con estudiada cautela a tres hombres jóvenes, que salen arrastrándose de una guarida camuflada por el follaje, primero recelosos, después saludando con cordialidad. Poco mayores que Gacal o Pelo Sedoso, algunos de ellos se dan el aire de haber participado en una escaramuza entre milicias armadas, acompañando la marcha, lanzando miradas vigilantes en una y otra dirección, las armas a punto y los dedos inquietos. A Cambara le da la impresión de que todo formara parte de la escenificación de una guerra absurda, en la que los soldados lucharán sin saber cuándo acabará.

Al acercarse el joven que lleva pantalones anchos que se le escurren cada dos por tres y una metralleta compacta y maciza que desentona con su cuerpo enjuto y las piernas largas, baja el arma en señal de respeto a Dajaal y lo saluda como hacen los marines estadounidenses que habrá visto en las películas.

—¿Dónde está mi sobrino? —Dajaal le pregunta al chico.

En ese preciso momento, Cambara posa la mirada en un joven retaco de andares horribles, que se acerca pavoneándose como si fuera a repetir la toma en el rodaje de una película en la que actuara frente a Clint Eastwood.

—Aquí me tienes —dice con un acento impostado, acaso para impresionarla—. Todos los frentes en orden, tío. ¿Tú qué tal, estás bien?

—Este es Qasiir, mi sobrino —dice Dajaal.

Qasiir interpreta su número cómico vestido con una gorra de los Yankees de Nueva York y una camiseta blanca con el lema «Abajo los Halcones Negros de

Irak»^[2] en letras negras, debajo de las cuales se ve un águila sin alas con las cuencas de los ojos vacías, espantosamente ciega. Qasiir posa con afectación, pero al darse cuenta de que no impresiona a Cambara, adopta una expresión abochornada y masca con nerviosismo el extremo de una cerilla en la comisura de la boca, a lo Jean-Paul Belmondo.

—¿Alguna otra pregunta? —dice, a todas luces herido.

—¿Todo en orden en todos los frentes? —pregunta Dajaal.

—Por lo que sé, sí.

—Bien —asiente Dajaal.

—*Hasta la vista*^[3] —dice Qasiir echando a andar; poco le falta para darse de bruces con uno de sus compañeros al resbalarse con sus zapatos de plataforma, en dirección a un árbol bajo el que hay una silla de lona, parecida a la de un director de cine, sólo que a esta le falta un reposabrazos.

Cuando por fin llegan a la cancela de la casa de su familia, Cambara advierte a primera vista los cambios que se están llevando a cabo. Se percata de que dentro hay varias actividades en marcha y se esfuerza para discriminarlas dentro de su cabeza y poder identificarlas. Y lo consigue, a pesar del barullo que reina en una casa en reformas donde todo está patas arriba. Se concentra para oír, por encima del estruendo de un generador para obras de envergadura. Dajaal toca el claxon, en clave, y antes de que Cambara pueda decir «Ábrete, sésamo», la cancela, ya sin la herrumbre acumulada durante años, con las bisagras reparadas y una primera capa de pintura reciente, se abre.

Aparecen dos jóvenes, que al verlos empiezan a deshacerse en histriónicas reverencias. Apremian a Dajaal para que meta el coche y se acercan sonrientes a saludar a Cambara. Ve también a un hombre, probablemente un electricista, que sube los travesaños de una escalera apoyada contra el muro con la lentitud de un lisiado saliendo de un profundo pozo. En el patio a cielo abierto hay un par de cisternas, nuevas aunque un poco polvorientas, y otras piezas de mobiliario de baño y aseo a la espera de ser instaladas. En resumen, un mundo, a cuya construcción ella apenas ha contribuido, se está reinventando en ese preciso instante gracias a tantas almas caritativas. Sin embargo, cuando a lo lejos ve a Seamus saliendo de un camión aparcado a un lado de la casa, se pregunta si merece ser ella el catalizador de semejante puesta al día. Se apea del coche y aguarda mientras Seamus se acerca sonriente. Cree que tiene razones para sentirse satisfecho de cómo van las cosas, al igual que las tienen Kiin y Dajaal. En cambio, no sabe si ella dispondrá de los medios para mantener la propiedad a ese nivel, teniendo en cuenta cuánto ha costado poner en marcha el proceso de recuperarla.

Dajaal vuelve al coche, saluda efusivamente a Seamus con la mano y habla con él en somalí de batalla, salpicado por un par de infinitivos en italiano. Luego se dirige a ella.

—Pasaré a buscarla dentro de una hora para llevarla a ver a Bile, si es lo que

quiere —le dice.

—Es lo que quiero. Muchas gracias.

A continuación Dajaal da marcha atrás al vehículo, con tanto estruendo como el albañil que taladra la pared. Seamus aprieta los dientes con irritación hasta que Dajaal sale y el chirrido del coche se extingue.

—Qué horror, qué horror... —le dice entonces a Cambara, dudando si ha entendido bien su comentario, ella sonrío.

Tras detenerse unos instantes a sopesar las cosas en su cabeza, Seamus se dirige a ella en inglés, aunque por alguna razón hoy parece inclinado a dejarse llevar por el italiano. A Cambara le da la impresión de que en cualquier momento fuera a llevarse un habano o una pipa a la boca para fumar. Imagina que el pelo de la cara o la cabeza ganaría con un tono ceniciento, ese atractivo que dan las canas, en rizos que tienen la forma del ajo del Mezzogiorno, semejantes a los de un profesor de una universidad jesuítica de algún lugar donde se toma buen vino, se come todo hervido y se dirigen unos a otros por el apellido, sin títulos.

—Bienvenida a estos pagos, chica —dice Seamus, y se acerca despacio.

—Un gusto verte, donde sea y cuando sea —responde ella.

Al acercarse a saludarlo como se saludan los amigos, con tres besos en las mejillas, detecta el olor a sudor: Cambara supone que desde el día anterior sólo habrá podido asearse de mala manera, porque la casa todavía no está conectada al acueducto de la ciudad ni dispone de otro sistema de agua corriente. No puede evitar comparar su olor al de Zaak y decidir que ese no le molesta en lo más mínimo, porque Seamus ha estado trabajando duro y Zaak, en cambio, es un vago cretino. Ha besado a Seamus, aunque le duele el cosquilleo que siente; ha tenido que mostrar compostura, a pesar de la tentación de soltar una risita... ¿No se está comportando como una niña? Decide preguntar lo primero que le viene a la cabeza.

—¿Cómo está Bile? —dice.

—A veces no discierne el día de la noche —contesta Seamus.

—¿Cuánto lleva así?

—Dos días ya, le va y le viene.

—¿Tan mal está? —se pregunta ella en voz alta.

—Podría ser peor —dice Seamus—. Espero que podamos hacer algo para que no siga deteriorándose.

—¿Podamos? ¿A quiénes te refieres? —pregunta ella.

—A ti, a mí, a todos los que estamos a su alrededor.

Para no cruzarse con sus ojos, Cambara aparta la vista.

—Sobre todo a Dajaal —añade Seamus.

Entonces se disculpa por haber cambiado el día de su reunión.

—En cierto sentido, las cosas estaban tan fuera de sí que busqué consuelo en el trabajo. Vine y me quedé en una de las habitaciones, durmiendo en una estera. No soportaba la idea de estar en el apartamento y, de todos modos, era más de la una de

la madrugada cuando me tomé un descanso.

—Qué formidable entrega —dice ella.

Sus miradas se encuentran y Cambara ahonda en los ojos de Seamus, a escasa distancia; la oscuridad de sus pupilas, en el instante de ocultarse a la vista, la sobresalta. He aquí un hombre, piensa, que podría usar sus poderes chamánicos para hacer el bien, si lo quisiera.

—Hay mucho por hacer —le asegura él.

Cambara observa a su alrededor y asiente.

—Pero, ahora que has puesto los cimientos del trabajo —dice—, que era lo más perentorio, estoy segura de que el resto será mucho más fácil.

Un hombre, probablemente fontanero, pasa junto a ellos, seguido de un joven aprendiz; cada uno levanta una cisterna y desaparecen en las entrañas de la casa sin intercambiar palabra con ellos.

—¿Un café? —ofrece Seamus.

Antes de contestar, Cambara se detiene unos instantes a averiguar dónde andan los dos chicos a su cargo y qué hacen. Enseguida los localiza, están allí cerca: Pelo Sedoso charlando y mezclándose con los milicianos armados que vigilan la entrada; Gacal al pie de la escalera de mano, echándole una mano al electricista, al que le pasa herramientas, y bromeando con otro hombre que arranca bobinas de cable de las cajas.

—Me encantaría, gracias —dice al fin.

Seamus se disculpa y va directo hacia dos de los milicianos, que han dado la vuelta a un lavamanos de cerámica para sentarse encima, mientras charlan entusiasmados con Pelo Sedoso. Cambara oye a Seamus darles una orden en somalí: *Kac*, «En pie», pronunciando a la perfección el sonido gutural de la palabra. Los jóvenes se levantan inmediatamente, pero, como suele ser costumbre entre los somalíes, no admiten haber hecho nada malo y se justifican diciendo que ambos pesan tan poco que no pueden romper el lavabo por sentarse encima. Seamus los amonesta con el dedo y, antes de marcharse, les advierte de nuevo: *Maya, maya*, repite, «No, no».

Hace una seña a Cambara para que lo siga al vestíbulo, convertido ahora en taller. Rodea una mesa de trabajo llena de papeles esparcidos, donde tal vez ha hecho sus anotaciones. Se sienta, con las herramientas y algunas de las máscaras que ha tallado desde su último encuentro al alcance de la mano. A la derecha de la mesa, en la superficie libre, hay un termo y dos tacitas. En un rincón detrás de la mesa hay una cafetera exprés y, al lado, varias botellas grandes de agua mineral; a espaldas de Seamus se ve también una pequeña nevera.

—Son tan zafios estos milicianos —comenta.

Luego sigue rumiando en silencio y prepara el café. Desde el primer momento Cambara se prenda de la belleza de las máscaras, pensadas unas para cubrir el rostro y otras toda la cabeza, que Seamus ha tallado para su obra a semejanza de águilas y

gallinas, tan logradas que parecen reales. Las máscaras devienen la proyección material de su nuevo progreso y tan embelesada está que no se atreve a apartar la mirada de ellas. No hay nadie más feliz que Cambara, con los sentimientos a flor de piel, levantando en este instante una máscara de madera selecta, bien terminada, en la efigie de un águila joven, tan cerca de su cara que puede besar su belleza, después levanta otra, esculpida a semejanza de un águila madre y después la de un polluelo que cacarea inquieto.

—¿Quieres algo con el café?

—Un vaso de agua, por favor —dice Cambara. Se sienta y, al volverse, alarga los brazos para recibir el café que con una mano y el agua con la otra.

Vuelve a concentrar su atención en las máscaras.

—Es increíble, son una preciosidad —dice.

—Aún no las he terminado.

—Me encanta lo que veo.

—Eres muy amable.

Cambara se dice que han sucedido muchas cosas desde su primera visita a esa casa, a la que llegó sin anunciarse bajo una envoltura que la cubría de pies a cabeza, desde la visita en la que conoció a Jijjo y decidió que se ganaría su confianza astutamente antes de entrar a matar, por así decirlo. El esfuerzo ha merecido la pena.

—Háblame de Dajaal —le pide a Seamus.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué está molesto?

Seamus se mesa la barba crecida, al tiempo que hace ademán de morderse un par de hebras del pelo próximo a la comisura derecha de la boca.

—Se guarda muchas cosas dentro. Dajaal ha estado en vilo desde que terminó su misión, que entre otras tareas incluía recuperar tu propiedad. Cuando le insistí, admitió su disgusto y está muy molesto porque me haya involucrado en la talla de máscaras que representan águilas y gallinas —dice Seamus—. No aprueba lo que estamos haciendo.

—¿A qué lo atribuyes? —pregunta Cambara.

—Que yo sepa, nunca ha demostrado ser un hombre religioso, así que no sabía que se tomase la devoción tan a rajatabla —dice Seamus.

Cambara frunce el ceño.

—Me gustaría saber —dice— si lo que ha irritado a Dajaal es verte tallando las máscaras o está poniendo el grito en el cielo por otras cuestiones. No me queda claro qué prohíbe el Islam exactamente y qué no.

—Prohíbe crear representaciones de las criaturas vivientes de Alá —explica Seamus—. Sabrás que la palabra árabe *sawara*, empleada para «la creación de imágenes», es la misma que se emplea hoy para referirse a la fotografía.

Ella se detiene a sopesar estas observaciones y luego lo mira tratando de poner a prueba la certeza de Seamus.

—No irás a decirme que la fotografía está prohibida, ¿verdad? —le pregunta.

Seamus, sonriendo, lee de sus notas y, cauteloso como un septuagenario caminando en suelo resbaladizo, contesta:

—Según el difunto Sheikh Muhammad Bakheet, un muftí del antiguo Egipto, la fotografía no está prohibida porque, dice, «este arte no consiste más que en captar una sombra o un reflejo mediante una técnica especial, similar a la que vemos en los espejos». Lo que no está permitido es «crear una representación que carece de existencia previa», una representación que se construya para competir con la creación de Alá. Las estatuas, las esculturas, sí están prohibidas. A menos que se pretenda utilizarlas como juguete.

Cambara piensa seriamente en lo que acaba de decir Seamus.

—¿Cómo debemos tomarnos la reacción de Dajaal? —pregunta al cabo.

—Ha organizado un grupo de hombres para apuñalar a Gudcur, que pertenece al mismo clan que Bile y él —responde Seamus—. No alcanzo a entender por qué ha decidido actuar de manera tan contradictoria en lo tocante a las máscaras.

—Necesitamos a Dajaal de nuestro lado —dice Cambara.

—Por si te interesa, la hostilidad de Dajaal hacia la idea de que tallara yo las máscaras de águilas y gallinas ha precipitado, en parte, que me traslade aquí del apartamento que comparto con Bile. Y eso ya es decir.

—¿Serviría de algo hablar con Dajaal? —pregunta ella—. ¿Se ha molestado en citar a alguna autoridad para defender la idea de que un musulmán no pueda tallar, por ejemplo, una máscara que represente un águila o un pollo?

—Dudo que conozca a alguna autoridad a la que citar —dice Seamus—. Ni siquiera reza con regularidad.

Ella da un sorbo a su café, frío y amargo.

—Nunca lo he visto decir sus oraciones —continúa Seamus—, ni siquiera una vez en todo el tiempo que hemos pasado juntos, y eso que hemos compartido muchos amaneceres y muchas puestas de sol. Sé que es lo bastante disciplinado como para guardarse sus opiniones acerca de muchos asuntos. Es tan celoso de su privacidad que Bile y yo ni siquiera sabemos lo que hace después del trabajo —una mirada desconsolada le nubla el rostro al añadir—: ¡Y ahora esto!

—No es más que una salida de tono.

Seamus se mira largamente los dedos de la mano, que parecen manchados con Superglue y otros pegamentos. Se aplica un líquido transparente con un olor que recuerda al aceite de linaza y se frota las manos.

—A él debo agradecerle todo esto —dice Cambara, gesticulando con las manos—. No tiene que haber sido fácil conseguir lo que Dajaal ha conseguido. Es un gran estratega, especialmente si ha intervenido en el ataque al reducto de Gudcur, que fue lo que lo hizo salir de la propiedad.

—Ahora que lo pienso —dice Seamus, cuyo rostro se ilumina con las llamas de la memoria—, recuerdo que hace unos días Dajaal estaba fuera de sí, después de

mantener una larga conversación con Bile, a puerta cerrada, por decirlo de algún modo. En todos los años que hace que los conozco a ambos, y los conozco desde hace la tira de tiempo, siempre me han querido al margen de sus discusiones. Luego estuve un día entero sin ver a Dajaal y, cuando volvió a aparecer, no estaba solo: lo acompañaba Kaahin, un antiguo soldado que fue su compañero en el ya desaparecido Ejército Nacional. Mantuvieron otra reunión a puerta cerrada. Entonces supe que se estaba montando una operación secreta que requeriría el alquiler de uno o dos carros de combate y contratar nada menos que a una docena de soldados de élite. Luego me enteré de cuánto iba a costar organizarlo, sólo porque fui yo quien fue a cambiar el dinero para pagar a los hombres, a ninguno de los cuales había visto nunca.

—¿De dónde procedían los fondos?

—De un benefactor de fuera del país. Por lo demás, todo se está manejando en secreto. Sé que Kiin está involucrada de alguna manera. A mí todo me resulta muy confuso.

Cambara sospecha que Arda, con la ayuda de Raxma, ha vuelto a hacer de las suyas, inyectando los fondos a través de algún intermediario. La cabeza le late de dolor, como si el taladro procedente de otra habitación estuviese perforándole el cerebro, reduciéndola a un estado de inutilidad.

—Me apena que todo haya tomado estos derroteros.

—No desesperemos. Habla con Bile. Habla con él de Dajaal.

—Busquemos un modo de implicar a Dajaal en la producción.

—Habla con Bile: él sabrá mejor que yo qué sugerirte.

—¿Crees que pedirle a Bile que hable con él lo convencerá de pasarse a nuestro terreno? ¿O que, si leyera el texto, le gustaría?

—No tengo ni idea.

Se quedan en silencio, ambos incapaces de añadir nada más. Gacal entra a anunciar que Dajaal aguarda a Cambara en el coche y, cuando se reúne con él, ve que el motor está encendido. Sube al vehículo y se pone el cinturón de seguridad, mientras Dajaal da marcha atrás y sale velozmente sin decir palabra.

Veinticinco

Tan pronto Cambara se ha puesto el cinturón de seguridad y se dispone a trabar conversación con Dajaal para hablar de las máscaras de la obra, él saca un teléfono móvil y, tras saludar a un hombre, le dice que va en camino con una invitada y que aguarde al vehículo en la entrada de siempre, él no tendrá tiempo de acompañarla hasta el apartamento.

En ese instante, los ojos inquietos de Cambara se posan en dos objetos con valor religioso, un rosario y la palabra «Alá» en árabe, que cuelgan del espejo retrovisor. Los contempla, como hipnotizada, al principio oscilando entre el desconcierto y la perplejidad, para razonar a continuación con serenidad que es simplista por su parte deducir la inclinación religiosa de Dajaal o la falta de ella a partir de dos artefactos que acaso vinieran con el coche cuando lo importaron del golfo Pérsico, como muchos de los vehículos que transitan por las calles de Mogadiscio. Tampoco hace falta recordarse que ella misma ha llevado la envoltura en forma de velo que se asocia en la mente de los musulmanes a las mujeres más devotas, entre las que precisamente no se cuenta, a pesar de habérselo puesto.

Ni a ella misma ni a su causa conviene abordar el asunto de frente ahora, cuando él parece no tenerle simpatía. Tal vez en unos días sus ánimos se calmen, quizá después de leer el texto, si se presenta la ocasión. Ella hablará con Bile, que a lo mejor se presta a interceder con él. Además, ¿no será que Seamus ha entendido las cosas al revés? Podría interpretarse que Dajaal con su postura simplemente trata de dejarle clara una cuestión teológica a un irlandés, cosa que con ella no hace falta, porque también es musulmana, aunque tienda al laicismo. En cualquier caso, debe hacer lo posible, y sin prejuicios, para acceder a la buena voluntad de Dajaal. Por eso es una insensatez tratar ahora el tema con él, más aún provocar una discusión por las objeciones a que utilice las máscaras. Dajaal merece su sincera gratitud.

Ante la idea de empezar a cantar sus alabanzas, Cambara se da cuenta de que necesitará mucho valor para encontrar las palabras con las que expresar no sólo sus auténticas intenciones sino también sus ambigüedades. Los sentimientos encontrados que la embargan le crispan el rostro y siente que, diga lo que diga, no funcionará, que sean las que sean las frases que halle, sonarán inadecuadas o formales en exceso. Puesto que el silencio no es una alternativa, se decide a hablar, sólo después de que el intento por cruzar su mirada con la de Dajaal fracase.

—Quería darte las gracias por toda la ayuda que me has prestado, Dajaal —dice por fin—. Has puesto tu vida y la vida de otros en riesgo. Gracias.

La respuesta de Dajaal es tan breve como reticente.

—No hay de qué —dice.

Luego calla, poniendo toda su atención en la carretera, con la vista al frente, aunque perciba la mirada penetrante de Cambara. Si ella lo está desafiando con los ojos, tal vez la sonrisa imperceptible que esboza fugazmente sea su manera de contestarle.

—Has puesto las cosas en marcha con resultados admirables, consiguiendo poco menos que un milagro: recuperar la propiedad de mi familia sin que se vertiera una sola gota de sangre. Gracias.

—No hay de qué.

Luego, silencio. El abatimiento hace callar también a Cambara y sólo el débil eco de su voz le resuena en la cabeza. Siente que está en caída libre, la cuerda que la ata al paracaídas se ha enmarañado a tal punto que no se puede abrir. Sumamente vulnerable, la naturaleza impredecible de su locuacidad la sorprende tanto como la horroriza.

Dajaal es el primero en romper el silencio.

—Temo que Seamus haya podido darte informaciones desencaminadas o preocuparte innecesariamente —dice.

—Por favor, explícate —le pide ella.

Dajaal la complace.

—Tal vez Seamus no me ha entendido bien.

Cambara no dice nada: espera.

—No tengo objeciones al uso de las máscaras que vais a hacer en tu obra —continúa él—. Lo único que he dicho es que los miembros de los tribunales islámicos podrían poner reparos a que se empleen imágenes talladas en el teatro y que si eso sucediera tendríamos problemas. Problemas insalvables.

—¿Has visto alguna vez teatro de marionetas?

—Sí.

—No en este país, imagino.

—No. En la antigua Unión Soviética —dice, y añade—: Cuando estudié allí la carrera militar. Una *troupe* de teatro ucraniana actuó para nosotros. También vimos a la compañía del Ballet de Guinea, que actuó años después en Mogadiscio. Tanto aquí como en Odessa, el público que vio el *ballet* quedó impresionado cuando las mujeres actuaron con los pechos descubiertos en el último acto. En Odessa miraban boquiabiertos y pidieron más. Aquí, en Mogadiscio, el público aplaudió, pero entonces los tribunales no suponían una gran amenaza. Siyad Barreh estaba en el poder y no habría tolerado sus objeciones. Ahora es distinto. Los islamistas tienen un peso tremendo y una milicia armada: los dueños de los cines y los productores de televisión cumplen su voluntad cuando prohíben la transmisión de un programa o una emisión.

Cambara recuerda que, durante generaciones, las mujeres en África emplearon sus pechos descubiertos no tanto como una manifestación artística, al estilo del conocido Ballet de Guinea, sino para crear un foro político, en oposición al orden

masculino de la sociedad, que es corrupto, inoperante, retrógrado. Pero no quiere llevar por ahí la conversación, así que la reconduce diciendo:

—¿Sabes de alguien que pueda poner reparos al uso que me propongo hacer de las máscaras de madera? Personalmente, quiero decir.

—No he hablado de la cuestión con nadie, aparte de Seamus —dice Dajaal—, pero sé cómo funcionan aquí las cosas. Sólo hace falta que un islamista radical cite un versículo del Corán con presuntos fundamentos religiosos y te aparecerán multitudes de personas que se creen moralmente superiores con pancartas delante del teatro, formando piquetes y apedreando el edificio o a cualquiera que entre. Seguro que alguno de quienes se proclaman dirigentes musulmanes dictará una *fatwa* contra la cabeza del autor, y un empresario de Mogadiscio con ganas de adquirir popularidad y fama prometerá una recompensa de cientos de dólares estadounidenses al que haga cumplir la sentencia de muerte. Entretanto, el servicio somalí de la BBC entrevistará al dirigente musulmán, al empresario en cuestión y al autor de la obra de marionetas a su programa del viernes por la noche.

Recordando su conversación con Seamus, le pregunta qué haría él si, por alguna razón, alguien objetara el uso de tallas en el atrezo.

—En otras palabras, ¿de qué lado estarías en el caso de que mi vida corriera peligro o si la sala en la que monto la obra es atacada con bombas incendiarias?

Dajaal parece impenetrable a la mirada de Cambara, que vuelve a escrutarlo en ese instante. No sólo es obvio que no es ajeno a Cambara sino que además ella lo incomoda, parece un poco agitado.

—Tendré que pensarlo seriamente.

—Es lo justo.

Ninguno de los dos habla durante un buen rato.

—Tú no dirías que las imágenes van en contra del Islam, ¿verdad?

—Habrá quien sí lo creerá —dice él.

—Pero tú no, ¿verdad?

Al ver que Dajaal no quiere comprometerse siquiera expresando su opinión, una aprensión súbita cala con el sigilo de una marea negra en los rincones más inalcanzables y recónditos de la conciencia de Cambara y se siente desamparada. ¿Por qué no ha considerado la posibilidad de que algo así sucediera? ¿De qué preferiría apartarse, de su arte o de la propiedad familiar que, ya prácticamente recuperada y restaurada, está a su plena disposición? Advierte que Dajaal aminora la marcha y avanza al paso de un cortejo fúnebre, mirando ora por el retrovisor, ora hacia delante, como si buscara a alguien.

—¡Qué dura elección! —dice Cambara con mansedumbre.

—Me hago cargo, sí —dice Dajaal.

Entonces ven aparecer a un anciano de un edificio enorme y ruinoso, que se dirige apresuradamente hacia el vehículo, agitando los brazos. Cuando el hombre se acerca, una sonrisa en señal de que les ha reconocido despliega sus alas por el rostro

arrugado del anciano. Dajaal frena el vehículo y cambia de marcha, aunque sin parar el motor.

—Por favor, acompaña a esta mujer hasta Bile —dice Dajaal al anciano antes de volver a dirigirse a ella—: Llámame al móvil cuando quieras que te recoja y vendré sin dilación.

Da marcha atrás sin saludar y se va.

* * *

Un poco impaciente, al apearse del vehículo, Cambara se toma la molestia de saludar con la mano y dirigir unas palabras de agradecimiento en dirección a Dajaal, aunque sabe que no va a oírlas. Acaso lo haga sólo por mantener las formas ante el anciano, a quien sigue a continuación.

Lo alcanza y caminan en paralelo más allá de una puerta metálica y un espacio desolado, bajando por una escalera hasta llegar a un sótano frío, húmedo y oscuro. Se pregunta dónde están, si será una especie de cueva con paredes llenas de desconchones y un eco inquietante. Atemorizada, permanece junto al anciano mientras dejan atrás charcos de agua de dudosa procedencia. Caminan hacia voces humanas, voces de mujeres que charlan animadamente, de niños que juegan a perseguirse, aunque Cambara no puede precisar si vienen de arriba o de un sótano de más abajo. El anciano cumple diligentemente con el encargo de llevarla hasta Bile y a ella sólo le preocupa no rezagarse en ese lugar, húmedo como el fondo de una fosa recién cavada junto a una ciénaga, de la que sale un hedor tan terrible como el primer aliento de Zaak apenas se levanta.

El anciano se ve obligado a ir más despacio al llegar a una escalera resbaladiza y a agarrarse a la barandilla que hay a uno de los costados, oxidada y viscosa. Ella, con excesiva prudencia, modera su paso para acompasarlo al del hombre y los zapatos pisan sobre la humedad que exudan los peldaños.

—Cuidado —le dice el anciano cuando Cambara tropieza y exhala un suspiro cuando ella se pone de puntillas, agita las manos en el aire y se agarra a la barandilla del costado justo antes de caer. Es un misterio cómo puede el anciano orientarse y además saber lo que a ella le ocurre sin volverse a mirar: parece que tuviera ojos en la nuca.

Es un alivio salir de nuevo a un espacio abierto, un antiguo aparcamiento en el que ahora no hay ningún coche. Suben un tramo corto de escalera, cruzan un patio con una hilera de plantas de flores en macetas y los muros cubiertos de enredaderas, oscuras, verdes y tiernas: las hojas de la fruta de la pasión en pleno esplendor.

Se detienen frente a una puerta metálica; el viejo duda si tocar el timbre, mientras Cambara lee el versículo de la placa clavada en el dintel: «Líbrame de delitos de sangre, Dios de mi salvación». Sin tiempo para decidir a qué texto sagrado pertenece, ve al anciano empujar la puerta, dejarla abierta y marcharse como si huyera del escenario de un crimen.

* * *

Nada más entrar sola al apartamento, un hedor revelador, poco menos que insoportable, golpea a Cambara en la cara, saturándole los sentidos. El olor le retrotrae un recuerdo de su pasado distante, que no cree que haya razón para revivir: un bebé dejándolo todo perdido, ensuciándose la ropa de caca, y ella, la madre del crío, limpiándolo.

Siente el deseo de proteger a Bile, ahora que conoce el origen del olor sin necesidad de dar un paso más. No permitirá que nadie, ni siquiera el anciano, o él menos aún, tenga conocimiento de lo ocurrido, de manera que cierra la puerta. Mientras trata de decidir qué hacer o cómo ocuparse del olor, un pensamiento recalcitrante, perturbador en su significado, le pasa por la cabeza.

Se acerca a Bile, quien, con la mirada ausente, sucio, hace pensar a Cambara en un recio caballo de tiro con las rodillas débiles. Yace sobre un costado, exánime, sin energía para levantarse siquiera, con la mano izquierda bajo la cabeza y la derecha estirada en un puño; lleva los pantalones manchados por delante y por detrás de una sustancia marrón, probablemente sus propias heces; una de las zapatillas se le ha salido, la otra está a medio poner. Tiene la mejilla derecha cubierta de viscosos detritos amarillentos, teñidos sin duda por algún alimento no del todo digerido que su cuerpo probablemente ha rechazado. Por su mirada turbia es evidente que Bile no la reconoce, pero, como si necesitara exonerarlo de toda culpa, Cambara recuerda que cuando se conocieron ella llevaba un velo «foráneo». Ahora ella lleva un caftán y el pelo descubierto; él está en su apartamento, sumido en un estado mental espantoso, apenas capaz de determinar cómo ha podido acabar adornando su ropa con sus secreciones fisiológicas.

Cambara hace lo que tantas veces hizo siendo madre. Primero lo ayuda a incorporarse un poco, concediéndole todo el tiempo del mundo para que se ponga de rodillas, y luego lo ayuda a inclinarse hacia delante contra su cuerpo antes de tirar de él, muy despacio, levantándolo gradualmente hasta conseguir sentarlo en el sofá. No le molesta ni el terrible olor ni el hecho de que la mejilla manchada de vómito y los pantalones sucios de heces se estén frotando contra su cuerpo. Tras dejar a Bile recuperar el aliento, lo hace tumbarse boca arriba en el sofá.

La luz del sol que entra en la vivienda cae sobre los ojos de Bile, pero no reflejan la luz, sólo oscuridad de una noche de dolor. Sin embargo, una sonrisa distante se esboza en su rostro.

Sin tiempo que perder, Cambara recorre el apartamento hasta dar con el cuarto de baño, donde advierte una dejadez poco común: el lavabo atascado de desechos, el asiento del inodoro y el bidé cubiertos de una especie de lodo, el papel sacado del portarrollos, desmadejado y tirado de cualquier manera. Va a la cocina, pone agua en la tetera y enciende el fuego. Mientras el agua arranca a hervir, vuelve al cuarto de baño y abre los grifos, y así descubre que hay agua caliente para ducharse. Un minuto después sale con una gran toalla de baño, un albornoz de franela y un cubo de agua caliente. Bile, entretanto, permanece ausente. Cuando Cambara aparece para

limpiarlo un poco antes de llevarlo al cuarto de baño para que se duche, Bile no colabora ni plantea ninguna resistencia, ni abre tampoco los ojos cuando le limpia la cara con una toallita. Lo pone de un costado y luego del otro hasta conseguir meterle la toalla de baño debajo, y finalmente lo envuelve en el albornoz. Le desabrocha el cinturón; él se mueve, alertándola de que está consciente. Aunque no la aparta, Cambara sale de la habitación para atender al silbido de la tetera y preparar el té. Encuentra una bandeja y un poco de miel.

Lo ayuda a incorporarse, con el albornoz cubriéndolo por delante, y le ajusta la toalla de baño sobre la que está sentado. Si no le pide opinión sobre qué debe hacer a continuación ni le pregunta cómo se encuentra, es porque cree que no está en condiciones de describir lo que le ocurre. Sabe también que para un hombre de su edad se conserva muy bien, pero a saber qué efecto produciría la pregunta y si, dada su formación como médico, desgranaría una letanía de quejas en un registro demasiado científico. ¿Ha vomitado por una obstrucción intestinal o por un problema en el oído interno? ¿Se ha golpeado la cabeza y, lastimándose, ha perdido la conciencia y ha vomitado y se ha ido de vareta como un niño? Tal vez le ha fallado el hígado; podría estar desarrollando gota, del mismo modo que a un baobab le sale un hongo en forma de callosidades. A un hombre de su edad puede pasarle cualquier cosa: al llegar a la segunda infancia, todo puede ocurrir.

Prepara un té cargado. Encuentra azúcar, pone dos cucharaditas en la taza y remueve enérgicamente. Al ponerle la taza entre las manos, después de añadir miel a la bebida, lo anima a dar un sorbo.

—Te sentará bien —dice, como haría una madre con un hijo enfermo para que tome un cuenco de caldo—. Te sentará bien.

Espera hasta que Bile se lleva la taza a los labios para dar un primer trago lento. Cambara imagina que este hombre otorga solemnidad a la tristeza, más que nadie a quien ha conocido, al punto de casi ennoblecerla. Con la cara limpia después de haberlo aseado y una expresión menos desconsolada, acaso porque su presencia lo ha animado, Cambara cree detectar atisbos de normalidad en su comportamiento y en sus gestos y concluye con optimismo que se ha equivocado sobre su estado, que ahora se le antoja más bien como un ataque momentáneo, nada muy serio. Atribuye la hinchazón de la cara de Bile a la pérdida repentina de peso por las complicaciones de la diarrea que lo ha indispuerto. Un día en cama colmado de atenciones hará maravillas. Por haber estudiado interpretación teatral, aunque no haya tenido mucho tiempo para ensayar o perfeccionarse, en Bile ve a un hombre que escenifica una vida imaginada al mismo tiempo que la vive, coronándolo todo al final con los más precisos detalles.

Bile tiende una mano hacia ella y Cambara la estrecha en la suya. Atrayéndolo para levantarlo, está tentada de darle un beso en la mejilla, convencida de que un acto tan inocuo podría alcanzar su dolor y sanarlo. Que sea la primera vez en mucho tiempo que se encuentra en una situación que la conmueve así y la inspira a besar a

ese hombre en la mejilla debe significar algo. En Canadá no dudaría en dar esa muestra de cariño a un hombre que se marcha de una fiesta poco después de conocerlo, pero no ahí, donde las cosas son distintas, sobre todo tras la guerra civil. Hay quienes mirarían con recelo a una mujer que haga lo que ella ha hecho. No sólo se ha alojado en casa de Zaak sino que además ha entrado en la vivienda de Bile sin la custodia de nadie. Y lo que está haciendo: desvestir a ese hombre y disponerse a ducharlo. De ninguna manera una sociedad tan estrecha de miras permitirá que emplee accesorios teatrales que un muftí no aprobaría.

Bile no le suelta la mano, aunque ella delicadamente deje claras sus intenciones: necesita la mano para colocarle bien el albornoz. Pero él la sostiene como un niño abraza a un oso de peluche mientras duerme: acaparándola, estrechándola, apretándola. Su ingenua esperanza de que el té lo reviva no se cumple, al menos no de inmediato. De vez en cuando Bile aprieta los ojos como atenazado por el dolor y, acto seguido, sus expresiones inquietan a Cambara cuando trata de ducharlo. Parece que algo le ocurre en los ojos. Tal vez tanto sufrimiento, sea de la naturaleza que sea, no necesariamente eleva a quien lo padece. Bile está inquieto, tan nervioso que sus ojos se abren y se cierran a la velocidad de la lengua de un tartamudo preocupado. La mirada, absolutamente inexpresiva, delata un vacío triste, causado probablemente por el efecto tardío de antidepresivos mal administrados.

Habla como en el delirio de la fiebre: al principio, su voz es inaudible, luego dice cosas sin sentido, hasta que Cambara le pide que se lo repita dos o tres veces.

—Dime, ¿qué significa el oro para quien no comprende su valor? —pregunta Bile—. ¿Qué es una mansión para quien no vive en ella? ¿Qué clase de hombre se forma como médico y ayuda a curar a los demás pero no puede aplicar lo que ha aprendido a su propia dolencia?

Cambara se da cuenta de que está presenciando el nacimiento de un suceso espantoso, el inicio del desmoronamiento de un coloso, por lo que ha oído, célebre por su fuerza interior. La hinchazón de su rostro le trae a la memoria al Marlon Brando de *Apocalypse Now* en el papel de Kurtz, un trastornado oficial del ejército que se ha ido volviendo cada vez más loco por su insaciable codicia y, en su obsesión, construye un castillo de huesos a partir de brutales masacres de seres humanos. Cambara piensa que Bile está derrumbándose, esgrimiendo cuestionamientos nihilistas de su propia persona enfrentados a las manifestaciones nocivas que afloran del lado oscuro de la personalidad somalí en estos tiempos convulsos. Callado, ahora da la impresión de ser capaz de contenerse, un hombre noble que se niega a compartir sus tormentos con una mujer a la que apenas conoce. ¿Por qué fingir que está dispuesta a acoger a este despojo humano?

¿Por qué Bile no ha consultado a otro médico? ¿Por qué no ha abandonado el país si cree que no hay más doctores capaces de diagnosticar su estado? A menos que suponga que existe un modo de sacar provecho de una misteriosa vida subterránea en la oscuridad en la que habita... Acaso le ocurre algo mucho peor de lo que ella

alcanza a imaginar. En tal caso, ¿qué puede hacer? ¿Podría ayudarlo a salir de la tierra clausurada en el país remoto de la depresión profunda?

Ambos sufren enormes carencias, decide Cambara. Una lástima que no lo conozca tan bien como para saber si ha contemplado la posibilidad del suicidio. Cree haber visto un frasco de pastillas en una de las habitaciones, no está segura, pero sospecha que sí lo ha intentado. Su madre le dirá, quizá con razón, que no debe asumir los problemas ajenos. ¿Por qué tiene debilidad por los hombres complicados? Aunque Bile no es un hombre complicado sino un hombre que busca soluciones. Para desalentarla, su madre le recordará cómo la exprimieron Zaak y Wardi hasta que dejó de serles de provecho. Qué desagradecidos demostraron ser, cómo se largaron sin que les importara un ápice lo que ella sentía, ¿no hará Bile lo mismo? ¿Qué garantías hay de que no sea así?

Bile farfulla algo cuando Cambara consigue por fin liberar sus manos.

—¿Estás bien? —le pregunta al verlo atorarse con sus palabras.

Sonriendo, con ojos centelleantes, contesta:

—Es como culpar a tu colchón de plumas de las úlceras por haber pasado mucho tiempo en cama —entonces la mira con petulancia, de un modo que la sorprende—. Como culpar a tu colchón de plumas de las úlceras por haber pasado mucho tiempo en cama. ¿Te imaginas?

Una premonición abrumadora se apodera de ella de repente en la forma de una voz interior que le aconseja no ver en ese hombre a un demente que habla con sabiduría sino a alguien que poco a poco va recobrando el juicio. La voz le sugiere que no lo rechace, pero que se mantenga alerta.

Bile se incorpora y, esforzándose por imprimir a sus movimientos cierto desenfado, consigue mirar primero a Cambara con toda la cordialidad de que es capaz y sonreírle. Sonreír para ella. Después, poniendo una gran dosis de voluntad, echa a un lado el libro que ha estado intentando leer, aunque realiza ese movimiento tan simple con la lentitud de un afectado por síndrome de Down tratando de verbalizar un pensamiento intrincado. La mirada se le nubla un instante, el rostro se le ensombrece con presentimientos discordantes y los labios se mueven con el esfuerzo terrible de quien emerge de un lamento impío. Al ver que parece más en carne viva que cuando llegó, Cambara teme que la arrastre con él a un mundo de desesperación. Bile se pone en pie e intenta dar un paso, titubea y medio se desploma. Se incorpora de nuevo, pero apenas consigue arquear el cuerpo. Tiene el rostro carente de expresión, los ojos pesados como el plomo. Por último se rinde, dejándose caer otra vez en el sofá. Suspira. Su mirada silenciosa y sobrecogedora inquieta a Cambara aún más.

—Culpa de tus úlceras al colchón —dice Bile.

—¿De qué estás hablando? —pregunta ella, aunque en vano.

La mirada perdida de Bile resulta perturbadora, como si se debatiera con huestes malignas de origen desconocido. En ese momento, Cambara se pregunta si Dajaal, que sin duda está al corriente del deterioro físico y mental de Bile, le ha tendido una

trampa, pero ¿por qué?, ¿acaso le está planteando un desafío? A ver cómo te las apañas, tú que tanto apego tienes por las tareas difíciles, por los huérfanos de la calle y los jóvenes armados sin futuro... ¿O querrá darle a entender, a su manera, que en cierto modo ella es la causante del tormento de Bile y que ya es hora de que se haga cargo?

—Ven —le dice a Bile.

—¿Dónde?

—Una ducha te hará bien.

Él se toma su tiempo para envolverse en el albornoz y, disuadiéndola de que siga tratándolo como a un inválido, se levanta, al principio tambaleándose un poco y al fin enderezándose, antes de ir con paso vacilante hacia el cuarto de baño.

—¿Necesitas ayuda? —le dice, viéndolo de espaldas.

Él deja de caminar y, asintiendo, farfulla una frase en la que Cambara cree entender un «Sí, por favor» no con los oídos sino con el corazón.

—Los pantalones —dice Bile, pronunciando la palabra con más consonantes de la cuenta—. Las piernas me fallan —añade—, las manos también.

Cambara precisa varios intentos torpes para ayudarlo a quitarse los pantalones y en un momento por poco se caen. Luego, a pesar del penetrante olor, se queda junto a él hasta que le da al agua y se ducha. Encuentra una toalla limpia, unas chanclas, una camiseta y un sarong y se los pasa a Bile.

Después lo conduce de la mano hasta su dormitorio. La cama está revuelta y el aire viciado, así que Cambara abre la ventana para ventilar el cuarto. Tras arropar a Bile, vuelve al baño y pone en remojo la ropa manchada. Despeja un poco la cocina y encuentra los ingredientes necesarios para preparar un consomé de verdura. Oye a Bile balbucir unas palabras, quizá llamándola, así que le lleva un cuenco del caldo.

—Te hará bien —le dice de nuevo, y se lo da con una cuchara.

Al salir del dormitorio repara en las fotografías que adornan las paredes: de dos niñas, una preciosa y sana, la otra con síndrome de Down, y de una mujer que se da un aire de familia con Bile. Vuelve al cuarto de baño a enjabonar la ropa sucia, tras ponerla en remojo con agua tan caliente que casi se quema al meter la mano.

Le preocupa no saber cuál es el próximo paso que debe dar. No por falta de gente a quien llamar: Dajaal, Seamus, Kiin o Farxia, que es la única doctora, aunque ginecóloga, pero no recuerda haber anotado su número de teléfono.

De vuelta al dormitorio, observa a Bile tomándose la sopa. El olor a enfermedad, las ropas usadas día y noche, los calcetines tirados en el suelo, la convencen de la necesidad de ocuparse de él y ese impulso suyo impulso se convierte en compromiso. Recuerda ahora a Seamus o Dajaal diciendo que Bile tiene días buenos y días malos.

No está segura de si lo imagina o si Seamus ha dicho que los días malos de Bile son terribles, como si la oscuridad del invierno descendiera sobre la tierra de su mente, donde nada puede crecer. Cuando son buenos, los días son luminosos, el sol brilla sin cesar. Si ese es uno de esos días malos, terribles, ¿tendrá la oportunidad de

asistir a uno de esos otros días luminosos?

—Quería preguntarte... —dice Bile.

—Adelante —lo alienta ella.

—¿No se siente más la soledad?

Qué extraño oír esa clase de incongruencias por boca de un hombre.

—¿Si no se siente más la soledad cómo? —pregunta ella.

—Con el velo, ¿no se siente más la soledad?

A Cambara no se le ocurre una respuesta.

—¿Sabes qué? —pregunta él de nuevo.

—Dime —contesta Cambara.

—Toda virtud es su propia recompensa.

Luego se hace un silencio absoluto, como en un aula donde se están haciendo los exámenes finales. Cambara se pregunta si le esperan cambios profundos y los nervios se apoderan de ella, como de una adolescente que se enamora por primera vez. Está emocionada por haber conocido a Bile en su propio terreno y merecido su confianza. Espera saber lidiar con los problemas de ambos tan sutilmente como un maestro titiritero al controlar sus marionetas con hilos invisibles.

Entonces telefonea a Dajaal.

—Por favor, recógeme dentro de una hora y media.

—¿Cómo está Bile?

—Está bien.

Veintiséis

El secreto de Bile —así es como Cambara quiere entender su indisposición— estará a salvo con ella, porque no desea hablarlo con nadie, ni con Seamus ni con Dajaal. Supone que a alguien con el sentido de la discreción de Bile —¿por qué cree que lo conoce, cuando no es así?— no le parecería bien que fuese ventilando sus desórdenes fisiológicos con sus amigos íntimos y sus muchos conocidos. El tiempo que ha pasado en su compañía le ha dejado, cuando menos, la impresión de que es un hombre discreto.

Cuando piensa que Dajaal ya estará en camino para buscarla, telefona a Seamus para saber qué tal están los dos muchachos a su cargo y cuándo piensa volver al apartamento. Cuando Seamus le dice que no llegará hasta primera hora de la noche, como pronto, y que de todos modos encargará alguna comida para llevar, y añade que no se preocupe por Gacal y Pelo Sedoso, porque los mantiene entretenidos, Cambara se pone manos a la obra para eliminar el hedor de la vivienda y de su propia persona. Hace lo posible por trabajar en silencio, a fin de que Bile halle refugio de su vergüenza en el sueño. Incluso se plantea apagar su móvil y el teléfono fijo para asegurarse de que no lo molesten posibles llamadas, pero pensándolo mejor decide que es una medida demasiado drástica.

Restriega con cepillo el suelo del cuarto de baño y luego se da una larga ducha con agua muy caliente antes de ponerse lo primero que pilla, unos pantalones anchos que le quedan llenos de bolsas y una camiseta a juego, con la esperanza de que sean cosas de Bile. Luego lava su ropa para deshacerse del molesto olor, tan penetrante que no sólo se le ha pegado al cuerpo, escoltándola dondequiera que va, sino que además se le ha alojado en las fosas nasales, como si fuera a quedarse permanentemente pegado al vello que recubre las cavidades. Lava también su ropa y luego cierra la puerta por dentro y mete la ropa mojada en la secadora, rezando para que Bile no se despierte con ganas de ir al cuarto de baño, que parece ser el único de la vivienda, y la encuentre ahí en pijama, hecha unos zorros. Además, una parte de ella teme que Bile haya podido malinterpretar sus acciones juiciosas y honestas, pero ¿cuáles son esas respetables intenciones, cuáles son sus propósitos? Alguno debe de tener, ¿o no?

Escuchando el sonido apagado y rítmico de la secadora, Cambara vuelve en su recuerdo a los primeros días que pasó alojada en casa de Zaak y no puede evitar comparar el rechazo que sintió entonces, expuesta a la pestilencia de Zaak, con su actitud de hoy, que en contraste parece más tolerante. Se pregunta si la halitosis de Zaak le molestaba porque no la conectaba en absoluto con otras de sus facetas anteriores, la de madre de un dulce chiquillo o la de hija de un padre postrado en

cama, tan enfermo los últimos meses de vida que a veces mojaba la cama y se ensuciaba. Que prefiera pensar en el percance con Bile como en un desorden fisiológico, que además parece no haberle impresionado mucho, sólo puede indicar que está dispuesta a encajarlo sin que le crispe los nervios, como en el caso de Zaak. En cualquier caso, ¿cómo es posible que en menos de quince días haya tenido la suerte o la desgracia de conocer a dos hombres, y que uno de ellos despida un olor corporal de padre y muy señor mío, que no puede pasar desapercibido, y el otro aparezca manchado con sus propios excrementos, como si participase en una de esas danzas tribales donde se restriegan en el estiércol?

Al hilo de ese pensamiento, cita para sí el refrán somalí que dice que, si las heces fueran riqueza, todo el mundo las llamaría de otro modo. Piensa que probablemente sea más caritativa con Bile por la amabilidad con que la ha tratado él. Si es intolerante con Zaak y no soporta su apestosa presencia, es sólo porque con ella ha sido intransigente y bruto.

Baja la tapa del inodoro y se sienta a descansar más cómodamente sus cansados huesos y concederse una pausa para asegurarse de que no se está excediendo. Decide contenerse y no lamentar la triste verdad: que no ha estado a solas con sus pensamientos desde que llegó a Mogadiscio, por las constantes interferencias y los agentes externos que apenas le han permitido concentrarse en sí misma. Ha ido sin parar de aquí allá, ahora un poco de maquillaje antes de una fiesta exclusiva para mujeres, vuelta a correr y correr, hasta la extenuación. Mientras que en Toronto contemplaría una idea sin más razón que contemplarla, se permitiría llegar al meollo de la misma y, si le apeteciera, desconectaría el teléfono, se tomaría un descanso y quedaría en barbecho como una tierra de labranza, ahí no ha sido capaz de atender a su vida privada. Siempre en uno u otro coche, de un lado a otro; con un arma siempre a la vista, por más que sea un arma amiga; siempre bajo la supervisión de alguien, supuestamente por su propia seguridad; centinelas en la puerta, para franquearle o negarle la entrada; jóvenes armados dispuestos a tenderle una emboscada. Qué fastidio que sus movimientos en esta ciudad estén restringidos.

Mogadiscio es su hogar, su segundo hogar después de Toronto, pero la cuestión estriba en saber si ella es una paloma mensajera entre gatos o un gato que se ha colado en el palomar para espantar las aves. No cabe duda de que su presencia ha precipitado ciertas situaciones hasta un punto crítico y, de algún modo, ha estimulado el interés necesario para que un puñado de personas lleve a cabo ciertos cambios en su vida, en muchos casos para bien. Cambara cree que ella ha inducido a Kiin a poner las cosas en marcha con la ayuda de la Red de Mujeres, después de que Zaak le demostrara con sus actos que no iba a echarle una mano. Puede decirse que el caso de Bile no tiene rival, puesto que ha intervenido, empujando a Dajaal a actuar, sin que ella le haya pedido nada. Y Dajaal ha cumplido con creces: ayudó a recuperar la propiedad, aunque no antes de que Kiin y Farxia conspiraran para apartar a Jiijo de la vivienda, poniendo así todos ellos sus vidas en riesgo. Entretanto, se ha sumado

también Seamus, posiblemente a sugerencia de Bile. ¿Qué más puede pedir?

Cambara se pone en pie, tira de la portezuela de la secadora y comprueba que la ropa ya está lo bastante seca para poder ponérsela de nuevo. Apenas acaba de sacarla cuando otro fogonazo la coloca otra vez a las puertas de la memoria: el recuerdo del día que cocinó para los milicianos de Zaak. Se detiene dejando en suspenso el movimiento, diciéndose que alimentar es una de las estrategias más antiguas que las mujeres han empleado para sobrellevar el desasosiego que provoca en los hombres el exceso de testosterona: alimentarlos es una manera de mermar sus fuerzas, aunque sólo sea fugazmente. Las mujeres han recurrido desde siempre a dar de comer a los hombres los alimentos que han preparado, «embruándolos» y apaciguando así los agitados nervios de sus cónyuges. No es de extrañar que en muchas lenguas, entre ellas el somalí, la noción de comer sea intercambiable con la de hacer el amor.

Cambara se demora en un vivo suspenso, sin conseguir empezar a vestirse, por más que ya pueda volver a ponerse la ropa, aunque no esté del todo seca, ni tampoco embarcarse en otra actividad. Un pensamiento lleva a otro y se dice que, si para ella no hay duda de que el asalto que repelió el día que conoció a Dajaal y Bile fue la primera vez que la fortuna le sonrió y le puso las cosas de cara, cocinar para los milicianos de Zaak en el momento en que lo hizo, aplacándolos y moderando así su comportamiento, fue el segundo paso más importante. Y nunca olvidará la impresión inicial de los jóvenes al descubrir que cortar la cabeza de un pollo que iba a servir de almuerzo, sacarle las vísceras de un tirón, escaldarlo y arrancarle las plumas, no es más fácil que colocar el dedo sobre el gatillo de un AK-47 y matar a un ser humano.

Dudando si llaman a la puerta de la vivienda, Cambara presta atención, aunque nada sucede hasta que el sonido de la llave en la cerradura interrumpe todos sus movimientos, a la espera de que la persona que acaba de entrar se identifique antes de salir del cuarto de baño y hacer acto de presencia.

—Soy yo, Seamus —dice una voz.

—Estoy en el cuarto de baño —le hace saber ella.

Luego se quita las prendas prestadas que lleva y se pone su ropa, a pesar de que siga un poco mojada en las sisas o la zona de la entrepierna, donde persiste la humedad. Sale, alisándose las arrugas de la ropa con las manos.

Tal vez no haya ningún fundamento para suponer que Dajaal intenta evitarla y que por eso haya convencido a Seamus de que la releve. A fin de desterrar la sospecha, dice:

—He llamado a Dajaal para que venga a buscarme.

—Ha habido un pequeño problema de seguridad —explica Seamus—. Dajaal me ha dejado aquí y ha vuelto para resolverlo urgentemente. Al parecer se trata de un familiar de Gudcur, que ha aparecido armado en uno de los controles para acceder a tu propiedad. Uno de los muchachos de Qasiir ha matado a quemarropa al individuo. Dajaal se está ocupando de retirar el cadáver y enterrarlo antes de que caiga la noche.

Cambara aparta de su mente cualquier cosa relacionada con refriegas y tiroteos,

porque cree que esa clase de enfrentamientos armados pertenecen a un territorio fuera de su alcance. Más tranquila ya y liberada de las emergencias causadas por los males de Bile, habiendo ya limpiado la suciedad a su paso y habiendo atendido a sus necesidades, repara en cuanto la rodea como por primera vez. Qué bien equipado está el apartamento, qué obras de artesanía tan refinadas, es de suponer que obra de Seamus, por lo que le ha dicho Kiin.

—¿Cuándo va a acabar esta inseguridad?

—Pasará un buen tiempo —dice Seamus.

—Parece que no te inmutas. ¿Cómo lo consigues?

—¿No te he dicho que soy de Belfast?

—Aun así, esto es Mogadiscio. Recuérdalo.

—¿Y qué?

Se hace un silencio incómodo.

—¿Té?

—Sí, por favor.

Seamus va a la cocina a prepararlo y Cambara acude allí enseguida. Se queda enfrente de él, apoyando la espalda en la jamba de la puerta, con las piernas estiradas. La cocina parece bien equipada con todos los utensilios necesarios para preparar una comida decente. Aunque cree que la pregunta sería un poco descortés, sospecha que Seamus es el factótum de la casa, el hombre mañoso con pericia para la organización doméstica, el cocinero, el que se encarga de reparar el generador cuando se estropea. Típico de un somalí beneficiarse de la largueza europea. La penosa verdad es que cuando la muerte llama a la puerta en forma de perennes hambrunas, el somalí apela al sentimiento humanitario de Europa y pide alimento. Aun así, en defensa de Bile, y nuevamente por lo que Kiin le ha contado, llevaba una vida muy activa antes de encontrarse indispuerto. Un médico a cargo de un refugio. No hay muchos como él por aquí.

—¿Té con galletas en el salón?

Cambara cambia de escenario llevando la bandeja del té; Seamus, siguiéndola y tarareando lo que ella supone que es una canción somalí con tintes nacionalistas, abre los envoltorios de las galletas crujientes. Cambara posa su mirada un instante en un lema rúnico: «El sol devendrá en oscuridad y la luna en sangre».

«Vete a saber lo que significa», piensa. Seamus le ofrece una galleta; Cambara sirve el té. Sin azúcar para ella, que lo toma con leche; él, tal cual, negro.

Se hace un silencio muy largo.

—Acerca de Bile —dice Seamus, abordando el asunto con el escrúpulo de quien asume la ingrata tarea de cuidar de un enfermo.

Seamus hace lo imposible por no parecer más indiscreto de la cuenta. Cambara aguarda a que siga hablando, convencida de que se dispone a explicarle lo que, desde su punto de vista, sucede, pero, en lugar de eso, Seamus centra su mirada huidiza en el reloj y luego en un punto a la derecha de Cambara, acaso una mancha en los bajos

de su vestido en la que ella no ha reparado. Igual que una madre cuando su bebé duerme cerca, Cambara cree haber oído un débil sonido procedente del cuarto de Bile. Seamus se levanta sin decirle nada y echa a andar inquieto de un lado a otro, murmurando algo entre dientes, mirando hacia la habitación de Bile, que tiene la puerta cerrada, quizá a la espera de confirmar que ha oído algo.

Seamus va hasta el aparador y empieza a poner la mesa en tiempo récord: tres platos, tres manteles individuales, cubiertos, vasos con cubitos de hielo y sendas rodajas de limón y una botella grande de agua mineral.

—¿Te ayudo en algo? —se ofrece Cambara tímidamente.

—Sólo si Bile se levanta.

—¿Qué querrás que haga?

—Cuando se levante me gustaría que comiera algo, porque por lo que he visto en la cocina él no ha cocinado y tú no le has preparado nada de comer —entonces, como quien habla de los hábitos de una persona a su cuidado, añade—: El hecho de que tenga un sueño inquieto significa que hoy es uno de sus días malos, malos.

Seamus va a la cocina, se lava las manos, se pone un delantal, rebusca en la despensa y saca varias latas de sopa y guisantes, que abre y vierte en recipientes de microondas, donde los mete tras colocarse unos guantes. Enciende uno de los fuegos de la cocina; saca cebollas, las corta y las sofríe en aceite de oliva; abre una lata de tomate; remueve las sartenes, saca especias y ajo y, *voilà*, una salsa sencilla de preparar lista en un santiamén. Baja el fuego para que nada se queme y se reúne con Cambara, toma un sorbo del té, ya frío, frunce el ceño y pregunta en voz alta si quiere que prepare otra tetera. Ella se ofrece a hacerlo, Seamus se encoge de hombros con indiferencia y se sienta. Una parte de él permanece atenta a cualquier sonido que salga de la habitación de Bile; otra parte controla el tiempo del horno y la salsa de la cocina, y aún otra está pendiente de ella. Cambara se descubre recordando a Dalmar de bebé y sus primeros días como madre.

—¿En qué estado lo has encontrado? —pregunta Seamus.

—Yaciendo en sus propios excrementos.

—Pero no hace caso.

Cambara no va a permitirse preguntar «¿A qué no hace caso?», por más que quisiera, incapaz de expresar sus sentimientos en voz alta: «A alguien en ese estado no se le pide que haga nada, lo haces tú y punto». Y entonces recuerda su promesa de no hablar de lo que ha visto con nadie. Sabe que a partir de ahora no tiene más remedio que dejar en manos de los seres cercanos a Bile las decisiones que haya que tomar. Alza la cabeza y, al encontrarse con la mirada expectante de Seamus, desvía la suya, evasiva.

—Me rompe el corazón que hayas visto a Bile en condiciones tan lamentables —dice Seamus—. Hace mucho que lo conozco, desde que teníamos veintipocos años, y entonces estaba lleno de vida, uno se divertía con él. Pasamos juntos esos maravillosos años de la juventud, en Padua. Siempre los tres juntos, Bile, Jeebleh y

yo. Jeebleh vino a visitarnos hace un par de años y su visita desató un temblor que acabó convirtiéndose en un terremoto. La muerte llamó a la puerta y el hermanastro de Bile fue a abrir. Luego Raasta, la sobrina de Bile, y su amiga y compañera de juegos con síndrome de Down, Makka, con las que tenía un fuerte vínculo, se fueron del país para escolarizarse en Dublín y con ellas también se fueron Shanta, la hermana menor de Bile, y Faahiye, su marido. Desde entonces, sobre todo desde que se fue Raasta, su estado de ánimo ha sido la tristeza, marcada por la inactividad. No quiere ejercer la medicina, su capacidad de raciocinio ha disminuido a un ritmo alarmante, duerme mal y las cosas más insignificantes lo alteran. Mucho de ello le aflora por un trauma infantil relacionado con el hecho de que su hermanastro Caloosha matara al padre de Bile.

Seamus guarda silencio y, al ver que no sale ningún sonido de la habitación de Bile, recoge las cosas del té y vuelve a la cocina a preparar lo que hace falta. Sirve en cuencos la comida que está lista y vuelve.

—Perdona —dice.

—¿Por qué te disculpas esta vez? —pregunta Cambara.

Seamus no habla enseguida, porque va a la cocina a buscar la comida y la pone sobre la mesa, quizá esperando que Bile aparezca. Cambara supone que Seamus se disculpa porque probablemente ha imaginado a Bile y Cambara hablando y conociéndose. Tal vez piensa que ella puede hacerle bien, que le gusta lo bastante como para compartir la amistad de Bile con ella. Tal vez Seamus crea que ella puede inspirar a Bile al punto de iluminar sus días oscuros, animar sus horas letárgicas y desterrar su pesimismo. Tal vez esperase que Bile se beneficiaría de la compañía de Cambara hasta que la extenuación le impidiera seguir levantado. O quizá considere que curiosear en su conversación es inmiscuirse. Vuelve a la mesa y se sienta.

—Perdona por no haber estado aquí cuando llegaste.

—Lo que importa es que ahora estás.

Los ojos de Seamus se apagan, Cambara supone que acaso por el denuedo con el que se concentra en varias cosas a la vez. Además, hay algo que lo inquieta, porque mira a su alrededor como si alguien hubiera cambiado la posición de los muebles del apartamento, con los ojos viajando de uno a otro, al tiempo que husmea con la nariz tratando de identificar el olor extraño. Antes recuerda haberlo visto concentrado en una mancha en los bajos de su caftán; ahora apunta con la mirada en un rastro que hay en la parte superior de la silla más alejada de él y su nariz se frunce con la irritabilidad de una persona escrupulosa en el hogar al descubrir una imperfección donde no debería haber ninguna. Se levanta con rapidez, como apremiado por la ansiedad de aislar la silla culpable, poniéndola en cuarentena en un rincón para ocuparse de ella más tarde, pero deliberadamente evita mirar a Cambara, para que no piense que la está culpando por ello.

—De haberlo sabido... —dice cuando vuelve a su asiento.

Cambara lo mira a los ojos.

—Tú estabas ocupado haciendo trabajos más útiles en la casa de mi familia, que jamás pensé que fuera a acometer. Estoy en deuda contigo —le dice.

—¿Viste si tomaba alguna pastilla?

—No. ¿Qué pastillas toma?

—No sigue una pauta regular con los antidepresivos —explica Seamus—. Hace una combinación de fármacos: unos cuando tiene la moral por los suelos, otros cuando sufre recaídas abruptas y otros cuando se impone un plan de recuperación rápida. Cuando está estable, toma fluoxetina. Sé que Dajaal le llamó para informarlo de tu visita y, aunque me baso sólo en mi intuición, creo que para prepararse ha tomado imipramina, administrándose él mismo una inyección intramuscular, que puede haberle provocado una reacción excesiva al fármaco. Tiene un arsenal de medicamentos. Mira, le he visto tomar pastillas para la enuresis, que son para quienes mojan la cama, que se había guardado de la época en que dirigió la clínica de El Refugio.

—Debería estar en un hospital —dice Cambara.

—Pero no de aquí. En un hospital europeo o norteamericano.

—Estoy de acuerdo.

—Le he propuesto que para empezar vaya a Nairobi y de allí a otro lugar, pero no quiere ni oír hablar del tema.

—Es una lástima. Se va a echar a perder.

—Lleva un tiempo fatal —dice Seamus— y no nos deja contratar a una enfermera que pase las veinticuatro horas con él, ni quiere consultar con médicos de fuera del país. Está despierto la primera parte del día y funciona razonablemente bien, pero a partir de ahí cae en un pozo profundo, tan oscuro como desolador y preocupante. Depresión clínica de la peor clase.

—No sabía nada —es todo lo que alcanza ella a decir.

—Si llega a pasarle algo, Dios no lo quiera, se dirá que se empeñó en destruirse la vida, como un hombre que va buscando una muerte lenta.

—¿Está en condiciones de darse cuenta de eso?

—¿Por qué evita tomar las pastillas todo el tiempo posible y luego de repente las ingiere a puñados, a docenas, superando con mucho la dosis normal? —dice Seamus.

—Por un deseo de morir.

—Lo atribuyo al pozo insondable de su dolor, que los años han hecho cada vez más profundo y ancho, un dolor tan hondo que no puede describirse con palabras —dice Seamus—. Además del trauma infantil de saber que su hermanastro mató a su padre, creo que su dolencia se remonta a las décadas en que estuvo preso en condiciones inhumanas, sobre todo a causa del aislamiento absoluto a que fue sometido. Tal vez no sepas que pasó años aislado, después de que lo condenaran a cadena perpetua por oponerse a la tiranía cuyo desgobierno desembocó en la guerra civil. No fue casualidad que las puertas de la cárcel se abrieran haciéndolo coincidir con la huida del entonces dictador en un tanque militar, una táctica apoyada por los

milicianos al mando de cierto general, que resultaba pertenecer al mismo clan que Bile y que con el tiempo se convirtió en un señor de la guerra con su propio feudo en la ciudad dividida: la zona sur fue para él y la zona norte para otro señor de la guerra. En cualquier caso, la caída del tirano coincidió con la puesta en libertad de Bile, el nacimiento de Raasta, su sobrina, y el hundimiento del estado. A efectos prácticos parecía que había salido adelante, dejando atrás los recuerdos de los peores años de su vida, después de fundar El Refugio y dirigirlo con una devoción increíble. Este acto de ingenio supremo impidió que se viniera abajo y pudo estar cerca de su sobrina y su compañera de juegos, Makka, así como de su hermana, las cuales contribuían a cimentar El Refugio y el bienestar de Bile. Tú misma lo apreciarías si hubieras conocido el momento de su plenitud o al menos antes de que su irrelevancia empezara a hacerse manifiesta, poco después de la visita de Jeebleh.

Cambara arquea las cejas, como interrogándolo tácitamente sobre Jeebleh: ¿quién, cómo, por qué?

El momento de vacilación de Seamus se prolonga en un silencio, en el que mantiene la boca apenas entreabierta, pero sin emitir ningún sonido.

—Verás —prosigue al fin—, un par de años después de que Bile fundara El Refugio él y yo nos reencontramos y, juntos, conseguimos que las cosas funcionaran. Y diría que bastante bien. Creamos nuestro propio paraíso en un país que se había ido al infierno, un país con pocas esperanzas de recuperarse algún día del estado de dependencia absoluta en las donaciones de la comunidad internacional. Hicimos lo que pudimos entonces para ayudar a crear una base sobre la que desarmar a las milicias, educando a los niños desde edades tempranas para que crecieran sin venerar las armas, pero hacían falta, hacen falta, más compromisos universales: las buenas obras no bastarán para reconstruir las infraestructuras del país, reorientar a la gente de esta nación para que asuman su papel y ayuden a restablecer el estado a partir de un equilibrio viable. Sé que la retórica y las ideas están manidas, de acuerdo, pero la verdad es que la clase política ha decepcionado a este país. No puede hablarse cabalmente de Somalia ni, para el caso, de Bile, Jeebleh o Dajaal, sin condenar también la absoluta cobardía de la clase intelectual.

En silencio, Cambara piensa que pocas personas tienen esos ojos de halcón de Seamus: alerta a un peligro inminente, escrutan en varias direcciones en el tiempo que a uno le lleva abrir y cerrar los ojos. Ahora lo observa con la mirada perdida, la mente en otra parte, meditabundo. Cambara se pregunta si se equivoca al juzgar su expresión atribulada, o sencillamente abatida, por la falta de humildad de haber hecho más hincapié en su contribución al bienestar de su amigo del que le hubiera gustado.

—Últimamente, sin embargo, desde tu llegada, lo cierto es que ha tenido momentos de verdadera euforia, seguidos de recaídas terribles, y eso nos ha llevado al borde de la desesperación.

Cambara se sorprende al saber que le atribuyen ese papel, pero lo cierto es que tampoco se sorprende tanto considerando el importante papel que tiene Bile para ella,

y más ahora que en su fuero interno está convencida de que se ha implicado en la recuperación de su propiedad.

—¿Cómo se manifiestan esos cambios?

—Nos ha hablado de sus sueños, en los que se despierta vestido con ropas ajenas o cena con gente totalmente desconocida —explica Seamus.

—¿Disfruta de esas comidas?

—Hacia el final de esos festines, en los que se come hasta la saciedad, tiene la impresión de que son ocasiones de celebración, sobre todo después de verte, o más aún cuando se encuentra contigo, pero invariablemente tú llegas cuando él está a punto de irse o estás sentada en un lugar inaccesible para él.

—¿Y cómo reacciona?

—En el sueño se pone fuera de sí —explica Seamus—. Sus altibajos no cesan, sus cambios de humor siguen oscilando entre la desesperación y la euforia. Un instante se comporta con normalidad, incluso al verse con la ropa de un desconocido y entre gente a quien no conoce, y un instante después es impredecible, se pone irritable y se mete en peleas.

—Muy curioso... y preocupante.

—A mí Bile me recuerda a un adolescente que se enamora por primera vez. En cierto sentido es así, teniendo en cuenta que hasta que te vio, aquel día en el coche, parecía incapacitado para el amor. No es un hombre dado a manifestar sus emociones. Cuando era joven, se contenía tanto que optaba por no demostrar su afecto por una mujer, pero luego clandestinamente mantenía relaciones a escondidas, ninguna sentimental, tal vez líos pasajeros en busca de compañía o porque sí. Hace más de media vida que lo conozco, y lo conozco bien, mejor que la mayoría.

—¿Alguien más está al corriente de esto?

—Dajaal.

—¿Y qué opina Dajaal?

—Siempre que he animado a Bile a seguir los dictados de su corazón, sugiriéndole que averigüe quién eres, que vaya a buscarte o trate de llamarte y fije una cita contigo, que haga algo, Dajaal siempre se ha mostrado contrario.

—¿Con qué argumento? —Cambara oye la suspicacia de su propia voz, y lo lamenta.

—Con el argumento de que pertenecéis a clanes distintos.

—Jamás lo habría dicho.

—Dajaal sostiene que para alguien como Bile no es manera de actuar eso de enamorarse a primera vista —dice Seamus—. Tú lo sabrás mejor que yo, pero la reacción de Dajaal no es distinta de la de muchos somalíes, más bien típica. No esperan ciertas cosas de alguien de la edad y los antecedentes de Bile, por más que esté perdidamente enamorado.

A Cambara le gustaría contarle a Seamus que lo que ella siente por Bile no es muy distinto, aunque, por ser mujer, debería describir sus sentimientos en otros

términos, pero se contiene justo antes de que las palabras salgan del lugar secreto donde las esconde desde que conoció a Bile.

—Hay otra manera de explicar la reacción de Dajaal —dice Seamus—. Está preocupado porque tu presencia en la vida de Bile provoque un cambio en la relación de ambos y teme salir perdiendo si decides llevártelo lejos, a Canadá. Contigo. Bien puedes imaginar que eso lo destrozaría.

En ese preciso instante suceden dos cosas casi a la vez: el teléfono suena y Seamus contesta enseguida, bajando la voz, para que la llamada no despierte a Bile, pero en ese mismo momento Bile aparece en la línea de visión de Cambara, apoyado en la jamba de la puerta, alto, muy delgado, con mirada de complicidad, como recordándole que no divulgue el secreto que comparten.

Seamus, que no ha advertido la presencia de Bile, le dice a Cambara:

—Dajaal está abajo, en el aparcamiento, esperando para llevarte a tu hotel, si ese es tu destino.

Asintiendo, Cambara se levanta y hace un gesto para alertar a Seamus de la aparición de Bile. Se acerca luego a Bile a grandes zancadas, le abraza largamente y con cariño y le susurra unas palabras al oído.

Cuando al fin se aparta, lo mira a cierta distancia, con los labios trémulos de palabras que luchan por salir. Se miran a los ojos, sin moverse ni decir nada, las manos de Cambara en el brazo de Bile. Por fin se aleja de él y saluda a Seamus, dándole las gracias por todo y prometiendo ir a verlo. Desconcertada, hecha un lío y sintiendo que las piernas casi no pueden hacerla salir del apartamento, porque ella se resiste, espera encontrar el aparcamiento donde Dajaal la espera en el coche.

—No te molestes, buscaré yo misma el camino —dice, marchándose.

Veintisiete

Bajando sin nadie que la guíe para salir del edificio, Cambara tropieza con un gato ciego al bajar las escaleras saltando los peldaños de dos en dos. A punto de dejarse llevar por la superstición, está tentada de volver atrás, recoger al gato y llamar a la puerta del apartamento para que Bile y Seamus sepan de su presencia, pero decide no hacerlo y sigue bajando, decidida a encontrarse con Dajaal sin dilación.

Parece volver a ser ella misma al pensar que en esos momentos pasa por un estado mental turbulento, porque en la encrucijada donde se halla cualquier cosa podría suceder: podría perder todo lo que ha conseguido de un plumazo, del mismo modo que podría aferrarse a todo lo que ha ganado y hacer que fructifique. Así es la arbitrariedad de una guerra civil: azarosa en la injusticia, casual en su violencia aleatoria. Ninguna ley te protege, todo está sumido en el desorden. En buena medida, es Dajaal quien decide. De un modo u otro, Cambara depende de él. Ahora juega un papel tan importante como el de Zaak los primeros días tras su llegada a la ciudad, como el de Kiin durante un tiempo, al ayudarla a plantar los pies sobre tierra firme. ¿Cómo va a continuar a partir de ahora?

Mientras Cambara va meditando sobre la naturaleza de su agitación y se pregunta si puede hacer algo acerca de la inoportunidad de sus sentimientos y los de Bile, como al parecer los considera Dajaal, no sólo se pierde en el laberinto de sus emociones encontradas sino que además toma la bifurcación equivocada para salir de allí. Se adentra en el pasillo que se abre frente a ella, desorientada por el excesivo resplandor del sol a esa hora, con la moral tan baja que siente que sus pensamientos se hundén. Poco después se da cuenta de que en realidad se está alejando de la luz por un corredor estrecho, cada vez más oscuro a medida que avanza. No sabe si ese camino la llevará tarde o temprano al aparcamiento. Quién lo iba a decir, resulta que ha terminado en un sótano.

Desorientada, como si se hubiese metido en un callejón sin salida cuando esperaba una autopista, llega a la conclusión de que el sótano no parece tener ninguna conexión con la parte superior del edificio de la que viene. Nada tiene sentido para Cambara. Sabe que seguir hacia delante, sin tener idea de dónde puede acabar, no es una opción sensata, pero volver atrás con la esperanza de desandar sus pasos y encontrar el apartamento de Bile y Seamus tampoco le atrae demasiado. Siente que está en el centro de una tormenta que ella misma ha desatado y ella es el ojo ciego.

Se atropellan en su cabeza recuerdos de infancia, sobre todo las conversaciones íntimas con la oscuridad, que sólo devolvían su propio eco, a altas horas de la noche en una casa callada, donde resuena levemente la profundidad del silencio antes del alba. Ahora que es mucho mayor, llora a su hijo muerto e intenta construir una

alternativa a la vida en común con Wardi, por no mencionar a las imposturas de la vida que su propia madre le había impuesto, y hace lo que solía hacer de niña cuando sentía el acecho del miedo: improvisa una canción, compuesta sobre la marcha, al son de una melodía que recuerda a medias. Después, repite para sí uno de sus versos favoritos, una letra de Simon y Garfunkel: *Hello, darkness, my old friend...* «Bienvenida oscuridad, vieja amiga...». La frase le acaricia los labios, moviéndolos y activándolos con los gratos posos de la memoria. El corazón le late a velocidad frenética, mientras su mente trata de congelar el recuerdo en una imagen: la de una niña dialogando tácitamente con la oscuridad diurna, reminiscencia de un eclipse que se cierne de pronto sobre el cosmos con una negrura estigia. Pero ¿dónde está? ¿Qué clase de sótano es ese? ¿Alguien le prestará siquiera el pábilo de una vela?

Cambara se pregunta qué pensarán de ella Arda, Zaak, Dajaal, Kiin, y Bile sobre todo, si llegan a enterarse: la primera vez que Bile y Seamus acceden a que salga sola del edificio, va y se pierde. En un sótano, para colmo. Por lo que alcanza a recordar, nadie ha mencionado nunca bosques sombríos en las inmediaciones, desde luego no en el centro de una ciudad antigua que ha sufrido el asedio de una guerra civil durante más de diez años, así que... ¿dónde se ha metido, si puede saberse? ¿Es posible que todas esas evocaciones respondan a sus deseos de estar con Bile? Sin duda también la ha angustiado tropezar con el gato ciego, una treta suficientemente buena como para volver a llamar a la puerta del apartamento de Bile y Seamus y decir «¿No es curioso? Parece que no puedo alejarme de vosotros. Imagínate que he encontrado a un gato ciego al bajar y luego me he perdido en un bosque, que seguramente yo misma he inventado. Vamos, démosle de comer. Un platito para la leche, por favor. Y necesitaré un colchón en el suelo para mí». Y se quedaría a dormir. Sin embargo, ¿adónde la llevarían esa clase de tácticas?

Tratando de no perder el dominio de sí misma, Cambara se recuerda que en muchos cuentos infantiles, entre ellos *Pinocho*, los niños que no siguen los caminos trillados y, por iniciativa propia o con picardía, se apartan de ellos, a menudo tienen que hacer frente a consecuencias terribles: *Alicia en el País de las Maravillas*, donde la protagonista resbala por la madriguera de un conejo, o *Las crónicas de Narnia*, de C. S. Lewis, en el que Lucy y luego los demás pasan a través de un armario con los fondos abiertos y, a medida que avanza el relato, tratan de reunir la voluntad y la fuerza necesarias para superar inmensas dificultades. ¿Acaso su propia aventura igualará esas peripecias? ¿Significa que está a punto de sucederle algo espantoso o desagradable, por haber sido mala? En tal caso, ¿qué forma tomará lo que le ocurra? ¿Qué ha hecho para merecer ese castigo? ¿El gato ciego? ¿Su actual desgracia emana tal vez de haberse negado a atender al animal necesitado? ¿Dedicó energía y buena voluntad aseando a Bile porque así le ha devuelto un favor y, de paso, invierte en él? ¿Le ayudó a desvestirse para que se duchara y lavó su ropa sucia por la misma razón? Un gato ciego es un gato ciego, ¿qué puede hacer por ella? ¿Y qué expresiones de cariño, de las que sólo ellos tienen conocimiento, susurró Cambara al oído de Bile

antes de marcharse?

Sus preocupaciones en ese momento no carecen de cierta mutabilidad, ora tomando la forma de un temor que llama a la puerta de su cerebro, ora una desazón que la devuelve a la infancia. En su recuerdo hace novillos y, en lugar de volver a casa, donde suele pasar sola las tardes que sus padres vuelven a última hora, va a un espectáculo de teatro itinerante. Luego, cuando se dispone a regresar por el camino más largo a casa, para no encontrarse con Zaak a solas, porque la ha visto besándose con otro chico, un compañero de clase, y teme que la martirice, Cambara empeña su reloj de pulsera para comprarse una entrada para la última sesión de circo. Sabe que no llegará a casa hasta el anochecer, pero tampoco parece importarle.

Sucede, sin embargo, que su madre está a punto de organizar una partida de búsqueda —en aquellos tiempos, no muchas casas disponían de teléfono— y su padre de acudir a la comisaría más cercana a dar parte de su desaparición, cuando Cambara entra en casa con su propia llave. Al entrar de la oscuridad exterior a la zona de la casa iluminada por el vivo resplandor de una bombilla, parece una gata extraviada recién huida de una pelea con una manada de zorros.

Ahora, misteriosamente, la oscuridad de la noche se evapora de repente y el sótano se llena de luz, como si hubiese una claraboya. Cambara oye que alguien la llama varias veces por su nombre y sigue el sonido hasta salir a la luz del crepúsculo por el tramo de la escalera que desemboca en el exterior. Dajaal la está esperando.

—¿Dónde estabas? —le pregunta.

Puesto que ni ella misma puede explicar dónde ha estado, por qué o cómo ha tomado la dirección equivocada donde el camino se bifurcaba, si eso es lo que ha sucedido, Cambara prefiere no decir nada, temiendo que la tome por loca. Pasa junto a él y sube al coche por la puerta delantera, que ha encontrado abierta. No tiene sentido echar toda la culpa a su mal sentido de la orientación.

—¿Adónde? —dice Dajaal, antes de poner en marcha el coche.

—A la propiedad de mi familia —dice ella.

—¿No vas al hotel?

—Después —dice—. Primero vamos a recoger a mis chicos.

Dajaal arranca el motor y lo mantiene al ralentí, sosteniéndose el mentón con la mano, como si contemplase las opciones a su alcance. Entonces mete la marcha y arranca en silencio, temiendo quizá que decir lo que le ronda en la cabeza no sirva más que para desperdiciar su aliento.

A Cambara le gustaría tener agallas para preguntarle lo que piensa de los sueños de Bile, de los que sospecha que está al corriente gracias a Seamus. ¿Cómo interpreta Dajaal el sueño en el que Bile lleva puesta la ropa de un desconocido? Ella misma ha llevado la ropa de Bile mientras lavaba la suya y esperaba a que se secara. Y si hubiese salido del cuarto de baño en el momento en que Seamus entró en el apartamento y la llamó por su nombre, acaso habría creído que el sueño era una asombrosa coincidencia.

En toda historia llega un momento, reflexiona Cambara, en que el protagonista está solo, temeroso, preocupado, demasiado exhausto o famélico para seguir adelante. Quizá ella ha alcanzado ese punto de su historia, ¿será por eso que se siente mareada?

Dajaal va al volante del vehículo con la mirada fija en la carretera y Cambara permanece erguida con la vista también al frente, las manos sobre el regazo y los dedos enlazados, da vueltas a su anillo de bodas entre el pulgar y el corazón, como si quisiera sacárselo. No le está resultando fácil porque le aprieta, ahora que la alianza se ha hendido en la carne y el nudillo le ha crecido con los años. Cambara tiene la impresión de que ha llegado a ese punto de su historia en que el protagonista deja atrás lo que era sin haber completado aún el ciclo de la metamorfosis. Se siente sola, tiene miedo y empieza a contemplar la posibilidad de alimentarse de su propia hambre.

—Ahora es mi turno de darte las gracias —dice Dajaal de improviso.

—¿Y eso por qué?

—Gracias —repite Dajaal, volviéndose hacia ella, a punto de posarle la mano en el muslo y retirándola justo antes de hacerlo.

—¿A qué debo el agradecimiento? —dice Cambara sorprendida.

—Seamus me ha contado, cuando le he llamado hace unos minutos, lo que has hecho por Bile —explica Dajaal—. Los dos estamos conmovidos y en deuda contigo. La tuya ha sido una muestra de bondad excepcional. Seamus te describe como una mujer de espíritu noble y te elogia. Y yo lo secundo.

—El placer de haber prestado una pequeña ayuda ha sido mío —dice ella—. Aunque no he hecho gran cosa, para serte sincera.

Cambara observa, estudiando el rostro de Dajaal, que las venas de la frente se le marcan, hinchadas por la mezcla de calor y emoción, como serpientes zigzagueando entre los profundos surcos. Cómo han arado los años los campos de su cabeza, dejando sólo mechones de pelo ralo.

—En cuanto a las máscaras, los accesorios para tu obra...

Cambara se yergue hacia delante.

—¿Sí?

—Lo he pensado seriamente —dice Dajaal—. No tienes de qué preocuparte. Monta tu obra como te plazca, yo te apoyaré y me ocuparé de la seguridad mientras dure el montaje.

¿Habrá hablado con alguien que le haya hecho cambiar de opinión? En tal caso, ¿con quién? Con Bile, no, porque desde que Dajaal la ha dejado en la vivienda hasta que ha pasado a buscarla no habrá estado en condiciones. A menos que hayan hablado después de que ella se despidiera de Seamus y Bile en el apartamento, recorriera los pasillos del sótano y se reuniera con Dajaal. Todo es muy confuso. ¿Cuánto tiempo ha podido pasar en el sótano? No puede haber sido ni media hora. Alguien le ha sugerido a Dajaal que reconsidere su oposición al uso de máscaras y modere sus opiniones, ¿quién? No tiene ni idea. ¿Merece la pena preocuparse por ese

cambio de parecer? Pensarlo y aventurar qué ocurriría si cambiase de nuevo de opinión la estremece. Espera arreglárselas y salir de eso de una sola pieza.

—Muy amable por tu parte —contesta.

Dajaal continúa.

—Seamus, que a veces lee la mente de Bile mejor que yo, no sólo porque se conocen desde hace mucho más tiempo y han compartido los buenos y los malos momentos, me ha dado a entender que Bile cree que debemos mirar la vida con optimismo, especialmente en lo que importa de verdad. Y estoy de acuerdo con él.

Ella no dice nada, pensando que lo que acaba de decir Dajaal no es más que una perogrullada y eso en el caso en que haya hablado en serio. Prefiere aguardar hasta que se haya comprometido con una postura inequívoca.

—Seamus y yo hemos hablado después de que te llevara a casa de Bile —continúa Dajaal— y, luego, mientras lo acompañaba al apartamento y, después, cuando ya llevaba un rato esperándote en el coche y no aparecías, hemos vuelto a hablar.

—No he podido tardar mucho —dice ella.

—Lo suficiente para que me preocupara y llamara a Seamus.

Cambara no quiere cuestionarlo, pero no cree que haya pasado tanto rato desde que salió del apartamento hasta que oyó que la llamaba.

—¿Has hablado con Bile entretanto, mientras comía con Seamus? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Por lo que me ha referido Seamus, Bile propone un compromiso. Que tú trabajes tomando como punto de partida lo que él ha denominado «un estreno restringido» y que yo modere mi postura inicial y reconsidere ocuparme de la seguridad del lugar en el que se lleve a cabo ese «estreno restringido» de la obra —explica Dajaal.

—¿A qué se refiere con restringido?

—Que sea durante un par de noches, en un emplazamiento concreto y ante un público escogido. Lo bastante pequeño e íntimo como para valorar los resultados y dilucidar las opciones que hay de cara al futuro después de esa primera noche. A partir de ahí, decidiremos. Si consideramos que es un riesgo repetir la actuación, no lo correremos. Y con ese compromiso sí estoy de acuerdo, eso es lo que Bile ha propuesto desde el principio, pero yo me resistía. Ahora, por tu gesto excepcional de bondad, estoy absolutamente convencido.

Con la mirada fija, Cambara recuerda la reunión de mujeres que se celebró en el hotel de Kiin hace unas noches. También allí asistió un público escogido de unos pocos cientos de mujeres de ideas afines que, cómodas en la compañía de las demás, se comportaban tan escandalosamente que un muftí calvo habría deseado ponerse una peluca y sumarse a la jarana, repartir abrazos y saborear todas las mercancías expuestas. Cambara cree que el plan podría funcionar. Los hombres de Dajaal controlando el acceso al local, entrada sólo con invitación. Únicamente una noche,

dos a lo sumo, y ante un público escogido, para empezar.

—Genial —asiente Cambara.

El semblante de Dajaal cobra un aspecto más animado: una sonrisa le llena las mejillas, los ojos le brillan. Su porte relajado ejerce un curioso efecto en ella. A Cambara le excita su proximidad física, la calidez de su cuerpo, tan cerca y tan lejos, por más que no pueda imaginar tocarlo o abrazarlo sin complicaciones indebidas.

—Puedes confiar en Bile —dice Dajaal.

—Bile se ha portado de maravilla conmigo —ataja ella.

—Es la joya del lote, una persona valiosísima.

¿De qué lote? No tiene igual, piensa Cambara. Entonces una sorpresa mayúscula: distraídamente y con la mayor tranquilidad se ha quitado la alianza matrimonial, sin necesidad de aplicar agua, jabón o aceite. Haber liberado el dedo anular con esa soltura es un premio. A partir de ese instante puede dejar de considerarse casada con Wardi.

Dajaal, asombrosamente, sigue hablando y, como si supiera lo que está pensando Cambara, se embarca en un panegírico a Bile.

—Vayas donde vayas, no encontrarás a un hombre como Bile: generoso, honrado, dispuesto a escuchar siempre las ideas de los demás y a hacerlas suyas por el bien de todos. El pobre no ha sido recompensado con la misma bondad que ha prodigado. Por desgracia, la vida puede ser más dulce de lo que ha sido la suya.

El encomio de Dajaal a la personalidad de su amigo quizá sea un modo de mantener viva la tradición somalí por la cual, antes de que un pretendiente pida la mano de su futura esposa, una tía o una anciana de la familia hace una ronda de visitas a los parientes de la joven previa a dar un paso en firme por la mano de la novia. Este movimiento crucial y último, el más importante de todo el cortejo, recae en los hombres. Sólo que, piensa Cambara, aún no es la novia de nadie. Bile y ella ni siquiera han tenido ocasión de hablar de esa clase de cosas, él no estaba en condiciones. Da igual. No se le ocurre mayor desafío ni mayor dificultad que estar en compañía de Bile. Desde luego, es enternecedor que Dajaal, un hombre de gran valía, se implique de este modo en el bienestar de Bile y haga en su nombre una declaración tan decisiva. Se requiere mucha templanza para algo así y Cambara supone que a Dajaal le sobra. Además, demuestra una lealtad a toda prueba y una autoestima envidiable al embarcarse en un ritual tan delicado.

—Bile es el mejor, de eso no hay duda —dice Dajaal.

Cambara sonríe tímidamente y aparta la mirada, diciéndose que todas las palabras que Dajaal ha empleado en elogio de Bile para describirlo ya han sido dichas antes. Y he ahí el problema; en un panegírico, uno se ensalza a sí mismo tanto como al objeto de alabanza.

Al ver que Dajaal vuelve a la carga con sus encomios, Cambara lo ataja.

—Basta. Parece que estás hablando en su funeral. Bile está con nosotros y seguirá vivo mucho tiempo.

Dajaal se calla inmediatamente.

En silencio, ambos advierten la fragilidad de la persona que los une. Una pena que Bile no esté allí para decirles a los dos, como haría un padre con sus dos hijos peleonos: «Ya está bien. Dejadlo». En ese instante a Cambara se le ocurre que Dajaal y ella se parecen porque actúan con valentía temeraria, esa clase de coraje inimitable capaz de dejar huella en Mogadiscio, una ciudad que ha caído presa tanto de las maquinaciones de los señores de la guerra como de las misteriosas costumbres de los ulemas y los tribunales religiosos al reclamar su tajada de apoyo divino. La única diferencia es que ella no ve nada malo en confiar en la valentía de Dajaal para hacer el trabajo sucio, mientras no haya de presenciarse ni tenga conocimiento de primera mano de que se perpetra la violencia. Y es obvio que él todo lo hace por Bile. Ella, al igual que Bile, no se acerca a la escena de un crimen donde se ha derramado la sangre de otra persona. Aun así, Bile no puede ignorar lo que ocurre. Desgraciadamente, así es como funcionan las sociedades, gracias a que hay un puñado de hombres que se manchan las manos de sangre hasta los codos.

Evitan mirarse, Dajaal concentrado en la conducción y Cambara intentando distraídamente ponerse la alianza. Permanecen callados, igual que una pareja casada tras una riña. De repente ella advierte un cambio en el paisaje y, observando a su alrededor, detecta la presencia de un joven y enseguida reconoce a Qasiir, el sobrino de Dajaal, acercándose. Están en el primero de los controles vigilados por los muchachos de Qasiir, que ahora, levantando la mano en señal de que ha reconocido a su tío, aparta la barricada de alambre de espino que obstaculiza la carretera frente al vehículo. Tras tres paradas más y muchas muestras de camaradería, están por fin ante la cancela, que se abre para que Dajaal entre con el coche.

Cambara oye entonces a alguien recitando de viva voz un texto que a ella le es sumamente familiar, porque es ella misma quien lo ha escrito.

—Por favor, acepta mis disculpas —dice Cambara a Dajaal abriendo la puerta del coche para salir del vehículo—. No era mi intención ser tan brusca.

—Haría cualquier cosa por Bile —dice Dajaal.

Saliendo del vehículo mientras Dajaal le sostiene la puerta, antes de dirigirse a la sala de donde sale la voz que ensaya el texto, Cambara siente que la adrenalina le sube a la cabeza, privando así al corazón de la cantidad necesaria para continuar con su rítmico latido. Se conmueve al escuchar ensimismada las palabras escritas de su puño y letra recitadas con tanta elocuencia. Justo cuando se acercan el parlamento pierde fuelle, porque Gacal se avergüenza de pronto y se paraliza. Una lástima, porque su voz la ha impresionado, suena exactamente como lo había imaginado.

—¿Por qué ha parado? —pregunta Cambara.

—No lo sé —dice Dajaal, de pie junto a ella.

Una mosca, ruidosa como un verano tropical en pleno apogeo, zumba delante de ella, rondándole cerca de los ojos, y Cambara la espanta. Entonces Gacal retoma el texto con aplomo, dirigiendo a Cambara sus palabras, pero como si actuara para un

público imaginario.

—«Érase una vez un aldeano que salió sólo en busca de su hijo y la media docena de vacas que el muchacho llevaba a pastar de mañana por los campos...».

Hay en su voz una delicadeza muy grata al oído, como si el dueño de esa voz supiera de las grandes esperanzas puestas en él e hiciera todo lo posible para no defraudarlas. Cambara cree que con tiempo, un poco de ayuda y unas horas de ensayo conseguirá pulir los altibajos que detecta al escuchar el texto. Nada es insalvable, está convencida de que será capaz de solucionarlo en un par de días, si se le da la oportunidad y contando con la buena disposición de Gacal.

Se queda callada, casi en trance, reflexionando. El comentario de Dajaal la saca de su estupor.

—El chico es bueno.

Cambara necesita un instante para recuperar la compostura y un poco más para recuperar la voz.

—Gacal tiene el timbre de un actor que ha educado la voz. Qué alegría haber tropezado con él —dice Cambara.

—¿Dónde lo encontraste?

—Apareció en el hotel donde me alojo.

—¿Conoces su historia?

—Extraordinaria.

Y antes de darle ocasión de ahondar en los detalles, Cambara avanza con decisión hacia el vestíbulo, con Dajaal tras ella, como asegurándose de mantenerse cerca, de protegerla de todo mal. Al llegar a la cancela, Cambara se detiene con la mano en alto, los nudillos a punto pero sin llamar a la puerta. Da la impresión de no poder creer en su buena suerte, pero no toca madera, porque la puerta es de metal macizo. Entonces huele la comida que alguien prepara en el patio, patatas hervidas y cebolla friéndose en una sartén, un casete donde suena una canción somalí. Y nuevamente oye recitar, la voz grave plenamente formada de un muchacho que bien podría llegar a ser tenor.

—Por favor —dice Dajaal y, cuando ella se vuelve, se introduce en el hueco que deja, inclina la cabeza con deferencia y, empujando la puerta, se disculpa—: Por favor, hazte a un lado.

La trata como si fuera de la realeza. «¿Cuánto va a durar?», se pregunta Cambara. No puede ser y no será, no mientras esté con Bile. Quizá toda esa galantería sustituye al ramo de flores que un hombre obsequia a la mujer que quiere conquistar o a las cenas en restaurantes a los que la lleva. Además, Bile no está en su sano juicio, ¿verdad? Vivir los tiempos anómalos de una guerra civil significa que habrá que conformarse con lo que haya.

Al entrar, encuentran a los guardias armados sentados alrededor del fuego donde Pelo Sedoso cocina, sin quitar ojo a dos ollas.

—Tendréis la cena lista en unos minutos —dice Pelo Sedoso, más bien

dirigiéndose a los jóvenes que a Cambara o Dajaal—. Hasta entonces podéis ir a escuchar a Gacal. Nos lo estamos pasando muy bien.

—Bien hecho —le dice Cambara, acariciándole la cabeza.

Se encamina al salón, donde para su grata sorpresa encuentra un escenario: dos tablones, que Seamus ha unido con clavos, bastan para satisfacer sus propósitos inmediatos.

—Seamus es un trabajador prodigioso —dice Cambara, a nadie en particular.

Entonces se quedan mirando a Gacal mientras recita los parlamentos, ensayando y adoptando varios papeles sucesivamente, ora hablando como un hombre mayor, ora como el joven pastor desaparecido al que el aldeano sale a buscar justo antes del anochecer. Una celosía de sombras, más tenues en la periferia y más oscuras en el centro, deja anonadados a Dajaal y Cambara, que sólo pueden contemplarlas, confusos, sin llegar a descifrarlas, por lo menos al principio. Sin embargo, Cambara pronto identifica el origen de las sombras y deduce que alguien juega con espejos de varios tonos e intensidades del color.

—Es Qasiir. Con un espejo emite mensajes en clave —dice Gacal—. Eso significa que todo va bien y no hay de qué preocuparse —se acerca con la intención de saludar a Cambara con un abrazo, pero al final le faltan arrestos y al instante recupera la voz de un chico de su edad, en los primeros años de la adolescencia—. Es divertido ensayar, mientras Pelo Sedoso cocina y Qasiir hace el tonto con los espejos.

Cambara está impresionada de que los dos chicos hayan tomado la iniciativa por su cuenta, señal de que, si se los guía por el buen camino, lo harán bien.

—Todos os estáis portando de maravilla. Es estupendo.

Entonces Gacal vuelve al papel que Cambara ha ido perfilando de él. Saca una grabadora de una de las bolsas de Cambara y la pone en marcha. Cambara escucha un montaje de voces, la suya propia mezclada con la de Gacal, y, superpuesta a ambas, la de Pelo Sedoso. Se da cuenta de que Gacal ha estropeado la cinta, que es una copia de otra. Por suerte no trajo la original. No le riñe.

—¿Cómo habéis conseguido mezclar las voces? —le pregunta, acercándose a ellos, con voz dulce y maternal.

—Poniendo varias cintas y grabando también Gacal y yo nuestra propia canción —dice Pelo Sedoso—. También me lo paso bien cocinando. Hay que darles de comer —añade señalando a los jóvenes milicianos, que se mueven inquietos ante la idea de comer caliente, sin importarles quién cocine siempre que alguien lo haga por ellos.

Dajaal ya tiene suficiente y no está de humor para consentir a nadie. Cuando Gacal se une a ellos, Dajaal se acerca a Cambara y, procurando ser cortés con los dos muchachos, a los que ella prodiga toda clase de atenciones, le habla en voz baja.

—Para hacer bien mi trabajo de guardaespaldas y velar a toda costa por la seguridad, debo dormir lo necesario. Ha sido un día largo y tengo que volver a casa. Vamos, por favor. Os llevaré a ti y a los chicos al Maanta y pasaré a ver a Bile antes de dar el día por terminado. ¿Tienes inconveniente? —y, dicho esto, se va al coche a

esperar.

Los chicos han retomado los ensayos. Cambara espera un par de minutos hasta que llegan a una pausa de sus diálogos donde cree que no les molestará una interrupción y aplaude, mirando ora a Gacal, ora a Pelo Sedoso. A este último le pregunta:

—¿Está lista la comida para los jóvenes armados? Porque debemos irnos, volver al hotel. Nosotros tres cenaremos allí.

Unos minutos después, Pelo Sedoso le anuncia:

—La comida está lista.

Cambara le pide que Gacal y él recojan sus cosas y las de ella también, para poder marcharse al hotel. Hacen lo que se les dice con la misma presteza que los jóvenes armados se abalanzan sobre las cazuelas como lobos hambrientos, uno o dos de ellos casi quemándose y discutiendo con avaricia.

Entonces Cambara recuerda una broma que hacía siempre con su hijo, porque está satisfecha de cómo ha ido el día y se siente con ánimos.

—El último que llegue al coche es el cerdo con el hocico más corto —dice de repente, y echa a trotar. Gacal y Pelo Sedoso no se inmutan, quizá porque la broma de convertirse en un cerdo con el hocico más corto les parezca poco ofensiva. Así que se toman su tiempo a propósito, como si quisieran exasperarla, y recogen sus bártulos despacio y luego, con expresión adulta, en silencio, se reúnen con ella y Dajaal en el vehículo.

Cambara ya se ha dado cuenta de lo que se traen entre manos y decide mostrarles que no es ninguna incauta.

—Chicos, ha sido un día largo —les dice—. Daremos las gracias de antemano a Dajaal por su paciencia y generosidad y nos acostaremos temprano, los tres, apenas cenemos.

Y eso es lo que ella hace: se acuesta temprano, poco después de tomar la cena que pide que le lleven a la habitación. Está tan cansada que no consigue dormirse. Intranquila, enciende las luces para leer, pero los ojos se le cierran sin obedecerla, mientras su mente sale disparada, como un chiquillo consentido de paseo con su madre, ora correteando y tomándole la delantera, ora rezagándose, y recoge recuerdos que contempla fugazmente. Cambara examina en detalle cómo ha sido su vida los últimos días, aunque sea para decidir qué más debe hacer si pretende no apartarse de ese camino.

Cree que ha llevado una rutina excesivamente sedentaria desde su llegada, sin apenas hacer ejercicio, dejando que sus músculos se atrofiaran. Curiosamente, a pesar de todo, se siente lúcida, gracias a Dios: la propiedad de su familia vuelve a estar en sus manos y puede hacer con ella lo que mejor le parezca. Aun así, le preocupa que Bile caiga en estados de abandono más oscuros. A partir de ahora ella tendrá que dividir equitativamente su tiempo entre los intereses personales y los profesionales. Al día siguiente pasa varias horas viendo el modo de organizarlo.

Mirando el teléfono como si quisiera oírlo sonar, se pregunta cuándo la llamará Raxma para darle las noticias que haya recabado acerca de los padres de Gacal. Bien entrada la madrugada por fin se queda dormida, no sin antes recordarse que debe desentrañar aún muchas cosas también sobre Pelo Sedoso.

Veintiocho

Cambara se despierta, aturdida, al oír el teléfono sonando en su habitación. Alarga una mano para contestar y, con los ojos aún cerrados, se pregunta quién puede estar llamando a una hora tan intempestiva. Quizá Bile para darle las gracias por el magnífico racimo de uvas con que lo obsequió y que tan a gusto compartieron. En el instante mismo de agarrar el auricular y abrir los ojos, susurrando apenas un «Hola, ¿quién es?», se da cuenta de que está cometiendo dos errores: uno, es más tarde de lo que pensaba, ya deben de ser entre las ocho y media y las nueve de la mañana, y dos, no vio a Bile, ni le dio ni compartió uvas con él en la vida real sino en un sueño que la llamada telefónica ha interrumpido.

Así se lo confirma la voz de una mujer al otro lado de la línea.

—Aquí Raxma, con las últimas noticias —dice—. ¿Estás despierta, lista para recibirlas?

—Un momento, Raaxo —se toma un instante para consultar su reloj, que está junto a la cabecera de la cama, ve que son las nueve menos cuarto y se dice que ya tendría que estar levantada, haber desayunado y haberse preocupado por los dos chicos a su cargo, para saber cómo les ha ido la noche. Se incorpora, se coloca una almohada en la espalda y dice—: Te escucho.

La voz de Raxma suena próxima, como si hablara desde la casa vecina.

—He hecho varias llamadas y puedo confirmarte buena parte de lo que te ha contado el chico.

—Eres un consuelo para mí —dice Cambara (las dos amigas alteran el nombre de la otra, de manera que Raxma abrevia el de Cambara a Cambo, que significa «manzana», y Cambara cambia el de Raxma a Raaxo, que significa «consuelo»)—. ¿Qué hora es allí? No me digas que has esperado levantada para llamarme, porque debe de ser casi la una de la madrugada.

—¿Qué menos voy a hacer por una amiga?

—Gracias, de verdad.

—Bueno —Raxma hace una pausa antes de seguir hablando—: Los padres de Gacal, de nombre Qaali y Omar, vivían en Duluth, Minnesota, hasta que Omar encontró un trabajo de asesoría de dos años en Nairobi, y la madre del niño, Qaali, se trasladó a Ann Arbor, Michigan, para terminar el trabajo obligatorio para un curso de posgrado en esa universidad. Justo antes de que Qaali se marchara a hacer el trabajo de campo en antropología a un pueblo remoto del pueblo de Dogon, puesto que estaba estudiando la cultura tradicional de esta etnia, ella y Omar acordaron la fecha en que se verían, al cabo de tres meses, cuando Qaali iría a visitarlos a Nairobi. Por lo que sé, se comunicaban siempre que podían. En la región de Malí donde ella estaba,

los teléfonos eran inaccesibles y el correo electrónico una quimera, porque con frecuencia había cortes de luz que a veces duraban más de una semana.

—Dime qué sabes de ella.

—Me han descrito a Qaali como una mujer muy decidida, con el firme propósito de recuperar el tiempo perdido y resuelta a acabar su doctorado antes de los cuarenta años. Ese era su segundo matrimonio; para Omar, el primero. Ella tenía hijos de otro hombre; él, ninguno, aparte del hijo de ambos. Añádele el hecho de que Omar era cinco años más joven y el que tenía trabajo y dinero. La familia solía evitar la compañía de otros somalíes y decidieron trasladarse por las maledicencias de algunos somalíes afincados en Minnesota acerca de la diferencia de edad entre ambos y sus respectivos salarios.

—Compadezco a Qaali, me gusta esa mujer —dice Cambara.

—Sabía que te gustaría.

—Entonces, ¿no tenían amistades entre los somalíes?

—Sólo tenían amigos estadounidenses, que la llamaban «Preciosa», una traducción directa de su nombre somalí, Qaali. Es el típico caso de una mujer somalí que se reinventa para ser norteamericana. Sospecho además que sea «Precious», y no Qaali, el nombre que ostente su pasaporte estadounidense, algo que debemos tener en cuenta si queremos dar con ella —dice Raxma—. Pues bueno, Qaali y Omar hablaban un poco de somalí con Gacal, su hijo, e inglés entre ellos. No querían tener nada que ver con las historias de los clanes, ni el de él ni el de ella, daba igual.

—Una curiosidad, ¿cómo has obtenido esta información?

—No me interrumpas. Espera.

—Continúa.

—¿Qué te estaba diciendo?

—Que no querían tener nada que ver con las historias de los clanes.

—Pero eran nacionalistas y querían que su hijo tuviera mundo —prosigue Raxma—. Mientras aún era un niño maleable quisieron que hablara el idioma, que conociera la cultura somalí y aprendiera el árabe necesario para que fuese una herramienta útil en el futuro. Creyeron que un puesto bien remunerado en Nairobi llegaba como caído del cielo, puesto que le concedía a Qaali varios años para dedicarse a sus estudios, al tiempo que Omar y Gacal estarían lo bastante cerca de Somalia para ir de visita a menudo. Así que, quince días antes de la fecha en la que Qaali debía visitarlos, Omar compró billetes de avión para que los dos hiciesen el primero de los que creían que iban a ser muchos viajes. Omar pensaba hacer un rápido reconocimiento de la ciudad y decidirse por un hotel donde la familia pudiera pasar cuatro semanas reunida cuando Qaali se encontrara con ellos en África oriental.

—¡Háblame de la semana de la visita de Qaali...! —la interrumpe Cambara.

—No había nadie en casa cuando ella telefoneó, porque estaban ya en Mogadiscio —continúa Raxma—. Una cosa que debes saber es que fue hasta la ciudad más próxima para hacer la llamada, puesto que no había teléfonos disponibles en la aldea

donde estaba haciendo su trabajo. Así que se quedó en la ciudad un par de días más, llamando a Omar al móvil, a su línea personal de la oficina, a casa por las noches y, tras varios intentos infructuosos, a la escuela donde habían matriculado a Gacal. Allí tuvo la suerte de que el director del centro se comprometiera a indagar en la desaparición de Gacal. Dijo que era su mejor alumno y que toda la clase le echaba de menos. Por lo visto Gacal era «un chaval adorable». Le pidió que volviera a llamarlo en un par de días y fue entonces cuando le contó que había sabido que su marido había viajado a Somalia y pensaba estar de vuelta después del fin de semana, pero que nadie había vuelto a tener noticias suyas ni de Gacal.

—¿Qué hizo Qaali?

—Fue en avión hasta Nairobi, una ciudad que ella no conocía —contesta Raxma—. Tenía poco dinero, así que buscó un hotel barato para pasar la noche. A la mañana siguiente fue al lugar donde trabajaba su marido, aunque allí no pudieron decirle más de lo que le había comunicado el director de la escuela, ni este le pudo dar novedades cuando pasó a visitarlo. Qaali no se molestó en hacer averiguaciones entre las decenas de miles de somalíes que viven en Nairobi, alojándose en un hotel caro y frecuentando las cafeterías, los salones de té y los restaurantes, puesto que estaba convencida de que Omar no mantenía trato con ellos. Dos días después viajó en una avioneta de doce plazas que transportaba *qaat* a Mogadiscio, en busca de su marido y su hijo, a los que habían visto sanos y salvos cuando planeaban una visita de fin de semana a la ciudad.

—¿Y después?

—Después ya no se sabe nada de ella. Desapareció.

Muda de asombro, Cambara no es capaz de articular palabra. Respira hondo, se acomoda en la cama para pensar por dónde continuar.

—¿Cómo has conseguido esta información? —pregunta tras una breve pausa—. ¿Con quién has hablado?

—Primero llamé a información y conseguí el número de Duluth a nombre de Omar —contesta Raxma—. Allí hablé con una mujer que aseguró no conocerlos, pero que me puso en contacto con la inmobiliaria a la que alquilaban el apartamento, pero la agencia al principio tampoco encontró a Omar o a Qaali en el registro de sus clientes. Luego caímos en que ella constaba como «Preciosa», no Qaali. Volví a llamar a información, una vez me enteré de que estudiaba un posgrado en Antropología en la Universidad de Michigan. Y hablé con el jefe del departamento, su supervisor, e incluso con la secretaria, los cuales contestaron a mis preguntas de buena gana. Allí la conocían por el doble nombre de Qaali-Preciosa. Por lo que a los estadounidenses respecta, Qaali ha desaparecido en ese vasto continente llamado África y no tienen medios para rastrear su paradero. No está en Malí, por lo menos no en el pueblo de Dogon donde presuntamente desempeñaba su trabajo. La última llamada telefónica que hizo fue para hablar con el jefe de su departamento, pero como no estaba, informó a la secretaria de que quizá necesitara una prórroga, porque

iba a Nairobi y de ahí a Mogadiscio en busca de su marido y su hijo, que esperaba estar de vuelta en cosa de un mes. Lamentablemente no se ha sabido nada de ella desde ese día. Y luego hablé con el director de la escuela de su hijo en Duluth, que fue el último en hablar con ella. Finalmente consulté a nuestra amiga Maimouna, que lo sabe todo de derecho internacional, pasaportes y demás, y pudo ayudarme a recabar muchos de los detalles. Temo que se haya obsesionado con la historia, pero ha sido de gran ayuda.

Cambara sonríe al pensar en su amiga embarcándose en ese sinnúmero de indagaciones. Luego le pregunta a Raxma cuáles son los apellidos de Qaali y Omar, así como otros particulares, y, tras darle el número de fax del hotel, le pide que mande las fotografías de los dos adultos, si puede conseguirlos.

—A falta de otra cosa, la universidad te facilitará una de los archivos policiales.

—¿Estás segura de que no quieres dejarlo?

—Y ya que estás, consígueme también los nombres con que se los conoce en sus respectivos clanes.

—¿Con qué fin?

—Para identificarlos, por supuesto.

—¿No tienes mejores cosas que hacer, Manzana mía?

—No, Consuelo. Ya no. Estoy decidida.

Se ríen hasta que les duelen las costillas.

—Prefiero pedirle a Kiin que intervenga —dice Raxma—. Para empezar, tiene contactos mucho mejores que los tuyos y, además, puede implicar a la Red de Mujeres más rápido que tú. La organización echará una mano gustosamente. Voy a hablar con Kiin inmediatamente y la embarcaré en la búsqueda de la madre de Gacal —anuncia Raxma—. Tengo que hablar con ella mañana, para que nos ponga a Arda y a mí al día de tus asuntos. ¿Por qué no me dejas? Ya tienes bastante con lo tuyo.

—Porque Gacal es mi precioso hombrecito y lo adoro.

—Lo digo muy en serio, deja que Kiin intervenga.

—Insisto.

—¿Cómo van tus cosas, por cierto? —pregunta Raxma.

—No puedo quejarme, no puedo quejarme.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Todo saldrá bien —dice Cambara—. Llaman a la puerta —añade, aunque no es cierto—. Hablemos mañana o pasado mañana. Sobre esta hora. Si no me llamas tú, te llamo yo.

—Cuídate, Preciosa Manzana.

Al colgar, Cambara siente el peso muerto del teléfono y lo deja caer. «¿Qué sabes?», se pregunta. Que Raxma y Kiin hablan con frecuencia y que ponen al día a Arda de sus actividades cotidianas. ¿Qué otros planes, de los que ella no tiene conocimiento, habrá en marcha?

Tras una ducha, Cambara pide el desayuno en su habitación. No se siente con

fuerzas de ver a nadie, especialmente a Gacal, porque sabe que el mero hecho de tenerlo delante la dejará por los suelos, tampoco a Kiin, que seguro que querrá conocer sus últimas andanzas, ni a Pelo Sedoso, con quien tenía intención de hablar hoy, pero por el momento no se siente con fuerzas.

Despachado el desayuno, intenta leer *La buena gente del campo* de Flannery O'Connor, pero es incapaz de concentrarse y pasa las páginas sin retener nada de lo que ha leído. Entonces suena el teléfono y, al contestar, oye una voz de hombre con la que no está familiarizada, la voz de Bile.

—Te llamo sólo para que sepas que estoy bien.

Parece en plena forma y hablan con extraordinaria facilidad de esto y aquello, sin mencionar siquiera lo que pasó en su casa el día anterior: él no le hace preguntas al respecto y ella no alude en ningún momento a lo sucedido. En cambio, Bile menciona en un momento dado sus charlas con Seamus y Dajaal a propósito de las máscaras y reitera que la idea de «estreno restringido», que ha sido su propuesta desde el principio, reduce los riesgos, puesto que no despertará el encono de los islamistas que se oponen al montaje de cualquier obra, con o sin máscaras, y además no dará argumentos a las partes que han salido perdiendo en el proceso de recuperar la propiedad de su familia.

—¿Cuándo nos vemos? —pregunta Bile luego.

—Dímelo tú —contesta ella.

—Iré a verte a la propiedad.

—Te espero con ganas.

Al colgar, Cambara siente que le levanta el ánimo un recuerdo del sueño de la noche anterior, en el que Bile y ella estaban a solas cerca de una improvisada barraca. Aun así están muy serenos, sentados a la dulce sombra de un mango cargado de fruta. Comen uvas de un cuenco y, al meterlas uno en la boca del otro, sus dedos se tocan y los labios, los ojos, los rostros de ambos están enmarcados por trazos de felicidad. Allí cerca, dos chicos recién entrados en la adolescencia juegan medio desnudos en el agua, salpicándose alborotadamente y jugando a lanzarse la pelota con manifiesta satisfacción.

Entonces Cambara detecta la presencia en el cielo de un halcón gris de tamaño mediano que observa largo rato la escena desde las alturas, hasta posarse al fin en una rama de un mango próximo. El halcón anida allí en calma y, cuando Cambara vuelve su atención a aquellos alrededores, que tan hondo significado tienen para ella, las alas anchas y cortas del halcón se agitan de pronto, como si fuera a levantar el vuelo o quisiera recordarle su presencia, decidiendo su próximo movimiento.

Antes de que se dé cuenta, el halcón desciende, sin miedo, y se posa en silencio muy cerca de donde Bile y ella siguen tomando las uvas, tocándose, en los prolegómenos del amor. Curiosamente a ninguno de los dos parece importarle la presencia, convencidos ya de que el halcón no representa un peligro y se alimenta de los insectos de la fruta que pululan en las inmediaciones. Cuando llegan los dos

muchachos divirtiéndose, entablado combates amistosos, corriendo de aquí para allá y retozando, el halcón parece no aprobar sus juegos y, lanzándose hacia ellos, empieza a perseguirlos. Apenas ha podido Cambara preguntarse la razón de ese comportamiento cuando se percata de que el halcón se ha lanzado en persecución de una serpiente de cabeza grande, a la que atrapa con sus poderosas garras, desmembrándola al instante.

Entonces alguien que parece ser Dajaal se acerca por la izquierda a espantar al halcón, ahuyentándolo con comentarios indecorosos. El ave está disgustada porque la echen de ese modo y tener que abandonar la serpiente muerta y destripada. Cambara mira a Bile, con la esperanza de que intervenga y convenza a Dajaal de que deje al halcón y su presa en paz.

Al principio Bile no hace nada. Espera a ver cuáles son las intenciones de Dajaal y si es capaz de interpretarlas. Dajaal recoge la serpiente con cuidado y se aleja con el cadáver, dejando una estela de sangre. Se acerca hasta el lugar donde los dos chicos retozan en el agua, compitiendo, y les arroja la serpiente. Los muchachos chillan de miedo. Se zambullen en el agua y sólo salen a la superficie cuando han alcanzado la zona profunda de lo que parece un lago. Gacal llama a Cambara: «Auxilio, por favor».

Enojado, Bile se pone de pie tan de repente que vuelca el cuenco de uvas y las derrama por el suelo. Encolerizado, tiembla sin alcanzar a decir nada. Contempla furioso, en silencio, la figura que ya no es un doble de Dajaal, sino un hombre que se parece a Zaak, aunque se diría que más joven y mucho más robusto. Bile exige a ese doble de Zaak una explicación, pero enseguida queda claro que esa figura, que guarda un parecido con Dajaal, por lo que a Cambara concierne, y a Zaak, por lo que concierne a Bile, carece de explicación que ofrecer. Así pues, Cambara empuña un garrote para golpearlo, pero sale huyendo. Cambara corre tras él, contenta de que desaparezca de la escena.

En mitad de ese sueño el teléfono suena y Cambara se despierta sobresaltada. Contesta, empapada en sudor, con el corazón laténdole raudo como un perro de presa persiguiendo a un zorro. Oye a Raxma al otro lado de la línea.

—Un momento...

Cambara no sabe cómo interpretar el sueño, pero la complace que, a diferencia de un sueño anterior, en el que también había cuatro personajes (Arda, Wardi, Dalmar y ella misma sentados a una mesa para cenar), en este nadie muera. También siente que se afianza en su vínculo con Bile, a quien ha visto a primera hora de la mañana en el sueño y con quien acaba de hablar en la vida real.

Al salir de la cama, se pone ropa de trabajo —una camisa vaquera con broches, vaqueros y zapatillas deportivas—, sale de la habitación y baja la escalera, sintiéndose fortalecida al pensar que de ahora en adelante se concentrará en igual medida, por así decir, en conocer a Bile de la manera más íntima posible, montar la obra cueste lo que cueste y dar con el paradero de Qaali, bajo el alias con el que se

haga llamar.

Mientras baja y pasa por la recepción, se le ocurre que desde el hotel manden un correo electrónico al programa que se emite cinco días por semana en el servicio somalí de la BBC, *Personas desaparecidas*, que cuenta con el apoyo local de la Cruz Roja Internacional, en el que pidan que Qaali se ponga en contacto con Raaxo Abduraxman, el nombre que acaba de inventarse, en el Hotel Maanta, para informarle acerca de su hijo Gacal. Luego le deja a Irrid, el subdirector del hotel, el recado de que espera contestación de una tal Raaxo Abduraxman en relación con Gacal. De un modo u otro, está segura de que recibirá el mensaje de Qaali, en caso de que llegue alguna vez.

Instantes después, deambulando sin rumbo, se halla en el extremo de la cafetería del restaurante, con su cuaderno de notas abierto, y empieza a confeccionar una lista de sus necesidades inmediatas. No ha avanzado mucho en la labor cuando llega el camarero. Habiéndole servido ya el desayuno en la habitación, le trae su habitual botella de agua mineral con un par de rodajas de limón en un platito y le pregunta si desea algo más. Cambara pide el tentempié de media mañana: té con galletas. En cuanto el hombre anota la comanda y se vuelve para irse, el recuerdo del sueño de la noche anterior, unido a la conversación con Raxma, sobre todo el comentario de que Kiin y ella hablan a menudo por teléfono, le recorre de nuevo el espinazo. Reflexiona sobre qué debe hacer. En el vahído de la preocupación, piensa que la única manera de salir de ese lamentable estado de ánimo es actuar. Recrea la conversación con Raxma y el sueño, repasa las escenas una segunda y una tercera vez con la esperanza de valorar todas las interpretaciones posibles. En otro repaso exhaustivo, donde recuerda también el ofrecimiento de Bile a visitarla, se concede el lujo de estudiarlo desde todos los ángulos posibles, decidiendo al fin que lo mejor será trasladarse del hotel a la propiedad de su familia.

La decisión la impacta vivamente y la sobresalta al punto de que no es capaz de volver sobre los pasos de la lógica que la han llevado a semejante conclusión: abandonar el hotel y alojarse en la casa de su familia. El estómago le borbotea, susurrando en los confines de sus vísceras, como la cisterna de un inodoro. Su agitación le concede una tregua de autocontrol momentáneo cuando ve llegar al camarero.

Le sirve el tentempié: una tetera llena, galletas, injera untada con miel y dos rodajas de mango, tan dulce que se le hace la boca agua con sólo olerlo. Esto último no lo ha pedido, pero no piensa pedir que se lo lleve por si vienen los chicos, como otras veces. Cambara cree, aunque no tiene medio de corroborarlo, que incluso el camarero ha advertido por su semblante que está afligida y se pregunta si tiene sentido apartar la mirada. Por más que quiera, no hay modo de medir la insensatez que supone marcharse del hotel, en el que tan a gusto y a salvo ha estado, para trasladarse a la propiedad familiar, en la que no ha pasado nunca la noche, puesto que sus padres sólo la consideraban una inversión, ni si es un buen índice para medir su

locura.

Tampoco soporta la idea de probar bocado: el té parece intomable, las galletas duras, el pan con miel demasiado dulce, el mango un foco de las consabidas moscas e insectos. Aparta todo a un lado, pero un momento después se sirve una taza de té y, maquinalmente, le pone leche condensada y azúcar y lo remueve. Ya con un comportamiento decididamente sombrío, se pregunta por qué ha hecho tal cosa, si ella no toma el té así y nunca lo ha hecho. Piensa que acaso forme parte de los cambios que está sufriendo, de la honda sensación de distanciamiento que arraiga en su interior, hasta hacer de ella una extraña incluso para sí misma. ¿Qué será de su vida en circunstancias tan desconocidas?

¿Acaso quiere demostrarse a sí misma varias cosas a la vez? Que se muda de la provisionalidad de un hotel a una casa de su propiedad para demostrar que está tan comprometida con este país como los jóvenes armados, a los que está lanzando el desafío de que vayan a por ella si tienen agallas; que sabe que será mucho más fácil trabajar incesantemente en la obra y ofrecer una apariencia de hogar a los dos chicos a su cargo si lleva a cabo ese traslado. La intimidad es igual de importante para ella, pues estará en posición de recibir a Bile en su casa, con la intención de ocuparse de su bienestar, y conocerlo mejor sin las miradas indiscretas de camareros, botones, mujeres de la limpieza, los guardias de seguridad armados de la entrada, los vigilantes internos, el subdirector, los demás huéspedes del hotel... y Kiin. No es que pueda esperar encontrarse con Bile sin que muchos otros lo sepan. La privacidad personal es una de las víctimas de la guerra civil: la gente vive amontonada de un modo que no se concibe en tiempos de paz. No hay duda de que, si se traslada a la casa de su familia, tendrá guardaespaldas, tal vez un cerco exterior de seguridad bien armada, además de vigilantes menos armados de día y de noche. No tiene ninguna certeza de que vaya a ser más feliz o estar más segura en su nuevo hogar, pero afianzar un pie en la propiedad es un punto de partida tan bueno como cualquier campaña en la que se haya visto involucrada y eso la pondrá en marcha con un plan de batalla viable y una red de seguridad solvente, sin importar que haya que hacer frente a oponentes sanguinarios.

Hoy no hay señal de los chicos. Curiosamente no pregunta por ellos y tampoco los menciona el camarero, que ha vuelto a recoger el té, las galletas, la injera y los mangos intactos. Retira los platos sin decir una sola palabra, aunque su turbación salta a la vista de Cambara, que es consciente de su irritabilidad.

Entonces llega Kiin con la efusión de quien dispone de ternura a espaldas. Y todo son preguntas.

—Todo va a pedir de boca, ¿verdad? —dice, entusiasmada.

—Voy a irme del hotel y trasladarme a mi casa.

A Kiin la idea le parece tan descorazonadora que pierde la serenidad para preguntarle por su visita a Bile, que no anda bien, por la llamada telefónica de Raxma, que quizá haya vuelto a hablar con Kiin, y acerca de la propuesta que al

parecer ha hecho Bile de invitar a un público selecto al estreno de la obra, por ser demasiado controvertida para extenderla a todo el mundo.

—Voy a mudarme a mi casa, que hemos recuperado gracias a los esfuerzos que tú y otras muchas personas de buena voluntad habéis hecho. Siento que de otro modo todos vuestros logros habrán sido en vano, algo comparable a lo que en boca de un pastor somalí sería derramar leche en la sedienta arena del desierto.

Kiin mira a Cambara como si el centro de gravedad de la conversación estuviese de pronto en terreno pantanoso. Busca en su amplio repertorio de salidas ocurrentes, tratando de demostrar que nada la desconcierta.

—¿Crees que es una buena idea hacer eso ahora? —pregunta.

Cambara es selectiva en lo que le dice a Kiin. Omite cualquier alusión a su sueño y a la conversación con Raxma, de donde partió la idea de trasladarse. Aun así, subraya la motivación profesional de su entusiasmo.

—Así será más fácil, habrá más continuidad —y entonces pone el debido énfasis en su enorme deseo de mostrar a Kiin su gratitud—: Me mudo a la casa en prueba de mi aprecio hacia todos los que habéis contribuido a su recuperación, en especial a ti, Farxia y Dajaal —y añade—: Daremos allí una fiesta antes de estrenar la obra, ¿qué te parece?

—Pero ¿por qué?

—Me muero de ganas por volcarme en el montaje de la obra —dice Cambara y luego continúa—: Me espera un montón de trabajo. Necesito empezar a ajustar el texto, ensayar, hacer audiciones...

—Hay tiempo de sobra, ¿no crees?

Impaciente, Cambara la interrumpe.

—Ha sido maravilloso estar aquí y disfrutar de tu generosa amabilidad. Muchas gracias, todos habéis sido cariñosos conmigo y me habéis ayudado lo indecible, procurándome algo mucho más valioso que el maná celestial, teniendo en cuenta las circunstancias —le dice.

—¿Has hablado de esto con alguien más?

—No, con nadie.

—Pero ¿por qué?

Cambara no desea poner en evidencia la falta de privacidad, la necesidad de depender de otros para llevar a cabo las tareas más cotidianas, cosas que entorpecen mucho su vida en Mogadiscio. Una desazón antigua regresa. ¿Trasladarse a la casa la liberará de esas exigencias diarias? ¿No pasará a depender aún más de otros para que la protejan? Kiin guarda un largo silencio y Cambara la observa, con las ideas agolpándose en su cabeza. Puesto que es propio de Kiin precipitar un obstáculo en su afán por apartarlo, Cambara se anticipa a su iniciativa y la cancela de un solo movimiento en una frase.

—A ser posible, me gustaría trasladarme enseguida y para ello requeriré tu ayuda —dice.

Kiin mira fijamente su teléfono móvil, como si quisiera que sonase en ese momento o tal vez pensando si llamar a Raxma para que intervenga. Guarda el teléfono en el bolso y dice:

—Enumera tus necesidades.

—Tu todoterreno con escolta armada, para transportar mis cosas directamente —dice Cambara—. Te agradecería que encargases la compra de un generador, un par de camas y de colchones, unas pocas cacerolas, sartenes y demás utensilios de cocina.

—Dalo por hecho —dice Kiin—. ¿Qué más?

—Nada más de momento.

Kiin endurece la voz al contestarle:

—Éstas son, como bien has dicho, tus primeras necesidades. Me sorprende que alguien que pretende asentarse en terreno de batalla, abandonando las comodidades y la seguridad de un hotel y poniendo en riesgo su vida de manera prematura, no tenga más cosas en esa lista. ¿Qué hay de guardaespaldas, pistolas, no menos de dos carros de combate...? ¿Estás segura de que no necesitas nada más?

—Estoy segura.

—¿Ni *walkie-talkies* ni nada por el estilo?

—Mantendré aquí mis habitaciones, desde luego.

—Por supuesto.

—Y cuando la cocina en casa no esté en marcha o si me canso de comer entre ensayos, me ocuparé de pedir aquí la comida para llevar.

—No hay problema.

—Hay mucho por hacer —dice Cambara, inclinándose hacia delante en la silla y estirando tanto el torso que parece que vaya a salir volando por su cuenta, ansiosa por levantarse e irse.

Apremiándola a que siga sus propios instintos, Kiin le hace un gesto con la mano como diciendo que se vaya.

—¿Vamos, a qué esperas? —la espolea.

—¿Cuándo podrás tener todo listo?

—El todoterreno, el subdirector del hotel, el jefe de seguridad y la escolta armada, todos estarán a punto para llevarte dentro de media hora —dice Kiin.

—Entonces, hasta dentro de media hora.

Al ver que Kiin se marcha a organizar los preparativos, Cambara, a solas, se descubre incapaz de hacer frente a sus necesidades, en parte determinadas por una matriz de imperativos personales y otros relacionados con su obra de teatro. ¿Por dónde va a empezar? ¿Qué va a meter en el equipaje? ¿Y qué va a hacer con los chicos?

Camino a sus habitaciones, las hogueras del entusiasmo que ardían en su interior comienzan a extinguirse de repente. Se encuentra en un dilema, consciente de que se ha precipitado, pero no por eso quiere cambiar de opinión. En primer lugar pasa por recepción y saca gruesos fajos de billetes grandes, en dólares estadounidenses, de la

caja fuerte del hotel, para comprar un generador de dos mil kilovatios que abastezca sus necesidades, una nevera de tamaño modesto, una cama grande y dos individuales, colchones, colchas, sábanas, toallas de mano y de ducha, jabón, además de algo de comida, que incluya verdura y, en caso de que no haya pollo envasado de supermercado, un pollo vivo. Vuelve a dejar el dinero que no precisa de momento y cierra la caja.

Luego se centra en pensar qué ropa va a llevarse y opta por varias prendas de uso diario, ni muy ostentosas ni demasiado anodinas, más otras ropas de trabajo como la que lleva puesta, informal y chic. Elige con esmero los camiones, por si acaso. «Espero no estar haciendo que las gallinas incuben huevos de águila —se dice—. Si es así, mala suerte, será una pena». Mete también dos de las máscaras, con la idea de que sean para Gacal y Pelo Sedoso.

Dominada por un entusiasmo creciente e implacable, más parecido al principio de una gripe que anuncia su llegada inminente con un estornudo, Cambara se apresura a reunir unas cuantas cosas y sale a toda prisa de la habitación para reunirse con Kiin. Mientras cierra las puertas con llave, toma conciencia de las dificultades de vivir en varios sitios (un apartamento en el distante Toronto, las dos habitaciones del hotel y ahora la casa familiar) al mismo tiempo. Por ejemplo, tendrá que volver al hotel al día siguiente a buscar algunas otras máscaras, que prefiere no llevarse ahora por no saber cómo reaccionará al verlas en el vehículo Hudhudle, el jefe de seguridad, que parece ser un musulmán devoto. Al bajar, la maleta golpea pesadamente los escalones y en su interior oye el eco de las máscaras y Cambara levanta la maleta en alto para asegurarse de que no sufran desperfectos. Avanza dificultosamente hasta que uno de los botones se ofrece a llevarla, informándole de que Kiin la espera cerca del todoterreno. Sólo falta cargarlo para poder ponerse en marcha.

Kiin abre la puerta del vehículo en marcha para dar la bienvenida a Cambara, justo a la par que el botones entrega la maleta a uno de los escoltas armados de la tercera fila. Las dos amigas se disponen a despedirse y Kiin a desearle la mejor de las suertes, cuando el teléfono móvil de Cambara suena. Al segundo timbre, contesta.

—¿Dónde estás? —pregunta una voz de hombre.

Al principio Cambara no responde a la pregunta, porque trata de descifrar la razón de que hoy detecte un deje de gaélico en el habla de Seamus que rara vez ha oído antes. ¿Acaso está nervioso, preocupado o asustado por algo?

—¿Por qué lo preguntas? —le dice.

—Dajaal dejó un mensaje en mi teléfono, dice que la casa de tu familia fue atacada anoche y que ha habido víctimas.

Kiin muestra curiosidad, pero Cambara no le dice nada.

—Dajaal acaba de dar por terminada la operación —continúa Seamus— y ha llevado a dos milicianos del bando contrario al hospital, gravemente heridos. No son más que niños, cree que rondan los diez años.

—Estoy de camino a la casa, en un vehículo con escolta armada —dice Cambara

—. Por favor, dile que voy hacia allí y que le agradeceré que me llame para informarnos de cómo están las cosas.

—Le diré que te espere.

Seamus cuelga. Cambara no comenta nada.

Veintinueve

Cambara se sienta delante, junto al conductor, con el brazo asomando por la ventanilla y una expresión de abatimiento que, a cualquiera que la conozca, le sugeriría que probablemente está perdiendo todo asomo de temeridad.

De haberle preguntado a qué viene esa cara de circunstancias, poco usual en ella, contestaría que no es que tema por su vida. Lo que la irrita es no llevar las riendas de su propio destino, que sería lo noble. Sigue adelante con sus intrincados planes con cobardía, yéndose de cabeza a una zona de peligro y arrastrando con ella a media docena de jóvenes, al subdirector y al jefe de seguridad del hotel, que nada tienen que ganar de esa iniciativa, su propia aventura. Por si fuera poco, también la siguen Gacal y Pelo Sedoso, que han aparecido misteriosamente cuando el conductor ha puesto primera para salir y que han saltado al vehículo sin saber siquiera adónde van. Ahora están dos hileras de asientos detrás de Cambara, hablando por los codos. Espera que la imprudente decisión de trasladarse a la casa de la familia no sea calamitosa para nadie más que ella misma, porque nunca se perdonaría que otros resultaran perjudicados. ¿Por qué no se preocupa por ella? ¿Acaso porque fue ella quien abandonó las comodidades de Toronto y viajó al Mogadiscio destrozado por la guerra? Y mira cómo ha acabado: le han allanado el terreno para recuperar la propiedad familiar... No está nada mal para una madre de luto.

Suena su teléfono móvil tan de improviso que la sobresalta y pone fin a sus divagaciones íntimas.

—Pásame con tu cuadrilla de seguridad —le pide Dajaal.

Ella se vuelve alarmada, comportándose como si asistiera al asedio de un grupo de secuestradores. Busca una salida en el jefe de seguridad. Le pasa el teléfono, en la segunda fila, y le explica que Dajaal quiere hablar con él.

—Al habla —dice Hudhudle, el jefe de seguridad, y escucha.

En circunstancias normales, a Cambara se le ocurriría preguntar dónde han ido a parar los modales de Dajaal, pero no lo hace, consciente de que está tensando demasiado la cuerda, dejando al margen primero a Zaak y ahora a Kiin, al marcharse de su lado en el momento en que lo ha hecho. No se quejará ahora porque Dajaal no tenga tiempo para formalismos y use un «por favor» de más o de menos. Ella ha contribuido a hacer más excepcional la situación actual, al elevar el riesgo varios niveles. Además, la voz de Dajaal sonaba serena. ¿Por qué no ha hablado con ella y le ha pedido que diera su mensaje a la cuadrilla de seguridad? Si no lo conociera, podría pensar que considera que ella está de más simplemente por su sexo, pues la guerra, que es cosa de hombres y no de mujeres, sólo puede tratarse con otro hombre.

Mientras escucha al encargado de seguridad repetir unas palabras que le dice

Dajaal, actúa como si no se inmutara, fingiendo que lo que ocurre no es de su incumbencia o guarde poca o ninguna relación con ella y con su vida. ¿Qué instrucciones puede estar dando Dajaal para que Hudhudle no deje de intercalar en sus respuestas «señor» o cosas por el estilo?

Cambara recuerda la época lejana en que había paz en el país, todo el mundo sabía qué lugar ocupaba y cuál era su responsabilidad para mantenerla. En el orden y la naturaleza de las cosas, se oían estas fórmulas de tratamiento porque la sociedad somalí estaba en paz con su conciencia colectiva, conforme consigo misma y orgullosa de su condición, que creían única en África y en el mundo entero. Es curioso que no haya pensado mucho en ello hasta ahora, ni haya asociado estos términos con una forma ordenada de vivir desde que se instaló en el hotel. Desde luego no es que desee ni añore una taxonomía jerárquica y patriarcal en la que las mujeres ocupaban el peldaño más bajo de la escalera. Dios no lo quiera. Es sólo que siente nostalgia por un pasado en el que tu casa era tuya y no hacían falta escoltas armados para recuperarla o siquiera entrar y vivir y dormir en ella sin necesidad de un tanque en varios puntos de acceso, sólo para protegerla.

—Aquí tienes —oye decir a Hudhudle, que le devuelve el teléfono, después de anotar un número en un trozo de papel y guardarlo luego en la memoria de su móvil. Supone que Hudhudle usará el número en caso de emergencia o si hace falta ponerse en contacto con Dajaal.

Recupera el teléfono murmurando un débil «gracias» y observa el aparato, quizá con la esperanza de que le comunique una información que sólo Hudhudle conoce. Es consciente de que los datos transmitidos a Hudhudle pueden cambiar inevitablemente su vida y las vidas de los demás pasajeros si estallara un enfrentamiento. Si duda en preguntarle qué está ocurriendo, es porque no quiere que se dirija a ella con el menosprecio que los adultos emplean con los niños, los hombres con las mujeres, los lugareños con los forasteros para decir a su interlocutor que hay ciertos detalles de vida o muerte que no les conciernen. Se reserva su opinión y guarda silencio, decidiendo que sea otro el que pregunte. Curiosamente nadie lo hace, tal vez porque sus hombres saben que Hudhudle no cederá. Y, mientras, Gacal y Pelo Sedoso siguen con sus tonterías y planteándose constantes desafíos.

Cuando el vehículo se zarandea, como si pretendiera deshacerse de sus ocupantes, Cambara, con el rostro crispado y tenso a más no poder, viaja en sus pensamientos de vuelta a su infancia, la época en que vivía entre algodones y sus padres la mantenían al margen de muchas cosas «por su propio bien». Recuerda haber ido a Kismayo y de ahí a Nairobi con su madre, cuando tenía siete años, entonces estuvieron dos meses fuera. Al volver ocurrió algo increíble: oyó a Arda decirle a una vecina, al día siguiente de su regreso, que se había llevado a Cambara para practicarle la infibulación. Al principio Cambara se preguntó por qué Arda contaba semejante patraña, quería saber qué lleva a una persona respetable como su madre a recurrir a la mentira. Con más años y más experiencia, lo formularía de otro modo: ¿qué clase de

sociedad obliga a la gente a refugiarse en falsedades, disfrazando lo que beben en tazas opacas y alimentando un mito que ellos mismos elaboran, en cuya virtud son capaces de matar a sus vecinos?

Cambara participó de la mentira al repetir las mismas patrañas siempre que sometían a alguna de las niñas del barrio o de la escuela al ritual de la infibulación, diciendo que su madre había pagado los servicios de una mujer en Kismayo para practicársela. La primera vez mintió por lealtad a su madre; la segunda vez fue más fácil, ni siquiera tuvo que pensar, y con el tiempo, se acostumbró a contar aquella mentira hasta que casi acabó por creerla. Se ceñía a la versión falsa porque no quería que sus compañeras la hostigasen por considerarla impura. Y desde luego no quería que la llamaran mentirosa, pues al final había hecho suyo el engaño inicial de su madre. Y Cambara descubrió con los años que ambas recurrían a la mentira todas las veces que hacía falta para mantener a raya a los fanáticos de las infibulaciones o para conseguir que Zaak pudiera unirse con ella en matrimonio: mentiras que alimentaban otras mentiras. No decir la verdad se convierte en una segunda naturaleza para cualquiera que se desenvuelva en sociedades opresivas, pues es un medio para no enfrentarse con los adalides de un sistema de sobra conocido por su hipocresía.

La sacudida que da el vehículo al detenerse bruscamente la devuelve a lo que ocurre a su alrededor. Hudhudle sale del todoterreno y da instrucciones a todo el mundo, salvo a Cambara, Irrid, el subdirector del hotel, Gacal y Pelo Sedoso, de apearse y aguardar órdenes. Sin intención de quedarse al margen, Gacal y Pelo Sedoso deciden bajar también y siguen con sus tomaduras de pelo y sus payasadas hasta hacerle recordar a Cambara en la película *La vida es bella*, de Roberto Benigni. Hudhudle les dice a todos que irá unos pasos por detrás del resto y se reunirá con ellos en el exterior de la propiedad familiar. Entonces marca un número de teléfono, posiblemente para poner al corriente a Dajaal de su ubicación y decirle que siguen sus instrucciones.

—Supongo que todo te parecerá muy dramático, pero no te preocupes: no hay nada que temer —dice Hudhudle a Cambara—. Dajaal y yo hacemos esto sólo como medida de precaución, para esquivar hipotéticos disparos de individuos heridos o francotiradores. Cambara, tú debes hacerte invisible. Túmbate en el suelo del coche, te lo ruego.

—¿Por qué debo hacerme yo invisible?

—Vamos a pasar por la zona del combate de ayer —dice Hudhudle—. No queremos que ningún francotirador sepa que vas en el vehículo.

Cambara piensa que esquivar la muerte es distinto de hacerse invisible. Ojalá dispusiera de lo necesario para embadurnarse de hierbas y otros ungüentos mágicos que, según la leyenda popular, le hacen a uno desaparecer. Mejor aún, desearía haber nacido en la familia del clan a la que se atribuye la capacidad de no ser vistos, a la cual recurren siempre que combaten con enemigos más poderosos.

Siente que el corazón le martillea en el pecho cuando oye las palabras del

hombre:

—No temas, no te preocupes, la victoria final es tuya.

Con el vehículo en marcha, aún sin moverse, Hudhudle sostiene la puerta abierta para asegurarse de que Cambara se echa en el suelo. Al acurrucarse se golpea la cabeza y las rodillas contra los salientes del vehículo y, entre gestos de dolor, maldice tantos incordios. Entonces el subdirector del hotel, Irrid (apodado así porque le faltan los incisivos superiores, de ahí que haya una puerta, *irrid*, en su boca), sigue su ejemplo; se agacha en el suelo, en la última fila de asientos. Antes de cerrar la puerta del vehículo, Hudhudle dice:

—Buena suerte a todos.

Luego recorre la longitud del todoterreno caminando hacia atrás, con el arma en alto y a punto para disparar. El conductor pone la marcha y avanza despacio, conteniendo una carcajada al ver las estupideces que se hacen cuando la gente se acostumbra a una vida sin contratiempos.

—Qué exageración —dice.

Aunque en silencio, Cambara le da la razón.

Los jóvenes armados, entretanto, se despliegan en dos grupos y caminan muy cerca del todoterreno, dándole una protección digna de la realeza. Dos de ellos van delante, con las armas a punto y el dedo en el gatillo, y varios más flanqueándolo por ambos lados, vigilando los alrededores. Pelo Sedoso, tan acostumbrado a llevar armas, a disparar y matar, no sabe qué hacer con las manos vacías; Gacal, en cambio, se arrastra por el suelo polvoriento, como ha visto en las películas, ahogando la risa. El segundo grupo de jóvenes armados, a la zaga del vehículo, miran hacia otro lado, camuflados, como si merodearan al acecho de algo. Cambara compara esa farsa con la pantomima de un desfile de un solo vehículo en el que viaja un pontífice, un rey o un presidente, rodeado de un enjambre de guardaespaldas armados que desencadenarán el caos si hay, Dios no lo quiera, un disparo accidental.

Irrid respira con dificultad.

—Por qué no habré ido directamente al mercado de Bakaaraha en el sedán —dice—. Sólo habría necesitado una escolta discretamente armada. Resulta que sufro del corazón y me parece que la muerte me lo estuviera constriñendo.

—No sabía nada —dice Cambara.

Las buenas maneras le impiden hablar de lo acorralada que se siente en un vehículo con un hombre que resuella y sufre del corazón. Para no desmayarse, se concentra en los latidos de su propio corazón, golpeándole el pecho rítmicamente, sin dejar de oír los gimoteos de Irrid. Por lo poco que alcanza a ver el cielo desde la ventanilla, no hay nubes, sólo la vasta extensión desolada.

El conductor, con voz ligeramente trémula, dice:

—Apuesto a que no tenías ni idea de dónde te estabas metiendo al desterrar a un caudillo de una propiedad en la que estaba levantando una familia.

Ella vence la tentación de desengañarlo, pues está convencido de que tiene miedo;

no tiene miedo, podría insistir, al menos no teme por sí misma. Superó lo que podría llamarse temor cotidiano cuando enterró a su hijo Dalmar. Aun así no sabe si el conductor entenderá que se sienta culpable por los daños que puedan sufrir los demás. La invade una desazón íntima y no dice nada. Se le ocurre echarse la culpa de todo, pero de nuevo guarda silencio, pensando: «¿De qué serviría?».

—Afrontémoslo y llamemos las cosas por su nombre —se lamenta el conductor—. ¿Qué harás cuando los hombres de Gudcur vayan a por ti, con sus armas escupiendo fuego y sus bazucas «inteligentes»? Espero que hoy no salgamos mal parados, sólo por ir encerrados en el mismo coche que tú.

—No digas eso —tercia Irrid.

De pronto oyen un golpe en el vehículo y el grito de Hudhudle, instando al conductor a detenerse. Cuando el vehículo se para, justo antes de que Hudhudle abra la puerta, Irrid estalla en un acceso convulso.

—Por favor, por favor, Gudcur —suplica—, no tengo nada que ver con todo esto. Hudhudle no da importancia al desahogo de Irrid.

—Siéntate, cálmate y guarda silencio, Irrid. ¿Por qué te comportas como si nunca hubieses olido la pólvora? Soy yo, Hudhudle.

Cambara trepa a su asiento, avergonzada, como si hubiese padecido ella el arrebato. Pero está aliviada, se le nota en la cara. A lo lejos ve a Dajaal, que se mueve como un oficial del ejército dirigiendo una ofensiva con la ayuda de un variopinto puñado de jóvenes armados, a los que da instrucciones sobre cómo posicionarse en caso de emboscada. Con la mano indica al conductor que no hace falta que pare. Levanta él mismo la barrera, franqueándole el paso. Cuando el vehículo pasa por su lado y el conductor pulsa el botón para bajar la ventanilla, Dajaal se dirige a Cambara, sin ningún preámbulo ni una palabra de bienvenida:

—Bile viene hacia aquí.

Luego aparta la mirada, dejándole claro que no tiene más que decirle.

Ella piensa «¿qué más puede decirse?, ¿qué más puede hacerse?». Al mirar de soslayo a Irrid, Cambara detecta los rescoldos de la vergüenza aún vivos, más de lo que cree que le convenga al pobre diablo. Cambara se consuela reviviendo la escena en la que presenció el lamentable estado de Bile bañado en sus propios excrementos, del que no hablará jamás. Si admitiéramos que somos más débiles de lo que creemos... Débiles somos al nacer, débiles moriremos.

El corazón le pesa en el pecho más que un pie dormido, se dice, avanzando despacio hacia la casa hasta llegar al salón donde se propone preparar el texto y hacer los ensayos. Probablemente no sea hoy el mejor día para empezar.

Todo el mundo colabora para meter en la casa las dos maletas y la pequeña bolsa de mano donde lleva sus artículos de tocador, un paquete de ciruelas pasas en rodajas, uvas secas y algo de ropa; las maletas pesan más: van repletas de libros, cuadernos, libretas de bosquejos y sólo dos de las máscaras en miniatura. Mientras Pelo Sedoso y Gacal lo supervisan, Cambara pide que lleven la bolsa a su *suite*, por más que no

disponga de una cama propiamente dicha, sólo un colchón en el suelo, ennegrecido y lleno de rotos. Ruega para que Irrid vuelva con las compras antes de que acabe el día. No tiene idea de dónde está Dajaal y tampoco recuerda haber visto a Qasiir al llegar, tal vez porque iba acostada en el suelo del vehículo y no estaba en una buena posición para ver a nadie.

Estremecida por el frío desasosegante del salón, donde se demora unos instantes a solas, Cambara deja que su imaginación se eleve a las alturas para conquistar su resentimiento, someterlo a su voluntad creativa, con la licencia de hacer lo que le plazca en la casa de su familia, ahora que es suya. En ese momento, un par de imágenes acuden a ella, bajo la forma de una mujer que no se acobardará al ver la sangre o al oír las balas que pasan junto a ella. Se pregunta si la Red de Mujeres mantendrá su compromiso de apoyo incondicional en caso de que Kiin juzgue su apresurada marcha una insensatez, desconsiderada hasta el punto de acabar con todo lo que han hecho para recuperar su propiedad. ¿Seguirán apoyándola lealmente algunas de esas mujeres, en vista de su decisión por plantar batalla, con una temeridad inaudita? Se propone vivir en la casa, aunque no sepa por cuánto tiempo, y trabajar al servicio de la paz y la justicia todo lo que la situación lo permita. Cambara se imagina compartiendo su tiempo con Bile, que, por lo que se figura, no está tanto enamorado de ella como de la idea de una mujer como ella.

Cambara oye de pronto pequeños correteos, similares a los sonidos que hacen las ratas al escabullirse a un lugar seguro. No sabe de dónde procede el ruido y no acierta a saber si debe levantar la vista a los aleros de la casa o hacia la ventana, mientras su resentimiento, mezclado con una preocupante dosis de miedo, asciende en su interior por primera vez desde que se apeó del vehículo, desde las vísceras, como queriendo asfixiarla.

—Estamos aquí —dice Gacal.

La tranquiliza localizar a Pelo Sedoso y Gacal, acercándose tímidamente. ¿Por qué los niños se esconden tras las puertas o las columnas de las casas y disfrutan asustando a los adultos? Aunque al parecer los dos chicos avanzan hacia ella, Cambara tiene la extraña impresión de que no ganan terreno y que la distancia que los separa no se acorta. Los apremia a acercarse y, cuando están apenas a un metro, les dice:

—Por favor, dejémonos de sustos.

Luego los abraza y, al darles un beso en la mejilla, recuerda a un tiempo el sueño y su conversación con Raxma, de cuya combinación ha nacido misteriosamente la urgencia de trasladarse a la casa. Advierte que, aunque ninguno de los dos se ha bañado hoy, el sudor de Pelo Sedoso insinúa el olor a transpiración de un adulto, a diferencia del olor de Gacal, que, acaso porque la suya sea una piel menos grasa, recuerda a un pañal limpio. A partir de esa impresión, deduce que Pelo Sedoso debe de ser dos o tres años mayor que Gacal.

Mira a su alrededor, titubeante, sintiendo que empieza a obsesionarse con la

batalla de la noche anterior, aún sin un desenlace. Se da cuenta de que no le vienen a la cabeza ideas originales que puedan ayudarle a hacer frente a la situación. Para no mencionar el asalto a la casa, opta por un tema más anodino.

—¿Dónde estabais esta mañana? Os he estado buscando.

Gacal contesta con una evasiva.

—Aquí y allá.

—¿Dónde es aquí y dónde allá? —dice ella.

—No fuimos a ninguna parte.

—Él no va a contártelo, pero yo sí —dice Pelo Sedoso.

Alentados por Cambara, sale a la luz que fueron a ver películas: Pelo Sedoso una de sus predilectas cintas de kung-fu, Gacal otra vez cine X. No la molesta tanto que Gacal se muestre equívoco o se niegue a contestar como que mienta. Se da cuenta de que el hecho de que Pelo Sedoso diga la verdad no significa necesariamente que sea más sincero, quizá imagina que así se granjeará su cariño. Gacal, en cambio, un chico que un día lo tenía todo y al siguiente nada, se comporta como un superviviente.

—¿Por qué, Gacal?

Gacal pierde el color natural de su tez, palideciendo de disgusto. Quiere decir algo pero no puede, como si temiera las consecuencias. Cambara se pregunta cómo habrá reaccionado la noche anterior, pero no se atreve a interrogarlo. Se da cuenta de que está frenético. ¿Hasta qué punto habrá afectado a los dos chicos el traslado a la casa? Si Qaali está viva, ¿volverá a estrechar Gacal los lazos con su madre? Pelo Sedoso ha tenido una vida más dura, está dispuesto a cocinar y a valerse por sí mismo, quiere decir la verdad, situarse en el bando correcto, a su lado. Gacal lleva menos tiempo pasando calamidades y aún necesita adaptarse a la situación. La primera vez que lo vio, sospechó que el chico era hosco, pero que acabarían acostumbrándose el uno al otro.

—¿Hago fuego y preparo té? —dice espontáneamente Pelo Sedoso.

—Luego. Ahora dime: cuando hay enfrentamientos y tiroteos con armas pequeñas y armas pesadas, ¿consigues dormir cuando las cosas se calman y se retiran los atacantes?

—Es difícil dormir —dice—. Los oídos te retumban, el corazón desborda de miedo, estás nervioso y quieres hablar, pero no puedes, porque no sabes si los atacantes van a volver, ni cuándo. El sueño huye, sin atreverse a regresar durante varias noches. Entonces te quedas levantado y te corre por el cuerpo una energía distinta. Crees que no echas de menos el sueño, pero cuando te das cuenta enloqueces por el insomnio.

—En esta casa, ¿adónde irías si no tuvieras armas y nos atacaran? —le pregunta ahora Cambara a Gacal.

—Me escondería en la azotea —dice él—, cerca del depósito del agua, si lo hay, o en una despensa. No en el armario ropero, porque ahí es donde irían a mirar si hay alguien escondido. Al menos eso hacíamos cuando registrábamos una casa. Si el

combate era breve, me escondía toda la noche junto al depósito del agua, agachado, cuando los milicianos atacaban la casa donde estábamos mi padre y yo. Cuando no había nadie, bajaba a la despensa. A veces hay pan seco.

Cambara no sabe qué hacer. Esboza apenas con los labios las palabras «Ay, pobre criatura», pero no alcanza a decirlas.

Pelo Sedoso se está divirtiendo, de eso no cabe duda.

—Lo que importa es tener paciencia —dice— y, cuando se presenta la oportunidad, les saltas los dientes de una patada. Lo mejor siempre es ahuyentarlos, nunca hacerlos prisioneros, porque entonces hay que darles de comer.

—No sé qué hacer —admite Cambara.

—Con tipos como Qasiir y los suyos por aquí, que no conocen el miedo —dice Pelo Sedoso, con la voz de la experiencia—, puedes estar tranquila. Simplemente ten el móvil cargado para que podamos llamar a Dajaal. Problema resuelto.

Entonces el chico se vuelve a Gacal y le lanza una mirada intimidatoria, como desafiándolo a llevarle la contraria.

—Estamos bien —repite Pelo Sedoso para tranquilizarla.

—No estoy tan segura —dice Cambara.

Pelo Sedoso pone cierta distancia entre él y Gacal, por un lado, y ella, por el otro.

—¿Has presenciado algún enfrentamiento? —le pregunta.

—Nunca —dice ella.

Pelo Sedoso y Gacal se miran, perplejos. Cambara revive la conmoción de Irrid en el vehículo: el conductor y sus comentarios maliciosos, anunciando que iban a llegar los hombres de Gudcur, tal vez al caer la noche, a la caza de Cambara y dispuestos a lo peor. La cuestión es decidir qué es preferible: armarse o insistir en que no van a hacerlo, como ella acostumbra, y contratar pistoleros hasta que la situación se calme.

El entusiasmo de Pelo Sedoso la despierta del breve trance.

—Nos sabemos nuestros papeles. ¿Empezamos a ensayar?

—Quizá no es el momento —dice ella.

—Si ensayamos, pasará el tiempo.

—Va, hagámoslo —interviene Gacal.

Cambara le pregunta a Pelo Sedoso:

—¿Dónde está el té que has prometido?

—Te ayudaré a preparar el fuego —dice Gacal.

—Después del té, ensayamos —insiste Pelo Sedoso.

—Ensayaremos en cuanto me tome el té.

—¿Prometido?

—Prometido.

Ensayan y Cambara aguarda la llegada de Bile.

Treinta

Nada apresa la imaginación tan despiadadamente como el miedo, piensa Cambara. Sin embargo, a pesar de la preocupación, está decidida a no consentir que el temor que siente, lógico dadas las circunstancias, le nuble el entendimiento. Recuerda un proverbio somalí que viene a decir que la madre de un cobarde rara vez llora la muerte de su hijo por actos descabellados. No importa. Admitirá que su temeridad es la de una mujer valiente que ha decidido tentar al destino, pero que hasta el momento ha tenido la suerte de su parte. A partir de ahora, se acabó empecinarse en la osadía. Debe ponerse a trabajar en serio para contrarrestar la embestida del pánico que le dispara el corazón... mientras aguarda a Bile.

Cambara interrumpe el ensayo de improviso, porque no para de dar directrices desacertadas, que la llevan a cambiar de opinión reiteradamente y a contradecirse. Es como si tuviera el corazón ocupado, en parte por la consternación, a pesar de su decisión de abandonarse a recuperar la casa, y en parte por las ganas que tiene de ver a Bile. Acaba de sacar el teléfono móvil pensando en la conveniencia de llamarlo y saber si aparecerá, cuando oye voces y la llegada de un camión, que probablemente traiga a Irrid con las compras. Pelo Sedoso y Gacal salen corriendo para unirse al bullicio.

Un par de minutos después, Gacal reaparece para contarle que ha visto las camas, cajas de vajilla sin abrir, colchones, una nevera pequeña («a lo mejor para nuestra habitación», aventura) y montones de cosas más. Aun así, Cambara se siente ajena a todo, parece abatida y poco entusiasmada cada vez que uno de los chicos entra a explicarle algo de lo que ha visto. Ahí sentada, quieta, con la mirada perdida, su actitud no permite adivinar el modo de contentarla.

Las idas y venidas de los hombres al meter el generador, una cocina, las camas, las sábanas, los colchones y los cobertores, cajas y cajas, crean un gran revuelo. Sólo le consultan cuando no saben dónde va tal cosa o a qué habitación hay que llevar tal otra, aunque a ella poco le importa. «Pensaré luego en esas cosas», dice, casi a gritos. «Dejadlas donde os parezca», increpa a Pelo Sedoso claramente molesta, cuando viene eufórico a exigirle una respuesta inmediata. El muchacho se marcha en silencio, ofendido, a rumiar su enfado en un rincón, en el mismo momento en que llega Gacal acompañando a los hombres que cargan los colchones fingiendo trabajar y ve a Pelo Sedoso enfurruñado. Cuando le pregunta qué le sucede, Pelo Sedoso le recuerda a su amigo que han olvidado preparar el té que le habían prometido «a ella».

—Quizá está irritable porque no ha tomado su té, algunos adultos lo necesitan para espabilarse. Como el *qaat*.

Con el fuego del brasero listo para el té, Gacal sugiere que tiren el cazo abollado

y renegrido por el hollín en el que cocinaron e hirvieron agua la última vez y abran una de las cajas, en la que seguro habrá una tetera nueva. Pelo Sedoso no está de acuerdo y discuten, dándose sus respectivos razonamientos hasta que, sin haberse puesto de acuerdo, acuden a Cambara para que dé su veredicto.

—Haced lo que os parezca —dice—. De todos modos, ya no quiero té.

Ninguno de los dos sabe qué hacer ni qué decir. Parecen dos gatos machos recién castrados a los que se les ve en la cara que los ha abandonado toda su potencia. Se escabullen rehuyéndose uno al otro, evitando cualquier contacto físico, como si estuvieran magullados. Preparan el té y vuelven a ofrecerle una taza, preguntándole si quiere azúcar y leche condensada.

—Vamos a ver, ¿no os he dicho que no quería té? —contesta enojada.

Irrid acepta la taza de marras. Cuatro cucharadillas de azúcar y un poco de leche, por favor. Y galletas, si hay. Coge una silla, agarrando un montón de albaranes en la mano derecha, recibos de las compras que ha hecho por valor de varios millones en moneda local. A falta de otro lugar para extenderlos, sostiene en alto cerca de Cambara uno por vez, a medida que se los va explicando, y el resto los deja en el regazo. Cuando se ha extendido más de la cuenta para su gusto, ella lo ataja con voz apagada:

—No importa. Dámelos y cuando tenga tiempo los miraré.

Entonces suena el móvil: es Bile, anunciando que está a un par de minutos en coche de la propiedad, y que Dajaal va al volante. Se le ilumina la cara, sus movimientos se tornan briosos y se pone tan bullanguera que Irrid, preparándose para abandonar la escena, busca en vano una mesa o superficie en la que depositar la taza de té, sin terminársela. Dejando a la mujer taciturna de la que se han escabullido Pelo Sedoso y Gacal, olvidando también el malhumor con que ha recibido las compras que ha hecho Irrid, de pronto pide a los dos chicos que vayan con ella a la sala de ensayos para seguir ajustando el texto y, estrechándole calurosamente la mano a Irrid y dándole las gracias, se excusa por no acompañarlo a la puerta y le pide que dé una propina a los jóvenes que lo han escoltado en el trayecto de ida y vuelta al mercado de Bakaaraha.

Instantes después, el ensayo vuelve a estar en marcha.

Y Bile queda encantado.

Cada vez que se vuelve hacia él, sentado en el fondo de la sala en una silla rígida con las piernas estiradas, Cambara advierte que su expresión es la de un hombre satisfecho. Ha dado una larga mirada a su alrededor, ha visto cuánto se ha hecho, al parecer bien informado por Seamus, que le ha ido poniendo al día. Ha pasado rápidamente por los dormitorios, los cuartos de baño y la cocina, satisfecho de ver que cuando esté terminada será una casa preciosa.

A ella le cuesta reconocer al hombre que había visto la víspera: enfermo como un gato con un acceso de gripe, rebozado en sus propios excrementos. Por más que se esfuerza, Cambara no puede recordar con ninguna exactitud qué es lo que tanto la

entusiasmo de él. Son tiempos confusos y no es de gran ayuda tener que ocuparse de demasiados asuntos de vida o muerte.

—Repitamos la escena otra vez —dice.

Gacal y Pelo Sedoso están como el perro y el gato, culpándose uno al otro por no prestar atención a sus parlamentos. Pelean como dos actores llevados por un enfrentamiento que puede arruinar la oportunidad de que Cambara ahonde en una parte del texto que quiere reforzar. Gacal acusa a Pelo Sedoso de estropearlo todo, ninguno de los dos atiende a razones, sus quejas no conocen límites. Se toman otro descanso no programado y Cambara puede reunirse con Bile.

—Lo haces muy bien, dadas las circunstancias —dice Bile, elogiando sus esfuerzos, al tiempo que se levanta a saludarla. Se abrazan y a Cambara no se le escapa que Bile va impecable: peinado, con la ropa recién planchada, los zapatos lustrados y las uñas cortadas con tijera, no mordidas a raíz del nerviosismo. Se ve que tiene un buen día.

—Si tuviera más tiempo... —se lamenta.

—Gacal es magnífico —comenta Bile, con la mano cerca de la suya, pero sin tocarla o estrechársela; la cercanía genera el calor necesario para avivar la química entre ambos.

—Es un actor nato —asiente ella.

—¿Dónde lo encontraste?

—Es una larga historia, me llevaría un día entero contártela y no te la podrías creer —dice y luego guarda silencio, ahora estrechándole la mano y dándole un beso en la mejilla derecha. Les pide a los dos chicos que vuelvan al escenario y obedecen a regañadientes. A continuación, le dice a Bile—: Media hora más y lo dejamos por hoy.

Nada más subir al escenario vuelven a ser lo que son: dos chiquillos que quieren llamar su atención y, por no conocer mejor manera, se pelean para decidir quién se saldrá con la suya en una riña sin pies ni cabeza. Pelo Sedoso está especialmente peleón y su comportamiento es inexcusable.

Cambara lo lleva aparte.

—Basta ya —le dice.

—Ese hombre no me gusta nada —dice Pelo Sedoso, mirando celosamente a Bile por encima del hombro.

—¿Por qué?

—Le he visto antes.

—¿Dónde?

—En El Refugio, él manejaba el cotarro.

—¿Cuándo fue eso?

—Yo era pequeño, antes de empezar a combatir.

—¿Por qué no te gustaba? Cuéntamelo.

Pelo Sedoso, por lo que consigue entender de su respuesta, creía que Bile era un

viejo decrepito con la piel tan tersa y tan afectado en sus maneras que huyó y se unió a la primera fuerza de combate donde le confiaron un arma.

Cambara lo arrastra de nuevo hasta el escenario y retoman el ensayo. Gacal interpreta muy bien su papel y Pelo Sedoso aceptablemente. Entonces, de repente, Pelo Sedoso dice:

—No voy a ser una gallina. Un águila o nada. Yo tengo que ser una de las águilas, no tengo nada de gallina, así que no lo haré. Pase lo que pase.

Aunque no se trata de la primera vez, Cambara se toma la molestia de explicar que un actor de verdad, que es una persona, a veces puede representar un personaje de ficción, como un animal, y que un niño puede hacer el papel de un adulto, siempre que se sigan ciertas convenciones. Con la poca paciencia que le queda, le dice que gracias a una convención los muchachos jóvenes en el papel de hombres de más edad lucen una barba tupida y caminan con bastón, mientras las chicas llevan velos de mujer cubriéndoles el pelo y adelantan los hombros como parte de esa fantasía.

En un aparte teatral, Gacal, torciendo la boca hacia Cambara, hace un comentario insidioso: que su compañero no sabe la diferencia entre interpretar y *ser* un animal. Luego, en voz alta, para impresionar a Bile y Cambara y seguir hostigando a Pelo Sedoso, dice:

—Su problema es que no tiene ni idea y no quiere admitirlo.

—Di lo que quieras, no pienso ser una gallina.

Decidida a averiguar a toda costa la causa que subyace a su tozudez, Cambara le pregunta a Pelo Sedoso por qué no puede hacer de gallina, aunque ella no le ha asignado ese papel.

—Sólo te estoy advirtiéndote que no haré el papel de gallina —contesta él—. Pase lo que pase.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que los compañeros con los que he combatido me señalen y cacareen como si fuera un gallina.

—¿Quién dice que van a verte hacer de gallina?

—Algunos lo verán, como Qasiir.

—Pero, entonces, ¿no te importa ser un águila? Supongo que Gacal no tiene problema en hacer de gallina.

—Porque en el lugar del que procedo, la familia de mi clan lo posee todo, incluso el cielo. Gacal procede de una familia de granjeros, gente humilde que vive de las sobras, de los desechos de los demás, como las gallinas. Son tan viles como el polvo en el que escarban.

—Creo que nos conviene una breve pausa —dice Cambara.

Mientras se dispersan en silencio, se dice que quizá el descanso le sea de gran ayuda para salvar el resto de los obstáculos relacionados con el texto y de carácter artístico, aunque duda que pueda pulir esa clase de detalles hasta que se sumerjan en ensayos serios e incluso puede que entonces no sea capaz de resolverlos. Leer un

texto de principio a fin tal vez no desvele todos sus desajustes inmediatamente. Por ser la primera obra que dirige y contando con gente como Pelo Sedoso, se pregunta si su debut como dramaturga y directora llegará a buen puerto y cuánto tendrá que reescribir el texto antes de quedar satisfecha. Poner algo por escrito, piensa, a menudo requiere más de una lectura completa y mucha reescritura antes de que el diálogo cobre vida propia, independiente de su autor.

Pelo Sedoso se marcha como una ventolera y se sienta, alejado de todos, en las cajas de herramientas de Seamus; Gacal encuentra un taburete y se queda admirando un puñado de accesorios, la parafernalia del maquillaje y otros utensilios del arte teatral. Cambara, caminando al encuentro de Bile, se pregunta en voz alta cuándo podrá sentar las bases sobre las que Pelo Sedoso y Gacal lleguen a entender los desafíos que tienen ante ellos.

—Todo irá bien, ya verás —dice Bile.

A Cambara le falta presencia de ánimo para contradecir su optimismo, a pesar de que está empezando a replantearse todo.

—A lo mejor debería invertir más tiempo, instruirlo para que entienda el papel que está interpretando. Que no es el de gallina. No soporto que todo suene tan engolado y literario si me pongo a hablarle de metáforas y todas esas bobadas.

Bile se debate con una idea antes de hablar.

—Los novatos siempre creen que saben más de la cuenta —dice—. Por lo que veo, Pelo Sedoso parece acostumbrado a abrirse paso a la cima peleando, pero eso no se puede hacer siempre en la vida.

—¿Recuerdas haber tenido relación con él? —pregunta Cambara.

—Vi a muchos niños en los tiempos de El Refugio —dice Bile—. Tal vez fuera uno de los «turistas», a los que llamábamos así porque venían a veces, cuando sus familias se quedaban sin comida o cuando los enfrentamientos los desplazaban de las zonas donde vivían. ¿Debería conocerlo?

—De El Refugio. Eras demasiado estricto.

—¿Y se marchó?

—Para unirse a una fuerza de combate.

Bile y Cambara se fijan en los chicos, cuya conversación alcanzan a oír.

—No tengo problemas en hacer el papel de gallina —dice Gacal—. Tú harás de águila y yo de gallina. ¿Trato hecho?

Pelo Sedoso, advirtiéndole con el dedo en alto que deje de provocarle, empieza a lanzar dardos envenenados, ora hacia Gacal, ora hacia Bile, con una mirada dura que sólo se debilita cuando se cruza con la de Cambara, y se vuelve a Gacal enfurecido.

—Si no paras de meterte conmigo, te haré comer mierda —le dice.

Gacal lo azuza con su sarcasmo, contestándole:

—¡Ay, por favor, por favor, perdóname! ¡No me hagas daño, no me hagas daño...! Estoy temblando.

—Te lo advierto —dice Pelo Sedoso, levantándose e irguiéndose por encima de

Gacal, apretando los dientes de rabia al ver que lo provocan y no puede hacer nada. Da la impresión de que sus manos estén infrautilizadas, como si echaran en falta un arma. Apartando la vista con exasperación, se vuelve y ve que Cambara observa todos sus movimientos.

Cambara cree que debe aprender a manejar su ira, teniendo en cuenta que estaba acostumbrado a recurrir a un arma de fuego siempre que le apetecía. Es evidente que pasa por un bache, como un adicto al que le cuesta desterrar su hábito.

Gacal sigue pinchándolo.

—No tienes huevos, ¿eh? —lo desafía.

—Te he dicho que te estoy avisando.

—Los chicos son así —dice Bile.

—¿Ah, sí? ¿Siempre? —replica Cambara.

A fin de zanjar la escalada de provocaciones, opta por la inacción, suponiendo que si no les hace caso, acabarán por calmarse.

Quizá los chicos son así porque la gente cree que es sano bromear, fastidiarse e incitarse unos a otros, piensa Cambara, pero me pregunto si estos dos se portan así ahora y hacen lo que hacen porque esto es lo más parecido a una vida normal que pueden tener. Un bebé llorará hasta desgañitarse si tiene hambre, pero una vez saciado con la leche materna, mordisqueará el pezón juguetonamente y se echará a reír. Antes de estar llenos no, pero después tontean con la comida, escupiéndola y derramándola.

* * *

—Hora de pensar en daros de comer a todos —dice Cambara, levantándose y aguardando a Bile—. Dos bocas protestonas que alimentar, además de un invitado de gustos refinados, apostaría yo. ¿Qué os puedo ofrecer? Poco más que buenas intenciones, teniendo en cuenta que la vajilla está todavía sin desembalar y el pollo en su viva estampa. Hay verduras, eso sí, pero dudo que haya especias o que Irrid se haya acordado de comprar sal.

—Podemos pedir algo para llevar —dice Bile, siguiéndola hacia lo que sabe que es una cocina inacabada, en la que han arrancado los azulejos viejos sin que los nuevos hayan llegado aún.

—¿Comida para llevar? Mira por dónde.

—Las primeras noches en una casa nueva son siempre un reto —dice él—. Podemos llamar a Dajaal, que no debe de andar lejos supervisando los detalles para proteger la vivienda, y pedirle que nos traiga algo del Hotel Shamac o el Maanta.

Cambara contempla la sugerencia, desterrando cierto abatimiento que activa sus señales de alarma, porque con velocidad asombrosa, espontáneamente, vuelve a agobiarla la idea de depender siempre de alguien, para que la lleven en coche, para organizar controles, para arreglar el fusible cuando se quede sin luz, para ir a buscar comida de fuera.

—Mientras no lo utilices en mi contra...

—¿Qué voy a utilizar en tu contra?

—Prepararé algo de comer con lo que haya en casa.

Y reúne a los chicos, asignándole a Gacal la tarea de preparar la verdura, pidiéndole que se lave antes las manos, «con jabón», mientras que a Pelo Sedoso le pide que vaya a por el pollo y el cuchillo afilado que recuerda haber usado cuando cocinó para los hijos de Gudcur, el segundo día que estuvo en la casa. Pelo Sedoso, decidido a demostrarle a Gacal que tiene lo que hay que tener, pide que le concedan el honor de cortarle la cabeza al pollo y que Gacal pierda entonces el derecho a hacer el papel de águila.

—Nunca en mi vida he matado un pollo —dice Bile.

Gacal acepta la apuesta y los dos instalan su campamento a la vista de Cambara y Bile, que se ponen a charlar. Bile reconoce que eso es mil veces mejor que encargar comida de fuera. Cuando pide que le hable de Gacal, pues ya conoce la historia de Pelo Sedoso, Cambara le cuenta la descorazonadora historia del chico y de cómo está intentando reunirle con su madre.

—Es un «turista» en el país de la desgracia —añade—, en el mismo sentido en que has descrito antes la situación de Pelo Sedoso en El Refugio.

Se hace el silencio mientras los dos chicos trabajan; Pelo Sedoso no halla dificultades para dar vueltas al pollo, hasta marearse él mismo tanto como el animal, y cortarle la cabeza. Incluso ayuda a Gacal, que no tiene experiencia en la cocina, a pelar las patatas y cortar la cebolla sin llorar a lágrima viva, antes de empezar a contarle una historia en la que alardea recitando sus hazañas de combatiente en la milicia del clan. No se guarda detalles truculentos de lo que ha hecho a sus enemigos, añadiendo el morbo que da jugar con el peligro, demostrar que es un hombre.

Cambara le pide que encienda un fuego en el brasero y llene dos cazuelas de agua, una para la verdura y otra para el pollo, y la avise cuando haya desplumado el ave y la tenga a punto para cocinarla.

—Creo que tengo ciruelas pasas en una de mis bolsas —le dice a Bile—. Un plato marroquí de pollo, lo más parecido al tajín que podemos improvisar aquí.

Con los dos chicos concentrados en sus tareas sin apenas hacer ruido y con Bile sereno en compañía de Cambara, la noche se presenta con una calma majestuosa. Ella se ve como una mujer dada a calar a alguien y luego obrar bien, aunque también sea capaz de saldar cuentas con quienes se comportan de manera impropia, como Zaak y Wardi. Repara de pronto, por primera vez en muchos días, en que su ira hacia Wardi, que a veces parece completamente olvidada, y su decepción con Zaak, a quien ni siquiera sabe si se molestará en invitar al estreno privado en casa de Kiin, han desaparecido. En su lugar percibe cierta sensación de júbilo.

Acercándose apenas, con cuidado de no molestarla o interrumpir su conversación, Pelo Sedoso aguarda varios minutos en la periferia de su campo visual. Cuando le hace un gesto para que hable, pregunta:

—¿Empezamos?

—¿Si empezamos qué?

—A cocinar —dice Pelo Sedoso.

Cambara recuerda que no ha ido a buscar las ciruelas. En sus viajes lleva ciruelas pasas, porque cree que la ayudan a digerir mejor. Que se le haya pasado por alto ir a por ellas sólo significa que no era ella la cocinera. Se levanta y repasa un par de habitaciones antes de localizar la bolsa donde cree que las guardó. Una vez más la suerte le sonrío, porque las encuentra en el fondo. De paso saca su radio de onda corta, con la esperanza de averiguar si el programa del servicio somalí de la BBC, *Personas desaparecidas*, que se emite sobre esta hora, difundirá el mensaje que hoy mismo ha firmado con un seudónimo.

Está contenta de haber decidido que los cuatro coman allí juntos, porque ha sacado a la luz el entusiasmo de los chicos por participar, a la vez que ha despertado en Bile el deseo de disfrutar de la compañía de los tres.

—¡Vamos allá! —dice, de vuelta en el brasero.

Cocinar entre todos va sobre ruedas y los dos chicos trabajan a coro, siguiendo el ejemplo de la excelente labor del otro, como un actor profesional en la cumbre desgranando las frases de su interpretación. Es para ella un placer inmenso ver a Pelo Sedoso, que está más allá de cualquier comparación, y a Gacal, que es un fenómeno, como actores que expresen un abanico de interpretaciones posibles de una sola frase. Da la impresión, sin embargo, de que Pelo Sedoso hubiese sido cortado de una tela más áspera, por el atisbo de nerviosismo y la tosquedad de sus modales, que apenas le permiten ser consciente de sus defectos. Ha tenido que recordarle que se lave las manos con agua y jabón, porque no deja de limpiárselas en la sucia ropa que lleva.

Con la cena lista, sirve a los chicos y les dice que les hagan un poco de sitio. Deseosos de estar a sus anchas, se van, cada uno con uno de los platos nuevos (Pelo Sedoso ha insistido en abrir la caja) y sendos vasos de agua.

—Qué detalle por tu parte venir —dice Cambara cuando están a solas— la primera noche que he decidido sentar campamento aquí. Has sido de inmensa ayuda. Gracias.

Bile da el primer bocado.

—Qué bueno —dice.

Ella levanta el vaso.

—Perdona que no tengamos nada más fuerte que un vaso de agua —dice—. Comamos para celebrar la paz.

Reina un aire de certidumbre, mientras Bile la elogia por motivar a Pelo Sedoso y Gacal para que se tomen en serio la cocina o cualquier cosa que hagan.

—Me gustaría que me hicieras una prueba para un papel —dice luego.

—¿En serio?

—¿Hay un papel para un viejo?

—Un aldeano. Un anciano arrugado.

—¿Me prestas el texto?

* * *

Hora de escuchar el programa *Personas desaparecidas*, del servicio somalí de la BBC. Le cuesta un buen rato encontrar la emisora y, cuando al fin lo consigue, se da cuenta de que están transmitiendo las noticias. Escuchan el informativo y ambos se desaniman al oír la consabida letanía de que nada bueno sale de África.

—Es una lástima que en el mundo no se sepan todas las cosas magníficas que llevan a cabo a diario personas corrientes en distintas partes del continente, logros de los que nadie se entera jamás —dice Cambara.

—Las noticias, casi por definición, son sobre los políticos y sus tejemanejes, ¿no te parece? —dice Bile—. No van a preocuparse de la persona corriente que vive en el corazón de Estados Unidos, en una pequeña aldea de Darfur, sobreviviendo a las atrocidades cotidianas, ni de un pescador de Sri Lanka o de una madre que cría a sus hijos en circunstancias difíciles en Bagdad.

Cambara, confirmando esa opinión y coincidiendo en esencia con lo que dice, añade que alguien puede tener un día bueno y un día malo en el Mogadiscio de la guerra civil como podría tenerlo en un pequeño pueblo rural de cualquier rincón del mundo.

—Antes de llegar aquí —continúa—, pensaba que no sería posible disfrutar de un momento de paz en compañía de un amigo, contemplando atardeceres tan sobrecogedores como el que se perfila en el horizonte.

—Parece que tienes intención de quedarte —dice Bile—. ¿Por mucho tiempo?

—Si todo va bien, tal vez.

Justo entonces empieza *Personas desaparecidas*. Cambara se sorprende de que haya gente buscando a primos o hermanastros tantos años después de haber perdido el contacto con ellos. No se imagina que Arda y ella puedan pasar más de tres días separadas sin que una de las dos intente telefonar o mandar un correo electrónico, de ser posible, a la otra. Hacia el final del programa oye mencionar el nombre de Qaali y el seudónimo que ha dado, con razón en el Hotel Maanta, teléfono incluido.

—Esperemos que Qaali, o alguien que la conozca, esté escuchando el programa de hoy —dice Bile—. Por lo que sabemos, podría vivir cerca, sin saber que su hijo está aquí.

—Ojalá.

—Si me permites añadir algo, cuenta con mi ayuda.

—Gracias.

—Lo digo sinceramente.

—Lo sé —dice ella, dándole una palmadita en la mano.

Se demoran en la penumbra del atardecer, como dos amantes que han hallado un refugio tranquilo en un rincón de la noche, lejos de los aficionados enfebrecidos. Cambara está cansada, tiene los huesos molidos y siente que no necesita más que un baño caliente y una compañía agradable. Bile parece desbordante de energía, como si la adrenalina de su entusiasmo se hubiese elevado a las cotas más altas.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —le pregunta.

Ella no halla el valor de decirle lo que tiene en la cabeza, por temor a que la malinterprete, porque quiere estar con él, sin importar dónde: en su apartamento a solas, en su hotel y a la vista de todo el mundo, pero no quiere compartir su cama. Hoy no.

—¿Qué idea tienes tú? —pregunta ella a modo de respuesta.

—Le he pedido a Dajaal que me recoja sobre esta hora, así que, conociéndolo, aparecerá en cualquier momento. Puedo decirle que pase más tarde o dejarlo tal y como está.

—Siempre nos quedará mañana —dice Cambara.

Los chicos aparecen, con los platos sin rastro de comida y deseosos de lavar, además de los suyos, tanto los platos de Cambara y Bile como las cazuelas. Mientras están ocupados en esa tarea, Dajaal llega puntualmente.

No se entretienen mucho en la despedida.

—Hasta mañana —dice Cambara, decidiendo que espera verlo al día siguiente.

—Mañana —dice Bile.

Treinta y uno

Hay una fiesta.

Varias personas se mueven al son del último ritmo africano y los que no bailan están en la barbacoa portátil ayudando a preparar el asado, en la piscina haciendo carreras de natación o sencillamente pasando un buen rato como les place. Acaba de caer la noche, es pronto, y muchos de los presentes están encantados de haberse reunido para celebrar un acontecimiento que significa mucho para todos.

Entre la veintena de invitados están Cambara, Bile, Kiin, Farxia y, tras la mesa de las bebidas, una anciana con delantal idéntica a Arda habla con una mujer desconocida. Gacal y Pelo Sedoso van de un lado a otro haciendo recados, sirviendo bebidas y ocupándose de las tareas más dispares, y también hay dos chicas, que Bile les presenta.

—Acaban de volver de Canadá para hacer una visita breve al tío Bile y el tío Seamus. Son preciosas, ¿verdad? —y, cuando le preguntan el nombre de las chicas, titubea antes de contestar—: Una se llama Raasta, la otra Makka.

Raasta no tiene ganas de hablar con los chicos, le parecen poco interesantes porque son bulliciosos y no la dejan concentrarse en enlucir las máscaras de madera con aceite de linaza. Makka se limita a observar.

Cambara y Bile están en la parte menos profunda de la piscina, cerca uno del otro, hablando. Hay una bandeja flotando entre ambos con un arreglo floral de orquídeas, rosas (rojas, amarillas y, por lo menos, dos blancas) y azucenas. Kiin, distraída, escucha a la mujer desconocida relatarle la tragedia que cayó sobre ella, cómo su marido murió a manos de los milicianos que lo secuestraron en el aeropuerto. Gacal se acerca a plantearle una pregunta intrincada a la mujer desconocida, que educadamente rehúsa contestarla, diciéndole:

—No me interrumpas, cielo, cuando estoy hablando. ¿No te he dicho que no te entrometas cuando no debes?

La mujer desconocida no parece tener ningunas ganas de ocuparse de la pregunta de Gacal, acaso suponiendo que va a devolverla a un lugar al que no quiere regresar. En ese momento disfruta de conocer a algunas de las personas que han hecho posible reunirse con su hijo.

Cuando la mujer desconocida va a disculparse con Gacal, que parece desilusionado, Kiin vuelve a ser la *voyeur* de los discretos arrumacos que se prodigan Cambara y Bile, que están en su mundo, y los sigue con la mirada, al principio en silencio. Poco después, para que venzan la timidez, los anima a darse de comer uno al otro, ora sugiriéndole a Bile que ofrezca a Cambara una orquídea, ora proponiendo que Cambara alimente a Bile con las rosas rojas, insistiéndoles para que posen y

hacerles fotos sugerentes. El destello del *flash* les hace cerrar los ojos.

En el sueño reina la camaradería y el júbilo puede palpase. La alegría manda. Las mujeres de la red acuden, de una en una, de dos en dos o de tres en tres, a rendir tributo a Cambara, encomiando sus esfuerzos para traer sonrisas sinceras a los ojos de muchas de ellas. Todos los que han acudido a la fiesta, estén bailando, nadando, dándose de comer orquídeas y rosas rojas, haciendo tareas insignificantes, echando una mano con la comida o esperando a hincarle el diente, son compañeros dispuestos a ayudarse en ese rato de diversión y se esfuerzan por contribuir al bienestar de toda la comunidad.

Arda contempla la escena de cerca, profundamente feliz. Salta a la vista, más allá de su contención, el entusiasmo incontrolable de estar en su país natal tras varios años y ver que su hija ha obrado un milagro, a través de lo que, si fuera una dirigente política, denominaría consenso. Charla amigablemente con Gacal y Pelo Sedoso —el primero con camisa blanca, pantalones oscuros y pajarita; el otro con camisa oscura y pantalones beis con tacto de lino— cada vez que se paran a discutir con ella sobre las bebidas que van sirviendo en una bandeja, como los camareros.

—¿Dónde está ese famoso irlandés al que todo el mundo quiere que conozca? —pregunta Arda a Gacal—. ¿No estará por aquí escondido, porque le dan vergüenza las presentaciones?

—Seguro que Seamus vendrá en cuanto acabe el escenario para la obra de Cambara y le dé los últimos retoques. Imagínate, ha construido el escenario y ha tallado las máscaras solo, sin ayuda de nadie.

—Quiero estrecharle la mano —dice Arda.

—Se lo diré si lo veo —dice Gacal.

—Y también quiero darle las gracias —añade.

—Nadie merece más nuestra gratitud que él.

Arda pierde el rastro de su justa sensación de júbilo, e inquieta de pronto, se aleja. Aburrída, va sembrando a su paso dólares canadienses, siguiendo una tradición común entre los nuevos ricos nigerianos, en la que los parientes o amigos del homenajeados en una fiesta (la madre o la hermana de una novia, por ejemplo) pegan dinero en la frente de algunos invitados y los animan a quedárselo, para que todo el mundo se lleve un buen recuerdo de ese día. Curioso, porque desconoce esa costumbre nigeriana, Gacal le pregunta por qué va pegando billetes en la frente de los asistentes.

—Mi visita a Mogadiscio —contesta Arda— ha coincidido con los tres milagros que ha obrado mi hija: uno, ha recuperado la propiedad de nuestra familia; dos, está montando una obra de teatro; tres, al fin ha hallado el sentimiento que hasta ahora le era esquivo, la verdadera felicidad. Estoy encantada.

Arda se detiene cerca de la piscina a observar lo que hacen Cambara y Bile. Camina hacia ellos, quizá para recriminarles su comportamiento, pero lo piensa mejor y da media vuelta. Cambara y Bile interrumpen *motu proprio* su comunión y salen de

la piscina en traje de baño.

Cambara acapara entonces la atención de todos al llamar a Raxma, que acaba de llegar y a la que abraza con cariño, dándole una calurosa bienvenida a la ciudad donde nació. Entonces presenta a Bile a la mujer que define como «la mejor amiga que he tenido». Visiblemente cansada, Raxma bosteza sin parar antes de explicar que ha hecho escala en Nairobi.

—¿Por qué, Raaxo? —pregunta Cambara.

—Cambo, querida, porque quería informar a la embajada de Estados Unidos en Nairobi de la situación de Gacal y convencerlos de que le expidan de nuevo el pasaporte para que pueda volver a Duluth, si así lo desea.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de conseguirlo?

—A tal fin —dice Raxma— he traído conmigo declaraciones juradas por el jefe de policía de Duluth, otra de un congresista y una tercera de la escuela a la que iba Gacal en Duluth, todas ellas dando fe de la identidad de Gacal y de la mujer a la que llamamos «desconocida».

—¿Qué te dijeron en el consulado?

—En una carta que traigo —dice Raxma— el oficial consular de la embajada invita a Gacal a una entrevista, en la que el chico podrá presentar su caso.

—¡Eso es maravilloso! —dice Cambara.

En ese instante, Arda se lleva a Cambara aparte y, por alguna razón extraña que no le explica, insiste en que su hija se someta a un reconocimiento físico minucioso, más o menos en público, que se efectuará bajo la sagaz supervisión de Farxia. Todos esperan en la antesala de la clínica, guardando un silencio incómodo, como pacientes en la consulta de un dentista, aquejados de dolor. Al cabo de unos minutos, Farxia regresa, al parecer satisfecha con el resultado, y se acerca al lugar donde aguardan sentados Arda, Bile, Kiin, Raxma y la mujer desconocida, envarados por la preocupación. Contenta, Farxia les muestra un papel impreso por una cara, perforado por ambos lados.

—¿No es lo que he dicho siempre? —aúlla Arda, eufórica.

El papel que contiene la misteriosa información acerca de Cambara acaba un poco manoseado después de pasar por varias personas y, liso aún en algunas partes y mal recortado en algunas esquinas, corre de mano en mano. Cuando todo el mundo en la antesala parece satisfecho, Arda llama a Bile, al que le permiten ver el diagnóstico.

—Un certificado médico sin tacha —es el veredicto de Bile.

—¿Qué sabes tú? —dice Raxma, sarcástica.

—Mi madre está chiflada —dice Cambara.

Entonces se despierta.

—Propongo que hagamos un descanso —sugiere Bile a Cambara.

Es más allá del mediodía del día siguiente y Cambara, Gacal, Pelo Sedoso y Bile están en la *suite*, ensayando. Han ido allí porque Seamus no ha terminado los trabajos

de carpintería que precisan en el escenario y les ha pedido que busquen otro lugar provisional durante un par de días, cuando espera haberlo terminado. Cambara ha elegido la habitación más alejada de Seamus, que no para de martillar con inaudita minuciosidad. Se trata de la habitación más decente de la casa, las otras están cochambrosas, pero ni a Gacal ni a Pelo Sedoso les ha importado dormir abajo ni encargarse de toda la casa salvo la habitación de Cambara, que está cerrada con llave.

Han estado ensayando varias horas seguidas todos los días, desde poco más de las ocho de la mañana, después un desayuno rápido, hasta la hora del almuerzo, tras el cual se toman un breve descanso, sin siesta, y vuelven al trabajo, repitiendo el texto una y otra vez. Cambara, perfeccionista como es, piensa que todavía hay que ensayar mucho. Está agotada. Bile, que tiene buen ojo y se enorgullece de saber interpretar las deliciosas expresiones de la cara de la mujer a la que adora, cree que tanto bregar la deja exhausta.

Desde hace un par de días parece de rigor que Cambara y Bile pasen varias horas juntos; Cambara dirige, a ratos reescribiendo la obra, mientras Bile, Gacal y Pelo Sedoso ensayan y memorizan sus papeles. A veces, cuando Cambara los invita, se les unen también Dajaal, Qasiir y otros que hacen apariciones fugaces, como figurantes en el papel de aldeanos, que se limitan a observar, sin intervenir en los diálogos, a los protagonistas interpretando los papeles que Cambara les ha asignado. Explicado con sencillez, la última versión de la obra trata de un águila que nace y se cría entre gallinas, por lo que tiene que buscar comida picoteando del suelo, entre el polvo, creyéndose una gallina más. Una gallina, compañera de juegos y de la misma edad del águila, está empeñada en sabotear la idea de que el águila descubra sus alas y eche a volar, por así decirlo. El granjero que encontró al águila hace varios años y al que no le importó que viviera con las aves del corral, ahora quiere transformarla para que sea lo que nunca ha sido: un pájaro capaz de volar. Cambara, al reescribir el cuento popular original de Ghana, ha cambiado este enfoque: de dar la consabida moraleja de las fábulas tradicionales, ha optado por un mensaje intenso, provocador, complejo y un punto modernista.

—Hora de hacer una pausa —le recomienda Bile cuando se da cuenta de que Cambara no consigue llevar a los chicos a su terreno. Cansados y hambrientos, se ponen protestones y sacan su malhumor con impertinencias. Ella también está agotada y Bile no se queda atrás.

Aunque Cambara se da cuenta de que Bile no le quita los ojos de encima, no capitula hasta que la intensidad de esa sonda abrumadora se mezcla con su deseo de estar a solas con él en una habitación, no para hacer nada extraordinario, ni siquiera para amarse sino simplemente acurrucarse y dormir. La mirada de Cambara se suaviza un poco bajo los ojos escrutadores de Bile y una puerta se abre tímidamente en su corazón. Qué maravilloso es vivir cerca de alguien en quien poder confiar completamente, cuya compañía nunca se pone en duda. Sin embargo, a pesar de su agotamiento, aunque se le caigan los párpados como la persiana de un negocio a la

hora de cierre, Cambara no se deleita en la calidez y el afecto que Bile despierta en ella, sino que recuerda la ira que precipitó su llegada a la ciudad en guerra, el comportamiento traicionero de su marido, que desembocó en la muerte de Dalmar y la empujó a abandonarlo y a marcharse de Toronto para reinventar su lugar en el mundo. Desearía corresponder a las insinuaciones carismáticas de Bile, fascinada como está con su manera de abordar los asuntos del corazón, sin presionar nunca, optando siempre por retirarse al menor indicio de que la molesta o al detectar un cambio de humor o perspectiva. Ella es prudente, como cree que deben serlo las mujeres. Además, tampoco quiere dar la impresión de ser demasiado atrevida. Sabe que el principio de los compromisos alimenta altas expectativas, que finalmente sólo sirven para caer en una nueva trampa. Haría bien en fingir, en caso de necesidad, que se mueve dentro de los límites de la tradición y se atiene a los parámetros del decoro en presencia de Dajaal, Kiin, Gacal y Pelo Sedoso. Seamus, se dice, es harina de otro costal, alguien distinto en relación al contexto de las convenciones sociales. Nada que ella haga podría desconcertarlo: Seamus es un irlandés que ha visto de todo, que está de vuelta de todo. Aun así, tampoco va con ella adoptar la parsimonia deliberada de una mujer difícil de conseguir y conocer, hacerse pasar por una mujer inalcanzable.

En su imaginación, se ve contemplando una puerta. ¿Qué llave podría abrirla para ayudarla a interpretar el sueño de anoche? ¿Se trataba de un sueño con afán profético, por lo concreto de los detalles? Su madre de visita, la obra llevada a escena, la llegada de Raxma con declaraciones juradas del jefe de policía de Duluth tras visitar la embajada de Estados Unidos en Nairobi, donde había concertado una entrevista con Gacal... Albergar esperanzas para echarlas luego por tierra es un desastre. ¿Debe interpretar el sueño del mismo modo que se hace con los horóscopos diarios, semanales o mensuales que se leen en los periódicos y las revistas? Siente que se marea: la habitación en la que está da vueltas y no tiene idea de dónde está ni con quién hasta que Bile habla. Lástima que no pueda seguir lo que le dice, enfrascada como está en sus preocupaciones.

Se deshace en atenciones con ella, sus gestos son siempre reverenciales, guarda silencio como un monje a la hora de las oraciones, sumamente indiscreto. La cercanía física ayuda a Cambara a revivir el placer revelador de los momentos que pasan juntos, mientras el mundo sigue retirándose a toda velocidad. Imagina un mundo con Bile, pero sin Dajaal. Ellos forman una especie de matrimonio: la dependencia de Bile hacia Dajaal y el celo con que Dajaal protege a su, a falta de mejor palabra, jefe. Pero si se incluye a Seamus en esta simbiosis, surgen problemas de distinta naturaleza. Cambara no sabe si una relación exclusiva con Bile, sin Dajaal ni Seamus, podrá darse alguna vez.

Cambara cree que en Somalia no te casas con un individuo: te casas con una familia, cuyos miembros pueden ser poco beneficiosos en su relación simbiótica con la pareja, a tal punto llega su interdependencia económica. Una familia organizada alrededor de la sangre es distinta de la que se construye en torno a la idea de que las

circunstancias determinan los vínculos. No está segura de que consiga introducirse en ese *ménage à trois* sin que las cosas se tuerzan. Alguien tiene que ceder, pero ¿quién? Hablando de gallinas cluecas, piensa Cambara, acechadas por águilas a punto de zamparse los huevos recién puestos.

Recuerda haber estado varios minutos observando las fotografías de las paredes del apartamento de Bile, la única vez que ha estado allí: instantáneas de Raasta recién nacida; de Makka, envuelta en una manta, a la espera de que la encontraran; de Bile, con la una y con la otra en brazos; de El Refugio, poco después de que lo fundaran; de Seamus, manchado de grasa hasta los codos, arreglando un generador; de Seamus con Bile, Raasta y Makka; de Raasta y Shanta. Ninguna fotografía de Dajaal y ninguna de Shanta, salvo de los dos primeros años tras el nacimiento de Raasta. Ninguna de su marido, Faahiye.

Suena el móvil de Bile. Escucha unos instantes, asintiendo un par de veces, y luego anuncia:

—El almuerzo está en camino, lo traerán en cualquier momento. De la cocina de Kiin, por gentileza suya.

La monotonía del trabajo queda interrumpida por la grata llegada de Kiin, que trae el almuerzo personalmente: una sencilla comida de fruta fresca, varias botellas grandes de agua mineral y mucho limón para aderezar el plato de pescado. Cambara tiene la agradable sensación de que Kiin trae consigo más que el almuerzo: alguna noticia, quizá un chisme sobre Zaak, ¿quién sabe? Se alegra al recordar una ocurrencia atribuida a Norman Mailer, que según el rumor dijo que no podía votar a un hombre que no tuviera cojones para engañar a su mujer. ¿Zaak sería capaz de recuperar un dicho ingenioso que los demás repitieran?

—Bile y tú siempre trabajando —dice Kiin, con un tono que delata una pizca de envidia por no incluirla. Sirve a Gacal y Pelo Sedoso, que no necesitan que les insistan para dejar a los adultos con su tediosa charla. Se instalan lo más lejos posible, dentro de lo razonable.

—Hay un papel que te encajaría bien, Kiin —dice Cambara, aceptando el plato de comida que le ofrece su amiga. Murmura unas palabras de agradecimiento y continúa —: La mujer protagonista de mi obra tiene buenas intervenciones y estoy segura de que sabrías hacerle justicia, aunque nunca hayas hecho teatro. ¿Te gustaría participar en la obra?

—No tengo tiempo —dice Kiin, poniendo una pequeña porción de pescado y ensalada para Bile, que le ha indicado su falta de apetito con un gesto de los dedos cuando ha empezado a servirle—. Soy una madre sola peleando a diario con mis suegros por la custodia de mis dos hijas, dirijo un hotel y soy miembro activo de la red. ¿De dónde voy a sacar el tiempo para semejante capricho, aprenderme el papel de una obra y ensayar una y otra vez con vosotros?

Cambara y Bile comen en silencio, pero enseguida elogian al cocinero y agradecen sinceramente el gesto de Kiin. Varias imágenes del sueño de Cambara le

pasan por la cabeza en fogonazos y, en cierto momento, se descubre sonriendo al recordar la escena en la clínica de Farxia. ¿A qué venía eso? ¿Una referencia oculta a las mentiras que ella y su madre dijeron sobre la falsa infibulación? ¿Qué sentido tenía el reconocimiento médico y que el resultado corriera como un rumor de boca en boca?

—Hoy he tenido una visita —dice Kiin.

Ni Bile ni Cambara muestran un gran interés, al suponer que se trata de un suceso cotidiano. No indagan en la identidad del visitante ni en la naturaleza de la visita.

Sin embargo, cuando Kiin entra en explicaciones y dice que la mujer que ha acudido al hotel quería hablar con una tal Raaxo Abduraxman, Cambara se yergue, como movida por un resorte, y sale de su ensimismamiento. Kiin continúa:

—Supe que había algo inusual en esa mujer en cuanto reparé en la secuencia de ese nombre.

Bile muestra también un poco más de curiosidad, pues en cuanto se ha mencionado ese nombre recuerda vagamente una tragedia que le han contado. No se trata de nada concreto ni de alguien a quien conociera o se hubiera encontrado. Por más que se esfuerza en bucear en su exhausto cerebro, no encuentra ninguna pista. También le parece curioso que Cambara guarde silencio, como quien conoce la respuesta a un acertijo pero no va a desvelarla, para no estropeárselo a los demás.

—¿Qué tiene de raro que una mujer busque a otra que se llama Raaxo Abduraxman? ¿Conoces a alguien con ese nombre? —pregunta Bile a Kiin.

—Esa persona no existe.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una especie de seudónimo, me hizo pensar en un autor que escribe y no guarda su libro en un cajón sino que lo publica —dice Kiin—. Pensé que alguien me estaba diciendo algo pero ocultándolo en parte. La mujer no representaba ninguna amenaza: una señora menuda, en los huesos, demacrada a más no poder y vestida con harapos, aunque no una pordiosera. Había cierta elegancia en su agostado aspecto, se nota que ha conocido tiempos mejores, diría yo, y supe que no habría problema con ella ni cuanto la rodea, si yo podía localizar a la tal Raaxo Abduraxman. Cuando le insistí para que me explicara de dónde había sacado ese nombre y me dijo que lo había oído en la radio, recordé comentarios vagos, de Raxma hablándome por encima de Gacal y su madre, y de Cambara especulando sobre el chico, pero sin involucrarme en la búsqueda de la mujer.

—¿Qué has hecho? —pregunta Cambara.

—Está en el hotel, en tu habitación, para ser exactos, probablemente recuperándose de un año de chinches, colchones chirriantes y otras penurias —dice Kiin—. Creí que no te importaría que le prestase tu habitación, puesto que te está buscando y tú la buscas a ella.

—¿No le has contado nada?

—No.

—¿Por qué?

—No me corresponde a mí hacerlo.

En el pensamiento de Cambara, varias imágenes se solapan y coinciden: la reunión con Qaali y ponerla al corriente acerca de Gacal y lo que podría hacerse con él; el reencuentro con su madre, como en el sueño; la idea de la llegada de su madre: «He venido a ver tu obra, cariño. Espero ser bienvenida». Conociéndola, la verdad, es posible que aparezca.

—¿Vamos a conocer a la visitante? —le propone Cambara a Kiin.

—Vamos.

Cuando queda claro que Bile prefiere mantenerse al margen, Cambara se pregunta en voz alta si sería más fácil para todos y más sensato que Qaali fuese llevada a la propiedad o es preferible ser ella quien la visite en el hotel, acompañada de Gacal. Kiin y Bile sugieren que sea Cambara la que vaya, a condición de que, una vez se cerciore de que la mujer es la madre del chico, cosa que no será difícil, el hijo y la madre se preparen para el reencuentro. En cuanto a la cuestión de cómo aliviar la ansiedad de Pelo Sedoso por separarse de Gacal, Bile dice:

—Déjame eso a mí. Lo mantendré entretenido.

Intercambian palabras de despedida como si emprendieran un periplo traumático; Bile y Pelo Sedoso salen a la puerta de la casa a decirles adiós con la mano.

—Nos vemos a la vuelta —dice Bile.

—No más ensayos por hoy —dice Cambara a Pelo Sedoso.

Kiin acompaña a Cambara y Gacal en coche al hotel. Y Cambara se da cuenta de que ahora mira al niño con otros ojos, lo ve a la luz de sus antecedentes. ¿Será por eso que la idea de ilegitimidad, la falta de ese eslabón perdido que lleve a los orígenes, resulta tan aborrecible en todas las sociedades?

Cuando llegan al hotel, Cambara y Kiin toman caminos distintos, pero quedan en verse más tarde para ponerse al corriente. Cambara anima a Gacal a ir un rato con los muchachos, a los que no ha visto desde hace un par de días, y promete llamarlo luego. Sube sola a la habitación, nerviosa y consciente de que habrá dado un golpe maestro si todo termina con bien y consigue reunir a una madre y un hijo. Que salga mal no es una opción. Llama a la puerta por cortesía, a pesar de que tiene la llave en la mano. Tras unos golpes quedos, la puerta se abre. Una mujer menuda con rasgos extenuados está en el umbral, esperando con ansiedad. Ninguna de las dos habla. Los pensamientos de Cambara huyen como una mascota bien cuidada que se lanza a explorar los alrededores con la esperanza de volver con hallazgos interesantes. Qaali carece del coraje que concede saber qué hacer o qué decir. La habitación no es la suya y no sabe quién es la mujer que ha acudido ni por qué se han encontrado ahí.

En ese momento Cambara se da cuenta de que le corresponde a ella hablar primero, puesto que es en su habitación y en su mundo donde se han reunido. Además, conoce más datos de Qaali que a la inversa. Cierto, no se conocían, pero Cambara siente que sabe lo suficiente de la mujer por ser conocedora de su trágica

historia y, en menor medida, por Gacal, para darle un abrazo y un beso. Entonces se decide a acelerar la marcha de los acontecimientos y habla como si fuesen a perder un autobús o un avión.

—Si me resulta difícil saber por dónde empezar, imagino cuánto más debe serlo para ti —dice, cerrando la puerta y pasando junto a la mujer.

—Mi nombre es Qaali —se presenta.

—Lo sé. Mi nombre es Cambara.

—¿No te llamas Raaxo Abduraxman?

—No.

Qaali resulta ser la más serena de las dos, habida cuenta de las circunstancias: una mujer que ha conocido tempestades, que ha visto sueños de esperanza convertidos en pesadillas rutinarias. Cambara tiembla de nervios y se comporta de un modo que deja en Qaali una impresión equivocada, algo que debe enmendar inmediatamente.

Con voz calmada, Qaali dice:

—Quizá podrás explicarme quién eres y quién es Raaxo y si todo esto tiene algo que ver con la muerte de mi marido o con la vida de mi hijo y su paradero. Por favor, dime por qué estoy aquí.

Cambara recobra la calma.

—Son buenas noticias.

—¿Qué noticias? ¿A qué te refieres?

Cambara se sienta, indicándole a Qaali que lo haga también.

—Tú juegas con la ventaja de saber quién soy —dice Qaali—, pero yo estoy en desventaja, porque no sé quién eres. Sé que he venido en respuesta al anuncio y que albergo dolor y esperanza en idéntica medida.

Abrumada y aun así capaz de hablar, Cambara dice:

—Quizá puedas contarme qué se te pasó por la cabeza cuando oíste tu nombre anunciado en el programa *Personas desaparecidas* de la BBC.

Aguardando la respuesta de Qaali, su primer impulso es buscar el parecido físico entre Gacal y la mujer. Al hablar, los rasgos de su cara, aunque descarnados, se suavizan y resultan más gratos a la vista; tiene una voz deliciosa al oído, exquisita, como esa clase de yogur que un buen cocinero destinaría a un sinnúmero de usos, fluida, maleable y cultivada.

—Para un sediento, un espejismo contiene más agua que toda la humedad que pueda haber bajo sus pies. Es muy difícil resumir los pensamientos encontrados que me pasaron por la cabeza cuando me enteré de lo del programa. En realidad no fui yo quien lo oyó, sino una vecina a cuyos hijos doy clases de inglés. Todos están esperando poder reunirse con el cabeza de la familia, que está viviendo en Estados Unidos y les procura el sustento. Un instante veía a mi hijo e imaginaba que lo estrechaba entre mis brazos; al siguiente, me decía que iba a recibir noticias tristes, pero eso no tenía mucho sentido. ¿Por qué me pediría una mujer que fuera a su encuentro si lo único que quisiera comunicarme fuera la muerte de mi hijo?

—Hablemos de vida, Qaali —con los ojos anegados en lágrimas, los oídos zumbándole por la emoción acumulada, Cambara da un paso decisivo hacia Qaali. Se levanta y, abrazando a la menuda mujer con cuidado de no apretarla demasiado, dice —: Tu hijo está vivo.

Qaali permanece tiesa como un cadáver entre los brazos de Cambara. Libera su cuerpo de pajarito y levanta una mano, con la palma hacia Cambara. Qaali retrocede lentamente, rígida y tensa, sin dar crédito a la dicha que acaso sienta, por el momento inexpresable. Su apariencia marchita no deja traslucir un ápice del optimismo que la embarga.

—¿Dónde está mi hijo? —pregunta.

—Abajo.

Qaali toma asiento, sosteniéndose la barbilla con la mano, contemplativa, y empieza a frotarse los ojos enrojecidos, como tratando de extraerles por lo menos una lágrima, al ver que Cambara llora a moco tendido. Da la impresión de que Qaali haya vertido ya todos sus gemidos, todos sus aullidos, todas sus imprecaciones, el llanto se acabó.

—¿Quién eres? —le pregunta fríamente a Cambara.

Cambara se recompone, deja de llorar y mira a Qaali fijamente, convencida de que es prematuro enjugar sus lágrimas, para que Qaali no la tome por una plañidera a la que pagan por mostrar su dolor en los funerales. Se percibe agresividad y rabia en la pregunta de Qaali, también desconfianza y dolor.

—¿Quién eres? —repite Qaali—. ¿Ángel o demonio?

Cambara se sume en un largo silencio, respirando agitadamente, al principio hondo y luego con inhalaciones más superficiales, hasta que recobra la compostura y consigue recabar sus pensamientos, que la arropan como un velo. Emerge, envuelta por la confianza en sí misma, y relata a Qaali la historia de su propia pérdida y luego le cuenta cómo conoció a Gacal. Habla y, a medida que lo hace, más obligada se siente a explicar que las cosas hayan ido como han ido; lo que Gacal le contó de cuando su padre y él llegaron a Mogadiscio, el modo en que el taxista les tendió una trampa y el intento de robo que desembocó en la muerte del padre. Entonces Cambara relata su conversación con Raxma (a la que apoda Raaxo, de ahí la primera parte del seudónimo), que se encargó de ahondar en las pesquisas, y cómo el director de la escuela de Gacal en Duluth confirmó una parte sustancial de la historia. Cambara sigue hablando sin pausa hasta que ve la primera lágrima, oye el primer gemido y, de pronto, Qaali rompe en llanto, llorando a mares, tanto que Cambara, que ya ha recuperado totalmente el control de sus emociones, piensa en una tormenta tropical.

—¿Puedo ver a mi hijo? —pregunta la mujer, en un débil hilo de voz.

—Sí, claro —Cambara hace ademán de marcharse.

—Espera —dice Qaali. Cambara se detiene—. ¿Por qué has hecho esto?

Cambara necesita varios minutos para dar una respuesta adecuada a una pregunta que no se había formulado hasta ese instante.

—No soy ni un ángel ni un demonio —dice—. Soy una madre que llora a su hijo. Igual que tú. Por eso he sentido lo que tú sentías desde el momento en que vi a Gacal y por eso asumí la iniciativa de tomar el camino que tomé.

—Gracias —dice Qaali, dócilmente. Cuando Cambara se dispone a irse, Qaali añade—: ¿Podrías esperar un poco antes de mandarlo aquí y concederme unos minutos? —Cambara piensa en una enamorada preparándose para recibir a su amante—. Tú eres mujer como yo y sabes a qué me refiero, estoy segura.

—Desde luego.

—Y, otra cosa, ¿podría verlo a solas?

—Por supuesto.

Treinta y dos

En la sala de ensayos, que Cambara ha arreglado y puesto al día con la ayuda que, demostrando una lealtad a toda prueba, Seamus le ha prestado al ocuparse de buena gana de la mayoría de las reformas, están los rostros habituales que han participado en el montaje.

A juzgar por el gran número de personas no invitadas que se arremolinan por todas partes, a veces impidiéndole el paso, e interrumpen el transcurso del ensayo con susurros intermitentes, Cambara se pregunta si acaso ha corrido la voz de que uno puede pasar allí un buen rato. Imagina quién ha podido difundir la buena nueva: que la propiedad es una casa franca y que no niegan la entrada a nadie que acuda desarmado, siempre que esté dispuesto a no causar molestias. Más que animarse por el interés que muestra la gente en sus empeños, Cambara se dice que eso no es coser y cantar, hay mucho camino por recorrer antes de que la satisfagan los resultados.

Entre los habituales está Bile, su pilar principal, colaborador acérrimo, compañero frecuente e incansable consultor en la reconstrucción del texto, que se muestra reticente a ofrecer consejos en público sobre cuestiones relacionadas con la escritura y actúa con la discreción de quien quiere que todo el mundo trate a Cambara con la deferencia que merece; también Dajaal, que se ha implicado más directamente en asuntos logísticos, trasportando sillas y haciendo recados, llevando a otros de aquí para allá cuando se le pide y poniéndose a disposición de la *script*; Pelo Sedoso, desestabilizado por la reciente presencia de Qaali en la vida de Gacal, pues el chico muestra ahora menos entusiasmo por comer o estar con él y seguir siendo el compañero de diversiones que solía. Desnortado, Pelo Sedoso ha tenido que adaptarse a esa soledad forzosa, a menudo enfurruñado y hosco, callado, retraído, molesto a la menor pulla de Gacal o cualquier asomo de ofensa por parte de Bile o de Cambara. Ella ha observado en el chico que últimamente el brillo de locura y de malicia de su mirada ha desaparecido. Gacal también ha cambiado completamente. A menudo se pone a hablar en inglés en momentos inesperados, una muestra de la diferencia que la presencia de su madre ha traído consigo. Es una manera más de desterrar a Pelo Sedoso de su vida.

Hay también media docena de rostros jóvenes que no conoce, en su mayoría chicas atentas a cada detalle, con aspecto de estudiantes, y un par de ellas tomando notas. Cambara no sabe si son periodistas o aspirantes a directoras de teatro, todo lo que recuerda es haber visto que dos o tres llegaban con Farxia. También está la hija de Odeywaa, el tendero, que conoce a Kiin a través de sus padres y se ha ofrecido a hacer de *script*, aunque carece de experiencia previa.

También Qaali se cuenta entre los presentes, observando con interés y dispuesta a

ayudar, aunque es una persona prudente, más dada a permanecer a distancia y dar incluso a sus interlocutores el espacio necesario para respirar, a fin de no ser una carga para nadie. Qaali, vestida con las camisas anchas y los pantalones dos tallas más grandes de la suya que le ha prestado Cambara, acompaña a Gacal. Madre e hijo han pasado cerca de quince horas hablando, recuperando la comunicación y reencontrándose tras su larga y tormentosa separación. Gacal a menudo mira en dirección a Qaali cuando cree que nadie lo ve, quizá para asegurarse de que sigue ahí. De vez en cuando, incluso hace interrupciones innecesarias en el ritmo de los ensayos, ausentándose en medio de una escena para acercarse a ella y susurrarle un secreto en el oído, que queda entre ambos. Una y otra vez le pregunta a su madre qué le parece la representación, irritando a los demás, en especial a Pelo Sedoso, y no sólo eso, sino que además se entromete con comentarios que imponen una moratoria a cualquier otro que participe en las bromas de ambos. Una o dos veces, madre e hijo han vuelto en coche al Maanta para estar a solas en el que fuera el santuario privado de Cambara, ahora convertido en su refugio. Kiin no quiere ni oír hablar de que Cambara se haga cargo de la factura.

—Es un placer para mí darles alojamiento gratuito a Qaali y Gacal —insiste.

Kiin ha estado entrando y saliendo el día entero, para traer comida y otras cosas necesarias, poniendo sus recursos al servicio de Cambara. Después de comer, trajo a sus dos hijas, decidida a exponerlas a la camaradería que se respira en un montaje teatral. Cuando no está sirviendo té o ayudando en otros frentes, la mayor de las niñas se sienta cerca de Qaali, sin quitar ojo a la compenetración entre Gacal y la madre a la que acaba de recuperar, con una actitud que deja claro que Kiin le ha contado lo sucedido. Cambara, sin embargo, ha descubierto últimamente que Kiin se muestra muy reservada, especialmente porque parece no encontrar un papel para las niñas, como prometió. Siempre que Cambara lo trae a colación, Kiin cambia de tema o se marcha con uno u otro pretexto. Ya no parece disfrutar tanto como antes reiterando que ambas se conocieron gracias a Raxma, cosa que solía decir siempre que le presentaba a alguien, pero ahora elude siquiera mencionarlo. Cambara no acierta a entender por qué. Se pregunta si Raxma ha ofendido a Kiin por mantenerla al margen de la historia de Qaali y Gacal o si saldrá a la luz alguna razón más reveladora, relacionada con ella y Raxma. Porque a Cambara se le ha ocurrido que, como vio en el sueño del otro día, tal vez Raxma y Arda planeen aterrizar en Mogadiscio a tiempo para el estreno de la obra.

De repente la voz de Gacal reverbera en la sala para dar una interpretación soberbia de una de las escenas más destacadas de la obra. Después de repetirla un par de veces y que Cambara lo felicite por su actuación, Gacal sale corriendo del escenario y va hasta Qaali. Entusiasmado, abraza a todos los que están cerca.

Al ver que todo el mundo ha perdido la concentración, Cambara camina con aire distraído en dirección a la mesa de caballete y la silla próximas a la *script* y se demora contemplando el trabajo, no por su gran belleza, sino porque Cambara

aprecia disponer de una mesa con el espacio suficiente para desplegar sus papeles y anotaciones. Da una pequeña patada al caballete, como comprobando la firmeza del soporte de madera. Entonces, metiendo varios montones de papel y algunas notas en una carpeta, se acerca a la *script*.

—¿Qué tal te va? —le pregunta.

La *script* es una chica menudita, además de muy linda: nariz aguilina, piel tan oscura que irradia un lustre azulado. Lleva una blusa negra, falda azul marino y un pañuelo gris en la cabeza. Su constitución delicada y la elección del negro, además de ver que tiene un mentón poco robusto, devuelve a Cambara la extraña sensación de conocer a esa mujer. Y cae en la cuenta de la razón de esa sensación: la *script* se da un lejano aire con Raxma, por la tendencia de su amiga a vestir de negro. Aun así, cuando la *script* habla y muestra los dientes manchados del color del *curry* parduzco o camina, calzada con zapatos baratos, cuero arriba y tacones de goma, de los que favorecen poco, Cambara se niega a trazar cualquier parecido entre ambas, considerándolo un desprecio hacia Raxma, adepta de los zapatos de diseño italiano, planos y con suela de cuero, que suele comprarse tanto por comodidad como por darle buen resultado. No necesariamente calzado caro, pero sí bien hecho. Por segunda vez en el día, se pregunta si el sueño está dictando cuál de las muchas bifurcaciones toman sus pensamientos cuando se apartan del camino trillado. Ahora que ha visto a su amiga reflejada en el semblante de la *script*, no puede evitar preguntarse si verá a su madre, que aparecía en ese mismo sueño, en los rasgos de otra persona.

Cambara sugiere a la *script*, que está reorganizando las páginas sin numerar de su guión, que ponga el texto corregido y las notas, algunas de las cuales utilizó ayer, en el centro de la mesa de caballete.

—Compararé los cambios de hoy con los de ayer cuando tenga un momento —añade.

La *script* hace lo que le dice y es entonces cuando Cambara se da cuenta de que no sabe quién ha traído el caballete o cómo ha llegado ahí. Se siente inexplicablemente frustrada, como un conservacionista preocupado ante la idea de ser responsable de introducir por descuido en un hábitat una especie vegetal foránea que amenaza la supervivencia de las especies autóctonas. Si esta es mi casa, si vivo aquí y gastaré muchísimo dinero para mantener la seguridad, debería saber cuáles son los muebles que entran, pero lo cierto es que ha sido ella quien ha faltado a prestar atención a lo que sucede a su alrededor.

—¿Tienes idea de quién ha traído esta mesa de caballete? —le pregunta a la *script*.

—El blanco —contesta la chica.

Seamus, piensa Cambara.

—¿Cuándo?

—Una hora antes de que volvieras de almorzar.

—¿Dejó algún recado?

—A mí no.

—¿Sabes adónde ha ido?

—Ni idea.

—Me gustaría que alguien supiera estas cosas.

—Sólo soy una voluntaria.

Cambara se sorprende al oírlo: una voluntaria. Se pregunta, aunque no formula sus dudas en voz alta, si la joven pertenece a algún tipo de organismo civil, del tipo de la Red de Mujeres, y en tal caso, a cuál. Hacen falta voluntarios no retribuidos para desempeñar muchas de las labores que han de llevarse a cabo si la sociedad somalí quiere recuperarse algún día de todos los desastres que ha sufrido.

—¿Vienes por recomendación de Kiin?

—He venido con ella, en su todoterreno.

—¿Con cuántos más?

—Media docena, todos voluntarios.

—¿Algunas de las otras mujeres también lo son?

—Eso tengo entendido.

Cambara mira a su alrededor y observa los movimientos frenéticos de esas mujeres. Impresionada y alentada por lo que ve, siente que el compromiso de esas jóvenes le levanta el ánimo, a pesar de que no tiene una idea precisa de con qué están comprometidas. Quizá con la paz y con la coexistencia de las comunidades enfrentadas, colaborando en proyectos teatrales que juzgen beneficiosos para todos.

Entonces posa su mirada penetrante en la *script* y, suavizándola, le sonrío antes de admirar la mesa de caballete, que supone que habrá llevado un par de horas a Seamus ensamblar, con su característico buen hacer. Todos los nuevos amigos de Cambara se distinguen porque cada uno pone su grano de arena en la esperanza de hacerle la vida mejor en esta ciudad. Pero ¿dónde está Seamus? Lo busca con la mirada entre las personas sentadas al fondo de la sala, cuando una adolescente que viste una túnica *dirac* se acerca a ella con una tetera humeante y una taza. ¿Quién es? La muchacha dice ser «la encargada del té» y le pregunta a Cambara si le apetece un poco.

—Me encantaría, sí.

La encargada del té levanta la fina tetera de pico alargado en alto y sirve una taza, bajándola gradualmente y luego subiendo y bajando de nuevo trazando un arco de media luna, con mano firme, el brazo curvado en un semicírculo, hipnotizador.

Cambara toma un sorbo y, por hallarlo demasiado dulce, frunce el gesto. Da las gracias, sin decirle a la joven que ella lo toma sin azúcar. Deja la taza a un lado y se dispone a ordenar el calendario de ensayos, cuando ve que Gacal está de pie junto a ella, esperando pacientemente.

Va al encuentro de Gacal y Pelo Sedoso, que se acercan, indicando sus ganas de retomar el ensayo. Bile está con ellos, aguardando humildemente sus instrucciones, con las gafas de leer apoyadas en el caballete de la nariz. Tras comentar que ha

corregido el guión anotado, Cambara se vuelve y, murmurando algo para sí misma, recibe de Bile una única hoja, donde ha escrito sus notas a mano.

—Verás que hay algunas sugerencias más para cambiar unas pocas palabras —dice—. A lo mejor conviene que las sopeses antes de incorporarlas. Podemos hablar de ello en un momento más tranquilo.

—Gracias, querido mío —dice Cambara, recogiendo la hoja y añadiéndola a la pila.

Cuando se dispone a anunciar que reinician el ensayo y señala la escena sobre la que trabajarán, advierte que ninguno de los chicos está en el escenario, como era de esperar. Gacal está sentado con su madre, Pelo Sedoso salta con una comba exhibiéndose ante las hijas de Kiin. Cambara da una palmada e inmediatamente se reúnen con ella en el escenario. Entonces llama a Qaali, que se vuelve sonriéndole.

—Qaali, querida, aquí tienes el texto de la obra —dice Cambara—. He dudado mucho antes de pedirte que leas el papel de la esposa. Verás que, mientras los parlamentos del águila y la gallina, así como el del granjero que interpretará Bile, se acercan más a mi idea definitiva, este papel necesita mucha reelaboración. ¿Te ofrecerías voluntaria para representarlo?

Qaali recibe el texto con ambas manos, trazando una ligera reverencia con la cabeza. Cambara propone un pequeño descanso para que pueda leerlo, al menos, un par de veces. Entonces oye retazos de conversación, en forma de las frases que Gacal y Pelo Sedoso intercambian para azuzarse mutuamente. La complace ver que los dos chicos han memorizado sus respectivos papeles y pueden recitarlos de carrerilla cuando se les incita a ello. Sabe que a Bile le cuesta contener su tendencia a apartarse del texto, pues es dado a improvisar constantemente y su guión de trabajo está atestado de garabatos que parecen hileras de insectos, sobre todo el papel de Pelo Sedoso, lleno de tachones. Pero eso es lo que menos la preocupa ahora. Se halla en un estado de enorme expectación y le arden las orejas. No tiene ninguna prisa por retomar el ensayo. Qaali sigue leyendo y releendo el texto.

Atenazada por la tensión, anticipa que va a tener lugar un suceso insólito. Por suerte Bile no ha caído en el desánimo desde que los dos empezaron a pasar mucho tiempo juntos. Además ha sido muy valioso a la hora de improvisar mejoras en varios de los papeles, ora adoptando el parlamento de una madre afligida, ora el de un chiquillo fastidioso porque su padre ha optado por cambiar las reglas del plan de juego. Desde luego ha merecido la pena contar con sus servicios para salir de ese callejón sin salida teatral, por llamarlo de algún modo.

Bile y Cambara se encuentran de pie, uno cerca del otro. A saber si es por pura casualidad o por una maquinación deliberada de Bile que sus caderas se rocen con frecuencia. Tal vez los dos son expertos en escamotear momentos de intimidad privados en un lugar público, cuando se estrechan la mano, midiendo la precariedad del contacto, listos para retroceder. Bile es alto, esbelto y muy presentable; bizquea un poco, como si tuviera algún problema en la vista, y tiene una mirada cómplice,

como si supiera algo que no pensara divulgar, secretos de los que acaso dependa la felicidad de ambos en el futuro. Al tiempo que remolinos de recuerdos se agitan dentro de la cabeza de Cambara, una brisa de emociones bate su corazón. Piensa que la leve ráfaga de viento que entra por la puerta de su mente es el presagio de las buenas nuevas que trae Bile consigo. Lástima que no esté dispuesto a hablar de ellas. ¿Es la misma reticencia que advirtió antes en Kiin, que acaso malinterpretó en un sentido negativo?

Pasando la mano por la mesa de caballete recién barnizada, Cambara pregunta:

—¿Dónde está Seamus?

—En el apartamento, tomándose un merecido descanso —contesta Bile—. Por lo visto no ha pegado ojo en toda la noche, ocupado en dejar todas tus cosas listas. Luego vino a casa y ensambló esta mesa, que veo que ya has estrenado.

Luego susurra un comentario destinado sólo a ella, cargado de picardía. Se ríe como un hombre mucho más joven, tapándose la cara con las manos, y de pronto las aparta con el gesto juguetón de un niño a punto de decir «cucú». Espontáneamente sube al escenario y aguarda junto a Qaali, en cierto modo apremiándola y recordándole que esperan a que dé el visto bueno.

Cuando Cambara le da pie a Qaali a empezar, observa también el entusiasmo por parte de Bile, Gacal y Pelo Sedoso para retomar el ensayo. Antes de que se diga nada, revisan los espacios escénicos de la obra. Cambara sube al proscenio y por primera vez le pide a la *script* que le lea las líneas de Bile, después de hacer un resumen de lo esencial. Aun así, Cambara no está del todo concentrada, la invade la poderosa sensación de que va a suceder algo o que va a encontrarse con alguien, tan intensamente que no sabe cómo canalizar su nerviosismo.

Entonces ve que Kiin entra en la sala llevando de la mano a Raxma, vestida con un traje de lino negro de pies a cabeza, que camina con pasos largos y el busto erguido. Se le cae un chal oscuro, aunque sigue caminando sin pararse a recogerlo. Cambara piensa que, si Raxma está ahí, su madre no puede estar muy lejos. Demasiadas preguntas acuden en tropel en busca de respuestas, pero las ahuyenta. ¿Cuándo ha llegado Raxma? Puede adivinar quién la ha recogido en el aeropuerto. ¿Dónde va a alojarse? ¿Por qué no la ha avisado de su llegada? Cambara mira a Bile, luego a Kiin, y tiene la perturbadora impresión de que ambos sabían de la llegada de Raxma.

La emoción se desborda en llanto, todos tienen un nudo en la garganta, Cambara parpadea con los ojos anegados en lágrimas, Raxma esboza una sonrisa radiante, Kiin expresa sus sentimientos con repetidos abrazos. Bile se queda inmóvil, torpe como un actor aficionado que no sabe cómo o cuándo aceptar una ovación. Cambara, Kiin y Raxma forman un semicírculo, como si posaran para una fotografía. Lamentablemente, puesto que nadie se ha acordado de traer una cámara, el momento pasa sin que quede una imagen grabada.

—¿Qué haces tú aquí, en la más peligrosa de las ciudades? —le dice Cambara a

Raxma.

Ni el tono ni la frase le pasan por alto a Raxma, que recuerda haber dicho esas mismas palabras: cuando ambas se encontraron en Toronto, Cambara insinuó su deseo de ir a Mogadiscio y Raxma hizo lo posible por disuadirla.

Raxma es experta en dominar sus emociones con un respiro momentáneo, un interludio en el que recuperar el control.

—He venido para el estreno en primicia mundial de tu obra, para apoyarte y luego presumir de haberla visto en la ciudad que aún considero una de las más peligrosas del universo —dice.

—¿Arda está aquí? —pregunta Cambara.

Por el afectado aire de sorpresa de su amiga, Cambara sospecha que su madre ya ha llegado y está durmiendo para recuperarse del desfase horario o que llegará a lo largo del día. Sabe que su madre acusa mucho el *jet lag*.

—No he visto a tu madre en esta bendita ciudad, ni tengo idea de dónde está —dice Raxma—. ¿Acaso sabes algo que nosotras desconocemos? —y luego, a Kiin—: Kiin, ¿tienes a Arda escondida?

—Confirmando que no conozco a esa señora —dice Kiin.

En las palpitaciones de su inquietud, como un poni galopando para atrapar la sombra que proyecta al atardecer pensando que es la de un competidor, Cambara templa sus impulsos, dirigiéndolos a un paso en falso. ¿Cómo ha podido olvidarse de presentar a Bile? El pobre hombre sigue ahí de pie, mirando a las tres mujeres sucesivamente.

—Un momento —dice Cambara—. Él es mi puntal, aparte de Kiin, mi pilar, mi protector y mi guía. Y ellos son Gacal y Pelo Sedoso, actores o granujas frustrados, si lo prefieres. ¿A que son monísimos, Raaxo? Y ella es Qaali. Lo sabes todo de ella, puesto que tus indagaciones han sido fundamentales para encontrarla y por eso todos te estamos muy agradecidos, querida Raaxo.

—Una mujer con el mundo a sus pies —dice Raxma.

—Tendremos mucho tiempo para hablar.

—Desde luego que sí.

Raxma y Cambara toman asiento entre los voluntarios, mientras Bile, Gacal y Pelo Sedoso toman sus respectivas posiciones en el escenario. Después de que la *script* apunte a Qaali, dándole pie a empezar, y los otros retomen sus parlamentos, Cambara cree que lo malo de tener el mundo a tus pies es que te arriesgas a perderlo todo si hay un terremoto.

Cuando es el turno de Qaali, Gacal al principio está inquieto, le preocupa tal vez que su madre no dé la talla. Si no los deslumbra a todos, ¿qué dirá Pelo Sedoso a sus amigos? Pero Qaali no le decepciona, porque hace una notable lectura de su papel, modulándolo con elegancia y sensibilidad, a pesar de que apenas ha tenido tiempo de leer el texto entero y menos aún de estudiarlo con el cuidado que merece.

Tras varias lecturas y repeticiones, el cansancio de Qaali salta a la vista, a veces

se le quiebra la voz como una rama seca al desgajarse del árbol. Cambara propone un descanso.

—Volvemos a la carga en tres horas, a lo sumo —dice.

Se disgregan, de dos en dos o de tres en tres: Raxma y Bile buscan un recoveco donde no lleguen los ruidos de la *script*, la encargada del té y los demás voluntarios; Cambara y Qaali se refugian en su rincón, donde los chicos les sirven té y las dejan a sus anchas; Kiin se queda con sus hijas, la mayor de las cuales se ofrece a ayudar a la *script* y la menor a la encargada del té.

Cambara le hace a Qaali un resumen del hilo narrativo de la obra y, convencida de que es una mujer muy culta, decide dispensarla de una tanda exhaustiva de ensayos.

Entonces resuena en la sala la voz de Bile, que llama a Cambara y Qaali por su nombre y anuncia que es hora de empezar de nuevo.

Los cinco acuden desde distintas direcciones y convergen en el escenario, donde aguardan expectantes a que la *script* dé la letra a Qaali, cuando de pronto Zaak, endomingado en su mejor traje blanco, con andar tambaleante y aspecto enfermizo, el rostro rollizo, cercos de sudor bajo las axilas, la frente grasienta y sudorosa, jadeante, anuncia su presencia en el campo de visión de Cambara, nublando todo. Apresada por el recuerdo de los horrores que le hizo padecer a lo largo de los años en su compañía, más allá de la naturaleza de su relación, y acorralada de pronto en una bifurcación difícil del camino que han transitado juntos, en el que se cuenta o más bien terminaba con el pésimo encuentro que mantuvieron la última vez —la única, por añadidura, en que ha sido su anfitrión—, Cambara no sabe cómo reaccionar ni qué hacer. No será descortés con ella en presencia de dos de sus amigos íntimos, Raxma y Bile, y menos aún de todos los desconocidos. Incómodo por no poder controlar su cuerpo, Zaak se acerca con andares de pato, las rodillas flaqueándole. Cambara se dice que no es casualidad que haya estado evitándolo, sin verlo ni llamarlo, cuando de pronto oye que alguien se acerca y, antes de que le dé tiempo a volverse, Raxma le susurra al oído:

—Déjame a mí.

Cambara no dice nada, se pone rígida. Bile, que apenas conoce a Zaak, mira a Raxma pasar primero por su lado, luego a Cambara, que parece a punto de perder los estribos y, por último, a los demás, algunos de los cuales parecen divertirse y otros están perplejos ante lo que sucede.

—Mira a quién tenemos aquí, ni más ni menos que Zaak —dice Raxma en voz alta.

Zaak se detiene en seco y, con la camisa pegada a la espalda y al pecho por el infame sudor, maniobra con el torso, seguido de las piernas y la cabeza, con la lentitud de una tortuga tomando una curva del camino. A continuación avanza a pasitos cortos mientras Raxma espera, tras haberse acercado a él, y todo el mundo mira. Cambara siente oleadas de murmullos, entreverados con remolinos de susurros,

corrientes que confluyen en un afluente de indignación popular.

—Qué tal, Zaak —dice Raxma, tendiéndole la mano con la rigidez de un señor de la guerra sellando un pacto con otro en la fotografía impuesta como condición de los países donantes para traer comida a su nación hambrienta.

—Arda me ha llamado —dice Zaak al estrecharle la mano.

—¿Para?

—Me ha dicho que podía encontrar a Cambara aquí.

—Yo también estoy aquí —contesta Raxma.

—Me dijo que estarías tú también.

Su voz tiembla notablemente.

—¿No vas a darme la bienvenida?

—Bienvenida —la palabra mana de sus labios, exánime.

Agotado el repertorio de cosas por decirse, Raxma se vuelve a Cambara, que decide actuar, convencida de que puede arreglárselas para mantenerlo a una distancia prudente y al mismo tiempo ahorrarle a Raxma una incomodidad innecesaria. Cambara cree que lo mejor no será tanto pedir disculpas a Zaak y explicarle por qué no se ha mantenido en contacto con él, como aplacar una posible falta de autocontrol por parte de Bile, que podría sentirse humillado al presenciar un trato denigrante hacia su primo, actitud que difícilmente aprobaría. Seguro que a Bile no le gusta la idea de que Cambara y Zaak se pongan en ridículo delante de tantos desconocidos. Pertenece a la vieja escuela, según la cual no se arremete contra nadie, menos aún una pareja o un primo, cuando hay gente alrededor. No recuerda haber hablado con él de Zaak, aunque es posible que Kiin le haya puesto al corriente. Cambara guarda cierta distancia, aunque sólo sea para no estar cerca de su apestoso aliento.

—¿En qué andas? —le pregunta Zaak a Cambara; las palabras, llenándole la boca, ruedan como bailarines rollizos danzando en una pista redonda—. Me alegro por ti. Has conseguido lo que te propusiste. Bien hecho, muchacha. Te has portado como una adulta, siguiendo mi consejo. Dudo que hubieras recuperado la propiedad o que hubieras montado una obra de teatro si no te hubiera dado el empujón que necesitabas. Así se lo he dicho a la tía Arda.

—Ah, así que me abandonaste a mi suerte para que creciera de una vez, ¿es eso? ¿Fuiste brusco conmigo para que me marcara metas altas y las alcanzara, no? Esa sí que es buena. ¿Eso le has contado a mi madre?

—Y ella lo ha creído —dice Zaak—, pero, veamos, ¿por qué me abandonaste? ¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo para contarme tus éxitos?

—No necesitas la compañía de nadie mientras tengas tus fardos de *qaat* —dice Cambara. Todo el mundo asiente con la cabeza ante esa frase lapidaria, aunque nadie se atreve a reír, salvo Raxma, que ahoga una carcajada.

—¿Cuándo te ha llamado Arda? —pregunta Cambara.

—Hoy mismo.

Sea cual sea el juego de su madre, Cambara no quiere que Zaak se entere de que

no sabe dónde está su madre y que tampoco ha estado en contacto con ella últimamente; sólo serviría para enconar las eternas discusiones entre ambos, en lugar de aprovechar la oportunidad para hacer las paces, por Arda. Sin embargo, hay tiempo para eso. Le preguntará a Raxma por Arda cuando se queden a solas más tarde y todo se aclarará.

—Bueno, Zaak, he de volver al trabajo.

—No voy a impedírtelo —salta él, alejándose con la sensación de que le ha escupido tanta ponzoña como la que ella ha arrojado hacia él.

—¿Te has traído un haz de *qaat* para mascar, como los que llevamos un libro a la consulta del dentista con el que entretener la espera? —remata Cambara.

—No seas desagradable —contesta Zaak, sonriendo—. No corresponde al anfitrión maltratar a sus invitados. Sé agradable conmigo cuando estoy bajo tu techo. Por favor.

—Mira quién habla.

—Precisamente —contesta él, intentando hallar respaldo en las miradas de los que lo escuchan, ensanchando aún más su sonrisa victoriosa.

Cambara ya tiene bastante, su voz lo dice todo.

—Tengo asuntos urgentes que atender —zanja—. ¿Podrías darle tus señas a la señorita del cuaderno? —añade, señalando a la *script*—. Puesto que nos has honrado con tu visita, te invitaré al estreno de la obra. Podrás sentarte en la primera fila, al lado de tu tía favorita, Arda.

Acto seguido le da la espalda y se aleja en dirección al escenario, donde los demás esperan pacientemente. Un par de ellos necesitan un rato para borrar la sonrisa de sus caras y otro poco más antes de poder continuar con el ensayo. Cuando Qaali da un paso al frente para retomar el texto donde lo dejó, varios ojos se fijan en la voluminosa espalda de una figura panzuda que tapa con sus carnes la poca luz del sol que entra en la sala. Una vez Zaak se ha ido, Cambara se sienta al lado de Raxma, escuchando distraída a Qaali que lee su papel dotándolo ya de más soltura.

—¿Dónde está Arda? —le pregunta irritada a Raxma.

—Ha hecho parada en Nairobi, donde quiere recuperarse del *jet lag* —explica Raxma—. Nos separamos en el aeropuerto, ella fue a buscar un taxi que la llevase a un hotel, yo a enlazar con mi vuelo aquí. Llegará mañana temprano. Kiin se ha ofrecido a ir a recogerla a la pista de aterrizaje.

—Esta mujer va a acabar conmigo —dice Cambara.

—Tómatalo con calma, Cambo.

—¿Cómo esperas que lo haga, cuando hay en el mundo Zaaks y Wardis?

—Olvídate de Zaak. Es un cretino.

—¿Cómo voy a hacerlo?

—Sigue con tu ensayo, Cambo.

—Dame un minuto —Cambara se queda donde está, con los ojos cerrados, como si así pudiera verse por dentro y reunir la fuerza interior que sabe que anida en ella—.

Gracias, Raaxo —dice al cabo, preparada para seguir con el ensayo—. Eres un sol, como siempre.

Siguen al pie del cañón ensayando hasta tarde. Para entonces todo el mundo está exhausto y las jóvenes voluntarias, incluida la *script* y la encargada del té, se han ido. Raxma les toma el relevo, yendo de un lado a otro con formidable eficiencia, sin dar indicios en ningún momento de que hace apenas unas horas que ha llegado. No quiere ni oír hablar de que Dajaal la lleve al Maanta, tal como sugiere Cambara.

—¿No estamos para eso las amigas, para tenerlas a tu lado cuando las necesitas? Me quedaré aquí hasta que acabemos por hoy.

Al día siguiente, cuando menos se lo espera, Zaak hace una histriónica entrada en la sala, caminando con una figura a la zaga, como un vehículo que remolca a otro unido por una cuerda invisible, el primero con el motor encendido tirando del segundo, que a todas luces es una mujer.

Zaak acarrea dos maletas voluminosas. Se detiene con frecuencia, respirando agitadamente y enjugándose el sudor, a veces obligado a hacer un alto en el camino, para volver a levantar a continuación una maleta, luego la otra, sin olvidarse en ningún momento de la figura que lo sigue y lo apremia en silencio para que camine a pesar de todo. A medida que avanza, paso a paso, haciendo una pausa, continuando de nuevo, todo el mundo en el escenario se queda en silencio y se vuelve hacia él. Zaak parece a punto de soltar una maldición pero se frena una y otra vez por la figura que sutilmente lo aguijonea desde atrás. En cierto momento deja las pesadas maletas en el suelo y, distraído, al ir a dar un paso, tropieza con ellas y cae aparatosamente, dando poco menos que una voltereta. Hecho un ovillo, deja escapar un sonido extraño, similar al restallar de un rayo que persigue el trueno en medio de una tormenta tropical.

En contraste con Zaak, Arda se presenta bien arreglada, con la mirada centelleante, vivaracha y rebosante de la euforia del desfase horario. Camina erguida e imponente, vestida en una elegante túnica de fino algodón, agitando sin parar el abanico que lleva en la mano y con una sonrisa tan radiante que, a quien no la conozca, podría incluso parecerle falsa. Con la piel tostada y a primera vista demasiado joven para su edad, se la ve descansada, con una desenvoltura que linda con el nerviosismo. Está molesta porque, tal y como están planteadas las cosas, es Zaak el que determina su avance.

La escena que Cambara tiene ante los ojos toca una nota distante de su memoria al recordarle una de sus obras favoritas, *Esperando a Godot*. El misterio, la angustia y la incertidumbre de la existencia humana, todos ellos rasgos visibles en los rostros de Zaak y Arda, le traen al pensamiento al Pozzo de Samuel Beckett, que lleva a Lucky atado de una cuerda al cuello. No debe de haber sido un día fácil para Zaak, porque seguro que Arda le habrá dado un buen rapapolvo en privado a raíz de lo que Raxma le contó. Ahora Arda, con toda la intención, pone a Zaak en su sitio delante de todos, en presencia de los mismos hombres y mujeres que son testigos de cómo humilló él a

su hija.

Raxma parece divertirse observando la escena. Cambara, pese a todo, se compadece de Zaak al pensar que el pobre diablo ni siquiera dispone de un taburete donde sentarse, como podía hacer Lucky en *Godot*. Por lo que sabe, y dejando de lado sus faltas, Zaak sigue siendo el sobrino de Arda y eso significa que ambos llevan la misma sangre. Quizá el calor de mediodía, el sopor de la hora de la siesta, el cansancio omnipresente y la presión insoportable hacen que Cambara empiece a ver cosas, a evocar imágenes discordantes de un drama desolador con resonancias de Pozzo y Lucky.

Más evidentes son las tiranteces entre Arda y Zaak cuando se acercan al escenario donde se encuentran Cambara, Bile, Qaali, Gacal y Pelo Sedoso. No sólo mantienen la misma distancia física que antes —Arda espoleándolo a avanzar, Zaak caminando pesadamente— sino que salta a la vista que la anciana está furiosa y quiere que todo el mundo se entere. Se detiene en seco, justo cuando Zaak se revela, negándose a dar un solo paso más y a levantar las dos maletas.

—Has sido grosero, tu comportamiento ha sido intolerable, has lanzado improperios en todas direcciones cuando te ha venido en gana. Ya es hora de que te disculpes.

Sólo que no nombra a la persona o personas a las que debe resarcir con ese paripé de arrepentimiento. No contenta con eso, lo zarandea, apartándolo de en medio y pasando sin contemplaciones por su lado para ir al escenario, donde los demás observan en silencio. Al llegar al lugar donde Cambara la espera con los brazos abiertos y una sonrisa, Arda cambia el tono de voz. El encono que borbotea con malevolencia cuando se dirige a Zaak, se transforma en dulzura al dirigirse a su hija. Hablan, sin que ninguna de las dos se decida a acercarse a la otra.

—Lo has conseguido, ¿verdad, cariño?

—Todavía no, madre.

—Y tanto que sí, cielo.

—Hay mucho por hacer.

—Lo has conseguido, de eso no cabe duda.

—No tentemos a la suerte, mamá.

—En cualquier caso, baja a darle a tu escéptica Arda un abrazo y un beso —dice, haciéndole un gesto a Cambara para que se aproxime—. Y me cuentas cómo has conseguido todo esto —abarca, con un amplio movimiento, el escenario, la sala y a todos los presentes—. Tú sola. Contra todo pronóstico. A pesar de Zaak —añade, fulminándolo con la mirada.

Arda, desocupando las manos para recibir el abrazo de Cambara, lanza el abanico hacia el escenario con el gesto de un atleta que, al ganar la final de un torneo, arroja la raqueta a su rendido público. Bile acierta a atrapar el abanico antes de que toque el suelo, Raxma aplaude. Cambara se acerca, con el corazón desbocado, pero cuidando no tropezar con Zaak ni con las maletas, abandonadas en el pasillo.

Madre e hija se funden en un abrazo y se susurran cosas al oído, como dos jóvenes enamorados tras una larga separación. Arropándose una a la otra con sus propios cuerpos, Cambara no alcanza a rodear la cintura de su madre, por sus dimensiones.

—¿Hemos de perder peso, eh? —le dice, con voz baja y traviesa.

—Desde luego, desde luego.

Dan la espalda a todo el mundo y salen de la sala, acaso porque Cambara se propone enseñarle a su madre el resto de la casa o porque Arda quiere acaparar a su hija un par de horas y hablar con ella a solas.

Epílogo

Tres días después, cuando las jornadas maratónicas de trabajo han conquistado también las noches y las noches se prolongan en los asuntos del día, Cambara estrena en primicia su obra ante un público escogido, compuesto básicamente de mujeres. Cuando no está revisando, ensayando o relejendo, toma grandes cantidades de café para mantenerse despierta y pasa el tiempo en compañía de Arda, que está más dulce que nunca; de Raxma, que discreta y gentilmente se mantiene en segundo plano, callada y prudente; o de Bile, con quien queda a solas en su apartamento para relajarse y darse largos baños calientes, o de Kiin, Qaali, Pelo Sedoso y Gacal.

Raxma se ofrece para cualquier cosa en la que puede ser de ayuda, haciendo las veces de *script*, registrando el principio y el final de las tomas en la claqueta e introduciendo en el texto a lápiz los cambios que le dicta Cambara o encargándose también de servir el té. En ocasiones acompaña a Dajaal a alguna parte de esta ciudad en la que no ha estado desde hace más de quince años, porque Cambara ha pedido aceite de oliva para enlucir las máscaras, al no conseguirlo de linaza como sería deseable, o porque hay que recoger los trajes en la sastrería. Una de esas veces Raxma vuelve más desolada de lo que Cambara o Arda la han visto nunca, tras presenciar una escaramuza en la que dos jóvenes han perdido la vida ante sus propios ojos.

—Ha sido como una película de terror en la gran pantalla —dice Raxma—, pero era tan atrocamente real que no podía soportar semejante locura.

Al preguntarle cómo ha estallado el enfrentamiento, explica que unos adolescentes empezaron a discutir, por una razón que desconoce, y de pronto se liaron a tiros, pum, pum, pum. A quemarropa. Sin ninguna clase de sentimiento.

—Es como si lo hubieran hecho a propósito para que yo lo presenciara —suspira, y luego añade—: No quiero volver a salir. Basta. Me quedo aquí, donde me siento segura.

Donde otros harían preguntas a Cambara, sondeándola con delicadeza, Arda se mantiene decididamente al margen, con una actitud muy distinta de la que es habitual en ella: actúa como si no tuviera opiniones sobre ningún asunto, ni consejos que ofrecer a su hija acerca de ninguna cuestión. A menudo se la oye decir:

—Tú lo sabes mejor que yo, cariño. ¿Quién soy yo para darte consejo, después de haber conseguido todo lo que has conseguido?

Tampoco comenta nada en particular acerca de la evidente cercanía de Cambara y Bile, ni siquiera cuando otros observan entusiasmados la intimidad que prospera entre ellos. Arda oye que los demás hablan de una relación floreciente, no paran de darle a la lengua e incluso hay quien insinúa la posibilidad de boda, pero ella no hace

comentarios, ni a Cambara ni a nadie, acaso porque no quiere que se repita lo ocurrido con Zaak, que desde luego fue culpa suya, ni lo que pasó cuando su hija se casó con Wardi contra lo que ella le aconsejó, con el consiguiente alejamiento de ambas. Arda no quiere mencionar a Wardi ni aludir a Zaak, pues sabe que se opuso a que Cambara se casara con el primero, sólo porque lo amaba, y le impuso al segundo... y qué desastre resultó en ambos casos.

Curiosamente, sin embargo, Arda hace tan buenas migas con Pelo Sedoso que podría decirse que más o menos lo protege bajo su ala. Habla de mandarlo a estudiar a algún sitio donde pueda formarse como mecánico o en algún oficio, en vistas de que está dispuesto a aceptar el desafío y no le faltan aptitudes. También se lleva bien con Qaali y Gacal, pero por desgracia poco puede hacer para ayudarlos a resolver su atolladero burocrático, más allá de haber hablado con uno de los amigos que tiene en el cuerpo diplomático canadiense. Tanto a ella como a Cambara las tranquiliza saber que Raxma ha estado en contacto con Maimouna, que presentará alegaciones en el consulado estadounidense de Nairobi.

Arda y Dajaal también se entienden bien: hablan largo y tendido de las cuestiones que atañen a la seguridad y la posibilidad de un ataque repentino, aunque él lo considera «prácticamente imposible, habida cuenta de las circunstancias».

—Entiendo tu preocupación —añade Dajaal—, propia de una mente inexperta, me refiero a inexperta en cuestiones de seguridad. Déjalo todo de mi cuenta. Yo no temo nada. No habrá problema mientras estrenemos la obra, con o sin máscaras, ante un público escogido. Me preocuparía si hubiese representaciones públicas con máscaras, eso sí me parecería demasiado arriesgado.

Aun así, al verlos conversar, Cambara siente que se conocen mejor de lo que ninguno de los dos se preocupa en explicar.

Arda disfruta hablando con Seamus más que con ninguna otra persona, pues el irlandés es más desinhibido con ella y le toma el pelo. Le reaviva la memoria y comparten las bromas que se hacían en los tiempos en que la cultura italiana, su idioma y su cine, estaban omnipresentes en sus vidas. Arda le cuenta algunos chistes de curas y él otros de pueblerinos, llenos de chascarrillos verdes. Gacal no se cansa de escuchar sus procacidades.

Bile, en cambio, es más formal con Arda, muy cortés, como acaso corresponde a un futuro yerno. Y Arda se siente incómoda en su presencia, tal vez por los pocos años que se lleva con el que podría llegar a ser el futuro compañero de su hija. Se esfuerza por dar una imagen relajada de sí misma ante Bile, pero también es cierto que todos andan muy ajetreados. Cambara se ocupa de las exigencias de la obra, incluido el maquillaje, además de ayudar a Seamus con la iluminación y la escenografía. Raxma acepta de buena gana cualquier otra tarea que Cambara le encargue; la última, hacer de apuntadora. Seamus, además de sus labores de iluminador y escenógrafo, se ocupa del funcionamiento del generador; Bile, Qaali, Gacal y Pelo Sedoso cumplen con sus cometidos con absoluta entrega.

Bile, haciendo gala de una constancia a toda prueba al permanecer al lado de Cambara la mayor parte del tiempo de vigilia, la apoya y acompaña a la vez que vela para que pueda moverse a sus anchas sin ataduras. En más de una ocasión, cuando ya todos se han ido, y ellos se han marchado juntos a casa de Bile, Cambara, exhausta, cae en un profundo sueño nada más apoyar la cabeza en la almohada del antiguo cuarto de Raasta, la sobrina de Bile. A nadie se le escapa que Bile, visiblemente abatido cuando Cambara no está, la echa de menos con furia, hasta el punto de considerar una interferencia inaceptable cualquier actividad que los mantenga separados, una intrusión en su *affaire de coeur*, y sufre.

Aunque la carcome la preocupación, Kiin derrocha energía y coraje en presencia de Cambara. Ruega que todo termine con bien para todos los invitados: que Gudcur siga enterrado, en caso de que esté muerto; que ninguno de sus esbirros trate de molestarlos; que Cambara coseche éxito con la obra, a la que la propia Kiin está invitando a un público selecto y a unos pocos amigos íntimos de confianza. Eso sí, evita pronunciarse cuando alguien comenta si Bile y Cambara son pareja, sobre todo en presencia de Arda. Acaso porque ella ha contribuido a estrechar el vínculo entre ambos, tiene la impresión de que será duradero. Raxma, por su parte, se encarga de traer el ciclón de optimismo que su amiga necesita cuando Bile no está cerca, sabiendo que la anima y que hace el trabajo con ella mucho más fácil y menos enconado. Tampoco ella quiere involucrarse en la relación.

La noche del estreno, sintiendo las mariposas revolotear en el estómago, las entrañas de Cambara se convierten en un campo de batalla. Se dice que se ha ganado una batalla, lo cual es una alegría y una fuente de inspiración, pero ¿y si se pierde la guerra?

El generador está en marcha y su zumbido se escucha a media milla de distancia. Para evitar fallos en la seguridad, que Dajaal ha planificado al milímetro, Seamus ha tendido cables a todos los controles de acceso. Hay varios anillos internos y externos, también un mínimo de tres controles: el más lejano supervisado por Kaahin, compañero de confianza de Dajaal, el segundo por Qasiir y el que hay justo frente a la casa por el propio Dajaal. Utilizan toda clase de dispositivos para comunicarse: *walkie-talkies*, un teléfono fijo en la propiedad y varios móviles. En cada control hay hombres con ametralladoras ocultos a la vista; en el segundo anillo de seguridad se ha apostado el único carro de combate, un alarde de fuerza, llegado el caso. El teléfono suena cuando se presenta cualquier duda para identificar a alguno de los invitados, cuyos nombres se comprueban luego en la lista maestra que obra en poder de Arda. Kiin se mantiene en contacto en todo momento con todas las partes, pues es ella quien se ha ocupado de elaborar la lista de invitados y facilitar todos sus datos. La obra se pone en escena bajo los auspicios de la Red de Mujeres, que patrocina, junto con el Hotel Maanta, el cóctel que se servirá durante la velada.

A pesar de la tensión que genera el estricto dispositivo de seguridad, cuando los invitados pasan los controles, los registros y los someten a los que algunos consideran

preguntas impertinentes, se respira un ambiente jovial. Una o dos veces, Kiin ha tenido que ir personalmente a la base de operaciones de Dajaal a aclarar las cosas. Sólo a dos personas se les ha negado la entrada, porque Kiin no podía dar fe de ellas o no las conocía lo suficiente como para permitirles pasar. Sin que cunda el pánico en ningún momento, Dajaal, Kiin y Arda dan su visto bueno para que la obra empiece cuando acaben de llegar todos los invitados.

Hay unos veinticinco invitados entre el público de la sala, de los que sólo tres son hombres: Irrid y Hudhudle, del Maanta, y Odeywaa, el tendero, casado con un miembro muy activo de la Red de Mujeres, que ha vuelto de la Conferencia de Reconciliación Nacional de Nairobi expresamente para ver la obra. Hay también una corresponsal del servicio somalí de la BBC en Mogadiscio, una mujer diminuta, muy vehemente, con una voz muy aguda y gafas gruesas como el culo de un vaso. Estrecha la mano con firmeza y tiene el hábito de ahondar en cada comentario de Cambara, con vistas a analizarlo y acaso hacer su propia aportación. A Cambara la desconciertan los ojos sagaces de esa mujer y aguarda la menor oportunidad para huir de ella en cuanto Kiin termine con las presentaciones, después de que la periodista mencione su interés en entrevistarla con Qaali y Gacal. Le recuerda a Cambara que, gracias al anuncio emitido en *Personas desaparecidas* por la BBC, madre e hijo se han reencontrado. La jefa del servicio somalí quiere hacer un seguimiento con una entrevista en directo. Entonces Cambara se excusa y corre a atender a los nuevos invitados que llegan.

Cuando está a punto de levantarse el telón sobre el escenario minimalista y Bile se coloca la máscara para entrar en escena, Cambara, presa de la emoción, desborda de inquietud. Angustiada, da media vuelta, delatando el cansancio que arrastra y comportándose como si en cualquier momento fuera a huir de la sala. Sólo cuando oye la voz de barítono de Bile reinvierte toda su certeza, confianza y gratitud en todos los que han participado en la obra. Y, ahora que Bile está en el escenario, recuerda lo que le ha dicho, que los dos chicos lo harán bien y que los aldeanos, figurantes sin diálogo (mujeres en su totalidad, contratadas ese mismo día, entre las que Arda ha repartido obsequios en metálico), lo harán también estupendamente. Por lo que está viendo en el escenario, Bile estaba en lo cierto.

Arda, sentada al fondo en una butaca medio en penumbra, está hecha un manojito de nervios viendo la actuación desde ese ángulo. Cambara, en cambio, ha insistido en no estar presente en la sala durante la obra, por temor a sufrir un desmayo. Al fin y al cabo, ha entretejido prácticamente todos los hilos de su vida privada, profesional y pública en la trama de la historia que va a representarse, bajo su dirección, y en la que por añadidura actúan Bile, Qaali, Gacal y Pelo Sedoso, además de contar con la participación voluntaria de Kiin y Raxma. Que un proyecto con tantas facetas fracasase sería difícil de encajar, ni siquiera se puede atrever a concebirlo.

De pronto Cambara siente que la mente sale de su cuerpo, de un modo similar a esas ensoñaciones extrañas que se padecen fruto del agotamiento mezclado con la

tensión. Se desprende de todo lo que la rodea y de repente no sabe quién es, ni dónde está, ni qué se supone que hace ahí y, al mirar los rostros de las mujeres y los hombres sentados en la sala viendo la obra, se da cuenta de que no reconoce a ninguno de ellos. Ni siquiera acierta a poner nombre a la cara de su madre ni a la de Raxma, que le resultan familiares, pero poco más. Valdrá más irse de ahí, en vista de que no podrá soportar la tensión que le corroerá las entrañas en los primeros momentos de la función. Se escabulle a sus habitaciones para disponer de unos instantes de reflexión pausada. Quiere estar sola y esa es la primera ocasión que se le brinda en muchos días de disfrutar de esa paz, dónde mejor que en un cuarto de baño donde no se considera una intrusa y le resulta tan acogedor como el de casa de Bile.

Vuelve a bajar, tras recuperar la entereza que un rato antes la había abandonado, antes de que termine la obra y encuentra a Kiin caminando de un lado a otro en el fondo de la sala, sin quitar ojo a los invitados, en su mayoría sentados y, al parecer, disfrutando del desenlace de la historia. Ahora que ha vuelto, Cambara observa también la primera fila, tratando de averiguar si los espectadores prestan la atención deseada. Supone que alguien que escribe un libro, si tiene la oportunidad de estudiar el lenguaje corporal de quien lo lee, seguramente es capaz de saber cuándo decae el interés.

Relajándose ante el embeleso general, al ver a todo el mundo inmóvil en su asiento, repara en la aparición de una mujer recién llegada que se acomoda en la primera fila. Desde donde está, a la tenue luz, Cambara no distingue a las personas con precisión, ni siquiera puede identificar a las que conoce, salvo a dos hombres, Seamus, porque es blanco, y Dajaal, por su porte militar y por ser el único que tiene cerca, seguido por el débil crepitar de su *walkie-talkie*. La mujer a la derecha de Seamus es la que llama su atención. Cambara cree ver algo inusitadamente familiar en su figura, pese a que lleva la cabeza cubierta a fin de ocultar su identidad. La mujer va envuelta en un chal, razón por la que Cambara duda y se cuestiona su impresión inicial. En cuanto la reconoce y se dispone a llamarla, la respiración se le corta en la garganta, dejándola sin aire. No importa, porque sabe que aunque la luz sea débil y las separe una distancia, tiene la certeza de que se trata de Maimouna, amiga común de Cambara y Raxma, además de su abogada. Quizá esté en Mogadiscio no sólo para ver la obra sino también para representar a Qaali y Gacal, a propósito de la documentación perdida del chico. Maimouna, alta, con su tez oscura, bellísima, está en la primera fila, flanqueada por Kiin y Farxia.

Cambara siente la dicha de un animal al reunirse con los de su especie y se imagina en la piel de una tigresa, de mirada astuta y paso veloz. Empieza a andar con suma agilidad y ligereza, deslizándose en silencio hacia la primera fila. Kiin, entretanto, la persigue tratando de sujetarla, susurrándole que está molestando al público.

—Espera, espera —le dice—. Contento y cálmate. Habrá todo el tiempo del mundo.

Cambara, sin atender a sus ruegos, avanza impulsivamente hacia la mujer de la primera fila, aunque no tenga una idea clara de lo que hará cuando al fin llegue a ella: abrazarla, darle la bienvenida, decirle cuánto la alegra que haya podido asistir la noche del estreno. Pero Cambara no puede seguir adelante, porque el pasillo está bloqueado con las sillas que los espectadores han colocado caprichosamente.

Varios miembros del público le piden que se siente. Y lo cierto es que, aunque no tienen idea de quién es o por qué se comporta así, les está impidiendo disfrutar de la obra con tanto alboroto, moviéndose como una demente. Incluso hay quien cree que está loca de remate.

Al fin Kiin consigue sacarla de la sala, bajar con ella la escalinata de piedra, donde se sientan, y servirle a Cambara una bebida caliente.

—Nada más quería saludarla, decirle qué contenta estoy de que haya venido al estreno de mi primera obra de teatro.

Al final de la representación, un éxito para todos, Cambara y su madre se encuentran y pasan la noche en la propiedad de la familia, felices de dormir allí juntas por primera vez y hablar hasta bien entrada la madrugada.

Unos días después, Arda da una fiesta privada para todos los que se han portado bien con su hija o la han apoyado. Entonces Bile tiene una audiencia en privado con Arda, aunque nadie consigue averiguar lo que han hablado.

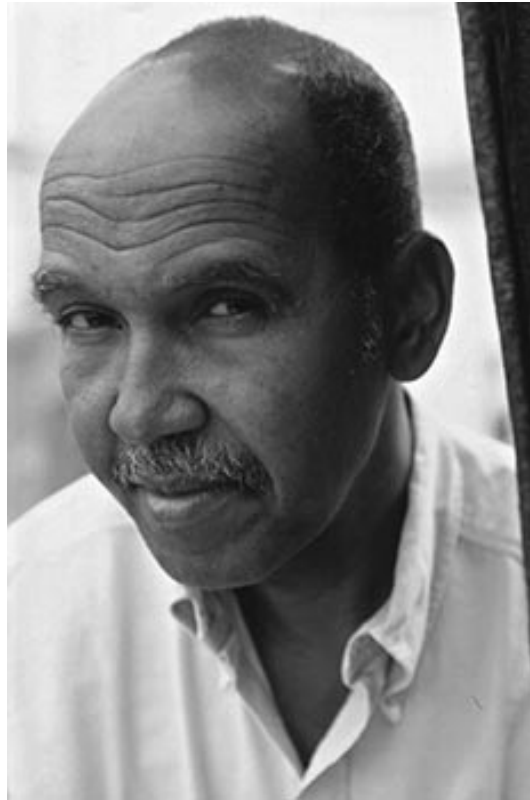
Agradecimientos

Esta es una obra de ficción con un trasfondo de acontecimientos sucedidos en Mogadiscio. Los personajes de la novela y los incidentes que en ella se narran son, sin embargo, producto de mi imaginación. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es fruto del azar.

En el proceso de escritura de *Nudos* he contraído muchas deudas de gratitud, a veces con gente a la que lamentablemente no puedo corresponder, porque he olvidado sus nombres o no he llegado a conocerlos, y en otros casos con conocidos y amigos de Somalia cuyos nombres he preferido no mencionar para no comprometer su seguridad. Vaya mi agradecimiento inmenso a todas esas personas por ayudarme a entender mejor ciertos aspectos de la guerra civil en ese país. He podido consolidar mis propios criterios con mis viajes de investigación a Mogadiscio, así que me hago responsable de cualquier sesgo que haya podido dar a sus palabras.

Además quisiera agradecer a mis buenos amigos milaneses Edoardo Lugarini, Daniela Bertocchi y mi ahijada Chiara, que me ofrecieran un segundo hogar en la aldea de San Sebastiano, en el Piamonte; a Jean-Christophe Belliard; a mis anfitriones en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, concretamente Michel Algier, Eloi Ficquet y Maria Benedicta Basto, y a Clemens Zobel. París, en primavera, es sumamente inspiradora: *Merci!*

Entre los muchos textos leídos, consultados y apropiados, se cuentan el *Pinocho* de Carlo Collodi, en la traducción de Nicolas J. Perella, que también se ocupó de la introducción y las notas (*The Adventures of Pinocchio*, University of California Press, 1986) [*Pinocho*, trad. de Antonio Colinas, Siruela, Madrid 2011]; *The Face: A Guided Tour*, de Daniel McNeill (Hamish Hamilton, 1998); *Arousal: Bodies and Pleasures*, de Martha Roth (Milkweed, 1998); *The Veil and the Male Elite*, de Fatima Mernissi (Addison-Wesley, 1991); *Arte da Africa: Obras-Primas do Museo Etnologico de Berlim*, de Peter Junges (catálogo de la exposición presentada en Río de Janeiro en 2003-2004); *Cyclopedia of Dreams*, de David C. Lohff (Running Press, 2000); y *The 48 Laws of Power*, de Robert Green (Viking, 1998). Mi especial gratitud hacia Ama Ata Aidoo por mandarme, en formato electrónico, su *The Eagle and the Chickens* [El águila y las gallinas] (Baobab Books, Harare, Zimbabue), así como a Christopher Gregorowski, por su reinterpretación del cuento africano, *Fly, Eagle, Fly* [Vuela, águila, vuela], ilustrado por Nick Daly y con introducción de Desmond Tutu (Tafelberg, 2000; el relato, en su forma escrita, se atribuye a James Kwegyir Aggrey, conocido también como Aggrey de África). Y, por último, gracias a Our Dialogue, en www.ourdialogue.com/vl



NURUDDIN FARAH (1945, Baidoa, Somalia), entonces bajo administración italiana.

Estudió en Chandigarh, India, así como en las universidades de Londres y Essex, y ha impartido clases en Alemania, Nigeria y Uganda. *From a Crooked Rib* (1970) ha sido reconocida como la primera novela moderna escrita por un hombre centrada en la opresión de las mujeres. A ella siguieron *A Naked Needle* (1976) y una serie de trilogías de ficción. *Variations on the Theme of an African Dictatorship* consta de *Sweet and Sour Milk* (1979), *Sardines* (1981) y *Close Sesame* (1983). A la segunda trilogía pertenecen *Maps* (1986), *Gifts* (1992) y *Secrets* (1998). Con *Eslabones* comienza su tercera y más ambiciosa trilogía, cuyo segundo título es *Nudos* (de próxima publicación en Siruela). *Yesterday, Tomorrow: Voices from the Somali Diaspora* constituye su crónica sobre Somalia. Entre sus muchos galardones figura el Premio Internacional Neustadt, quizá el premio literario internacional más prestigioso después del Nobel.

Notas

[1] «En nombre de dios», interjección del Corán. (*N. de la T.*). <<

[2] Los helicópteros de combate estadounidenses se conocen con el sobrenombre de Halcones Negros. (N. de la T.) <<

[3] Alusión a la película estadounidense *Terminator II*, que popularizó esta frase en español. (N. de la T.) <<